

SÓCRATES NOLASCO

OBRAS COMPLETAS 2.- ENSAYOS HISTÓRICOS



BIBLIOTECA
DE CLASICOS
DOMINICANOS

XIX

OBRAS COMPLETAS
2.-ENSAYOS HISTÓRICOS

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:

Manuel Rueda

Asesores:

Dr. Jorge Tena Reyes

Lic. José Alcántara Almánzar

Fotografía de Sócrates Nolasco.



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XIX

SÓCRATES NOLASCO

OBRAS COMPLETAS

2.- ENSAYOS HISTÓRICOS

Notas del autor



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC
Santo Domingo
1994

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

EL GENERAL PEDRO FLORENTINO
Y UN MOMENTO
DE LA RESTAURACIÓN¹

(APÉNDICE Y ANEXOS)

1. Santo Domingo, 1938 y 1973.

El siguiente trabajo fue realizado como una conferencia para el Instituto de Investigaciones Históricas; así consta en las dos ediciones que hemos cotejado, o sea las de 1938 y 1973. Se han excluido de nuestra edición tanto el Estudio preliminar de Rafael Jóvine Soto como los comentarios de diversos intelectuales sobre la obra de don Sócrates Nolasco que aparecen al final de la segunda edición. En cuanto a la organización de los apéndices, véase nota introductoria en el primer volumen.

INTRODUCCIÓN

Rasgo de generosidad tuvo el investigador y escritor Don César A. Herrera dándole primacía al autor de *El general Pedro Florentino y un momento de la Restauración*, para que publicara la carta que le escribió el Presbítero Don Narciso Barrientos al Gobernador de Azua, avisándole que el Gral. Florentino, de acuerdo con cibaños, estaba conspirando contra el dominio de España recién establecido en Santo Domingo. El conspirador quedó confinado en Azua y, forzosamente, él y el General Aniceto Martínez tuvieron que aplazar sus actividades revolucionarias. Más peligrosa y entorpecedora fue la delación del traidor capitán Juan Santana involucrando al astuto Coronel Francisco Moreno. También a Don César A. Herrera se debe el conocimiento de esta delación.

Al investigador Lic. Don E. Rodríguez Demorizi debe el autor el conocimiento de las Proclamas, que ahora se imprimen, del Gobernador Pedro Florentino a los habitantes de La Vega, Moca y San Francisco de Macorís. De valor impresionante, es la Hoja de Servicios publicada por el mismo Don E. Rodríguez Demorizi, en que el Comandante Máximo Gómez atestiguó bajo juramento y ante autoridad competente detallando los servicios prestados por él a España durante la ocupación de Santo Domingo. En su declaración desvirtúa el Comandante Gómez, aunque ese no fuera su propósito, vejámenes imaginarios impuestos a familias de Baní por el General Florentino, y aclara el proceder limpio del infamado General.

Los procesos de Antonio Duvergé¹ y Pedro Florentino, insertos en este volumen, se conocieron gracias al distinguido escritor e íntegro nacionalista Don Pedro R. Spignolio. Los originales, así como otros valiosísimos documentos históricos, están protegidos hoy por el reputado publicista Dr. Joaquín Balaguer, actual Presidente de la República.

Deuda que el tiempo impedirá pagar he contraído con el escritor Don Rafael Jóvine Soto, sin cuya colaboración discreta, paciente y generosa, hubiera sido imposible la publicación del presente libro.

Advirtió sagazmente el escritor Lic. Don Manuel A. Peña Batlle, que el Mariscal de Campo Gándara, "hizo mucho por enterrar a Florentino después de muerto". Y, en lugar de considerarlo enemigo común de los libertadores dominicanos, no pocas veces aparece citado y alabado como ejemplar oráculo. No ven en él a un lavadero de crímenes y delitos propios y de sus obedientes seguidores. Obstinados en liberar de culpas al General Don Pedro Santana, no se dan cuenta de que el Mariscal fue el peor enemigo de Santana y que no habrá argumento ni sutileza gramatical que minore y menos justifique el mal de la anexión.

Imaginó el Mariscal español, luego de creer dominada definitivamente la región Sur de Santo Domingo, que no le sería difícil vencer a los libertadores en el Cibao y en el Noroeste. Engreído, pensó que no necesitaba al General Pedro Santana. Se andaba imaginando autor único del momentáneo triunfo, olvidando a colaboradores superiores a él: Eusebio Puello, Valera y Álvarez, Modesto Díaz, Luis Marcano... Menospreció el influjo del viejo caudillo y organizador de tropas que le regaló a España su pueblo suyo. Vejó, sin miramiento, al Marqués de las Carreras decidiendo enviarlo "bajo registro" a Cuba, como a vulgar delincuente.

No era manso, Don Pedro Santana, y a última hora otra vez se sintió dominicano, dominicano libre. Ser "dominicano de nacimiento y origen" es estar obligado a cargar pesada cruz y a tragar cada día tósigo que mata o anula. Don Pedro Santana volvió a sentirse dominicano, libre del Marquesado de las Carreras. Voluntad propia o derrame biliar...

1. Ver Procesos del Gral. Antonio Duvergé.

Ningún católico tendrá la osadía de suponer que Dios fue demasiado severo castigando así al que regaló su pueblo.

¡Gándara! Lo que parece increíble es que los defensores del General Santana ni siquiera mientan a Gándara ni aludan a los males de la anexión; maldicen a los restauradores de la República. Maldicen a Pedro Florentino y lo abominan, y barrieron su tumba y aventaron las cenizas de él y las de Aniceto Martínez. Declaran detractores a los Restauradores de la República. El primer detractor es Francisco del Rosario Sánchez, porque dio oportuno alerta para que no se realizara la anexión de ruina y muerte. Y, cuando se consumó, lo exterminaron. El segundo detractor es José María Cabral y Luna, quien, para restaurar la Independencia de la República Dominicana, ofreció la espada que le otorgaron tras la batalla de Santomé “sin otro mérito que el de su patriotismo”; espada limpia, “cuando otro manchó la suya con el orín de la traición”. Detractores los fusilados en San Juan, en Moca y en Santiago de los Caballeros. Detractores Don Benigno Filomeno de Rojas, y Ramón Mella, y Espaillat, y Grullón, y todos los miembros del Gobierno Restaurador que decretaron la muerte del que traicionó la Patria entregándola a la Corona de Castilla. El decreto de castigo y preservación, autoriza al oficial que capture al traidor a imponerle la muerte. No eran blanduchos los Restauradores. Vigente está el Decreto y ni lo respetan ni lo anulan.

Adocenados, además de detractores, han declarado a los que se atrevieron a escribir condenando la anexión. El primer adocenado es José María Cabral y Luna escribiendo su Proclama memorable, más dolorida que hiriente... “es preferible mil veces morir que vivir esclavos en nuestros propios lares”. “La causa de la libertad no es la de un pueblo, ni la de un número de Naciones: ¡es la causa de Dios!” “Arrumbado quedó el patricio entre escritores “adocenados”. Santa por la elevación moral es la proclama que debería leerse a los estudiantes en las escuelas públicas, legada por el que encomendaba su tropa, y se encomendaba él, a la Virgen de las Mercedes al entrar en los combates para luchar por la libertad humana. ¡Quién pudiera elevarse en humildad y sencillez hasta comprender a José María Cabral y Luna, aunque lo catalogaran entre detractores y adocenados!

El Señor Cónsul de Su Majestad Británica en Santo Domingo presenció los principales actos de la anexión y cumplió el deber de informarle a su Ministro:

—“Sin consultar con nadie... han estado negociando con los agentes de España para vender su País” ...Lenguaje duro el del representante inglés. “Obtuvieron, mediante intimidaciones, algunas firmas al pie de un memorial que servía de excusa a su traición, y ahora... las firmas están siendo exigidas con el memorial en una mano y el pasaporte para salir del país en la otra”. “Dudo que en los anales de la Historia pueda encontrarse el paralelo de un proceder tan ignominioso e inicuo”.

Podrán decir que el señor Cónsul de Su Majestad Británica era un hereje; pero no parece que se atrevan a incluirlo junto a detractores y adocenados. (Copiado de un trabajo del escritor y profesor H. Tolentino).

Narró en Barahona el nonagenario General Rafael Matos Falé, quien militó a las órdenes del General Florentino, que injuriado y desafiado éste por el tormentoso Timoteo Ogando el famoso espadachín se negaba a batirse mientras Ogando, llamándole cobarde, con voz atronadora lo rezondaba. El desafío se efectuó al fin, en presencia de público numeroso. El provocador quedó con el pantalón enredado en la verija y con leves heridas (4) en el rostro en forma de cruz. “Lo presionó”, explicó el General Matos Falé.

—“Mátame y no me deshonres, ¡c!...” vencido y ridiculizado, voceó Timoteo.

—¡Nooo! A hombres como tú no los mato yo... Rugió el famoso espadachín”.

La anécdota no pasaría de pintoresca si meses después a grupas de un buen caballo el belicoso Timoteo Ogando no hubiera salvado de morir en el genocidio de San Juan de la Maguana al Trinitario Pedro Alejandrino Pina, lo cual no quiere decir que, indirectamente, Pedro Florentino fue el salvador.

Subraya el escritor Jóvine Soto cómo el General Florentino trataba de persuadir al Capitán Máximo Gómez para que “abrazara la causa de la Independencia, que es la justa”. Y en tanto le escrutaba el mirar, prescindió del otro, no le puso atención a otro oficial.

¿Qué vio, qué presumió advertir en la mirada de Gómez el gran fanático de la Independencia habituado a mandar hombres y a perdonar prisioneros? Ni ultraje ni la muerte, como hubiera hecho Gándara o cualquier general de los que ordenaron acuchillar en Sabana-Cruz. Le pidió que abrazara la causa

de la justicia al joven que estaba destinado a completar la independencia del Nuevo Mundo.

Cuando Florentino se acercó triunfante a Santo Domingo llamó a José María Cabral creyéndole necesario en guerra que suponía larga, de alternativas y sin recursos suficientes. Ellos dos se conocían desde que militaban a las órdenes del forjador de caracteres y creador de guerreros libertadores Antonio Duvergé. Aparentemente frío y de calma desesperante, era Cabral. Auxiliándose de viejos adversarios perdió escaramuzas y se dio a continuas fugas hasta que al fin se realizó el prodigio de La Canela. Convirtió en fogosos colaboradores a enemigos de la patria, y con soldados semidesnudos a filo de machetes desarmó a oficiales y soldados de un ejército regular. Los puso en fuga y derrumbó definitivamente al frente Sur de la República Dominicana. Nuestros guerreros se enseñorearon de Santo Domingo. No exterminaron a los vencidos. Reiteraron la promesa del presidente Pedro Antonio Pimentel brindándoles perdón y compañerismo a los compatriotas arrepentidos y fraternal acogida a los españoles que se quedaran a convivir en Santo Domingo. Porque la causa de la República Dominicana "es la causa del género humano: ¡es la causa evangélica!"

Si fue magna la previsión de Florentino llamando a José María Cabral, y si no es justo el fardo de ignominia con que arropan su memoria, pensemos si es tiempo ya de secar la fuente de sangre que brotó y mana de su sepulcro.



FLORILEGIO

—“El General Pedro Florentino era un perverso”.

General Gregorio Luperón.

—“El General Pedro Florentino, de índole perversa que no atenuaban la pureza de la intención y lo fervoroso del patriotismo”.

Mariscal de la Gándara.

—“El General Pedro Florentino, considerado jefe nato del Sur por su antigüedad y nombradía, cubría con la apariencia de un laudable celo por el bien público resentimiento de ambición personal”.

Don José Gabriel García.

—“Pedro Florentino, General valeroso de la raza negra... saquea... Caníbal”.

Dr. Don Benigno Souza.

—“No... No era negro... ¡Si el maldito era hasta bien plantado! Pero ¿para qué meneas usted a ese diablo que está tan cómodo en el infierno?”

Anciana y honorable señora nieta de un general anexionista condecorado por la reina Isabel Segunda y que, al servicio de Gándara, combatió al General Florentino.

—...“Lástima que un hombre tan buen mozo fuera tan malo”.

*Señora hija del oficial santanista, Tte. Pedro Nolasco
Terrero, y ahijada del General Francisco Sosa.*

—“Para justificar muchas cosas han inventado un espanta-
pájaros”.

*Juan de la Rosa Arache, comandante de escolta de
Florentino.*

—*Un hecho no está definitivamente establecido por la razón de ser registrado.*

Herodoto.

—*Los hombres no discriminan, y siempre están dispuestos a aceptar las tradiciones antiguas.*

Tucídides.

I

Ciento ocho años han transcurrido desde el día que las fuerzas españolas llegaron a Baní triunfantes de los defensores de la República. Desde ocasión tan infausta el General Pedro Florentino se agita en la Historia Dominicana como engendro del demonio enredado en un laberinto.

Sus rasgos individuales iluminan con intermitencias de fuego fatuo a hombres y acontecimientos; por instantes, ¡él también!, asoma y pretende pedir justicia juntándose a los demás, y se vuelve a las tinieblas por el oprobio que arrojaron sobre él sus adversarios.

Absoluto de maldad, aislado ejemplar de vicios en un pueblo de virtuosos ciudadanos... Y no se da por convencido. Frente a

él y en contra de él estuvieron otros hombres. Ellos y él se rindieron a la muerte. ¡Y somos todavía los legatorios enfermos de sus pasiones! Lo que se cuenta y lo que escribieron acerca de él, sin embargo, despierta la curiosidad y suscita en la conciencia tantas interrogaciones como faltas cometió o le adjudicaron.

¿Por qué poder de sugestión consiguió el General Pedro Florentino, si no tenía merecimientos, que un gobierno presidido por hombres tan eminentes como José Antonio Salcedo y Benigno Filomeno de Rojas lo seleccionara y nombrara General en jefe de las tropas del Sur, cargo que revertía interés supremo para la restauración de la República y que implicaba la delegación de sus poderes?

¿Por qué el Gobierno desconoció al General Gregorio Luperón como jefe del Sur y le dio orden al General Pedro Florentino para que lo fusilara? ¿Por qué el General Pedro Florentino, siendo tan malo, correspondió con su desacato a la orden superior en el instante en que avanzaban sobre él los enemigos, la anarquía amenazaba anular su autoridad, y debía ser más imperiosa la disciplina?

¿Qué clase de interés, o qué ascendientes sociales, y prestigios de nombres poderosos, ahogaron, borrarón los hechos anteriores y mantienen vivos, cuando no acrecen, las acciones preliminares y posteriores al desastre del paladín con quien se derrumbó todo un frente de batalla, con pérdida de millares de hombres y con secuela de daños innumerables?

¿Quién era aquel hombre, ahora extraño, desconocido para nosotros, al cual sus amigos y subalternos no quisieron, no pudieron, o no tuvieron oportunidad de defender,² y sobre quien los enemigos sobrevivientes han tejido tenebrosa red por cuyos hilos compactos no traspasa ni un débil rayo de luz? ¿De dónde era, y cómo era?

Son preguntas que he vacilado en formular y que me atrevo a formular aquí por contar con la sabia protección de ustedes. Me estoy graduando de valiente. En mi infancia, yo he visto más de una vez formar la cruz con índice y pulgar diestros al mentar al hombre de la leyenda siniestra. *En donde lo enterraron brotó una fuente de sangre.* Yo me permito invitar a los oyentes para

2. Nota No. 1.- Discurso del General Marco A. Cabral.

que averigüen si esa fuente no se ha secado todavía, y si no es tiempo de secarla todavía.

Investigar, y estudiar los hechos, y escribir la historia de los guerreros que no dejaron familiares influyentes, cuando los hijos de los que fueron sus enemigos son amigos nuestros e influyen o están llamados a influir en los negocios de la República, es tarea difícil y delicada. Ardua labor que podrán realizar los hombres que forman el Instituto de Investigaciones Históricas, digno de verdadera alabanza.

En otros pueblos de la tormentosa América no fue rara la diatriba contra los libertadores. Los contrarios los combatieron y a algunos los asesinaron; pero después cubrieron sus tumbas de homenajes y enaltecieron sus nombres. Nosotros procuramos distinguir máculas en los más puros, cuando no se les distinguen les oponemos rivales imaginarios, y a los que tenían defectos los cubrimos de ignominia.

II

La Historia Dominicana, ingrata con los fundadores y defensores de la República, impone olvido sobre las acciones buenas ¡y hace resaltar las malas! En los archivos se perdieron los papeles, apenas se descubren extraviados documentos y en los documentos las memorias que se guardaron de escaso número de guerreros. Entre los que se distinguieron, por insignes servicios a la Patria, figura Pedro Florentino como importantísimo personaje. El 18 de noviembre de 1845 aparece por primera vez, con grado de Capitán de Artillería, mandando con el Coronel Lino Peralta dos batallones que refuerzan al General Antonio Duvergé luego del combate de *Cacimán*.³ Reciben orden, marchan sobre El Puerto y en rápido ataque —o ataque fulminante como ahora se dice— se apoderan del fuerte, y en donde flotaba la bandera de los enemigos enarbolan y hacen flotar la dominicana. Se sabe que las fuerzas subordinadas a

3. Don José Gabriel Gracia. *Historia de Santo Domingo*. Tomo III.

Duvergé, los batallones de Peralta y Florentino, llegaron entonces a los límites extremos, a la vieja línea de Aranjuez; y se sabe, así mismo, que ninguno de nuestros combatientes pisó antes y sólo uno pisó después donde pisó el Capitán Florentino.

Acusado de "sonsaca", en octubre de 1846, aparece por segunda vez en compañía del Coronel Peralta sometido a un Consejo de Guerra que condena a muerte al compañero y a él lo absuelve declarándolo inocente.

Sonsaca... Aparece por segunda vez Pedro Florentino y por primera vez la palabreja cuyo sonido, con razón o sin justicia, tuvo tantas veces repercusión en el tiro de gracia. Desde entonces, el soldado que se queja de que su servicio se prolonga (y el servicio era un deber, no una carrera) sin que se le permita ir a ver a su mujer, a sus hijos, mientras en El Seibo y en Santo Domingo enredan y desenredan combinaciones políticas, incurrir en el crimen de sonsaca; y la sonsaca es traición, y la traición conlleva "pena de la vida".

* *

*

Consta en encontrado folio, que el 12 de mayo de 1847⁴ era Pedro Florentino Comandante de Las Matas de Farfán, común que entonces tenía importancia de vanguardia. Se suceden los años de guerra devastadora. Se suceden las invasiones. Las tropas enemigas avanzan en 1849 hasta Las Carreras anulando y tumbando gobernantes, descartando generales y destruyendo reputaciones. De los guerreros de primera línea, celosos y duros guardianes del territorio en las tremendas vicisitudes, pocos son los que se conservan: Pedro Santana, Antonio Duvergé... Puello había sido sometido a un Consejo de Guerra y fusilado por el Presidente de los crímenes legales. Duvergé dejó de ser valladar al enemigo en las fronteras del Sur a causa de los recelos que suscitaba. ¿Quién fue el hombre capaz, el escogido, el llamado para tapan el hueco enorme que dejaba tan experto General en el sitio de mayor peligro? Existe un docu-

4. Nota No. 23. Oficio No. 1582. -Archivo Nacional, Sección de Guerra.

mento revelador: ese hombre se llamaba Pedro Florentino. Del año 50 al 54 enmudecen los archivos. Se extiende sobre su nombre una laguna en la cual soplaron vendavales de destrucción. Se sabe apenas de un oficial haitiano hecho prisionero por él en junio de 1851⁵ y enviado a Santo Domingo por haberse presentado en las fronteras con cartas para el señor Arzobispo y con un paquete de proclamas del tozudo Emperador. Florentino tiene órdenes concretas: "estar *en todo* a la recíproca; apresar o matar a todo enemigo que se presente sobre suelo dominicano".⁶

Y él aprisiona: *no mata*.

El 29 del mismo mes obtiene sobre el enemigo, mediante enérgico ultimátum, el triunfo que implica una de las acciones que más honran al Ejército Dominicano.⁷

En 1852 fue ascendido Pedro Florentino a General de Brigada.

* *
*

En 1853 inicia Santana nuevo período de Gobierno. En julio rompe con su aliado Báez y sin tener en cuenta las órdenes concretas que tenía el Jefe de las Fronteras del Sur, ni los servicios rendidos, lo califica de apoyador de "*marotas y otros hechos*" y lo separa del cargo convirtiéndolo en enemigo, como a Joaquín Puello, como a Antonio Duvergé, y sometiéndolo, como a ellos, a uno de sus espantosos consejos de guerra.

En las fronteras se siente pronto la ausencia de su imponente y querida autoridad. Bajo el nuevo jefe los militares desertan con frecuencia y en cantidad alarmante. Se dictan órdenes a Azua, a Baní, a San Cristóbal, a El Maniel, sobre los desertores que acaso duran diez días en el servicio; pero Santana respalda al bisoño jefe que deberá destruir y borrar las influencias del que crecía demasiado. No destruyen las influencias; pero... matan las reses del General Florentino... "por equivocación", y

5. Don José G. García, obra citada.

6. Nota No. 23. -Oficio No. 663. -Archivo Nacional, Sección de Guerra.

7. Nota No. 25. -El ultimátum. -Pedro Florentino ordena: el enemigo obedece.

el Gobierno toma nota... "para los fines que convengan".⁸ Lo intrigan y molestan. Se le llama a Santo Domingo. Viene. Lo dejan ir... y lo vuelven a llamar.

En marzo de 1855 conspiran contra el Gobierno, o el Gobierno finge conspiraciones. Y Pedro Florentino, confinado a la Capital —en el momento que en Barahona mediante *la ley de fuga* le fulminan a su hijo, el Capitán "Santodomingo", considerándolo conspirador,⁹ —es escogido para encomienda asaz ingrata: lo mandan a Samaná para que capture al General Duvergé, su antiguo Jefe (ignorando que estaba ya aherrojado y sometido al más odioso y eficaz de los consejos de guerra de Santana.)¹⁰

Se invierten los papeles el 30 de abril del mismo año. Reaparece en Santo Domingo Pedro Florentino presidiendo la Comisión Militar que conoció de la causa seguida a los Generales Pedro Eugenio Pelletier (otro que se atrevía a crecer mucho), a Joaquín Aybar y a 23 conspiradores más entre los cuales estaba comprendido Francisco del Rosario Sánchez. Santana hacía presión; quería que se impusiera fallo condenatorio a la totalidad de los reos en Santo Domingo, como días antes en El Seibo donde otra Comisión rindió sentencia de muerte "a verdad sabida, fe guardada y sin la presencia de los reos", contra el Gral. Antonio Duvergé, su hijo Alcides, aún adolescente, y contra el otro que debería ser fusilado cuando cumpliera edad legal... y contra otros acusados. Resistió Pedro Florentino, y la Comisión de Santo Domingo salvó a 22 de los acusados.

Era Antonio Duvergé uno de los soldados más capacitados y aguerridos de la independencia, el más brillante y a quien más amaban en la naciente República. Su ejecución es una mancha que tiene para los dominicanos la magnitud del crimen de Berruecos para la Gran Colombia. Pero en Colombia se escondieron para matar; procedieron con oculta alevosía y ninguna agrupación política se atreve a asumir responsabilidad; y a Duvergé lo mataron a cara descubierta, con un cinismo estrictamente antillano.

El fallo rendido por la Comisión que presidió Florentino, benigno en tan peligrosa circunstancia, le ganó a éste, la

8. Nota No. 23. -Oficio No. 165. -Archivo Nacional, Sección de Guerra.

9. Don José G. García, obra citada.

10. Nota No. 23. -Oficio No. 44. -Archivo Nacional, Sección de Guerra.

antipatía de Santana que se mostraba sordo al lloro de las familias y a la súplica de los amigos ansiosos de que la vida de los condenados se salvara; y esa antipatía creció de punto cuando el Jefe —inclemente y duro con el nativo y supersticiosamente blando y complaciente con los representantes de las naciones de ultramar— cerró la pata, ocultó la garra y el perdón le pareció beneficioso. Pero el horrendo mandatario “tan pronto otorgó la gracia ordenó el arresto de los jueces, cuya clemencia lo exasperó, reemplazándolos por otros que debían juzgarlos a ellos por traidores”...¹¹

Miches, miembro de la Comisión de complacientes esbirros que condenó a Duvergé y a los demás presuntos delincuentes, no pierde la etiqueta de bondadoso. Acompañará más tarde a Pedro Santana en la obra de regalar la República, por cuya restauración se mermaron los habitantes, se destruyeron ciudades y quedó arruinada la riqueza nacional, y... sigue siendo el bondadoso Miches. Sobrevive a los acontecimientos, sus servicios se hacen necesarios en subsecuentes luchas civiles, sigue siendo bondadoso y a una ciudad le ponen su nombre. Aureolado Pedro Florentino por el fallo antes citado, lo prestigian y glorifican a la caída del régimen porque, según reza un documento público elevado al Senado Consultor, “a pesar de la presión presidencial se abstuvo de condenar a muerte a 22 compatriotas”.

En diciembre de 1855 truenan los fotutos del invasor en las fronteras. Los escogidos para sustituir al General Florentino no pueden llenar vacío tan grande: (falta espada o faltan sesos), y se apela a José María Cabral, otro que había sido postergado. En el Cibao, a raíz de la noticia, se produce algo increíble, rayano en la extravagancia: importantes generales piden licencia para ir a atender sus propios intereses... Pero Santana está desempeñando el papel que lo hace grande. Se sitúa en Azua atento a noticias y a sucesos. Baja el testuz, y acierta como otras veces en presencia del peligro. Mientras en Santo Domingo se le ordena a Felipe Alfau que se traslade a Santiago, le ordenan al General Pedro Florentino que se dirija a la línea noroeste a juntarse con Bidó y con Valerio y rechace al enemigo. Lo fusilará si se deja derrotar; pero si triunfa no faltará ocasión

11. Don José G. García, obra citada.

propicia que, como a Joaquín Puello y a Duvergé, lo haga caer en el patíbulo.

Las batallas y las victorias se precipitan. Ocurren *Santomé y Cambronal* en cuyos campos pavorosos —escribe desde Santo Domingo el Ministro Abad Alfau, con ferocidad regocijada, al hermano Felipe que-se encuentra en Santiago—: los enemigos que quedan dispersos “son cazados por nuestra gente como *las palomas en Galindo*”.¹²

Cuando vienen a la memoria las venturosas acciones en que culminaron los fundadores de la República, mediante afanes tenaces, parecen los antiguos días abrillantados por la virtud que los salva del olvido. Siempre dirán, con su lejana elocuencia, cuántos fueron los sacrificios consumados, y los infortunios acallados en los hogares, y a cuánto está obligada nuestra veneración a los antepasados. Pero si en la acción tuvieron plena conciencia del momento superior que les tocó vivir y le supieron dar realce heroico con nobleza y sencillez, se conmueve más el alma, y es más puro el fervor, y creemos más hondo el sentimiento de gratitud. Transparenta esa lúcida comprensión el Acta —verdadero cartel de desafío lanzado al enemigo— escrita en Beler por nuestros viejos guerreros. Sus tres primeras líneas (simple enunciación de sitio y fecha) contienen poesía y elocuencia que ningún escritor dominicano ha superado. Nadie se podría admirar después de leerlas de que sus autores —tras ocho horas y media de sangriento combate— las subrayaran con la victoria de Sabanalarga:

“El año de mil ochocientos cincuenta y seis. Hoy día tres de enero, en el Campo Militar Cuartel General de Beler, extremidad de nuestros límites fronterizos, frente al pueblo de Juana Méndez del Imperio Haitiano”...

La primera firma que prestigia tan bello documento, hasta ahora inédito, es la del General Pedro Florentino.

Veinte y un días después ocurre Sabanalarga. Ocurre Jácuba, donde barren a los haitianos hasta más allá de la línea de Aranjuez; y por los servicios rendidos en campaña tan feliz fue ascendido Pedro Florentino a General de División y declarado héroe de Jácuba.

12. Nota No. 23. -Oficio del 2 de enero de 1856. -Archivo Nacional, Sección de Guerra.

* *

*

En 1856 se oscurece momentáneamente el cometa que alumbraba a Pedro Santana. Huyendo de *La Matrícula de Segovia* —intriga urbana que puso en confusión la mente del que estaba acostumbrado a resolver las cosas de la política a machetazos y a fusilamientos—, se refugia junto a las vacas a la orilla de su sabana de El Prado, donde sus instintos de primitivo se robustecen hartándose de leche y carne. Que arreglen otros el enredijo. Ya se encargarán de pensar Felipe Alfau y Bobadilla, inteligentes y mañosos como “el Segovia”. Ellos escudriñarán hasta averiguar los designios de España en el Cónsul enredador. Mientras tanto que gobierne Báez...

Son convocados los Colegios Electorales (Elección de Segundo Grado) y Pedro Florentino obtiene 7 votos para Vice-presidente de la República.¹³ Preside Báez la nación y en seguida aparece Pedro Florentino, siendo Jefe Militar de San Francisco de Macorís, en donde permanece pocos días. Órdenes superiores lo hacen pasar a La Vega como Gobernador Civil y Militar (Jefe Superior Político y Comandante de Armas), investido de poderes discrecionales: pudiendo permanecer allí o volver al cargo inferior “con tal de que lo juzgue conveniente a la causa pública”. Pedro Florentino convoca al pueblo de La Vega y ante cuatro mil hombres explica el programa del Gobierno y expone sus ideas propias. Cree en la *inteligencia*, y de ella espera que alcance la Patria sus beneficios. Cree que de la dirección de la República se deben encargar los hombres cultos y experimentados, capaces de establecer un Gobierno liberal: esto es, un Gobierno de justicia, de igualdad, que dé a los ciudadanos “suficiente libertad”, libertad basada en la religión de los padres (la vieja religión católica); y dé goces de paz, la paz que “preserva a las personas y las propiedades de toda violencia”; y “que la Hacienda Pública no sea patrimonio de ningún particular”; y *la Nación pueda hacer frente a sus necesidades, y ganar crédito, y asegurar su crédito, hasta parangonarse* (nivelarse, dice él) *con las naciones industriales y civilizadas*. No ve mal

13. Don José G. García, obra citada.

que el rector, o los directores del Gobierno, utilicen a hombres de menos inteligencia (entre los cuales se coloca él con modestia), “*si éstos están animados de los mejores deseos*”. El gobierno, sin dejar de ser recto, jamás impondrá “el terror de que fue víctima nuestra desgraciada Patria” bajo la tiranía de Santana. Pero sin la Unión —la cooperación de los ciudadanos honrados y laboriosos— las mejores promesas de un Programa... “quedarían ilusorias”, agrega.

Florentino es hombre juicioso, comedido de palabras, y razona clara y serenamente. Es liberal convencido, y clemente, y justiciero... hasta que se acuerda de Santana. Cuando eso ocurre el lenguaje pierde su control y la cólera lo pone patético. Pedro Santana es para Pedro Florentino: el “de estúpido cerebro”; un loco de ambición y de loca fantasía que obstaculiza el progreso de la República; *un traidor*, ¡miserable! entre grandes signos de exclamación, “sordo a los clamores de tantas familias que lloran la orfandad a que las redujo”, y al cual “sus víctimas, desde la mansión eterna, llaman su verdugo”. Decir *Pedro Santana o el tigre sangriento, es lo mismo*” para Pedro Florentino. Se satisface sólo cuando sabe que está desterrado, “expiando sus crímenes”. Báez, en cambio (el Báez que él conocía, el de la primera época) es la inteligencia, el progreso mismo. Por eso en sus alocuciones a los veganos, los vítores son: primero, a la Religión (sin duda se puso más religioso desde que Santana ultrajó al Arzobispo Monseñor Portes), *religión*, igual: Dios; segundo, a la República: *república*, igual: Patria; tercero a Báez: igualdad, libertad, progreso. Cuando el Gobierno se va enterando de sus actuaciones, por los informes rendidos, “aprueba las medidas que *haya tomado y las que siga tomando*”.¹⁴ Indica Pedro Florentino que sea ascendido Francisco Antonio Salcedo a General de División, y Salcedo es ascendido. Lo recomienda para Jefe Militar de Moca, y es nombrado sin vacilaciones. De los papeles que Salcedo iría desempeñando en el eslabonamiento de los sucesos futuros se debió a la previsión o al certero instinto del General Pedro Florentino.

Ante los disturbios con que la reacción empieza a expandirse desde Santiago en diciembre del año 1856, el Gobierno, más que otorgarle, le impone al General Florentino “las más am-

14. Nota No. 23. -Oficio No. 5. -Archivo Nacional, Sección de Guerra.

plias facultades” extendiendo su autoridad al Cibao entero. Se le informa: “el Presidente está en el ejercicio de la dictadura y la ley marcial está en vigor”. Pero como saben que es renuente a lo que comúnmente se llama *dictadura* y casi siempre es arbitrio de intrigantes que se escudan de impunidad para la ejecución de crímenes, le explican que “tanta suma de autoridad es delegable en épocas anormales”, le piden que “obre con el tino que le es propio... persuadido de que la cuestión es de vida o muerte”.¹⁵ Pedro Florentino actúa. No atropella, no despoja, *no mata*; y Santiago y el Cibao vuelven a ser sitios de paz.

Pero siete meses después se insurreccionan en el Sur, en el Este y nuevamente en el Cibao. Los generales traicionan desde puestos de confianza y una vez más el Gobierno recarga al General Pedro Florentino de “facultades tan altas como se necesiten para obrar militar, política y económicamente”. “Usted movilizará —le escriben— el ejército y la Guardia cívica, dará órdenes, proclamas, dictará medidas y hará en fin cuanto hacer pueda un Jefe de Operaciones investido de los omnímodos poderes de un Gobierno”.¹⁶

* *

*

¿De qué casta espiritual era el individuo que anda ahora por ahí convertido en un monstruo de leyenda, y a quien elevaban a posiciones superiores, no solicitadas, lo investían de facultades discrecionales, por él aceptadas con disgusto, y a cuyo albedrío dejaban el descender a puesto de subalterno si lo juzgaba “conveniente a la causa pública”? En un país donde los mandatarios han sido casi siempre devastadores como los ciclones, ¿quién era el depositario de tan omnímodos poderes para actuar sobre la vida y los intereses de sus conciudadanos en la región vasta y rica de la República? ¿Cómo supo él, —pararrayo de conflictos entre encontradas pasiones de amigos y de enemigos— suavizar esos

15. Nota No. 23. -Oficio No. 222. -Archivo Nacional, Sección de Guerra.

16. Nota No. 23. -Oficio No. 409. -Archivo Nacional, Sección de Guerra.

libertadores exterminados con Francisco del Rosario Sánchez en San Juan de la Maguana (1861). Amigo fue del poeta y abogado Don Nicolás Ureña de Mendoza, padre de la poetisa Doña Salomé Ureña de Henríquez, al que, como Presidente de Tribunal Militar, le evitó ultrajes, prisión y posible muerte. Rasgo de abnegación y limpio concepto de la justicia que el Presidente Don Pedro Santana calificó de "traición". Por esa "traición" Pedro Florentino quedó sometido a un Consejo de Guerra, cargado de grillos y aislado en celda de la Torre del Homenaje. De ahí salió a sufrir confinamiento en San Francisco de Macorís, lejos del Sur, de sus familiares e intereses. Aquellas fueron las relaciones sociales de Pedro Florentino.

Francisco del Rosario Sánchez, el que primero le anunció al mundo la Separación de Santo Domingo y Haití en arenga pronunciada sobre el Baluarte del Conde; el primero en protestar contra la anexión de Santo Domingo a España declarando traidor a la Patria al Presidente de los crímenes legales que, estirando el brazo y con la mano abierta sobre los Santos Evangelios juró defender la Independencia de la República cuando ya tenía preparada la anexión; instruyó a los compañeros desterrados para que formaran Junta, y la Junta se formó para la protesta armada. ¿Fue precipitada la idea de lanzarse y lanzar a los compatriotas a la protesta armada, sin tener de antemano recursos materiales suficientes? La materia se volvió espíritu cuando dictó la orden el hervor puro, el amor a la Patria del que se sintió siempre decidido a inmolarse por los demás —verdad irrecusable— hasta volverse luz de redención en el Calvario de San Juan de la Maguana.

Los miembros de la Junta Revolucionaria principiaron por invitar desde Curazao al General Juan Pablo Contreras, desdeñado por el General Santana desde el desdichado papel que desempeñó, anulado como General en Jefe de la Batalla de Santomé; que el General Juan Contreras se encargue de iniciar la protesta armada "desde el Ozama hasta Higüey"... y Juan Contreras se enganchó a servir en los ejércitos de España. Instruyeron al estratega Coronel Don José Valera y Álvarez para que dirigiera la protesta desde Yaguatape hasta las inmediaciones de Santo Domingo... y Valera y Álvarez se enganchó a

servir en los ejércitos de España. El mismo Sánchez, y Benigno del Castillo informaron al prestigioso hacendado Don José Desiderio Valverde para que dirigiera la protesta en el Cibao... y Valverde, quizás pensando en que sus propiedades no correrían riesgo, se enganchó a servir en los ejércitos de España. A Pedro Florentino, conociendo sus antecedentes, no le sugieren, no le piden: le exigen que principie la protesta armada en el Sur de Santo Domingo.

¿De dónde era, y cómo era este hombre de controversia que aparece en las fronteras del Norte y en las del Sur, en los días de prueba, como antemural de la República?

La historia guarda silencio. De La Vega, dicen unos que era; otros, de Las Matas de Farfán; piensan algunos que de San Cristóbal; otros que de San Juan de la Maguana, y hay quienes le dan origen en lugares diferentes. Negro de alma lo pintaron los españoles; negro de color y alma los cubanos y los banilejos. Delgado, de alta y gallarda talla, ancho de hombros, bello de rostro y de facciones finas, de "*color tostado al sol de la campaña*" y de cabello lacio, me han dicho que era los que lo vieron de cerca. Era mi madre quien hacía la señal de la cruz para pronunciar el fatídico nombre¹⁷, ella lo conoció y lo pintaba del mismo modo, aunque agregara: "¡lástima que un hombre tan buen mozo fuera tan malo!" Casóse con Clemencia Charles, de San Cristóbal, y establecieron su hogar en Las Matas de Farfán antes de las guerras por la Independencia. Antes del matrimonio tuvo dos hijos: Silveria, de ignorado destino, y el que le mataron en Barahona, apodado "Santodomingo", capitán que le inspiraba grandes esperanzas porque era de mente clara y de generosidad y valentía.¹⁸ De la esposa tuvo otros dos: Carmen, cuyo esposo vive todavía, y un varón nombrado José Antonio. Clemencia Charles era de tez clara y tenía *pasa* rojiza: la *jabada* de Cuba, la grifa dominicana. Tenía los ojos grandes y era mojigata... "muy beata". José Antonio Florentino salió de color indio, de facciones regulares, alto y recio de cuerpo y con el cabello lacio; nació el año 1838 y murió en 1927.

17. Nota No. 17. -Testimonio del Gral. Rafael Matos Falé.

18. Nota No. 5. -Los hijos del General Florentino.

III

En los días preliminares de la anexión se mueven importantes personajes con nervioso ir y venir a Cuba, a Puerto Rico...; a Puerto Rico, a Cuba, a España. Con festejos diversos celebran luego la realización del gran acontecimiento. Se dispensan honores y reparten cargos públicos, que suponen duraderos; ¡y no se encuentra en parte alguna el nombre de P. Florentino! Desde Higüey hasta San Juan de la Maguana, los representantes de Su Majestad Isabel II^a van distribuyendo collares, medallas y cruces, entre los criollos principales, con prodigalidad que maravilla...; y los dominicanos que pelearon por vivir independientes aceptan y ensayan modales nuevos con un candor y un olvido de sus deberes que causan susto.

El General Pedro Florentino observa, medita y se amarga. El negro Juan Suero, es *Don* y tiene su collar. Es *Don* el Comandante Telésforo Objío, y tiene su collar. Don Modesto Díaz ha recibido el suyo. Otros, y otros, también tienen su collar y *Donean* a cada uno. Pedro Santana, bruto, bravo, y espeso como un toro, es *Marqué* y cuando le hablan hay que decirle: *Eselencia*. Ha visto en Azua al Señor Don Eusebio Puello (¡el hermano de Gabino, y de Joaquín el de Estrelleta!) vestido de tal manera que se quedó estupefacto. Ha visto a Santiago Suero salir de misa con su collar, y le pareció que no fue digno de los laureles de *Santomé*... ¡Y en las llanuras peladas se puede ver todavía sangre reseca de los hermanos que murieron batiéndose con fe por la Libertad de la República! Sobre los huesos tostados y amarillentos de los viejos ciudadanos pasan Dones y Señores, y Excelencias, obedientes súbditos de la *prostituta*; y, colgada a un clavo, la larga espada de taza es un sarcasmo.

Hubo una tentativa de insurrección en Neyba, pueblo vecino al de San Juan en donde él residía, y sin embargo no aparece figurando en el suceso. Francisco del Rosario Sánchez y sus compañeros de martirio desembarcan en Haití, pasan la frontera, con ensañamiento feroz españolizados los ejecutan en San Juan y esta vez es más extraño que no se cite su nombre.

* *

*

Un dominicano rancio ha dicho que para penetrar puntos oscuros de la historia nacional es preciso recurrir a la tradición y no debe ser desdeñada la conseja. Él, y otro que residió varios años en San Juan y al cual le interesa el personaje, acogieron la referencia de que Florentino estuvo en Santo Domingo, probablemente después del sacrificio de Sánchez y de sus veinte compañeros, tanteó la opinión pública, secreteó con amigos, entre los cuales contaba al poeta Don Nicolás Ureña de Mendoza, y regresó a fundar una escuela para conspirar y pasar inadvertido.

Las fuentes son respetables; pero el autor de este ensayo no acaba de comprender a un Pedro Florentino, General de División en cuyos pecados capitales entraron el orgullo y la soberbia desde el día de la anexión, resignado a desempeñar el papel de maestro de escuela. La familia hace notar que sabía el oficio de platero y se conservan trabajos que hizo cuando era joven. Pero está comprobado que había dejado el oficio.¹⁹ Por entonces es propietario. Su inteligencia, alerta, puede animar y anima a los demás: confía y espera.

De los antiguos honores militares conserva los prestigios. Del arraigo político ha conservado el social. Y es propietario, dueño de alambique y ganadero.²⁰ Los dominicanos son intranquilos y amigos de novedades: confía, y espera. De Santo Domingo, de Baní, van llegando a San Juan los disconformes, los jóvenes idealistas aún, José Dolores Soto, Mariano Rodríguez Objío, Marco A. Cabral, Braulio Álvarez y varios más. Cuentan... Las nuevas dicen que a los mulatos las novias les dan *calabazas* por los soldados españoles, y a los indios y a los blancos *se la pegan* con oficiales vistosos. El veterano sombrío, de exterior sereno y fuego interno, atrae a los *buenos* —buenos serán para él los enemigos de España— los adiestra en el manejo del sable y de la espada y... espera.

Hay una conciencia adulta atizando las conciencias. Entre aldeanos del Sur circulan décimas contra el dominio de Espa-

19. Nota No. 7. -Florentino Platero.

20. Nota No. 8. -Florentino dueño de alambique.

ña. Con unas, de un dolor patético, se fija en el alma del pueblo el calvario de Francisco del Rosario Sánchez y de sus veinte compañeros sacrificados. Ruda, inolvidable lección de lo que saben hacer los españoles y los españolizados: no la debe olvidar... Cantan, y parece que lloran:

*El que aquí en San Juan se ha vito,
¡Qué caso tan inhumano!
¡Matar a veintiún cristiano
Sin tener ningún delito!*

Con otras, cuyos versos desaparecieron con los que las cantaron y de las cuales sólo quedan restos, refrescan las cualidades del General:

*Cantemos a Florentino
Que es un hombre machetero,
Y de mucha facultá.*

Lo que oye y lo que ve fermentan en su agria levadura republicana y lo van tornando áspero para los que no entran en el número de los suyos. Cuando se ponen de moda vestidos y exóticos tratamientos y los hombres se separan en distintas jerarquías, él le dice a los humildes: *compañero*; y al amigo: *compañero*. Al francmasón entonces abominado: *compañero*. Al infeliz que solicita recomendaciones para conseguir el cargo de agente de policía, no le lastima la anémica dignidad; pero le sacude el orgullo de ciudadano con precepto inolvidable:

—Compañero, el hombre que se tiene en algo no debe aspirar a ser agente de policía ni capitán de partido²¹.

Él sabe que el crédito de las autoridades del nuevo régimen con el ejercicio del poder sufre desgaste, y por eso le dice a Ramón Sánchez, amigo a quien visita con frecuencia:

—Compañero, al enemigo darle cargo...

21. Nota No. 20. -Testimonio de Doña María Josefa Sánchez Vda. Mesa.

—*Compañeros, la letra con sangre entra*, —dice a los jóvenes y a la amante y varonil María Pérez, cuando se dejan “tocar”, afirmando la mano dura mientras los adiestra en el uso de la espada.

Le gusta *el blanco*... cuando es su amigo; cuando no lo es ha de andar derecho para no serle sospechoso. Para vestir prefiere el color blanco y exige que le preparen el traje con esmero y pulcritud.

La alta figura remataba en sombrero Panamá de clase fina, según decían soldados suyos, y se quedaba sin él cuando entraba en el combate. Su voz grave se hacía *grande* en la pelea sin adquirir agudeza de clarín. El General Rafael Matos Falé, de 93 años, para dar mejor impresión de cómo era, ensayó imitarla en presencia de varios y explicó que era dominadora.

Sus palabras, tan comedidas con los humildes y los leales, se tornaron ásperas para los extraños y los indiferentes a su credo. Se recuerdan hechos. Braulio Álvarez, —uno de los suyos— iba en un cortejo fúnebre y al pasar frente al sitio donde fusilaron a Benigno del Castillo, el infiel De Óleo se volvió al joven y comentó, reticente, las postrimeras palabras del prócer difunto. Con acritud intervino el General:

—Tú fuiste de los traidores, —le reprochó a De Óleo— y le hablas con ese descaro a un adolescente hermano de una de las víctimas en lugar de avergonzarte de ese horrible crimen.

Para Don Luis Pelletier no sólo era un gran patriota sino además un extraordinario espadachín y múltiples relatos avaloran el juicio. Puede citarse el siguiente:

El Señor... Herrera (se conserva sólo el apellido) reputado de valiente, desafió a Florentino. Rehusó éste el lance. Con desdén de General de División, pretendía que la varonil María Pérez lo representara en el desafío. La indignación de Herrera creció de punto, y finalmente, Pedro Florentino tuvo que descender del Olimpo y batirse.

Al primer o segundo asalto Herrera fue desarmado y resultó con leves *puntazos* que hubieran podido ser heridas mortales.

—Ya ves, Herrera, que no te quiero matar, —dijo; y el personaje, imponente se alejó del terreno del honor.²²

22. El Sr. Herrera cambió de residencia yéndose a vivir en San Cristóbal. El duelo obedeció, según versiones, a que el General Florentino censuró un acto de Herrera. Durante la guerra con Haití, en una incursión, Herrera hizo morir a dos niños haitianos en forma horripilante. No toleró que se lo recordaran.

La Junta Revolucionaria creada en Curazao incitando a la protesta armada, cuando le escribió a Pedro Florentino, conociendo sus antecedentes le exige que dé principio a la protesta. ¿Llegó la carta a sus manos? ¿Cuándo? ¿En dónde estaba él cuando la matanza en el cementerio de San Juan? Unos dijeron que, con amaño, lo vigilaban en San Cristóbal y de eso deducen que era nativo de ese lugar... ¿Necesitaba Pedro Florentino que lo invitaran a conspirar? Por el escabroso camino de Los Ríos más de una vez había ido al Cibao. Antes, se propagó en pueblos y aldeas del Sur que el alambique de Florentino estaba a punto de quiebra y él va por aquellos lugares exigiéndoles a los deudores que le paguen... Pretexto para conspirar. Llegó hasta el Rincón de Neiba (ahora Cabral) y él y Ángel Félix concuerdan en la necesidad de adquirir miel "o melao" para aumentar la producción del alambique y evitar la quiebra²³... pretexto para conspirar y sublevar el Sur de Santo Domingo contra el dominio de España. Empresa no fácil cuando el prestigio del General Pedro Santana había crecido por la sublevación de Domingo Ramírez y Luciano Morillo y Taveras, favorecidos desde Haití por Valentín Alcántara.

¿Quiénes fueron dos importantísimos santanistas auxiliares de Florentino en la sublevación del Sur? Los generales Aniceto Martínez y Ángel Félix.

* *

*

Región infeliz la del Sur de Santo Domingo. Los criadores en pastos libres y hatos sin cerca, empobrecidos por las invasiones durante la guerra larga para zafarse de Haití, sufren los azotes de huracanes y del sol de fuego —¡el terrible sol del Sur, que arruina las reses y los cultivos!—

23. En Rincón (Cabral) situado entre arroyuelos y ríos, cuando la anexión de Santo Domingo a España molían cuatro trapiches: -el de Ángel Félix; el de los Gongoros; el de Minguinán, situado en la Peñuela, antes de llevar al Uvero. El cuarto, el autor de estas líneas ignora a quién pertenecía. Los trapiches de Rincón (Cabral) se anularon con la fundación del gran Ingenio Barahona C°.

El General Aniceto Martínez se acercó a la frontera vendiendo sus pertenencias para abandonar su fundo de La Jagua... Pretexto para conspirar.

Por el camino vecinal de Los Ríos que comunica a Las Matas y San Juan con el Cibao han vuelto a ver a Pedro Florentino, convertido en negociante, ir, regresar y volver. El Presbítero Don Narciso Barrientos, en carta escrita el 5 de diciembre de 1862 y entregada al Gobernador de Azua, delata al General Florentino que... anda urdiendo conspiraciones. El Gobernador va de recorrida por aquellos lugares, inquiere, y... no encuentra indicios. Por confidencia del ingenuo Francisco Peralta, plantón adicto al Coronel Francisco Moreno, el traidor Capitán Juan Santana se informa y delata a los conspiradores. Él promete probar mediante testigo la delación: el testigo era el plantón leal al Coronel Moreno. Sometieron a Moreno y a Florentino a aquel Tribunal Militar presidido por Don Telésforo Objío. El testigo de prueba (el plantón leal a Moreno) no compareció el día del juicio: el Coronel Moreno lo había escondido o lo mandó de vacaciones a una aldehuela de Haití. El Capitán Juan Santana no probó la acusación: probó su lealtad al anexionismo y se hizo acreedor a un ascenso. Pero los miembros del Tribunal se abstuvieron de condenar sin prueba a los acusados.

Ribero, el Capitán General de la Colonia, sin darle pábulo ni negarle fundamento a delaciones e intrigas, le había ordenado al Gobernador Puello: —“que el Señor General de División Don Pedro Florentino escoja el lugar para su confinamiento”. Escogió Azua, donde sus pasos fueron contados y vigilados. Mediante súplica reiterada el confinado obtuvo permiso para ir a San Juan en donde sus intereses, según él, andaban manga por hombro ya en víspera del *Grito de Capotillo*. Puello dio por terminado el permiso y le indicó a Florentino que regresara a su confinamiento...

—No podía ir. Él, cumplidor de las órdenes de la Superioridad... no podía ir: estaba incapacitado para montar a caballo. ¡Si hasta para dar pasos tenía que apoyarse en un bordón!...

En peor estado veían a Francisco Moreno. Agonizaba en trance de muerte. Hasta el experimentado General Domingo María Lazala y Sánchez, jefe comunal del puesto clave de Las Matas de Farfán, llegaba la noticia de la agonía —“ya está

boquiando”— y el comentario amargo de los amigos: —“Ahora que se va a morir es que le ven las virtudes”...

IV

Entonces, por el fragoso camino de Los Ríos, llegó a San Juan de la Maguana la noticia de *El Grito de Capotillo* y de que la sublevación se va extendiendo sobre el Cibao, y vuelve a sonar el nombre del General Pedro Florentino. José Durán alcanzó el triunfo de llegar a San Juan y... se propaló la noticia: éxito grande si se miden las consecuencias.

¿Quién era el General José Durán y por qué los políticos dirigentes del Cibao lo escogieron a él comisionándolo para que fuera a San Juan, región en donde Florentino tenía propiedades, residencia y un prestigio casi avasallador? Pocos cibaenos estaban bien relacionados con Pedro Florentino como José Durán y nadie podía ser más digno de su confianza, en ocasión tan grave. Durán fue el Comandante mientras éste era Gobernador de La Vega y Delegado del Presidente de la República en el Cibao. Nadie pudo ser más certeramente escogido. Que el jovencito Luperón mandó al general José Durán al Sur y con tropa y... “ya se saben las consecuencias”, podrán seguir creyendo la bella frase literaria los que lean sin discernimiento, olvidando el prestigio del General Pedro Santana desde Baní hasta la frontera, y la cautela con que procedió Florentino a preparar los ánimos en el Sur para realizar la sublevación contra Santana y España.

El 17 de septiembre de 1863, el “moribundo” coronel Francisco Moreno saltó del catre y resonó estentóreamente: ¡Viva la República! —¡Viva la Revolución! Así pudo un coronel “moribundo” capturar al veterano, valiente y feroz santanista General Domingo María Lazala y Sánchez. Así fue conspirador el General de División Pedro Florentino, para restaurar la Independencia de la República Dominicana. Así conspiraron los Generales Aniceto Martínez y Ángel Félix, y fue el más admira-

ble conspirador el Coronel Francisco Moreno, para que los dominicanos fueran libre: no colonos²⁴.

El Cercado y Sabanamula, y San Juan, estaban el 21 de septiembre sublevados. Pedro Florentino promete al Gobierno Restaurador hacer sublevar pronto a Las Damas (Duvergé) y el 23 quedaron Barahona, Cabral y Neiba sublevados. Lo secundaban, principalmente, los Generales Aniceto Martínez y Ángel Félix y el asombroso Francisco Moreno: hombres y actividad, pericia y bravura, y prestigio militar. Anteponiendo a la organización la rapidez, se inició el avance sobre Azua. Se alarman los españoles, y el Gobierno Dominicano desde Santiago exulta y divulga su alegría. El Ministro de la guerra, Licenciado Julián Belisario Curiel, andaba en operaciones en la línea noroeste, y se le envió la jubilosa noticia. Se la avisaron al General Eusebio Manzueta, que operaba en Yamasá. El Gobierno “la mandó a publicar solemnemente” en el territorio del Cibao.

— “Estalló nuestra gloriosa revolución en los pueblos de Sur” —dice—. “El valiente y benemérito General Pedro Florentino se encuentra a la cabeza de nuestras armas”... “Estando el General Florentino a la cabeza de las tropas del Sur, es esta circunstancia un gran triunfo para nuestra causa”.

El Gobierno (el Presidente y los Ministros en pleno Consejo) resolvió el 30 de septiembre “nombrar y nombró atendido a los Méritos y demás circunstancias que adornan al Señor General

24. El coronel Francisco Moreno, alias Cico, no era analfabeto. En el Tribunal presidido por Don Telésforo Objío, declaró tener cuarenta años de edad. Con su firma autorizó su declaración. Francisco Moreno militó a las órdenes de Pedro Florentino y más tarde a las de Puello y, finalmente a las de José María Cabral. Fue el iniciador en el Sur de Santo Domingo de la sublevación contra la colonia. En la Guerra de los Seis Años contribuyó a evitar la anexión del país a los Estados Unidos de América. Muerto Andrés Ogando, fue en el Sur el más constante y eficaz auxiliar del General José María Cabral. Cuando la traición del General Domingo Ramírez, no flaqueó y tuvo autoridad para reconstruir el ejército libertador, mermado por causa de aquella traición. Él formó nuevo gobierno en la manigua, sin dar oídos a las intrigas desconcertantes contra Cabral. Sufrido y valiente, nunca vacilante. En el Sur de Santo Domingo es difícil encontrar un igual en las guerras por la Independencia. En los anales de nuestra historia ni siquiera mencionan su nombre y hasta han pretendido que fue Mariano Rodríguez Objío, su secretario a raíz de la Restauración, el iniciador de la sublevación. Objío fue su secretario antes de pasar a la escolta personal de Pedro Florentino. Ningún hombre fue en el Sur más honroso que Francisco Moreno y es difícil encontrar otro que en virtudes patrióticas se le pueda comparar.

Pedro Florentino, General en Jefe del Ejército del Sur, ordenando a todas las autoridades le guarden y hagan guardar todas las consideraciones y preeminencia que a su referido grado y mando corresponden”.

Cuanto se ha publicado sobre el papel que desempeñó el General Pedro Florentino en la lucha por la Restauración, fue escrito después de restablecida la República. Han tomado en cuenta sólo los hechos posteriores, sobreponiéndolos a su pasado y borrándolo con ellos. De él escribirá Don José Gabriel García mucho después del asesinato que Juan Rondón encabezó. En el destierro, pasado más de treinta años y expulsado por Heureaux, escribirá el General Gregorio Luperón. En Pto. Plata, a la sombra del poderoso triunviro, en 1866 primero, y después en 1870, desterrado por Báez, de concierto con Luperón y para exaltar las glorias del gran caudillo de la democracia, escribirá también el poeta Don Manuel Rodríguez Objío²⁵. De regreso, en Madrid, con miras de rehabilitarse del desprestigio en que se hundió a causa del mal papel desempeñado finalmente en Santo Domingo, el Ex-Capitán General Gándara escribirá sobre él. Lo que éste afirma con relación a la maldad de P. Florentino lo acogerán como bueno los escritores dominicanos despreciando hechos positivos y de importancia y sin intentar siquiera escrupulosa comprobación frente a los documentos oficiales. Todos recuerdan la última parte de la tragedia que fue la vida de Pedro Florentino y aunque es cierto que el reposado historiador Don José Gabriel García atenúa el juicio, considerando su “hasta entonces buena reputación” y afirmando que “aquellas contrariedades capaces de dislocar la cabeza mejor organizada perturbaron por completo el ánimo del General Florentino, que para remate había contraído en los últimos tiempos el vicio de beber en demasía”, lo condena irremisiblemente.²⁶ El General Luperón afirma que “Florentino era un perverso y un baecista intransigente” y para Luperón perversidad y baecismo eran perversidad duplicada. Este gran instintivo y autodidacto, elocuente orador de dicción defectuosa y escritor de arbitraria ortografía, piensa, aunque no lo dice, que cada ciudadano se afilia al

25. Notas Nos. 11 y 12. -General Luperón, Rodríguez Objío y Pedro Florentino.

26. Nota No. 9. -El presunto beodo.

partido que corresponde a sus ideas y la idea es floración de una planta que tiene sus raíces en la buena o mala índole. Él no mira atrás para juzgar a Báez y a sus partidarios de la primera época, cuando se le creía el más destacado y necesario oponente a la política reaccionaria de Santana; ni él ni los demás se fijan en el concepto extremado de la justicia que absolvió a Pedro Florentino y que resplandece en sus hechos importantes: en el fanatismo que formó el soporte capital, el eje de su carácter; no estudian si era sincero, si estaba desposeído de ambición personal, cuando procedía con aquel "laudable celo por el bien público" que le critican tachándolo de fingido; no advierten si era el mismo cuando arriesgaba posición y vida frente al tirano salvando de la muerte a veinte y dos compatriotas, y cuando suprimía, con la inclemencia de un inquisidor, la vida de los que se volvieron de espaldas a la República; y eluden la causa que motivó el funesto cambio de actitud de ese carácter.

* *

*

Gregorio Luperón es un joven sin historia que se inicia en la carrera de las armas durante la lucha por la Restauración de la República. Es incansable en la organización de guerrillas y en los combates parece un loco que busca los sitios de mayor riesgo. Para otros el escalafón: él se improvisa general y tiene buena suerte en sus arrojos. Pero en el Cibao, asiento del Gobierno, son muchos los generales: se desata como un huracán hacia la parte del Este. Gana, y gana y vuelve a ganar combates. Se impone y manda a los demás, pero su hidrópica sed de gloria quiere más. "Anda por esos lugares, —consta en el libro de los actos oficiales—, haciendo Coroneles y Generales, etc., grados que no puede reconocer ningún Jefe, ni el Gobierno mismo"... y "en sus proclamas habla de confiscación de bienes"... "contra la letra y el espíritu de todas las constituciones dominicanas". Se le recomienda mucho que respete la propiedad y... no obedece. El Gobierno se alarma y el Presidente Salcedo en persona va y lo sustituye. El

indisciplinado recomienda a la tropa obediencia y disciplina, pero al efectuar la entrega, (según dice en sus *Apuntes Históricos*) intenta estrangular a Salcedo a cuya memoria le tendrá implacable tirría. Disconforme se va al Sur precedido del General José Durán, a quien él dice que mandó: “de La Vega expedí sobre San Juan al Gral. Durán con tropas de Jarabacoa”, etc., y cuando éste llega a Azua ya Pedro Florentino se imponía allí a todos los generales “por su audacia”...

Le corrige el Gobierno Restaurador, de acuerdo con el indiscutible testimonio de las actas redactadas por el Vice-Presidente Benigno Filomeno de Rojas y firmadas por él y los Ministros. Le corrige su biógrafo y amigo íntimo, Don Manuel Rodríguez Objío, al transcribir la comunicación en que se le ordena que se dirija al Sur, “para facilitar las operaciones de los Generales José A. Salcedo y Pedro Florentino”. Se le explica su papel de subalterno: —“Una vez puesto Ud. en comunicación con uno de aquellos Generales, se guiará Ud. en sus operaciones por las órdenes que ellos le den, o que Ud. combine con ellos”. —Le corrige el General Gándara al afirmar en su historia textualmente:

“Pedro Florentino, de execrable memoria, y Aniceto Martínez, fueron los instigadores de un rápido movimiento revolucionario que como reguero de pólvora corrió por Barahona, Neyba, El Cercado y San Juan de la Maguana, hasta juntarse con el primer núcleo del Norte en la frontera de Haití. Numerosas tropas rebeldes cayeron en torrente sobre Azua, y aunque allí le sirvió al pronto de dique la lealtad (¡dice lealtad!) del general dominicano Puello, se desbordaron luego sobre San José de Ocoa, sobre Baní, y en fin sobre San Cristóbal. El enemigo (dirigido por Florentino) era comparable a un fluido tan rápido en condensarse como en disolverse; se iba engrosando a medida que crecía el apuro”, etc. “Puello quedó bloqueado en Azua, su victoria de Jura esterilizada; la revolución dueña del Sur literalmente se lo tragaba”. Para no abrirse “su propio sepulcro”, evacuó aquella ciudad y se embarcó.²⁷

27. Gral Gándara y Navarro. -*Historia de la Anexión y guerra de Santo Domingo*, tomo II.

* *

*

Regresaron de Haití y se subordinaron al Jefe del Sur los que habían sido compañeros del General Francisco del Rosario Sánchez y que escaparon a la matanza realizada en San Juan por los españolizados y los españoles y que estaban refugiados en la nación vecina. Llegaron el General Jerónimo del Rosario, y los oficiales Juan Rosa Arache, y otros más, exigentes y ansiosos de represalias. Es capturado el hijo de Santiago Suero, del activo defensor de la colonia, y el General Florentino lo envía prisionero a Neyba: *no mata*. Captura al joven Rosendo Prevost, hijastro del ex-dominicano Gobernador Eusebio Puello y cuando se lo discuten para fusilarlo, debió alegar que se trataba de un ingenuo sin importancia política. Lo confina a Santiago: *no mata*. Capturan al Teniente Gobernador José C. Reinoso y al españolizado Gral. Eugenio Comas, valiente y tortuoso personaje, y juntándolo a otros oficiales prisioneros, los envía presos a Santiago con esperanza de que allá los corrija y haga rectos el ejemplo de "los buenos": *no mata*.²⁸ Tiene a merced al Coronel Cabuya que le había fulminado al hijo que creían de espléndido porvenir... Es un patriota y un valiente de los de Ángel Félix; no permite que le hagan daño, y lo utiliza en el servicio de la República: *no mata*. Capturan al General Domingo Lazala, el enterizo de maldad o estupidez que izó en la común de Guerra, la bandera de España, que fue Presidente del Consejo Militar que condenó a Sánchez y a sus compañeros, por cuyas acciones mereció la condecoración de Carlos III, y... Pedro Florentino cometió la falta de no matarlo; falta tan imperdonable como el desenfreno de La Urca.

Al recibir a tales prisioneros el mismo Gobierno, extrañado, le escribe significativamente: "todos los cuales se les mandarán si los quiere"..."²⁹

28. Nota No. 24. -Extracto del Libro 4. -Registro de Actas. -Gobierno Provisorio. -1863.

29. Nota No. 24. - id. id.

V

Extraviados o destruidos los documentos oficiales que podrían seguir irradiando luz sobre los hechos del General Pedro Florentino, es forzoso oír las opiniones de historiador tan grave como García; procurar el testimonio de escasísimos sobrevivientes, capaces de formar juicio, que lo conocieron; y tomar en cuenta las injurias de Gándara y Navarro, y aceptar en principio todas las maldiciones y los vituperios que llovieron y llueven sobre su memoria como ofrendas negras a un condenado.

La situación de la causa dominicana en el Sur, de acuerdo con los testimonios del Gobierno y del General Gándara y Navarro, el enemigo común, era como está descrita cuando el General Luperón se acercaba a Baní después de poner en libertad a un General y a varios oficiales adictos al sistema colonial que iban prisioneros para el Cibao “bajo el grave cargo de promover la reacción a favor de España”. Ellos le mintieron fidelidad y formaron luego en Higuana la columna que iba a ayudar a Gándara a destruir el frente Sur. El principal en rango, buen servidor de España con carácter de Tte. Gobernador de San Cristóbal, se distinguiría prestándose con Eusebio Puello, a “acuchillar” las dos columnas de patriotas atrapadas en Sabana-Cruz.³⁰

* *

*

El General Pedro Florentino tiene propósitos que le dicta la experiencia. Desde Azua trata de imponerle organización y disciplina al ejército o montonera que comanda, cosa de mantener con firmeza las ganancias conquistadas y las futuras; pero ya batallones de las tropas que le obedecen —cediendo a reclamo de Luperón o por propia providencia— avanzan mandados por el General Aniceto Martínez y los Coroneles Cabuya

30. Don José G. García, obra citada.

y Rondón, limpian de enemigos armados a Baní, pasan de Yaguatae y robustecen las guerrillas de los Coroneles Casimiro y Campusano.

* *

*

Pedro Pablo Salcedo, aparente rival de Luperón, se retiró de Baní, urdiendo males con que impresionaría al Gobierno y a su paso por San José de Ocoa despertó la enemistad de aquel pueblo convirtiéndolo "en teatro de repugnantes escenas". Esto, y las tendencias absolutistas de Luperón, escribe el historiador García, fueron en parte precursores de la anarquía. La necesidad y las órdenes del Gobierno obligaron al General Pedro Florentino a postergar los propósitos *de permanecer todavía en Azua, propósitos* que le dictaban la lógica y la experiencia y la necesidad estratégica. Corrió de Azua a Baní, indagó en el lugar hostil donde al decir de dicho historiador "las ideas reaccionarias se habían aclimatado". (Supongo que esto significa que Baní era contrario a la causa nacional antes de la llegada del hombre de los calificativos siniestros). Con urgencia llama a Luperón, que estaba operando en San Cristóbal mientras el oficial Máximo Gómez, con fuerzas españolas operando en el camino de El Maniel, había conseguido incomunicar a los patriotas con el Gobierno del Cibao. Se trataba de enterarlo de un oficio recibido del Gobierno con "noticias de sucesos graves". Se encontraron en Baní el 13 de noviembre de 1863 y, en leyendo los oficios (dos), quedó el General Luperón enterado de lo siguiente: —1ro. Pedro Florentino tiene no sólo la autoridad de General en Jefe del Ejército del Sur: tiene, además, órdenes de apresar a Luperón. —2° Tiene órdenes de pasarlo por las armas. Las órdenes eran incuestionables. Los oficios estaban firmados, según Luperón, por el General José Antonio Salcedo, presidente de la República; por el Vicepresidente Don Benigno Filomeno de Rojas, y por el Ministro de Guerra Licenciado Julián Belisario Curiel. Florentino estuvo un rato indeciso: eran palpables la indisciplina y el principio de la anarquía; pero las investiga-

ciones y observaciones sobre el terreno no le permitieron comprobar que la falta de haber libertado a los prisioneros fuera prueba de un principio de entendido de Luperón con el enemigo, como algunos creyeran en el Cibao. Para el temible fanático, ya el traidor a la patria era un reo de muerte y todo dominicano que actuara contra la patria era un traidor; pero a pesar del daño que estaban haciendo aquellos prisioneros que mintieron fidelidad, la experiencia le decía que el joven que tenía delante, en cuyos ojos veía codicia de gloria atizada por ferviente amor a la República, no debía incluirse en ese número. Él también fue una vez acusado de "sonsaca". Del fondo de la conciencia que pronto se iba a desorbitar, como de un sol moribundo brotó la explosión de luz que incita a estudiar a qué se debió el cambio brusco, a qué la crisis moral que trastrocó en el hombre más infortunado a uno de nuestros esclarecidos libertadores.

*Vaya a su alojamiento, —le ordena a Luperón— y prepárese a salir inmediatamente con su Estado Mayor por el camino del Maniel, y que lo fusile el Gobierno allá, porque yo no voy a cargar en el presente ni en el porvenir con la responsabilidad de semejante crimen.*³¹

VI

El día 13 de noviembre de 1863 se separaron Gregorio Luperón y Pedro Florentino. El primero se alejó siguiendo el derrotero que le trazaron y el segundo salió para San Cristóbal.

El último vestigio que queda escrito de los propósitos del viejo general, que lo acredita como jefe de la invasión triunfante, es la carta que el 15 de noviembre (1863) le dirigió desde San Cristóbal al Presidente Salcedo, que operaba en el Este. Le da informes de los últimos actos, *pide municiones; pide "vestuario" para su gente; procura "un acuerdo"* con dicho Presidente en

31. Gral. Gregorio Luperón. -*Apuntes históricos.*

campaña "para atacar al General Pedro Santana en su campamento"; y expresa la creencia de que, aprovechando la desmoralización del enemigo, "podría tomar la capital".

A continuación la estrella del General Florentino comienza a palidecer hasta apagarse y con ella se pierden su fama de militar experto, y su limpia reputación y nacional nombradía. El ejército español, que se había refugiado o protegido en la ciudad amurallada de Santo Domingo y que Florentino creía en desmoralización, recibió refuerzos de Cuba y de Puerto Rico que le devolvieron su moral a los banilejos leales a España y a los demás españolizados. El día 16 de noviembre inició Gándara la gran campaña de revancha contra el Sur. La primera había fracasado. Por mar, en barcos de guerra, se transportaban recursos; y al lado de Gándara iban Eusebio Puello, y otros generales y oficiales criollos conocedores del terreno, en cuyo número se destacaban los libertados por Luperón; iban Weyler, Blanco y Avengosa; iban los Marcano, y Díaz, y Valera, y Heredia y Telésforo Objío, y Santiago Suero. Don Manuel Pereyra y Abascal, el Marqués de la Concordia, un veterano de las guerras del Danubio y Crimea, era el Jefe de la artillería.

Gándara, habituado a la barbarie de las guerras carlistas, diestro en intrigas, maestro en vituperar al enemigo, implacable en la persecución, frío ante el sufrimiento de los dominicanos y alegre cuando logran "cazar aquellas fieras", se llama así mismo "hombre de calma fría y algo estoico de carácter". El engatusador tiene dulzona y palabrería ternura para los suyos, y se hace amar de ellos. No era un mal jefe; pero era un mal pacificador. Weyler es "de vista serena", "de arrojo y bravura", "el heroico", "el noble", "el intrépido Weyler". Los dominicanos son de "índole aviesa, pertinaz y solapada". Los Jefes del Sur: (Florentino y Aniceto Martínez) "hábil corifeos", "de instinto feroz y sanguinario", "execrables". Puello, "jefe cuya especial aptitud para aquella guerra nunca será bien ponderada", "dirigía con sus milicianos la vanguardia", etc.³² El proceder, los calificativos y el modo de juzgar de este historiador y actor del drama, dan la medida de su verdad después de pasarla por razonable cedazo; pero hay que acep-

32. Gral Gándara y Navarro, obra citada.

tar que el nativo sirvió de fuerza de choque, aquí como en toda guerra colonial.

* *

*

Aniceto Martínez fue aquel Comandante que se distinguió, el primero, en los combates de Las Carreras. Nacido y casado en San Cristóbal, enviudó, casóse en segundas nupcias con Dominga Medina en Las Matas de Farfán, y fijó en La Jagua su residencia.³³ Fue el mismo que, cumpliendo órdenes de José María Cabral, empujó las fuerzas de Soulouque hasta los viejos límites, poniendo digno remate al triunfo de Santomé. En la lucha aciaga por la Restauración, pasa silencioso al lado de Florentino como Pylades junto a Orestes. Escapa a las intrigas, y no se encuentra a la hora de los fusilamientos. Está donde hay que pelear, activo y limpio como un arcángel, sufrido y desgraciado como la Patria. Los contraataques de los patriotas, sus embestidas, rápidas siempre y repetidas, sangraban al enemigo que con fuerzas y equipo superiores y guiado por Puello y los banilejos avanzaban ahora como tropel de toros picados por avispas. Y se llegó al Guanal de Paya, donde pretendió Pedro Florentino detener a los enemigos de la República librando la acción infortunada mediante la cual han convertido a los libertadores en bandidos y en mala su buena causa. El violento combate de El Guanal de Paya se sostuvo hasta Baní, a donde entraron los extranjeros guiados por compatriotas. Cuarenta casas techadas de palma cana cogieron fuego; pero al fin se rompió el muro de contención; y Gándara, ufano, declaró deshecha “la bola de nieve formada con tanto trabajo por Florentino”. García y Luperón explican que el incendio se produjo en la lucha por la toma de Baní; pero Gándara pasa en silencio que hasta allí se prolongara el combate para cargar la culpa en el *haber* de los crímenes nativos. Ya al siguiente día de

33. Datos suministrados por una hija del Gral Aniceto Martínez. Según ella, el Gral Martínez murió de tétano durante los *seis años de Baéz* en las Matas de Farfán.

entrar al poblado ocurre a la sutileza de proveerse de una acta firmada por los honorables miembros de la Junta municipal en donde hace que conste: —a) “que las tropas dominicanas en su retirada pillaron a Baní y le dieron fuego; b) que 40 edificios quedaron reducidos a cenizas; c) que en uno de éstos reconocieron el cadáver del hijo de Don Mariano Echavarría (un loco a quien dejó amarrado Florentino para que se achicharrara); d) que Gándara y sus soldados hicieron esfuerzos inútiles por salvar de las llamas al demente”, etc. ¡Crueldades de Florentino!...

No se explica si se trataba de un loco furioso, ni se ha creído discreto pensar que, en aquel estado de guerra, la familia tendría amarrado a su loco. No se piensa que en el *estado mayor* de Florentino figuraban ya, y siguieron figurando, los banilejos José Dolores Soto, Braulio Álvarez, José Donato Andújar, Marco A. Cabral, etc. etc. Todavía hay gente que admite la patraña sin darse cuenta de que el candor, flor de virtud, cuando se deja estirar queda convertido en tontería. La explicación del incendio, dada a conocer antes de Gándara escribir la historia, resultó contraproducente para el juicio de los imparciales y lo obligó a protestar de que las tropas españolas incendiaran el caserío.

“No hay un ejército disciplinado de nación culta, —protesta— que se entregue a esos actos de que sólo son capaces gentes capitaneadas por Florentino y otros de su ralea”...

¡Ojalá que antes, ni ahora, los hubiera, y que sólo Pedro Florentino hubiera sido capaz de acciones vituperables! Pero Gándara cita enseguida los incendios de Guayubín, Puerto Plata y Barahona (olvida el de Santiago), y califica a los dominicanos de ser de “ferocidad increíble”, “bárbaros de costumbres”.

Todavía lamentan algunos escritores dominicanos y cubanos el incendio de Baní. Los barahoneros recuerdan, casi con orgullo, el de Barahona y están agradecidos al General Ángel Félix por la intención con que lo ordenó. En Enriquillo vive todavía Juan Gabriel Sánchez, uno de los soldados que recibieron y ejecutaron la orden.

—Habrá que tener reparo con la casa de su compadre Bartolo Maggiolo, y la iglesia, —observó Simeón, hijo y Teniente del Jefe.

—La iglesia y la casa de mi compadre son los mejores alojamientos... quémenlas primero, —replicó él.

Para que no se horroricen los que me oyen conviene recordar que el capellán de un regimiento español pidió cuando entraron en Cabral, como compensación, que incendiaran la iglesia de la aldea “porque en ella habían bautizado al hijo de Liberata”.³⁴

Once días después de la toma de Baní, sus moradores elevaron una exposición al Capitán General haciendo constar *la noble y generosa conducta de Gándara y las tropas que comandaba, la lealtad y adhesión de los banilejos a Doña Isabel II y al Gobierno de España, y ¡una gratitud inolvidable!*³⁵ Si esas manifestaciones, tan espontáneas, dejan duda a alguien de cómo le hacían la guerra al pueblo que calificaba el Capitán General Rivero de “revoltoso”, ingrato a los beneficios de la más bondadosa de las Reinas, puede ilustrarse con los siguientes ejemplos que el mismo autor suministra...

“Las columnas (españolas) permanecieron en San Cristóbal dos días forrajeando y destruyendo los frutos y cosechas”, y agrega: “Había que destruirles sus sembrados, sus conucos, sus rebaños, sus provisiones”.³⁶

El día 24, “Puello, con 400 hombres (españoles y españolizados) no sólo se dio traza para cazar aquellas fieras, sino que consiguió atraerlas al descampado de Sabana-Cruz, donde la caballería las acuchilló sin piedad”. “Los pocos que quedaron, garantiza Gándara, sólo debieron la vida a un despeñadero por el cual se arrojaron”. La operación nada más costó un herido.³⁷

¿Cómo se explica esa acción? ¿Se proponía el pacificador exterminar al nativo belicoso para repoblar trasplantando en vivo gente sumisa, de pacíficas ideas? Días después hizo Florentino ejecutar al españolizado Vilomar y a otro de los prisioneros que tenía en rehén. Ya no se volverá a advertir de lado alguno la piedad; en los que acuchillan para afirmar el poderío colonial, ni en el que fusila para restaurar la independencia de la República.

34. El Gral Ángel Félix, hijo de la señora Liberata, era llamado comúnmente, en la que es hoy Provincia Barahona, Angelito Liberata.

35. Gral. Gándara y Navarro, obra citada.

36. Ibid.

37. Ibid.

Boves llamaba a "El Libertador", el feroz Bolívar; y Bolívar tachaba a Boves de feroz. Los dos se igualaron a veces en la crueldad; pero nunca en el ideal.

Los acuchillados en Sabana-Cruz, sin ensañamiento pudieron ser salvados y conservados como prisioneros; y acaso la conciencia de Florentino no se hubiera entenebrecido y los rehenes hubieran sido perdonados y libertados. Ambos actos fueron y son exponentes de bárbaras demasías; pero los escritores dominicanos y cubanos no reprueban el del conquistador y condenan sin atenuantes el del fanático desesperado que llegaba a los excesos defendiendo los sagrados derechos a la libertad de sus conciudadanos y la restauración de la República. De dos faltas ni la menor debe aprobarse; pero es preciso convenir en que los hechos del dominador y de sus compañeros por ignorancia o apostasía, inspirados en móviles injustos, hacen palidecer y reducen casi a cero los actos del libertador.

VII

Combatido por fuerzas extranjeras superiores por el número, la disciplina y los armamentos y robustecidas por criollos expertos en el terreno que pisaban; traicionado en Baní, y traicionado por los de San José de Ocoa; latente la traición en Azua sin fe a causa de los desastres sucesivos, sólo con una acción brillante podría Florentino restablecer la confianza de los suyos y contener la defección. Aplacó un instante el hervidero de las pasiones tremendas, que lo atarazaban, y concibió el plan que consideró de éxito seguro. El enemigo sería vencido, perseguido y, debilitado por la sed en los terrenos inclementes, quedaría exterminado en los guazabarales. Gándara confiesa que ese plan "tenía pretensiones de artificioso y estratégico". No sé por qué mejor no escribió: "tenía de ingenioso y estratégico".

“La tropa se iba a batir en repliegue sobre pequeños puestos escalonados, que la reforzaban, buscando el núcleo numeroso destinado a cortar el paso al enemigo con confianza. Dos gruesos destacamentos, mandados uno por Rondón y el otro por Aniceto Martínez, debían caer de improviso sobre la retaguardia, que estaría atenta a lo que pasaba al frente, de modo que el desorden se produjera al encerrarlo entre dos fuegos”.³⁸

La fortuna le hacía ver de nuevo en espejismo falaz, aquella estrella suya de Capitán, que fulguró cuando a las órdenes de Duvergé él y Lino Peralta tomaron El Puerto y enastaron la bandera dominicana en la línea de Aranjuez, límite a donde sólo su compañero de ahora, Aniceto Martínez, la había vuelto a enarbolar. Se iba a repetir la hazaña de Sabanalarga. Volvería a ser héroe como en Jácuba, cuando las tropas bajo su mando destrozaron al haitiano y llevaron la bandera por el noroeste hasta la línea de Aranjuez. Y la República, que él defendía hasta llegar a las violencias mayores y que había sido profanada y regalada a una mujer con corona, resurrecta en el Cibao, se reafirmaría por el esfuerzo del Sur.

Pero, habla Gándara otra vez, “cuando las cosas dan en trocarse hasta el más mínimo incidente se vuelve en contra. Al montar a caballo me entregaron los *confidentes la orden original* en que el cabecilla en jefe Florentino mandaba a Aniceto, y a Rondón, que iniciaran puntualmente aquel movimiento desde la playa de Caracoles, que había de cogerme de revés. Mi retaguardia quedaba así más enterada que Florentino”. “Los insurrectos, sin embargo, se batieron con tesón tan desusado que acudí en persona. Florentino terminó su sangriento papel de protagonista de aquel drama”.³⁹

¿Quién fue el traidor ese, o como quieran calificarlo, que entregó al confidente *la orden original* y en el momento más grave convirtió la victoria en desastre, y en tortura y angustias la última esperanza?

38. Ibid.

39. Ibid.

* *

*

Diezmados los restos del ejército del Sur, el coronel Cabuya y el Capitán Antonio Blas siguen detrás de su reducida gente en fuga pánica hacia Neyba, Cabral y Barahona, procurando el amparo de su jefe regional, del general Ángel Félix. Aniceto Martínez, presa de confusión, ajeno a una batalla que para él se ejecutara sin concierto, sin enterarlo, se dirige al Cibao, decepcionado. La rota de Azua entusiasma a Gándara que, mediante éxitos e intrigas, se ve a sí mismo Capitán General y al país pacificado. Entusiasma a los que traicionaron y ya consideran impune su felonía. Entusiasma a Puello, experto militar criollo, que, sobre los cadáveres de sus viejos compatriotas, vislumbra la faja de Mariscal de Campo que luciría pronto sobre su ancho pecho constelado de medallas. Sus *nativos*, en la persecución y exterminio dice Gándara que fueron "bravos hasta la temeridad, incansables en la faena, vigilantes, sobrios, *incorruptibles*, (¡incorruptibles!, dice) aquellos hombres constituían los ojos de mi división... Por ellos salía yo incólume de situaciones intrincadas; fueron mi mapa seguro y exacto; solícitos, etc., eran antorcha y escudo!"

Todavía hay gente que no se explica que el General Pedro Florentino matara a hombres de esa clase, tan consagrados a servir al enemigo de la patria... Pero él decidió fusilar, y fusiló antes de salir de Azua, a varios de los que tenía en rehén.

VIII

El animado historiador a quien tenemos que agradecer la más amplia narración de la campaña del Sur, incurre no ya en injusticias sino en contradicciones que autoriza a aceptar con reservas mucho de lo que dice sobre Florentino. Afirma en la página 105, T. 2º, que cuando sus tropas llegaron a Baní "la bola de nieve tan laboriosamente formada por Florentino estaba

deshecha". Y después anota con regocijo que "dos columnas de nativos fueron acuchilladas sin piedad por la caballería española". ¡No estaba deshecha la bola! En la página 115 dice el generoso Gándara que el cruel Florentino "había conseguido formar un cuerpo *formal y compacto*, aunque sin aprovecharlo"; pero antes describe el plan de la batalla de Azua que hubiera sido de consecuencias incalculables si un oportuno confidente no le vendiera el enemigo.

Gándara escribió su *Historia a la española*, y la tenemos como obra de consulta. Razones de hombres ilustres vienen a la memoria. También aquí es un hecho constante la realidad de lo contrario, o que cosas y personas actúen al revés de sí mismas. No sé cuándo escribirán en Santo Domingo la historia que haga justicia, o cuando menos la historia a la *dominicana*.

Piensa José Ortega y Gasset que el español es un individuo que no puede ponerse en el ajeno lugar, comprender o examinar las cosas con la comprensión psicológica de los otros. El general de Academia que conducía por tierra un ejército de soldados regulares, robustecido por milicianos criollos que le servían de "norte y escudo"; que tenía a su lado a hombres como Máximo Gómez, Marcano, y Valera (Capitanes superiores a él); que barcos de guerra sin contrarios que entorpecieran su navegación le llevaban abastecimientos de comestibles, de municiones y fusiles de repuesto, hace alarde de respetar los intereses de los vecinos, aunque después dedica dos días a destruir esos intereses; y afrenta al jefe patriota que iba pillando y extorsionando a infelices y a propietarios. No comprendía que éste carecía de los recursos más elementales para mantener su ejército, y que tenía que renunciar a hacer la guerra o crear esos recursos arrancando raciones a los propietarios, nuestros ricos de entonces, que daban de mala gana cuando lo veían triunfante; pero atentos a las alternativas, inclinándose al más fuerte para garantizar los intereses. Todavía los camellos no pasaban por el ojo de una aguja.

La leyenda del pillaje a que fueron sometidos los pueblos del Sur, fue adoptada, convertida en realidad histórica; y el reparto de un botín de fantasía se dio como causa del asesinato perpetrado por Rondón. La pereza mental del escritor criollo nos tiene aún subordinados, conquistados esencialmente por lo que al respecto dijo el conquistador y que repiten los interesa-

dos en exculpar las actitudes y conductas, sujetas a interpretaciones, de los que se fueron con España.

Preguntémonos qué amplitud tendrían las *instrucciones* rentísticas con que nombró el Gobierno a E. Márquez y lo mandó para el Sur y si éste se prestaría a ser simple agente de ladrones.

Preguntémonos, siquiera, qué hay de verdad en el infundio del botín, a qué queda reducido en la escala de la lógica, y cuál debió ser el motivo real del asesinato.

Azua, el centro urbano de más importancia entonces del Sur, fue incendiado por el haitiano en una de sus invasiones y toda la región reducida a penuria durante una guerra de más de catorce años. El ejército, montonera, o como quieran llamarlo, mandado por Florentino, estaba formado, según algunos, por tres mil hombres (3,000) de las regiones de Azua y Barahona destacados en dos o tres sitios; pueden calcularse mil más (1,000) de El Maniel, Baní, San Cristóbal y campos de Santo Domingo.⁴⁰ El jefe de aquella cantidad de hombres los tenía que alimentar. El Gobierno *ofrecía* municiones; pero el alimento salía del superior inmediato como salió Minerva de la cabeza de Júpiter, con la diferencia de que Pedro Florentino no era un dios. ¿Cómo resolvía aquel hombre el problema diario que no admite aplazamiento? Si el ejército luchaba por la libertad común, las comunes debían sostener al ejército. Tenía un mandato categórico: "No habiendo el Gobierno encontrado a su instalación recursos de ninguna clase, ha tenido que ocurrir a un empréstito en la población por sumas módicas a invertir sus resultados en fusiles y pertrechos, y ocurrió a recursos de racionar la tropa con carne y plátanos, y dado órdenes a los Comandantes de Armas para que *hagan lo mismo*, tomando aquellos artículos de los vecinos que el Gobierno recogerá en su oportunidad. *Procure que todos* los dominicanos contribuyan con su persona e intereses porque la causa es de todos".⁴¹

El *fuerte-azul* y el *listado* se les quitaba a los tenderos, mediante *vales*. Caballos, vacas, marranos, etc., se les quitaba a los criadores; y el escasísimo dinero se sumaba al cambalache

40. Gral. Gregorio Luperón, obra citada.

41. Nota No. 24. -Extracos del Libro 4. -Registro de Actas. -Gobierno Provisorio. -1863.

en la frontera. ¿Qué dinero podía ser acumulado? ¿En qué dinero, para beneficio personal, podía pensar un hombre hirviente de pasiones, atizadas por el fuego del amor patrio, que lo enardecieron y llevaron a represiones sangrientas?

No parece convincente la versión de que fuera el botín la causa del asesinato y vale la pena buscar otra.

No tenemos al *divinal* Tyresias para que baje con nosotros al infierno a interrogar la sombra terrible del General Florentino; pero podemos abrir la interrogación sobre qué se hicieron los papeles de él, los oficios que recibió del Gobierno relativos a la deposición, prisión y muerte de Gregorio Luperón, que en parte desestimó con alto sentimiento humano, los testimonios auténticos de las órdenes que recibió relativas a la prisión de los Mota, y demás españolizados, que pararon en la muerte, y de las que emanaron de él; preguntar por qué el que fue azote del haitiano prefirió encaminarse a la frontera en vez de ir al Cibao a juntarse con sus compatriotas. ¿Asomaba la funesta rivalidad regional que todavía los torpes avivan? Estacionado en Azua retuvo Florentino un núcleo principal de tropas, mientras aguardaba los recursos que, a nombre de él, fue su agente y secretario Marco A. Cabral a pedirle al Gobierno y, en la precaria situación, los recursos no llegaron. Y cuando nuestro grande y amado Luperón se retiró a Santiago, dice él que corría en Baní el rumor de que Pedro Florentino se proponía avanzar, entrar en Santo Domingo, y establecer junta de Gobierno que él mismo presidiría;⁴² propósito idéntico al que realizó más tarde José María Cabral. ¿Qué habría en todo eso de verdad? ¿Y qué alcance debe dársele a las palabras de Don José G. García, con justicia enaltecido, cuando condena al General Florentino porque “considerado jefe nato del Sur por su antigüedad y nombradía cubría con la apariencia de un laudable celo por el bien público resentimientos de ambición personal?”⁴³ ¿Acaso se debe interpretar que su pasado fue una farsa, o que era horrendo crimen la aspiración a imponer término a la anarquía derramada ya en el Sur? Se nos condena a aceptar los hechos posteriores de Florentino, su fin desastroso, para explicar los medios y el

42. Gral. Gregorio Luperón, obra citada.

43. Don José Gabriel García, obra citada.

principio del que hasta entonces era, más que militar de honor, una conciencia puesta a prueba que había salido airosa de tantos y de tan graves acontecimientos? ¿Es que el hecho final tiene toda la elocuencia? ¿Es un fin adverso la clave de la vida entera? ¿Vivió Pedro Florentino dedicado al servicio de la patria procurando ocasión propicia para hartarse, como asesino vulgar, matando a diez y siete españolizados?

Don Benigno Filomeno de Rojas y Don U. F. Espaillat eran a la sazón, más que Vice-Presidente, y Miembro del Gobierno, las inteligencias directoras, los verdaderos Presidentes de la República, ya que el titular dedicó sus actividades a operaciones de guerra. El Gobierno se componía de hombres escogidos entre la gente importante que en el Cibao casi a unanimidad repugnaba la anexión, mientras en el Sur la Restauración era combatida por las clases adineradas con una saña que asombra. Rojas y Espaillat estaban rodeados de campamentos de donde salió hasta la muerte del Presidente Salcedo; pero ellos eran incapaces de acciones viles, y lo honesto y discreto es descartar la insidiosa conjetura de Gándara de que el Gobierno fuera el autor del asesinato de Florentino.

El investigador dominicano, según parece, procura libertarse de aquella tara de raza de que habla Ortega y Gasset. Cuando menos tratará de amortiguarla para estudiar los hechos, el ambiente social, y a los hombres que tomaron parte en la lucha por la independencia y en la restauración de la República. No se limitarán al ojo de Polifemo que no más permite ver un lado de la cuestión: la faz ordinaria de los sucesos.

IX

En aquella lucha contra un imperio que disponía de todos los recursos materiales, nuestro país, empobrecido por una larga campaña sostenida contra Haití, mantuvo a la vez que una guerra internacional, una guerra de partido, una guerra civil; de un lado formaron filas dirigentes de distintas filiaciones que tenían un criterio de adultos, una ideología desarrollada, sobre

la independencia. Con criterio diferente se batieron otros a favor de España, como si combatieran, ciegos, en una guerra civil por su partido político. Es admisible que algunos jóvenes creyeran que Haití —vencido en sucesivas invasiones— seguía constituyendo una amenaza; y que España, indiferente durante los días difíciles, al fin viniera en ayuda nuestra como providencia emanada de Dios. El mismo coronel Juan Rondón, que peleó en las dos guerras con notoria valentía y que asesinó a Florentino cuando era distinguido por éste como oficial de alta confianza, tuvo en la mente difuminadas las fronteras nacionales. A instigación del Presidente de Haití se alzó en armas el General Domingo Ramírez, y Rondón lo acompañó.

Hubo sin duda momentos de prueba para los dominicanos. Repuestos los haitianos después de ser vencidos en Azua, avanzaron hasta Ocoa. No teníamos organización, se carecía de recursos para sostener una guerra larga y España permaneció indiferente. Con fatídica elocuencia le anunciaba Pedro Santana a Tomás Bobadilla que todo sacrificio sería estéril y que mientras más se prolongara la resistencia más incierta sería la victoria⁴⁴. Él no veía protección que no viniera de Francia. El Gran español estaba entonces afrancesado, porque nunca tuvo fe en nuestro destino, pero siempre tuvo fe en una u otra potencia de ultramar. En él, como en Rondón, tampoco se ve clara la línea fronteriza.

Los dominicanos sustituyeron el calzado por la soleta, y, en la necesidad, aprendieron a hacer la guerra; y aprendieron a ganar batallas, aunque es cierto que entre sí no supieron ganar la paz y la libertad jurídicas, que tampoco les vino a traer España. Cuando ya estaban eliminados los peligros, por tierra, se realizó la anexión inconsulta. El acontecimiento fue repugnante e inconcebible para un gran número y así lo sintió y pensó en todo momento, con mente y alma de fanático, el hombre a quien sus conciudadanos llamaban todavía oficialmente "*El Valiente. El Bizarro. El benemérito General Pedro Florentino*".⁴⁵

¿Se ha explicado suficientemente la diferencia de criterio, el concepto que tenían de la independencia los dominicanos de

44. Ibid.

45. Nota No. 24. -Extractos del Libro 4. -Registro de Actas. -Gobierno Provisorio. -1863.

1863? Vale la pena insistir en la pregunta. Los Marcano, Máximo Gómez, y otros españolizados, despertaron del error cuando recibieron en Cuba el tratamiento que se daba a los colonos y vieron cómo se mantenía a seres humanos sometidos a esclavitud. Despertaron y comprendieron con horror que los españoles los manejaron como manejó Hernán Cortés a los indios de Tlaxcala, a pesar del alerta de Xicotencal. Ya sé que el símil no es muy exacto. Para los Marcano, Máximo Gómez, Valera, etc., etc., de familias españolas, Xicotencal no eran ellos; pero no estaban seguros de que no lo fuera Pedro Florentino.

Son de un dolor concentrado las palabras de Máximo Gómez en el despertar de su ánimo. "La República, explica él, dejando de ser lo que era, en un instante desdichado pasa por el trance doloroso de anexarse a la Monarquía de España. Aquello fue un aturdimiento nacional que dejaba sin guía ni directores a la juventud dominicana. Me encontré de improviso en la isla de Cuba, a manera de un poco de materia inerte, que lejos de su centro, arrojan las furiosas explosiones volcánicas. Por encima de todo eso, que lo consideré como efímero y despreciable, estaban latentes los recuerdos sagrados", etc.⁴⁶ Y es significativa la jactancia dominicanista con que un compañero de Gómez le dice al General Villar, comandante general de Santiago de Cuba: "Los dominicanos no necesitan mendigar un pedazo de tierra extraña. Tienen la suya, muy rica y hermosa".⁴⁷

¿Por qué, pues, pretenden hacer creer escritores de Cuba y de Santo Domingo que Gómez entró al servicio de España y se fue con ella indignado por los desafueros del negro Pedro Florentino, cuando Florentino no era negro y él murió mucho antes de irse Gómez para Cuba, y éste figuraba al lado de los españoles antes de aparecer en la contienda y después de ser asesinado el jefe del Sur? ¿Por qué trastornan el sentido de rectitud de los valores morales? ¡Menguada justicia y pobre espíritu los del hombre que tiñe las causas santas con el color de los prejuicios! Lo cierto es que muchos compatriotas tomaron las armas contra la República, en una guerra que a ratos fue de exterminio, y varios de ellos no dejaron de sentirse dominicanos. Gómez no dejó de serlo ni ante la perspectiva de presidir, el primero, la República de Cuba.

46. J. S. Incháustegui. -*Reseña histórica de Baní.*

47. *Ibid.*

Pero la medalla tiene su anverso. Frente a esos hombres, dignos de respeto por su ulterior conducta, lucharon otros de un patriotismo que era ya adulto en 1863, y cuya pasión fanática hizo que algunos llegaran a lamentables extremos. Fueron éstos los que resucitaron la República que combatieron aquéllos. Y si la conducta de los enemigos ha sido tratada con comedimiento, exhorto al investigador dominicano a pensar si es prudente que sigamos llenando a los otros de ludibrio imprescriptible, sin haber procedido al estudio de la causa que defendieron, del ambiente en que se movieron, y de las necesidades que confrontaron; y *sin pensar en las contingencias del futuro*. La sentencia del Juez, aunque sagrada, es transitoria en sus efectos; pero el juicio de la historia es la verdad suprema, se transmite de maestros a escolares, y es perpetua como un fallo de Dios.

Yo no sé qué imperceptible marca separa la pureza del patriota del frenesí de aquel que ofrenda la vida propia y destruye a los enemigos de la patria en un hinchado afán de libertad; ni qué tiene de común con la que separa al fanático del santo. En la vehemencia de Savonarola, late, hierve la santidad de un San Pablo; y Savonarola no es San Pablo. Bolívar autorizó matanzas de españoles y canarios, *aunque fueran inocentes*. Da pavora imaginar cómo sería recordado si Boves triunfara de él durante la *guerra a muerte*. "Dígale a Martínez Campos —ordena Máximo Gómez al invadir el occidente de Cuba— que si quiere saber mi rumbo que me siga por el rastro de la candela"... Y Souza, su biógrafo y admirador, dice del *mambí*: "avanzaba con la fatalidad de un fenómeno celeste, reduciendo a cenizas todas las riquezas de ambas provincias, que eran los ingenios en plena molienda; plan impuesto por Gómez que aterró y desmoralizó al alto mando español".⁴⁸

Las violencias de Bolívar y las de Gómez no constituyen excepción. El daño que hicieron, arrastrados de ardor patrio, estribó en la guerra con la cual se agudizan los instintos y se originan imprevistos males. La manera de practicarla, —de ofender y defenderse— es fatal imposición y consecuencia de ella. ¿Por qué, pues, condenan sin posible redención a Pedro Florentino? No fue él un caudillo sublevado contra la madre

48. Dr. B. Souza. -*Máximo Gómez y las invasiones del 75 y del 95*.

común. No provocó ni desató la guerra, procurando la anexión como aspirante a ser colono favorecido de un gran reino. No fue siquiera un arrepentido que jurara obediencia a un nuevo estado faltando luego a su juramento. No precipitó la guerra como representante o brutal mandatario de la monarquía. Aceptó su destino de dominicano auténtico, de ciudadano de un pueblo libre, y trató de cumplir sus deberes primordiales en una contienda que no trajo de España ni fue a buscar a España.

X

Agotada la buena fortuna y olvidado de Dios, corrióse hasta San Juan el General Florentino. Tenaz, pretendía aún crear y organizar fuerzas y recurrir a la guerra de guerrillas que, según dice el jefe contrario, cuadraba con "su índole perversa que no atenuaban la pureza de la intención y lo fervoroso del patriotismo".⁴⁹

La pureza de la intención y lo fervoroso del patriotismo... ¿Qué querrían significar y qué deberían valer para los dominicanos las palabras "la pureza de la intención y lo fervoroso del patriotismo", escritas por el hombre que derramó tanta negra tinta sobre el honor de los defensores de la República y tan honrosos calificativos sobre Valeriano Weyler, Buceta, y sus demás compañeros de armas? ¿Por qué nuestros escritores no penetran el alcance de esas palabras?

* *

*

Sobre San Juan, donde tiene Florentino residencia y familiares, marcharon en su persecución Weyler y el general Eusebio Puello, con 800 hombres armados de todas armas. ¿Tratarían

49. Gral. Gándara y Navarro, obra citada.

de repetir allí el despiadado acuchillamiento de Sabana-Cruz? Y los cultivos, y los conucos, y la crianza, ¿serían destruidos como en San Cristóbal, por orden del español? Sobre los sepulcros de Francisco del Rosario Sánchez y de sus compañeros de martirio, no flotaría nunca más la bandera dominicana? Por la mente del fanático libertador pasarían ideas como esas, mientras las pasiones se le amotinaban perturbándole la conciencia. Está allí con reducido grupo de subalternos entre los cuales hay ya maleados que gruñen y enseñan dientes.

* *

*

El General Pedro Florentino había sido derrotado.

Cuando en 1929 intentó solicitar que pensionaran al prócer Juan de la Rosa Arache, propósito que él repugnó como si se tratara de algo afrentoso, desde que el senador Don Carlos Alberto Mota (1914) se lo propuso, tuve oportunidad de preguntarle cómo pudo él, después de ser subalterno de Francisco del Rosario Sánchez, subordinarse a un borracho que voceaba llamándose Rey Cristóbal. Yo no había oído contar de Florentino sino la leyenda negra.

Al principio miró con extrañeza y luego respondió con irónica lentitud:

—Hasta entonces él no fue así... quizás sí sería más tarde. Lo que yo le oí decir, no vocear, fue: —Antes que esclavo de España prefiero ser Rey Cristóbal. Yo pasé a servir en Neiba, en la columna de oficiales escogidos que fue en ayuda del General Ángel Félix, cuando Gándara avanzaba contra Neiba.

Ahí supimos la noticia del asesinato que Juan Rondón y otro que después fue gente realizaron. Para justificar muchas cosas han inventado un Espanta-Pájaros. Duro sí era. Ya se le iba apagando el compañerismo con que trataba “a los buenos”, a sus leales. Nunca se me olvidó cómo dijo, cuando le entregaron unos prisioneros, cual si hablara consigo mismo:

—“Yo los voy a interrogar. No se va a desperdiciar en los traidores la tierra que no quisieron”...

“Hora después salí a unirme con el General Angelito. Hace tiempo que se cuentan las cosas con acomodo. Después de todo... Lo mismo da”.

* *

*

El General Pedro Florentino había sido derrotado... Por una serie de causas, sin duda fatales: la escasez e inferioridad del armamento de que dispuso, la poca disciplina de sus montoneras que no tuvo tiempo de convertir en ejército formal... se había dejado derrotar de militares que él, soberbio, había considerado y seguía considerando de inferior capacidad a la suya.

Estaba derrotado, y no se daba por vencido. Mucho peor, había ordenado el exterminio de los hombres que tenía en rehén, acción que contribuía a que lo calificaran de militar truculento. Había procedido contra su fama de soldado excepcional, humanitario, irreprochable. Un examen de la realidad inmediata no le permitía mirar con claro juicio su limpio pasado. ¿Arrepentirse? En el despeñadero no le era posible corregir errores.

En paupérrima región creía tener derecho a exigir, y exigía, y arrebatada lo indispensable para la causa: arrear reses propias y ajenas hacia la frontera y canjearlas por armas para seguir combatiendo a los enemigos de la Independencia de la República.

Regresó de la frontera de Haití, hasta donde lo acosaron Weyler y Puello, y se lanzó a una guerra de guerrilla desconocida en Santo Domingo. Todos debían obedecerle, pelear contra el dominio de España y, sobre todo, contra los españolizados. Los cobardes estorban y... ¡no hay neutrales en guerra de Independencia! A esos hay que tratarlos como a enemigos de la República. Los que se cuidan más de los propios intereses que de la causa común, son enemigos de la República.

El comedido, benigno gobernante de La Vega, respetuoso de la vida y los intereses ajenos, que a pesar de un mandato

presidencial se abstuvo de hacer de una contienda civil una lucha de vida o muerte, se convirtió en azote en lucha de vida o muerte. Ciego de fanatismo, su furor fue temido de los adversarios y de los pacíficos. El espanto y el hambre fueron señeros de la comarca.

Al Cibao y al Este llegaron las noticias de los fusilamientos y los retorcciones, con júbilo de los santanistas cual si se tratara de victorias ganadas por correligionarios suyos. Cundía el descrédito militar y moral en el Sur cuando se propagó lo inaudito...

Juan de Dios de Vargas, apodado "El Neibano", un familiar de los aguerridos Martín y Matías de Vargas, por creerse heredero de la valentía de aquellos fuertes varones fue a reflexionar en la Torre del Homenaje. Cargado de grillos, comprendió ahí, o le hicieron comprender, que ser gobernado por la Corona de España es más beneficioso que pasar apuros siendo un cualquiera, un ciudadano de Santo Domingo, y que Doña Isabel Segunda era una Reina casta y no lo que andaban diciendo Pedro Florentino, Aniceto Martínez y Francisco Moreno. Convencido, cambió de parecer y regresó a Neiba encargado de secretar. Se lo avisaron al General Ángel Félix, quien sin pérdida de tiempo, ordenó que lo amarraran con soga de cabuya y acusado de sonsaca se lo remitieron a Pedro Florentino... Que por su libertad el preso ofreció pagar rescate: lo que él pesaba en monedas y barras de oro... ¿Cuántas barras? ¿Cuántas libras? ¿Cuántas arrobas pesaba ese hombre? En los Vargas no hubo enano. Alaban que la talla de Matías era gigantesca.

Cuentan... Juan de Dios, mientras entraba en la balanza, las onzas de oro se desparramaban y, cuando acabaron de pesar, en vez de libertar al prisionero, Florentino hizo que lo descuartizaran. La maldad abortó doblones. Oro y muertos. ¿Cuántos? Al principio nadie creía el cuento. Después lo repitieron y propagaron tanto que se impuso como verdad evidente el botín de Florentino.

Nadie ha negado, nadie niega, la realidad de los fusilamientos. Al autor de las presentes líneas le informaron que fueron 17, repitiendo como si fueran dos, el apodo de "El Neibano". El Mariscal de la Gándara duplicó la cifra elevándola a 34; otros contaron 21; de la lista formulada por Pierret para el Lic. Don

Carlos Nouel, reaparecieron o resucitaron casi todos cuando el General Tomás Bobadilla, cuñado de Don Carlos Nouel, se subordinó al General José María Cabral a raíz del combate de La Canela; Don Manuel Rodríguez Objío, poeta de oído fino a quien la mentira no ha logrado desacreditar, oyó decir que fueron 108.

* *

*

Don José Gabriel García dejó escrito en uno de sus *Apuntes Históricos* que el General Florentino renunció el mando del Ejército del Sur. Uno de los dirigentes del Gobierno Restaurador escribió:

—General: no crea que hemos dudado nunca de su patriotismo.

Nombraron al General Juan de Jesús Salcedo, como sustituto: valeroso, demasiado recio y sin don de mando. Creció el descrédito. En seguida el General Ramón Mella, en víspera de morir, pasó al Sur e impuso al General Manuel María Castillo: bueno y eficaz para auxiliar.

El General Florentino quedó ¿en temporal reposo? Rodeado de los oficiales de su depurada escolta, apartado en la frontera, velaba esperando a José María Cabral, a quien había llamado desde que llegó triunfante a la cercanía de Santo Domingo, convencido de que estaban al comienzo de una guerra larga y difícil.

* *

*

Si todo acto de crueldad revela torpeza, crueldad brutal, más que torpeza política, fue la de los dirigentes de las tropas de españoles al entrar e incendiar en San Juan la casa del oficial... Méndez, uno de los irreductibles libertadores, alzados en armas, y la casa de Florentino, y el caserón del alambique de

Florentino, y destruir el alambique de Florentino. No se le dio importancia al fusilamiento de dos o tres familiares de los guerreros defensores de la Independencia, de los que luchaban exponiendo la vida para que los compatriotas fueran ciudadanos de nación libre: no colonos. ¿Obedecieron aquellos actos a necesidad militar? No lo parece.

—“Había que destruirle sus sembrados, sus conucos, sus rebaños, sus provisiones”... Tenían dicho y después reiteró en su Historia el Mariscal de la Gándara, para convencer de que eran castigo las fechorías consentidas o autorizadas por él.

Cuando murió el General Marco Antonio Cabral, Secretario de Pedro Florentino y Comandante de su escolta, la viuda (su segunda esposa) antes de trasladarse a Santo Domingo quemó en Baní las cartas y otros papeles escritos relativos a la Guerra de la Restauración de la Independencia de la República, que Marco A. Cabral conservaba. Ella supuso que con la muerte del marido esos papeles viejos perdían su interés. Además se estaban convirtiendo en criadero de trazas y nido de cucarachas. Para aquella hacendosa señora lo principal era el aseo. El difunto marido, intelectual, patriota y actor en aquella guerra del Sur, tenía concepto más amplio sobre motivo de tan capital trascendencia.

Destruídos los documentos guardados por Marco Antonio Cabral, los comentaristas de la Guerra en el Sur de Santo Domingo para restaurar la Independencia de la República, se ven constreñidos a aceptar parte de lo que escribieron los contrarios de los libertadores y han propalado sus descendientes, o plantear sucesivos “por qué” seguidos de conjeturas expuestas a equivocaciones.

¿Por qué el General Pedro Florentino incurrió en el error de ordenar desde Las Matas de Farfán que fusilaran a los prisioneros que hacía meses estaban bajo su autoridad y que entonces fueron ejecutados, obedeciéndole a él, en el sitio de La Urca? ¿Por qué manchó su reputación de hombre público, clemente, comedido y justiciero? Se descartan, por falsas, supuestas y continuas borracheras y malignidad natural.

—Para justificar muchas cosas han inventado un “Espantapájaros”... alertó el prócer Juan de la Rosa Arache, oficial de la escolta de Florentino.

No inició Pedro Florentino la matanza de grupos humanos. ¿Respondió él, con represalia, a la horrenda, a la incomparable brutalidad realizada en el cementerio de San Juan de la Maguana? (1861).

—Pero el fusilamiento plural de Contreras y de los que lo acompañaron abalanzándose al sacrificio de las propias vidas para dar ejemplo de cómo se debe morir antes de ser abolida la Independencia de la República Dominicana, ¿no precedió a la matanza de dominicanos en La Urca?

—Bueno... que aquello fue estreno, lucimiento de “El Marqué” de Las Carreras.

—Pero... ¿y el fusilamiento “plural”, llevado a cabo por los españoles, del grupo encabezado por el poeta Eugenio Perdomo en Santiago de los Caballeros, no precedió al de La Urca?

—Bueno... sería medida de previsión para evitar males mayores.

—¿Represalia por la destrucción de un alambique, el incendio de dos casas y un caserón, y el fusilamiento de dos o tres infelices ejecutados por orden de Puello y Weyler?

—No; Florentino había fusilado horas antes en Las Matas de Farfán a Marcos Hernández.

—¿Represalia la de La Urca, por la muerte del defensor de Florentino, Francisco del Rosario Sánchez?

—Inadmisible: la muerte de Francisco del Rosario Sánchez, sobresaliente compañero de Duarte que proclamó la Separación de Haití, a cuyo lado exterminaron al elocuente orador y abogado Benigno del Castillo, y al poeta y abogado Félix Mota, y a los coroneles Juan Erazo y Gabino Simonó y a 17 compañeros libertadores, para los dominicanos es pérdida comparable a una derrota sufrida a causa de traición a la República, alto deshonrosa. Al genocidio del cementerio de San Juan de la Maguana le dieron aparente forma legal. Legalizaron el crimen. Un Tribunal Militar, integrado por jueces duros, a la voz de su fatídico Presidente dijo su fallo. Ni siquiera tuvo la flaqueza de suicidarse. Convirtiéronse los jueces en asesinos y en verdugos los ejecutores de la sentencia.

—¿Represalia la de La Urca?

—No: derrumbamiento moral de un hombre, de Pedro Florentino, hasta entonces benemérito: un baldón que nadie intenta borrar de la historia dominicana.

—¿Pero no había Florentino fusilado horas antes en Las Matas de Farfán a Marcos Hernández? ¿Cómo pudo un hombre inteligente y experimentado creer que fuera leal a la Patria aquel capitán que se ofreció para dar falso testimonio contra Antonio Duvergé cuando lo vio procesado en 1849?

Traidor a la Patria, Marcos Hernández. Traidores a la Patria los prisioneros que estaban vigilados por “los buenos” en La Urca. Desde aquel momento sombrío, traidores a la Patria eran cuantos pelearan o anduvieran intrigando contra la Independencia de la República, matando o exponiendo a la muerte a los libertadores para seguir siendo colonos.

—“No se va a desperdiciar en los traidores la tierra que no quisieron” —le habían oído murmurar días antes, al que hasta entonces había sido clemente con los vencidos. ¿Querrían esas palabras significar que los traidores merecían ser exterminados y sin enterrar dejados así, abandonados, para pasto de los perros?

—¡Gándara!... Despertaron las Furias del fanatismo patriótico de Pedro Florentino.

Derrotados por Puello y Weyler, los restos de su tropa, cambalachando reses suyas (de su Hato del Cura) y ajenas, por plomo y pólvora, ayudado con disimulo por masones de Haití y arrebatando recursos, Florentino procuraba reaccionar mediante la “guerra de guerrilla” que fue escándalo y completó la ruina de la comarca. Así pudo pertrechar los 120 hombres que le llegaron al General Ángel Félix y le disparaban a Gándara mientras éste arengaba a los pobladores de Neiba ponderando la conveniencia de ser colonos.⁵⁰

En la frontera de Haití, con su escolta completa esperando a José María Cabral, Pedro Florentino seguía siendo peligroso. Estaba vivo y... esperaba a José María Cabral.

Conjetura...: ¡Madre de equivocaciones!

¿Quién obedeciendo a quién, baleó al General Antonio Maceo al salir de un teatro en Costa Rica?

—Nadie sabe.

—¿Quién obedeciendo a quién, asesinó en Venezuela al perturbador General Vicente García, Presidente en la manigua de Cuba al fin de la Guerra Grande?

—Nadie sabe.

50. Comprobado en el archivo del investigador Don César A. Herrera.

—¿Quién obedeciendo a quién, seleccionó a dos anexionistas activos para asesinar, como asesinaron, al General Ángel Félix, “El Liberata”?

—Nadie sabe.

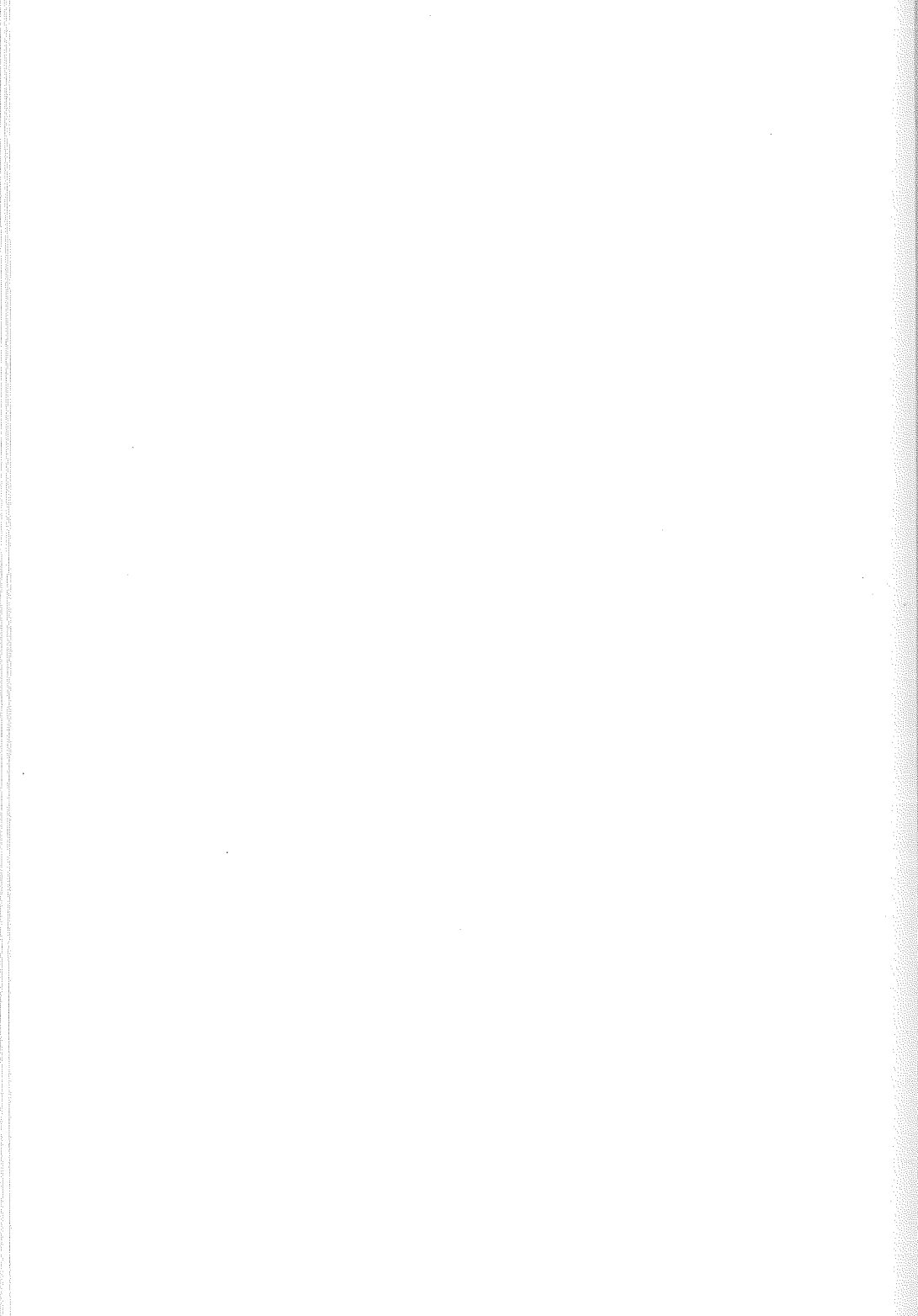
—¿Quiénes obedeciendo a quién, emborracharon al “leal” Juan Rondón y lo azuzaron para asesinar al General Pedro Florentino?

—Nadie sabe... Una noche Enrique Castillo y un hermano, cuñados del General Santiago Suero, adversario político de Florentino, condecorado por la Reina Isabel Segunda y colaborador inmediato del Mariscal de la Gándara en la campaña del Sur, llegaron detrás de Rondón y esperaron ante la puerta del bohío donde dormía Florentino. Sonó el tiro de Rondón y todo quedó en tiniebla.

Nunca más ha podido irradiar completa luz sobre el defensor de la República, que, valiéndose de auxiliares semidesnudos y casi desarmados, desde la frontera de Haití hasta la cercanía de Santo Domingo humilló la bandera de la Monarquía.

.....

Lealtad. Honor. Amor a la Patria... ¡Patria! Hemos visto al Tiempo, Dios sarcástico y cruel, falsear y corromper grandes valores morales. Él trastorna ideologías y rectifica verdades que parecieron eternas.



SÍNTESIS

Para escribir *Pedro Florentino y un momento de la Restauración*, he leído trabajos del General Gregorio Luperón, Don Manuel Rodríguez Objío, General Gándara y Navarro, Don José Gabriel García, Don Manuel Ubaldo Gómez, Don Bernardo Pichardo, Don Joaquín S. Incháustegui, etc. He comprobado datos oficiales hasta ahora desconocidos o desdénados y que son como claves de intrigas y de hechos que irradian luz sobre el General Pedro Florentino y también sobre una época en que los hombres luchaban inflamados unos por causas grandes y puras y otros atizados de pasiones malignas. He ocurrido por informes, además, a personas entendidas en cuestiones de historia patria; he ido al terreno de los principales acontecimientos; he oído el testimonio de oficiales y de soldados que militaron a las órdenes del General Florentino; he consultado a señores dignos de fe que lo conocieron; he tenido en cuenta sucesos preliminares a la sublevación del Sur de Santo Domingo contra el dominio de España; y no he descartado en absoluto la *Leyenda del General Florentino*.

Consta en los testimonios escritos desde hace años, ratificados más tarde y confirmados ahora de viva voz, que personas en número impreciso —Gándara las hace ascender a treinta y cuatro— fueron consideradas enemigas de la causa nacional, confinadas a la retaguardia, y fusiladas después de las derrotas sufridas por el ejército que mandaba el General Pedro Florentino. Remitió a otras en calidad de prisioneros al Cibao;

exigió recursos, y, cuando no se los dieron, oprimió y los arrebató prevalido de la fuerza.

Ante la realidad de tales acciones y muertes, que no parecieron favorecer en su tiempo la causa de la libertad y aparentemente le mermaron simpatías, se cubrió con juicio de baldón al General Pedro Florentino. Para llegar a fallo tal, que influenciaron (sin duda inadvertidamente) el respeto a familias de calidad perjudicadas y los prestigios extraordinarios de los Generales Gregorio Luperón y Máximo Gómez, despreciaron lo pasado de su vida, que era meritorio, no se creyó necesario situarse ante el cuadro de la tragedia, ni estudiar el ambiente, ni contrapesar los hechos que precedieron y subsiguieron a los días de Capotillo, tan íntimamente eslabonados desde el principio hasta el fin por las inalteradas ferocidad e ideología política de los gobernantes.

Los testimonios verbales son en parte adversos como los escritos posteriores al año 1863; y la leyenda negra, levantada por los enemigos sobre cimientos parciales y por ellos trasegada a la imaginación popular, en el curso de los años hicieron del personaje una figura monstruosa.

Fue "un instante desdichado", clamó el gran Máximo Gómez presa de arrepentimiento. Fue un instante desdichado, suelen otros redargüir. En el Este y en el Sur, nuestros padres en su mayoría se volvieron de espaldas a la República. Y el que se opuso más a la deshonor común y subordinó resentimientos de amor paternal y hasta los fueros de humanidad al amor a la Patria y por la Patria supo lo que son padecimientos, para muchos constituyó reproche vivo. Lo combatieron y combatió con increíble saña. Libertad, lealtad, equidad, perdieron el valor de rectitud. Al fin quedó asesinado; y de Isaías, y de Amós, se cumplieron una vez más las profecías. Las Furias descargaron el castigo *necesario* sobre él, y hubo lavado y remiendo de reputaciones. Traicionado, vendido y escarnecido, *hombre herido de la mano de Dios, la admiración a los vivos convirtió el juicio en veneno y en ajeno el fruto de la justicia.*

A pesar de las pasiones no envejecidas y de la poderosa fantasía, cuando no se acepte criterio tan radical, si se especula dentro de los límites naturales y sobre hechos positivos, se encuentra a un Pedro Florentino de carne y hueso. Precede al guerrero inexorable, victimario de 16 ó 17 hombres en la guerra

de la Restauración, un Pedro Florentino acreedor al respeto y a la gratitud de los dominicanos. Fue un infatigable luchador por la independencia; peleando por librar de invasiones el territorio nacional ascendió grado a grado a General de División de la Primera República. Cuando Antonio Duvergé dejó de ser antemural en el sitio de mayores peligros, apareció Pedro Florentino desempeñando el espinoso cargo, con pericia y buena fortuna. Tomó parte en la política de su tiempo; en circunstancia difícil, exponiendo la libertad y la vida, defendió el derecho a la libertad y a la vida de sus conciudadanos; obtuvo insuficientes sufragios para Vicepresidente de la República; fue, más que gobernador de una provincia importante, agente del Gobierno en el Cibao investido de omnímodos poderes que usó con magnanimidad y acierto; y más tarde, frente a los partidarios de la monarquía española, llegó triunfante hasta las cercanías de Santo Domingo, lo derrotaron a él, y después se volvió terrible.

Si se le despoja de la condición de monstruo legendario con que anda por ahí, no debió ser indiferente, indolente, a las tentativas de insurrección de Moca y de San Francisco de Macorís, pueblos que había gobernado él y que fueron sometidos a hierro y a plomo por los españoles. Pero si por generosidad para con sus adversarios se desvinculan los hechos que fructificaron en la Restauración de los dolorosos sucesos preliminares, sin parcialidad no se puede prescindir de otros más impresionantes para juzgar a un hombre que residía en San Juan de la Maguana y que tenía arraigo social, político y económico.

En Neyba, común vecina a la de su residencia, fue reprimido un principio de insurrección. En la misma aldea de San Juan fueron exterminados Francisco del Rosario Sánchez y veinte compañeros, perturbadores del nuevo orden por amor a la República en eclipse.

En Sabana-Cruz, según declaración del enemigo General Gándara y Navarro, fueron pasados a cuchillo casi todos los hombres que formaban dos columnas de las tropas subordinadas a Florentino, sin daño de los acuchilladores. No debe tomarse en cuenta que las fuerzas españolas le incendiaran la casa; él hubiera procedido como procedió aunque se la respetaran; pero no se puede negar que Pedro Florentino fue uno de los fundadores y defensores de la República.

El acuchillamiento de Sabana-Cruz y el exterminio de Sánchez (sagrado para los dominicanos) y de veinte compañeros, no justifican los hechos malos del más infortunado de nuestros libertadores; pero es lógico pensar que lo afectaran, y tuercen el fiel de la balanza de tal modo, cuando se contrapesan y examinan las acciones sin prejuicio, que la conciencia nacional debe atreverse a distinguir y a declarar con precisión que del lado de él no gravita el máximun de culpas.

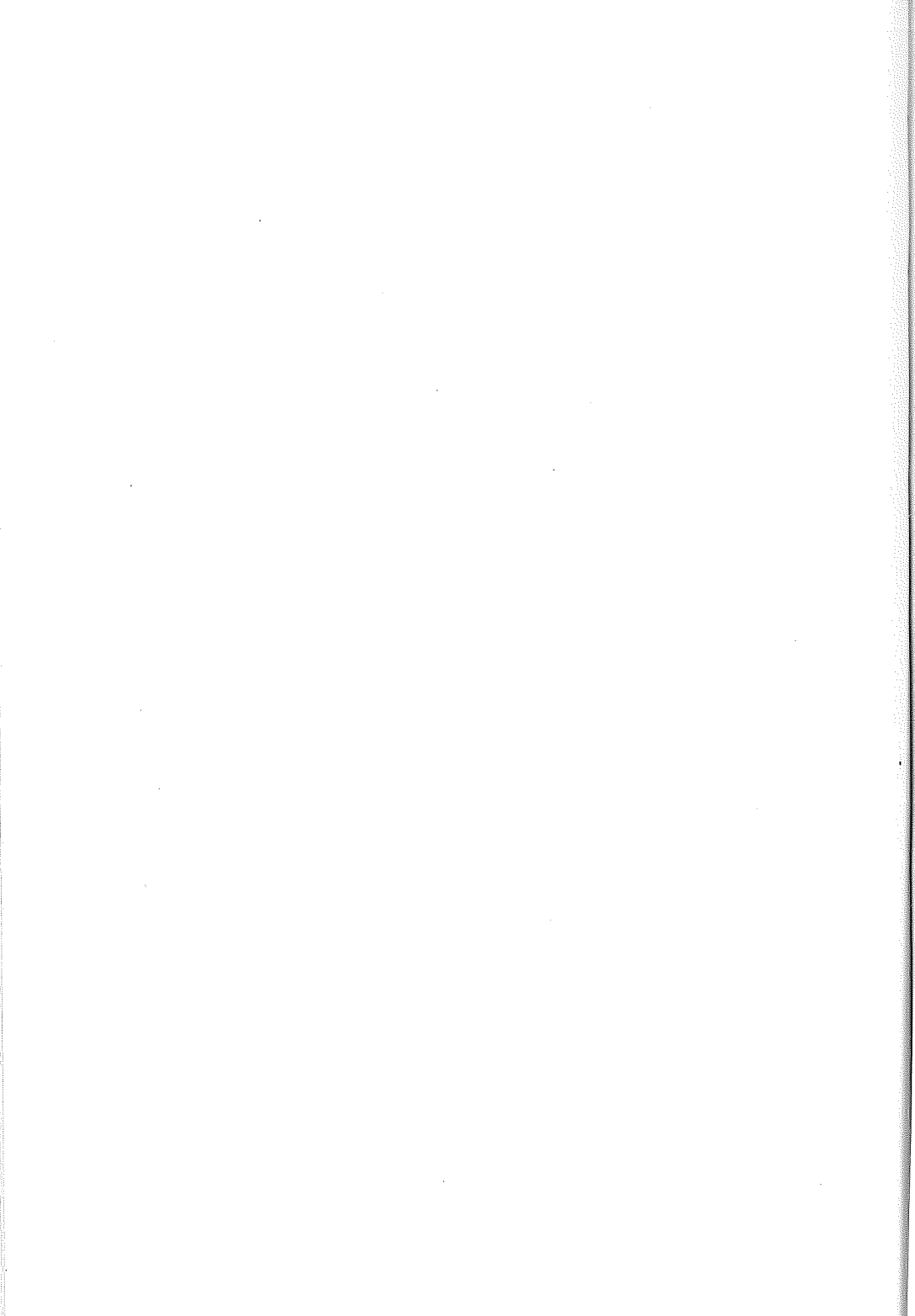
En cuanto al curiosísimo caso Pedro Florentino, limitándolo al individuo que se había señalado como guerrero valiente y ciudadano "bondadoso, respetuoso y justiciero", y que de repente se transforma en implacable y sanguinario, Don José Gabriel García es el único escritor que ha tratado de explicarse y explicarnos el fenómeno. Ambas fases —de luz una y otra de sombras— vistas de cerca culminan en rasgos desconcertantes. De la voluntad del General Florentino depende la vida del hombre que le mató al hijo, a aquel Capitán distinguido en las guerras contra Haití y que inspiraba tantas esperanzas. El Matador, coronel Manuel Félix (Cabuya), está en sus manos, y subalternos del jefe que ya entonces conspiraba contra el dominio español le piden su consentimiento para castigar a Cabuya con la muerte. Pero Cabuya es familiar del conspirador Ángel Félix, y es valiente, y es patriota. Se va a comenzar la guerra de la Restauración y el General Florentino evita que le hagan daño al matador de su hijo para utilizarlo en el servicio de la República... No era vulgar el barro de que amasaron a un hombre así, ni vil el espíritu que lo animaba. Marco Bruto siguiendo contra César a Pompeyo, que había muerto a su padre, no da ejemplo de fanatismo mayor y de mayor amor a la República.

Pero se opone el contraste. Vencido en Baní y destrozado en Azua el ejército que mandaba, el General Pedro Florentino pretende aún reorganizar los restos de su tropa y comenzar en San Juan la "Guerra de Guerrillas" que, dice Gándara, "cuadraba bien con su índole perversa que no atenuaban la pureza de la intención y lo fervoroso del patriotismo". Necesita recursos, y oprime, y los arrebató.

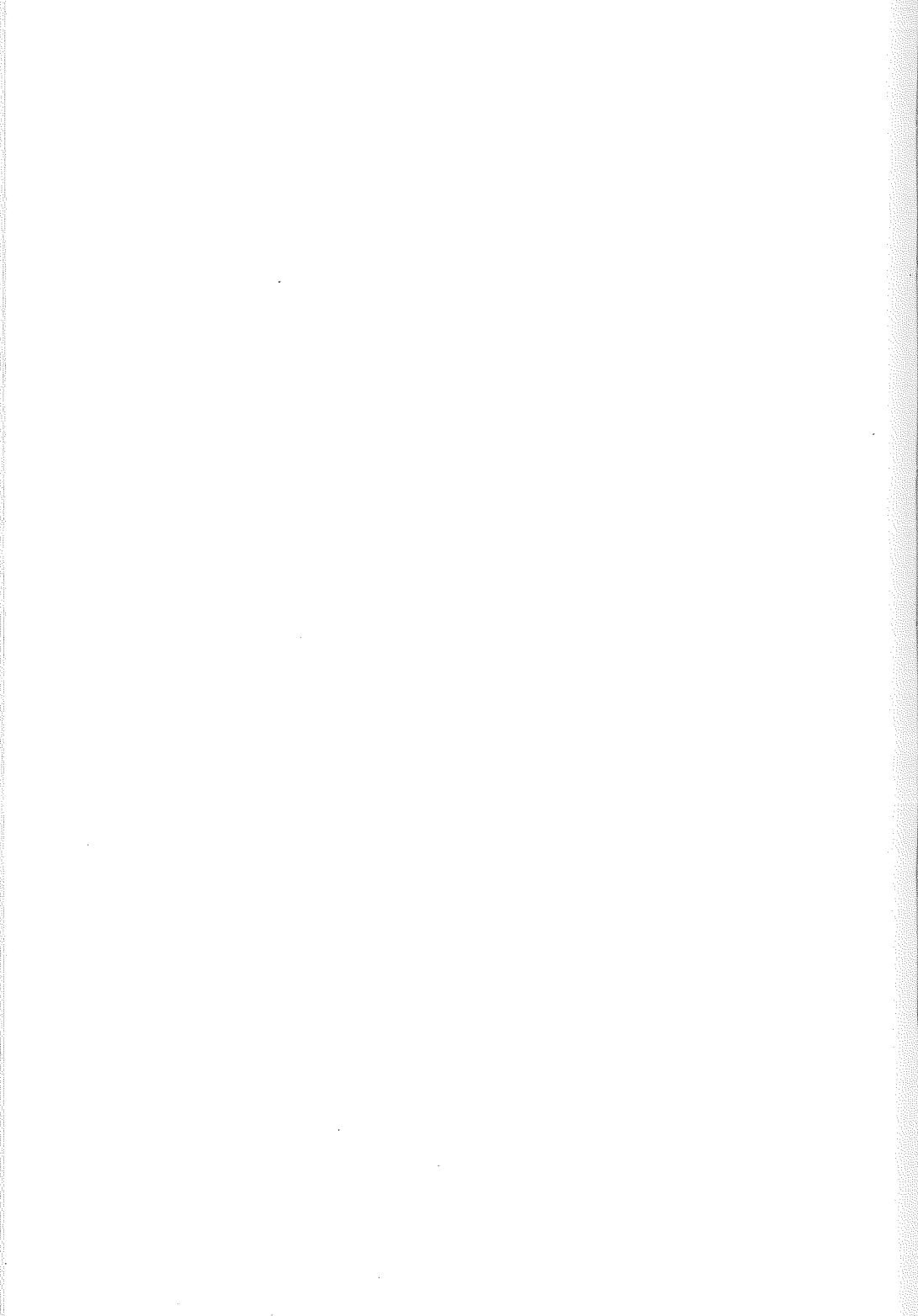
Don José Gabriel García motiva la crisis que podría ser calificada como conjunción adversativa del General Pedro Florentino, en que abusó de bebidas alcohólicas en los últimos tiempos y en que tenía el ánimo perturbado por las vicisitudes.

Otros la atribuyen de viva voz a influencias de subalternos perversos. Pero numerosos testimonios convencen de que el General Florentino fue parco en la bebida de licores, y es por lo menos dudoso que acostumbrara darse a la embriaguez antes de las ejecuciones efectuadas por su orden en La Urca. Y hasta después de ese momento fue respetado, querido, seguido y obedecido de los suyos.

En el Sur de Santo Domingo pocos hombres fueron tan atrayentes mientras vivieron, y ninguno tan calumniado y de memoria más aborrecida después de muerto. Con voluntad avasalladora y absorbente se impuso a todos para el bien y para el mal, que él supuso escarmentador castigo, y sus graves decisiones y la responsabilidad le pertenecen. Un dolor colectivo trasciende de su desgracia, acaso porque se cifraron en él tantas y tan grandes esperanzas. A él debemos páginas de gloria y a él se debe que en la cercanía de la arcádica San Juan se efectuara, con atroz sentido de la justicia, otro espantoso holocausto. Sus dos fases están sólidamente unidas por el eje del fanatismo, soporte inflexible de su carácter. Un fanático, en sus furores desorbitados, sin que lo perturben el licor ni consejos de perversos, es tan peligroso como los peores criminales, pero no es precisamente el criminal.



APÉNDICE



Nota No. 1
Discurso del General Marco Antonio Cabral

Don Mario Fermín Cabral, actual senador de la República, me ha hablado de un discurso que pronunció su padre, el General Marco A. Cabral, en las fiestas efectuadas en Baní para recibir al Generalísimo Máximo Gómez cuando vino de Cuba en 1901. Con el discurso, aprobado por unos, censurado por otros, y comentado por muchos, su autor parece que aspiraba a conseguir que se aclarara el error de que la ida del General Gómez con los españoles se debió a las represalias que supusieron tomarían en contra de él y de los defensores del régimen colonial los que lucharon por la Independencia de la República, banilejos que militaban a las órdenes del General Pedro Florentino; pretendía, así mismo, obtener que se rectificara en parte el juicio que se había formado sobre este general después de los patriotas ser vencidos en el Guanabacoa de Paya.

El escritor Don J. S. Incháustegui hace mención de dicho discurso en *Reseña Histórica de Baní*; pero se limita a decir... "Don Marco A. Cabral, quien fustigó al héroe por su error de haber abandonado la causa de la patria para vestir uniforme español, frases que visiblemente enternecieron a Don Máximo".

He procurado ver el discurso por cuanto a Florentino se refiriera. Recomendado por mi amigo Mario Fermín visité a la

señora viuda del General Marco A. Cabral —la última esposa— hospedada en la residencia de su yerno el licenciado Don Julián Díaz Valdeparea.

—Dile que vas en mi nombre, insistió Mario Fermín: así rehusará tratar el asunto con franqueza.

La señora viuda explicó que después de morir su marido y antes de trasladarse de Baní a Santo Domingo, rompió muchos papeles que él conservaba y que (por la muerte de él) consideró desprovistos ya de interés.

La caja donde estaban guardados se había vuelto criadero de trazas. En lo que pudo leer y examinar no vio discurso. Cartas sí; varias escritas por el General Florentino, una de las cuales llamaba la atención porque revelaba entrañable afecto. La señora viuda creyó que, con la muerte del marido, también esas cartas estaban caducas ya de interés, y las rompió.

No creía Mario Fermín Cabral que su padre hubiese leído el discurso de referencia. Él solía —explicó— anotar en un papel cualquiera dos o tres palabras que le recordaran lo esencial de lo que trataría en público; luego preparaba un exordio que despertara la atención, y finalizaba con párrafo vivaz que emocionara al auditorio.

Nunca lo vi escribir discurso. Meditaba y luego lo componía dándose paseos en la sala o en el patio de la casa. A veces, con gesto sobrio atenuaba el énfasis.

No creo que mi padre leyera ningún discurso, y me parece que no debes insistir en buscar un discurso que no fue leído.

Nota No. 2
El lugar de nacimiento

Don Carlos Larrazábal Blanco, tras acuciosas investigaciones realizadas en los Archivos de la Catedral, ha localizado la familia Florentino en la ciudad de Hincha. En el libro de Registro de Bautizos aparece el nombre de un *Pedro Florentino* nacido en Hincha el 1° de agosto de 1783, siendo su padrino Francisco Mella. Más tarde, en 1787, se anotó el de Feliciano Florentino, hija de Juan Florentino y Marta López. El Pedro

Florentino nacido en 1783 era hijo de María Florentino; debió ser familiar cercano del General Pedro Florentino quien, si no son equivocados los testimonios de descendientes suyos, era hijo de José Antonio Florentino. El General Pedro Florentino tenía al principiar la guerra de la Restauración (1863) aproximadamente 57 ó 58 años; debió nacer de 1805 a 1806, según me han dicho individuos que militaron a sus órdenes y otras personas que lo conocieron.

Nota No. 3
Origen del apellido

¿El apellido Florentino es ciertamente de origen italiano, o el nombre propio de un *Florentino* pasó a ser apellido de familia como tantos otros de origen español?

Nota No. 4
Las mujeres del General Florentino

¿Cuántas fueron y cómo eran las mujeres que pasaron por la vida del General Pedro Florentino? Es difícil saber los lances amorosos de un Jefe de fronteras, entonces importantísimo, y que además fue General de prestigios.

Clemencia Charles, era mujer de alta estatura, "de ojos grandes" y "muy beata". Tenía en su casa un oratorio y dedicaba horas a la oración.

María Pío Montes de Oca, madre de Silveria Florentino, era mujer de espíritu y de costumbres religiosas, vivió respetada en Neyba; todavía de edad avanzada daba lecciones de doctrina cristiana a los niños. Casóse más tarde con don José M. Perdomo.

Señora X, de la ciudad de Santo Domingo, no extraña a la buena sociedad, era mujer muy de la iglesia, "camandulera". En 1855, durante los meses que permaneció en la ciudad capital el

General Florentino, trabaron él y ella íntima amistad, amistad que fructificó.

Paulina Cuesta, era mujer muy devota. Una nieta del General Florentino, residente en esta ciudad, dice que ésta fue la mujer que motivó la ruptura del matrimonio de sus abuelos.

Ignoro cuál fue la madre de Eugenia Florentino, ni si fue la misma del Capitán *Santodomingo*.

Josefa Moreta, era de un campo de Las Matas de Farfán. Ignoro qué inclinaciones espirituales tuvo.

María Pérez, era mujer varonil; si rezaba sería sujetando con una mano el rosario y con la otra la espada o el trabuco. Fue últimamente (¿esposa?) del General Timoteo Ogando. A pesar de esta amante, que tuvo en la decadencia y cuyas inclinaciones espirituales contrastan con las de las otras, es chocante la afición del General Florentino a las mujeres de espíritu y costumbres religiosos, aunque la religión católica estuviera entonces más acentuada en la República. Es cierto que el mismo General alardeó de religiosidad en sus Alocuciones a los ciudadanos de La Vega. Lo evidente es que el General Pedro Florentino no era el espejo de la fidelidad conyugal.

Las relaciones que tuvo con María Pérez, varonil y garbosa mujer, a la cual adiestró en el manejo de la espada afirmando la mano cuando se dejaba *tocar (la letra con sangre entra)*, dieron lugar a un cúmulo de abominables cuentos después de muerto el General, con los cuales se vengaron de él los enemigos. A él lo pintan borracho, dándole a la querida zurras de muerte, primero; a ella, después, instigándolo, imperativa, a realizar asesinatos y a cebarse en las víctimas.

Nota No. 5

Los hijos del General Florentino

Santodomingo (cuya madre no he podido averiguar): Capitán distinguido en las guerras de la independencia. Fue complicado en la abortada revolución contra el Gobierno de Santana (1855). El oficial Manuel Félix Cabuya, primo carnal del General Ángel Félix, fue encargado de capturar al Capitán *Santodomingo* en

Barahona: creyó que era más fácil aplicarle la ley de fuga y... se la aplicó. *Santodomingo* era hijo legalmente reconocido.

Silveria Florentino, la neybera, siguió al padre y lo acompañó hasta el día de ser asesinado. Regresó después a Neyba en donde fijó residencia. También era *reconocida*.

Eugenia Florentino, —otra hija reconocida legalmente— era un bello ejemplar de mujer; tenía el color *blanco mate*, cuerpo garboso, de caudalosa cabellera y de carácter altivo; vivió orgullosa de su padre. Siguió a éste, igual que *Silveria*, hasta el sacrificio. Más tarde contrajo matrimonio con un General haitiano (¿General *Bibi*?). No he podido comprobar que éste fuera Gobernador, como se me ha dicho. *Eugenia* pretendió que los hijos de ella llevaran el apellido *Florentino* por considerarlo el de *un hombre ilustre: más importante que el del esposo*.

Carmen y *José Antonio Florentino*, hijos del General y de *Clemencia*.

Salomón Moreta, hijo de *Josefa Moreta*, nació meses antes de morir el General *Florentino*.

Nota No. 6
La firma

La firma de *Pedro Florentino* aparece en el Acta de pronunciamiento de *San Juan*, a favor de la anexión. No creo que esa firma se pusiera en el Acta con el consentimiento de él. Además del patriotismo y de los ideales republicanos, que en él eran una enfermedad, debe tenerse en cuenta que en los años de la Anexión *Florentino* era ya un frenético contrario del Presidente *Santana*.

Las firmas de otros hombres eminentes se hicieron aparecer en dichas Actas, igualmente. No sé de nadie que protestara, ni que se le diera publicidad a alguna protesta. Muchos habitantes del interior del país murieron sin saber que aparecían firmando esas Actas. Dice el severo historiador *Don José Gabriel García* que en la última administración del General *Santana* “ya estaba desprestigiado” el expediente de las listas de firmas de adhesión.

Nota No. 7
Florentino Platero

El General Pedro Florentino, según me han dicho algunos de sus descendientes, sabía el oficio de platero. Se conservan joyas fabricadas por él. Según el mismo testimonio, el regalo de bodas dado a su nuera, la esposa de José Antonio Florentino, consistió en cuatro botones para bata hechos por él. Simulaban flores de siempreviva en *oro de mina*, con estigmas de *oro verdoso*, y rodeado cada botón de franja de *oro viejo*, según infiero de las explicaciones. He visto un botón (gemelo) para puño de camisa de hombre, de igual factura y procedencia. Disco de nácar con centro de pequeños pétalos de oro, unido el disco por tubito de plata a la parte complementaria, también de plata. El trabajo es muy modesto, aunque no grosero de factura. El valor material de la joya es pobrísimo.

Nota. No. 8
Florentino dueño de alambique

Reiterados testimonios confirman que Pedro Florentino era dueño de alambique; pero no encuentro indicio de que actuara de maestro de escuela ni de que enseñara letras en ocasión alguna. Se dice, sí, que adiestraba en el manejo de sable, espada, etc., a jóvenes que después fueron sus subalternos; que era habilísimo en el manejo de las armas, y dejó fama de espadachín extraordinario.

Nota No. 9
El presunto beodo

Una de las afirmaciones que desdoran más el nombre del General Pedro Florentino es la de que *se dio a la bebida*. Estriba

en la versión que lo descubre durante la dominación española en San Francisco de Macorís agregado a la casa del General Manuel M. Castillo, en cuyo alambique pretenden haberlo visto emborrachándose hasta quedar convertido en bestia. La versión se precisa, en vez de ser descartada, cuando se le encuentra durante la misma dominación residiendo en San Juan y explotando el negocio de licores, como dueño de alambique, y conspirando. Para un personaje de leyenda era cosa fácil permanecer agregado a la casa de Don Manuel M. Castillo, en continua borrachera, y al mismo tiempo manejar un negocio de alambique, atender a otros intereses y, desde su residencia de San Juan, conspirar en el Sur. Lo que parece inconcebible es que el Gobierno le diera a un borracho un cargo tan importante, que un zorro como el General Ángel Félix se subordinara a un borracho por fantástico que fuera, y que aguerridos generales le obedecieran arrastrados por sus prestigios. Explicaciones retrasadas de fecha pretenden convencer de que los pronunciamientos no se realizaron bajo su autoridad y mandato, sino que él se adueñó del movimiento. Si fuera así quedaría Florentino casi exonerado de los malos hechos que le adjudican, correspondiéndole sólo una parte proporcional de las responsabilidades.

Buscándole una explicación lógica a la presunta borrachera me he preguntado: ¿confundirían al General Pedro Florentino con el oficial J. R. Florentino, residente de San Francisco de Macorís, de quien hace mención en el oficio No. 1414, del 1ro. de febrero de 1847? (Véase copia del oficio, extraída del libro Copiador de Oficios No. 2, Sección de Guerra, Archivo Nacional). Este oficial, retirado del servicio posiblemente por causa de herida que lo inutilizara, ¿se dedicó acaso a la bebida? ¿Qué grado de parentesco tendría con el General del mismo apellido? ¿Fue ese oficial puente de amistad entre el General Pedro Florentino (quien por su prestigio social y político y buena posición económica es inconcebible que se agregara a nadie para vivir de gorra) y la familia Castillo? ¿Se dedicó el General Pedro Florentino a estudiar el funcionamiento (la preparación de ron) del alambique del General Castillo para luego explotar ese negocio, que estableció en San Juan después de tomar los españoles posesión del territorio?

Según puede deducirse del oficio No. 9 de enero 7 de 1857, anexo, el General Pedro Florentino favoreció políticamente al

señor Tomás Ramón Castillo, de San Francisco de Macorís, al cual aupó e hizo ayudante suyo cuando gobernaba la provincia de La Vega. ¿Qué parentesco tenía este protegido del General Florentino con el General Manuel M. Castillo? ¿Aceptarán los descendientes de éstos el papel, para los suyos, de favorecidos en vez del bellísimo de favorecedores, que ahora imaginan algunos?...

Nota No. 10

El escritor Don B. Souza, Máximo Gómez y Pedro Florentino

...“Pero infortunadamente el caudillo del Sur lo fue Pedro Florentino, general de la raza negra”. “Entró a sangre y fuego en la comarca de Baní”... “Florentino saquea e incendia, quemando vivos hasta dentro de sus casas a vecinos indefensos, fusilando caprichosamente a 31 de los más notables habitantes, por lo que el Capitán Máximo Gómez, a la vista del incendio, acudió en auxilio de su madre y hermanas, allí residentes y, al frente de varios soldados vecinos, cayó a tiros y a machetazos sobre las indisciplinadas huestes de aquel Cañibal, dispersándolas”. Este episodio... “fijó la suerte de Baní y la de sus hijos: Valera, Marcano, Tejeda y otros banilejos ilustres siguieron las banderas españolas”. “Máximo Gómez, ascendido a Comandante por ésta más que justificada hazaña de Baní, lo hizo como los otros”.

Por temor a que la acusación resulte contraproducente sería preferible no analizarla, en cuanto al Capitán Máximo Gómez se refiere.

El General Gregorio Luperón en sus *Apuntes Históricos* y Don José Gabriel García en su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, explican los acontecimientos de otra manera. De lo que escribieron ellos y relataron otros se colige:

1º— Que el General Pedro Florentino permanecía en Azua cuando el General Luperón llegó a Baní después de darle libertad a un grupo de prisioneros que llevaban para Santiago, asiento del Gobierno Nacional; se presume que dichos prisioneros fueron remitidos, por autoridades subordinadas al Gene-

ral Florentino, ya que él permanecía en la ciudad de Azua, y Azua está situada a 57 kilómetros de Baní;

2°— Que el General Luperón recibió órdenes del Gobierno Dominicano de aprehender nuevamente a dichos individuos y de remitirlos a Azua, en donde estaba todavía el General Pedro Florentino.

3°— Que en el trayecto de Baní a Azua algunos de los prisioneros lograron escapar, siendo los demás conducidos a Azua, entregados al General Pedro Florentino y confinados en San Juan de la Maguana, Neiba y Las Matas de Farfán, lugares en donde permanecieron hasta después de la derrota que los patriotas sufrieron.

Después de tales sucesos el General Florentino recibió orden de pasar a Baní, aprisionar a Luperón y, según parece, de fusilarlo por motivos no aclarados. Con la muerte de Pedro Florentino y de su secretario desaparecieron "necesariamente" los documentos que arrojaban sombra sobre la conducta de los adversarios y de algunos de sus correligionarios; pero está claro que entonces fue cuando él salió de Azua y llegó a Baní: cuando no se le esperaba. Hacía tiempo que aquellos prisioneros y otros banilejos se habían refugiado siguiendo al Mariscal de la Gándara y al General Eusebio Puello, en la ciudad amurallada de Santo Domingo, acosados por el General Aniceto Martínez y los coroneles Juan Rondón, Manuel Félix (alias) Cabuya, Casimiro, Campusano y otros patriotas. En la guardia personal o escolta de Florentino entraron en Baní los banilejos Marco Antonio Cabral, José Donato Andújar, José Dolores Soto, Braulio Álvarez y otros más que no amaron menos a Baní que los banilejos que militaban al servicio de España. Encargado del mando de la región de Baní estaba ya el oficial... fulano Tejeda (¿de las Matas de Farfán?). No tenían Florentino y sus seguidores por qué entrar a sangre y fuego en una población sometida ya. Pero el Dr. Don Benigno Souza afirma valerosamente que aquel "Caníbal" entró a sangre y fuego y da a conocer una hazaña del Capitán Máximo Gómez, como remate de la explicación de su conducta.

Lastima, duele, que las afirmaciones del Académico de la Historia de Cuba, Dr. Don Benigno Souza, deba someterse al examen de exigente realidad histórica, lo cual no empaña ni merma el sentimiento de gratitud a que él se ha hecho acreedor

por su entusiasta adhesión al Generalísimo Máximo Gómez y su franca simpatía a Santo Domingo.

Por encima de la gratitud y mucho más alto que la diatriba abundante contra el General de División Pedro Florentino, primer dirigente en el Sur de aquella guerra sangrienta de liberación, pondera y prevalece el testimonio del propio Máximo Gómez; testimonio jurado el 19 de febrero del año 1866, ante autoridad competente, para esclarecer la "Hoja de Servicios" prestados por él a la corona de España. Ese testimonio no comprueba las afirmaciones del Dr. Souza, justificativas de por qué Gómez comenzó a servirle a España, y desvirtúa faltas e improprios sumados en el haber de Pedro Florentino.

Máximo Gómez despertó o nació para la historia de Cuba, y desde el inicio de la "Guerra Grande" —1868-1878— presidida por Céspedes, comenzó la asombrosa carrera militar y política del que estaba destinado a que se completara bajo su mando la Independencia de las Naciones de América. Nada vale mirar hacia atrás nimios detalles. Ni la batalla de Santomé, en donde José María Cabral y Luna vio al Teniente Máximo Gómez pelear bajo sus órdenes y recomendó luego que lo ascendieran a Capitán, tiene importancia para su historia y menos podrían tenerse en cuenta los borrascosos días de la anexión de Santo Domingo a España, cuando tantos generales enturbiaron su aguerrida reputación sugestionados y envueltos en la cauda del más poderoso entonces de nuestros partidos políticos. Muchos confundieron aquella sangrientísima campaña, para la restauración y reafirmación de la Independencia de la República, con otra de tantas guerras civiles.

De espíritu mezquino sería el que se entretuviera en escudriñar si Bolívar participó o no en la entrega del precursor Miranda a los españoles y que ordenara o no el fusilamiento de Piar: pormenores demostrativos de que Simón Bolívar era un semi-dios, no el Dios de perfección absoluta.

"El General Florentino"... "Caníbal"... "de la raza negra". Colores... No fueron negros Antonio Maceo, Guillermón y José Maceo: fueron libertadores. No fueron negros Aniceto Martínez y Gregorio Luperón: fueron libertadores. No fueron blancos, ni negros, ni grifos, ni mulatos, ni baecistas, ni santanistas arrepentidos, los hombres que combatieron hasta anular la anexión de Santo Domingo a España: fueron nuestros libertadores. En

seguida de creerse ciudadanos de Nación Independiente, cuando andaban empinados de hombros, orgullosos de haber sido vencedores en guerra prolongada durante más de 15 años, no quisieron descender a ser colonos sumisos, ni aún de la Madre España. Dominicano: perro flaco pero libre de tramojo...

—¿Quién, qué había sido Máximo Gómez antes de noviembre de 1863? Un lugareño pobre, huérfano de padre. Capitán de la Guerra de la Separación de Haití, amigo íntimo y favorecido del Coronel Manuel Mota, el hijo mayor del Patriarca y General Don Manuel de Regla Mota, ex-Presidente de la República. Quizás por influjo del amigo, mientras el anciano General ocupó por breve tiempo la jefatura de Baní, el Capitán Máximo Gómez fue secretario suyo. Pasó luego a ser Ayudante y Secretario del Coronel Manuel Mota, Jefe Comunal de Baní. Extendida la protesta armada en todo el Cibao contra el dominio de España, nombraron al Coronel Francisco Javier Heredia, yerno del ex-Presidente Mota, para defender el lugar clave de San José de Ocoa, por donde pasaba el camino que unía a la Provincia de La Vega, Moca y San Francisco de Macorís, con el Sur de la República y creyendo al Capitán Máximo Gómez más útil en ese punto, pasó a ser Ayudante-Secretario del Coronel Heredia. Se infiere que aunque el Capitán Gómez no era político sí era allegado muy distinguido de la familia Mota, cuyo feudo se extendía a Yaguata y San Cristóbal en donde era Teniente Gobernador el General Modesto Díaz, primo hermano de Regla Mota.

“Crecía el apuro”... según hizo anotar en su Historia el Mariscal de la Gándara. Él, y el Gobernador de Azua, General Eusebio Puello, y Modesto Díaz, Valera y Álvarez y Weyler y los Marcano, se retiraron a la ciudad amurallada de Santo Domingo acosados por los invasores del Sur comandados por el General Aniceto Martínez y los Coroneles Juan Rondón y Manuel Félix (alias) Cabuya, unidos a Gregorio Luperón, al Coronel Casimiro, a Campusano y a otros más, que avanzaron hasta el río Haina, distante 15 kilómetros de Santo Domingo. Oportuno refuerzo, de tres o cuatro mil hombres, recibieron los españoles y españolizados procedentes de Puerto Rico y Cuba. Reforzados por mar y tierra, reaccionaron reanudando la campaña contra el Sur.

Aislados quedaron los españolizados, defensores de San José de Ocoa, cuando el Capitán Máximo Gómez por atajos y veredas

de travesía intentó comunicar a los hombres mandados por Heredia y él con las autoridades de Santo Domingo. Los libertadores lo apresaron y condujeron a la presencia del General Pedro Florentino, quien obedeciendo instrucciones del Gobierno de la Restauración, establecido en Santiago, había salido de Azua. Amaneció en Baní, ya ocupado por los suyos sin necesidad de disparar ni una pistola, ni tenía por qué atropellar a compatriotas sumisos. Entonces el General de División Pedro Florentino y el Capitán Máximo Gómez quedaron frente a frente. El veterano general y político procuró persuadir al valeroso capitán para que abandonara la causa de los anexionistas y abrazara la de los libertadores que, según él, era la justa. Preocupado por la carencia de artículos de guerra en campaña que suponía larga y difícil, frente a una Nación poderosa en el mar y en tierra, no fue bastante persuasivo aquel día, como solía serlo, o el Capitán Gómez obstinado y adicto a los suyos, sobreestimó la amistad y el agradecimiento a los Mota y a los Heredia. Negóse a entender que la causa de la Independencia de la Patria era "la justa", y Florentino ordenó... que se dilatara el arresto del Capitán, esperando que recapacitara; tregua interrumpida por el "Combate del Guanabacoa" que obligó a los patriotas a replegarse a la vecina aldea de Matanza y días después a Sabanabuey.

Libertado y reincorporado en la fila de los suyos, el Capitán Máximo Gómez fue premiado, ascendido a Comandante, por su lealtad y valentía aquella vez más que riesgosas, mal aplicadas.

.....
 —Hoja de Servicios del Comandante Máximo Gómez Báez—

...“Dijo que desde el mes de marzo de 1861 en que fue nombrado Secretario de la Tenencia del Gobierno de Baní a las órdenes del Señor General de División Don Manuel de Regla Mota y a las de su hijo el Teniente Coronel Don Manuel Mota, que le sucedió en el mando, permaneció en dicho destino hasta el 30 de abril de 1863; que habiendo estallado la insurrección

recibió órdenes del Gobernador, ya mencionado, para ponerse a las órdenes del Teniente Coronel Jerónimo de Castro y que con 50 voluntarios de las Reservas marchó a auxiliar al pueblo de San José de Ocoá"... "que en el mismo año y por orden del Señor Coronel Francisco Javier Heredia, que se encontraba Comisionado, desde el expresado punto de San José de Ocoa marchó a Santo Domingo con objeto de hacer presente al Exmo. Señor Capitán General las perentorias necesidades para sostener el expresado punto". "Que efectuada por orden del Gobierno la evacuación de San José de Ocoa el 13 de Octubre del año citado y ocupadas ya las poblaciones intermedias entre la Capital y dicho punto (por los sublevados) determinó de acuerdo con el Teniente Coronel Don Santiago Pérez, ocultándose en los montes por no ser ya posible incorporarse a las fuerzas del Gobierno".... "que a pesar de la cautela con que andaba fue sorprendido en compañía del Teniente Coronel Don Santiago Pérez por una ronda del Cabecilla Pedro Florentino, la que los condujo a la presencia de éste, intimándoles que abracen la causa revolucionaria, y habiéndose negado a ello, dicho Cabecilla dispuso que las prisiones en que se hallaban se redoblasen, en las que permaneció, amenazada su vida, hasta que dicho Cabecilla atacado por la Columna a las órdenes de los Exmos. SS. Don José de la Gándara y Don Eusebio Puello, abandonó a Baní; que una vez".... "puesto en libertad se presentó a los expresados Generales, los que utilizaron sus servicios y por la lealtad y buen comportamiento que observó en la evacuación de San José de Ocoa el 13 de Octubre de 1863, le fue concedido el empleo de Comandante". "Replegada la fuerza, (la de los insurrectos) recibió el declarante orden para marchar a las órdenes del Coronel de Reservas Don Francisco Javier Heredia y Solá a posesionarse del pueblo de San José de Ocoa, que estaba ocupado por el enemigo", etc. que también desempeñó... "por disposición del Exmo. General Don José de la Gándara el destino de Secretario y Habilitado, encargado de repartir el metálico, hasta junio de 1865, en que decretado el abandono..." "de todo el territorio de la parte española de Santo Domingo"... "siguió sus naturales inclinaciones acatando dicha orden"... "Y se afirmó y ratificó en esta declaración leída que fue, y la firma con el Oficial comisionado y el presente Escribano, de que doy fe". Firmados: Máximo Gómez. Venancio del

Castillo Verástegui. Rubricados, ante mí. (Firmado): Federico Caballero. — “En la Plaza de Cuba a los 21 días de febrero del corriente año (1866)”.¹

* *

*

La Confesión ante el Oficiante austero, y hasta en el altar de la conciencia, alivia, limpia y eleva el alma. Máximo Gómez, más grande en sus aciagas horas de infortunio que en días de victoriosas hazañas repetidas durante las guerras por la Independencia de Cuba, navegando hacia Jamaica alcanzó a ver tierra dominicana. Sentimientos hasta entonces latentes adquirieron voz y se perpetuaron en Confesión, en Oración escrita, en su *Diario de Campaña*:

—“Oh Patria mía: Veinte años hace que te dejé y no había podido mirarte una sola vez”... “No me culpes de ingrato: No era bastante hombre cuando el Destino me empujó hacia otras playas”... “No caiga sobre mí la luz purísima de tu cielo... mientras no lleve un nombre digno de ti. Entonces iré, ¡Amada Patria mía! y orgullosa podrás perdonarme: Yo humilde, seré feliz”.²

* *

*

El autor de *El General Pedro Florentino y un momento de la Restauración* no ha pretendido empinarse para ver tropiezo de juventud de uno de los grandes libertadores de América, sino impedir que siga en perpetua sombra otro de los nuestros, a quien, en pago de sacrificios imponderables, cubrieron con sudario de ignominia.

El Dr. Don Benigno Souza, miembro de la Academia de la Historia de Cuba —lo que implica sabiduría y rectitud moral—

1. Lic. Emilio Rodríguez Demorizi: *Hojas de Servicios del Ejército Dominicano, 1844-1865*. Vol. 1. (Págs. 167 a 178). Editora del Caribe, R.D., 1968.

2. Máximo Gómez, *Diario de Campaña*. Pág. 191.

más conocedor de testimonios y documentos, depurados, relativos a la complicada Guerra de la Restauración de la Independencia de la República Dominicana, podrá rectificar conceptos y afirmaciones que publicó en su valioso libro extraños a la verdad histórica.

Notas Nos. 11 y 12
General Luperón, Rodríguez Objío y Pedro Florentino

I

El poeta Don Manuel Rodríguez Objío dejó escritas dos *relaciones* sobre asuntos de la Restauración de la República. La primera es de observación directa. Narró en ella su viaje (de Venezuela al Cibao) en compañía de Duarte y otros personajes, y la parte que desempeñó como actor en el drama. Escribió después de terminada la guerra y cuando nuevos problemas le interesaban. Dice en fecha 29 de mayo de 1866:

“Me hallo accidentalmente en San Felipe de Puerto Plata acompañado del General Triunviro Luperón, siendo Sub-Secretario de Hacienda y en realidad más de lo que ese título expresa”. “Las notas que me pueden guiar en estas relaciones acaso estén perdidas; yo haré, sin embargo, un esfuerzo para recordarlas”.

Él llegó a Santiago —asiento accidental del Gobierno— el 4 de abril de 1864. El Presidente José Antonio Salcedo estaba en campaña, y, por encontrarse enfermo de gravedad el Vice-Presidente Mella, “presidía el ilustrado ciudadano Ulises F. Espailat”, por el cual fue R. Objío recibido. El día 20 de ese mes le dieron orden de dirigirse al Sur bajo la autoridad del General Manuel M. Castillo. El 5 de mayo llegaron a su destino, más de tres meses después del General Pedro Florentino haber sido asesinado. El General José María Cabral reemplazó días más tarde a Castillo y retuvo a R. Objío “como secretario íntimo”, lo cual hace pensar en otros, u otros, secretarios. Afirma que el nuevo Jefe estaba acompañado “por escaso cortejo”; que “mu-

cho más tarde fue que Camas (Sic.), y otros se presentaron a cooperar". Los Generales Eugenio Comas, Domingo Lasala, Blanco Altagracia, etc., habían ido al Sur, reconciliados durante la prisión con la causa nacional, a las órdenes de Juan de Jesús Salcedo, sustituto de Florentino. R. Objío no relata en dónde estaban ni qué hicieron esos señores antes del asesinato y después del asesinato de Florentino. En cuanto a éste, R. Objío se limita a decir: "la guerra estaba paralizada"... por "la desmoralización introducida por Florentino". "La miseria era horrible; algunos niños perecieron de hambre; la peste diezaba la multitud de familias fugitivas que nos rodeaban... y por doquiera estábamos rodeados de traidores". "La muerte de Santana (acaecida en julio de 1864) reanimó la parte moral de la revolución restauradora; el Sur tuvo conocimiento de ella y la defección cesó gradualmente", etc.

Es cuanto dice Don Manuel Rodríguez Objío como producto de observación directa de la tragedia, ya pasada. Pronto lo mandó el General Cabral al Cibao en busca de recursos y... se quedó en el vasto campo donde consiguió relacionarse con jefes civiles y militares. Allí se hizo íntimo amigo del General Gregorio Luperón y luego desempeñó importante papel a la sombra del tremendo Gaspar Polanco, a cuya caída fue R. Objío acusado, sometido a un consejo de Guerra, salvado de la muerte y enviado por segunda vez al Sur, en donde, según explica, el General José María Cabral lo recibió con frialdad.

II

La otra relación escrita por Don Manuel Rodríguez Objío —parte de la cual publicaron en "Analectas", bajo el título *Historia de la Restauración*— fue redactada más tarde y no parece que su autor pensara darle título tan amplio. El autor estaba en exilio cuando el 20 de abril de 1870 le expuso en carta a su íntimo amigo, el General Gregorio Luperón, el propósito de escribirle la biografía. Expresó el héroe su aceptación en carta fechada en Turk Island, escrita y redactada por el mismo R. Objío, en donde él también sufría destierro. La obra lograda

por R. Objío constituye, más que la biografía anunciada, suma de merecidas alabanzas, una apología en parte dictada a distancia por el mismo Luperón. Pero R. Objío recuerda documentos vistos durante sus actuaciones en el *Gobierno Provisorio* y parece haber conservado copia de algunos. De ahí las diferencias entre lo que redacta con entusiasmo, y los documentos que transcribe o cita; de ahí las discrepancias con los *Apuntes* del mismo Gregorio Luperón y publicados en Puerto Rico, y que deben juntarse en el comentario sobre Florentino.

En Gregorio Luperón era todo extraordinario; tenía un conjunto de cualidades homéricas. Era valiente en grado superlativo y sufría de una hidrópica sed de gloria. Era tan inteligente como valeroso, jactancioso como valiente, y tenía simpatía magnética, que aún después de muerto sugestióna, y una vanidad sin paralelo. Era patriota a carta cabal, y se le había hinchado la afición a hablar y escribir *en arenga y a pensar situado en revolución francesa*. Gran aprieto para el perspicaz girondino Rodríguez Objío, —unido a él por fraternal amistad— escribir la biografía del hombre que deseaba figurar siempre en primera línea con el monopolio de los triunfos. Por fortuna el héroe poseía fantasía exuberante, el biógrafo era poeta, y a los poetas nadie les puede reprochar un bello y oportuno desvío de la realidad material. Jóvenes eran ambos, en ambos hervían grandes y nobles ambiciones, y ambos tenían irreverencias de iconoclastas para los que *llegaron primero* y para los viejos personajes que obstaculizaron el camino de la gloria. No amaron a José Antonio Salcedo, y a menudo lo maltrataron. “Ese Presidente alborota pueblos”... lo rezondra Luperón en sus *Apuntes*. “La mayor parte de los que andaban con el Presidente Salcedo eran españolizados, y *espiones* de los españoles”... y “el Presidente no lo ignoraba; pero no se inquietaba por ello”... Pocos escritores han encontrado expresión tan fina para llamar traidor a un Jefe.

Piensa Luperón que el venerable General Manuel Megía (aquel veterano que ganó prestigios en la batalla de Sabanalarga) estorba ya en su patriarcado de La Vega. Sin miramiento lo reemplaza con un oficial de hoja sucia de servicios, que hasta hacía poco juraba lealtad a un mandatario español. El Vicepresidente Don Benigno Filomeno de Rojas no tolera la medida y regaña en carta áspera. Este Señor Don Benigno (un civil ante

el cual bajan la cabeza los generales) atiende a todo, lo abarca todo: ¿qué deja para los jóvenes? Preside Consejos de Gobierno, encauza las discusiones, toma nota de cada asunto, redacta oficios y, como a nadie se atiende, él mismo si no escribe dicta las actas cuyos restos servirán de perpetuo testimonio, depo- niendo contra cualquiera alteración de *la realidad material*. El canoso Vicepresidente no le simpatizaba a R. Objío que le asestó bilioso calificativo, punzante como una flecha: "atrabiliario". Pero él, a su vez, mira a estos jóvenes con cautela. Cuando Luperón se siente *General en Jefe*, Rojas reduce tanta autoridad. Cuando el biógrafo acaba de llamar al héroe "*el primer General en Jefe de las Líneas del Sur y del Este*", aparecen las instrucciones de Rojas a Luperón imponiendo tasa: "Ud. se pondrá en camino para aquellos puntos, obrando en todo de acuerdo con los Generales, José Antonio Salcedo y Pedro Florentino"... "facilite Ud. las operaciones de los Generales indicados y el pronunciamiento de los pueblos colindantes". "Una vez puesto usted en comunicación con uno de aquellos dos Generales, se guiará usted en sus operaciones por las instrucciones que ellos le den, o que usted combine con ellos". Cuando dice el mismo héroe: "De La Vega expedí sobre San Juan al General Durán con tropas de Jarabacoa provistas de todo, y ya se saben los resultados"... si se escudriña con paciencia, se encontrará escrita por Don Benigno F. de Rojas severa rectificación. R. Objío se da cuenta y dice, como pasando sobre el éxito de Durán húmeda esponja: "Durán no hizo más que ponerse bajo la disposición de dicho caudillo"... (El caudillo era Florentino).

Las instrucciones dictadas por Rojas a Luperón son del 8 de octubre de 1863. Él las recibió, y marchó hacia el Sur. En el camino supo que el General Pedro Florentino había ocupado Azua. En El Bonaó supo la noticia de la ocupación de San Cristóbal por los patriotas, y encontró al General Modesto Díaz y a otros más que iban prisioneros para Santiago. En todo hombre genial hay un Quijote, y Luperón era *todo lo demás, y genial*. Díaz era el Teniente Gobernador de San Cristóbal, al servicio de España, y antes había sido un leal *santanista*; por merecimientos alcanzó a ser condecorado por Doña Isabel II con la Orden de Carlos III; a él lo consideraban no sólo como familiar sino como el auxiliar mejor del patriarca General Don

Manuel de Regla Mota, *alter ego* en el Sur del Marqués de las Carreras. ¡Rica presa! Luperón los libertó e incorporó a su comitiva “como hombres respetables y emparentados con familias principales del Maniel y de Baní” y “juzgándolo (al General Díaz) útil a sus planes”. Paso temerario, funesto inicio del desastre del Sur.

Como San Cristóbal, Baní también está pronunciado; pero Puello y Gándara amenazan aquellas plazas, que piden auxilios. Luperón se apresura y, después de chocar en El Maniel con el General Pedro Salcedo, por rivalidad de mando, llega a Baní. “Pedro Florentino *no se mueve de Azua*” y José A. Salcedo ha sido derrotado y le pide a Luperón ayuda, ayuda que debe enviarle en cumplimiento de las instrucciones que le fueron dadas. “Otro hombre de alma común habría sonreído viendo reducidas las fuerzas de Salcedo a 400 hombres derrotados y al General en Jefe pidiéndole auxilios, a él, que apenas tenía 500 hombres”, “Luperón por el contrario atristóse de aquel revés y se propuso remediarlo; pero las reacciones que tuvieron lugar en el camino del Maniel donde el *Coronel* Máximo Gómez cortaba las comunicaciones, en Higuana y en Pizarrete, donde el General Mota hizo flotar la bandera española, detuvieron sus pasos”. Es decir, que el General José Antonio Salcedo se quedó sin auxilios.

El General Luperón, a su vez, se vio en apuros. Él escribe: “Al General Durán se le habían unido todos los Generales del Sur, y predominaba entre los demás el General Florentino, que era calificado de baecista intransigente y que por su audacia dominaba a los demás”. El General Durán “se había enfermado, y solicitó permiso de Luperón (?) para regresar a La Vega, cosa ésta que le fue concedida, encargando éste al General Pedro Florentino del mando de las fuerzas del Sur”. “Este General que no desobedecía las órdenes; pero que quería pillar a Azua, so pretexto de que los españoles iban a atacarla, más con la intención de pillarla mejor”... etc.

Las instrucciones al General Luperón fueron escritas por el Vice-Presidente Don Benigno F. de Rojas el 8 de octubre y antes del 20 del mismo mes se habían invertido los papeles: Luperón se cree sinceramente el *Jefe Superior* y le da órdenes a Florentino. Florentino le envía “400 hombres al mando del valeroso General Aniceto Martínez” y de otros oficiales con

cuyas tropas se consigue desembarazar la situación. En la nota de descargo sometida después por el mismo Luperón (15 de diciembre de 1863) al Vicepresidente General Ramón Mella, subraya: —Florentino “no quiso mandarme auxilios”. “Al cabo enviéme un batallón al mando del Coronel *Marcoté*, otro al mando del Coronel Rondón, y otro de Antonio Blas; pero, en todo, estos cuerpos no excedían de 300 hombres, y sin duda había escogido Florentino las gentes más inútiles y rapaces”. “No fueron pocas las dificultades para darles una ligera organización y encarrillarlas por el camino de la obediencia militar”. “Con ellas principié a desalojar al enemigo de la común que estaba literalmente circunvalada”. “Carecía de municiones, pues Florentino no me enviaba”. “El General Florentino, mientras hubo en Azua una caja de jabón y una pieza de lienzo, no se resolvió a moverse”. El General Florentino, en vez de ir a Baní, le escribe a Luperón el 21 de octubre: “Ayer salió de ésta el Coronel E. Márquez, que lleva mis instrucciones para obrar en todo aquello que reclame mi presencia”. “A las 3 de la tarde fondeó un vapor en Tortuguero e hizo cinco disparos de cañón; he tomado medidas”, etc. “Según se me ha informado ya tenemos al frente del enemigo un número de 1,300 hombres, con los cuales, habiendo valor y buenas disposiciones en los jefes, se debe disputar el terreno hasta tanto llegue yo con las fuerzas que estoy organizando”. (Fdo.) Pedro Florentino.

R. Objío reitera que “las comunicaciones de Luperón estuvieron durante un mes interceptadas con José Antonio Salcedo” y que mientras tanto la Junta de Baní (según el mismo R. Objío creada por el Coronel Casimiro) “le había reconocido (a Luperón) como el único Jefe Superior de aquellas localidades”... Biógrafo y biografiado parece que ignoraban la existencia de otro camino por el cual se podía Luperón comunicar con el Presidente Salcedo, o con el Cibao, y que el General Modesto Díaz y los demás prisioneros, hombres buenos que había liberado Luperón “*juzgándolos emparentados con familias del Maniel y de Baní y útiles a sus planes*”, eran prácticos conocedores de ese camino. Y olvidaban que habiendo Luperón recibido instrucciones del Vice-Presidente Rojas el 8 de octubre, o después del 8, no podía haber tenido el héroe las comunicaciones interceptadas durante un mes, después de su llegada a Baní, sin haber finalizado el mes de octubre.

La autoridad de la Junta de Baní, superpuesta a la del Gobierno nacional, tendía a romper los vínculos que mantenían al joven General subordinado al Presidente Salcedo y al General Pedro Florentino. La liberación de los prisioneros fue simiente de desastre, y esa simiente, abonada en terreno banilejo, nació, creció, y acababa de florecer. Y Florentino, mientras veía lienzo y jabón, no se quería mover de Azua... ¿Qué pretendería hacer con tanto lienzo y jabón? Todavía después de alejarse Luperón del escenario le escribirá Pedro Florentino al Presidente Salcedo pidiendo "vestuario y municiones"; y cree, "aprovechando la desmoralización del enemigo", poder tomar la capital, y busca el acuerdo con Salcedo "para atacar a Santana en su campamento"... Es lástima que no se pueda averiguar si el General Florentino pensaba establecer un colmado para el expendio de jabón y tela, o si *las gentes más inútiles y rapaces* andaban semidesnudas, envueltas en harapos sucios.

El dramático personaje (canoso como Don Benigno Filomeno de Rojas y el General Manuel Mágina) quedó puesto en la picota brillando con hábiles pinceladas. "Este hombre —dice R. Objío— que mereció una reputación de militar experto y valiente en la primera época de la República Dominicana, por lo que los pueblos del Sur le encomendaron sus destinos en la Revolución Restauradora, se ostentó en esta jornada cobarde, rapaz, sanguinario, e inepto". "No supo acometer un solo acto de heroísmo". "Adueñóse de la revolución del Sur cuando estaba hecha, dirigióla triunfante mientras no tuvo que vencer obstáculos y llegó, como veremos, al frente de más de 3,000 soldados hasta *las inmediaciones de la capital*". Su antiguo renombre y su fortuna presente, hicieron que el Vice-Presidente Rojas le juzgase como *el personaje más importante*; dióle poderes ilimitados que autorizaron sus (en blanco) y comprometieron la Revolución por largos días". "Pues bien, ese hombre de nefasto recuerdo, al primer revés, huyó desde las orillas del Haina hasta las márgenes del Artibonito... (en blanco) 80 leguas de espacio".

* *

*

Obstáculos imprevistos tuvo Pedro Florentino al anudar y reanudar sus relaciones con los hombres principales que conspiraban en el Cibao contra el dominio de España. Ocurrió uno de los más graves cuando el General Juan Luis Franco Bidó fue descubierto en trama de conspiradores. Juan Luis salvó la vida, y la libertad a medias, por influjo de su amigo y antiguo compañero de armas José Hungría, aquel jefe del ala izquierda en la Batalla de Sabanalarga.

Comprometió el General José Hungría su honor militar y la seguridad de su persona para salvar al que fue General en Jefe en la célebre batalla; pero Juan Luis quedó comprometido a no seguir conspirando. Así el vínculo fuerte de Florentino con los revolucionarios importantes en el Cibao quedó roto y era necesario urdir trama nueva.

Perdida la dirección de Juan Luis F. Bidó quedó un vacío muy difícil de llenar. Los viajes de Florentino entre San Juan y el Cibao no se debían repetir con frecuencia, aunque él los disimulara llamándose negociante. Vanas fueron las providencias adaptadas. Ya le era más que sospechoso al Presbítero Don Narciso Barrientos, Párroco de San Juan, que confundía los deberes de su ministerio sacerdotal con la adhesión al Marqués de las Carreras y al colonialismo. En su carta, citada más de una vez, denunció el Sacerdote al General Florentino quien, por orden superior, quedó confinado en Azua. Empeoró la situación de los conspiradores cuando a esa denuncia el traidor Capitán Juan Santana agregó su delación que dio lugar al dilatado y peligroso proceso (Febrero de 1865 - Junio de 1865) en el que fue involucrado el Coronel Francisco Moreno, auxiliar número uno de Florentino.

Pretendió Pedro Florentino, desde su confinamiento, obtener pasaporte para volver al Cibao "en viaje de negocios".

—Solicítelo del Exmo. Señor Capitán General... —respondió el Gobernador Puello.

Torció rumbo y se encaminó por una vereda, Pedro Florentino. Por causa del confinamiento sus intereses (alambique, animales de crianza, etc.) estaban en riesgo de menoscabo y pérdida,

como era de todos sabido. Suplicó que le dieran permiso para ir a su residencia. Se lo otorgaron y se fue a San Juan. Pocos días después le sobrevinieron dolencias raras. Estaba en condición tan lastimosa que apenas daba pasos apoyándose en un bordón. Enfermo de muerte cayó el Coronel Moreno. Pilaban el café y preparaban el aguardiente para el velorio, cuando repercutió el Grito de Capotillo, y los pueblos del Sur quedaron sublevados bajo la autoridad de Pedro Florentino.

¿Con qué recursos se adquirieron las primeras armas para la sublevación? Algunas se consiguieron mediante asaltos heroicos, y las otras por el producto del alambique de Florentino y el sacrificio de los compañeros. A esas armas se sumaron después las suministradas por el Gobierno Restaurador.

III

El escritor Don Manuel Rodríguez Objío vino de Venezuela después de la muerte del General Florentino. Escribió para informar a la posteridad sobre el comienzo de la guerra de la Restauración en el Sur de Santo Domingo, ignorando, olvidando, o desdeñando realidades reconocidas. Explica él que el General Pedro Florentino “se adueñó de la Revolución en el Sur cuando ya estaba hecha”, y denuncia:

—“Este hombre de nefasto recuerdo al primer revés huyó desde el Haina hasta las márgenes del Artibonito... 80 leguas de espacio”.

No era agrimensor, Rodríguez Objío. No midió con exactitud pero contó con elegancia. Una vez más se expresó como el seudónimo del benemérito General Gregorio Luperón. Se sobrentiende que hay diferentes leguas: las hay de 5,555 metros y las hay de 4 kilómetros, y... etcétera. Es posible que se refiriera a otras, de dimensiones imaginarias.

Las montoneras comandadas por Florentino en el combate de *El Guanal de Paya*, superadas en cantidad, armamentos y otros recursos, al fin de la acción se replegaron a la aldehuela de Matanza, vecina de Baní, en donde permanecieron 7 días mientras se trataba de reagrupar a los que se retiraron por otro

rumbo, cuando precisamente ocurrió "el acuchillamiento de Sabana-Cruz", realizado a las órdenes de Puello y aplaudido por el Mariscal de la Gándara. Sin ser acosados se retiraron a Sabanabuey, otra aldea de Baní y, finalmente, a Azua, en donde se dio el combate decisivo descrito por el mismo Gándara en su Historia. Según explica éste, Florentino planeó la acción en que pretendía destrozarse al enemigo, integrado por españoles y anexionistas. Oficiales encargados de llevar el plan a los compañeros, a los que secundaban a Florentino, traicionaron pasándose al enemigo, a Gándara y los santanistas. Así se produjo la rota, se diezmaron las montoneras comandadas por Florentino y a continuación éste principió la guerra de guerrillas que, según el Jefe español, "cuadraba con su índole perversa que no atenuaban la pureza de la intención y lo fervoroso del patriotismo".

Natural fue la presencia del General Florentino al frente de los sublevados. ¿Quiénes fueron los auxiliares cuando tomaron posesión de Azua, y qué méritos los distinguían? Aniceto Martínez fue de los guerreros sobresalientes en la Batalla de las Carreras: 1849; Ángel Félix, con grado de Coronel, recibió del General Pedro Santana orden de rechazar y rechazó la columna haitiana que avanzaba para robustecer al emperador Soulouque, y la derrotó en el camino de Los Jiménez evitando que se acercaran a Cambronal; Francisco Moreno comenzó a batirse desde el año 1844 a las órdenes del General Antonio Duvergé. ¿Cómo aceptar que con adjetivos se degrade a esos guerreros?

Don Manuel Rodríguez Objío, sugestionado por informadores falsos, falseó la historia Patria y ayudó a falsearla. Jugando con frases sonoras se condenó a sí mismo jactándose: "mentí fidelidad al nuevo amo y... tuvo la debilidad de creerme", condenándose al patíbulo. Se perdió con él un escritor de espléndido porvenir. El político mancilló y mató al escritor para desgracia de la República.

* *

*

A pesar del General Pedro Salcedo haberse ido, la indisciplina en Baní y San Cristóbal lindaba con la anarquía. Hasta oficiales

como Eusebio Pereyra eran vistos con desconfianza, mientras los españolizados estaban considerados como gente "de buena voluntad". Ahora veían los chismosos que con el General Gregorio Luperón andaban "españolizados, y *espiones* de los españoles, y que... no se inquietaba por ello". Le llegó el momento crítico de remitir a Azua a los Generales Modesto Díaz, y a varios más "aprehendidos en aquellos días". Él dice que el gobierno le había mandado "una orden inconsulta" de remitir a aquellos oficiales prisioneros al General Florentino y que éste envió un piquete bajo las órdenes de Rondón a buscarlo "acompañado del oficio del Gobierno" y que él (Luperón) los hizo acompañar por el Coronel Jimenes "para evitar que los maltrataran en el tránsito de Azua a Baní". "En el camino embriagaron al piquete, amarraron a los coroneles Jimenes y Rondón, les quitaron las armas y se fugaron a las filas de los enemigos". R. Objío, sin embargo, dice que Luperón "los puso a la disposición del Comandante de Armas Tejeda, quien bajo escolta encaminólos hacia Azua", que "los presos desbarataron la custodia y ganaron los montes".

Las dos versiones no son idénticas ni exactas, aunque tienen fondo de verdad. Versiones tradicionales confirman los hechos y aclaran que no todos los prisioneros escaparon. Varios de ellos, entre los cuales se cuenta a los hermanos Mota, fueron conducidos a Azua y confinados por orden del General Florentino en San Juan y Las Matas, poblaciones lejanas, a retaguardia, en uno de cuyos sitios fueron posteriormente fusilados.

En la biografía aparecen insertas comunicaciones dirigidas a Luperón por Florentino. En una del 28 de octubre, responde:... "con respecto al Sr. Coronel Casimiro y General Perico Salcedo, yo les he pasado mis órdenes, y *que ésas son las que deben ser ejecutadas*, pues así lo exige la salud de la causa". La conjunción "y" denuncia que la carta fue dictada y que el secretario respetaba *ad litteram* el fondo y la forma de lo que dictaba el General. Otra, del 29, es de puro sabor florentiniano. En ella suaviza el viejo mandón... "para el día que en ésta le señalo, puede Ud. contar tenerme a su lado". "Guárdeme Ud. el café que lo tomaremos juntos".

El 3 de noviembre sale Luperón hacia el cantón de Yaguaté, sede en tiempos de paz, del patriarca Ex-Presidente Manuel de

Regla Mota, y de los Generales Modesto Díaz, Marcano y de otros oficiales enemigos. Recibe después municiones y marcha sobre San Cristóbal en compañía del General Aniceto Martínez, mano derecha entonces de Florentino. El enemigo evacua la plaza y ellos la toman. "Nadie le había auxiliado", escribe el biógrafo refiriéndose al héroe. "Sólo su genio le había suministrado recursos", etc. Luego siguen la confusión y deslinde de poderes. Le escribe J. B. Tejeda a Luperón que ha recibido "instrucciones del Gobierno de no acatar ni recibir más órdenes que las emanadas de Florentino". Otra más: "Señor Don Gregorio Luperón, General en Misión. General: Al recibo de la presente se servirá Ud. arreglar lo que tenga pendiente en esos lugares... y se pondrá en marcha para Baní, donde me hallará Ud. a su llegada, y donde me orientará de todo lo que desea, como también comunicaré órdenes del Superior Gobierno. Espero que acate Ud. mi disposición. Dios guarde, etc. (fdo.) Pedro Florentino".

Florentino, según R. Objío, llegó el día 10 a Baní y Luperón se puso a su disposición. Así lo reconocía como Jefe Superior y subordinaba la autoridad de la Junta de Baní a la del Gobierno. Florentino "le manifestó que tenía orden de sumarlo y ejecutarlo". La orden "estaba firmada por Salcedo y refrendada por Bonó". Sigue un diálogo rápido apuntado por el biógrafo:

Florentino: "¿Qué haría Ud. en mi lugar?"

Luperón: "Sr. ejecutaría la orden sin vacilar y si nuestra situación fuera inversa ya Ud. sería cadáver".

"Florentino, es preciso confesarlo, a pesar de sus instintos repugnó echar sobre sí la responsabilidad de tan injusto sacrificio"... "una comisión de San Cristóbal se presentó reclamando la vida de su heroico *caudillo*, y amenazando con una insurrección. Florentino determinó dar libertad a su prisionero el día 13 y le dijo: vaya Ud. al Cibao para que el Gobierno ejecute por sí mismo lo que me ha encomendado". Horas más tarde Luperón galopaba hacia el Cibao, después de proveerse de un certificado de su conducta y buenas actuaciones firmado por la Junta de Baní y de paso por el Maniel obtiene otro firmado por el Comandante de Armas de San José de Ocoa. Entre las firmas de Baní aparece la de Ezequiel Mota, ya entonces confinado en San Juan. Pero si, de acuerdo con el biógrafo, Manuel de Regla Mota se había alzado en armas en

apoyo del régimen colonial, no deja de chocar la firma de un hijo suyo en dicho documento.

Luperón, a su vez, explica: "Cuando se orientó (así, él se pone en tercera persona) del contenido de aquellos (los oficios) y vio que estaban firmados los unos por el vicepresidente B. F. de Rojas y por B. Curiel, Ministro de la Guerra, y los otros por el presidente Pepillo Salcedo, no le quedó ningún género de dudas de que lo mandaban a fusilar, y entonces le dijo al General Florentino" "cumpla Ud. su deber; estoy a sus órdenes". Respondióle Florentino: "General Ud. fue nuestro superior; yo siento cumplir estas órdenes con el mejor jefe que hemos tenido; no puedo quitarle sus armas que son las primeras que han disparado contra los dominadores; retírese a la casa donde está alojado; yo mandaré después un piquete que lo custodie", "Luperón, sin responder palabra, le saludó y se retiró". "Cuando se supo esta noticia en Baní, en el Maniel y S. Cristóbal, se produjo una conmoción espantosa"... "las tropas se volvieron un enjambre de avispa dispuestas a volverse contra Florentino"... "y salió una comisión de los coroneles Valera (¿Velasco?) y Santamaría a pedirle cuenta de la prisión de Luperón". "Florentino se presentó a Luperón al cual encontró con toda su entereza"... y le dijo: "General, voy a mandarle un oficio para que Ud. sala inmediatamente por el camino del Maniel, para que el Gobierno lo fusile allá, porque yo no debo cargar en el presente ni en el porvenir con la responsabilidad de semejante crimen". "Enseguida partió Luperón para el Cibao y el General Florentino acompañado de 3,000 hombres del Sur, salió al mismo tiempo para S. Cristóbal, con la intención de ir a poner sitio a la capital, entrar en ella primero que Salcedo, y proclamarse, según decían los que le acompañaban, Jefe Supremo de la República. Esto acontece el 15 de noviembre de 1863".

Don Manuel Rodríguez Objío escribió la biografía del héroe con datos suministrados por el héroe, como arquitecto que levanta un edificio a gusto del dueño y con los materiales suministrados por el dueño. Luperón publicó sus *Apuntes Autobiográficos* 32 años después, (1895) y acaso no tenía buena memoria. Entre lo que ambos escribieron sobre el General Pedro Florentino hay diferencias, a veces contradicciones esenciales, que aumentan y se precisan si se cotejan los documentos

de ellos con los escasísimos datos oficiales auténticos que restan en los archivos, de donde casi todos desaparecieron, sobre el discutido personaje. En el diálogo —aceptado por R. Objio— entre Pedro Florentino y Gregorio Luperón pronuncia el último palabras jactanciosas, inadecuadas en labios del prisionero; pero en el escrito por Luperón algunas resultan incomprensibles. El "*salga inmediatamente por el camino del Maniel para que el Gobierno lo fusile allá*", etc., aunque de forma literaria, es aceptable porque contiene doble mandato, e intención política, y tal vez luz de conciencia: Florentino le ordena *retirarse, y por camino determinado*, y le deja a otro la responsabilidad del castigo. Pero parece improbable que Florentino dijera que Luperón fue su superior y el mejor Jefe que había tenido. En la guerra restauradora Florentino era General en Jefe del Sur desde antes de Luperón recibir instrucciones de trasladarse a aquella región: Luperón no fue entonces su jefe sino su subordinado; y en las guerras de la independencia Luperón era un muchacho desconocido; y aunque hubiese sido guerrero veterano antes de la pubertad, no es admisible que lo pusiera por encima del General Antonio Duvergé, a cuyas órdenes sí había militado Pedro Florentino. En cuanto a la tumultuosa protesta, ¿no llegarían a Baní los Coroneles Santamaría y Velasco llamados por el mismo Florentino para que lo informaran sobre la conducta de Luperón en cuanto se refiriera a la acusación de *españolismo* que pesaba sobre éste, la falta que entonces no perdonaba el General Florentino? Hay que pensar que las tropas que seguían al General en Jefe eran del Sur y posiblemente no conocían al joven Luperón; ni podían adivinar la importancia que llegaría a tener en el futuro; y es de presumir que por el arresto y deportación de un jefe desconocido por ellos no se alarmaran hasta volverse contra el jefe natural y oficial; es admisible suponer que los que le contaron al General Luperón eso de las avispas estaban equivocados.

El General Gregorio Luperón llegó al Cibao y fue enviado al noroeste, donde estuvo un tiempo al margen de los sucesos, en castigo de reposo. El peor castigo que se le podía imponer a un joven de tan excepcionales condiciones. Terminó así el papel que jugó como subordinado del General Pedro Florentino.

* *

*

Asombroso autodidacto, Gregorio Luperón. Es preciso repetir: no supo de escalafón, eludió la disciplina, y sólo entendía de escalafón y disciplina para hacerse obedecer. No participó en las campañas de la Independencia de la República Dominicana. Apareció en la corta y devastadora guerra de la Restauración siendo General: —El General Gregorio Luperón— título que él mismo se confirió. Todos los que pretendieron desconocer su grandeza y superior jerarquía le fueron repulsivos. Desde que el General de División Pedro Florentino le avisó que se acercaba dándole órdenes y acentuando: “y que éstas son las que se han de cumplir”... se atufó y ni el perdón público, ni la benevolencia de ofrecido compañerismo: “para el día que le señaló puede Usted contar tenerme a su lado, guárdeme el café, que lo tomaremos juntos”... aminoraron la tirria para otros inmotivada. Ni el perdón: ¡no tuvo en cuenta ni el perdón de la vida de él, que sería tan beneficiosa a los que se abalanzaban al sacrificio por la libertad de los compatriotas! El recuerdo del perdón público le rebullía y atosigaba convertido en venenosa lacra, lacra creciente en el espíritu del que se creyó que había nacido para subordinar, no para subordinado. Él tenía hipertrofiada la convicción de que el agradecimiento es virtud de subalternos, de inferiores. La incurable dolencia engordó empuñada de rencores y vituperios y en el parto, o del parto, brotó la criatura horrenda: ¡cinco años después del gran fanático del nacionalismo haber sido asesinado! Luperón concibió, creó, y apadrinó el monstruo y le puso denigrante apodo: —“El General Pedro Florentino era un perverso y un baecista intransigente”. Con frase lapidaria hizo olvidar que “el baecismo”, el pernicioso, apareció en 1869 y que Florentino había muerto, peleando por extirpar la anexión, en febrero del año 1864.

* *

*

Uno de los episodios culminantes en la vida de Gregorio Luperón incita a pensar en cómo se mantuvo su carácter hasta que lo eclipsó la muerte.

Convertidos en adversarios andaban el General Gregorio Luperón y el Presidente de la República, Ulises Heureaux, cuando a Santo Domingo llegó la noticia de la enfermedad que apagaba a uno de los grandes Restauradores. Ya ni siquiera podía proferir sus habituales y abrumadoras injurias contra los que le eran odiosos, porque el cáncer le atarazaba la garganta. Más que ingrata, inadmisibles para el Presidente de la República era saber que uno de los extraordinarios nacionalistas agonizaba en tierra extranjera: ¡en una colonia! Acompañado de Enrique Henríquez, del diplomático de quien se auxiliaba en trances difíciles, se presentó Ulises Heureaux en Santomas suplicándole al adversario que regresara a la Patria que ayudó a libertar. El suplicante era Presidente de la República: era el PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. Aceptó...

Así el Presidente Ulises Heureaux, con rasgo sorprendente, con una súplica, con un ruego, amansó y subordinó a Gregorio Luperón, hazaña que no logró realizar el General de División Pedro Florentino con el perdón que le salvó la vida.

Nota No. 13
Acta de Beler o Cartel de Desafío
(Inédito)¹

Dios, Patria y Libertad
República Dominicana

El año de mil ochocientos cincuenta y seis. Hoy día tres de Enero, en el Campo Militar Cuartel General de Beler extremidad de nuestros límites fronterizos, frente al pueblo de Juana Méndez del Imperio Haitiano.

Nos, los infrascritos Juan Luis Franco Bidó, General en Gefe provisional del Ejército del Noroeste; Fernando Valerio, Gral. de

1. Debo al Licdo. Don Emilio Rodríguez Demorizi poder incluir en este libro el Acta de Beler, hasta ahora inédita, y las Alocuciones del General Pedro Florentino a los habitantes de La Vega, documentos de valor imponderable para el estudio del General Florentino.

Brigada de la Expedición; José María López, Gral. de Brigada sub-Gefe; Lucas de Peña, Gral. de Brigada Gefe de la Caballería; Pedro Florentino, Gral. de Brigada Gefe de las tropas del Macorís y Cotuy, encargado del mando del ala izquierda; Manuel Gimenes, Gral. de Brigada, Gefe de la vanguardia y ala derecha; José Valverde, Coronel de Ejército Sub-Gefe; José Hungría y Antonio Batista, Coroneles de Ejército y Gefes de las tropas de Savaneta y las Matas, y los coroneles Federico Salcedo, Gerónimo de Peña, Nicolás Minalla, Antonio Hernández y Santiago Sosa.

Nos transportamos el día dos de los corrientes en conformidad a órdenes superiores con las tropas bajo nuestros respectivos mandos, en orden de marcha y tren de combate, ascendiente en su totalidad a tres mil setecientos hombres de todas Armas, con dos piezas de Artillería hacia las Fronteras y camino de Daxabon, y habiendo llegado a la Savana de Jácuba como a las nueve de la noche pernoctamos allí, tomándose las precauciones necesarias para evitar toda sorpresa de parte del enemigo.

Al día siguiente se prosiguió la marcha desembocando la vanguardia en la Savana de Beler como a las cinco de la mañana, tomando posición en Línea Diagonal del río Masacre al Camino real, los Cuerpos que componían la División del Centro al mando de sus Gefes la tomaron en forma angular, llenando la otra Diagonal la ala izquierda al mando de sus respectivos Gefes.

Se desplegaron los Casadores de Santiago y Daxabon como a trescientos metros al frente de la Línea y la Caballería dividida en dos trozos uno al mando del General Lucas de Peña y el otro al del Coronel Rafael Gómez se colocó en dos líneas perpendiculares del río Masacre hacia las extremidades de las dos alas destacando descubierta al Centro y a derecha a la izquierda.

Formado el Ejército en orden de batalla como se ha dicho pasó revista y recorrió las Líneas el Gral. en Gefe como a las siete de la mañana permaneciendo el Ejército formado y en espera del enemigo, a las diez y media viendo que el enemigo no salía a combate ni aceptaba el reto se ordenó avansacen todas las Baterías de los diferentes Cuerpos y la banda de música del Regimiento de Santiago hasta el borde de nuestra línea fronteriza y allí con el pabellón de la República enarbolado, entonaron los aires nacionales y los toques de ordenansa de nuestro Ejército por el espacio de una hora.

En este estado y viendo que ni aun así aceptaba al enemigo el combate ni osaba salir de sus guaridas se convocó un Consejo general de oficiales como a las doce del día con el objeto de consultar con ellos porque el General en Gefe no se creía justificado en retirarse sin batirse.

Efectuado este y considerado que se había hecho por el espacio de siete horas toda especie de demostración al enemigo para atraerlo a combate sin poderlo lograr, que era justo y prudente no fatigar innecesariamente las tropas a vista de tanta pusilanimidad de parte del enemigo, que el Ejército no estaba racionado sino por aquel día deviéndosele por falta de víveres las raciones de dos días anteriores se decidió a unanimidad se retirase el Ejército a sus Cuarteles de Talanquera, por las razones arriba expresas y por no haber orden de tomar la ofensiva en el territorio enemigo el grueso del Ejército, sino de hostilizarlo con partidas sueltas como se había ya efectuado y se estaba efectuando.

Hecho y firmado en el Campo de Beler el mismo día, mes y año arriba expresado.— P. Florentino.— M. Megía.— F. Valerio.— J. Luis F. Bidó.— José Valverde.— L. E. Peña.— J. Ma. López.— Nicolás Minalla.— Federico Salcedo.— A ruego del Gral. Ml. Giménez, lo hizo el coronel Comte. Ord. Proval. del Ejeto., Ceara.— Antonio Hernández.— Hungría.— Antonio Batista.— Gerónimo Peña.— A ruego del Coronel Santiago Sosa, el Capn. Abilitado Tiburcio Fernández.

Nota No. 14

Alocuciones del General Pedro Florentino

Alocución que pronunció el General de División Pedro Florentino, Agente enviado por el Superior Gobierno y encargado de la Gobernación Política de esta Provincia y Comandante de Armas de la Común, en celebración del nuevo advenimien-

to del Sr. Don Buenaventura Báez a la Suprema Magistratura del Estado.¹

.....

Conciudadanos: Deseando dar a los habitantes de esta Provincia una prueba inequívoca de la satisfacción que experimento desde la exaltación del Sr. Buenaventura Báez a la Presidencia de la República, os he convocado para solemnizarla en este día, porque os creo animados de los mismos sentimientos y no dudo que los demostraréis con el mayor júbilo; y a pesar de que según he sido informado, ha sido ya publicada en esta población, la Proclama de nuestro digno Magistrado, he querido que hoy se repita su lectura (de diferente modo) para que os poseáis más y más de las consoladoras promesas que por medio de ella nos hace; promesas que deben quedar grabadas con caracteres indelebles en los corazones de los fieles dominicanos, puesto que a su ejecución será debido nuestro porvenir venturoso.

Sí, compatriotas; el Sr. Don Buenaventura Báez, comprendiendo las necesidades de la República, nos hace ofrecimientos de garantías que abren una nueva era de orden y prosperidad; de la cual no podemos dudar si tenemos presente el acierto, la energía y grande inteligencia con que cumplió las que hizo durante el período de su primera Administración: en aquella época saborearon los dominicanos un gobierno liberal, un gobierno sabio, que, sin dejar de ser recto, jamás impuso el terror de que después fue víctima nuestra desgraciada patria; no dudemos ni por un momento de que apoyados en la fe religiosa que hemos heredado de nuestros padres, y en la íntima convicción que debemos tener de la grande capacidad y nobles sentimientos que distinguen al Sr. Báez, gozaremos de los beneficios de la paz; tendremos justicia, igualdad y la suficiente libertad; las personas y las propiedades estarán al abrigo de toda violencia; la Hacienda pública no será un patrimonio de ningún particular, para que la nación tenga recursos con que hacer frente a sus necesidades y pueda asegurar su crédito; la agricultura y el comercio hallarán la debida protección en todos los ramos de la Administración del Estado; el ocio será

1. Del Archivo del Licdo. Don Emilio Rodríguez Demorizi.

reprimido como verdadero y principal obstáculo de la prosperidad pública y particular; habrá entre vosotros bastante unión y de ella ha de nacer precisamente la inexpugnable fortaleza con que la República se haga temer de los enemigos y quizás no esté muy lejos el día en que podremos nivelarnos con las naciones industriosas y civilizadas.

Tales son las miras del nuevo Gobierno, a quien tengo la honra de representar en esta Provincia. Por lo que a mí toca, Veganos, como soldado fiel y como su agente, cumpliré y haré cumplir cuanto por él se me ordenare, para no desmentir la confianza que en mí se dignó depositar, no obstante mis escasos conocimientos en el arte de gobernar; así se lo he ofrecido al aceptar esta delicada misión y a vosotros os ofrezco del mismo modo emplear todos mis esfuerzos en la reorganización de esta Provincia; pues aunque carezco de la necesaria inteligencia, me animan los mejores deseos; pero mis promesas quedarían ilusorias, o a lo menos sin tener buen éxito, si no me prestáis vuestra cooperación; mas como cuento con ella, os prometo restablecer el orden público de la Provincia; los hombres honrados y laboriosos tendrán en mí un justo apoyo; sus propiedades y el honor de sus familias tendrán las garantías que... (siguen dos líneas incomprensibles).

Lo dicho bastará para que comprendáis cuál ha sido el objeto que he tenido para reuniros: mis deseos están satisfechos, pues veo a mi alrededor todas las autoridades civiles y militares, las personas más notables y la mayor parte del pueblo; vuestra espontánea concurrencia exalta mi gratitud, porque con ella me habéis dado prueba de vuestra justa adhesión y patriótico entusiasmo por el advenimiento del Señor Báez a la Presidencia; en su nombre os doy las más expresivas gracias; ofreciéndoo ser ante él, un fiel intérprete de vuestros sentimientos.

Para terminar la solemnidad de este acto, dirijámonos al pie de los altares y en cánticos de honor y de alabanzas, tributemos los debidos homenajes al Supremo Árbitro de todas las Naciones por tan fausto acontecimiento: elevemos a la Divina Providencia nuestros fervientes votos para que ilumine a nuestro digno Presidente en la sabia administración que nos promete seguir. Y en prueba del júbilo que enardece nuestros corazones, vitoreemos a una voz: que

¡Viva la religión!

¡Viva la República!
¡Viva el Presidente Buenaventura Báez!

PEDRO FLORENTINO

Concepción de La Vega, 2 de noviembre de 1856.

.....

Alocución que pronunció el General de División Pedro Florentino, encargado de la Gobernación y Comandante de Armas en la Ciudad de la Vega, al retirarse las tropas que tenía sobre las armas.

Al Pueblo y al Ejército

Veganos: Cuando os llamé a tomar las armas conmigo, no os manifesté el objeto que reclamaba vuestros servicios y, a pesar de esta reserva, he tenido la indecible satisfacción, no sólo de ver reunidos sobre 4,000 hombres, número mayor que el que yo me prometía, sino de haber recibido pruebas inequívocas de vuestra obediencia y respeto. Tan noble conducta, digna es por cierto de vosotros; ella me prueba la confianza que merecéis y estad seguros de que la recomendaré a la justa consideración del Gobierno que sabrá apreciarla como debida a vuestro patriotismo.

Cumplida está ya vuestra misión y desde hoy quedáis expeditos para retiraros a vuestros hogares, según la disposición del Gobierno; mas al despedirme de vosotros, quiero comunicaros el motivo que os inquietó en vuestra vida doméstica.

Después que el pueblo dominicano tuvo la fortuna de sacudir el yugo de la tiranía sin la menor efusión de sangre y de elevar a la primera Magistratura al hombre que la Divina Providencia nos tenía destinado, nuestro salvador el Sr. D. Buenaventura Báez, y cuando este digno mandatario os preparaba una nueva era de libertad y de progreso; cuando por la hidalguía de sus sentimientos, prometió por medio de su generosa Proclama la garantía individual y una administración digna de su grande y conocida inteligencia, no podíamos ni debíamos esperar interrupción alguna, pero Santana, o el Tigre sangriento que es lo

mismo, queriendo escudarse con la inmunidad que lo ponía al abrigo de las justas y bien merecidas persecuciones que él debía esperar, cediendo a los impulsos de su loca ambición, alucinado por otra parte con las promesas de sus impotentes esbirros; sordo a los gritos de su propia conciencia y a los de sus víctimas, que desde la mansión eterna le llaman su verdugo; sordo a los clamores de tantas familias que lloran la orfandad a que las redujo, creyó poder engañar al Gobierno con un aparente compungimiento y tramaba desde su Prado una conspiración; pero ¡el miserable! ¿con quiénes podía contar para ello? con un puñado de facciosos seducidos por uno de sus agentes; con ellos sólo se prometió, allá en su loca fantasía, derrocar al Gobierno tan legalmente constituido, proclamado por el voto general del pueblo y robustecido con el auxilio de las más poderosas Naciones amigas, subir al poder y empezar de nuevo a sacrificar víctimas ¡vana ilusión! sus proyectos se frustraron y sus esperanzas fueron tan efímeras que apenas las concibió en su estúpido cerebro, se frustraron por la vigilancia de nuestro Gobierno: su temeridad no la pagó tan cara como ella merecía porque el Sr. Báez a quien se revistió con facultades omnímodas, si bien odió el delito compadeció al delincuente; sin embargo, ya sabéis el triste resultado que tuvieron los neibanos en su tentativa; pues bien, destruida aquella gavilla y puestos en evidencia todos los planes de su Corifeo, fuele preciso al Gobierno hacer uso de la fuerza armada para sacarlo de su escondite y conducirlo a la capital; allí permaneció muy poco tiempo, pues su entrada tuvo lugar el 8 de los corrientes y el 11 fue embarcado a país extraño, donde ya lo tenéis espiando sus crímenes. Debía desaparecer y en efecto desapareció: tal era el grito del pueblo.

Libres ya del traidor, puedo aseguraros en nombre del Gobierno, a quien tengo el honor de representar, que el orden público será restablecido y que la mayor tranquilidad reinará entre vosotros; y a medida que el gran Programa tome sus vías no interrumpidas, sentiréis aliviada vuestra situación con las grandes mejoras que en él nos están prometidas.

Concluyo, pues, veganos, dándoos las más expresivas gracias por vuestro noble comportamiento; vuestra leal conducta contribuirá a embellecer las páginas de nuestra historia y me enorgullece sobremanera la honra que me ha cabido en mandaros.

Seguid siempre esa misma línea que os traza el noble orgullo de buenos, valientes y fieles soldados; que nada os arredre al oír la voz de vuestro Jefe, cuando, como yo, tiene el gusto de alzarla entre vosotros y decir:

¡Viva la Religión!
¡Viva la Independencia Nacional!
¡Viva el Presidente Buenaventura Báez!

PEDRO FLORENTINO

Concepción de La Vega, 19 de enero de 1857.

Nota No. 15
Cuadro de fusilamientos A y B¹

Nota No. 16
Testimonio del señor Salomón Moreta

El declarante, Salomón Moreta, hijo natural de la señora Josefa Moreta, y del General Pedro Florentino, natural de Matayaya, Las Matas de Farfán, dice:

1.— Que tenía meses de nacido, que a penas se sentaba, cuando murió su padre;

2.— Que por lo que oyó decir en casa de su madrastra, el General Pedro Florentino era alto, trigueño oscuro, lo que llamamos indio y con el pelo completamente lacio;

3.— Que siendo ya muchacho, su hermano, el coronel José Antonio Florentino, el hijo legítimo, lo llevó a la casa de la que fue esposa del General en donde acabó de criarse. Y, siendo ya hombre, hizo que lo acompañara al Cerro de las Bóvedas, en

1. Retirados de la segunda edición (Nota de los Editores).

Las Matas de Farfán, y le mostró una sepultura diciéndole: "eres ya hombre y es bueno que sepas que aquí está enterrado nuestro padre";

4.— Que la esposa del General Pedro Florentino fue la señora Clemencia Charles, mujer alta, de color claro, de *pelo malo* y de ojos grandes;

5.— Que su madrastra referida le dijo que era de San Cristóbal;

6.— Que no firma la presente por no saber escribir.

Esta declaración la hizo el señor Salomón Moreta en el "Hotel Dominicano" a los señores: Dr. Gustavo Adolfo Mejía, Sócrates Nolasco, Licdo. J. Guiliani y Bernardo Díaz.

Barahona, 25 de marzo de 1938.

Nota No. 17

Testimonio del General Rafael Matos Falé

El declarante, General Rafael Matos (alias Falé), de esta ciudad, hace constar ante los testigos infrascritos lo siguiente:

1.— Que tiene 93 años de edad, pues nació el 15 de agosto de 1845;

2.— Que fue dragón y cuando perdió el caballo pasó a ser soldado de infantería, luchando contra España a las órdenes del General Ángel Félix subordinado del General Pedro Florentino, y que estuvo en esa campaña cuatro meses a las órdenes directas de este último (Florentino), *que no le dio ascenso*;

3.— Que comenzó a ascender en los seis años de Báez llegando a teniente y que los demás grados hasta general, los ganó en guerras civiles peleando siempre por el Gobierno;

4.— Que el General Pedro Florentino era alto de estatura, de color indio, de pelo *asentado*, muerto y de hebra macho; que era bien *plantao*, gran general, hombre entre los hombres, maneja-ba bien todas las armas, y *en pegándose uno a la espada con él era víctima*;

5.— Que cuando estaba en la campaña oyó decir que al salir Florentino de un baile en un campo de Las Matas de Farfán lo

desafió el General Timoteo Ogando, que era muy hombre; que Florentino no quería batirse pero que al fin se batieron, y que Florentino lo *presinó* (persignó) con tres puntazos, uno de ellos en la barbilla del cual le duró la cicatriz; que además le cortó el cinturón *maneándose* Timoteo con los pantalones y lo desarmó mientras le decía: *Convéncete que tú no eres hombre para pelear conmigo*; que entonces el General Ogando le dijo con ira: *Mátame, carajo*, y Florentino contestó: *¡Nooo! A hombres como tú no los mato yo*. Y agregó con una voz grande: *Pero convéncete, aquí no hay hombre que pelee conmigo*. Pero si le pide perdón, lo mata. No le gustaban los pendejos.

6.— Que durante los meses que estuvo con el General Florentino éste no tomaba tragos sino *de casualidad*; es decir, bebía pero no se emborrachaba;

7.— Que oyó decir que el General Santana se envenenó por no haber podido pacificarle el país a España.

Testigos:

Dr. Gustavo Adolfo Mejía, Enriquillo Mota, General B. Vásquez, Eladio Romero Matos, General Ml. Pérez Fernández.

Barahona, 26 de marzo de 1938.

Nota No. 18
Testimonio del señor Rosendo Prevost

El señor Sócrates Nolasco, acompañado del Dr. Luis Ernesto Florentino, visitó a la familia de Don Rosendo Prevost, o Prebó, en San Juan de la Maguana. Fueron recibidos por Doña Agustina Prevost, hija del dicho Don Rosendo, y por la joven Doña Josefa Prevost, nieta del mismo señor. Ambas señoras acogieron al Dr. Luis Ernesto Florentino con efusión familiar; pero al explicarle a la primera que deseábamos datos para el Instituto de Investigaciones Históricas sobre el General Pedro Florentino, negó en redondo que tengan ella y los familiares parentesco con dicho General. Sócrates Nolasco le suplicó entonces que les

permitiera ver a Don Rosendo, padre de doña Agustina, quien estaba en cama y es ciego y torpe de oídos. Ratificada la súplica por el Dr. Luis Ernesto Florentino, los visitantes fueron introducidos al aposento donde estaba el señor Prevost. Cuando el anciano se dio cuenta de que el Dr. Luis Ernesto Florentino le hablaba le tomó una mano y, con emoción notoria y paternal cariño, lo palpaba diciéndole: Nestín... Nestín...

Don Rosendo Prevost, o Prebó, es blanco, y tiene completa lucidez mental. Manifestó tener noventa y seis años, que su madre casóse en segundas nupcias con el General Eusebio Puello, de quien él guarda filial memoria. Sócrates Nolasco insinuó las preguntas siguientes al Dr. Luis Ernesto Florentino y éste interrogó al anciano.

P.— ¿Cómo se llamaba la esposa de usted?

R.— Carmen Florentino *Silví*, la hermana de tu abuelo José Antonio... *Patoño*. ¿Tú no lo sabes?

P.— ¿Qué parentesco tenemos con el General Pedro Florentino?

R.— ¡Con Pedro Florentino! ¿El malo ese que me mandó preso a Santiago y quiso matar a mi padre,¹ y por el que tuvimos que irnos a Cuba? ¡Ningún parentesco!

P.— ¿Cómo era ése, el General Pedro Florentino?

R.— Era alto. Alto, de color indio y de pelo muerto.

P.— ¿De dónde era?

R.— De Las Matas.

P.— ¿Cómo se llamaba la madre de la esposa de usted.

R.— Clemencia. Clemencia Charles.

P.— Se casó ella en San Cristóbal, con mi bisabuelo.

R.— No. Vino de Baní. Ella era de Baní y se casaron en Las Matas. Entonces Las Matas era Las Matas. Algunas de las familias que tuvieron que salir de Hinchá se establecieron allí y adquirió importancia: más que San Juan.

P.— ¿Cómo era ella?

R.— Alta. Era alta, de ojos grandes y color *grifo*. Ella era *grifa*, y muy "beata".

P.— ¿Cuántos hijos tuvieron?

R.— Dos, no más. Carmen, mi difunta esposa, y tu abuelo.

P.— ¿Y cómo se llamaba el padre de ellos?

1. Se refiere al general Eusebio Cuello.

R.— Pedro Florentino *Silví*. Le decían *Silví* porque lo adoptó Madama *Silví*.

P.— ¿De dónde era él?

R.— De Las Matas.

P.— ¿Y cómo era él?

R.— Era alto de estatura, bien parado, indio. De color indio y de pelo muerto (La joven nieta de Don Rosendo se mueve en su asiento murmurando: *era el mismo... Era el mismo...*)

P.— ¿En dónde está enterrado?

R.— En el Cerro de las Bóvedas, en Las Matas.

P.— ¿Y por qué lo enterraron ahí y no en el cementerio?

R.— Porque fue Capitán de artillería, cuando la Independencia.

P.— ¿Cuándo se casó con la hermana de *Patoño*?

R.— En 1867, después que regresé de Cuba.²

San Juan, 28 de marzo de 1938.

DR. LUIS ERNESTO FLORENTINO

SÓCRATES NOLASCO.

Nota No. 19

Testimonio del señor Telésforo Cuevas

El Señor Telésforo Cuevas (a) Teyeye, Zacatecas de San Juan, cuando la batalla de Santomé, siendo muchacho, evitó el General Santiago Suero que tomara parte en la batalla de Santomé, y lo dedicaron al transporte de pertrechos para la misma batalla. Conoció bien al General Florentino, quien residía en una casa de San Juan, cuyo solar ocupa actualmente la casa ocupada por la sucesión de Julio Suero. La casa del

2. Las respuestas del venerable anciano, Don Rosendo Prevost, establecen un dualismo: Pedro Florentino *el malo* se duplica en Pedro Florentino *Silví*, *el bueno*. El grado de Capitán de artillería, ganado por Pedro Florentino, *el malo*, combatiendo a las órdenes del ilustre General Antonio Duvergé y el grado de General de División ganado en Sabanalarga y Jácuba, evitan que *el bueno* despoje al *malo*. El sepulcro de El Cerro de las Bóvedas reintegra y funde a los dos en uno, eterno, y, a pesar de antiguos y tesoneros presentimientos, acaso descansa en paz.

General Florentino fue quemada cuando entraron las tropas españolas a San Juan. Declaró que el General Florentino tenía un alambique en San Juan y que el negocio no le dio buen resultado; que vivía de la propiedad que tenía en "Hato del Padre". Dijo que el General Florentino no era *ni blanco ni prieto*: indio quemado; no tenía el pelo malo, de estatura alta. Dijo que oyó decir que Florentino fue residente en Hincha, y que los crímenes cometidos por el General Florentino fueron efectuados después de las derrotas sufridas en la campaña. Con Florentino estaba Juan Rosa¹ y un general de apellido Campusano.

Certificamos haber sido testigos de esta declaración que no firma el señor Telésforo Cuevas² por no saber escribir.

San Juan, marzo 2 de 1938.

Otilio Méndez A.

Sócrates Nolasco

Nota No. 20

Testimonio de Doña María Josefa Sánchez Vda. Mesa

Doña María Josefa Sánchez y Herrera, viuda Mesa, nació el 30 de octubre de 1852. Ella declara:

Conocí al General Pedro Florentino, quien era amigo de mi padre Ramón Sánchez. Era de color indio, y tenía el *bigote bueno*. En los días que antecedieron a la guerra de la Restauración tenía alrededor de cincuenta y cinco años. Residía en esta población en una casa cuyo solar es ahora propiedad de la sucesión de Julio Suero. Tenía un alambique. Vivía maritalmente con María Pérez, con quien no tuvo hijos (ésta era estéril y después fue mujer de Timoteo Ogando).

El General Pedro Florentino tuvo una hermana: Juana Florentino. No creo que él fuera, de ningún modo, de San

1. Juan Rosa Arache.

2. El anciano Cuevas es hijo de un soldado del General Santiago Suero y actualmente desempeña el oficio de sepulturero y guardián del cementerio de San Juan.

Cristóbal. Creo que era de Las Matas de Farfán, o acaso de Hincha, de donde salieron muchas familias dominicanas cuando “la retirada de Hincha”, lugar que abandonaron los González (de Ignacio María González), la familia del General Pedro Santana, los Luna, Don Pablo Lajara, Don Pedro Valverde (que acaso fuera de la misma familia de Santiago de los Caballeros), los Hernández, que se fueron al Seybo, etc., etc.

Pedro Florentino era hombre de calma, comedido al hablar, y sociable. Era gran masón, grado 33; y María Pérez, después de él muerto, consiguió por la influencia de sus papeles más de una vez ayuda en Haití.

“Compañero: el cargo de agente de policía, y el de capitán de partido (jefe pedáneo) no los acepta ninguna persona que se tenga en algo” —díjole en mi presencia a un aspirante a esos cargos.

Recuerdo que otra vez le dijo a mi padre: *“Compañero: al enemigo darle cargo...”* queriendo significar que el mando o los cargos públicos suscitan críticas y enemistades.

Hizo matar a mucha gente en la retirada, después de las derrotas.

Es de todo modo cierto, que era masón, grado 33.
San Juan, 29 de marzo de 1938.

(Firmada) MARÍA JOSEFA SÁNCHEZ VIUDA MESA¹.

1. Después de firmada la declaración que antecede, la declarante agregó:

1.—Que al general Pedro Florentino le gustaba vestir con pulcritud y habitualmente de blanco;

2.—Que tenía una hija, natural de Neyba, llamada Silveria y que ignora qué fue de esa hija y de Juana Florentino después de la derrota y muerte del general;

3.—Que el general tenía fama de ser gran machetero y espadachín, aunque después no faltaba quien dijera que no era valiente;

4.—Que cuando él dejó a San Juan y cuando ocuparon esta población fuerzas españolas fusiló, o hizo fusilar, a numerosos prisioneros, entre los cuales había un neybero por cuyo rescate enviaron dinero. Pedro Florentino tomó el dinero y ordenó, sin embargo, que fusilaran al prisionero así como a los demás, en La Urca, lugar que dista dos o tres kilómetros de San Juan;

5.—Que antes de la guerra de la Restauración, en décimas populares elogiaban al General Pedro Florentino, de las cuales recuerda sólo los fragmentos siguientes:

Cantemos a Florentino
Que es un hombre machetero,
Y de mucha facultá.

Nota No. 21
Testimonio del señor J. M. G. Bidó

Barahona, abril 4, 1938.

Señor Don
Sócrates Nolasco,
Ciudad Trujillo, D.S.D.

Mi estimado amigo:

Me complazco esta vez en reiterarle por escrito lo que ya en su último viaje a esta ciudad le dije verbalmente, relativo a los informes que el memorialista Don José Canó (q. e. p. d.) y quien parece que, como Ud. y yo, juzgaba con imparcialidad al General Pedro Florentino, que entre otros rasgos que enaltecen a aquella figura histórica, culminan tres que pueden servir de fiel a la balanza de la crítica:

1° que era un perfecto maestro de esgrima;

2° que en ocasión de avisarle un fiel amigo suyo que en aquellos momentos estaba en el pueblo en que residía, el homicida que ya le había matado un hijo al que llamaban *Santodomingo*¹ y a quien quería entrañablemente Florentino,

1. El historiador Don J. G. García señala simplemente el hecho y dice que ocurrió en Barahona. El semanario *La Acusación* (fundado el 20 de noviembre de 1856) en uno de sus ataques al ex-presidente P. Santana, acusa a éste "de ser el hombre sobre quien la Nación hacía gravitar los asesinatos cometidos con alevosía en las cercanías de Barahona" en abril de 1855. Otro dato, tomado por el Licdo. E. Rodríguez Demorizi de un periódico de 1856 y escrito por Don Félix M. Del Monte contra Santana, concreta más: "El Capitán *Santodomingo*, hijo del General Pedro Florentino, joven que tanto se había distinguido en las guerras de la Independencia, fue asesinado cobardemente, de espaldas en su conuco, por partidarios de Santana, a quien se atribuye el crimen". El matador del Capitán *Santodomingo*, afirmaba el restaurador Gregorio Félix, fue el Coronel Cabuya, primo del General Ángel Félix y familiar del mismo Gregorio Félix que sirvió a sus órdenes durante la Restauración y que era miembro de la misma familia. A otras personas he oído decir que Cabuya dio muerte al hijo del General Florentino, y que éste era tan desnaturalizado que después de eso lo tuvo junto a él en la guerra contra España.

El Coronel Cabuya se llamaba Manuel Félix, era de color claro y de cabello rojizo, un *grifo*, o *jabado*.

éste le dijo: —¿y qué quieres con ese hombre? A lo que contestó el otro: —¿Y Ud. no va a vengar la muerte de su hijo? Pongámosle una emboscada, pues nunca habrá ocasión más propicia para la venganza. Contestándole Florentino: *Deja ese hombre, que nosotros lo necesitamos;*

3° que fueron muchos los dominicanos que le ofrecieron ayuda para el movimiento restaurador y quienes luego se lo negaron para servir en las filas españolas.

El Sr. Canó, de 12 años, cuando vino acompañando al Padre Meriño (Fernando Arturo), cuando éste asistió el curato de Neyba, estuvo minuciosamente familiarizado con cuanto política y civilmente se relacionaba con la entonces Provincia de Azua.

Perdone mi demora, y con deseos de que su recorrida por San Juan le haya resultado satisfactoria, quedo como siempre su atento amigo y servidor,

(Firmado) J. M. G. BIDÓ

Nota No. 22

Testimonio del señor San Julián Despradel.

El General Pedro Florentino fue Gobernador de La Vega después de consumada la Independencia. No he podido averiguar la fecha. San Julián Despradel lo conoció, y me ha manifestado que Florentino era uno de los mejores gobernadores que ha tenido esta provincia. Como muchas veces me lo repite el viejo San Julián (ya centenario él no se explica cómo la historia dice que el General Florentino fue un hombre malo, pues aquí en La Vega fue una autoridad respetuosa, bondadosa y justiciera.

San Julián, para demostrarme la bondad de carácter del General Florentino, me ha relatado esta anécdota:

“Cuando Florentino era Gobernador, vivía aquí en La Vega un vejito del Seybo a quien llamaban el Vale Patricio, pequeño

de estatura pero un magnífico jugador del sable. Florentino iba de vez en cuando a la gallera y el Vale Patricio era un gallero empedernido y voceaba escandalosamente cuando su gallo iba ganando. Un día, el Gobernador Florentino, ya molesto por el escándalo de Vale Patricio, le llamó la atención diciéndole: "Mire, *hombrecito* cállese, no sea tan escandaloso"... Ante esta reprensión de Florentino, el Vale Patricio, indignado y en actitud desafiante, le dijo a Florentino: "Mire, General, Ud. me puede mandar a callar a mí como gobernador; pero no como hombre". Y entonces Florentino, cuando todos los asistentes a la gallera esperaban que él castigara al pequeño Vale Patricio, se acercó a tan altivo seybano y echándole una mano sobre uno de los hombros le dijo: "Me gustan los hombres como Ud., Vale Patricio, que saben siempre defender sus derechos".

El General Florentino tenía una estancita aquí en La Vega, en las inmediaciones del pueblo, hacia el suroeste, detrás de la Laguna que después llamaron de Don Zoilo, en donde, muchos años después, estableció Don Juan Ramón Sánchez su aserradero. Florentino llamaba esta estancia, la cual se encontraba en el sitio de Joya Cativa, "*Mi retiro*", y todos los sábados o los domingos después de celebrada la revista de los alcaldes y de los cívicos, se despedía de sus amigos diciéndoles: "¡Me voy para mi retiro!" Los lunes, temprano, estaba de regreso en el pueblo.

LICDO. GUIDO DESPRADEL BATISTA.

Nota No. 23
Oficios del Archivo Nacional

MINISTERIO DE LA GUERRA
Sección de Guerra
Copiador de oficios No. 2

No. 1414
A Felipe Vásquez, Jefe Superior
Político de la Vega.

Sr. Gr.: Su grata del 20 de enero No.18 dirigida al Señor Presidente de la República acompañada de 3 proposiciones de ascensos para plazas vacantes en la común de Macorís los q. han sido despachados y le remito adjunto— el de Alférez Y (o J. R. Florentino, creo deberá tener su despacho en razón de ser oficial retirado, por cuya razón no se le remite.

Dios g. &.

Mayo 12-1847

No. 1582
Al Cte. Pedro Florentino, Cte.
de Armas de Las Matas de Farfán.

Señor: Su nota oficial del 3 del corriente, está en mi poder y quedo enterado de su exposición, relativa a utensilios de Bufete. Ocurrirá a la Administración de Azua..... (siguen frases borradas por causa de humedad).

Dios guarde a V. &

Junio

He hecho remitir a Azua, para que V. los mande procurar, estos equipos destinados a la guarnición de esa plaza a saber.

100 Casacas.
 100 Cartucheras.
 100 Bericuces.
 100 Morriones.

Dios g. &

*Primera Administración del Presidente B. Báez
 (1849 a 1858)*

*MINISTERIO DE LA GUERRA¹
 Sección de Guerra*

Circular No .658
 A los Gefes de Fronteras,
 P. E. Pelletier y Pedro Florentino.

Set. 12 de 1850.

Srs.: Pongo en su conocimiento que en fecha 10 del cte. día de júbilo *pa.* los habitantes de esta capital tuvo lugar el canje de las ratificaciones del tratado de Su Magestad B. con la República Dominicana. También participo a V. *pa* su inteligencia que el Sr. Cónsul Inglés establecido en esta ciudad acaba de hacernos una notificación oficial asegurando q. el *Gob.* haitiano no ha querido aceptar la mediación bajo las bases que se han propuesto; el de la Gran Bretaña también se infiere que Soulouque prepara una expedición *pa.* invadirnos en el mes de noviembre del cte. año. El Sr. Cónsul Francés nada nos ha comunicado sobre estos particulares por no haber recibido su respectiva comunicación.

En consecuencia y como quiera que esta inferencia puede llevarse a efecto, V. se serv^{a.}, redoblar su celo, vigilancia y actividad en puntos fronterizos que le están confiados a fin de evitar toda sorpresa tomando prudencia y patriotismo, es de-

1. Hay una laguna en los copiadore de oficio. Salta hasta agosto de 1850.

cir, ponerse en estado de defensa para que cuando llegue el caso pueda rechazar y escarmentar al enemigo.

Las circunstancias actuales ecsigen activar su correspond- más a menudo y cuanto le sea posible con este Minist° a fin de que el Gob° esté al corte de las operaciones de esa línea y pueda tomar las medidas que sean necesarias.

— O —

16 de Set. 1850

No. 663

Al Gefe de las Fronteras del Sur.

Se nota ofl. *fha* 8 del cte. por la que hace saber que los haitianos no han cesado sus marotas sobre territorio Dominicano a pesar del armisticio q. le fue comunicado a V. y en su contestación le diré que en esta misma fecha he puesto en conct° de los Srs. Cónsules por el órgano del Sr. Ministro de Rs. Exts. la falta de cumplimiento de parte de Haití a lo convenido en dih: armisticio.

En esta virtud yo le ordeno a V. no solamente la mayor vigilancia si no lo ques más estar en todo a recíproca— quiero decirle que de parte de V. no deberá provocar ningún acto hostil, pero si ellos presentándose sobre el territorio Dominicano lo hicieren V. no deberá escucharle y sí hacer cuanto esté de su parte por apresar o matar a todo Haitiano que en esta forma se presente sobre el suelo Dominicano...

MINISTERIO DE LA GUERRA

Sección de Guerra

No. 98

Al General de Brigada Pedro Florentino.

Al recibir la presente y por los fines que convenga sírvase vd. presentarse a este Ministerio lo más pronto posible.

Dios g. &

15 de mayo de 1854

No. 163

Al Cte. de Armas de San Juan.

Las repetidas quejas que este Ministerio tiene recibidas del Gefe de Fronteras del Sur (Stgo. Suero) relativas a que sin cesar pide a esa Comandancia de Armas la guarnición que debe ir al cuartel Gral. de Las Matas y que no se lleva a efecto su nuevo envío y que los que llegan (militares) a penas duran diez días, porque todos desertan, me ponen en el caso de prevenirle que si en lo sucesivo no toma Vd. las correspondientes medidas para hacer marchar al cantón en su oportunidad, a los militares que según las órdenes comunicadas han de hacer un tiempo la guarnición de aquellos puntos, me veré en la necesidad de tomar aquellas medidas que requieren las circunstancias, haciendo a V. personalmente responsable de la más ligera falta en el cumplimiento de su deber...

— O —

Mayo 16 -1854²

No. 165

Al Jefe de las Fronteras del Sur

(S. S.)

(Los primeros párrafos del oficio que subsigue tratan de desertores. Hay otros que dicen):

“Con respecto a la segunda nota y en lo relativo a la res que por equivocación mataron, de la pertenencia del General Florentino, quedo impuesto, y se tendrá presente para los fines que convengan; pero refiriéndome a las marotas de que V. da

2. De los oficios que siguen se deduce que la ausencia de Pedro Florentino, del cargo de Jefe de Fronteras, se hace sentir. Desertan los militares de modo alarmante. Se describe a Baní, a San Cristóbal, etc., sobre los desertores que han vuelto a esos lugares.

parte, me es sensible, Señor Coronel, tener que hacerle presente algunas observaciones para que conozca V. la necesidad de impedir las por todas las vías que fuere posible.

“No es de hoy q. este Mri^o tiene comunicadas órdenes muy estrictas para prohibir que nuestros soldados se internen a hacer daño en el territorio enemigo y no obstante que las ha reiterado multitud de veces, todavía no ha sido posible llenar el objeto del Gobierno; por consiguiente, y siendo V. el único responsable de cualquiera resultado que se experimente por ese lado, debe esforzarse en hacer cumplir las órdenes que transmite, porque de lo contrario los cargos recaerían sobre Vd. y este Ministerio lo vería con pena.”

— O —

LIBRO 4
Sección de Guerra
Año 1855

Oct. 16 1854

Se nombra al Coronel E. Puello *Comte.* de Armas de la común de San Juan. Se le encarga reemplazar interinamente al Coronel Santiago Suero, como Jefe de Fronteras por haber sido éste llamado a la Capital.....

— O —

Enero 2 - 1856

Nota. —Después de la batalla de Santomé los haitianos que quedan dispersos en los montes “son buscados por nuestra gente y cazados como *las palomas en galindo*” (textual y subrayado en el original) comunica Abad Alfau a su hermano Felipe Alfau que estaba en Misión Especial en Santiago.

— O —

Enero 28, 1856

No. 86
 Al Gr. libertador.
 Azua.

Se le avisa que, según parte de J. L. Bidó, el 24 se había dado la acción de Sabanalarga hasta la Sabana de Dajabón... El Combate duró desde las 7 1/2 hasta las 4 de la tarde.

— O —

LIBRO DE ASIENTOS
Sección de Guerra

11 de octubre de 1856

No. 5
 Al Gral. Pedro Florentino,
 Cte. de Armas de Sn. Frco de Macorís.

—Se le ordena encargar de la Cía. de Armas de la Común al oficial de más confianza y pasar inmediatamente a La Vega en la calidad de Agente del Gobierno, para visitar esa provincia y examinar el estado de cosas actual.

Si vd. creyere necesaria su permanencia allí, desempeñará las funciones de Gefe Supr. Político y Cte. de Armas; en caso contrario, es decir, en el de que el orden público, que Vd. se esforzará en conservar si existe, o en restablecer si hubiere existido alteración, continúa sin... (en blanco) motivo de aprehensión, podrá Vd. volver a su destino, con tal de que lo juzgue conveniente a la causa pública.

No olvide Vd., que el Gobierno que le da actualmente pruebas tan inequívocas de confianza, espera de su celo, actividad y perspicacia que su proceder la afianzará más y más en ella.

Dios G. &
30 de oct.

— O —

No. 69
Al mismo.

—Queda impuesto este Ministerio de sus coms del 22, 24 y 25 del que rige y aceptado todas las medidas que haga Vd. tomar o esté tomando para la organización del servicio y seguridad pública en ese lugar.....

Dios g. &

No. 85
Al Sr. Gral. de División
Salcedo.

—Pongo en su conocimiento que en esta fecha por resolución del Gobierno queda Vd. *integrado* en su grado de General de División gozando de su sueldo como tal. Se le han librado órdenes al Admtdr. de Hacienda de La Vega poniéndolo al cte. de lo dispuesto para los fines convenientes.

Dios G. &

— O —

LIBRO DE ASIENTOS
Sección de Guerra

12 de Nobre. 1856

No. 5
Al Gob. Polit. de La Vega (P. F.).

15 de mayo de 1854

No. 163

Al Cte. de Armas de San Juan.

Las repetidas quejas que este Ministerio tiene recibidas del Gefe de Fronteras del Sur (Stgo. Suero) relativas a que sin cesar pide a esa Comandancia de Armas la guarnición que debe ir al cuartel Gral. de Las Matas y que no se lleva a efecto su nuevo envío y que los que llegan (militares) a penas duran diez días, porque todos desertan, me ponen en el caso de prevenirle que si en lo sucesivo no toma Vd. las correspondientes medidas para hacer marchar al cantón en su oportunidad, a los militares que según las órdenes comunicadas han de hacer un tiempo la guarnición de aquellos puntos, me veré en la necesidad de tomar aquellas medidas que requieren las circunstancias, haciendo a V. personalmente responsable de la más ligera falta en el cumplimiento de su deber...

— O —

Mayo 16 -1854²

No. 165

Al Jefe de las Fronteras del Sur

(S. S.)

(Los primeros párrafos del oficio que subsigue tratan de desertores. Hay otros que dicen):

“Con respecto a la segunda nota y en lo relativo a la res que por equivocación mataron, de la pertenencia del General Florentino, quedo impuesto, y se tendrá presente para los fines que convengan; pero refiriéndome a las marotas de que V. da

2. De los oficios que siguen se deduce que la ausencia de Pedro Florentino, del cargo de Jefe de Fronteras, se hace sentir. Desertan los militares de modo alarmante. Se describe a Baní, a San Cristóbal, etc., sobre los desertores que han vuelto a esos lugares.

parte, me es sensible, Señor Coronel, tener que hacerle presente algunas observaciones para que conozca V. la necesidad de impedir las por todas las vías que fuere posible.

“No es de hoy q. este Mri^o tiene comunicadas órdenes muy estrictas para prohibir que nuestros soldados se internen a hacer daño en el territorio enemigo y no obstante que las ha reiterado multitud de veces, todavía no ha sido posible llenar el objeto del Gobierno; por consiguiente, y siendo V. el único responsable de cualquiera resultado que se experimente por ese lado, debe esforzarse en hacer cumplir las órdenes que transmitiere, porque de lo contrario los cargos recaerían sobre Vd. y este Ministerio lo vería con pena.”

— O —

LIBRO 4
Sección de Guerra
Año 1855

Oct. 16 1854

Se nombra al Coronel E. Puello *Comte.* de Armas de la común de San Juan. Se le encarga reemplazar interinamente al Coronel Santiago Suero, como Jefe de Fronteras por haber sido éste llamado a la Capital.....

— O —

Enero 2 - 1856

Nota. —Después de la batalla de Santomé los haitianos que quedan dispersos en los montes “son buscados por nuestra gente y cazados como *las palomas en galindo*” (textual y subrayado en el original) comunica Abad Alfau a su hermano Felipe Alfau que estaba en Misión Especial en Santiago.

— O —

Enero 28, 1856

No. 86
 Al Gr. libertador.
 Azua.

Se le avisa que, según parte de J. L. Bidó, el 24 se había dado la acción de Sabanalarga hasta la Sabana de Dajabón... El Combate duró desde las 7 1/2 hasta las 4 de la tarde.

— O —

LIBRO DE ASIENTOS
Sección de Guerra

11 de octubre de 1856

No. 5
 Al Gral. Pedro Florentino,
 Cte. de Armas de Sn. Frco de Macorís.

—Se le ordena encargarse de la Cía. de Armas de la Común al oficial de más confianza y pasar inmediatamente a La Vega en la calidad de Agente del Gobierno, para visitar esa provincia y examinar el estado de cosas actual.

Si vd. creyere necesaria su permanencia allí, desempeñará las funciones de Gefe Supr. Político y Cte. de Armas; en caso contrario, es decir, en el de que el orden público, que Vd. se esforzará en conservar si existe, o en restablecer si hubiere existido alteración, continúa sin... (en blanco) motivo de aprehensión, podrá Vd. volver a su destino, con tal de que lo juzgue conveniente a la causa pública.

No olvide Vd., que el Gobierno que le da actualmente pruebas tan inequívocas de confianza, espera de su celo, actividad y perspicacia que su proceder la afianzará más y más en ella.

Dios G. &
30 de oct.

— O —

No. 69
Al mismo.

—Queda impuesto este Ministerio de sus coms del 22, 24 y 25 del que rige y aceptado todas las medidas que haga Vd. tomar o esté tomando para la organización del servicio y seguridad pública en ese lugar.....

Dios g. &

No. 85
Al Sr. Gral. de División
Salcedo.

—Pongo en su conocimiento que en esta fecha por resolución del Gobierno queda Vd. *integrado* en su grado de General de División gozando de su sueldo como tal. Se le han librado órdenes al Admtdr. de Hacienda de La Vega poniéndolo al cte. de lo dispuesto para los fines convenientes.

Dios G. &

— O —

LIBRO DE ASIENTOS
Sección de Guerra

12 de Nobre. 1856

No. 5
Al Gob. Polit. de La Vega (P. F.).

Reposa en mi poder su comunicación de fecha, (...) de los ctes. y en su contestación diré a Vd. que el Gob. aprueba las medidas que Vd. halla tomado y que siga tomando para realizar el orden y organización de ese lugar; pareciéndome muy conveniente para este objeto, me envíe una nota circunstanciada de las promociones que crea Vd. deban hacerse bien en lo civil bien en lo militar, en lugar bien encomendado.

Dios Guarde &

— O —

Nov. 25

No. 137
Al mismo.

Se le concede el permiso solicitado, por comunicación No. 36 del 19 cts., para pasar a Stº Domingo, "nombrando en reemplazo al oficial que le merezca su confianza".

—O—

No. 182
Al General P. Florentino,
en la Capital.

16 de dicbre. 1856

Adjunto le remito tres despachos de ascensos para que los dirija a su título también encontrará un oficio para el General de División Fco. A. Salcedo al que colocará en la Comandancia de Armas de la Común de Moca si lo juzgare conveniente.

En conformidad en sus instrucciones Ud. queda autorizado igualmente para plazar en la comandancia y a la cabeza del

batallón Militar de la Común de San Francisco de Macorís a los Gefes que merezcan su confianza y juzgue combeniente; así como procederá a la brevedad posible a la reparación de los cuarteles y Comandancias de Armas de esa Provincia formando presupuesto.

Dios G. &

— O —

LIBRO DE ASIENTOS
Sección de Guerra

16 de diciembre de 1856

No. 183

Sor. General J. A. Salcedo.

El General Pedro Florentino tiene órdenes de colocar a Vd. en la Comandancia de Armas de la Común de Moca. El gobierno espera de su *leadtar* y patriotismo desempeñe el Puesto que se le confía con toda la *adtividad* y buena fe que lo caracterizan.

Dios G. &

— O —

Al Gefe Político y Comte. de Armada
de La Vega (P.F.).

Se le pide que dé informes de su llegada y medidas tomadas en esa Común relativas a la Guerra.

Dios g. &

— O —

28 de diciembre de 1856

No. 222

Al Gob. Pol. de La Vega (P. F.).

La enfermedad del Ministro del Interior y lo apremiante de las circunstancias me ponen en el caso de oficiarle en obsequio de la prontitud que requieren las circunstancias.

Acaba de denunciarse al Gobierno una conspiración en Santiago que debe tener lugar en la revista del día primero o más tarde el día cuatro. Ponga Vd. inmediatamente toda la tropa sobre las armas lo mismo que la guardia cívica: ordene que el General "Francisco" Salcedo se instale como Comandante de Armas de Moca, en caso de que no lo esté aún y que ponga sobre las armas todo hombre apto para ello desde quince hasta sesenta años.

Sin pérdida de tiempo por Santiago envíe Vd. las mismas terminantes órdenes a Pto. Plata a fin de que el General Contreras se aperciba (a) a tiempo y tome las mismas medidas que Vd.

Vd. tiene las más amplias facultades, pues S. E. el Presidente de la República está desde hoy en ejercicio de la dictadura y la ley marcial está en vigor.

Vd. *curcibe* que tanta suma de autoridad de parte del Ejército es delegable a sus gentes en épocas anormales. Obre Vd. con el tino que le es propio y sofoque a todo trance la decisión, (¿escisión?) haciendo triunfar el orden legal persuadido de que la cuestión es para nosotros de vida o muerte: —no hay término medio. Vd. avisará cualquiera novedad que ocurra.

Dios G. &

— O —

Enero 7-1857

No. 9

Al Cte. de Arms. de la Vega.

(Recuérdese q. P. F. es Jefe Pol.
y Cte. de Arms. Es decir Gob. Civil y Militar).

—Se le contestan coms. No.112, 113 y 1º (de dic. 27 y de enero). Se le faculta para que provisionalmente pueda *plazar* al Ayudante Tomás Ramón Castillo adjunto a esa Comand., conforme indica (Florentino). Se le dice que, de las medidas tomada por él, “quedo plenamente satisfecho”. “El Presidente de la República me autoriza decirle que congratula las medidas tomadas por Vd. en la provincia a su mando”; que le escribirá personalmente. (Se le informa de la medida tomada por el Gobierno respecto al General P. Santana, enviado a buscar con el General J. M. Cabral a la cabeza de 200 hombres de a caballo. Se le avisa de envío de fondos), etc.

— O —

9 de enero -1857

No. 19
Al mismo.

Se le informa que el General Santana ha llegado a la capital bajo arresto. Se le avisa q. el brote revolucionario de Neyba fue sofocado. Se le ordena la remisión bajo arresto de dos individuos.

— O —

Enero 12-1857

No. 25
Al mismo.

En esta comunicación se le avisa de la expulsión del Ex-Pte. Santana etc., de que la ley marcial permanece en vigor; se le

dice que deja a sus atribuciones la formación del expte. al General Mejías privándolo mientras tanto de la ocupación del puesto y dejándolo en el cuartel hasta segunda orden.

— O —

16 de marzo

No. 107

En esta comn. se le dice que el Gral. Salcedo pide ser reemplazado del cargo de Cte. de Moca. Pregúntanle qué hay de particular.

— O —

LIBRO DE ASIENTOS
Sección de Guerra

6 de abril

Al Cte. de La Vega. (P.F.).

Se le ordena notificar al Pbro. Moya para que se presente a Santo Dgo., darle ayuda al Pbro. Manuel Polet que ocupe el curato de La Vega, etc.

— O —

7 de abril de 1857

No. 148

Al mismo.

Se le habla de expedir los nombramientos que él indica y se le autoriza a efectuar un viaje encargando del puesto a personas de confianza.

— O —

15 de abril de 1857

No.160

Al mismo.

Se habla de la sumisión del Pbro. Moya a la ordenanza. Se le pide entregar cartas con acuse de recibo al Pbro. Rafael Valencia, Leyba, etc.

— O —

No. 168

Al mismo.

20 de abril de 1857

En esta fecha he comunicado orden terminante al Cte. de Armas de la común de Santiago para que remita a esta ciudad a los Señores Macario Lora y Benigno de Rojas dando al primero 24 horas para cumplir la disposición y al segundo 48 horas; y en el caso de que en el tiempo fijado a ambos para verificar su salida no lo hubieran hecho los envíe bajo seguro arresto. También le aviso que el ministro de Justicia ordena en esa fecha al Fiscal del Tribunal de aquella común, proceda a la Instrucción sumaria de la causa que aparece contra los mencionados individuos.

Todo lo que pongo a su conocimiento para que vigile por el cumplimiento de esas obligaciones y me dé cuenta de las causas que lo impidan, etc.

— O —

Sección de Guerra
Copiador de Oficios
4 de mayo

No. 210
Al Gob. Político de La Vega (P.F.).

Acuse de recibo...

“Los Señores Macario y Rojas han llegado a ésta; aún no lo ha hecho el Gral. Mejía”.

— O —

No. 217
Al mismo.

Se le envían tres despachos de ascensos para inds. de la común.

— O —

18 de mayo

No. 222
Al mismo.

(Se le da aviso de un sobresueldo, para él de \$50. fuertes).

— O —

25 de mayo 1857

No. 253

En esta fecha ordeno al Gob. Político y al Cte. de Armas de Santiago para que de común acuerdo provean la Provincia a mando de Vd. de los pertrechos y armamentos de Guerra indispensables para tener esos lugares en el más alto grado de apresto militar. Hallo por conveniente que pase Vd. a Santiago y escoja a satisfacción los pertrechos a propósitos para defender en un caso dado, la Provincia que el Gob. ha puesto bajo su mando. No olvidándose en el escogimiento de las piezas de artillería, que las preferibles para esos lugares son las de campaña.

Dios Guarde &

— O —

25 de mayo 1857

No. 254

Al Cte. de Armas, Santiago.

En extensa comn. se le instruye de varios asuntos...

“Se le ordena enviar de esa a La Vega todos los fusiles, piezas de campañas, cajas de municiones, balas y potes de metralas, que el General Florentino indique a Vd.”, etc. Se le ordena ponerse “de acuerdo con el General Florentino, que deberá pasar a esa”, etc.

— O —

No. 270
Al Gob. Pol. de La Vega (P.F.).

1ro. de junio

Se le recomienda vigilancia sobre las costas de Jamao, etc.

LIBRO COPIADOR DE OFICIOS

Sección de Guerra

Año 1857

10 de julio

No. 409
Al Gral. Pedro Florentino.
La Vega.

Adjunto remito a Vd. el Decreto que pone la ciudad de Santiago en estado de sitio. El Pte. de la República me encarga participarle que él está plenamente autorizado por el Senado para tomar cuantas medidas crea conveniente para el país durante el receso del Cuerpo Legislativo, y en virtud de ellas queda Ud. facultado tan altamente como se necesite para obrar militar, política y económicamente, hasta pacificar la común insurrecta. Así, pues, Vd. movilizará el Ejército y la Guardia Cívica, dará órdenes, proclamas, dictará medidas y hará en fin cuanto puede un Gefe de Operaciones investido de los omnímodos poderes de un Gobierno.

Cuide Vd. de mantener la comunicación con los Gefes fieles de las comunes y puestos vecinos a Santiago, de ponerse en relación con el Gral. Juan Contreras, y cuide también de que sean frecuentes los partes que Vd. dé a este Ministerio, pues aquí se hacen movilizaciones de tropas y se toman medidas conducentes a restablecer el orden.³

Dios Guarde &

3. No se vuelve a hablar de Florentino en los asientos del libro Sección de Guerra, etc. nueva presidencia de Santana

Nota No. 24
Extractos del Libro 4.— Registro de Actas, —Gobierno
Provisorio.— 1863¹

Día 26 de septiembre de 1863

Libro 4
 Ministerio de Interior y Policía.
 Registro de Actas del Gob. Dom.

Se da cuenta: del oficio del Cte. de Armas de La Vega remitido con el Coronel Durán. El Gobierno le mandó a contestar que las noticias que tenemos de presente son muy alagueñas: q. estando el General Florentino a la cabeza de las tropas del Sud, es esta circunstancia un gran triunfo para nuestra causa.

.....

“Mandó el Gobierno publicar solemnemente q. por parte recibido del General Durán, Jefe de Operaciones de San Juan, fecha 21 de los Ctes., estayó el 17 de los mismos nuestra gloriosa revolución en los pueblos del Sur. Que el valiente y benemérito General Pedro Florentino se encuentra a la cabeza de nuestras armas; y que para aquella fecha ya estaban pronunciadas, San Juan, Las Matas de Farfán, Sabana Mula, el Cercado y San José de Ocoa, asegurando el Jefe q. en su siguiente parte se prometía al Gob. el pronunciamiento de los demás pueblos.

— O —

Día 27 (pág. 61)

Se da cuenta, entre otras cosas: “de dos oficios del General Pedro Florentino, sus fechas 20 y 21 del cte.; y dispuso se le

1. Las actas están redactadas y firmadas por el Vice-Presidente Benigno F. de Rojas.

conteste: que el Gob. queda enterado con indecible placer que él a la cabeza de las armas dominicanas enarboló en las noches del 17 y 20 el pabellón de la Cruz en las comunes de Las Matas, Cercado, y San Juan: que enterado el Gob. de las necesidades que le manifiesta procurará satisfacerlas cuanto antes pueda”.

— O —

Día 27 (pág. 62)

.....

“Dirigir oficio a los Srs. Coronel Pimentel y E. Márquez, en La Vega, manifestándoles que el Gob^o ha tenido a bien ractificar los poderes que el predicho General les tiene otorgados para que se pongan en comunicación con el General Pedro Florentino y demás patriotas.....

— O —

GOBIERNO PROVISIONAL
Libro de Actas

Día 27 (pág. 63)

“que se le remita al Sr. Márquez la ratificación del Gob. al nombramiento que le dio el referido General Salcedo para marchar a Azua, y... se dan instrucciones rentísticas para dicho Sr. Márquez”.

— O —

Día 28. (pág. 63, línea final, y pág. 66).

“Que la revolución hace rápidos progresos en el Sur, estando a la cabeza el bizarro General Pedro Florentino. Que de los

animales que *existen* en aquel lugar remita algunos cargados de sal y retenga los demás hasta nueva orden”.

—O—

Pág. 67

“Oficiar al Sr. Julián Belisario Curiel, miembro del Gob. en Comisión en Mte. Cristi: que el Gral. Pedro Florentino se *a* puesto a la cabeza del movimiento revolucionario en la parte del Sur”.

—O—

Día 29 (pág. 71)

“Que el Gob. ha dado orden al Gral. Luperón para regresar a La Vega y esperar allí órdenes. Que el Gob. ha visto con extrañezas y desagrado que dicho Gral. ande por esos lugares haciendo Coroneles, Generales, & grados que no puede reconocer ningún Jefe, ni el Gob. mismo”.

—O—

Página 72

“Que de San Juan ha escrito al Gobierno el Gral. Pedro Florentino que el día 23 se pronunciaron Neyba y Barahona y marchaba sobre Azua; que procure el Gral. Salcedo se pronuncien también San José de Ocoa y San Cristóbal”.

—Se le comunican (al Gral. Manzueta, a Llamasá) las favorables noticias del Sur, y que el Gral. Florentino está a la cabeza de las armas.

—Al Gr. Durán desde San Juan pidiendo fondos. El Gob. contesta que no habiendo encontrado a su instalación recursos de ninguna clase, ha tenido q. ocurrir a un empréstito en la población por sumas módicas a invertir sus resultados en

fusiles y pertrechos, y ocurrir a recursos de racionar la tropa con carne y plátanos, y dando órdenes a los Comandantes de Armas para que hagan lo mismo, tomando aquellos artículos de los vecinos a quienes darán vales que el Gob. recogerá en su oportunidad. Que procure q. todos los dominicanos contribuyan con su persona e intereses porque la causa es de todos...

— O —

Día 30 (página 78)

“Que se le conteste al Gral. Pedro Florentino que se congratula el Gobierno de los gloriosos pronunciamientos efectuados por su mediación en los pueblos de San Juan, Las Matas, Cercado, Sabana Mula, Barahona y Neyba, esperando de su bizarría que pronto flameará el pabellón dominicano en Azua. Que el Gob. le remite adjunto el nombramiento de General en Jefe del Ejército del Sur. También le acompaña copias del acta de Independencia, de una exposición dirigida a S. M. la Reina de España y de otros documentos para su inteligencia; que el Gob. se está ocupando de mandarle municiones; y q. fondos metálicos le es absolutamente difícil, por ahora: que las tropas se racionan aquí con la carne y los plátanos con que contribuyen los vecinos; que él puede tomar las mismas providencias”.

— O —

Página 81

“Nombrar, y nombró atendido a los méritos y demás circunstancias que adornan la persona del Sr. Gr. Pedro Florentino, General en Gefe del Ejército del Sur, ordenando a todas las autoridades le guarden y hagan guardar todas las consideraciones y preeminencias q. a su referido grado y mando corresponde”.

— O —

Octubre 2 de 1863 (pág. 89)

“Contéstesele a los Srs. Francisco de León y Ramón Tiburcio: que el Gob. ha nombrado al Gral. Pedro Florentino, Comandante en Jefe de las fuerzas del Sur; que deben ponerse de acuerdo con él, pues si el Gob. les diera un mando por separado establecería un conflicto; pero que comisiona especialmente a los dos para hacer pronunciar a favor de la Revolución al pueblo de San José de Ocoa”.

—O—

Octubre 2 (página 90)

“Oficiar al Gral. Pedro Florentino en San Juan participándole que el Teniente Cabral (¿Marcos A. Cabral?) ha entregado al Gral., el cual queda en seguro arresto: que mientras el Gob. puede remitirle los fondos que pide, racione su tropa con carne y plátanos como se hace en esta provincia”.

—O—

Octubre 3 (página 91)

“Que el Gral. Florentino ha enviado los presos siguientes: Señores Gral. Eugenio Comas, Domingo Lasala,² José del Car-

2. Entre los prisioneros enviados a Santiago por el General Pedro Florentino llama particularmente la atención Domingo Lazala, el que hizo el pronunciamiento de la común de Guerra a favor de España y más tarde presidió el Consejo de Guerra que condenó a muerte a Francisco del Rosario Sánchez y a sus 20 compañeros. Según noticias verbales, el General Pedro Florentino consiguió con esfuerzos librarlo de la muerte que lo querían condenar varios jefes revolucionarios.

men Reinoso, Comte. Blanco Altagracia, Capitán Ingó, Guillermo de la Rosa, Marciliano, Fermín Guillermo de la Rosa, todos los cuales se les mandarán si los quiere”.(¡...!)

—O—

Día 23 (página 45)

El Gobierno le llama la atención al Gral. Gregorio Luperón y le “recomienda mucho respete la propiedad, porque ve en sus proclamas que habla de confiscación de bienes”... “contra la letra y el espíritu de todas las constituciones dominicanas”.

Nota No. 25

El ultimátum

Pedro Florentino ordena: el enemigo obedece

“Según los últimos partes de las fronteras, estaban tranquilas. El Coronel Pedro Florentino, Jefe de las del Sur, intimó el día 12 a los haitianos que aún ocupaban puestos en el Cachimán que los abandonaran en el perentorio término de doce horas, o que se prepararan al combate. El Jefe haitiano, suplicó se le diesen 24 horas para obedecer; y vencidas éstas se retiraron en paz.

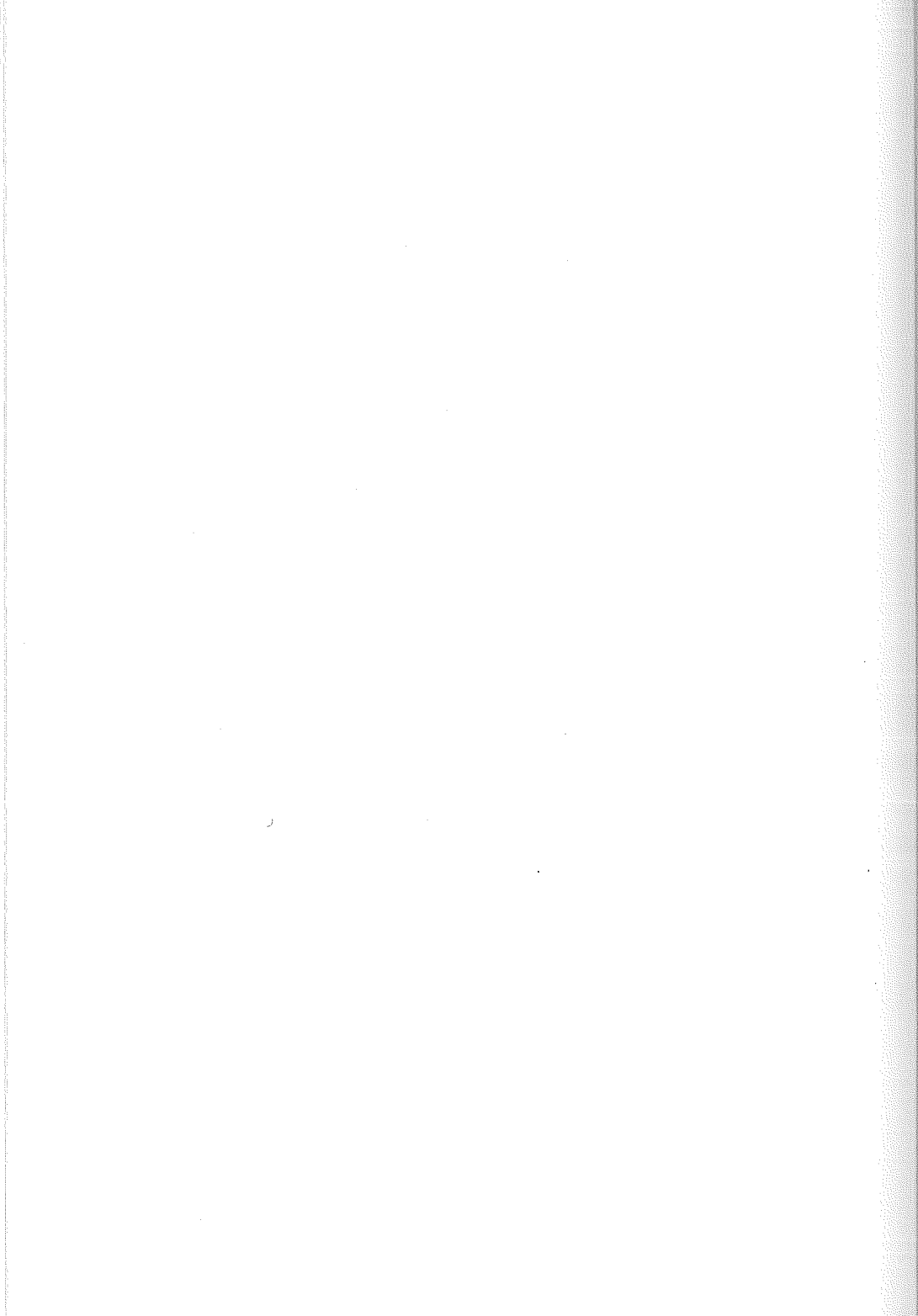
“Valiente ha sido la conducta del Coronel Florentino: ese es el lenguaje propio del vencedor. La arrogancia del pueblo dominicano ha estado bien representada en esta ocasión. Así quieren los hombres libres que se trate a los que pretenden tiranizarlos. A esta altivez que inspira el verdadero patriotismo, no hay poder que lo espante. Bien hacen los haitianos en obedecer, antes que las huestes de la República los obliguen de nuevo a esconder la afrenta en sus guaridas. Dejen en paz a un pueblo que no se mezcla en sus contiendas, ni quiere tomar parte en sus desórdenes. Arrodíllense ellos ante ese ídolo sanguinario que veneran; pero no pretendan que un pueblo libre y

victorioso rinda jamás la cerviz a un tirano, ni acepte la maléfica influencia de unas hordas bárbaras que no piensan más que en extender su dominio para aumentar el estado de sus rapiñas y escándalos”.

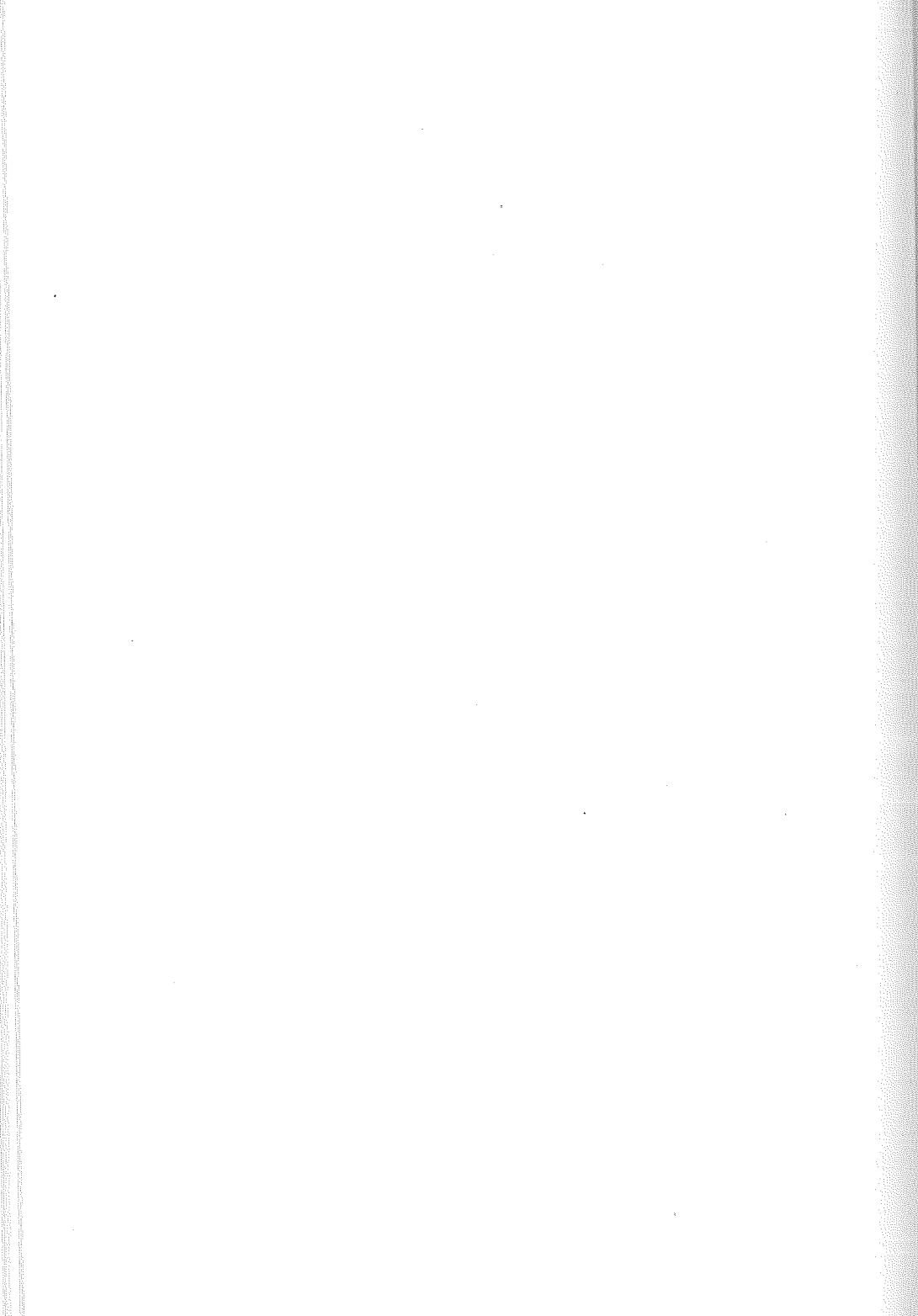
La Gaceta N°. 3.— Santo Domingo, 29 de junio de 1851.

La política de Cancillería, frente a Haití, iniciada por el Presidente Don Buenaventura Báez: Guerra de Represalia (“Estar en todo a la recíproca”) se apartó de la establecida por el Presidente Santana: “Guerra defensiva”... en la que se denunciaba a los haitianos como invasores, constantes provocadores; actitud sin duda aconsejada para ganarle simpatía a la causa dominicana ante las naciones mediadoras. De ahí se originaron las voces de aliento ante los éxitos de Fagalde y Juan Alejandro Acosta, por mar, y la sorprendente, reconquista de Cacimán, tan aplaudida, que motivó el ascenso a General de Brigada para Pedro Florentino¹, y que fuera en apariencia la reprobación que lo condenó al presidio durante años en la Torre del Homenaje... El motivo real era la rivalidad naciente entre Don Pedro Santana y Don Buenaventura Báez.

1. El Coronel Pedro Florentino, con actitud digna de su fervor patrio que debía ser mejor conocido y recordado, mediante oportuno ultimátum completó otra vez el territorio nacional. Tan bella y enérgica acción da la medida del hombre, y patentiza que él desempeñó con valor y pericia la jefatura de las fronteras del Sur.



ANEXOS



WEYLER... ¡VALERIANO WEYLER!

Los cubanos han olvidado que "El Enano Trágico" solía confundir la rigidez militar con la crueldad; pero en la Península Ibérica quizás varios estudiosos han comprendido por qué lo seleccionaron para reprimir los tumultos que perturbaron a Barcelona a principio del presente siglo y él ahogó en sangre sin perdonar ni al profesor Ferrer. Lo que en Cuba y en España ignoran es que Don Valeriano Weyler era embustero: y él declaró serlo bajo juramento. En su "Hoja de Servicios", alabancioso de los propios méritos, dijo que el "4 de febrero de 1864 embarcó para Barahona mandando 400 hombres que conducían el Isabel la Católica y el León, barcos de guerra, para cooperar en la toma de dicha población, *hallándose en el Combate Naval de Barahona*".

Combate o Batalla Naval: lidia en el mar desde opuestas naves de guerra tripuladas por adversarios... se sobrentiende sin constatar si con palabras iguales define así el Diccionario.

Desde la gran Bahía de Neiba cañoneaban los barcos de guerra citados, medida previa para desembarcar tropa. El General Ángel Félix llegó del poblado de Neiba (distante 66 kilómetros) corriendo en su famoso caballo "Prieto". Los patriotas se afanaban pretendiendo acosar desde la orilla a aquellos barcos con disparos de cañón mal emplazado. Rugió Ángel Félix, encolerizado, cuando le dijeron que uno de los "espiones" apresados la víspera en el atrecho de "El Curro" era artillero. Fusiló a uno y amenazó matar al artillero si no le espantaba esas dos petacas. Para Ángel Félix, encolerizado, los barcos de

guerra de los enemigos eran petacas... Petaca en el Sur de Santo Domingo: tosco envase de yagua, sin tapa, para transportar carbón y frutas maduras...

El artillero Nicolás Ramón veía el cadáver del compañero, fusilado de espaldas "por traidor", chorreando sangre. Corrigió el emplazamiento y la puntería del cañón, y disparó: dos balas cayeron sobre cubierta del Isabel la Católica, lleno de tropa, y los barcos se alejaron cesando de disparar. La manera de Ángel Félix persuadir a los prisioneros difería de la de Pedro Florentino...

El Mariscal de la Gándara publicó en su historia que los balazos del cañón dominicano hirieron solamente a dos soldados, "levemente".

¿Cuántos barcos de guerra tuvo Ángel Félix en aquel combate Naval, en el que se distinguió por su valentía Valeriano Weyler? Ni un bote de pescar al curricán. Ni una yola de ir a atarrallar sardinas. Pero Weyler hizo constar bajo juramento, precisando su "Hoja de Servicios", que él se distinguió en el Combate Naval de Barahona...

Por confesión obligada del artillero Nicolás Ramón supo Ángel Félix que a la vez que iba tropa en el Isabel la Católica y el León, Gándara y Puello avanzaban por tierra al frente de (no menos) 2,500 hombres.¹ Salió a enfrentárseles, y libró su último combate desde El Agua de Papito a la Sabaneta de Caballero, cercanía de Barahona, en donde se le terminaron las municiones. A partir de ese momento los españoles lo apodaron burlonamente "El Liberata", y lo declararon Traidor, Ladrón, Asesino, Hereje... (peor que ateo) y, días después, Remigio Carrasco y Pedro Mártir, dos selectos cazadores anexionistas, lo asesinaron mientras se acercaba a la desembocadura del Pedernales.

Meses más tarde José María Cabral y Luna venció y desarmó a españoles y españolizados en el sitio de la Canela: batalla, combate, escaramuza, no importa el calificativo: Acción de guerra por sus consecuencias justamente comparadas por Cabral con la Batalla de Santomé. Con las armas y las provisiones de

1. Gándara dice que llevaba 1,200 hombres y 20 caballos, más una pequeña compañía de milicianos... anotados después de los caballos. Quizás a los negros, traídos de Cuba, Gándara no los anotara en el número de humanos, si es que Nicolás Ramón no contó, no vio a los enemigos con "ojos de caballo".

los enemigos se armaron y se abastecieron los patriotas. Fugaron los españoles y los españolizados con los restos de sus batallones. Derrumbóse definitivamente el frente Sur para el Estado Colonial y por segunda vez, humillados, los defensores de la Monarquía se refugiaron en la ciudad amurallada de Santo Domingo. Se había agotado ya el caudal de injurias y, por escrito y verbalmente, propagaron que José María Cabral, el vencedor, era un estúpido. Él murió viejo, indiferente a vituperios y alabanzas.



RECAPITULACIÓN

A) No es lógicamente admisible después de leer la Declaración Jurada ante autoridad competente por el Comandante Máximo Gómez, para aclarar su "Hoja de Servicios", que la llegada del General de División Pedro Florentino a Baní (noviembre de 1863) motivó que el General Modesto Díaz, el Coronel José Valera y Álvarez, los oficiales Marcano, Tejeda y otros más, comenzaron a servirle a España por causa de desafueros del Jefe restaurador, cuando está claro que ellos militaban desde hacía tiempo en el partido de los anexionistas.

B) No es lógicamente admisible que el General en Jefe del Sur entrara en la población de Baní, libre de adversarios desde semanas antes, atropellando y matando a gente pacífica, incendiando casas y quemando a un loco, ni que esos actos imaginarios decidieran al Comandante Máximo Gómez a militar en favor de la anexión, puesto que ya él venía militando junto con los españolizados desde marzo de 1861 y, el día que cayó prisionero de los libertadores, conducido a la presencia de Florentino, el jefe restaurador se limitó a tratar de persuadirlo para que abrazara la causa de la Patria que, según Pedro Florentino, era "la justa" y ante la negativa del prisionero ordenó que lo retuvieran en temporal arresto, esperando que recapacitara y rectificara su conducta.

C) No es lógicamente admisible que Don V. Weyler, como afirmó él en Declaración Jurada puntualizando méritos en su "Hoja de Servicios", se distinguió en el Combate Naval de Barahona, que no se realizó nunca.

D) No es lógicamente admisible, si jurar en falso es blasfemar, y don Valeriano Weyler blasfemó al jurar falso testimonio, que sigan dándole crédito a un blasfemo haciendo figurar los desafueros de españoles y españolizados en el haber del General Pedro Florentino.

E) No es lógicamente admisible, si se tiene como milagro de santo de altar, que dos balazos de cañón cayeron sobre la cubierta de un barco lleno de tropa hiriendo sólo a dos soldados... "levemente", como publicó en su libro el Mariscal de la Gándara. El Comandante del Isabel la Católica (un coronel) redujo las bajas a cuatro o cinco, incluso Pech, a quien le amputaron un dedo. El Mariscal piensa que no deben confesar tantos y los redujo a dos... modestamente.

F) No es lógicamente admisible que continúen adjudicándole al General de División Pedro Florentino, como ejecutadas en Baní por orden suya, acciones que ni escolares de escuela primaria deben ignorar que por mandato del Mariscal don José de la Gándara —burlando instrucciones dictadas desde Madrid por el General Narváez— se efectuaron en Santo Domingo: sin respeto social ni conmiseración humana, mujeres, ancianos y niños fueron aglomerados en barco de guerra y, cual si se tratara de reses llevadas a matadero, transportadas a Puerto Rico.

G) Y, finalmente, sí es lógicamente admisible reiterar que el candor, flor de virtud, cuando se deja estirar queda convertido en tontería.

DE "EL CALVARIO", "EL CERRO DE LAS BÓVEDAS", Y OTROS SEPULCROS

"El 24 de agosto (1870) murió a las dos y media de la tarde", dice la carta número XXX del Coronel Juan Pablo Pina, escrita en San Juan de la Maguana siete días después de apagarse el patricio luminoso y humanamente puro. La noticia, la carta, iba dirigida a Don José Gabriel García, querido y respetado familiar.

"Tuve la dicha de conseguir que se le diera sepultura en el Cerro del Calvario, donde no hay otra sepultura".

El Coronel explica que el cadáver de su padre fue enterrado "donde no hay otra sepultura". No es ligereza inferir que en otro altozano, o cerro vecino, había ya otro u otros sepulcros.

El Coronel Juan Pablo Pina era actor en guerra de alternativas y participaba en frecuentes combates. Fue obstinado peleador. Admitía la posibilidad de morir antes de finalizar la guerra. Previsor, quiso que Don José G. García quedara informado con exactitud del sitio en donde debería exhumar los restos del familiar ilustre. Sepultar en el Cerro del Calvario fue estreno y prueba de reverente y merecida distinción.

Con el discurrir del tiempo olvidaron los habitantes del Sur de Santo Domingo la costumbre (religiosidad tradicional o respetado fanatismo) de formar Calvarios en sitio de perceptible elevación cercana a caserío, a la vera del camino real. Frente a la Cruz el viajero se persignaba al pasar. Se comprende por qué el Coronel consideró que era una dicha que el cadáver de su progenitor quedara provisionalmente enterrado en el Calvario.

En la vecindad de Las Matas de Farfán eran notorias tres pequeñas elevaciones del terreno y una mayor. Al llegar, yendo de San Juan de la Maguana, se distinguía a la derecha del camino real el Cerro del Calvario, que llamaban también el Cerro de las tres Cruces, en donde levantaron la Cruz de Cristo y las del bueno y el mal ladrón; y, siempre a la derecha, llegando, no contiguo al Calvario, más alto, inconfundible, se elevaba el Cerro de las Bóvedas, en cuya cima, antes de fenecer el trinitario Pina, habían inhumado los restos del General de División Pedro A. Florentino, trasladados de donde lo asesinaron en febrero de 1864. También habían enterrado ahí el cadáver del prócer y General Aniceto Martínez, muerto al comienzo de la Guerra de los Seis Años. Muy posteriormente, durante el gobierno del Presidente Heureaux, enterraron en el mismo cerro el cadáver del que fue bondadoso y popular Ubdón de Nova, Comandante de Armas, "matado a la pica" por un desconocido... muy conocido. Más tarde enterraron en el mismo cerro el cadáver de un maestro Ortiz, muy estimado. Ignoro si sobre la tumba de Nova y la de Ortiz pusieron túmulos de piedras sueltas.

A la izquierda, al margen del poblado, se distinguían dos pequeñas elevaciones famosas; una llamada el Fuerte de los Banilejos, y la otra, la de los Corbanitos, desde una de las cuales defendió la plaza el dominico-venezolano Coronel Domínguez, atacada por tropa haitiana durante la ausencia del General Duvergé y del Brigadier Valentín Alcántara. El crecimiento de la población rebasó el viejo perímetro, las pequeñas elevaciones se han ido reduciendo y se han borrado nombres.

Las Matas de Farfán tuvo importancia comercial antes de la Independencia por estar a menor distancia de ciudades de Haití que de Santo Domingo, y adquirió importancia estratégica, superior a San Juan, desde que Duvergé escogió el lugar para la defensa de la nación.

Acierto sagaz que los que le sucedieron en la defensa de la frontera, desde Florentino hasta Eusebio Puello y José María Cabral, reexaminaron y comprobaron que ese lugar era el más adecuado para rechazar las invasiones de Haití por la parte Sur. Después de la anexión del país a España la plaza perdió su valor militar; y los ganaderos, negociantes, y agricultores, paulatinamente se fueron trasladando a San Juan, preferible por su llanura favorable a regadíos.

Mermada la preeminencia de Las Matas y careciendo de officiantes católicos, los deberes sacerdotales del P. Barrientos, partiendo de la Sede de San Juan, se dilataron abarcando la municipalidad vecina, y a El Cercado, Comendador, Bánica, Sabanamula... La Iglesia Católica continuó siendo fuerza moral, siempre eficaz, para la defensa de la República.

Pretendieron el influyente General Francisco Moreno y otros compañeros de armas que los restos del General de División Pedro A. Florentino fueran inhumados en el Templo de Las Matas. Opúsose el cura a que los huesos de aquel masón fueran sepultados en la Iglesia.

Desde los días preliminares a la fundación de La Trinitaria y durante los ocho años de la ocupación militar de Santo Domingo por los Estados Unidos de América, prominentes dominicanos fueron masones: masones por patriotismo y asiduos concurrentes a misas, sin zambullir y hurgar en heréticas especulaciones doctrinarias. El cura fue casi siempre tan patriota como el masón, su amigo. Pero el Presbítero Barrientos ejercía entonces su ministerio en Las Matas de Farfán.

¡Barrientos!... buen españolizado siguiendo al General Pedro Santana; buen antianexionista frente a Báez y los Estados Unidos de América; buen lavadero de las propias culpas... Su carta al Coronel Pina (11 de Nov. de 1875) limpia y enaltece su memoria.

El General Francisco Moreno, patriota rectilíneo en todo momento y confidente de Florentino y Aniceto Martínez en la conspiración contra el dominio de España, no podía olvidar que el P. Barrientos en carta escrita en enero de 1863 y puesta en manos del gobernador de la Provincia de Azua, General Eusebio Puello, delató a Florentino por éste andar conspirando, de acuerdo con cibaños, contra el dominio de España. Por la delación a Florentino lo confinaron en Azua y las diligencias revolucionarias necesariamente fueron pospuestas.

Fracasados en su pretensión, Moreno y otros veteranos decidieron sepultar y sepultaron los restos de Florentino en el altozano que, para no mentar al libertador de la leyenda siniestra, el público llamó el Cerro de la Bóveda. Ahí quedó separado, íngrimo, innominable, aplastada su arrogancia de fanático bajo una bóveda: solo, hasta que por disposición de los dirigentes antianexionistas en la Guerra de los Seis Años el cadáver del

General Aniceto Martínez fue enterrado en el mismo altozano, que desde entonces fue llamado el Cerro de las Bóvedas, y perdura el nombre.

Si después de transcurrir más de cien años existen dominicanos que no perdonan que Francisco del Rosario Sánchez viniera del destierro y se hiciera fusilar junto a 19 compañeros y un traidor, por la libertad de la República, excesivo sería pretender que le perdonen al General de División Pedro A. Florentino que en Las Matas de Farfán fusilara al Capitán Marcos Hernández, negro dominicano que se estaba creyendo blanco español, al servicio de los mandatarios de Isabel Segunda, Reina por la Gracia de Dios, y que ordenara desde Las Matas la muerte de españolizados que él creyó traidores a la República, República que él había contribuido a independizar y quería mantener libre. Desmesurada resolución, caída de uno de nuestros guerreros ejemplares por el comedimiento, afables modales y, aún en la embravecida campaña de la Restauración, por numerosos actos de clemencia.

Detrás de los comisionados oficiales que fueron al Sur a rendirle tributo al trinitario Pina al cumplirse un siglo de su muerte, vinieron versiones relativas al General Florentino y a su sepulcro. Una versión parpadea, se apaga y reenciende como fuego fatuo. Desde que Don Rosendo Prevost, hijo de crianza del General Eusebio Puello, a quien veneraba, casó con la señorita Carmen Florentino, se forjó un Pedro A. Florentino Silví, "el bueno", alto, bien parado, indio de color, y de cabello muerto; ficción opuesta a Pedro A. Florentino Silví "el malo", hijo adoptivo de la francesa Madame Silví: alto, bien plantado, de color aindiado y de cabello lacio, conocido General de División cuyos restos enterraron en el Cerro de las Bóvedas, padre que fue de Carmen Florentino, casada con Don Rosendo Prevost en 1867, y de José Antonio Florentino... hermanos de padre y madre.

Dos momentos, cuando menos, convencen de que José Antonio vivió orgulloso de ser hijo del General Florentino. Un día se hizo acompañar hasta el Cerro de las Bóvedas por su hermano adolescente a quien había acogido y acabado de criar, y mostrándole una bóveda le dijo:

—“Ya eres hombre y es bueno que sepas que aquí está enterrado nuestro padre”.

Otra vez, seguido de un nietecito volvió al cerro y, de pie, frente a una de las dos bóvedas... ¿oraba? Abstraído, parecía retraer a la memoria y contemplar cosas y seres queridos, mientras el niño de ojos despiertos, en edad de "los por qué", se atrevió a preguntar a penas...

—“Porque aquí está enterrado mi padre”, musitó el anciano. Respuesta que el niño, hoy Dr. Luis Ernesto Florentino, también abuelo, no ha olvidado nunca.

Otra versión: se trata de imponer que el Cerro del Calvario, donde según el testimonio escrito por el Coronel Juan Pablo Pina, cuando enterraron el cadáver de su progenitor no había otra sepultura, es ahora el Cerro de las Bóvedas, en cuya cima eran notorias desde años antes la tumba de Pedro A. Florentino y la de Aniceto Martínez.

Al Cerro del Calvario la creencia popular le suponía algo sacro, y todavía cuando exhumaron los restos del trinitario para traerlos a Santo Domingo, aunque vacío, se creía que el recinto estaba purificado. El de las Bóvedas es cerro profano; pero más alto.

Si se aprueba la desgraciada confusión se desvirtúa, se anula el testimonio del Coronel Juan Pablo Pina, se falsea la verdad, y se registrará en los archivos de la Academia Dominicana de la Historia el error como realidad comprobada.

El Cerro del Calvario, mermada su pequeña altitud, humillado por pisadas de bestias sueltas en crianza libre, ya ni es Calvario, ni tiene cruces, y ni siquiera es cerro.

.....

...Que un oficial del ejército vio sin Calvario el Cerro de las Tres Cruces, que lo allanó más, y sobre el terreno fabricó una casa... Que después, obediente a sus deberes militares, dejó el lugar y vendió la casa. Para siempre jamás se borró el Calvario con sus tres cruces.

Confundir el Cerro de las Bóvedas con lo inexistente y aventar cenizas es lastimosa, es desgraciada, es lamentable equivocación. No se trata ahora de abrir portillo para discutir: lo incorregible, lo que no tiene remedio no se discute; pero sería crueldad inusitada prohibir el derecho a lamentarnos.

¿Qué ignorantes, o livianos, dieron a los honorables señores Comisionados noticia errónea para llevar e imponer el busto

del trinitario Pina en equivocado sitio? Y los señores Comisionados, ¿por qué no ocurrieron a un personaje de autoridad moral y conocimiento práctico del sitio, como el doctor don Roque E. Bautista Martínez, ex-juez de nuestros tribunales, y hasta hace meses miembro del Congreso Nacional de la República? ¿Por qué no se les ocurriría preguntarle al honorable Dr. Luis Ernesto Florentino, cuya niñez y parte de la adolescencia discurrió en Las Matas de Farfán y sus inmediaciones? ¿Y por qué no al escritor Don Rafael Jóvine Soto, natural de Las Matas de Farfán y discípulo del Maestro Don Damián D. Ortiz, cuyos restos fueron enterrados en el Cerro de Las Bóvedas, ahora profanados?

¿Quiénes, naturales o residentes en aquella comunidad privilegiada, dieron la información equivocada y más de lamentar porque Las Matas de Farfán debe ser reliquia y orgullo de la República Dominicana? Más vale no averiguar.

Aniceto Martínez, Andrés Ogando, Francisco Moreno, Pedro Florentino...

“¡Padres tan grandes de hijos tan pequeños!”...

En Las Matas de Farfán, comunidad ilustre, han dado espaldas a la memoria de los grandes muertos. Olvidaron, o quisieron olvidar, que “sin la enseñanza de los grandes nombres, salvados del naufragio de la muerte, a menudo no queda más que ceniza”.

Más que deplorable es lo ocurrido en Las Matas de Farfán: aventaron las cenizas de los grandes muertos y ya ni siquiera somos los herederos de los sepulcros. Profético, Hernández Rueda...

—“Si vas al Sur te crecerá una pena como una montaña”.

¡No! Frente al despojo consentido, sobre el vacío de los sepulcros, se enciende la patriótica interrogación de Álvarez Pina, nieto del Trinitario Pina, hijo del restaurador Braulio Álvarez, del aguerrido miembro de la escolta del General de División Pedro Florentino:

—Sócrates, ¿en dónde están los restos del General Florentino?

Implícitos están en la interrogación. Están en el nacionalismo dominicano, que no muere, que no debe morir.

¡Guay del comentarista que respetuosamente estudie los hechos históricos del Sur de Santo Domingo!

PROCESOS DE PEDRO FLORENTINO¹

I

¡\$50 DE ALBRICIAS!

—General, tiene que pagarme las albricias...

—¿De qué?... ¡De mi caballo blanco! Si es él, le regalo \$50.

Estas palabras del proceso con que le recortaron las alas al General Pedro Florentino y lo derrumbaron la primera vez, son las únicas reveladoras de júbilo pronunciadas por él que han logrado sobrevivirle. Antes, todo en su vida es borroso, y después casi siempre es sombrío. En aquel momento (marzo de 1853) estaba en el vértice de la buena fortuna. Desde que ocupó la vacante del General Duvergé y su autoridad prevaleció sobre la del General Francisco Sosa, se sentía seguro del mando, amaba el mando más que nunca y ya no veía en el Sur rival que fuera capaz de disputarle el gobierno de la frontera. Andaba erguido y parecía más alto e imponente. Dos regimientos le obedecían en Las Matas de Farfán, atalaya entonces de la República. Era temido de los haitianos, que lo conocían, y todavía las mujeres le llamaban “el indio dulce”. Algo de engreimiento le inflaba el pecho.

Al día siguiente rompieron él y el Teniente Coronel Luciano Morillo, a quien no le había pagado las albricias...² porque no

1. Este trabajo antes formaba parte de la primera serie de *Viejas memorias*.

2. Las relaciones “reservadas” entre Morillo y V. Alcántara se publicaron con motivo de la conspiración encabezada por el Gral. Domingo Ramírez. Entonces Alcántara, Ramírez y Morillo fueron aliados...

se trataba del caballo blanco, sino de animales de las "marotas" que ya el Presidente Santana había prohibido.

Se acusaron entonces, o acaso ya se habían acusado, ante las autoridades principales del Gobierno.

Morillo tenía 100 soldados a sus órdenes inmediatas, sabía firmar y su secretario era uno de buena letra y de imperfecta ortografía; pero que sabía insinuar ideas más allá de lo escrito en el papel. Le pidió al Ministro de la Guerra, de quien parecía ser un protegido, que interviniera en la cuestión porque de lo contrario "traerá funesta consecuencia".

Florentino, que ha pasado a la posteridad como bozal, se servía a sí mismo de secretario. Su letra es de fino y largo perfil, agitado de perceptible temblor. La idea es precisa y directa, y, para evitar confusiones ortográficas, arbitrariamente él convertía la "c" en "s" y la "v" en "b" cuando le daba la gana. La rúbrica de la firma es envolvente, como su carácter. Arranca de la "o" final, onda que sube, busca la "F", se afirma en ella y desde allí vuela en curva, marcando el pabellón de la "P", de cuyo palo o soporte andaba ausente; se arrastra y extiende por debajo en marcha hacia el punto de partida, frente al cual termina enroscada como siempre.

En la acusación contra Morillo aparece éste en supuestas relaciones con los haitianos y "se cartea con Valentín Alcántara". El cargo más importante de Morillo contra Florentino no aparece en el proceso; pero encontró el terreno abonado y cobró cariz grave en las instrucciones escritas por el señor Presidente Santana a los Generales Abad Alfau, Cte. de Armas de Santo Domingo, y Juan E. Batista, jefe político de Azua. Ya Pedro Florentino había eludido el cumplimiento de su deber cuando le ordenaron que hiciera ir a un hermano del ex-Presidente Báez a la ciudad, asiento del Gobierno. Al solicitado le dieron alerta y apareció más tarde en Barahona, junto al Capitán Santo Domingo, hijo del mismo Florentino.

El señor Presidente de la República agregó en sus instrucciones:

"... y si llegan a descubrir, por algunas declaraciones, que el dicho Jefe de Fronteras sea culpable o cómplice de alguna conspiración, Uds. lo arrestarán y harán condu-

cir bajo su responsabilidad, con segura custodia, a fin de que su misión no se vuelva ilusoria.

“Según orden que se ha dado al comandante de Baní, le pondrá la caballería a su disposición, y el jefe político de Azua (que hace parte de la Comisión) movilizará igualmente la caballería de Azua, que quedará igualmente a la disposición de Uds.

“El Cte. de Armas de Neiba, por la carta adjunta que Uds. le mandarán tiene la orden de mandar al cantón de Las Matas 200 hombres bajo el mando del coronel Joaquín Aibar, los cuales estarán también a su disposición.

“Uds. quedan autorizados para tomar cualesquiera disposiciones y medidas que las circunstancias le parecerán exigir”.

FDO. SANTANA.

Santo Domingo, 2 de abril de 1853.

* *

*

Abad Alfau y J. E. Batista llegaron a Las Matas de Farfán al frente de los Cuerpos de caballería de Azua y Baní, y de los doscientos infantes de la común de Neiba. Actuaron y el 7 de junio del mismo año el General Manuel de Regla Mota, jefe político y Cte. de Armas interino de Santo Domingo, hizo “comparecer en el despacho de la Comandancia de Armas un hombre que se dice prevenido en esta causa, mediante orden librada al alcaide de la cárcel pública de esta ciudad, a quien se le preguntó por su nombre y apellido, edad, estado, lugar de residencia y profesión”.

“Respondió llamarse Pedro Florentino, de edad de cuarenta y seis años, *sortero*, General de Brigada de los Ejércitos Dominicanos, es-Gefe de las Fronteras del Sud.

“Preguntado: Si sabe la causa de su arresto, o si la presume.

“Respondió: Ignoro absolutamente la causa de mi arresto, pero ni aún la presumo.

“Preguntado: Si sabe los motivos por qué se encuentra en esta capital.

.....

“Respondió: El encontrarme yo en la capital de la República ha sido por una orden que recibí en Las Matas de Farfán, Cuartel General de las Fronteras del Sud, *expedida* por la Comisión que componían los Generales Abad Alfau y Juan E. Batista, en que me decían que habiendo yo solicitado una licencia del señor Presidente de la República, un permiso para transportarme a su presencia, lo hiciera en compañía de ellos, que en efecto, obedeciendo el oficio que se me dirigió por dichos señores Generales, los acompañé hasta quedar en esta capital a las órdenes del señor Presidente de la República.

“En este estado, el General de División Manuel de Regla Mota, Comte. de Armas interino de esta Común, ordenó al presente secretario diese lectura de una “piesa” que se encuentra marcada con letra A y “subcripta” por el Comte. de Armas de Las Matas de Farfán, a fin de que el General Pedro Florentino conteste a su relato, y leída la “piesa”, dijo:

“Todo el contesto de la referida piesa es falsa, pues conozco muy a fondo las ordenanzas militares, y mis obligaciones, y es ser del todo imposible que yo pudiese ni aun concebir la idea de hacerle el más mínimo ultraje ni faltarle a su persona; como Gefe de aquella frontera, le hice una observación; fue la siguiente: -Comte. cuando Ud. esté delante de las filas militares y en un lugar fronterizo como éste, que aún no sabemos si puede haber algún enemigo nuestro que nos oiga y pueda perjudicarnos, no me haga partes en público de tal o cual falta que se note en nuestros puestos; y creo que será más conveniente a la seguridad pública que me los haga Ud. reservados; a esto me repitió el Comte. Morillo que no sabía cómo le había sucedido eso, pues él no era “arbitrario”; yo le repuse, -Comandante concluyamos esto, estando delante de las filas no convienen estos altercados. Con respecto de haber ido él a inspeccionar los puestos “Abansados” deberá presentar la orden por escrito que yo le di porque al efecto tenía un oficial también encargado en el puesto de Rebó, que es el punto de reunión de todas las “abansadas”, si llegase el caso de que el enemigo se

presente y dar parte inmediatamente, por medio de un Dragón; y a mayor abundamiento un Dragón que se nombra todos los sábados para revistar los puestos y darme parte de todas las novedades que ocurran en los puestos de las líneas.

Enseguida el Comte. de Armas ordenó la lectura de otra "piesa" que se encuentra en el proceso marcada con el No.10 y suscritas también por el Comte. Morillo, después de lectura dada por mí el presente Secretario, el General Florentino contestó lo siguiente: -Un domingo por la mañana en que esperaba la reunión de tropas en la plaza de armas, se me presentó el Cmte. Morillo diciéndome que le pagara las albricias, a lo que le respondí: ¿de qué? ¡De mi caballo blanco! Si es él le regalo \$50. Me contestó, no es él; pero es uno lo mismo que él".

II

¡NO ES CULPABLE!

Continuaba el General Pedro Florentino respondiendo a la última pregunta, fijaba en el papel el secretario Juan B. Matos las palabras del acusado, con letra bella y deficiente ortografía, mientras don Manuel de Regla Mota debía oír con la serenidad del hombre a quien sólo le interesaba lo que oye dentro de los límites de la política. En su cara larga y grave de gran señor (mejor que de un canario parecía descender de un cordobés) solían rebotar las emociones sin conmoverla. Tenía la rigidez del metal. Sonreía lo menos posible. Sus ojos, de miradas frías y penetrantes, casi no pestañeaban. Su figura austera, más que humana, parecía un producto de la metafísica: de un ensayo de Séneca. Él tenía honorabilidad suficiente para no complicar con preguntas capciosas el proceso de un hombre que se podría convertir en amigo, y la serenidad y dureza necesarias para endosar cualquier castigo que creyera pertinente. Su posición no era incómoda. De todos modos, la última palabra saldría del Consejo de Guerra que se estaba preparando.

Oía el General de División don Manuel de Regla Mota, trazaba frases y frases el pendolista y argüía el General de

Brigada Pedro Florentino. Refería, despertaba en el ambiente de Santo Domingo palabras del Teniente Coronel Morillo pronunciadas en Las Matas de Farfán y reiteraba palabras propias, de las cuales ni Luciano Morillo ni él salían ilesos.

—“¡De mi caballo blanco! Si es él le regalo \$50...”

—“No es él, me contestó; pero es lo mismo que él. Allí debajo de aquella *Ballaonda*, están unas bestias de marota que las he encontrado en la *cañadaonda*; *unas maneadas* y otras sueltas, y las he traído a presentárselas; a lo que le contesté: “mándemelas a casa que procuraremos descubrir el marotero. Luego que se *aprosimaba* la noche de ese mismo día, y temiendo que el mismo marotero se las llevara, consulté con el Capitán de Sección Rafael Aquino que en la actualidad se encontraba en mi casa, sobre si sería bueno echarle una marca para que en todo caso de que se me las llevaran poderlas reclamar y descubrir el que las había cogido. El Capitán Aquino fue de mi opinión. Y a pesar de los temores que tenía de si obraba mal o bien en el particular, este señor me reanimó, haciéndome ver que lo que se hacía no era sino para asegurar las bestias; entonces di la orden para que se les echase una marca del lado de montar figurando un número cinco; pero no la estampa en completo que es P. y F., ligadas, que es la que acostumbro poner a mis animales. Al día siguiente por la mañana, como a las siete, llegó a mi casa el Comandante Morillo a tomar café, como de costumbre, y sacándome del lado afuera de ella hacia la parte del patio me dijo: que quería que partiera los animales y en la mitad que le tocaba le diese una potranca parda que había en las bestias; le contesté que no, que si los animales los dejaba hasta segunda orden era con la intención de descubrir el marotero y cumplir con las órdenes que tenía. El Comandante Morillo se retiró a su casa y me escribió diciéndome que como él había sido puesto de Comte. de As. por mí, hasta aquel día ejercía esas funciones y que si no era acreedor a nada, que en esa misma fecha daba parte al Gobierno.

“Cuanto a decir el Cte. Morillo que propagué que lo tumbaría como tumbé al Coronel Aniceto Martínez y a otros varios, es del todo incierto; porque me consideraba yo muy imbécil en figurarme con unas facultades que no tenía, o consideraba al gobierno muy inepto para que obrase por mi influjo, partiendo del principio de que el Gobierno es quien da los empleos o los

retira. También es falso lo que dice con respecto a haberle yo robado su firma, cuando puede comprobarse mi dicho con Juan Rondón, alférez de Caballería, y Rumuardo Rondón, cabo del regimiento Matas, y Ambrosio del Rosario, sargento 1º del mismo Regto.”.

“Por lo que hace a las marotas, no hay uno en todo aquel Cuartel General que pueda presentarse a justificar por medio de una orden escrita que yo lo autorizara a las marotas, pues desde el día y momento en que recibí órdenes del Gobierno para que se cortase ese abuso, di órdenes *espresas* en la plaza de As. a todos los militares de aquella guarnición y habitantes de la Común, para que no se introdujesen en los campos del enemigo a *marotiar*, porque serían perseguidos conforme las instrucciones que tenía.

“Dióse lectura al prevenido de todo lo contenido de este Acto, y estando conforme lo firmó con el Comte. de Armas interino sin tener que añadir ni quitar y por ante mí el presente secretario que Certifico”.

MANUEL R. MOTA,
(Rúbrica)

P. FLORENTINO,
(Rúbrica).

J. B. MATOS,
Secretario.

.....

Los testigos que respaldaban al General Florentino en su acusación contra Luciano Morillo fueron, a su vez, interrogados de nuevo en Santo Domingo. ¿De qué lo habían acusado? De mantener correspondencia con el General Valentín Alcántara, y, por su mediación, relaciones con el enemigo.

Alcántara era entonces y siguió siendo para el Sur hasta después de morir, no el tránsito de la historia, sino la encarnación del demonio. Su nombre pasó a ser el peor epíteto de injuria: “Ese es un Valentín Alcántara”. “Ese muchacho va a ser tan perverso como Alcántara”. “Tienes el alma tan negra como Alcántara ...” Y así por el estilo.

Para que un hombre inteligente como Florentino pretendiera colgarle tan denigrante sambenito al Teniente Coronel Morillo, como el de amigo de Alcántara, y no dar señales de arrepentimiento, debía tener el alma en eclipse: el Ángel Bueno, en él, estaría entonces aprisionado por la Bestia.

La carta que comprobaba las supuestas relaciones con el enemigo había sido destruida; y las declaraciones de Juan Pérez y de Juan Rondón demostraban, a lo sumo, que Luciano Morillo era propenso a la ira, algo zafado de lengua y un marido que se preocupaba de la salud de su mujer, pero no que fuera un traidor a la patria.

Para tanta gente de tropa como la que permanecía destacada en Las Matas de Farfán, conviviendo con los naturales y atalayando a los invasores, las gallinas resultaban escasas. Cuando venían a acabar de poner el huevo, ya el huevo había desaparecido. Morillo tenía la mujer enferma; necesitaba un huevo para prepararle un remedio: ¡una cataplasma!, y no se encontraba ni un huevo en Las Matas de Farfán... en un momento de cólera blasfemó de la Patria y a sí mismo se maldijo: “¡Maldita República, que no parece nada de lo que uno busca!”. “Malhalla sea cuando no me quedé con los haitianos!” Fue, al fin de cuentas, lo más comprometedor que lo oyeron proferir. Testigos hubo que se retractaron y “anularon sus declaraciones anteriores”... cuando vieron a Pedro Florentino sin mando, destituido y prisionero, y se encontraron cohibidos por las murallas de Santo Domingo. Salvadora Gimenes negó de plano: ella no sabía nada... su hijo no le había enseñado ninguna carta. Uno se arrepintió de lo dicho, “como buen cristiano”. Otro se confesaba a solas, con Abad Alfau... éste le pidió que rectificara la declaración que había prestado bajo juramento ante Juan E. Batista, el mismo Abad y el secretario y poeta José María González, allá, en el lejano pueblo de Las Matas. Dando señales de noble arrepentimiento, ahora decía que obró “por el terror” que le inspiraba el jefe de la frontera del Sur, luego atenuó ante el impávido Manuel de Regla Mota y su nuevo secretario, Esteban María Valencia, diciendo que había obrado bajo el influjo del General Pedro Florentino “por el grandísimo respeto y temor que le tenemos”. A uno que sostenía la acusación (lo de la carta) lo castigaron por perjurio.

El Teniente Coronel Luciano Morillo fue defendido por el Licenciado Félix María Del Monte ante el Consejo de Guerra

que presidía el banilejo Coronel Lorenzo Santamaría, y cuando en la sala de deliberaciones “el dicho Presidente puso la siguiente cuestión: ¿El acusado Luciano Morillo es culpable del hecho que se le imputa?, los jueces le respondieron: —No: el acusado Luciano Morillo no es culpable”.

Pero estaba flotando en el ambiente, palpitaba en los ánimos, se notaba en la premura del Ministro de la Guerra General Pedro Eugenio Pelletier, en la audiencia sin secretario del General Abad Alfau, y en la actividad de tanta gente austera, la necesidad de castigar.

La estrella de Pedro Florentino entraba en un cono de sombra.

III

EL DEFENSOR DE PEDRO FLORENTINO

¿Qué causa nimia y oscura, insignificante para la historia, iniciaría la animadversión entre Pedro Santana y Pedro Florentino? Eran hincheros de origen, hateros fueron el uno y el otro (dueño del *Hato del Prado*, era el primero y, el segundo, del *Hato del Cura*); estampadores de toros y domadores de caballos y de hombres, tenían dones y aficiones comunes para acercarse con natural gratitud y, sin embargo, los separaba instintiva antipatía.

En la investigación preliminar del proceso seguido por Santana a Duvergé (1849), cuando ya lo tenía prisionero y procuraba deshonrarlo y fusilarlo, fue primordial la declaración de Pedro Florentino. Estuvo de acuerdo en que, al final, el gran soldado recargó sobre Alcántara o descuidó las atenciones de las fronteras; mas la *gramática parda* espejeó de suerte que el mismo testimonio se convirtió a la hora del juicio en tributo al patriotismo del héroe, sirviéndole a Félix María Del Monte como uno de los pilares de la célebre defensa. Santana sustituyó entonces a Florentino con Francisco Sosa... pero no es preciso buscarle a una instintiva antipatía remoto origen.

El General Pedro Santana era antes que nada y por encima de todos un jefe, modelaba hombres y les imprimía su sello de

propietario con la misma facilidad con que marcaba a sus animales; y Pedro Florentino había ido creciendo sin pedirle permiso a nadie². Primero se fue empujando al lado de Duvergé y luego alcanzó la alta posición que ambicionaba la jefatura de las fronteras del Sur, durante la administración de Buenaventura Báez; y le reconocieron los entorchados de general a raíz de recuperar las defensas de Cacimán mediante el ultimátum a los haitianos que le dio renombre. Cuando Pedro Santana hablaba con sus generales los miraba con fijeza y le gustaba que bajaran la vista ante la suya "irresistible"; y el Pedro Florentino, que alardeaba de compañerismo entre los humildes, con modales suaves aprendidos de su madre de adopción (la francesa Madame Viuda Silví) era tieso y arrogante y tenía los ojos grandes y duros: no se plegaban por gusto ajeno.

No era, no podía ser todavía, Pedro Florentino un enemigo de "El Libertador". El *baecismo* no había nacido. Él era aún el político de pueblo, para quien Santana y Báez serían lo mismo... siempre que lo mantuvieran en el mando de las fronteras, límite entonces de sus aspiraciones. Su creciente popularidad regional tendía a ese fin único.

Pero nadie gana prestigio en los pueblos del Sur ni lo conserva si percibe sueldo y no regala...

La guerra de represalias debió ser muy de su gusto, y el mandato de Báez: "yo le ordeno a usted no solamente la mayor vigilancia, sino lo que es más, estar en todo a la recíproca", tuvo que parecerle un espléndido resorte para sus ambiciones: entrañaba un motivo de continuo alerta, algo de azar, y el entrenamiento del valor y la arrogancia para beber en la fuente inagotable de recursos. Aunque se manifestara obediente a la voluntad presidencial, ordenando públicamente el cese de las *marotas* (la vuelta a la guerra defensiva de Santana) y las calificara como "abuso", ni él ni ningún habitante de las regiones fronterizas podía creer en aquel tiempo que matar haitianos, arrasar sus viviendas y plantaciones y quitarles el ganado, fueran acciones vituperables. La tregua no era el cese definitivo de la guerra. El hatero del Este consideraba la *marota* como un

2. "Durante la guerra no necesito adular para ser jefe, si no es precipitándome ante el enemigo... Porque no es de mi carácter adular ni escribir para ganar cargo". Palabras de Florentino al Gral. V. Alcántara. (Proceso de V. A. -1849).

robo y así la calificaba; para uno de las fronteras del Sur no pasaba de ser justa y consentida represalia. Olvidó la verdad Pedro Florentino ante Manuel de Regla Mota diciendo que la *marota* era “un abuso”; él no podía creer eso.

* *

*

Estaba despojado del cargo y *subjúdice*. Estaba caído. Pade-
cía en su ánimo la derrota, aunque anduviera fingiendo fortaleza de ánimo y aparentara indiferencia por el mando que perdía; expresando que “el Gobierno tiene la capacidad de dar y de retirar los cargos públicos”, pensaba en los cargos de otros; pero no en el suyo, en el que él había ganado a tiros y machetazos durante nueve años de peleas.

Para aquel hombre alto y empenachado de arrogancia, con sentimiento del honor militar encendido de soberbia, el castigo que le iban a imponer tenía que parecerle afrentoso hasta el ridículo. ¡Si irían a contemplar en Santo Domingo a un Pedro Florentino deprimido, sumiso, domado como toro de carreta por el General Pedro Santana!

* *

*

El Presidente de la República puntualizó su acusación en documento que dice, después de ritual prolegómeno:

“Atendiendo: 1º, a las quejas elevadas por el Tte. Coronel Luciano Morillo contra el General Pedro Florentino, 2º, al completo abandono en que la Comisión (Alfau y Batista) encontró las fronteras del Sur, abandono que tenía llenos de inquietud y temor a los habitantes; 3º, a falsos informes dados por él a la autoridad superior (lo que lo *espone* a ser despedido del servicio y a ser tratado como testigo falso; pero que además ha seducido testigos, etc., cuyos hechos bastan para atraer contra el General Pedro Florentino la aplicación de las leyes penales”,

y "siendo además de jurisprudencia que cuando una ley particular y excepcional no menciona un hecho previsto, estensiva a todas, es a esta ley común que se debe ocurrir; —Considerando: que el culpable estado de abandono en que, en su calidad de jefe de frontera, el General Pedro Florentino ha mantenido la línea sin guarnición, es un hecho que no sólo ha comprometido los puestos confiados a su vigilancia; pero también la seguridad de la República; Visto el Art.210 de la Constitución: —Vengo en ordenar y ordeno: que por los motivos espuestos en el presente Decreto y acto de denuncia, el Sr. Gral. de Brigada Pedro Florentino, ex-Gefe de las Fronteras del Sud, sea sometido al Consejo de Guerra de esta Provincia Capital por órgano del Gral. de División Regla Mota, Gefe Superior Político de esta Provincia y Cte. de Armas Int. de esta Capital; después de haber tomado conocimiento del presente Decreto y acto de denuncia y demás piezas e informes que le serán remitidos por el Ministro de la Guerra procederá inmediatamente y tan pronto como acaben de llenarse las formalidades indicadas por el referido artículo, a enviar todas las piezas", etc. "al Fiscal del Consejo de Guerra de esta provincia, quedando el prevenido a disposición de dicho Consejo que será compuesto como lo indica el Decreto dado en esta misma fecha", etc., "reservándose el P. Ejecutivo tomar cualquiera otra medida, si hubiere lugar, después que el Consejo de Guerra haya pronunciado su sentencia. Santo Domingo 6 de junio de 1853 y 10° de la Patria. —Santana".

El Ministro de la Guerra le dio curso a la orden del Presidente de la República, anexándole al oficio No.172 del mismo día 6, dirigido a Don Manuel de Regla Mota, y agregó con letra menuda: "Para no retardar el curso del asunto, se lo mando sin el Decreto que nombra el General y el Te. Coronel que deben entrar en la composición del Consejo; pero mañana temprano se lo remitiré. El Mtro. encargado de la Cartera, P. E. Pelletier".

El mismo día escogió Santana a los señores que completarían el Consejo y decretó su nombramiento. En la mañana del 7 le dio Pelletier curso al Decreto y la Comisión Militar quedó formada así: -Presidente, General Merced Marcano; Vicepresidente, coronel Lorenzo Santamaría; Vocales: Tte. Coronel Gregorio Martínez, Tte. Coronel Asunción Nin; Capitán Isidoro Megía, Sub Tte. Manuel de Regla, Tte. Francisco Camarena,

Esteban Pozo, Capitán Acusador Fiscal, y Federico Aybar, Capitán Secretario.

Los miembros de la Comisión Militar se reunieron en la casa del Ayuntamiento y el Presidente ordenó que compareciera el prevenido. Cuando Pedro Florentino apareció en el umbral, el salón se llenó de ojos y todos los ojos miraban fijamente hacia su persona. En los ojos de aquellos varones irreprochables resplandecía cuanto de Pedro Santana había emanado... Tenían la virtud íntegra de la ciudadanía, la gravedad de la ley, la autoridad catastrófica del Poder Ejecutivo y la gracia de dar y de quitar la vida, que Santana había recibido de Dios. El salón cuadrangular, donde los ediles se solían reunir, lucía puertas ornamentales de caoba, estaba estucado con sobriedad y belleza y sus paredes hablaban, emplazaban, con grandísimas letras de relieve:

*“Los que en aquestos estrados
juntos regís y mandais,
mirad bien lo que juzgais”...*

¡Mirad bien a quién juzgais... y ved ante quién juzgais!...

El Acusador Fiscal estaba hinchado, rebosante de severas virtudes, y los jueces, aun antes de oír la acusación, principiaron a fruncir el ceño, afectados del contagio.

Preguntóle el Presidente al acusado quién era su defensor... No tenía: no había pensado en eso. Acaso no intentaba defenderse, sin fe en los jueces ni en los defensores desconocidos, cuando apareció un hombre para encargarse de su defensa. Aquel hombre había sufrido los más cruentos dolores y afrontado los más grandes riesgos por la libertad de sus conciudadanos, y de sus labios no se apagaba una sonrisa de candor innato. Él proclamó la independenciam de la República por su propia autoridad y por la de Juan Pablo Duarte; él fue acusado de traición a la República y, como bestia dañina, expulsado de su tierra; Santana le exterminó en el patíbulo a un hermano y a una tía... ¿Quién habla de castigo ante aquel varón de Dios? ¿Y con qué derecho manda a castigar el impenitente, el que no se ha castigado? Aquel hombre conservaba y conservaría la fe en

el bien, la fe en la regeneración de sus compatriotas, la fe en el destino, de la República, la mística fe de él y de su compañero, la fe que nada empañaría y no se debilitaría ni a la hora de morir. Aquel hombre, el más digno de fe de los habitantes de la ciudad, no podía ser sospechoso para Pedro Florentino: porque se llamaba Francisco del Rosario Sánchez.

IV

SÁNCHEZ Y PEDRO FLORENTINO

El Presidente de la República y sus allegados adulteraron la causa de la justicia al revestir la destitución del Jefe de las Fronteras del Sur, en el proceso que le seguían, de un ropaje jurídico perfumado de malicia. Desde que Santana se enfrascó en Atendiendos y Considerandos y habló de "jurisprudencia", enredándose en "ley particular y leyes excepcionales", como si fuera leguleyo, arrojando falsos cargos sobre la falta verdadera, si la hubo, imitó, repitió y exageró el recurso de Florentino³. Con enredado proceder menguó su alto papel, de Jefe de Estado, y desvirtuó la pena que al principio parecía merecida, necesaria y dignificadora. "El abandono en que la Comisión (Abad Alfau y Batista) encontró la frontera", cargo sumado en el expediente, era consecuencia de la desconfianza política expresada en la conjetura preliminar: "y si llegan a descubrir, por algunas declaraciones, que el dicho Jefe de Fronteras sea culpable o cómplice de alguna conspiración", etc.

No se trataba, en realidad, de mostrarse justiciero, de comprobar faltas, ni de castigar el pecado de un funcionario, ni de retirar a éste del puesto público que venía desempeñando, sino de asir la ocasión para cubrir de descrédito público a un General que crecía en prestigio, a cuyo influjo se plegaban las voluntades de particulares y los oficiales subalternos, y a quien

3. La verdad del cargo peligroso de Florentino contra Morillo... "y se cartea con Valentín Alcántara", se comprobó años después, cuando Domingo Ramírez y Morillo, de acuerdo con Alcántara se alzaron contra la República.

confesaban que obedecían “por el grandísimo temor y respeto que le tenemos”. El recurso de Comisiones y Consejo de Guerra y el enredo de *ley particular* y *leyes excepcionales*, patentizaban la maña de arriba contra el posible amaño de abajo.

Yo no sé por qué en las asambleas formadas por jueces, acusador, acusados y defensores, desaparece necesariamente, fatalmente, el hombre cuando se debería distinguir transparentando la más elevada dignidad humana. Pero desde que el individuo, el ciudadano, se aproxima a la audiencia en la que ha de intervenir, va enrevesando razones y complicando la verdad de tal manera que cuando habla en el tribunal ni la verdad es la verdad, ni aquel individuo es la persona natural que salió de su casa dispuesta a cumplir un deber sagrado. Sobre la imagen de Jesús crucificado extienden la mano, “juran decir la verdad y nada más que la verdad”, y los que juran y los que toman el juramento se creen obligados a producir, con ceño torvo, verdades circunstanciales. En un momento que es supremo, el tribunal se convierte en mentidero público, escenario de teatro donde los actores son cómicos peligrosos, porque de sus papeles penden la tranquilidad, la reputación, o la vida. El Fiscal o acusador ven en el pollo que se ha robado un hambriento, no un pollo, sino algo grande y abstracto, un símbolo, cuando menos el gallo que cantó cuando Pedro negó a Cristo. Un cuchillo cualquiera es el puñal de Bruto, pronto a herir y trastornar los fundamentos sociales, si los jueces no hacen caer sobre el que lo poseía “la espada de la justicia”. Es su retórica. El defensor se encarga luego de elogiar al acusador, alabar la prudencia de los jueces y cuando no se limita a pedir la absolución de un criminal, pide, como Sócrates, que lo indemnicen pagándole una pensión por cuenta del Estado.

Ante la Comisión Militar reunida en pleno, “El Presidente hizo depositar sobre un bufete un ejemplar del Código Penal Militar”. “El prevenido compareció libre de grillos”. “El Presidente mandó a la guardia que se mantuviera en las diferentes puertas de la sala”. Y “habiéndose presentado el consejo del acusado fue advertido por el Presidente de que no podía decir nada contra su propia conciencia ni contra el respeto debido a la ley, sin incurrir en una infracción punible por la ley”. “El Presidente dijo al acusado”: ¡He aquí de lo que está usted acusado! Ahora oirá los cargos que contra usted se producen”.

Seguidamente el Acusador Fiscal *espuso* el objeto de la acusación, etc. Dijo: "el General Pedro Florentino resulta acusado de un conjunto de faltas graves" (reiteró los cargos formulados y sometidos a los jueces por el Presidente Pedro Santana y agregó): "cuyas pruebas son indestructibles y deberéis apreciar en rigurosos términos de justicia". "La estabilidad de los Gobiernos, la seguridad pública y las de las propiedades reposan en la estricta observancia de las leyes que son la égida protectora y la columna más fuerte que sostiene el edificio social".

A continuación citó textos, artículos, testimonios, etc. etc., y basando sus conclusiones en el Código Penal, "en virtud de las disposiciones concordantes en el artículo 68 del mismo código", pidió que Florentino fuera condenado a "trabajos forzados durante tres años a lo menos y cinco a lo más". Y, "debiendo aguardar al acusado en sus medios de defensa, me reserbo de reasumir la causa hasta *hoir a dicho Consejo*".

El alegato de Francisco del Rosario Sánchez en defensa del General Pedro Florentino, no aparece, como otros documentos, anexo al expediente del proceso. Pérdida lamentable. Aparte del gran valor histórico que tendría pieza de tanta importancia, serviría para ejemplo de amplitud y elevación de juicio. El hecho de que el General Florentino se presentara ante el Consejo Militar sin abogado que lo defendiera y de que el Presidente del tremendo organismo "en virtud de las facultades que le atribuía el Art. 199 le nombrara defensor ppc° "no quiere decir que Sánchez actuara automáticamente, obedeciendo a Merced Marcano, ni que fuera abogado de oficio, ni que en aquel momento se encontrara rondando a caza de pesos fuertes. Hombre de bien, político, víctima y enemigo de Santana, aprovechaba el momento propicio para ganarse a un General caído en desgracia quien, si sabía agradecer, podría ser útil en las admisibles contingencias del futuro; pero, de todos modos, haría obra buena evitando el escarnio que iban arrojar sobre la reputación de un tenaz defensor de la República.

El Presidente Marcano hizo comparecer testigos, oyeron declaraciones, se llenaron formalidades, hizo conducir al acusado fuera de la sala del auditorio bien custodiado y el Consejo permaneció en la Cámara de deliberaciones en donde el dicho Presidente puso la siguiente cuestión: "¿El acusado Pedro Florentino es culpable de los hechos que se le imputan?". "Los

jueces dieron su opinión en el orden establecido en el Art. 221 del mencionado Código". "Respondieron: la mayoría absoluta: -Sí, el acusado Pedro Florentino es culpable". "El Presidente hizo abrir la puerta de la sala a la que por su orden fue conducido el acusado y habiendo comparecido éste se le comunicó la declaración del Consejo". "Los jueces volvieron a la Cámara de deliberaciones y dieron su fallo condenando al nombrado Pedro Florentino, General de Brigada, a un año de prisión, a suspensión de empleo, a disposición del Presidente de la República y al mismo tiempo de su condena bajo la Alta Policía".

* *

*

El Presidente Santana tenía el poder de permitir y de quitar la vida; de mancillar y de restaurar conciencias, virtudes y reputaciones. Él acusó al General Pedro Florentino en julio de 1853, igual que a Duvergé en 1849, de tener "en abandono criminal las fronteras", de la República y, además, de ser "testigo falso y seductor de testigos". Para castigar las faltas del procesado y deslustrar su conducta se reservó "*dictar cualquiera medida* sobre el fallo y la condena del tribunal militar en cuyo seno el Acusador Fiscal, designado a gusto del Presidente de la República, pidió que condenaran al presunto delincuente a "trabajos forzados durante tres años a lo menos y cinco a lo más". Y ya en abril de 1855, cuando todavía el General Pedro Florentino se encontraba "bajo la vigilancia de la Alta Policía" cumpliendo la condena que le impuso el mismo gobierno presidido por Santana, éste lo seleccionó, como al hombre más adecuado, y lo nombró juez para que presidiera el Consejo de Guerra que debería juzgar y condenar a muerte a 25 conspiradores. ¿Qué concepto tenía Pedro Santana de la moral, de la inteligencia, y de la conciencia necesarias a un buen juez? Entre los conspiradores figuraba Francisco del Rosario Sánchez, el defensor de Pedro Florentino.

¿Qué pensó Pedro Santana de la gratitud humana? En un año y nueve meses le retoñaron las virtudes al presunto delincuen-

te, dignificándose hasta ser elevado a la categoría del juez que debería ser incorruptible: incorruptible al terror que inspiró Santana, a las penalidades de sus presidios, a sus fusilamientos y a las ofertas de su gobierno. Florentino aceptó la designación que lo rehabilitaba ante la conciencia pública y aun ante los peores enemigos, y como juez actuó en pugna con la voluntad del Presidente Santana salvando a los conspiradores. Entonces el juez Presidente del Consejo de Guerra, fue de nuevo considerado criminal, enviado a la cárcel y sometido a otro Consejo de Guerra para que lo juzgara ahora "por traidor" y le impusiera la pena correspondiente.

¿Cómo escapó en tan difícil trance? ¿Por qué causa el General Pedro Florentino apareció en el Cibao a fines del mismo año 1855 mandando uno de los tres cuerpos del ejército que derrotó definitivamente a los haitianos en la batalla de Sabanalarga y Jácuba? Lo mandaron a aquella región a cumplir pena de confinamiento?

Con la intervención de Francisco del Rosario Sánchez, en el proceso, se abren ventanas morales en el calabozo del General Pedro Florentino por donde se asoma y ve nuevas perspectivas de la vida humana. Deja de ser el político de pueblo cuyas ambiciones colindan con las fronteras del Sur, y se alza sobre sí mismo. Crece de conciencia y comprende que existen hombres superiores a él y a Pedro Santana. Cree en los inteligentes, cree en la inteligencia. Desde entonces, hasta llegar al momento pavoroso de La Urca, creará más que nunca en la independencia absoluta de la patria y, como advierte M. A. Peña Batlle, por encima de todo será "el nacionalista integral", credo por el que ha de matar y ha de morir.⁴

4. Las hijas del General P. Florentino: Silveria, hija de María Pío Montes de Oca y Eugenia (la que después de muerto el padre) casó con un general haitiano, vivían en la casa particular, residencia del General Florentino, bajo la autoridad casera de Juana Florentino, de rígidas costumbres. En casa aparte vivía María Pérez, machorra.

Mientras Florentino estuvo en la "Torre del Homenaje" (un año) la hermana, Juana, estuvo en Santo Domingo atendiendo en sus necesidades: alimento, ropa limpia, etc. Ignoro qué familiar vivió en el hogar paterno con las hijas durante ese tiempo. Florentino, según declaró respondiendo al ser interrogado en el proceso, era soltero. Reconoció legalmente a las hijas. El dato, suministrado por familiares de su matrimonio con Clemencia Chaves, o Charles, está equivocado.

PROCESOS Y FUSILAMIENTO DE ANTONIO DUVERGÉ

ORACIÓN INAUGURAL

Excelentísimo Señor Presidente de la República.
Honorables Dignatarios de la Nación.
Honorables Representantes de las Fuerzas Armadas.
Señoras. Señores.

En este instante nos une el deber de rendir tributo. Venimos a inaugurar la estatua ecuestre, el primer monumento erigido al magnífico ejemplar humano que fue, que es, Antonio Duvergé.

El Señor Presidente de la República, conecedor de la Historia Patria, trabajador que sabe lo que se ha de realizar, y realiza, para dar principio a este acto solemne, homenaje al Centinela de la Frontera, al forjador de caracteres y maestro de guerreros libertadores, designó al investigador humilde que ha dado prueba de ser un admirador más del General Duvergé, escribiendo y publicando capítulos relativos al hombre a quien tanto le debe la Independencia de la República Dominicana: al libertador representativo de virtudes, que a continuación de servicios, callados padecimientos y sufrimientos imponderables, en premio de sus victorias cosechó ultraje, grillo infamante y patíbulo inmisericorde. Héroe inmaculado, uno más coronado de espinas. Héroe, que aplicado a él sí es válido el calificativo, que mal atribuido emana tufo de profanación.

—¿Cómo era, cómo es aquel hombre, moral y espiritualmente? Es de los muertos que en la memoria crecen. El que no lo conozca aún que lea *El Centinela de la Frontera*, estudio básico, compendio de su vida y numerosas hazañas.

En septiembre de 1964, acabando de leer el citado libro, publiqué en el *Listín Diario* dos extensos artículos en su alabanza, cuando Balaguer estaba acosado de la República y suponíamos que él era un pretérito en desuso como los fósforos de peine utilizados en tiempo de Duvergé. Valga la aclaración, para evitar que algún "crítico de mesa redonda" imagine que él que no supo adular, "ya en el umbral de la muerte" se está convirtiendo en adulón de gobernantes.

—¿Cómo era Duvergé físicamente? —Ni bello ni feo: alto, seco, huesudo, blanco con el sombrero puesto y grifo cuando se lo quitaba. Así lo describió Don Manuel de Jesús Santana, un familiar del General Pedro Santana.

—¿Cuál fue el origen de Duvergé? En Santo Domingo el libertador que tiene padre carece de abuelo, escribí en *Viejas memorias*, y reitero. Desde que España nos donó a Francia se fueron muchos; inmigrantes de ignoto origen y procedencias distintas paulatinamente aumentaron el mermado número de habitantes de raíz hispánica. Mezcla de razas florecida sobre humanos aluviones, formó una familia nueva: familia de admirable espíritu que en 1844 se proclamó República Dominicana: República independiente, limpia de oligarcas, libre de prejuicios sociales, libre de amargos resentimientos, reciamente escudada en la religión católica y apegada a nuestro idioma de claras y sonoras voces.

Bien sé que me repito. Pero cuando se quiere desautorizar engreimientos injustificables, cuando se trata de divulgar quién era Antonio Duvergé para que los estudiantes entiendan y vean en él un prototipo de la democracia, y los militares no olviden que no es mengua carecer de abuelos, porque los méritos del buen militar estriban en la sana conducta, y que el rasgo prevaleciente del carácter de Duvergé fue la modestia con que se subordinaba al Poder Civil y al superior jerárquico, aunque en su fuero interno comprendiera que el gobernante y el jefe inmediato no siempre han sido superiores en cualidades y competencia a todos los subalternos. En un país de individualismo no siempre bien entendido, ¡cuántas insurrecciones,

cuántas desgracias, cuánta ruina, cuánto luto, se hubieran economizado si los militares y los políticos hubiesen recordado las virtudes de Duvergé!

En nuestra turbulenta democracia Duvergé es lección que se debe aprender y ejemplo que deberíamos seguir. No basta decirlo una vez: hay que repetir, "hay que martillar, hay que volverse martillo", según la sagaz expresión de un ironista antillano.

¿Para qué rastrear origen? Que el padre del gran guerrero vino con su consorte huyendo de Haití cuando los libertos se entusiasmaron degollando blancos y cortando cabezas para afirmar el supremo deber de ser libres. Que el matrimonio se trasladó de aquí a Mayagüez, temporalmente, acaso cuando Dessalines asediaba a Santo Domingo. Que en camino o bosque nació Duvergé y por eso lo llamaban Buá, escribió el poeta Don Félix M. Del Monte. Que lo apodaban Buá, cuenta el Dr. Alcides García... Que a los dominicanos les gustan los caramillos y las leyendas como a los primitivos los cascabeles, advierte el Dr. Francisco Henriquez y Carvajal.

Cuando el General Duvergé vino de la Frontera a rescindir el Contrato que lo asociaba a la Casa R. Coén y Cía, en negocio de la explotación de maderas preciosas, bajo acta notarial escribió su nombre completo así: —Antonio Duvergé— Bois Gency. La firma auténtica, escrita ante Notario, desvirtúa poética interpretación y apodo. Tradúzcase al español el apellido: del Vergel, o Monte Gency. Se vislumbra arcaica hidalguía. El General, demócrata y ocupadísimo en el desempeño de sus deberes, redujo a una sílaba apellido y nombre y así se hizo más popular entre admiradores y subalternos.

En la rescisión del Contrato consta el número de carretas y yuntas de bueyes... (20%) y fueron numerosos los animales de carga para el servicio; cantidad que autoriza a creer que los boyeros, arrieros, trozadores de árboles con hacha y sierra, capataces y demás trabajadores, pasaban de ciento veinte. El que Duvergé apareciera asociado a la famosa Casa Roschild Coén le facilitó relacionarse pronto con familias principales del Sur, y la importancia del negocio que lo obligaba a recorrer caminos y aldeas lo hicieron insospechable como conspirador al juicio de los mandatarios, que sólo veían en él a un provechoso productor de ingresos fiscales.

Él y los trabajadores de su dependencia, fueron el núcleo inicial en el Sur, al que se unieron los separatistas de la región cuando aún no había repercutido la arenga pronunciada por Sánchez sobre el Baluarte del Conde. Por eso cuando Pedro Santana acantonó su improvisada tropa a orilla del Vía, ya prominentes azuanos habían sublevado la provincia del Sur y tenían a Duvergé como su dirigente; por eso al distinguirse él sobre todos en el sangriento choque de vanguardias, que todavía llaman Batalla del 19 de Marzo, cuando el General Santana ordenó la retirada salvadora, teniendo en cuenta que su tropa deficientemente armada no podría resistir el ataque de un ejército de más de doce mil hombres, bien equipados, Duvergé fue designado para ocupar y defender el sitio clave de San José de Ocoa y derrotó a los haitianos en el Memiso. Por eso, cuando al Presidente de Haití lo derrocaron y regresó a Port-au-Prince, con aprobación unánime Duvergé fue escogido y nombrado General en Jefe de la Frontera.

Allá, compañero, soldado y jefe, bañándose en arroyos y ríos cuando los invasores le daban tregua; a la intemperie, acostado sobre el capote espantando mosquitos, o en el capote arropado bajo aguaceros, a ratos dormía. Narrar ahora parte de las hazañas y vicisitudes del paladín infatigable, sería fatigar a los oyentes. Centinela alerta, alerta siempre, y cada día peleando, discurrieron más de cuatro años cuando a Las Matas de Farfán llegó la noticia de que el Presidente Santana fue sustituido en el mando de la Nación por Don Manuel Jimenes.

Al Jefe de la Frontera, discreto, se ignora si le preocupó la noticia: él no era un político, sino el subordinado, obediente al superior gobernante. Pero meses después en lugar de los suministros necesarios llegaban intrigas... Que al Presidente Jimenes le gustan los gallos de pelea, sobre todo los gallos canelos.

Por la penuria de recursos se quejaban los subalternos. ¡Maldito lugar!, gruñe el Teniente Coronel Luciano Morillo, valeroso y suelto de lengua, porque la penuria no le permite comprar la gallina prieta para la cataplasma que el curandero le ha recetado a su esposa calenturienta.

—Tendré que mandar a Santo Domingo tres correos diarios, para ver si dejan de ser apáticos... le oyen decir al sufrido jefe, al que nunca habían oído quejarse.

Protestó el Regimiento de La Vega, amenazando irse. Duvergé no aprendió a fusilar, no sabía imponer su autoridad mediante fusilamientos.

—Váyanse, exclama a punto de agotársele la paciencia, que para la defensa de la Patria me bastan los valientes...

Pedro Florentino atestiguó que el General aquel día tuvo sobrada paciencia.

Tal era el ambiente en la línea fronteriza cuando Soulouque invadió en 1849. Desde los primeros combates retrocedió el Ejército dominicano. Se perdió Las Matas de Farfán y se perdieron San Juan y Azua. En Santo Domingo aprovechan el apuro para conspirar, y conspiran. Atizan y encabezan la discordia el Presidente del Senado y el del Tribunado: Don Buenaventura Báez y Don Félix M. Del Monte. En ausencia del Presidente Jimenes llaman al General Santana, que acude. Y cuando el Presidente y el General Santana se enfrentan en entrevista, no se ponen de acuerdo. Los conspiradores quieren que del mando del ejército del Sur sea encargado el General Santana, y Jimenes se opone diciendo que en la República ningún militar supera al General Duvergé. A lo sumo acepta que Santana vaya al Sur como adjunto del Jefe de la Frontera...

Viene a la memoria la Jura de Santa Gadea, cuando el Cid le exige al Rey heredero que jure sobre ballesta de palo, o no será Rey.

—Jure, jure... le secretea un ducho cortesano al nuevo Monarca, que nunca hubo Rey Traidor ni Papa descomulgado...

Aconsejado antes de la segunda entrevista, se inclinó el General Santana y salió hacia el Sur nombrado General Adjunto del Jefe de la Frontera. El nombramiento oficial consta en papel de hilo, timbrado. Llegó al campamento luego del sangrientísimo combate de El Número y se encontró con su Ex-Lugarteniente y amigo, a quien le presentó las credenciales.

Han transcurrido 121 años desde la entrevista. Nadie ignora que el Presidente Jimenes no carecía de cultura y que el General Duvergé era hombre de pocas letras; pero de más claro juicio que el Presidente. Al leer el nombramiento no pudo dejar de asombrarse:

¿Cómo concebir que el General Santana, caudillo de la conspiración que minaba al Ejército, se resignara a desempeñar papel de subordinado para afirmar en el Poder a Manuel

Jimenes? Frente al haitiano, el enemigo común, el General Duvergé se vio en la alternativa de batirse contra los compañeros de armas facilitando el triunfo de los invasores, o traicionar sus propios principios sumándose a la rebelión. Hora después entregó al mando y salió hacia Santo Domingo ardiendo de calentura palúdica. Ya de noche, obligado por la fiebre, se detuvo en Baní a reposar, cuando a su alcance llegaron los Generales Miura y Abad Alfau, e informaron:

—El General Santana llama al General Duvergé: que los haitianos vienen y ya han pasado de El Número.

El General Duvergé, aliviado o no de la calentura, regresó al campamento acompañando a Miura y Abad Alfau... Señaló sobre el terreno los sitios favorables para dar la batalla y entró en acción.

Se abren signos interrogativos. Preciso es admitir que el General Duvergé fue necesario para ganar la batalla de Las Carreras, o aceptar lo que en sana moral ni se presume: que al llamarlo tuvieron el propósito de usarlo e inutilizarlo impidiendo que llegara a Santo Domingo.

Después de la célebre batalla que prestigió al General Santana hasta ennoblecerlo con el marquesado de las Carreras, derrotados los haitianos, fue el General Duvergé invitado a sumarse a los conspiradores. Negóse. ¿Fue brusco al responder? Irrumpió ahí, inmediatamente, el odio del General Santana contra el que hasta entonces era su amigo. Rato después el General Juan Pablo Contreras, apartando con disimulo al General Duvergé de sus Edecanes, lo aprehendió en Azua, de cuya plaza era Comandante de Armas: un subordinado del Gobernador de la Provincia y General en Jefe de la Frontera...

Tres cargos graves constan en la inquisición infamante urdida por el General Santana contra el General Duvergé, tendientes a hacerlo aparecer merecedor de la degradación y la muerte:

1° El de traidor a la patria en complicidad con el Brigadier Valentín Alcántara;

2° El del abandono criminal en que tenía el cuidado de la Frontera;

3° El de ultraje público y escandaloso inferido al Regimiento de La Vega...

Tres falsas acusaciones: tres clavos aviesamente aguzados para clavarlo en Cruz.

Los oficiales del Ejército del Sur, hombres enteros, con excepción de tres de reputación dañada¹, aunque sabían que su jefe estaba cautivo y destituido atestiguaron a su favor. El Lic. Félix M. Del Monte, uno de los inspiradores de la sublevación que fue punto inicial del derrumbamiento de Duvergé, pasó a ser uno de los abogados de la defensa, por influjo de Su Señoría Ilustrísima Portes e Infante, lo defendió su sobrino político el jurisconsulto Francisco X. Faulau; fue su defensor R. Caminero, prestigioso abogado de la Casa Roschild, Coén y Ca.; y Francisco del Rosario Sánchez, el que pretendían que fuera Fiscal Acusador, fue de los más eficaces en la defensa.

Al final del proceso el Presidente del Tribunal Militar, "propuso a los demás miembros la siguiente cuestión:

—“¿El prevenido General Antonio Duvergé es culpable del hecho que se le imputa?”

—“No es culpable... —respondieron los demás jueces”.

La absolución del General Antonio Duvergé, como final del proceso de 1849, se sobrentiende que fue triunfo de los oficiales del Ejército del Sur, por la actitud asumida al deponer en su defensa; triunfo de los abogados, sus defensores, y del Fiscal, y de los jueces que tuvieran claro concepto de la Justicia; y algo debió contribuir al fallo la conciencia pública alarmada.

—¿Pero la liberación fue verdadera, o disimulado confinamiento?

Duvergé era hombre del Sur, aunque parte de su adolescencia discurriera en Higüey. Mandarlo a vivir en el Este era entregarlo, era fiarse ingenuamente del General Santana, dueño absoluto entonces de la Provincia del Seibo, en donde años después el General Duvergé fue sometido por él a un Tribunal de Militares sumisos para que lo condenaran a muerte, con fallo urgente y sin apelación admisible.

1. Nombres de oficiales que atestiguaron contra el General A. Duvergé:

—Santiago de Óleo: el mismo que traicionó a F. del R. Sánchez, contribuyendo al genocidio de San Juan de la Maguana.

—Luciano Morillo, segundo en la traición de D. Ramírez, favorecidos por V. Alcántara.

—...Fulano... Ramírez, cuyo testimonio, por falso, consiguió Sánchez anular.

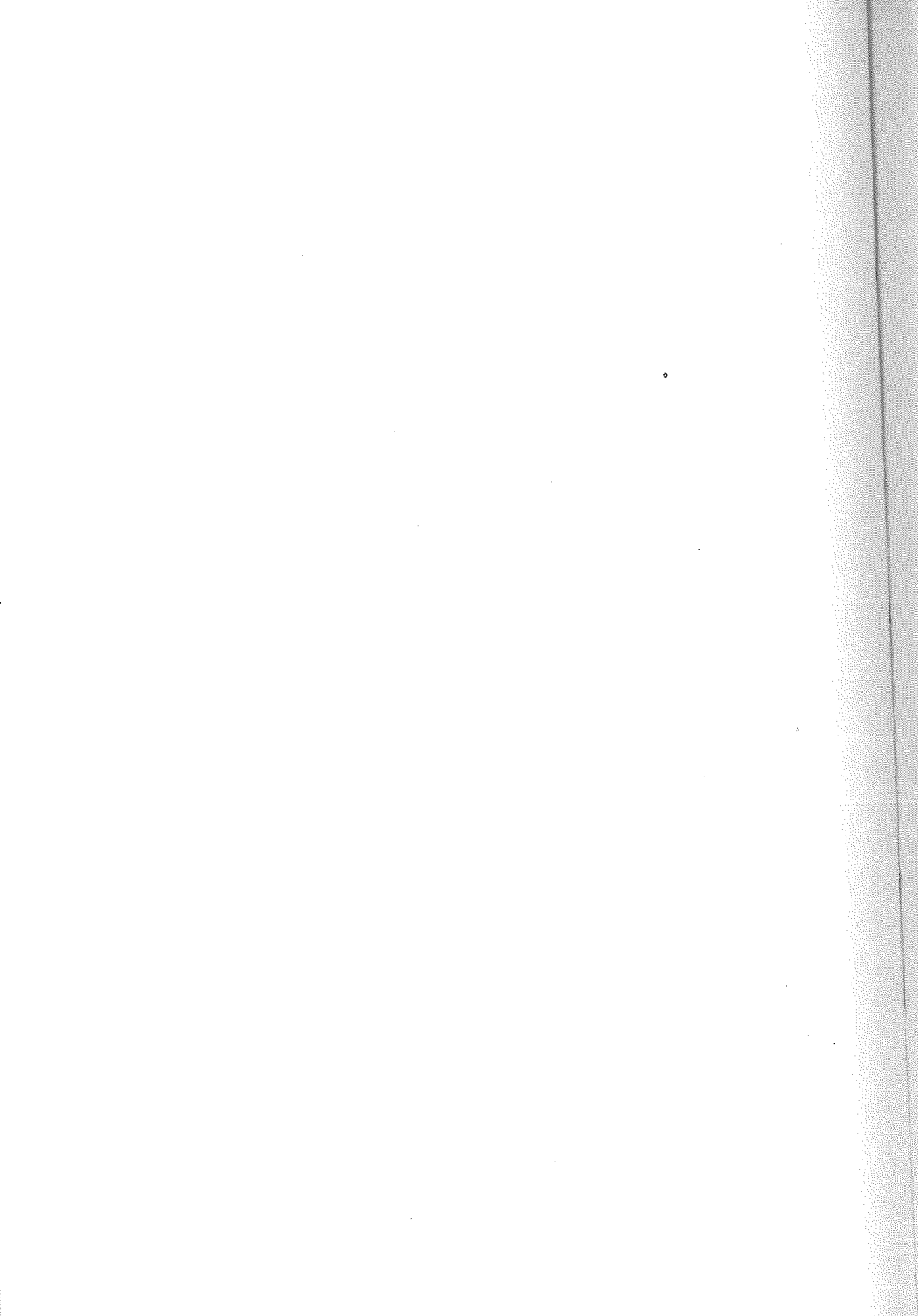
—Marcos Hernández, a quien ordenó el General Florentino que fusilaran por traidor a la República.

¡Implacable odiador, Don Pedro Santana! Para desfogar su rencor, una vez más convirtió a los jueces en asesinos y en verdugos a los ejecutores de la sentencia!

Así, en patíbulo, murió el General Antonio Duvergé, el hombre que durante más de un lustro fue antemural de la República Dominicana en guerra de Independencia, o, exactamente, el Centinela de la Frontera.

VIEJAS MEMORIAS¹

1. Primera serie: 1941. Primera y segunda series reunidas: 1968.



*La causa de la libertad no es la causa
de un pueblo, ni de un número de na-
ciones: es la causa del género humano,
¡la causa evangélica, la causa de Dios!*

José María Cabral



PRELIMINAR

Con la publicación del primer volumen de Viejas memorias pretendió el autor rendirle homenaje al venerado tío y maestro Don Federico Henríquez y Carvajal, presidente que fue de la Academia de la Historia de Santo Domingo. Vendidos o regalados, circularon pocos ejemplares de aquella edición y se agregan hoy capítulos a la segunda serie.

Alentaba el maestro, centenario, y le era grato, que mantuvieran vivos en la mente de los estudiantes nombres de próceres que se han venido olvidando. Con amor recordaba y describía él a Juan Ciriaco Fafá: "recio de contextura, aindiado, ecuaníme, y tan manso y bondadoso en la paz como valiente en la guerra". Creía que sin su oportuna llegada a Santomé, esfuerzos y sacrificios mayores hubiesen tenido que realizar José María Cabral y Eusebio Puello para ganar la batalla famosa. El oyente pensaba: —Señor... este viejo no deja de ser maestro ni en el pretil del sepulcro.

En números sucesivos del periódico La Nación, de Santo Domingo, publicó el autor 22 capítulos relativos a la inquisición de la conducta del Brigadier Valentín Alcántara y desde el inicio hasta el final lo que aparece del proceso de Duvergé (1849). Uno más inquiriendo: ¿Quién fue el Coronel Elías Piña? y otro: Momentos del General Bartolo Mejía.

Austeros, declaran en el proceso de Duvergé, cuando ya estaba engrillado, numerosos hombres del Sur dignos de memoria, y se escurren, se deslizan (¿cuatro?) de reputación inválida. Parte de lo esencial lo salvó el historiógrafo Dr. Joaquín Balaguer en su libro El Centinela de la Frontera.

¡Cuántos hombres de alta jerarquía moral produjeron, y perduran en los testimonios, la vieja Neiba, Las Matas de Farfán y San Juan de la Maguana! Vida e intereses materiales sacrificaron afanados en libertar a los dominicanos. Dejaron viudas menesterosas que, benévola, acogió la muerte, y descendientes ignaros, incapaces de entender lo honroso de su actual penuria ni la grandeza heroica de sus progenitores.

El Sur. ¡Qué ancha, honda, lancinante y persistente repercusión tiene el dolorido alerta del poeta Hernández Rueda!:

—“Si vas al Sur te crecerá una pena como una montaña”.

Pero... (¡obstinado pero!) En el comentarista subsiste la esperanza, que no debe morir.

DON AGUSTÍN FRANCO DE MEDINA

Varón despierto y de ánimo grande es Don Agustín Franco de Medina. Ronda en las entrañas caliginosas de la muerte, y en su perfil de insigne dominicano fulguran rasgos y matices que lo hacen digno de ser perpetuado en el mundo del espíritu. Sus hazañas se perdieron, que él es de Santo Domingo. En su vida aventurera, de trazos fuertes, se rompió el eslabón de las etapas y éstas quedaron diferenciadas, sugerentes, brillantes y ricas de sucesos conmovedores. Se vislumbran los rasgos sobresalientes, escapados casi por completo de la historia, respetados de la leyenda, inadvertidos del romancero y de la novela; pero dignos de ser calzados con el coturno de la tragedia. El Ángel de la Guarda fue desplazado de su destino y desde entonces un demiurgo burlón rige su vida llenándola de contrastes y peripecias emocionantes.

Él ha ido comprando y arreando y vendiendo vacas desde Hato Mayor del Rey hasta el lejano Guarico, en donde el Conde Rochambeau degolló a seiscientos negros, por cuyo revés Jean Jacques Dessalines azotó y ahorcó a cuatrocientos ciudadanos de Francia. Él ha arreado mulos y caballos desde Baní y Las Matas de Farfán hasta La Alcahaie, en donde los negros rezan y juran no dejar a un blanco vivo. Él ha visto las ciudades devastadas por los incendios. Él sabe lo que es la guerra.

El hombre experimentado observa y discurre. En el mínimo y turbio espejo de Santo Domingo ve y cree comprender que se reflejan las ambiciones de Europa: de la Europa azarada que desde las postrimerías del siglo XVIII abarca los primeros

lustros del XIX. Toussaint L'Ouverture, el negro semidiós que no sabía leer a los treinta años y poco después adoptaba a Epicteto como su autor favorito, toma posesión de la isla en nombre de Francia, y se bate luego contra Francia, en seguida vuelve a ser francés. Inglaterra juega su papel. Y España, Inglaterra y Francia, y Toussaint L'Ouverture, juegan con cartas marcadas y cada uno pretende engañar a los demás.

Para el buen Don Agustín, habituado a comprar reses en pie y a vender reses en pie... sacándoles beneficio, una cosa es evidente: Gonzalo Hernández de Córdoba y Francisco Pizarro y Hernán Cortés abandonaron a España. España está decadente y se avecina el derrumbamiento de su imperio colonial. Él no está obligado a serle adicto a la nación que olvida deberes sagrados y que transfiere sus derechos sobre Santo Domingo, soporte y puente de los descubridores, exploradores, conquistadores y pobladores del Nuevo Mundo. Sabe el francés... Habla el francés... y oye a los ingleses entenderse en una jerga endiablada. Especula. Pondera. Analiza. Mide. Juzga y... escoge como patria al imperio avasallador de aquel salteador de reinos, democrático en la letra, abierto a la esclavitud antillana y deslumbrante de posibilidades. A partir de este instante psicológico el discreto chalán se hace guerrero: un guerrero "leal a su palabra". Es el magnífico precursor de Valera y Álvarez, de los Marcano, del arrogante y duro Juan Bautista Tejada, que causó admiración y confianza al español e infundió terror a los cubanos, y del gran Máximo Gómez, que luchó por libertar a los cubanos.

Don Agustín Franco de Medina piensa. El pueblo es sólido pedestal, cuando lo manejan bien, y se le debe hacer el bien. Se batirá contra la familia dominicana, contra su pueblo. Irá más lejos aún: se batirá contra su raza. Fecundo en recursos del ingenio, como Ulises, crece en público poder y descuella sobre todos los demás. Su autoridad marcial cubre el Cibao, y reanima al Cibao. Sobre las cenizas de Santiago de los Caballeros construye casas e improvisa fortaleza. Reconstruye. Reenciende la fe y por él se purifican los santuarios de los mayores, en donde los santos y los curas, pálidos de terror, vieron a Henrique Cristóbal degollando gente y quemando altares. Su amplia autoridad sigue creciendo y ya sólo el Gobernador Ferrand le es superior en el mando, aunque recibe sus consejos.

Pero al dominicano le empieza el gusto de la política cuando mama en los pechos de la madre; y ese Juan Sánchez Ramírez enreda, urde intrigas y conspira a favor de la España reaccionaría. ¿Por qué Ferrand no oye el oportuno y reiterado alerta? ¿Y qué fuerza de huracán, y qué atracción tiene esta raza? ¡Cómo es posible, Dios bendito, que un notario de aldea, ayudado por centenares de campesinos, haya derrotado a un general francés, comandante de los soldados de Bonaparte! “¡Qué cuentas le van a rendir al Emperador!” ¿Sería verdad? (Está escrito y es verdad, porque a Ferrand le cortaron la cabeza, y, en un macuto, los seibanos se la llevaron para El Seibo).

La sublevación ha llenado el territorio. Pelea Don Agustín Franco de Medina, abandonado a sus arbitrios precarios; lucha, y su bando a cada rato se reduce por la deserción y por la muerte. Acosado, lo acorralan en la endeble fortaleza de San Luis hasta donde llegan las noticias del desastre.

Ya el Gobernador Ferrand no existe. De la flor de los caballeros de espada de acero y espuelas de plata, que mandaba, pocos le han sobrevivido. “¡Qué cuentas le van a rendir al Emperador!” En Santo Domingo, refugio de Doubarquier, los ratones se venden caro, se acabaron las “cobijas” de cuero crudo y los guerreros a quienes Europa teme, famélicos y canijos, de reajo miran las polainas y las botas con ganas de ponerlas a cocinar.

Se rinde Don Agustín Franco de Medina; pero es porque respetan su condición de Coronel del Imperio, Comandante en Jefe del Cibao, “con todos sus honores”. Tan buena presa es canjeada; y cuando los navíos zarpan transportando restos de tropas enclenques y taciturnas y banderas humilladas, se va él también. No se abate. El demiurgo que a veces le secretea se entretiene mostrándole nuevos horizontes.

* *

*

Tiene fe en su destino. Tiene fe en la estrella de Francia. El Ozama entra en el Mar Caribe, el Caribe se mezcla con el Océano y el Océano junta naciones y universaliza.

Se esfuman en el cenit o se hunden en los confines remotos las constelaciones familiares.

Un sentimiento, íngrimo y hosco, le escarba el pecho: los hijos, abandonados en tiempos tan tempestuosos, le enturbian el ánimo brava; pero las auroras sucesivas le parecen preñadas de un porvenir de maravilla.

Los navíos horadan la inmensidad, y, cuando lo desembarcan en Francia, desaparece. Nuevas etapas se ensanchan vacías de la vida de Don Agustín Franco de Medina. Se pierde él, partícula luminosa, y reaparece en Barcelona con el pecho constelado de medallas y condecoraciones de las cuales se destaca la Cruz de la Legión de Honor. Como jefe de batallón, combate contra España e Inglaterra a las órdenes de Soult, el Mariscal. Se distingue en la ardua lucha y, entre tantos engrèidos de heroísmo, el General en Jefe lo escoge y es designado Comandante de la Plaza de Figueras.

Él debe ver a Napoleón Bonaparte como a cometa de espanto, por cuya voluntad desorbitada el hombre se suma al hombre, y hombres y hombres forman la cauda satánica con que desbarata ejércitos, tumba coronas y deshace reinos amigos y enemigos. En un humano Amazonas nada Franco de Medina, y no se puede estar quieto ni lo dejan estar quieto en parte alguna. Aunque no se le perciba distintamente hay que figurárselo tomando parte en batallas estupidas; en Cataluña y entre los quinientos mil y más hombres que marcharon contra Rusia. Él es francés, y como francés pelea para la gloria de Francia.

Smolensko, Volantina-Gora, Polostk, Gorodezna, Borodino, Beresina, Lutzen, Leipzig, y tantas etcéteras de fuego hasta llegar a Waterloo, cruzan la memoria absorta. ¿En dónde estuvo, y en dónde no estuvo él?

* *

*

Hombre de mando, también debe ser de atractivo continente y trato fino. Tiene amigos en la corte y se ha hecho merecedor de la confianza de su Rey. (Su Rey es ahora Luis XVIII de

Francia). Al través del semblante le escudriñan el espíritu y los políticos leen en él temple recio y resistente lealtad. Un día lo llaman y le encomiendan misión grave, digna de su carácter. El mofletudo borbón, que cobró el reino por un capricho de Dios, piensa en la reconquista de Haití y lo protege con credenciales para que venga a preparar el terreno y allanar dificultades.

¡Va a volver a Santo Domingo! Volverá al seno de la familia. Sueña caricias antiguas y momentáneo sosiego. Ya en las veladas largas de Santiago de los Caballeros se rodeará de los suyos y les contará proezas semejantes a milagros. Después verá a Henrique Cristóbal (aquel negrazo que le llamaba amigo cuando le compraba reses para alimentar a hordas de libertos harapientos que mascaban maíz seco mientras luchaban por la libertad). Recuerda que es valiente, jactancioso y de una ferocidad extravagante. Un día Leclerc —General en Jefe de la expedición imperial y marido de Paulina Bonaparte— le estimó la entrega del Guarico, y él respondió con arrogancia:

—*“Si realizáis vuestras amenazas, resistiré; y aunque la suerte os proteja sabed que no entraréis en el Guarico sino después de reducido a cenizas: aún más, principiará entonces el combate sobre sus ruinas”*.

Y como en cada extravagante hay algo de poeta, Cristóbal agregó artística cola:

—*“Vuestros 15,000 hombres son a mis ojos átomos que el viento más leve va a disipar”*.

Leclerc entró al Guarico pisando cenizas y cadáveres.

Pero Cristóbal era entonces un General de Brigada, histórico por la guerra, y ahora es Rey (*Roi pour rire*), soberano de la esquina de una isla del Caribe. “Rey del norte de Haití” “por la gracia de Dios y la ley constitucional del Estado, Soberano de las islas de la Tortuga, Gonave, y otras islas adyacentes, Destructor de la tiranía, Regenerador, Bienhechor de la Nación

haitiana, Creador de sus instituciones morales, políticas y guerreras, Primer monarca coronado del Nuevo Mundo, Defensor de la Fe, Fundador de la real y militar orden de San Henrique”.

* *

*

Se escapan de la campana mayor herida y van aullando en el viento lúgubres sonos, y las esquilas responden doblando a muerto, porque el soberano ha ordenado espléndidos funerales para un amigo. El Rey Henrique Primero, y la Reina, y los Grandes de la corte, los nobles y los plebeyos, llenan el templo. Sudan. Trasciende fuerte olor... Negro monago mece el turíbulo de cobre ennegrecido que exhala místico orobia para espantar al Maligno, purificar el recinto y hacer que ascienda pura la oración a Dios.

“En el centro de la ancha nave, en levantado estrado”, negro ataúd vacío. “Grandes cortinajes negros cubren las paredes y las columnas”. Grandes blandones se derriten irradiando fúnebre y tristísima luz. En el altar oficia, canta, el Arzobispo francés Cornelio Brelle, “asistido de todo su Clero”. “Al solemne Te-Deum siguen vigiliias presididas por el mismo Arzobispo y luego misa solemne de réquiem”.

Junto al destapado ataúd, macilento, ardiente, los ojos como brasas, envejecido de privaciones, esposado, engrillado, cargado de hierros y abrumado de males está Don Agustín Franco de Medina asistiendo a sus propios funerales. Cartas y credenciales de Luis XVIII de Francia no valieron. Ya fue condenado a muerte “por un Tribunal Militar”; pero el Rey Henrique Primero, respetuoso de la amistad y teniendo en cuenta la alta jerarquía, el valor y las demás cualidades extraordinarias que distinguen al condenado, le rinde altos honores, mientras cavila y se pregunta cuál será el suplicio adecuado para hacerlo morir. ¿El veneno?... ¿El hambre?... ¿Emparedado?... ¿Descuartizado?... Son procedimientos gastados ya por el uso. Él escogerá uno inaudito, de forma extraña, que mantenga los dos nombres ligados en el futuro y sirva de advertencia para los

enemigos, de regocijador espectáculo para los vasallos, y sea "único en los anales de la humanidad".

.....

Al Rey Henrique Primero, Cristóbal, un día de satisfacción, lo inutilizó una apoplejía, y... dizque se suicidó con su pistola de plata.

Sobre el horror de la tragedia final, redivivo, ronda Don Agustín Franco de Medina, y en su perfil de insigne dominicano fulguran rasgos y matices que lo hacen digno de que un Plutarco, un Calderón, o un Pérez Galdós, lo perpetúe en el mundo del espíritu.

20 de febrero de 1940



RETAZOS DE LA "BATALLA DEL 19 DE MARZO"

En la primera quincena de marzo de 1844 un ejército integrado por tropas de infantería, artillería y caballería, saliendo de Port-au-Prince avanzaba sin premura hacia Santo Domingo. Venía bajo el mando directo del Presidente de Haití. Columna adicional, acaso de menos de quinientos hombres vencedores en escaramuzas, convergía a sumarse en Azua al ejército principal. Quizás pensando ser más grato a su Presidente, el subalterno intentó llegar primero para prepararle cómodo alojamiento, propósito que frustraron los insurrectos dirigidos por Antonio Duvergé que había sublevado sin inconveniente la población de Azua y sus inmediaciones.

Duvergé estaba bien relacionado en la provincia del Sur. Tenía influjo. Explotaba un corte de maderas de exportación comprado a Buenaventura Báez por la casa R. Coén y Compañía, casa la más rica establecida en la isla, de la cual él era representante y asociado en ese negocio.

Báez, renuente al principio en secundar a los que proclamaron la Independencia de la República en el Baluarte del Conde, no vaciló más y se unió a Duvergé y a Valentín Alcántara. Rico de pueblo pobre, político, educado en Europa y muy influyente en la vasta provincia, ambicionaba ser el dirigente de la causa separatista contando de antemano adquirir el protectorado de Francia, finalidad que otros dominicanos pretendían igualmente alcanzar. Además de la buena voluntad de Báez, tuvo Duvergé a su favor la adhesión de más de cien trabajadores que le obedecían en el corte y transporte de maderas y supo aprove-

char la amistad y pericia de un viejo oficial francés retirado del servicio por edad avanzada y residente en Azua. El oficial François Soñé se dio al entrenamiento militar de los trabajadores y demás ciudadanos sublevados en el lugar. No hubo franceses en "la Parte del Este" que no mirara con simpatía la causa dominicana, región en donde se habían acogido huyendo de los degüellos y resentidos por la riqueza de las colonias arrebatadas o destruidas por los libertos. La cabeza que los dominicanos le cortaron a Ferrand fue una bagatela comparada con los desastres sufridos por los franceses en el Occidente.

Cundió el entusiasmo en la provincia del Sur. Encabezados por Duvergé, alentados por Báez y Valentín Alcántara, —otro dueño de corte de maderas, y ganadero— e instruidos por el capitán Soñé, se improvisó la defensa de Azua, población que encontró en pie de guerra el ejército improvisado en Santo Domingo cuando llegó y acampó a orillas del Vía o Bía. En Azua achicharra el sol: Nadie puede permanecer lejos del agua... y menos un ejército.

El jefe de la columna haitiana, que estaba llegando del lado de Neiba, pensó que la entrada en Azua sería tan fácil como sus triunfos en las escaramuzas anteriores: El Rodeo, etc., y tuvo la contrariedad de ser una, y otra, y otras veces rechazado, con pérdida de 30 ó 36 bajas y quedando él mismo herido de muerte. Así contaron y así está escrito. La columna se vio obligada a replegarse hasta el Jura, riachuelo en cuya orilla estaba acampando el ejército de más de diez mil hombres a las órdenes del General y Presidente Riviére. Riviére, dándoles a sus soldados descanso, decidió tomar, y tomó posesión de Azua en la mañana del día siguiente, convencido de que sería flojamente defendida por bisoños mal armados que mandaba, con título de improvisado general, el ciudadano Pedro Santana.

Santana y sus acompañantes pensaron de otro modo: aprovechando el triunfo parcial del 19, durante la noche retiraron el ejército dominicano a Sabana-Buey y luego a Baní. Se divulgó y aventó con anchas repercusiones la victoria del 19 de Marzo hasta convertirla en Batalla Campal. El venerable historiador Don José Gabriel García escribió, y otros han repetido, que Santana no supo aprovechar el gran triunfo, sino que lo malogró refrenando el ímpetu de Duvergé, quien trataba de acosar a los haitianos hasta que el repliegue se convirtiera en rota. Era pretender.

Con la excepción del Dr. Alejandro Llenas, observador comedido y cauteloso, los escritores halagaron la natural vanidad patriótica de la nación reiterando la conversión de aquel choque favorable de vanguardias en la Gran Batalla del 19 de Marzo; y no es patriota ni individuo honesto el que discurre, analiza y no llega a conclusión idéntica. A uno que se atrevió a discrepar desde el diario *La Nación* de Santo Domingo, en 1940, lo abrumaron con anónimos: uno proveniente del Seibo y dos de Azua. El del Seibo tenía elocuencia injuriosa. Los de Azua eran corrosivos y repugnantes. Algo así como un menjurje de apazote, "palo de cerro", aceite de higuera y serrín de guao. Entonces aprendió el comentarista que los azuanos son más inteligentes que los del Seibo.

Haber convertido aquel choque de vanguardias en victoriosa batalla, de pronto parece que fue provechoso. Después de más de un siglo se hace necesario que los militares de carrera, que son los más competentes en cuestiones de guerra y menos sentimentales, especulen fríamente sobre el caso y escriban su opinión consciente y definitiva, descartando la porción legendaria.

Modesto Díaz y Manuel de Regla Mota habían ido hasta cerca de Las Matas de Farfán a manera de exploradores. Regresaron precipitadamente a Azua y secretaron sus observaciones y cuanto pudieron averiguar. Santana era el jefe superior de la tropa dominicana; pero es presumible que no decidiría asunto tan importante, como la retirada del ejército, sin someterlo al parecer de los hombres de relieve que lo rodeaban. ¿Quiénes?... La deficiente historia dominicana es, para vergüenza nuestra, tan borrosa como la medieval. Sobre los puntos ingratos ha bastado extender sábana de leyenda "patriótica". Y el que trate de rectificar, o aclarar, es feo y carente de patriotismo.

La información de los exploradores debió ser estrictamente confidencial, pero no exclusiva, no limitada a Pedro Santana. Joaquín Puello, importante en la sublevación de Santo Domingo, no carecía de conocimientos militares, y parece lógico suponer que se encontraba en Azua y ser uno de los consultados. Y los cultos e influyentes Remigio del Castillo, herido levemente en el encuentro preliminar el 19, y Buenaventura Báez, y otros cuyos nombres no figuraron en los papeles. Tampoco debió dejar de ser consultado el veterano Soñé, que

venía dando consejos y prestando servicios valiosos; y Duvergé, y Valentín Alcántara, hoy de infeliz memoria, pero entonces auxiliar de Duvergé en el pronunciamiento del Sur. Que Santana refrenó el ímpetu de Duvergé y limitó el éxito cuando quiso que lanzaran el ejército en persecución de la columna enemiga, que se replegaba; pero... y el alerta de los exploradores, ¿de qué hubiera servido? Y la llegada de Rivière al Jura con más de 10,000 hombres, ¿podría dejar de tomarse en cuenta?

Un capitán de la marina de guerra de Francia estuvo en Azua días después de la retirada del ejército dominicano. El Presidente Rivière se dignó darle audiencia. No ignoraba que los franceses de las islas del Caribe miraban con menos simpatía la dominación haitiana que la liberación de Santo Domingo. Discreto y sociable, quiso impresionarlo con la verdad. Lo invitó a recorrer su campamento. En seguida:

—Ya ve Ud. que me bastarían estos 14,000 hombres para batir a los rebeldes y someterlos a la obediencia, manteniendo nuestra unión con la parte del Este... —dijo presumiendo que el francés les contaría la realidad impresionante a los dominicanos.

—A mí me pareció que esas tropas no sumaban a más de 12,000 hombres... —comentó el capitán, de paso por Santo Domingo.

Eso ha leído el actual comentarista, sin copiarlo de acta notarial ni transcribirlo literalmente. Y aún reduciendo algo el ejército de Rivière, ¿puede admitirse que los dominicanos lo derrotaron el 19 de Marzo con sólo infligirle 36 bajas a la vanguardia? ¿Era Rivière, el militar que derrocó al astuto y poderoso dictador Boyer, un badulaque? Informados y conscientes de la realidad, ¿podían Santana y sus consejeros, juiciosamente, lanzar las tropas dominicanas, bisoñas y deficientemente armadas, en persecución de la columna vencida el 19 de Marzo no ignorando que en el Jura acampaba un ejército de no menos de 12,000 hombres? ¿Qué implica la pérdida de 36, 50, ni 100 bajas para un ejército? Antonio Duvergé era reflexivo, y si enardecido momentáneamente se sustrajo a la realidad material, era fácil que Pedro Santana y los compañeros lo despertaran a esa realidad y se moderara el entusiasmo, si es que no le han levantado un falso testimonio a quien no ha necesitado falsa gloria, ni después de muerto, para ser grande.

Destruir o siquiera modificar leyenda patriótica es igual que empeñarse en matar fantasma, y vencer lo imaginario será siempre menos posible que alterar el hecho más evidente.

Cuestión principalísima, preocupaba a Santana y a sus consejeros: ¡el Cibao!

¡Y ese camino del Maniel, obsesivo, a espaldas del ejército dominicano! El ejército que tuviera el dominio absoluto de esa vía mantendría ventaja sobre el adversario. Riviére lo sabía de igual manera.

Por el camino del Maniel los jefes del ejército del Sur cada día debieron estar recibiendo noticias de la región del Cibao. No ignoraban que Santiago y La Vega, pailas hirviendo, bullían en desconcierto, sin mando adecuado. Sabían que avanzaba un ejército a las órdenes del veterano Pierrot sobre Santiago de los Caballeros, y parecía natural la caída de la ciudad en poder del enemigo. En situación tan peligrosa era temeraria imprudencia arriesgar en una batalla, contra fuerzas más numerosas y mejor armadas, el destino de la República. La retirada, aprovechando el triunfo de vanguardias del 19 de Marzo, más que medida juiciosa, fue entonces providencia salvadora.

Entero sabían Santana y sus compañeros que estaba el ejército que acampó a orillas del Jura. Aceptaban como posible la ocupación del Cibao por el otro ejército enemigo, que avanzaba sin oposición desde el Noroeste. Tenían noticia exacta de que el Presidente haitiano, dueño de Azua, había decidido tomar a San José de Ocoa para unificar el mando de sus ejércitos y, desde Baní, le hacían comprender a la Junta Central los peligros militares, para sacar ventaja política de la retirada: —“Los haitianos han atacado ayer el Maniel” —le escribió Santana a Bobadilla— y... “los supongo hoy posesionados de aquel punto”.

Amanecía en Pedro Santana antes que el guerrero formidable, que llegó a ser, la astucia natural de los militares “de raza” y, acaso asesorado por Báez, ya junto a él, quería y pedía que el superior de la Junta Central espoleara al representante de Francia para adquirir pronto el protectorado; y fingiendo tener un miedo que él nunca sintió, declaraba: —“los haitianos atacan con vigor... y se necesita gente” (es decir: no tenemos suficiente tropa) “para resistirlos”. Como si todavía le repercutieran en la cabeza los tiros disparados por la columna del difunto Soufrance el 19 de Marzo, Santana, aquel hombre

voluntarioso y duro, en cuyo carácter la soberbia no le daba cabida al temor, se achicaba voluntariamente confundiendo con un derrotista. El reverso, sin embargo, el auténtico hombre de mando, alerta y previsor; le había ordenado a Duvergé que evitara que los haitianos tomaran posesión de San José de Ocoa, y Duvergé, siempre eficaz, los destruyó en el Memiso y puso en fuga sus restos obstruyéndole a Riviére la comunicación que le era indispensable con el Cibao.

¡Santiago de los Caballeros! En horas de incertidumbre tan angustiada, ¿quién mandaba en Santiago de los Caballeros? Se ha dicho que el brioso trinitario Ramón Mella fue el primer encargado de la defensa. Si es cierto que aquel venerado libertador de general en jefe descendió al papel de sargento, o alcalde pedáneo, yendo en persona a reclutar campesinos... sería preferible no escudriñar, dejando el caso en perpetua sombra.

Dios... Pedro Santana y Manuel Jimenes a su acomodo solían hacer intervenir a Dios en los combates por la Independencia. Dios, disgustado de los haitianos por ignorada causa, de repente hizo aparecer a dos insuperables oficiales de infantería y un artillero y cambió el curso de los acontecimientos. ¡Imbert, Pelletier, Michel! ¡Cuánto le debe a los franceses la independencia de Santo Domingo!

La Batalla del 30 de Marzo, verdadera batalla, evitó la caída del Cibao en poder del enemigo, aseguró la separación de Haití, le dio tiempo a la familia dominicana para prepararse y constituirse en nación; y la retirada de Azua a Baní, atinada providencia, perdió su importancia temporal quedando sometida a acomodaticias interpretaciones.

Si a pesar de haber transcurrido 124 años y conociendo los hechos convincentes, la crítica razonable no contribuye a reducir "la batalla" del 19 de Marzo a su tamaño exacto sería preciso admitir que los dominicanos, cuando se encariñan con la leyenda, aceptan que el error prevalezca sobre la realidad histórica... admisión absurda.

El punto final de aquella invasión lo pusieron los revoltosos que en Port-au-Prince, ciegos de prejuicio racial, derrocaron al mulato Riviére sustituyéndolo con un negro estúpido y envejecido. Pero ese punto corresponde a la Historia de Haití.

11 de diciembre de 1967.

IMBERT DESCRIBE LA BATALLA DEL 30 DE MARZO¹

Niegan lectores jóvenes y de buen humor que el 30 de marzo de 1844 se librara batalla alguna en Santiago de los Caballeros. Arrancan dudas y negativas de una afirmación categórica escrita por José María Imbert al remate del informe, o parte de guerra, siete días después del memorable acontecimiento.

“Por una protección de la Divina Providencia —dice él— el enemigo ha sufrido semejante pérdida (alrededor de 600 muertos) sin que nosotros hayamos tenido que sufrir la muerte de un solo hombre”.

El dominicano sonrío poco. Ríe, o anda de ceño fruncido. Ha sonreído, sin embargo, al enterarse de la significativa protección de la Divina Providencia, que arrojó en un platillo de la balanza 600 muertos y el otro platillo quedó vacío: ni una baja.

Raro parte de guerra es el escrito por Imbert, el viejo. En la maraña histórica de las guerras de Santo Domingo establece una excepción que ni siquiera supo imitar la impericia de los dominicanos. Pasados ya los cien años, sólo con intenciones de divulgación es permisible tocarlo y, respetuoso, vacilo al comentarlo por temor de lastimar la parte literaria. Más que de escueto parte de guerra, se trata de informe circunstanciado del suceso y de los momentos preliminares y posteriores. Tiene una precisión descriptiva y una diafanidad que revelan que el autor era un gallo de pura cepa. Esboza el ambiente y no olvida cuanto pueda interesar para la historia y como lección objetiva. ¿Por qué este informe no se conoce bastante?

1. En la edición de 1941 se titulaba "La otra batalla de marzo".

Imbert no era el jefe de Santiago de los Caballeros. Otros hombres, antes más gratos y ahora de memoria muy venerada, se anticiparon en el mando... ¿Ramón Mella?

Francisco Antonio Salcedo, Tito, cubría la frontera noroeste con tres batallones improvisados. Cuando el ejército haitiano pasó el Masacre, Tito fue desplazado de Talanquera y corriendo con los restos de su tropa se refugió en Santiago.

El público exageraba la cuantía de los invasores. A Mella no le fue posible organizar a los defensores, casi todos rasos de conocimientos militares y muy inferiores en número a aquellos enemigos, "que avanzaban en marcha forzada". Dicen que Mella encargó a otros de la plaza y se fue a reclutar hombres a San José de las Matas y sus cercanías. Cundía el temor y llamaron a Felipe Vásquez, jefe que había dirigido la sublevación de La Vega. Pero éste llegó, vio y se sintió impotente para infundir ánimo y organizar la defensa. Abandonó la ciudad y regresó a La Vega.

Los partes de guerra, las noticias y documentos que se conservan de nuestros primeros hechos de armas, son confusos, cuando no pobres. En el firmado por Imbert es precisa la claridad.

Continuaban propagándose infaustas nuevas, el nerviosismo se estaba volviendo miedo y el miedo comenzaba en algunos a convertirse en pánico, cuando llamaron a José María Imbert, el Corregidor que había sublevado la villa de Moca. Imbert acudió respondiendo al reclamo y se enfrentó a los acontecimientos. Trató de infundir confianza y la infundió; alentó a los timoratos, organizó batallones, envió exploradores, y tomó rápidamente medidas para defender la plaza.

En las afueras de la ciudad aparecieron los invasores.

¿De cuántos regimientos se componía el ejército enemigo? Treinta y siete años después, en 1881, se hizo entender que ascendía a 10,000 hombres.

Imbert escogió para su compañero en la defensa a Pedro Eugenio Pelletier, "antiguo guerrero de Europa" y "en el que tenía confianza", y éste, a su vez, seleccionó "para su ayudante al Comandante de ingenieros Aquiles Michel". Tres franceses.

"Rompióse el ataque". El enemigo avanzó "sobre dos columnas de cerca de dos mil hombres cada una. La primera se dirigió en buen orden y con las armas al hombro, precedida de un

cuerpo de caballería, hacia la izquierda, que era nuestro punto débil". Pelletier maniobró y reforzó el punto atacado. Fue vivo el fuego de fusilería. Retrocedió el enemigo y volvió en seguida al ataque con mucha intrepidez. Abrió fuego nuestra artillería y la mortandad hizo detener un instante al enemigo. "Su caballería fugó" y ésta no apareció más en la acción. Recobrando ánimo, la infantería volvió de nuevo al ataque "a paso de carga y en columna cerrada". "Con el mismo vigor fue recibida por los nuestros y la artillería le mató tanta gente que renunció a nuevos esfuerzos de ese lado y se retiró juntándose con la otra columna". "Reunidas todas sus fuerzas, atacó a la derecha, tan furioso que una docena de ellos vino a expirar al pie de nuestra batería derecha". Replegóse, y por última vez se presentó en columna cerrada. Avanzaba de frente. La artillería disparó "con metralla sobre esa masa e hizo al centro un claro espantoso". "La cabeza de la columna, hasta su centro, fue reducida como a veinte hombres, que los nuestros acabaron a tiro de fusil". Entonces, "cesó toda tentativa de ataque".

El combate había principiado a las doce y siguió hasta las cinco de la tarde.

Ante descripción tan detallada, ¿en qué fundar la negativa y cómo dudar de lo evidente y comprobado? En que los dominicanos, gracias a la Divina Providencia... no perdieron ni un solo hombre. Pero los negadores olvidan que ningún jefe de ejército triunfante en una batalla confiesa públicamente el número de sus bajas. Cuenta con exactitud los muertos de los enemigos. "De nuestra parte sin novedad"... se dice habitualmente. Los dominicanos no tuvieron ni un herido, según el parte de Imbert. Acaso rindió otro parte privado a los dirigentes de Santo Domingo. En vez de negar, de atenerse a ese punto del informe, ¿por qué no indagar la causa de la no confesión pública de bajas, o deducir que en un país de ejército improvisado lo prudente es no confesar el número de sus heridos y muertos? Los dominicanos, no sólo en la Batalla del 30 de Marzo, nunca confesaron el número verdadero de sus bajas. Se comprende, no obstante, que el buen Imbert debió declarar en su informe un corto número de... heridos leves, y cuatro o cinco muertos.

Se explicó posteriormente que Pelletier, en una entrevista de él y Pierrot, le mostró al jefe haitiano una hoja impresa en la cual se acreditaba la muerte del Presidente Herard en la batalla

de Azua, hoja que habían enviado desde Santo Domingo Don Tomás Bobadilla y otros maliciosos. Y Herard sufría la vida en Azua. Esta fue una verdad temporal o momentánea, que contribuyó a la retirada de Pierrot, ambicioso aspirante a la presidencia de Haití. Los haitianos se retiraron. Entonces Bartolo Mejía y Francisco Caba, con pelotones de persecución marcharon detrás y entre Talanquera y Guayubín mataron a los rezagados.

Tal fue la Batalla del 30 de Marzo de 1844. A juicio del lector no se la puede comparar, ni por la ejecución ni por las consecuencias, a la escaramuza o choque de vanguardia del 19 de Marzo de 1844, en Azua, que la patriotería y la ignorancia han convertido en leyenda de batalla victoriosa. Leyenda que ni aún después de ciento veinte años la realidad ha podido desvanecer.

En la guerra y en la política suelen ocurrir verdades infaustas que es prudente disimular porque el público no las resistiría con entereza. Los dominicanos contaron siempre el número de los enemigos muertos en los combates. De nuestra parte sin novedad... tuvimos algunos contusos, etc. En la sangrienta Batalla de Sabanalarga se vieron obligados a confesar:

—*“Lo que parece increíble es que entre muertos y heridos los nuestros no llegan a 25. Esto se dudará en toda la República”.*

Pero en ocasiones, a pesar del calculado y discreto disimulo, entre las abuelas...

—*“El llanto universal creció en diluvio”.*

A raíz de la batalla, el 31 de marzo, escribió el General Imbert al General Pierrot una carta que inclina a reflexionar y suscita conjeturas:

—*“Le advierto, además, que Ud. no puede considerar las hostilidades terminadas mientras estén detenidos*

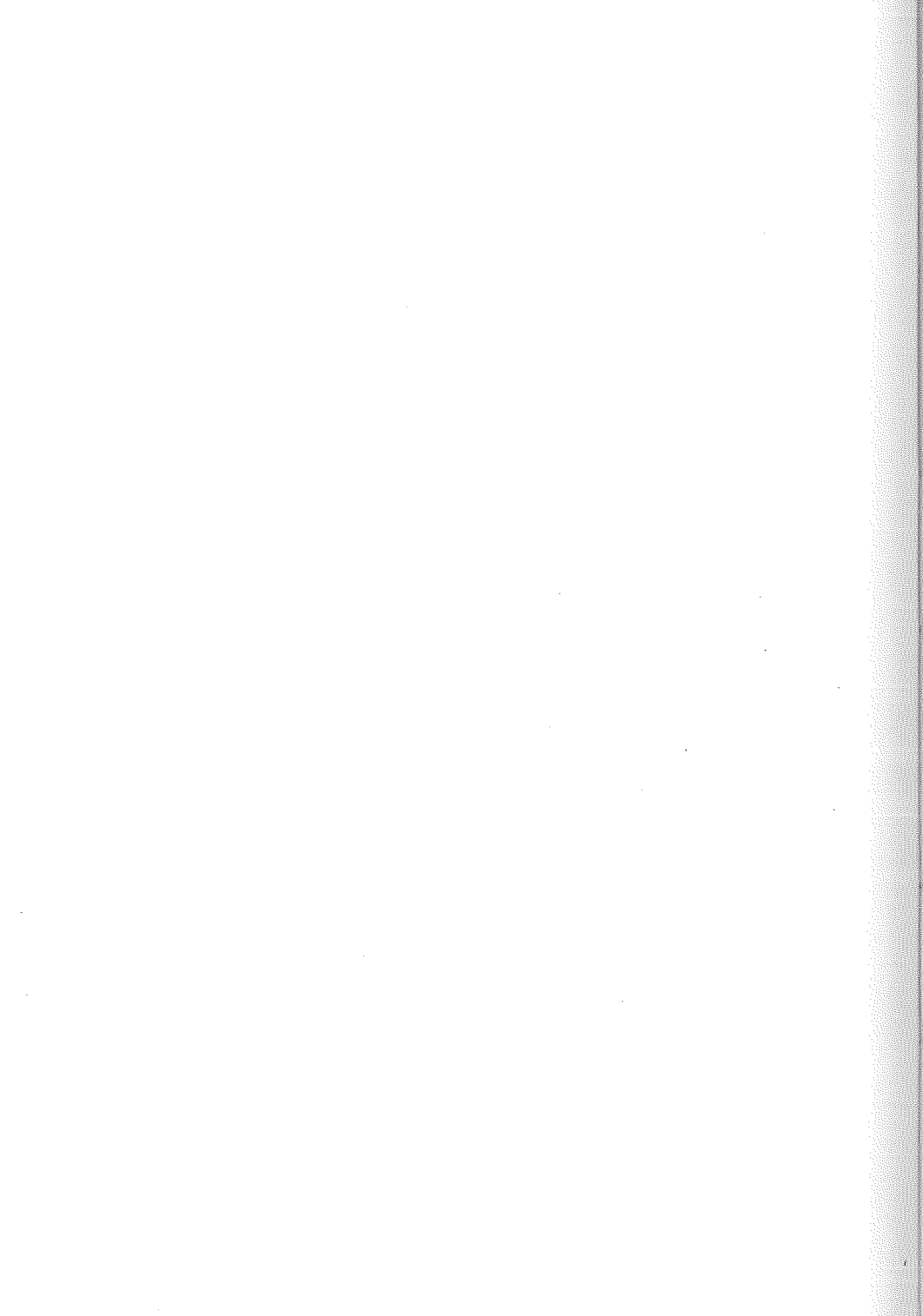
*(prisioneros en poder del ejército haitiano en retirada)
los dominicanos en cualquier parte".*

¡Cómo! Los haitianos hacían prisioneros y las balas de sus fusiles ni herían ni mataban... ¡Tan humanitarios, se habían vuelto los compatriotas de Cristóbal y Dessalines! ¡Y los dominicanos, que mataban a 600 enemigos, se rendían, confiados, sin miedo a la represalia! Curioso.

* *

*

Fue la Batalla del 30 de Marzo una afortunada acción de guerra, dirigida con pericia y descrita de la más diáfana manera. Ninguna de las otras, ni Santomé, tuvo realidad más evidente.



FRANCIA EN LA INDEPENDENCIA

I

La cooperación o intervención de los extranjeros en nuestras guerras por la libertad es uno de los capítulos más curiosos de la historia de América y el que revela mejor nuestro carácter vehemente, veleidoso y aventurero, y exhibe cómo se ha coqueteado en Santo Domingo con un sentimiento que para muchos latió oscuro y se fue formando hasta pasar a ser derecho claro de plena soberanía.

Conspiran los dominicanos contra el dominio de Francia, dueña de nuestro territorio al comienzo del siglo XIX; estalla la guerra corta y sangrienta de *La Reconquista*, y mientras los criollos le cercenan la cabeza al General Ferrand, nuestro gobernador francés, tratan de congraciarse con la Gran Bretaña, aprovechan su eficaz ayuda y se entregan a la corona de España... Don Juan Sánchez Ramírez, dominicano auténtico: astuto, intrigante, bravo y no exento de crueldad, es uno de los héroes de la nación por haber expulsado entonces a los franceses; y meses antes quedó encasillado Don Juan Barón entre los héroes nativos, porque arriesgó y perdió la vida defendiendo el dominio de Francia...

Tan pronto como los criollos se vieron reintegrados a la madre España creyeron defraudados sus anhelos latentes, confusos, e inexpresos, y se aburrieron de la monarquía española por la que suspiraron y habían luchado. Fue el período de "la

España Boba". De pronto experimentaron inquietudes nuevas, se sintieron enamorados de la República, y dieron pasos inconsultos y apresurados para ligarse a la Gran Colombia; pero cuando creían que estaban alcanzando la finalidad deseada, repentinamente cayeron en Juan Pedro Boyer, poderoso dictador de los vecinos de Occidente. Eso no les gustó ni un rato. Se avergonzaron de Haití, anduvieron mirando de sosláyo y concibieron la independencia absoluta. Se aferraron a conceptos e ideales puros, escogieron palabras grandes y solemnes y "En nombre de la Santísima, Augustísima Trinidad de Dios Omnipotente, juran y prometen, por el Honor y la Conciencia, implantar una República Libre e Independiente de toda dominación extranjera"...

Conspiraron con pasión activa; pero desde que pisaron el Baluarte del Conde, los que se creyeron de experiencia madura se sintieron otra vez enamorados de Francia y se anduvo en solicitud de un "Protectorado". Así, desde antes de proclamarse la Independencia de la República, comenzó a formarse y se formó con rapidez un grupo político sin fe en la independencia completa.

Cuando Juan Pablo Duarte regresó, luego de proclamada la independencia, y se enteró de lo avanzada de esa tendencia, se estableció pugna franca entre los "filorios" (partidarios de la independencia absoluta) y los afrancesados (simples separatistas de Haití). Cada uno de los dos bandos tuvo sus directores intelectuales y su jefe militar caracterizado: Bobadilla, Caminero, Abreu, etc., se escudaron con Pedro Santana y blandieron su machete: Duarte, Sánchez y los demás de su grupo esgrimieron el de Joaquín Puello.

Hubo dos momentos emocionantes en el apasionado forcejeo. El primero se agudizó al aproximarse Herard Riviére, dirigiendo la primera invasión haitiana poco después del 27 de Febrero de 1844. Riviére tomó posesión de Azua y amenazaba a Pedro Santana replegado en Baní con la tropa dominicana bajo su mando. Desde ahí le escribió éste al Presidente de la Junta Central con lastimera prosa:

—*"Los haitianos están posesionados de seis pueblos"*
...*"Inter más dure la lucha más incierta tenemos la*

victoria". "Si como hemos convenido y hablado tantas veces no nos proporcionamos un socorro de ultramar"... "Vd. tiene la capacidad necesaria para juzgar todo lo que yo le puedo decir; debemos agitar esas negociaciones"... y si acaso están paralizadas, agítelas Vd".

El segundo momento llegará más tarde. ¿Cómo eran transmitidos al Gobierno de Francia por su representante en Santo Domingo los deseos de protección, la francofilia de aquellos dominicanos?

Entre los dos bandos contendientes asoma un individuo. Se mueve sólo y aparte, trabajando para ser el director. Supo estorbar el primer paso que intentaron dar en Azua Manuel de Regla Mota y Modesto Díaz para enrolar a la gran provincia del Sur en el movimiento, y ahora trata de entorpecer las gestiones de Santana, Bobadilla y Caminero. Peligran por causa de este hombre diestro las negociaciones y hasta el mismo representante de Francia, el inteligentísimo y tortuoso Eustache Juchereau de Saint-Denys, siente que su carrera política periclita. El 13 de abril de 1844, jubilosos aún los ánimos por la victoria del 30 de marzo en Santiago de los Caballeros, escribe Saint-Denys al Ministro de Negocios Extranjeros de Francia:

—“Lo he hecho todo por el señor Báez; hasta me he comprometido por salvarlo. Pero desgraciadamente nada ha podido triunfar de su orgullo, de su obstinación y de su mal deseo para la Junta (de Gobierno) no obstante saber él que ella ha hecho por Francia, en virtud de un mandato natural y válido, lo que él mismo había hecho en Port-au-Prince sin misión especial y sin otra garantía que su palabra”. “Este juicio mío sobre la conducta del señor Ventura Báez podrá parecerle severo, Señor Ministro; pero Ud. conoce bastante mi circunspección y mi reserva”. “Él trata de darse por víctima de su pretendida devoción a Francia, aunque sabe mejor que nadie que nosotros podemos tener seguras las simpatías y la adhesión de los dominicanos y su Gobierno”.

Apremia Saint-Denys en carta dirigida a su Ministro el 17 del mismo mes:

—Los dominicanos “están impacientes por poner (el país) a discreción de Francia”. “No dudo que Vuestra Excelencia haya dado curso a las proposiciones hechas por la Junta Dominicana el 8 de marzo último”. “Ellos esperan el resultado con la más viva ansiedad”.

El 26 de mayo (1844) la Junta Gubernativa de Santo Domingo, reunida en sesión, convocó a personajes de la ciudad y su presidente Don Tomás Bobadilla y Briones terminó un discurso alarmante expresando “la necesidad de aceptar el Protectorado de Francia”. La proposición fue tan vivamente combatida por diversas personas “y sobre todo por los generales Duarte y Ximenes —quienes declararon querer ser independientes de toda dominación extranjera— que la mayoría de la asamblea rechazó el protectorado”. Fue uno de los momentos más emocionantes y estuvo a punto de culminar en una matanza de afrancesados.

El 9 de junio (1844) “el General Joaquín Puello se puso a la cabeza de la población y se presentó ante los miembros de la Junta Gubernativa al grito de ¡Abajo Bobadilla! ¡Abajo Delmonte (M.J.), Xavier Abreu, Francisco Ruiz y Buenaventura Báez!” Exigieron la expulsión de estos hombres de la Junta, y su destierro; pero ellos huyeron y se refugiaron en el consulado francés, terminando por entonces las gestiones con el aborto de la incorporación de la República a Francia bajo el nombre de protectorado, en seguida de los dominicanos haber utilizado el apoyo del señor cónsul, explotado el nombre de Francia y aprovechado los servicios activos y eficaces de los oficiales franceses, residentes en el país, para rematar con éxito la primera etapa de la Independencia.

II

El 26 de mayo de 1844 Juan Pablo Duarte y sus compañeros reiteraron ante la Junta Central Gubernativa la voluntad de que la Patria fuera libre, "independiente de toda dominación extranjera"; y esa voluntad se impuso derrocando a Bobadilla, Xavier Abreu, Caminero, M. J. Delmonte y demás etcéteras. Desde entonces la guerra contra Haití cambió el ropaje de simple *Separación* con que la estaban vistiendo y la siguieron, durante enjambre de años, calificando. La calle del Conde durante varios lustros se llamó *Separación*. Reafirmóse el carácter franco y firme de lucha por la Independencia. Los "afrancesados", vencidos en la Junta y ante la conciencia pública, reaccionaron, intrigaron y parecieron triunfantes el 9 de junio; pero Duarte ordenó que fueran aprehendidos y aprisionados; y cuando el General Joaquín Puello, seguido de ciudadanos, los persiguió al grito de ¡Mueran los traidores!, acosándolos hasta que escaparon protegiéndose en el consulado francés, a juicio del Gobierno de Francia y no importa lo que pensara y le escribiera su representante en Santo Domingo, sus partidarios quedaron convertidos en una banda de facciosos, y fueron ficticio índice de mentidas mayorías. Y aunque más tarde, amurallados tras el tórax ancho, duro y repleto de tormentas de Pedro Santana, dividieron, dominaron, desterraron y quisieron descalificar a los *trinitarios* pretendiendo imponerles el sambenito de traidores, para el comedido juicio de la gran nación francolatina, Santana y Bobadilla debieron seguir siendo los directores de aquella banda de facciosos, que harían del protectorado una de tantas costosas, peligrosas y lastimosas aventuras.

La palabra "traición" aplicada a Duarte, a Sánchez y los demás nacionalistas, trocó su repugnante significado por la aureola del martirio. ¿Cómo sonarían, qué sentimiento despertarían en el asombrado pueblo? ¿Cómo penetraron después los oídos, instantáneamente entorpecidos de Jimenes y de Puello? ¡Qué de espantos, de sangre y de luto les costaría a sus familias y a la naciente República la momentánea veleidad de esos dos hombres! En el carácter férreo de Joaquín Puello el desvío

se explica difícilmente. ¡Cómo sonreiría el enredador y elegante Eustache Juchereau de Saint-Denys!

A Francia la trataron los dominicanos en lo sucesivo con amistoso recato. Su participación y ayuda en la campaña de la Independencia iría despojándose de intereses oscuros y adquiriendo elevación y decoro hasta situarse en un plano de noble y generoso desprendimiento. Ya las numerosas familias francesas, residentes en el país, contribuirán a la fundación y afianzamiento de la República como a causa propia. Se apasionaron cada día más los combatientes, y los oficiales franceses más importantes (Imbert, Pelletier, Michel, Lamarche y tantos ahora olvidados) que adiestran al ejército dominicano y se batían en sus filas, se van despojando gradualmente de exotismo, se destiñen de la nacionalidad original, tercián en la política, ocupan altos empleos públicos y quedan convertidos en genuinos dominicanos. Todavía el 30 de marzo de 1844, cuando Imbert, Pelletier y Michel dirigían la célebre batalla y con la victoria salvaban en Santiago de los Caballeros a la República naciente, podrían sentirse franceses mediatizados, y quizás si presumiría alguno de ellos que estaba peleando por la grandeza de Francia. Pero ya en la sangrienta jornada de Beler, Pelletier e Imbert se batían conscientemente para afianzar la Independencia de la República; y cuando el culto y bizarro Pedro Eugenio Pelletier —uno de los más brillantes generales que ha tenido la nación y el más injustamente olvidado— llega a la *Poza del Diablo* como un enviado de Dios y completa su milagro, él es tan dominicano como cualquier *trinitario*.

¿Cuánto duró el empeño de “los hombres de experiencia” en solicitud del protectorado de Francia? ¿Cuándo terminó, con Francia como finalidad, para echar a andar por otro rumbo? ¿Y por qué Francia se mostró indecisa?

En Francia vivían durante aquellos años una etapa de turbulencia política. Disputaban allá por ascender al poder público, oscilando entre la República y la Monarquía, con sobrado apasionamiento; y mientras el orador y gran poeta Alfonso de Lamartine era electo diputado al Congreso Nacional por más de un departamento, principales y avezados políticos, que se creían acreedores a un prestigio universal, eran derrotados en todas partes. Pero cuando Napoleón III impuso la traición de su Monarquía sobre la forma republicana y tendió la mirada hacia

la isla lejana, sus simpatías a la nación española, acaso las maquinaciones secretas de la Cancillería de Francia, o reparos norteamericanos, o el vigilante "perro del hortelano" que fue felizmente la Gran Bretaña respecto de Santo Domingo durante el siglo pasado, o cualquier motivo no divulgado, hizo que el Gobierno francés no se quejara de haber sido utilizado y defraudado, y miró al veleidoso dominicano con la simpatía con que algunos grandes señores atienden al pícaro simpático, cuya malicia en vez de irritar pone de buen humor y es acogido con curiosa simpatía.

Huérfana persistentemente traicionada por varios de sus directores fue la familia dominicana, y de ningún otro país de América se puede decir con tan dolorosa exactitud que ha sido libre por la tesonera voluntad del pueblo y a pesar de esos dirigentes.

La simpatía y contribución de Francia a la Independencia de Santo Domingo no cesan; pero sesgan, se limpian y comienzan a correr por cauces nuevos. Coroneles y Capitanes salen de la escuela de Saint-Cyr y vienen a darle firmeza a la República. Nuestras montoneras se disciplinan; la pobreza militar adquiere realce de sobriedad espartana; se adiestran los guerrilleros y algunos pasan a ser auténticos generales. Un Máximo Gómez no se produjo por generación espontánea. Ya en las últimas invasiones de Haití los comandantes nativos escogen el sitio en donde ha de librarse la batalla. Cesan los éxitos del enemigo y se aquietan sus pretensiones. En lugar de encrucijada, ríos y cerros propicios para la defensa y el repentino asalto, se elige la sabana para la batalla, que pasa a ser una función de arte y cuyo triunfo alcanzarán, más que la audaz valentía, la inteligencia disciplinada y la pericia. Santomé, en donde Bernardino, valeroso general de la vieja escuela, empieza a retirarse con riesgo de los otros dos cuerpos de ejército, y el General en Jefe Juan Contreras desciende al papel de oficial de artillería y se deja arrastrar por su caballo hacia el enemigo a la vista de las tropas del centro, a punto de desconcertarse, parece más una victoria de los discípulos de Saint-Cyr que de los jefes de la vieja escuela. Santomé, Sabanalarga y Jácuba, en cuyas dos batallas es cuando el militar dominicano asciende a mayor altura; por la magnitud de los combates, por la comprensión cabal de los sucesos, por la inteligente dirección, por la coordinación y el

dominio de los detalles y la ejecución de los movimientos, constituyen la prueba más convincente. Cabral y Puello en Santomé no hubieran tenido un éxito tan brillante sin subalternos como Juan Ciriaco Fafá y otros discípulos de los oficiales franceses, que adiestraban en la República.

—“Entonces comprendí cuanto puede influir en el éxito de un combate un refuerzo, aunque sea pequeño, cuando es bien aprovechado” —dijo un día Máximo Gómez aludiendo al refuerzo de Fafá sabiamente aprovechado por Cabral y Puello cuando parecía que estaba a punto de perderse la jornada.

En Sabanalarga Juan Luis Bidó prescinde arbitrariamente del escalafón e impone la preeminencia de coroneles y capitanes (José Hungría y José Antonio Salcedo) sobre generales de la vieja escuela a quienes subordina a esos oficiales. La arbitrariedad no obedeció a capricho de un carácter, sino a comprensión de técnica y escuela. Es Saint-Cyr sobreponiéndose a la montonera.

Un francés de origen asciende a Ministro de Relaciones Exteriores y con motivo de un incidente suscitado por el Coronel Mendés, que estaba al servicio de Santo Domingo, lo abulta hasta lo increíble el representante diplomático de Francia y hace que los intereses de la naciente República choquen con los del Imperio. El Ministro es Pelletier y en sus alegatos resalta un cabal y depurado sentimiento dominicano. Sus razones son directas y claras y su lenguaje es inequívoco. Dice “mi Gobierno”, cuando se refiere al de la patria antillana, e indica que cualquier queja que tenga el Coronel Mendés que ventilar la someta a los tribunales dominicanos, cuyos jueces sabrán hacerle justicia. En nada revela Pelletier su nacionalidad de origen y sí apego a la pequeña nación que él contribuyó a libertar; más que apego era amor que lo absorbía y por el cual será conducido hasta el borde del sepulcro.

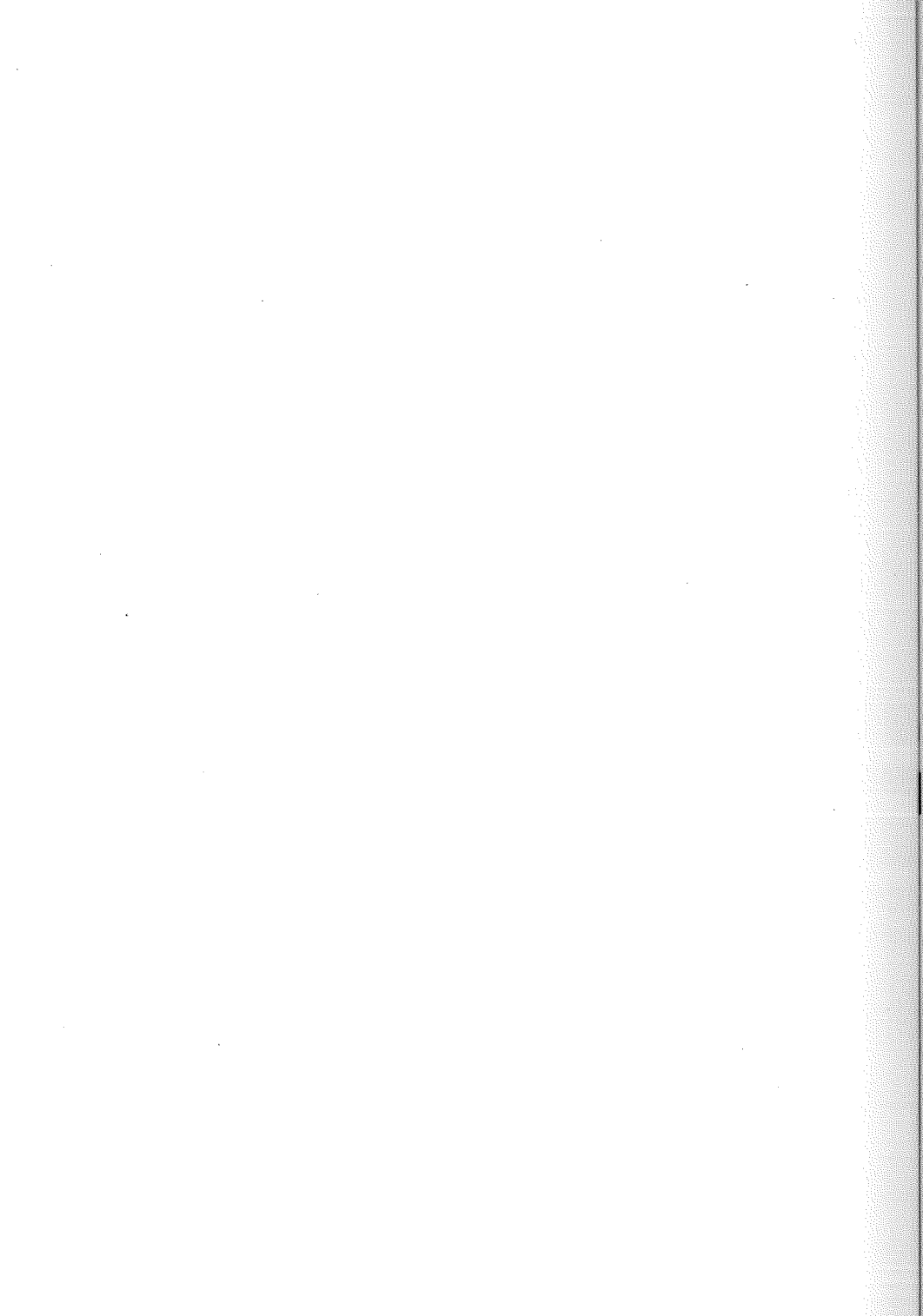
El 24 de enero de 1856 termina el ciclo de las guerras provocadas por las pretensiones de Haití y el día 26 finalizan los instructores franceses su misión. El Ministro de la Guerra, Abad Alfau, escribió, según consta en un libro de copias del Archivo G. de la Nación:

—“A los capitanes franceses Medard Henry, Datoy François, y José Choleite, al servicio de la República”.

(Los servicios del Coronel Mendés habían terminado antes)— “Habiendo Vs. manifestado su intención de retirarse del servicio de la República al vencimiento del tiempo estipulado en el contrato”, etc.

El Ministro Abad Alfau les expresa la gratitud del Gobierno a aquellos oficiales y subraya la simpatía con que serán recordados en Santo Domingo por la labor que rindieron.

Se ha desvanecido para siempre el entusiasta, peligroso y de modales finos, Eustache Juchereau de Saint-Denys; sus intrigas se las comerán las polillas en los papeles viejos, y todo lo ingrato de las gestiones de él se borrará con el tiempo. Pero el agradecimiento de la República Dominicana a Francia es un deber que no se puede olvidar.



DIOS EN LAS GUERRAS DE LA INDEPENDENCIA

I

Leer con atención lo que se ha escrito y pertenece a la comunidad, tratar de penetrar los hechos y la intención de la palabra, no parece que debe ser reprobado como una profanación. Abrir interrogaciones sobre lo pasado, insinuar que se haga luz que alumbre lo que no se entiende o no parece razonable, y aún sugerir opinión propia, no debe ser escandaloso delito.

¿Es perfecta la historia dominicana? ¿Está conclusa, como cuerpo muerto? La historia de un país cualquiera, ¿es capítulo de la vida humana que se puede cerrar? ¿Cómo debe ser leída la Historia de Santo Domingo?

La República Dominicana fue concebida con espíritu cristiano; nació cristiana y sigue siendo cristiana con idéntico fervor. Y el cristianismo, desde que Jesús encarnó para alcanzar muerte de cruz, tendió escala de tolerancia en donde caben el capuchino descalzo, el penitente que viste áspero sayal y se aísla y se flagela, y también, el elegante y pulcro San Francisco de Sales, y el Arcipreste de Hita. ¡Y cuántos más no cabrán en el infinito molde!

Es natural que tan disímiles temperamentos comprendan y amen y sirvan a Dios a su manera. Claman a Él y Él los acoge, porque su amor es de amplitud infinita. Pero es difícil ver a Dios convertido en colaborador para la matanza, confundirlo

con un feroz machacador de cráneos, sin que sufra menoscabo en el espíritu. Tampoco lo que se ha resuelto humanamente necesita ser tenido como milagro, porque entonces es el hombre el que aparece empequeñecido.

Los dominicanos utilizaron el nombre de la divinidad durante las campañas de la independencia, sin irreverencia alguna, como fuerza animadora, como sostén indoblegable del patriotismo. Es opinión que se presume: no se impone. Aquel auxilio supremo para ganar batalla no se debe interpretar y mantener como verdad permanente, y ningún lector incurre en herejía digna de la inquisición cuando retrotrae el fenómeno y lo presenta al análisis tratando de comprenderlo y de que el que no lo ha comprendido lo comprenda.

Era igualmente loable el designio alentador de ocultar los reverses sufridos en las peleas y disminuir las pérdidas de vida a los ojos de las muchedumbres. (Esto también se presume).

Con "la protección de Dios", el sentimiento de inmunidad personal, y la convicción de la inferioridad del adversario, los directores de Santo Domingo transformaron en heroicos combatientes a nuestros antepasados. Sus verdades temporales, sumadas al esfuerzo tenaz, realizaron el ideal que proclamaron, y la admiración y devoción que el pueblo debe a sus memorias venerandas no se restringe si aquellas verdades se restauran y corrigen. "La verdad es lo que es"; *pero no siempre es como ha sido.*

La historia, en todas sus manifestaciones, encierra hasta la leyenda; es la obra del hombre y no debe ser impuesta como un dogma, ni ser tenida y temida como el *Santo Sanctorum* de los antiguos judíos. Se ha repugnado, se repugna aún la idea del libre examen sobre antiguos sucesos dominicanos. Sin ánimo de mover a escándalo, yo me permito citar algunos de aquellos sucesos y entregarlos a la comprensión de los que quieran leerlos o releerlos.

CAMPAÑA DE 1844

Nuestras acciones de guerra por la independencia se iniciaron en El Rodeo y Las Marías, sitios de Neiba. En el primer

encuentro vencieron los dominicanos, quedando Fernando Tavera, el jefe nuestro, herido de tal modo que tuvo otro que llenar su puesto; en el segundo triunfaron los enemigos. Si éstos, cuando perdían en ligeros choques ocasionaban heridas graves, cuando triunfaban o se dilataban los combates sus armas no debían ser inofensivas. El 19 de marzo se enfrentaron los ejércitos y libraron un combate de tres horas, en la llanura de Azua. Se replegó o retiró a posición de retaguardia el enemigo, y el jefe dominicano ordenó y dirigió la retirada del nuestro. La Junta Central Gubernativa imprimía ya el parte de guerra, según se dice, pero no lo dio a la publicidad a causa de la inmediata noticia de la retirada. Tampoco se publicó lista de heridos y muertos, según parece, aunque el General en Jefe de los dominicanos habló incidentalmente el 16 de mayo (cuarenta y ocho días después), de "Remigio del Castillo y otros heridos que tengo".

En abril informó Imbert en su parte de guerra, sobre la batalla del 30 de marzo: "Por una protección de la Divina Providencia el enemigo ha sufrido semejante pérdida (600 muertos), sin que nosotros hayamos tenido que sentir la muerte de un solo hombre, ni tampoco haber tenido un solo herido". Cita Imbert nuestra retirada de Talanquera, presionados por el enemigo "que ha experimentado algunas pérdidas", no mencionó las nuestras. Justo Segarra dice la última palabra relativa a la invasión de Pierrot, con otro informe: "El resto del ejército haitiano, que había fugado (retirándose de Santiago), ha perecido", etc. "Gloria al Señor de los Ejércitos".

La protección de Dios en tierra se extendió al mar. Jehová, el que apartó las aguas del Mar Rojo, podía ser y fue el vencedor en Tortuguero. "Nuestra causa es justa y acepta a los ojos del Señor: ¡Él nos protege!", exclamó la Junta Central Gubernativa al dar la noticia del suceso.

El 26 de mayo manifestó don Tomás Bobadilla:

"la admiración y el respeto que se debe al Dios de los Ejércitos, porque en diez encuentros los enemigos que de un modo bárbaro y con los designios más depravados nos invadieron etc.; de los suyos mordieron el polvo más de 2,000, con pérdida de cinco a seis dominicanos".

Sería absurdo negar el valor de los neiberos y de los cibaños, y absurdo igualmente negar el de Santana y Francisco Antonio Salcedo; pero si el enemigo era tan flojo e inofensivo, para explicar la pérdida de Las Marías y las retiradas de Azua y de Talanquera habría que admitir que el enemigo mataba, o que nuestros jefes se espantaban de sus sombras.

CAMPAÑA DE 1845

En diciembre de 1844 Antonio Duvergé informó que hizo entrar en acción a 225 de los hombres que tenía bajo su mando. Duvergé, que era sencillo y humano, dice en su informe con simplicidad que para vencer en Cacimán confió en la justicia de la causa y “en los valientes que lo rodeaban”. Confiesa que tuvo 11 bajas y supone que la pérdida del enemigo fue mayor. Pero el 9 de enero el Presidente de la República hace intervenir a Dios en la acción pretérita e invita al pueblo a tributarle gracias por su visible protección.

En junio relata Antonio Duvergé la segunda victoria de Cacimán, sangrienta para los haitianos. “El enemigo, protegido por cuatro trincheras y posesionado de inaccesibles subidas”, perdió más de cien hombres y 12 prisioneros. Tampoco habla esta vez de la protección del Dios de los Ejércitos; pero ya no menciona bajas de su parte. Tiene a su lado al inteligente y culto General Felipe Alfau y, con su contacto, ¡va *cogiendo cabeza!* Santana y Manuel Jimenes publicaron que ese triunfo fue de todos los dominicanos... que “el que no peleó contribuyó con sus intereses y, el que no, sostuvo activo el comercio de gratitud con el Creador”. En el informe siguiente se habla de otro choque en que “el enemigo dejó un arroyo de sangre”, sin que hiriera ni a uno solo de nosotros.

El 13 de julio vuelven los haitianos a atacar a Cacimán, y se retiran con pérdida de 200 hombres “sin pérdida de nuestra parte”.

El 17 de septiembre de 1845 Joaquín Puello divide sus tropas en dos columnas de seis batallones y marcha contra el enemigo que está posesionado de una cordillera de cerros en la sabana de Estrelleta. Los nuestros atacan “burlándose de sus balas y

metralla", y después de dos horas de un vivo combate, "derrotamos a los haitianos", que dejaron "el campo sembrado de cadáveres y de heridos", "no habiendo de nuestra parte sino tres heridos levemente".

Si a pesar de los haitianos estar posesionados de una cordillera de cerros y disparar balas y metralla fueron tan delicados que no infligieron sino tres heridas leves a los nuestros, nada tiene de extraño: Puello explica a qué se debió. "Por esta acción —le dice al Presidente— verá usted que la Divina Providencia nos ha manifestado hoy, más que nunca, cuán dispuesta está a obrar milagros en nuestro favor". Santana y Manuel Jimenes agregaron: "Inútil sería todo comentario cuando la voz del Omnipotente se hace oír a nuestro favor".

Pero en diciembre la devoción de los mandatarios dominicanos se eleva a una altura astral y la literatura guerrera del Presidente y su Ministro adquiere tonos y matices bíblicos. Al dar a conocer la noticia de la embarrancadura en La Poza del Diablo de tres barcos del adversario y publicar la captura de las fuerzas expedicionarias que transportaban, dicen jubilosos por tan fausto acontecimiento:

"La hora fatal del exterminio ha sonado para nuestros implacables enemigos....", "el Ángel de la Victoria siempre nos ha precedido guiando nuestro sagrado estandarte y conduciéndolo sobre sus sangrientos cadáveres". "No prevalecerán, como no puede el averno mismo contra el signo sacrosanto". "El Omnipotente sólo ha conducido la nave de nuestro Estado...". "La mano del Todopoderoso ha podido, valiéndose de nosotros, vencerlos, anonadarlos". "Tributemos al Dios Grande y Omnipotente, al Dios de los dominicanos, al Dios que en sus incomprensibles juicios se ha declarado protector y Caudillo de nuestros ejércitos, defensor de nuestros derechos, y exterminador de nuestros adversarios, las humildes y rendidas gracias que le son debidas".

II

El Señor de Montaigne, filósofo sutil y en ocasiones zumbón, describió un cuadro de guerreros bárbaros en que los vencedores en un combate cuidaron esmeradamente a un adversario, lo engordaron, degollaron, descuartizaron, sazaron y se lo comieron luego de enviarles trozos a unos amigos. Esboza, en contraste, ingrata escena de civilizados y apunta que servirse de la divinidad para matar gente es mayor barbarie que asar el cuerpo de un hombre para comérselo. Los filósofos exageran algunas veces.

La Historia de Don José Gabriel García es obra de un trabajador extraordinario. A veces da la impresión de caudaloso río adonde afluye casi todo lo sucedido. A ratos parece que él está vivo y es minero infatigable de inagotable mina. Raro es el filón que no haya visto de la primera República, raro el aspecto de la vida dominicana que se le escapara. Cuando se equivoca es porque le faltó comprobar el documento, o porque de buena fe creyó lo que falsos informadores le contaron. Al pie de los partes de guerra coloca anotaciones orientadoras, lascas que reflejan luz sobre el disimulo de algunos reveses sufridos por los guerreros dominicanos.

—1° *“Durante la campaña de 1845-1846 —dice— registra la tradición varias operaciones militares de que no se dio parte oficialmente... a la nación”. “La primera que realizó Duvergé sobre el fuerte de Bánica, con un cuerpo de ejército”, etc. etc. “El enemigo logró rechazar las diferentes embestidas que dieron los dominicanos a la fortaleza. En uno de ellos murió el Coronel Elías Piña, en otra un hermano suyo, que era capitán y en otra un oficial, primo de ambos. Uno de los heridos más graves, sargento del Primer regimiento, se apareció a los ocho días comido de gusanos; pero tuvo la dicha de curarse.*

—2° *“El General Felipe Alfau despachó en Las Matas dos rondas contra el enemigo (una de cien hombres)”, etc. “Sorprendida por el enemigo se vio obligada a abandonar el terreno conquistado, con algunas pérdidas,*

contándose entre los muertos el guerrillero Rondón, célebre por su valor y atrevimiento.

—3° *“El 23 de mayo de 1846, estando los haitianos posesionados de Gober, fue a atacarlos el General Francisco Sosa; pero encontrándolos fuertemente atrincherados no pudo desalojarlos y después de un reñido combate se retiró con algunas bajas, contándose entre los muertos el Capitán Marcos Medina y el Teniente Rafael Aibar. Tres heridos quedaron en poder del enemigo”.*

CAMPAÑA DE 1849

—4° *“En la campaña de 1849 el ejército invasor derrotó el 19 de marzo en Las Matas (de Farfán) a las tropas que le hicieron resistencia. Los Generales Ramón Mella y Valentín Alcántara hicieron alto en las márgenes del Jura con la gente que les quedaba”... “El 30 se vieron obligados a replegar sobre Azua bajo el fuego de la vanguardia haitiana.*

“Los haitianos pudieron correrse sobre el camino de la Playa, que interceptaron con fuertes trincheras, al pie de las cuales se sacrificaron muchos soldados neibanos. “Esta circunstancia hizo necesario el abandono de la plaza, que efectuaron todos los cuerpos durante la noche”.

El silencio oficial sobre los desdichados episodios y la falta total de los partes de guerra a ellos relativos, invitan a meditar sobre las precedentes noticias de Don José Gabriel García. Los haitianos solían herir, derrotar y matar a los dominicanos: tal vez cuando Dios se pasaba al enemigo (que no era ateo, aunque algunos bailaran a media noche el *voudou*), o cuando abandonaba a los dominicanos a su propio esfuerzo.

En relación al combate de El Número está escrito:

—*“Hemos hecho replegar al enemigo, que dejó en nuestro campo de batalla sus muertos que no pudo*

cargar. La pérdida de los nuestros fue un poco considerable entre muertos y heridos”.

Este último parte de guerra, extraño en los anales de la guerra de la Independencia, aparece firmado el 17 de abril de 1849 por Antonio Duvergé, uno de los pocos generales dominicanos que acostumbraron confesar las bajas sufridas sin creerlo deshonroso. Pero el día 21 del mismo mes el General Pedro Santana pasa esfumino sobre el mal efecto avisando, en parte preliminar, la victoria de Las Carreras.

—“hemos principiado el ataque, y lo derrotamos completamente (al ejército haitiano): no ha habido de nuestra parte ningún muerto y sólo tres heridos”.

La Batalla de Las Carreras fue una de las más dilatadas y en la que Pedro Santana dio prueba de su capacidad de buen general. El parte definitivo dice:

—“La pérdida del enemigo ha sido considerable, y de entre sus muertos hemos enterrado dos generales: uno de división y otro de brigada, según las insignias que tenían; y otro que murió, también de división, se lo llevó el enemigo; también perecieron infinidad de oficiales, según las insignias que ha cogido la tropa”.

No mencionan en el parte otros heridos ni muertos dominicanos.

Una columna de infantería haitiana, precedida de caballería, derrotó en La Caleta a los dominicanos el 29 de mayo de 1851; pero, reforzados, los derrotados se hicieron fuertes en Postrer Río y, “protegidos por la Divina Providencia”, rechazaron al enemigo que “dejó inundado de sangre el camino de su tránsito, sin que de nuestra parte haya habido pérdida que deplorar”.

¿Y por qué, sin tener siquiera un herido leve, se derrotaron en el encuentro preliminar? Correrían hacia un recodo del camino a esperar la protección de La Divina Providencia.

CAMPAÑA DE 1855-1856

Don José Gabriel García escribió sobre la Batalla de Santomé, entre otras explicaciones, lo siguiente:

—“Abierto el fuego y sostenido con viveza por ambos ejércitos contendientes durante largo tiempo, nuestras tropas se vieron a punto de perder mucho terreno”. “Hubo momento de tanta confusión que el jefe de la retaguardia, creyéndolo todo perdido, llegó a abandonar el campo y a dar orden de tocar retirada arrastrando en su derrota algunas compañías que junto con las fuerzas de caballería que se retiraban fueron detenidas en Mijo por J. C. Fafá, que a la cabeza del Primer Regimiento marchaba a incorporarse”. “El refuerzo del Batallón de Baní inclinó la balanza del triunfo de nuestras armas, que al fin derrotaron al enemigo”.

El Vice-Presidente Gral. Manuel de Regla Mota lanzó proclama de triunfo:

—“Confiad en nuestra santa causa, que siempre ha protegido el brazo fuerte del Omnipotente”.

Los generales José María Cabral y Eusebio Puello, distinguidos al final de la batalla de Santomé, fueron un par de instrumentos al servicio de la Divinidad que, efectivamente, fue la salvadora y triunfadora.

Adviértase que en la segunda fase de la Batalla de Las Carreras (la primera se lidió en El Número a las órdenes de

Duvergé), la ganó inequívocamente el General Pedro Santana a quien, hasta la Reina Isabel II, reconociéndole sus excelentes dones militares e implícita sangre azul, le otorgó el bien ganado marquesado de Las Carreras. La divinidad no intervino en eso. Pero... —¡elástico y convincente Pero!— cuando Santana está lejos de la acción feral, cuando el Gral. Pelletier asume la dirección en La Poza del Diablo, cuando Duvergé, Cabral o cualquier otro, triunfa dirigiendo la batalla, la victoria se le atribuye al abstracto brazo del Omnipotente.

El número de los haitianos muertos en la Batalla de Santomé ascendió a 695. Hasta ahora no se ha podido averiguar cuántos dominicanos murieron, aunque el triunfo fue porfiado y estuvo indeciso.

El Gral. Francisco Sosa le hizo dar sepultura, luego de la Batalla de Cambronal, a “trescientos y pico de cadáveres, sin los que faltan por descubrir en los *broques*”. Todos eran de los enemigos. Nada se sabe todavía de los heridos y muertos que tuvieron los dominicanos.

La Batalla de Sabanalarga y Jácuba, la más sangrienta de las guerras con Haití, duró ocho horas y media. El enemigo atacó en el *Paso de Macabón* al cuerpo de ejército (1,000 hombres) comandados por el Coronel José Hungría y el Gral. Batista. Los dominicanos “se vieron obligados a replegar”. Aunque la batalla se había ya generalizado en los tres cuerpos: —centro, izquierda y a la derecha— el General en Jefe Juan Luis Bidó, envió 500 hombres de refuerzo a las órdenes de José Antonio Salcedo (Pepillo) que llegaron al sitio de *Macabón* antes de que el repliegue se convirtiera en derrota. Triunfaron los hombres comandados por Hungría, Batista y Salcedo y reforzaron el centro, en Sabanalarga. Y, cuando el enemigo daba señales de replegarse, una maniobra ejecutada con pericia situó al cuerpo de ejército del ala derecha, comandado por Florentino y Lucas de Peña, en la Sabana de Jácuba, por donde tenían que pasar los enemigos en retirada. El combate se reanudó ahí con violencia. “Hemos calculado en más de mil los muertos enemigos en este sitio”. Seiscientos tuvieron en el frente de *Macabón*, y pasaron de mil los muertos haitianos en el centro, en Sabanalarga.

El General Juan Luis Bidó era un varón culto, y creía más en la inteligencia y la pericia que en otras cualidades de los hombres de armas. Adoptó decisiones atrevidas y muy riesgosas:

no se olvide que impuso al coronel José Hungría y al Capitán José A. Salcedo sobre generales. Acertó y la victoria le dio la razón; pero en caso adverso le hubiera valido la degradación y quizás la muerte. Santana no permitía que jugaran teniendo en menos los rangos y escalafones. En cambio Juan Luis Bidó parece que había observado que a algunos generales de la vieja escuela (buenos jefes de guerrilla) no les cabían en la cabeza más de 200 hombres, mientras que coroneles y capitanes como Hungría y Salcedo tenían capacidad para mandar no menos de 1,500.

¿Cuántas bajas tuvo el ala izquierda en las ocho horas y media de combate? ¿Cuántas tuvo el ala derecha, comandada por Juan Luis Bidó y Fernando Valerio?

El General en Jefe responde: —“Lo que parece increíble es que entre muertos y heridos los nuestros no llegan a 25. Esto se dudará en toda la República”.

Juan Luis no era un embustero; pero no cayó en el error del Gral. Imbert, de negar que los que pelearon bajo su mando no tuvieran ni contusos, información que dio lugar a que algunos maliciosos negaran la existencia de una batalla positiva y salvadora de la República.

Don Manuel de Regla Mota proclamó desde la sede presidencial (Santana estaba todavía en Azua):

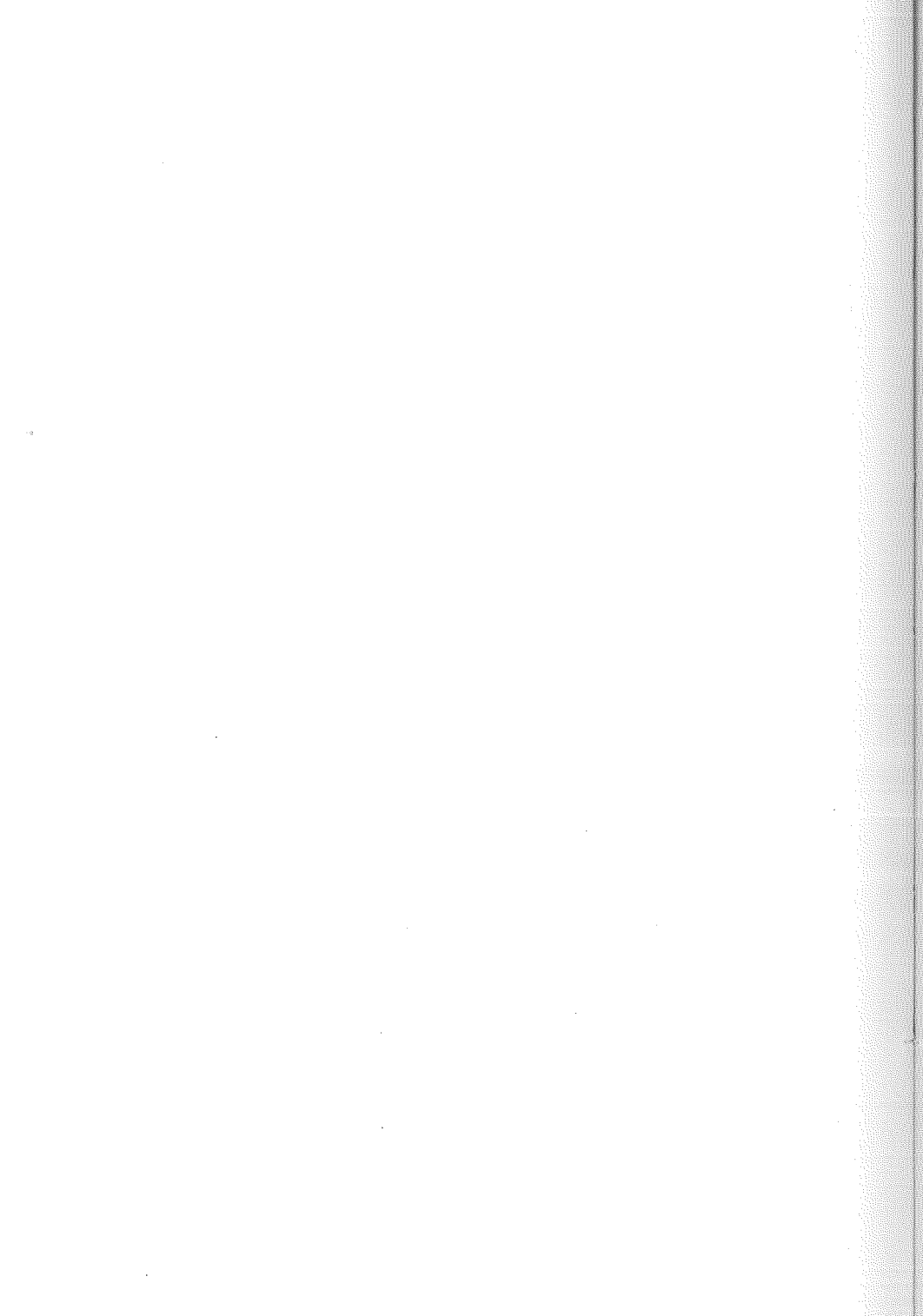
—“*Dominicanos: demos gracias a la Divina Providencia por la protección que dispensa a nuestra causa*”.

Como remate bastaría agregar las palabras de Pedro Santana y Manuel Jimenes:

—“*Inútil es todo comentario cuando la voz del Omnipotente se hace oír a nuestro favor*”....

Si no vinieran a la memoria las razones de Miguel de Montaigne:

—“*Servirse de la piedad y la religión para matar es mayor barbarie que asar el cuerpo de un hombre para comérselo*”.



BLANCOS LEGALES

La República Dominicana se declaró independiente en 1844 sin prejuicio de raza; pero sí con voluntad de preservación vital.

Perceptible mezcla del conquistador con el indígena hubo desde el principio del descubrimiento; y si se distinguieron ejemplares de crueldad (Ovando) y de maldad y estupidez (Ossorio) abundaron varones tan constantes en la prédica y la práctica de la caridad cristiana que se acercaron a la santidad. La brutalidad de Don Antonio de Ossorio no se empecinó contra negros, mestizos, ni mulatos, ni la sugerencia del oidor Suazo se tomó en serio.

Durante el período colonial, antes que prejuicios, hubo miramiento para con los servidores cuando no completa despreocupación de raza. Trajeron esclavos y cuidaban sus intereses... Ya en el siglo XVII el Regidor Zeballos le hizo perder en Puerto Plata el juicio a la esposa, de familia principalísima, por arregostarse con "la negra Fulana Manga y otras negras", procreando mulatos. Mulato sobresaliente fue en la ciudad de Santo Domingo el orador sagrado Tomás Rodríguez de Sosa, distinguido por un excelente Arzobispo atento a la elocuencia, honestidad, religiosidad y sabiduría del orador. Y aquel engreído y jactancioso empleado público que viéndose con mando en aldea, en desbordamiento de exuberante superioridad mulata aseguró que la colonia sería bien gobernada por los mezclados, por los mulatos. En la capital de la colonia (1625) "la turbamulta de mulatas andan en competencia por ganar galanes", observó un curioso. Lujosas, en los días de fiesta "a los templos acuden

decenas de mulatas”, anotó otro. A ciertos bailes “concurren docenas de mulatas de mediano porte y parecer”, informó un tercero.

Del piadoso sacerdote Garabito quedó testimonio laudable: ausencia de prejuicio de casta y ostensible amor evangélico. En la hora de meditación alcanzó a ver que se acercaba la muerte “que en cualquier circunstancia es espantosa”, según Cervantes, y en vez de temblar de susto con la serenidad del sabio dictó su testimonio. Para una infeliz muchachita negra legó la mayor parte de su modesta pertenencia. Ordenó que lo restante se invirtiera en misas rezadas para descanso del alma de sus buenos feligreses difuntos. No cabe maliciosa deducción: la legataria era negra, no una mulata. El buen pastor Garabito no tuvo sobrinos...

Nuevos maestros, con valentía “de mesa redonda” le están dando vuelcos a la historia nacional, desde el origen. Confirman que cada generación suele interpretar la historia, señalando errores y hasta prescindiendo de la realidad pretérita. Si lo actual se presta a interpretaciones, ¿por qué se ha de creer lo que han escrito del pasado?, piensan. La causa de un suceso puede ser controvertible; pero el hecho evidente y comprobado parece que debe merecer algún respeto.

Contra la España colonizadora se renuevan adjetivos; que parecían desvirtuados con *la leyenda negra*, y no se explica que aludan en contraste favorable a la Francia colonizadora (¿de Haití?) olvidando que los franceses no se complacen en aprobar absurdo. Ahora, con sonrisa subrayan frases casi elegantes y creen demostrar así que los dominicanos heredan un prejuicio de raza, que no heredan; pretenden que está comprobada la ceguedad del oligarca español que los dominicanos heredan... como si en Santo Domingo existieran oligarquías fuera del momento de propaganda electoral de los políticos; ponderan el espíritu reaccionario del español que entorpece a los dominicanos, quienes rechazan acogerse a la fraternidad tan conveniente entre vecinos...

Por desgracia, o por fortuna, “el derecho a la no persuasión queda siempre ejercitable” y, ¡todavía!, a la verdad se le concede alguna virtud.

Mientras en el Occidente de la Isla de Santo Domingo se enriquecían los colonos mediante el trabajo de esclavos impor-

tados de África, persuadidos a latigazos, en los prados del Este y las sabanas del Sur se empobrecieron los poseedores de ganaderías en pastos libres, y en las selvas las praderas preciosas iban quedando lejos de los puertos y dejando menos beneficios. Los esclavos en la parte oriental fueron escasos en número y casi siempre recibieron tratamiento familiar y a veces hasta el esclarecido nombre de sus propiedades. En este aspecto superó al francés el español. En la sabia explotación agrícola aventajó el amo del Occidente.

En varias ocasiones los negros menos sumisos llegaron de Haití a Santo Domingo buscando refugio. Fue memorable el caso de aquellos Mina que, sometidos a tormento en próspera colonia del Guarico, rompieron las ataduras, zafaron los pies de argollas y cadenas, se entusiasmaron y con los mismos rebenques azotaron a dueños y capataces hasta verlos morir. Desfigurados, hinchados de verdugones y tatuados de cicatrices aparecieron en Santo Domingo. Los mandatarios de aquí se negaron a entregarlos. Pusieron entonces sobre el riesgo de posible represalia y el derecho de propiedad del vecino, el sentido de compasión humana. En la cercanía de la ciudad capital sembraron a los negros Mina y se formó la aldea en donde pacientes sacerdotes católicos a fuerza de padrenuestro y cazabe les suavizaron la índole. Los protegidos se acostumbraron con sus protectores. Los vástagos, nietos y biznietos, se multiplicaron en las inmediaciones y en el transcurso de los años, agradecidos, vinieron a ser guerreros defensores de los intereses de España. El caso del liberto Capitán Musundí, no es único. Pero aquellos fueron asuntos de europeos. Embarcáronse los indianos y sus apellidos perduran en los descendientes de los libertos favorecidos, que han sabido honrarlos. Son los nuestros.

Por aquí pasaron Frey Nicolás de Ovando y varios Don Antonio de Ossorio; y aquí, en la casa conventual más digna de celebridad de América, sonó la voz divinal de Córdoba y Montesinos, cuyos principios convirtió Luis de Vitoria en doctrina nueva en Salamanca. Grocio fue un puente. Y mueve a sonreír que en momento del mayor prestigio de la admirable Francia cuando París alzaba la antorcha alumbrando al mundo, enseñando las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, tan semejantes a las predicadas en nuestro viejo convento, el padre

material del que sería glorioso general Dumas, padre a su vez del novelista de universal nombradía y abuelo de un dramaturgo ilustre, impidiera que el hijo, por ser mulato, declarara su apellido al engancharse en el ejército. Que se inscribiera con el nombre de la negra esclava.

Ironía sutil, griega ironía. ¡En qué jirón de nube estaría dormitando Zeus, cuando en aquel instante no frunció el entrecejo haciendo retemblar “el vasto y dilatado Olimpo!”

En Santo Domingo algunos andan confundiendo la necesaria providencia preservativa, el derecho a existir, o si se quiere el instinto de natural defensa que hasta las bestias tienen, con un prejuicio racial que ni hemos heredado de España, ni hemos querido tener, ni podemos tener.

Un día se presentó en Santo Domingo el genial Toussaint L'Overture y les planteó a los dominicanos un dilema terrible, o sumisión tranquila o el aniquilamiento:

—“Yo os presento la felicidad o la desgracia: escoged”. (1801).

Cuando el extraordinario de valentía y atrevimiento Jean Jacques Dessalines, año después de azotar en la ciudad del Cabo a 400 ciudadanos de Francia y degollarlos inmediatamente, acaso para evitarles el sonrojo de sobrevivir afrentados, consintió dar audiencia a representantes dominicanos que fueron a él ansiosos de averiguar si la libertad y la igualdad haitianos se harían extensivas a los habitantes de la región del Este, “herederos de tradiciones, idioma y costumbres diferentes”, daban prueba de que no habían descartado ser compañeros de los libertos. Repugnaban desempeñar el papel de cazadores de negros al que los autorizaba, mediante proclama, el General Ferrand, gobernador de Santo Domingo respaldado por el poderío de Napoleón I. Los dominicanos eran pocos y carecían de armas. Dessalines no necesitaba auxiliares así. Le bastaba su ejército imponente y aguerrido, aunque descalzo. Se dignó decir para que los infelices dominicanos entendieran:

“No existiréis sino en cuanto mi clemencia se digne preservaros”... Ilustró, por si no comprendían bien el patuá (patois) que los franceses y los que se atrevieran a oponerse a *la una e indivisible*, “pronto serán sepultados bajo los escombros de vuestra Capital” (1805).

—¡Guay de los dominicanos! ¡Ay de la Catedral Primada de América!”

Henri Cristóbal no se entretuvo en proclama de lucimiento: minucias. Mordía callado. En Santiago de los Caballeros colgó del balcón de la casa municipal a los regidores y en Moca degolló a cuantos cupieron en una iglesia. No le gustaban ni los santiagueros ni los mocanos. Él era así: tenía caprichos; y los que se entretienen en enseñar la historia de mesa redonda que expliquen a Cristóbal en la forma que gusten...

—“Si los dominicanos desconocen el lenguaje de la persuasión (es decir, si no se someten a Haití con absoluta mansedumbre) mi moderación se transformará en una severidad que asombrará al universo” —proclamó el haitiano Presidente Rivière. (1844).

—“Yo los perseguiré sin piedad, como a puercos cimarrones, hasta las alturas del Cibao. No les dejaré ni gallina ni gato vivos”... —proclamó el Emperador Faustino Soulouque. (1849).

—“No hay perspectiva sino para la carnicería y la destrucción de una comunidad por la otra, si los dominicanos no se curan de un prejuicio incorregible”, escribió Jean Price-Mars, historiógrafo y diplomático de Haití. (1954).

¿En dónde está el prejuicio de raza? Ante el permanente y amenazante dilema de sumisión o total exterminio, como recurso de preservación de vidas, el 28 de febrero de 1844 los habitantes de Santo Domingo amanecieron blancos, blancos legales. Los blancos, los grifos, los pardos color de “raspadura” de trapiche del Sur y los negros interfronterizos, se declararon nación de blancos. A las reiteradas e intermitentes invasiones, no respondieron nuestros abuelos, ni hemos respondido, armando ejército ni buscando aliados para invadir y destruir a la comunidad vecina. Las sangrientas batallas se lidiaron del lado acá de la frontera.

Providencia preservativa, en lugar de procurar represalia, leerán los curiosos en el plan publicado en *El Dominicano* el 24 de julio de 1846, propiciando inmigrantes, ofreciéndoles recursos y fraterna convivencia. Asiáticos y *cocolos*, no: que no vinieran, porque éstos han vivido vacíos del ideal de libertad e independencia. Españoles peninsulares, canarios y mallorquines sí, suponiendo que vendrían con la línea de Aranjuez en la cabeza. Se les ofrecía terreno y regadío gratuitos, animales de crianzas, aperos... “Serán tratados con distinguida deferencia, asistidos en sus achaques, consolados en la adversidad y... (aquí el interés primordial) llegará tiempo en que

enlazándose con los naturales *formarán parte de la familia dominicana*".

A pesar de que durante la tentativa de la anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos de América el Presidente Ulises Grant nos mandó de regalo, y entraron por Samaná, negros de orejas adornadas con argollas de similar, (los machos) en 1899 todavía algunos observadores presumían que sólo un treinta y tres por ciento de raza negra poblaba el territorio dominicano. Extremado optimismo parece ahora creer que un cuarenta y dos por ciento de cutis claro son naturales de la nación. Lo duro, lo aciago es que el arraigado amor a la independencia se debilita.

Los grandes negros Mina desaparecieron. Se apagó el irradiante vencedor de Avengosa, el Marcos Adón, cuyas proezas guerreras junto al Ozama en la guerra por la Restauración y en campos del Sur por evitar la otra anexión en la Guerra de los Seis Años, causaron asombro. Borráronse las hazañas y se olvidan los nombres de Campusanos y Melencianos, y del Romualdo, generoso y paternal con el vencido, sufrido sin amargarse en largo destierro... Sombras. Vagas memorias.

Durante la ocupación norteamericana del territorio nacional (1916-1924) a juicio de los dominadores el inquietante problema de la población pasó a ser indiferente, cosa de los inferiores aplastados. En los años de "la gran guerra", subió el precio del azúcar y en los centrales azucareros fue conveniente abaratar "la mano de obra" importando *cocolos* dóciles y haitianos cerriles, sobrantes en su país; y sus hijos, dominicanos por el nacimiento, rebosan hoy las regiones de Barahona y el Este. En las veladas nocturnas, de afuera viene a los cañaverales, o de los cañaverales viene hacia afuera, el estruendo de los que danzan cantando y bailando sus ritos, ajenos, vacíos del concepto de la independencia de la República, pero obedientes en soplar tizones y encumbrar llamas en esos cañaverales. Nuestro y actual parece el lamento del irónico autonomista cubano Fernández de Castro: "¡Qué amargo es nuestro azúcar!". ¡Y qué raras les parecerían a los fundadores de la República las explicaciones de los historiadores en mesa redonda!

.....

—“¡Adivino de males!”... Haití ha tenido gobernantes admirables por la prudencia; y Dios, que es insondable, suele desvirtuar augurios funestos. Él ha persistido en querer que Santo Domingo, nación de tragedia, tras huracanes, terremotos, matanzas y repetidos errores, se reincorpore, y *sea*.

28 de noviembre de 1967



FAGALDE Y LA GUERRA DE REPRESALIA

I

Juan Carlos Fagalde, el capitán francés alistado en la marina de la República Dominicana con grado de coronel, andaba a picos pardos el 10 de febrero de 1850. Hasta las tres de la mañana del lunes estuvo bailando en el barrio de Santa Bárbara con gente de distinción. El licor, los perfumes y el contacto con hembras de clase fina le calentaron la sangre y le excitaron los apetitos. Era casado; pero la esposa quedó en Bayona y, con 37 años de edad y a una distancia tan grande, la fidelidad conyugal de un coronel puede ponerse en circunstancial receso. A las tres de la madrugada, en lugar de irse a su cama Fagalde torció rumbo y se dirigió a la ajena.

Iba subiendo por la *Calle Nueva*. *La Calle Nueva* tenía por nombre el tramo corto que parte de la actual iglesia de la Altagracia y termina en las ruinas del Convento de San Francisco. Ascendió por la empinada cuesta y, con la contera de su caña de pasear, comenzó a dar toques de consigna en la puerta de la casa de Juana María Sánchez, *la sorda*... Aquí el enredo, el nudo de confusión.

La Sánchez no era carne de pecado; pero tenía una sobrina de 21 años, incitante y loca del cuerpo, que se entregaba al hombre que le pagara diez pesos fuertes; se llamaba Margarita Antonia Elías. Margarita habitaba aparte, en casa del vecinda-

rio. ¿Quién extravió a Juan Carlos Fagalde? ¿Quién urdió el lance y le dio al coronel dirección falsa? Él no iba armado de puñal, espada, ni pistola, como era de estilo, andaba solo, y nada más llevaba bastón de lujo.

Ante la puerta de Juana María se detuvo y llamó con toques suaves. La puerta se fue entreabriendo, empujada con cautela, y en lugar de Margarita, o de Juana María, apareció y salió un hombre enfurecido asestándole sablazos a Fagalde, quien, sorprendido, retrocedió dando quites con la caña que pronto saltó en pedazos. Con el brazo derecho trató de impedir lo que no pudo con el bastón: siete heridas se lo inutilizaron. Opuso entonces el brazo izquierdo parando golpes, y siete heridas más se lo destrozaron. Creció la ferocidad del atacante cuando vio a su presa desvalida. Pegaba y seguía pegando. Al recibir el quinto y el sexto sablazos en la cabeza, ya incapacitado de manos, el herido se tambaleaba y dijo dos o tres veces: *basta, paisano*. Se desplomó y en el suelo recibió el sablazo vigésimo tercero, que le abrió el cráneo.

El famoso Dr. Luis Rotellini (italiano), Juan Bernal, "Médico en Jefe", Tomás Aquino Rosó Canó, "Médico de 1ra. Clase" y Pedro Antonio Delgado, "Médico de 2da. Clase", examinaron y certificaron las heridas.

II

Para el dominicano de hoy carece de significación, o dice poco, uno de tantos lances antiguos, de crónica escandalosa; pero no parece desprovisto de interés hablar del Coronel Juan Carlos Fagalde.

Fagalde era y es todavía, en los anales de la independencia de la República Dominicana, la mejor síntesis de un momento, la única hazaña naval en la corta *guerra de represalias con Haití*. Y cuando afirmación tan radical le parezca a alguno caprichosa o temeraria, los que investiguen y ante el hecho real especulen con mente libre, llegarán a conclusión idéntica. Porque, en resumen, ¿qué fue la *guerra ofensiva por mar*? Una proclama de Buenaventura Báez, dos aventuras y una hazaña de Fagalde.

Anclaron en el Ozama fragatas, goletas y bergantines de guerra desde aquellos días y la guerra por mar pasó a infolios del Archivo General de la Nación y quedó a merced de traza y polilla. Basta recordar un capítulo de la obra de Don José Gabriel García, actor en parte de aquellos acontecimientos y su historiador imprescindible.

Buenaventura Báez ascendió a la dignidad de Presidente de la República por primera vez el 24 de septiembre de 1849, y Falgalde se lanzó al mar a principios de noviembre o al finalizar octubre. Iba en el bergantín de guerra *27 de Febrero* y lo secundaba Juan Luis Duquela, capitán de la goleta *Constitución*. Salían decididos a hacerles sentir la guerra a los haitianos *en sus vidas e intereses*.

Los expedicionarios le habían ya hundido al enemigo nueve balandras y barquichuelos, cuando columbraron tierra de Haití. Desembarcaron en la desembocadura del Pedernales, cruzaron el río limítrofe, asaltaron a *Anse a Pitre* y lo incendiaron. Reembarcaron, siguieron su derrotero y asaltaron a *Saltrou*: lo tomaron, le dieron fuego y se retiraron dejando 25 enemigos muertos y llevándose un grupo de prisioneros. Pasaron de Jacmel y en frente de la ciudad de Los Cayos capturaron una goleta cargada de provisiones. Quiso el Coronel Falgalde que fuera mayor el éxito; pero al doblar el Cabo Tiburón, persiguiendo un navío cargado de café, los tripulantes dominicanos midieron las propias fuerzas, reflexionaron y... sintieron que se les apretaba el pecho, el corazón les daba brincos y se les aflojaron las coyunturas. Nuestros marinos se insubordinaron e impusieron el retorno. El jefe expedicionario, disconforme, rezongó en francés, se mordió el labio inferior y viró en redondo. De regreso ancló en la gran Bahía de Neiba, y ya en el puerto de Barahona amarró a Alejandro Calisá y lo fusiló en el castillo de proa del bergantín *27 de Febrero*. Después de violar el *quinto mandamiento* y beber agua del Birán, el baño interno, la acción diabólica y la portentosa belleza del escenario, que es milagro de Dios, le aliviaron el alma de rencores. El 15 de noviembre entró triunfante en la ancha ría del Ozama. En la puerta de San Diego, de orden superior y para lección objetiva, fusilaron a un compañero de Calisá. Fue entonces, cuatro días después de regocijarse de la aventura triunfal y lisonjeado por grandes esperanzas, el 19 de noviembre de 1849, cuando el Presidente

Buenaventura Báez proclamó la “*Guerra ofensiva*, haciendo a los haitianos responsables de los males que sobrevinieran”.

Juan Carlos Fagalde causó admiración de pronto, despertó entusiasmo, y luego suscitó murmuraciones y críticas. Dijeron de él que era un aventurero, impulsivo pero cobarde, malo de trato, díscolo, y que azotaba a los tripulantes que incurrieran en falta. Dijeron, además, que era un borracho, inadecuado para mandar a hombres libres.

Por causa de reacción y censuras tan desfavorables, capitaneó la segunda expedición el General Juan Alejandro Acosta, varón probado, de experiencia, valor y reputación indiscutidos. Pero él levó anclas y salió llevando a Fagalde como segundo en el mando de una flotilla. Los navíos, en esa expedición menos feliz, fueron sorprendidos, azotados y dispersados por un huracán. El barco de Fagalde recaló en Paraguaná. El coronel desembarcó, se emborrachó de aguardiente y tuvo con las mujeres del pueblo amigo atrevimientos de pirata. Cuando regresó a la vieja Santo Domingo le contaron a Báez lo sucedido y, desde entonces, el coronel fue “hombre de tierra”. Dejó el mar y quedó a las órdenes inmediatas del Presidente de la República. Ahí, en la guardia personal del jefe del Estado, se mantuvo hasta la noche del suceso de San Francisco.

III

La señora Feliciano de Sosa despertó y oyó: *basta, paisano*, y sintió cuando un cuerpo se desplomaba frente a su casa. Se levantó y salió a la calle: vio y llamó a voces. Despertaron, acudieron y vieron igualmente: el marino Juan Espinosa, (alias *Coca*), Margarita Antonia Elías, y otra señora. Se acercaron, alarmados, a la casa del Comandante Joaquín Orta, situada en la esquina de San Francisco, y despertaron a doña María Luisa Ramírez, la esposa del comandante, quien a su vez hizo despertar a su primo y huésped, el Teniente Coronel Pedro Segundo García, del 2º regimiento seibano. Buscaron médicos y autoridades. Los doctores Luis Rotellini y Pedro Antonio Delgado

ordenaron el traslado del herido al hospital San Nicolás, y el Juez Alcalde José María Reinoso, actuando de Juez de Instrucción, comenzó a investigar a vecinos. Amaneció. Charcos de sangre. Entre *bruscas*, *brujas* y *escobitas*, apareció la caña de Fagalde partida en trozos y “más allá”, la punta de un sable con salpiques de sangre fresca. El Teniente Coronel García, inteligente y ducho en asuntos de peleas y machetazos, tomó y abandonó pistas hasta que se detuvo ante una puerta y, “viendo y verificando que las hojas de la puerta y el quicio o línea de asiento tenían manchas de sangre, se detuvo en reflexiones”. Entonces se abrió “la puerta que tenía manchas de sangre y por ella salió ese *hombre de color obscuro* expresando admiración de no haber sentido ni oído nada... pero yo advertí sangre también de la parte adentro”.

Juan de Mata —*ese hombre de color obscuro*— fue detenido e interrogado. Él era sargento 2° y tenía la edad de 25 años. Juró con la mano abierta y el brazo extendido ante la imagen de Jesucristo decir “la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad”. Durante la noche del domingo él no había salido de su casa. Hasta las nueve se entretuvo “tocando el cuatro”, luego se acostó con Juana María y... durmió profundamente. No se dio cuenta de lo ocurrido en la calle. No oyó ruido, golpes de sable, ni *bastas* de herido.

El cabo de la policía, Valentín Núñez, fue mandado a registrar la casa de Mata y regresó trayendo un sable despuntado que encontró “en un matojo, cerca de la mata de coco”, en el patio de la vivienda. Confrontaron las partes y la hoja se adaptaba a la punta perfectamente. Era de “cabo de chifle y guarnición de hierro, de los *no me saques sin razón ni me guardes sin honor*”. “Desde dos dedos de la guarnición hasta donde se rompió, la hoja estaba toda manchada de sangre”.

Juan de Mata no conocía ese machete: dijo que no era suyo. Quizás si alguien pasó y lo tiró por ahí para no comprometerse. El patio no tenía cerca que le impidiera el paso a cualquiera.

Entonces le presentaron la vaina, que le venía tan bien al sable como la punta a la hoja. La habían encontrado en un rincón de su casa. Pero él se obstinó en negativa redonda: acaso la tiraron allí después de él estar detenido por *la justicia*. Ni siquiera conocía él al Coronel Fagalde, aunque oyó decir que recientemente había azotado al marino Santillán...

Lo condujeron a la presencia de Juan Carlos Fagalde y éste, desfigurado y maltrecho por las heridas, con un pómulo tajado y un ojo menos, y la boca rota, vivía aún (¡qué hombre tan duro!). Veía “de un ojo” y articuló palabras acusadoras que tradujo el Dr. José María Caminero: ese hombre es, afirmó. Dijo hasta del modo que Mata vestía cuando le asestaba los sablazos: *pantalón de listas, camisa blanca y chaqueta de militar*.

Juan de Mata siguió negando. A las tres de la madrugada no podía estar vestido de esa manera. Hasta las nueve de la noche estuvo tocando el cuatro; luego de aflojar las clavijas del instrumento se acostó y no salió hasta que amanecía.

Hicieron comparecer a Juana María Sánchez, la mujer de Mata. Ella, como era sorda, no oyó ni supo lo que pasó en la noche... Cerró su puerta desde que Juan salió a las siete... hasta que regresó, como a las tres de la madrugada... y como “él acostumbra salir sin que me comunique a donde va ni de dónde viene”....

—¿Cómo vestía él? —preguntó Reinoso.

—Calzones de listas, camisa blanca, y su casaca de militar... (¡como lo vio y describió Fagalde!). Si desde el principio ella no habló claro... fue porque su hombre le pidió que le guardara el secreto.

En careo y nuevo interrogatorio Juan de Mata dejó de decir “la verdad” que sostenía bajo juramento y se confesó autor del hecho tremendo. Pero todavía así no parecía un culpable. Tuvo argucias, circunloquios y aplomo tales que le ganaron la admiración de los curiosos. Más que un criminal parecía un criminalista, digno de pago en vez de castigo. ¡Y ese hombre ni siquiera sabía leer!

Lo llevaron de Herodes a Pilatos. De la jurisdicción civil lo pasaron a la militar. Reinoso se lo entregó al Comandante de Armas Bernabé Polanco (aquel a quien Santana quiso después fusilar, en los días de Santomé, porque abandonó el puesto de Barahona, huyéndole a los haitianos). Bernabé Polanco se lo pasó a Domingo de la Rocha, gobernador interino, y De la Rocha lo sometió a la comisión militar que presidía el Coronel Manuel Machado.

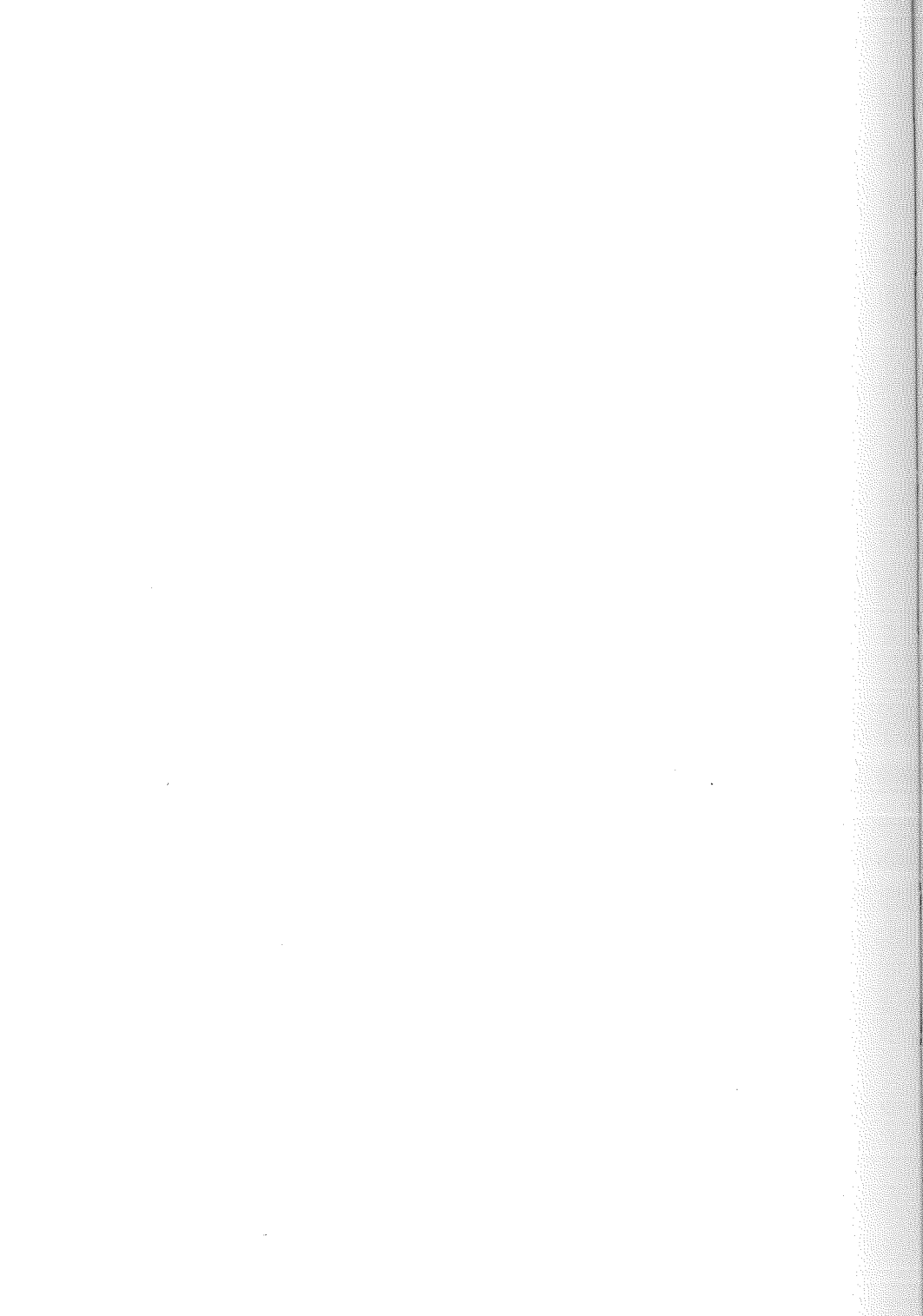
El Coronel Fagalde acababa de morir. Recordaron, refirieron y comentaron sus gloriosos servicios a la patria, y Juan Francisco Acevedo, Fiscal del Consejo de Guerra, con ese muer-

to caliente todavía habló con elocuencia siniestra. Patético y sin piedad convenció a cuantos le oyeron de que Juan de Mata, Sargento 2° de Marina, era "culpable de tentativa de homicidio y de haberle pegado a su superior el Coronel Juan Carlos Fagalde". Aglomeró cargos y exigió para el reo la pena de muerte.

El 16 de febrero de 1850, 6° de la Patria, en virtud de un artículo del Código Penal, Juan de Mata fue ejecutado.

Así terminó Juan Carlos Fagalde, coronel de la Independencia de la República.

Revista Militar, febrero de 1944.



PELLETIER Y LA CONFUSIÓN DE ORIGEN¹

I

Por causa de la donación a Francia de la parte española de la Isla, que motivó la salida de "las familias más ilustres y de mejores letras"; por la improvisada Independencia Efímera, de funestas consecuencias y, finalmente, por la superposición de Haití, fugaron de Santo Domingo casi todos los habitantes de pundonor.

Analizados por escritores juiciosos, ninguno ha prescindido de esos lastimosos acontecimientos al explicar la disminución numérica y la miseria económica de los dominicanos. Quedaron los que no pudieron escapar a tiempo, y franceses aclimatados que llegaron huyendo de Haití, y mulatos disconformes, empinados de orgullo para que nadie pretendiera mirarlos por encima del hombro, y libertos bravíos, engreídos con los apellidos que les habían dado sus liberales y viejos amos peninsulares.

Humanos aluviones venidos sucesivamente de diversos rumbos, mezclados con aquellos restos, crearon la familia nueva, la familia que en 1844 proclamó la Independencia de la República Dominicana: libre de castas, libre de oligarquías, libre de amargos resentimientos; pero fuertemente escudados con la hereditaria religión católica y celosa de su idioma de claras, elegantes y sonoras voces.

1. En la primera serie se titulaba "Pedro Eugenio Pelletier", cuyas partes eran: I El guerrero y el diplomático. II De ministro a reo de muerte. Fue reescrito y ampliado.

De los varones de esclarecido nombre, ¿quiénes retornaron? Del Sur, tarde y para irse pronto, el juriconsulto Morilla, anotador de conciudadanos dignos de memoria, quien dejaría en sus apuntes constancia de nostálgico amor a la patria de su nacimiento; del Cibao, pertinaz luchador hasta morir, Don Benigno Filomeno de Rojas; de Santo Domingo, el eminente Don Alejandro Angulo, estudioso de constituciones en países hispanoamericanos recién independizados, sombra de Judío Errante, atosigado por apetencias que no le dieron reposo hasta expirar en Nicaragua, acogido por uno de los desdichados Presidentes a quienes la afrenta impuesta levanta en lugar de abatir.

Durante el ciclo de luchas sin descanso que abre el año 1844 con la Independencia y cierra el 1874 con la frustrada tentativa de la anexión a los Estados Unidos de América, asombraban la complejidad y sucesos trastornadores que dificultan el estudio de cada dominicano sobresaliente; pero aún así, en nación atormentada en donde hasta los fundadores que tienen padre carecen de abuelo, el General Pedro Eugenio Pelletier debió escapar, y no escapó, a la confusión de origen. Los dominicanos tienen el deber de conocerlo mejor: por el brillantísimo relieve con que se distinguió en combates sangrientos, por la cultura de que dejó prueba desempeñando a un tiempo el Ministerio de Relaciones Exteriores y el de Guerra y Marina, y por las relaciones sociales que tuvo en varias provincias con los ciudadanos más influyentes.

¿Quién era, de dónde era, de qué familia era Pedro Eugenio Pelletier? Que era de padres franceses... ¿Sería acaso hijo sobreviviente, bien acogido en la Parte del Este, de uno de tantos colonos degollados en Haití por Dessalines y Cristóbal? Que era de carrera militar, capitán graduado en la célebre escuela de Saint Cyr... Que fijó su residencia en Puerto Plata en donde tuvo esposa y una hija, con las que se fue al destierro sin retorno. Que dejó otra hija en Azua... Que desde Ponce (P.R.) ordenó vender dos casas que poseía en la ciudad de su residencia.

Ni en documento público ni en correspondencia particular han encontrado hasta hoy noticias complementarias los investigadores, ni todavía enseñan siquiera eso los maestros en las escuelas primarias. Halaga presumir que los políticos revelarán otros datos cuando crean provechoso rendirle tributo a Pelletier, que es una de las memorias más honorables de la Independencia de la República Dominicana.

En el informe enviado por el General José María Imbert a la Junta Central Gubernativa, sobre la Batalla del 30 de Marzo (1844), aparece Pelletier en Santiago de los Caballeros, ciudad amenazada por ejército invasor. Abundan en la provincia el fervor patriótico y los hombres de valentía; pero reina el desconcierto. Allá, igual que en Santo Domingo, carecen de militares de carrera. A Pelletier, calificado de "antiguo militar y guerrero de Europa", se le reconoce o se le confiere, el grado de coronel y se le ordena "salir a la cabeza de 400 infantes" que serían reforzados por "100 hombres de caballería". Según el informe, pasó luego a ser jefe del recinto de la ciudad y se distinguió el día 30 en la batalla. El 31, acompañado de oficiales subalternos, se entrevista y parlamenta con el jefe del ejército invasor. Se ha comentado que Pelletier, acorde con Imbert, trató de convencer, o convenció a Pierrot, o Pierrot simuló quedar convencido, de que los dominicanos, decididos e indoblegadamente separatistas, estarían dispuestos a seguir vinculados a Haití mediante un convenio que preservara la independencia de los dos países, descartando innecesaria y costosa guerra, y que así, fortalecidos en paz, fraternalmente unidos y respetables, evitarían posibles pretensiones y amenazas de naciones poderosas. El General Pierrot decidió retirarse y se retiró con su tropa menoscabada, alentando su ascensión presidencial.

La avenencia propuesta por Pelletier estaba de antemano rechazada por el Presidente Herard, a quien propaganda incubada en Santo Domingo daba por muerto en un combate; pero que desde su campamento del Sur amenazaba en proclama dilemática: o sumisión incondicional o... "mi moderación se transformará en una severidad que asombrará al universo". En prueba de su advertencia días después encendió un jacho de rajas de guaconejo y dejó ardiendo a Compostela de Azua.

Irrita al historiador Price-Mars, lejos de Santiago de los Caballeros, a más de ciento diez años del estrago de los cañonazos de Michel y sin ver cayendo a filo de machete a jóvenes haitianos, que un general en campaña se atribuyera facultad para tratar cualquier acuerdo con el enemigo. Pero aplaude al mismo Pierrot: cuando, viéndose Presidente de Haití, ordena nuevas invasiones contra Santo Domingo. Porque Monsieur Price-Mars entiende y clama que en la Isla será necesario que uno de los dos pueblos destruya al otro, "si los dominicanos no

se curan de un prejuicio incorregible". Se entusiasma; sentado frente a su escritorio se siente belicoso y escribe en prosa elegante: "No hay perspectiva sino para la carnicería y la matanza". Si el diagnóstico está bacteriológicamente comprobado el prejuicio es incorregible y, fatalmente, el exterminio será inevitable. ¡Qué caro el prejuicio de querer vivir independiente! El señor Price-Mars es médico. ¡Médico peligroso! En vez de consentir que ensayen la proposición de nuestro General Pelletier, benigna apariencia de "la Una e Indivisible", se le entumece el discernimiento crítico e imagina que es remedio único el exterminio de tres millones de seres humanos, o presumiría cuando estaba escribiendo que somos lo menos humanos posible. En ese instante no parece que se apartó mucho del sentimiento de Su Majestad Faustino 1° antes de la Batalla de Santomé:

—"Yo los perseguiré —anunció— hasta las alturas del Cibao, sin piedad, como a puercos cimarrones". "No les dejaremos ni gallina ni gato vivos"...

Deplorable es el prejuicio social en dondequiera que asoma: el peyorativo, injustificable engreimiento de la vanidad que en las Antillas suele aparecer incapacitando al blanco sandio para la propia superación y elevación del espíritu, y el otro, el que suele perturbar al negro odiador de blancos y mulatos; el que atizó al Emperador Soulouque a matar a los mulatos, cultos y ricos, de Jacmel y Los Cayos, y al benemérito General Celigni Ardouin por la grave falta de no haber nacido negro y tener modales aristocráticos. Si en el primer caso es descoco o pueril tontería, en el segundo es peligroso guabá que no duerme ni a su lado es juicioso dormir, o roña que transmite veneno sin frontera posible.

Reaparece Pelletier el 27 de octubre de 1845 mandando el ala derecha del ejército dominicano, integrada por soldados de Puerto Plata, en el sangriento combate de Beler; hecho de armas comparable al que planeó y dirigió Joaquín Puello, secundado por Duvergé, en Estrelleta: por la pericia con que fue ejecutado el plan de ataque y porque es una de las dos rarísimas acciones de guerra en que los dominicanos, durante el período de la Independencia, iniciaron la ofensiva.

En diciembre de 1846 llegó Pelletier a Puerto Plata aprovechando licencia, cuando la ciudad estaba amenazada por una

flotilla haitiana. Le confiaron la defensa de la plaza, y ante la embarrancadura de los barcos en la Poza del Diablo y el fracaso de los enemigos, les intimó la rendición, se rindieron y los entregó prisioneros.

El 21 de mayo de 1849 las mayorías del Cibao reunidas en Santiago de los Caballeros "juran ante Dios y los hombres"... "sostener los principios proclamados por el General Pedro Santana... que al frente del ejército sublevado en el Sur, cuyo mando se le había confiado, ha desconocido al Presidente Manuel Jimenes. Los prominentes cibaños: B. F. de Rojas, U. F. Espaillat, Domingo Daniel Pichardo, Fernando Valerio, Máximo Grullón y otros influyentes ciudadanos, formaron Junta Gubernativa y a unanimidad de votos, designaron a Pelletier para presidirla.

Por circular número 658 del ministerio de guerra, dirigida a P. E. Pelletier y a Pedro Florentino, se sabe que en septiembre de 1850 era Jefe del noroeste de la frontera. Y cuando nombran a Valerio para el mismo puesto apareció siendo Comandante de Armas de Puerto Plata. Se dijo que más tarde ocupó igual cargo en Samaná. En noviembre de 1852 lo nombró el Presidente Buenaventura Báez, Ministro de Relaciones Exteriores, y continuó desempeñando esa cartera cuando el General Santana asumió otra vez la Presidencia de la República. El 6 de junio de 1853, en su condición de encargado de la Cartera de Guerra, activó el proceso contra el General Pedro Florentino, preso y engrillado en la Torre del Homenaje y sometido a un Tribunal Militar en Santo Domingo. Al oficio de remisión de tres piezas del proceso se agregó nota escrita con bella y menuda letra: "Para no retardar el curso del asunto (instruye al Jefe Político y Comandante de Armas don Manuel de Regla Mota) se lo mando sin decreto"... (el expediente) "pero mañana temprano se lo remitiré"...

Curiosa orden, Pelletier enseña que en los procesos políticos un ministro alerta ha de andar pronto y concorde con el Jefe del Estado. La conciencia de lo justo, o injusto se engurruña y transfiere a los jueces que fallarán en el Consejo de Guerra. Se infiere que Florentino estaba condenado antes de iniciarse el proceso. Era "el Cabeza de Turco" y vestigio último de la guerra de represalia declarada por Buenaventura Báez. La nota no carece de importancia además, para comprender en parte el doloroso suceso que cerró la carrera política de Pelletier.

El 19 de noviembre de 1853, como Ministro de Rs. Exteriores, por mediación del cónsul Darasse autorizó Pelletier al capitán del vapor francés *Acherón* para reconocer el estado de la barra del río Ozama y se suscita un incidente al que le da importancia el señor Cónsul, quien ya el día 17 había elevado al mismo ministerio la queja del Coronel Mendés, ofendido por “injurias que supusieron proferidas contra él en la casa del señor Ministro de Hacienda” (Manuel Joaquín Delmonte). Se le explica que las palabras fueron dichas en ausencia del ministro, por extraños a la familia; y en atención a que el coronel Mendés está al servicio de la República se le invita a formalizar su queja “precisando hechos”, y “el gobierno Dominicano le dará todo su apoyo para que la autoridad competente obre en justicia y le acuerde el derecho que pueda asistirle”.

El General Pelletier razonaba y escribía como auténtico ministro dominicano y por excesivo celo numeró y copió él mismo la comunicación con su menuda y bella letra de buen pendolista.

—“El Gobierno Dominicano ve con pena que la correspondencia del señor Cónsul de Francia con él contenga insinuaciones agraviosas respecto a su sentimiento para el Gobierno de su Majestad Imperial” —dice al final de claro razonamiento. Pero el Cónsul Darasse (los cónsules tenían aquí en aquel tiempo atribuciones diplomáticas) parece que estaba afectado de hiperestésica sensibilidad, excitación nerviosa que suele molestar a cónsules y a diplomáticos cuando se quieren ir de un país, y ni atenciones ni excusas le satisfacían: enredaba convirtiendo lo que Pelletier veía del tamaño de una hormiga en un horrendo toro de “La Pringamosa”.

II

La pericia militar de Pedro Eugenio Pelletier quedó demostrada en las Batallas del 30 de Marzo y de Beler. De sus cualidades políticas y su ascendiente social dan testimonio los sufragios que obtuvo en el Cibao el 21 de mayo de 1849, cuando secundó la insurrección del General Pedro Santana contra el

gobierno del Presidente Manuel Jimenes, y la carrera de triunfos con que se elevó hasta ocupar la cartera de Guerra y Marina. Su capacidad intelectual y ductilidad de ingenio se comprueban por el dominio de los asuntos que trató en la dirección de las Relaciones Exteriores. La rápida carrera, abundante en éxitos, lo realzan como a uno de nuestros más brillantes ciudadanos. De tan completo modo se ganó la estimación y el afecto del Presidente Santana que, frente al incidente del *Acherón* y el enredo promovido por el coronel Mendés, a los que sumaba otros y convertía en enojosa cuestión de Estado el vidrioso cónsul Darasse, el Presidente creyó que ninguno de los intelectuales que le rodeaban (Juan N. Tejera, Manuel J. Delmonte, Felipe Alfau, Tomás Bobadilla) era persona tan adecuada como Pelletier para ir a desvanecer los tortuosos informes con que afectaban o trataban de afectar las relaciones de la naciente República con la Francia imperial de un Bonaparte.

El General Santana veía en Pelletier a uno que servía de escudo y sable, para el ataque y para la defensa, para todo y contra todo, con la eficacia que solían tener los amuletos. Espantado ante Darasse resolvió enviar a su Ministro de Relaciones Exteriores con carta autógrafa para Su majestad Napoleón III, "con el único objeto de imponerle de ciertos acontecimientos que han tenido lugar entre el señor cónsul de Francia y mi Gobierno".

Complementan la carta instrucciones dadas por el Presidente al Ministro, en las cuales explica que "su misión tendrá por objeto desvanecer las impresiones desfavorables que algunos acontecimientos políticos de una parte y relaciones erradas de la otra han podido infundir en el ánimo del Gobierno de su Majestad el Emperador de los Franceses, haciéndole formar una mala opinión de los sentimientos que anima el Gobierno Dominicano hacia la nación francesa". "El Presidente de la República lo ha escogido de preferencia (al general Pelletier) como el más apto para dar una explicación 'ecsacta' de todos los eventos". "Él está encargado particularmente de aclarar en todos sus puntos las desagradables cuestiones que tenemos con el señor cónsul de Francia, que el Gobierno Dominicano ve con pena inclinado a crearle dificultades y a darle a las más mínimas circunstancias una gravedad que no tienen". "El general Pelletier reiterará al Gobierno de Su Majestad Imperial los

sentimientos que el general Santana ha tenido siempre a favor de la Francia y pondrá a su conocimiento que estos sentimientos quedan siempre los mismos, así como él mismo bien lo sabe en su calidad, tanto de Ministro de Estado como de compañero de armas que ha sido siempre del general Santana desde el principio de nuestra revolución, y está al corriente de todos los incidentes del país”.

Pelletier quedó situado entre Santana y Napoleón III; como “alter ego” del primero, lo apuntala y apunta contra Darasse; pero haciendo reflejar en el espejo de la habilidad política, con la destreza de un consumado diplomático, que los viejos sentimientos de El Libertador para la Francia “*quedan siempre los mismos*”².

Fue el momento culminante de la próspera fortuna de Pedro Eugenio Pelletier. Gozaba de nombradía en Samaná y en las provincias del Cibao, influía como un triunfador en la ciudad de Santo Domingo y se acunaba en el corazón del dirigente de la República. El astro de su destino fulguraba en el cenit.

¿Cómo verían don Tomás Bobadilla y Briones, don Manuel de Regla Mota, don Felipe Alfau y don Juan Nepomuceno Tejera el encumbramiento de un hombre que sabía ganar batallas y que, igual que ellos, podía desempeñar varias carteras a un tiempo y que, con mandato expreso del Presidente, pasaba a las Tullerías “a terminar las cuestiones pendientes y las que de ellas pudieran surgir?” ¿Carecería él de rivales en el ánimo del Jefe? La ausencia, para el amor, es género de muerte, eclipse breve o eterno.

Pelletier embarcó hacia Francia. Pasaron semanas y pasaron meses. En un libro que guardan en el Archivo G. de la Nación hay copia de una carta fechada el 6 de junio de 1854. Su lectura causa una extrañeza profunda:

—“Habiendo sido usted —le dicen a Pelletier— encargado desde el mes de noviembre último de una misión cerca del gobierno francés, y no habiendo desde entonces recibido ninguna comunicación de usted relativa al objeto de su misión, mi gobierno ha creído conveniente revocarle, como quedan revocados, los poderes que le fueron dados para el efecto”. Firma: J. N. Tejera, nuevo ministro de Rs. Exteriores³.

2. Archivo General de la Nación.

3. Ibid.

En una de las memorias de Rs. Exteriores rendidas por el doctor Max Henríquez Ureña (1932-33) se dice que la misión diplomática de Pelletier no tuvo éxito. Pero el cónsul monsieur Darasse fue reemplazado por Saint-André... El Presidente Santana quería más, o se cansó de querer a su "compañero de armas que había sido siempre".

—¿Qué le dijo el Presidente Santana a Pedro Eugenio Pelletier cuando lo vio regresar de Francia? ¿Cómo acogió al "compañero de armas que había sido siempre? ¿Qué le diría a él su exministro? "La misión de Pelletier no tuvo éxito"; pero Darasse fue reemplazado. ¿Qué más se esperaba de la misión? ¿Con qué alcance, con qué amplitud subrayó el Presidente Santana que sus sentimientos "*a favor de la Francia quedan siempre los mismos?*" Las interrogaciones que no alcanzaron a contestar los que han muerto sería vanidad, o temerario capricho, responderlas.

Pelletier quedó convertido en enemigo y luego urdió una conspiración, o se dejó envolver en ella. La conspiración no lo llevó al poder, sino a un Consejo de Guerra; y de uno de esos Consejos de Guerra, recientemente, había pasado al cadalso, acompañado de hijos y amigos, Antonio Duvergé; flor y orgullo de los guerreros dominicanos.

Capturado, prisionero y cargado de grillos, el General Pelletier esperaba su turno. Debía ser condenado con 25 compañeros de conspiración. Para juzgarlo se formó una Comisión Militar y para presidirla escogió y habilitó el Presidente Santana, el 26 de abril de 1855, al General Pedro Florentino, que había escapado de afrentosa muerte en el patíbulo mediante los empeños y elocuencia jurídica de Francisco del Rosario Sánchez, y no más fue condenado a... años de encarcelamiento cuando en junio de 1853 el mismo Pelletier, en pleno poderío político, activaba su condena. El gran fanático y el nuevo criminal de Estado quedaron frente a frente, invertidos los papeles. Si Santana tuvo habilidad para crear situaciones trágicas, nunca, como entonces, había alcanzado igual sutileza. ¡Y algunos contemporáneos decían que "El Libertador" era un bruto!

Pedro Florentino era sorprendente y, según sus propias palabras, creía que Pedro Santana era "hombre de estúpido cerebro". En su rol de presidente del tribunal resistió la presión del Presidente de la República y las crónicas informan que

asombró exponiendo la propia vida por salvar a 25 de sus semejantes sometidos a juicio. Pero Ruiz, Aibar y Pelletier, creyéndose triunfantes al oír aquellos disparos en dirección de la fortaleza, cercana de la casa de Petijusto, confundieron poco después el pelotón que les echó el ¡quién vive! con un grupo de sus compañeros conjurados, quedando desde entonces convictos y confesos. Así fueron baldíos los esfuerzos legales y Florentino hubo de apelar a recursos de mano izquierda y gramática parda para castigar a Santana arrebatándole tres presos y vengarse de Pelletier salvándole la vida. Florentino era masón... un masón sorprendente. Se libraron del patíbulo 22 conspiradores, uno de los cuales era Francisco del Rosario Sánchez, el defensor de Florentino. A los tres convictos y confesos los condenaron a muerte. Entonces hubo el rejuego de cónsules y masones.

Don Damián Báez le dio relieve en sus apuntes privados a vívida narración del momento final del complicado suceso. Francisco Ruiz y Aibar iban con valor hacia el cementerio; pero poseídos del sentimiento de la desgracia. "Pelletier llevaba un despejo y un semblante inexplicables". En la ciudad, en las calles por donde conducían a los condenados, las muchedumbres se veían abrumadas por la noticia de las sangrientas represiones realizadas en El Seibo y por el ambiente cargado de amenazas que esperaban que se cumplirían inmediatamente. En el aire vibraban aún las fatídicas palabras de Manuel de Regla Mota:

—“El Gobierno no deja de lamentar su suerte (la de los reos), su ceguera y extravío, porque lo horrendo del crimen jamás aleja la compasión al delincuente”.

Cuando se acercaron al cementerio uno de los condenados andaba como sonámbulo, con el alma ausente. Millares de ojos desorbitados fijaban las miradas en los reos. Pelletier avanzaba erguido, inflado de arrogancia el pecho; sonreía y saludaba como un Ministro de Guerra en día de parada militar.

—“Valiente es y siempre fue admirado” —decían; pero se murmuraba que la arrogancia no sienta bien a la mirada de Dios... Ya en el cementerio, cuando el pelotón ejecutor alzó los fusiles para disparar, alcanzaron a ver al Presidente Santana que se acercaba a caballo, acompañado del General Abad Alfau, ostentando su perdón.

—¡Santana ha perdonado! —repercuten las viejas voces.

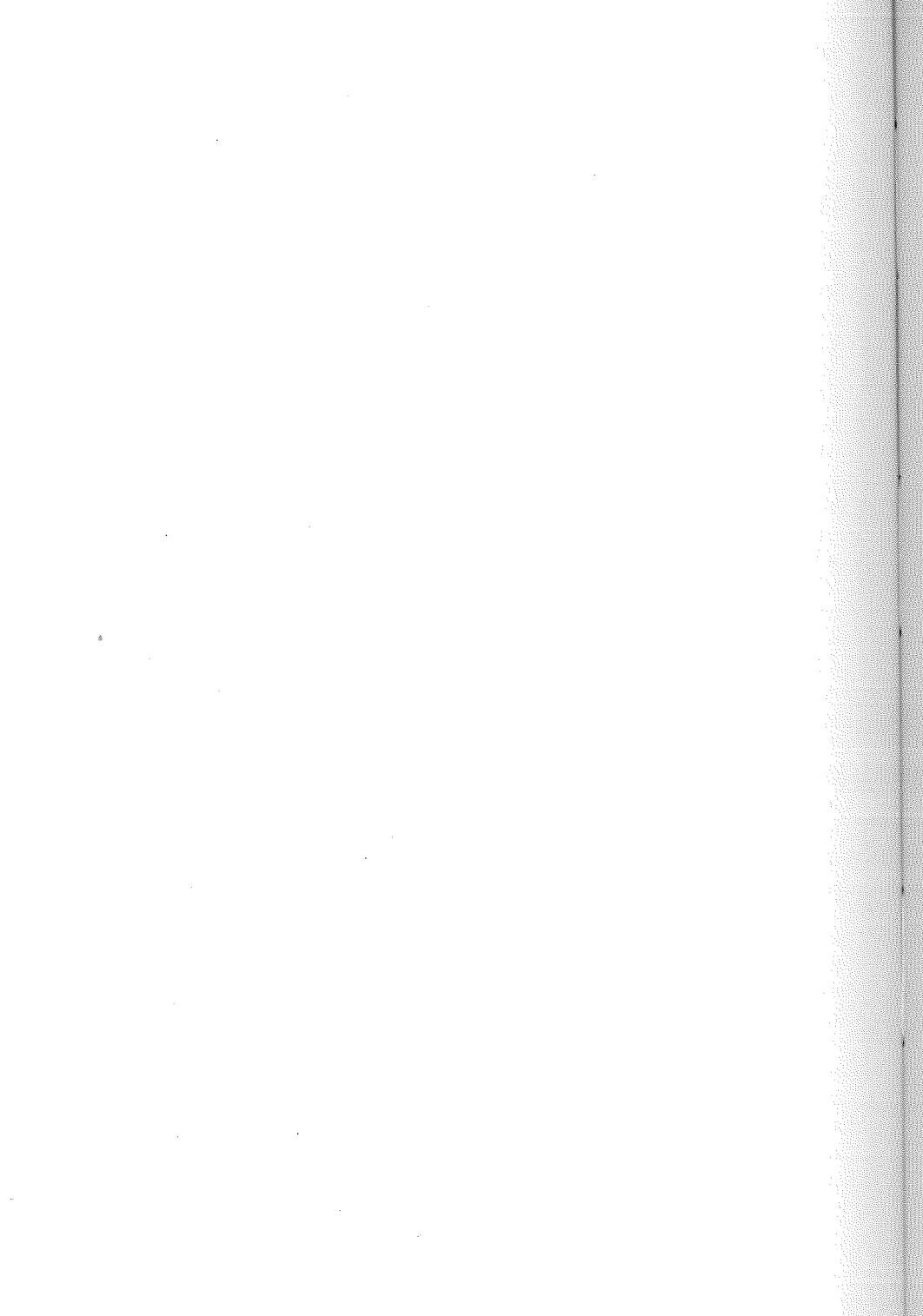
—“Esa parodia inaudita del martirio —cuenta don Damián Báez en sus apuntes— después de los cónsules haber conseguido el perdón, salió del cerebro de Manuel Joaquín Delmonte para inmortalizar con ese rasgo a Santana, y que el mayor despejo se había observado en Pelletier, y no en sus compañeros, porque su amigo Delmonte, autor de aquella atrocidad, había entrado la noche anterior en su capilla para informarle de la comedia, en secreto, bajo palabra de masón”. “Aquello hizo decir al poeta José María González:”

—“Manuel Joaquín ha tenido el ingenio de barbarizar la clemencia”... ⁴

A Pelletier le conmutaron la pena capital por la de exilio.

Masones y diplomáticos lo salvaron de aquel escandaloso patíbulo para luego morir ignorado, en apagado silencio, en Ponce —Pto. Rico— adonde llegó en unión de la esposa y una hija adolescente.

Así terminó la carrera política y militar de Pedro Eugenio Pelletier, uno de los libertadores más brillantes de la República Dominicana.



EL FUSILAMIENTO DE DUVERGÉ Y LOS LIBERALES DEL 55¹

La muerte del General de División Antonio Duvergé, de un hijo y de varios amigos, fue impuesta con saña tan extremada que recordarla todavía sobrecoge de asombro y más que sentimiento de dolor, luego de meditar, provoca instintiva repugnancia. Es uno de nuestros hechos históricos en que la repulsión afecta más el análisis.

Con el propósito de darle forma legal al exterminio de un hombre extraordinario se improvisó un Consejo de Guerra en el que sus miembros, con sentencia precipitada y sin apelación posible, antes que actuar como jueces parece que procedieron confabulados como asesinos. Ni el transcurso del tiempo, que borra o apacigua las pasiones bravas, permite suavizar los calificativos. O el comentarista carece en absoluto de conciencia, o se ve constreñido a censurar la acción horrenda, si no sobrepasa el *perdónalos... aunque supieran lo que estaban haciendo*.

—¿Era Duvergé autor convicto y confeso de una trama contra la existencia de la República? ¿Lo capturaron en el momento en que soplaba un tizón incendiando casas? ¿Estaba él estrangulando niños o violando vírgenes adolescentes? ¿Era el jefe activo de una banda de malhechores? Hasta su lejano confinamiento, se ha dicho, llegó la nueva de una conspiración revolucionaria contra el Gobierno, urdida en la ciudad de Santo Domingo, a muchos kilómetros de distancia, y que él se había apartado de su vivienda cuando lo aprehendieron sin que

1. En la primera serie titulado "Los liberales del 55".

opusiera resistencia. ¿Qué hechos nefandos y ocultos, realizados antes en su vida reputada de ejemplar, se descubrieron entonces y le sumaron culpas? ¿Era alimaña propagadora de la peste que implícitamente autorizara correr a darle previsora muerte evitando el contagio de los ciudadanos?

Es dudoso que los conspiradores de Santo Domingo tuvieran a Duvergé como cabecilla de la conspiración. El ascendiente de él sobre los guerreros que se formaron a sus órdenes durante los cinco años de su dirección máxima en el sector Sur de la frontera fue casi absoluto, como demuestran los testimonios, escritos, a su favor en el proceso en que pretendían involucrar su conducta con la del General de Brigada Valentín Alcántara en 1849. Desde aquel proceso, censurado por antojadizo, muchos de los oficiales más distinguidos del Ejército del Sur pasaron a ser políticos disimulados y se extinguió su simpatía al Presidente Santana. Dejaron de ser simples guerreros, limitados a imponer respeto en la línea fronteriza a los haitianos. Ejemplo fue el de la importante familia Vargas, que, siguiendo al Coronel Martín de Vargas, predilecto de Duvergé entre los oficiales de más confianza, quedó convertida en adversaria de tal manera que el arrogante, brusco y valerosísimo Matías de Vargas fue al fin fusilado además de diez seguidores entre los cuales murieron varios de su apellido. Muchos de los guerreros distinguidos peleando en la frontera Sur contra el haitiano caminaron por torcida vereda. Inolvidable es aquel Silverio Ríos, teniente coronel ya en 1849, bueno, directo de palabra, altivo, y orgulloso hasta la jactancia, quien a causa del fusilamiento de su antiguo general, prefirió hacerse baecista por no bajar la cabeza obedeciendo a los dirigentes del santanismo.

¿Cómo, si Antonio Duvergé era jefe, subjefe, o copartícipe influyente de la conspiración, ninguno de los aguerridos militares que le eran adictos en el Sur dio señales de conspirar entonces y ni en el ejército ni en aldea alguna se trató de alterar el orden público? Raro. Sólo en la aldea de Barahona, por sospechoso, fulminaron en sorpresivo ¡Ríndete! al Capitán "Santo Domingo", hijo del Gral. Florentino y, quieto en su casa de familia, el Coronel Leger apresó a un civil de apellido Báez.

Podría argumentarse que Pelletier, urdidor probado de la conspiración en la ciudad y en el cuartel de Santo Domingo, era político influyente y muy relacionado con ciudadanos promi-

nentes del Cibao, y los cibaños fueron extraños a aquella abortada conspiración.

Muerto Antonio Duvergé y desterrado Pedro Eugenio Pelletier, pasaron al exilio voluntariamente o no, los conspiradores que el General Abad Alfau y el Coronel Juan Ciriaco Fafá espantaron a balazos cuando estaban reunidos en la casa de Petijusto en espera del pronunciamiento. La urdimbre del ruidoso suceso permaneció sumida en sombra y los comentaristas, sobre puntos oscuros, se ven limitados a conjeturas de... "Es probable"... "Es muy posible".

A la fantástica Hydra le cortaron dos cabezas: Duvergé-Pelletier; pero le retoñaron varias: los liberales del 55, sustentadores de los principios claros y generosos de los "filorios" del año 1844. El "filorio" Francisco del Rosario Sánchez estaba en el destierro, igual que el trinitario Félix María Del Monte: el Delmonte antiguo, el de antes de ser vocero de la Anexión de la República a los Estados Unidos de América. Los nuevos, según parece estaban dirigidos por el periodista Pedro A. Bobeá, el abogado y orador Benigno del Castillo, el poeta Félix Mota, el Coronel Juan Erazo... Callaron al principio, aplastados como herederos de la gran desgracia. Luego fueron deslizándose sus principios en periódico no adscrito al régimen del Presidente Santana. Aumentaron en número, sus ideas se precisaron y dilataron y se volvieron irreductibles. Sobre inmigración renovaron las ideas de un *trinitario* expuestas en el periódico *El Dominicano* el 24 de julio de 1846. Sobre educación pública escribían: "la primera necesidad del país es la instrucción", y el poeta Félix Mota y algún compañero más, remotos precursores de la que ahora llaman "campaña de alfabetización", enseñaban gratuitamente a leer a los obreros del barrio de San Miguel. Se manifestaban contrarios a "Las preocupaciones sociales y religiosas". Frente a la emisión de papel moneda, asunto palpitante en aquellos días, eran de ironía incisiva: se creían "centinelas de la libertad" y la querían sin otras restricciones que la decencia y el respeto públicos: —"Hay hombres en nuestra sociedad que miran como un crimen de lesa nación que se hable, y más criminal aún que se escriba", publicaban. "No puede ser nocivo el derecho que tiene todo hombre a publicar sus pensamientos". Estaban atentos a los conflictos extranjeros y, sintiéndose vinculados a la América Hispana, se

interesaban porque a Honduras se le devolviera una isla, y censuraban con ardor que Estados Unidos, según se dijo, pretendiera reconocer el gobierno de piratería que Walker estableció en Nicaragua. Ya en noviembre (1855) volvían a su enardecimiento de creadores de patria y revolucionarios de instituciones, y se les escapaba:

—“Obramos con fuerza de un entusiasmo ardiente”.

Calló Pedro Eugenio Pelletier a causa de su pronta muerte en el destierro. Sánchez y otros anhelaban volver a la patria y llegaron a un acuerdo con Buenaventura Báez, cuando una noticia despertó a ingrata realidad a los atrevidos liberales del 55:

—*Faustino Soulouque prepara dos ejércitos para doble invasión, por el Sur y el Noroeste, hacia Santo Domingo.*

Se impuso una tregua en la que el Presidente Pedro Santana dejó de ser “el bárbaro, el monstruo horrendo”, y lo volvieron a ver como al jefe militar de los dominicanos. No más censuras, ni ironías, ni reticencias. De la vehemencia con que se manifestaron antes de tomar las armas para ir a la guerra a defender la causa nacional, da idea la canción patriótica, con letra de Félix Mota, en cuyas estrofas las cabezas de los invasores ruedan cercenadas con una ferocidad que sólo se acepta en versos. “Todos mueran del ejército invasor”. Los que fueron a la guerra se batieron con entusiasmo.

Cuando dieron por terminada la campaña, luego de las batallas de Santomé y Sabanalarga, presumieron que quedaban bloqueadas definitivamente las invasiones y aseguraron: “Jamás se ha encontrado la República en una situación más ventajosa que hoy respecto a los haitianos”.

Pero un nuevo elemento de discordia —recurso que pretendieron explotar sin discernimiento— se hizo público al darle fin a la guerra: el Señor Cónsul Antonio María Segovia declaró abierta el acta de inscripción de la matrícula para los súbditos de Su Majestad Católica... (febrero de 1856).

La matrícula, la interpretación que el señor Segovia le dio al artículo 7, el desenfado con que se acogieron a ella muchos de los adversos al régimen y la cobardía con que el Gobierno permitió que actuara el cónsul, son asaz conocidos. Lo que no se ha explicado bastante es la parte psicológica, cómo la mayoría de los liberales, jóvenes idealistas, algunos de ellos ilustrados en cuestiones jurídicas, tan generosos y de tan ardiente civismo

que no sólo se sentían fundadores de patria e instituciones, sino “defensores de la humanidad”, pudieron ver en Segovia a un gratuito salvador, hasta pasar a ser sostenedores de una causa que minaba los cimientos de la naciente nación. Cegáronse hasta ni siquiera comprender que conspiraban contra sus propios principios. El Capitán poeta (el fervoroso y romántico Félix Mota) y el valerosísimo Coronel Juan Erazo, el Capitán Francisco Martínez, y Domingo Piñeyro, futuros mártires de la independencia absoluta, y Mariano A. Cestero, capaz de ir a idéntico martirio, ¡refugiados en la matrícula de Segovia huyéndole a Pedro Santana! ¿Fue un ardid de mala ley? ¿Fue ceguera momentánea que no les permitió vislumbrar las consecuencias funestas? ¿Fue contagio de terror, el pánico que cunde en los soldados de primera fila y se extiende y arrastra a los del centro y la retaguardia hasta poner a un ejército en derrota?

—“Nos ha sido preferible llevar el nombre de extranjeros en nuestro propio suelo a sufrir la opresión e inseguridad a que estábamos expuestos como ciudadanos”.

Son sus razones expresadas pobremente el 17 de agosto (1856).

Le temían los liberales al santanismo, temblaba Pedro Santana ante la matrícula, se discutía y porfiaba en calles y plazuelas y en los periódicos se llegaba a “una confusión de ideas”. En vano pretendía ilustrar a los demás el docto Alejandro Angulo Guridi, de quien dijo después Eugenio María de Hostos que era “muy versado en el estudio del derecho público”, que escribía “en buena lengua castellana avivada por ingenio muy de hombre”. Pero Angulo Guridi estaba respaldado de trastienda por el gobierno, cuyo desprestigio empañaba las ideas y hacía que la razón pareciera sinrazón. Razonaba y se agriaba hasta llamar a los jóvenes discrepantes “instrumento de intereses mezquinos”. Los liberales eran más y vociferaban:

—“Se oye mucho repetir bien público y todo en su nombre hasta la desgracia del país”.

Por fin calló Alejandro Angulo Guridi; y cuando *La República*, vocero de sus ideas, no se editó más, los jóvenes liberales anunciaron la defunción en *El Eco del Pueblo*, y agregaron como pésame:

“Los que la lloran colocarán un ramo de albahaca sobre su tumba” ...

LA REVOLUCIÓN DEL 57. COMPLICACIONES: ANEXIÓN Y CONSECUENCIAS¹

En la discordia entre dominicanos promedió el cuerpo consular y por sugerida transacción las pasiones fuertes se apaciguaron (1856). Don Buenaventura Báez vendría desde el destierro a ser director de los liberales. El congreso nacional votó una ley de amnistía que a los jóvenes de *El Eco del Pueblo* de pronto les parecía tasada. El 24 de agosto anunciaron que regresaría al país el "ilustre Señor Buenaventura Báez", "aquel que durante su presidencia (1849-1853) dio esplendor a la nación"; y en la siguiente edición del periódico vocero de los liberales, publicaron:

—*"El poderoso influjo de la opinión pública va ganando terreno". "Han quitado de la población el velo de tristeza que la había cubierto, desde que principiaron nuestras pasadas contiendas" (fusilamiento de Duvergé y destierro de Pelletier).*

Retiróse el Presidente Santana a su residencia del Seibo y los liberales, triunfadores, afirmaban: —"Se ha entrado en la era de la democracia".

El 26 de septiembre (1856) regresaron de Santomas Buenaventura Báez, Félix María Del Monte, Nicolás Ureña de Mendoza

1. En la primera serie se titulaba "Las cataratas del 57". Fue reescrito.

y otros expatriados. De Ureña de Mendoza pusieron de moda sus desahogos líricos, poéticos ataques contra el gobernante General Pedro Santana, preñados de dantescos vaticinios; y después de enredar y desenredar con la gramática parda en que los dominicanos son doctores eminentes, Don Manuel de Regla Mota ascendió de Vicepresidente a Presidente fugaz, mirando a su lado al representante de los contrarios, para luego dejar la silla Presidencial en la que se arrellanó por segunda vez Su Excelencia Don Buenaventura Báez (12 de octubre de 1856). En *El Eco del Pueblo* los liberales relegaron las desgracias al pretérito:

—“Desde que Santana asumió el poder (1853) ni nacionales ni extranjeros han tenido garantías; la libertad y la religión se vilipendiaron varias veces; la ancianidad y la inocencia se maltrataban con palabras descompuestas y groseras”, etc.

Pedro Antonio Bobea, uno de los que proclamaron la independencia nacional en el Baluarte de El Conde y a la sazón principal redactor visible de *El Eco del Pueblo*, fue nombrado Ministro de Interior y Policía. Se nota una buena selección de competentes y honorables residentes capitaleños para desempeñar las carteras ministeriales y una inexplicable incomprensión de la importancia política de los cibaños, dejados sin representación en el gobierno. No se contó con el concurso de ninguno de sus hombres sobresalientes, a los cuales se les concedió implícitamente el derecho de dejarse gobernar... Así, además del santanismo que supusieron anulado, se originaba un frente amplio de voluntades adversas. Para comandante de armas de Puerto Plata, cargo entonces tan importante como la gobernación de una de las dos provincias: porque los grandes comerciantes tenían ahí almacenes y depósitos para las mercancías importadas, y porque con frecuencia andaban en aclaraciones en las que mediaba el Comandante de Armas, Juan Contreras fue el escogido. Y aunque se tratara de un respetabilísimo ciudadano y general de nombradía, la designación no debió ser agradable ni en Puerto Plata ni en Santiago, ni en Montecristi.

Para gobernador de la gran provincia de La Vega, Moca y San

Francisco de Macorís nombraron a un general del Sur, Pedro Florentino, cuya autoridad, como Delegado del Presidente de la República en momento de alteración del orden, con omnímmodo poder abarcó desde el Bonaó hasta Montecristi. Los políticos cibaños se miraban de reojo.

En Santo Domingo las demostraciones de alegría, cuando se instaló el nuevo régimen, fueron tales:

—“como en nuestros días no se había visto”. “Parecería exagerado explicar la celebración del feliz suceso que vino a concluir el luto y la tristeza”. “La ciudad se entregó a un alborozo extraordinario”—escribieron. El miércoles “estaban las calles adornadas con ramos y banderas y por la noche hubo sin número de bailes”. El jueves “fue en aumento el entusiasmo” y el viernes, desde las siete de la mañana “principiaron a reunirse los ciudadanos”. A las diez, en la Plaza de la Catedral se vio reunida “toda la juventud de la capital”. De allí “marcharon hacia la casa del Presidente en donde se encontraban muchas personas respetadas por su posición social y por su edad”. El júbilo era delirante.

De los discursos pronunciados como expresión de la ciudadanía, cuatro llaman la atención. El cuarto, leído por Don Manuel María Gautier frente a la residencia del Cónsul de los Estados Unidos de América, a pesar de la simpatía con que se le quiera leer, resulta desaliñado y farragoso. El señor Gautier, como escritor, “no tenía ángel”. El discurso de Francisco del Rosario Sánchez, dicho en francés ante el representante de Francia, Saint-André, estuvo ceñido al momento: breve, cauto, conciso; no permite interpretaciones comprometedoras. Es la manifestación de un dominicano principal que sabe que es observado y escuchado, cuyas palabras pesan y serán examinadas. El de Don Nicolás Ureña de Mendoza, al dirigirse a Su Señoría Ilustrísima Dr. Tomás de Portes e Infante, Arzobispo de Santo Domingo, tuvo en cuenta la alta dignidad de la Iglesia y de su representante y... para nada la matrícula de Segovia. Es una oración saturada de lirismo bíblico, del Salmo CXXXVI,

patético y elegante. Nada de sombra para el futuro: duro contra Santana, "el que ultrajó vuestras canas"...

—“Ya la Primada de las Indias no será comparada a una Matrona viuda y prostituida; ya sus calzadas, a semejanza de las de Sión, no gemirán, porque no había quien, transitándolas, asistiese a sus solemnidades; ya sus sacerdotes no llorarán más ni irán a cantar el *Super Flumina* a la margen de extraños ríos; ya sus vírgenes no vagarán desaliñadas llevando el corazón opreso de amargura”... “Regocijáos, anciano venerando”.

La grave voz de órgano, subiendo por cuello toruno, sale, crece, se expande rítmicamente cargado de poéticos recursos, hasta descender e irse apagando en un rumor de esperanza.

Benigno del Castillo superó a todos por la elocuencia y la elegancia. Nada de matrícula. Su discurso ante el Ex-presidente Don Manuel de Regla Mota, señor de cara larga y demasiado seria, no es página accidental, sino de todos los tiempos; lo sitúa entre los escasos oradores buenos de Santo Domingo y aún prescindiendo de los rasgos físicos del autor, alto, bello y bien plantado, podría ser considerado como semblanza moral y espiritual del hombre. El orador se revela como intelectual directo, de razones claras expuestas sin retoques, de elevados sentimientos de justicia y de un amor a la República que se vuelve angustia en el bosquejo de sus continuas desgracias. Desde el párrafo en que parece incluirse, con fatídico augurio, entre “los pocos que desaffan el martirio sacrificándose por la patria”, hasta el final, hay una grandeza y una sinceridad que sugestionan y arrebatan, y se siente como un zozobrar de la nación escapando de recientes males y constantemente amenazada. En aquel tiempo en que los jóvenes parecían subordinados a la Revolución Francesa, cuando cada cual se figuraba miembro de la Gironda interpretada por Lamartine, Benigno del Castillo se distingue como un español austero, saturado de la enseñanza del Padre Juan de Mariana. Ese discurso acaso no se olvidó cuando en 1861 dictaron su sentencia de muerte en San Juan de la Maguana.

A raíz del triunfo los liberales proclamaron amplias garantías para los vencidos:

—“Que esta época sea en realidad nueva”. “No envilezcamos la causa popular mezclando nada innoble e indigno de buenos

ciudadanos". Como castigo: "dejemos a la maldad con su conciencia y sus remordimientos".

Tal represalia a algunos les pareció después ilusoria... y desterraron al General Pedro Santana. No envilecieron la causa popular; pero de las arcas nacionales empobrecidas principiaron nuevamente a fluir arroyos de papel moneda; los arroyos, crecientes, formaron caudaloso río que en su curso multiplicaron estruendosas cataratas de papeletas. ¡Y la juventud liberal entonces no ironizaba!

Los hombres de negocios al por mayor, establecidos en La Vega, en Santiago y en Puerto Plata, extranjeros y criollos puestos de acuerdo, con elástica conciencia o sin conciencia explotaban a los agricultores comprándoles el tabaco, principal producción agrícola entonces del país, a bajo precio y exportándolo con crecida ganancia. Se enriquecían, mientras en presencia de los hacendados alzaban la mirada al cielo lamentándose de los malos tiempos. Los pequeños cosecheros del tabaco, quejumbrosos, ni podían comprar calzados ni sábanas con que arrojarse. "El Gobierno tiene la culpa", murmuraban los políticos disconformes. Así, los negociantes "al por mayor", acaso sin sospecharlo, contribuían al desprestigio e indirectamente se incorporaban a los adversarios del nuevo régimen.

El Presidente de la República y sus Ministros, en consejo de gobierno, juzgaron que su deber y superior conveniencia era aminorar la pobreza de los numerosos agricultores dedicados a la siembra de tabaco y creyeron encontrar alivio estableciendo estancos que obligaron a los compradores a mejorar el precio. Los pequeños hacendados, casi todos ignaros campesinos, tardaron en comprender el alcance de la disposición oficial, que les favorecía, y se dejaron suggestionar por: "el Gobierno tiene la culpa", de los políticos que no habían sido tenidos en cuenta por Buenaventura Báez al formar su gabinete, y por los negociantes acaparadores que no se resignaban a que les mermaran parte de los cuantiosos beneficios que sin restricción estaban acostumbrados a percibir.

Comerciantes y políticos se reunieron a puerta cerrada: secretearon, se unieron y resolvieron... La resolución del Gobierno sería hoy calificada de moderado socialismo; pero entonces, con retorcidas razones fue interpretada y difundida como ostensible forma de robo... La propaganda se dilató

abarcando el territorio nacional. La comprensión del caso iría penetrando gradual y tardíamente en los entumecidos cráneos de los campesinos. Cundió y se propagó el desprestigio oficial. Ese desprestigio del Báez de 1857, posteriormente se volvió en las aldeas de las dos grandes provincias cibaefias popularidad vasta y duradera, quedando finalmente condensada en la expresión vulgar:

—Con Báez en el poder el tabaco se vende a buen precio...

Una revolución formidable, sustentada sobre fundamentos económicos y principios constitucionales, encabezada por el General Juan Luis Bidó, guerrero de reputación militar, se extendió tumultuosamente en el territorio de la nación. Del Norte, del Sur y del Este las montoneras, formando batallones, avanzaron contra la amurallada capital de Santo Domingo y le impusieron asedio. El General Pedro Santana regresó del desierto y sumó los célebres "seibanos macheteros" a los sitiadores. Como a experimentado hombre de mando le encargaron la dirección del asedio, mientras el comandante en jefe hubo de regresar a Santiago.

Tras formal capitulación, Santana entró vencedor en Santo Domingo. Rodeado por amigos probados, pensó o le sugirieron que el momento era propicio para reexaminar la matrícula de Segovia... La matrícula, según ellos, no era mala sino limitada y lo conveniente era perfeccionarla haciéndola extensiva a los dominicanos todos... Lo conveniente sería el protectorado o la anexión de la República a la Corona de España...

Una vez más el General Pedro Santana se sintió *El Libertador, el hombre fuerte*. En un pestañear se alzó con el santo y la limosna y sin descansar corrió rumbo al Cibao al frente del ejército "suyo". Cuentan, no pocos, sin que el actual comentarista lo haya comprobado, que a la voz de ¡Ahí viene!.. fugaron varios de los auténticos organizadores de la revolución triunfante. Anulóse o se traspapeló la Constitución de Moca, las pretensiones de trasladar a Santiago de los Caballeros la capital de la República se pospusieron para impreciso futuro, y los que no estaban dispuestos a fingir cara contenta ante el sesgo que tomaron los sucesos y no pudieron salir huyendo, se acurrucaron momentáneamente en escondrijos secretos.

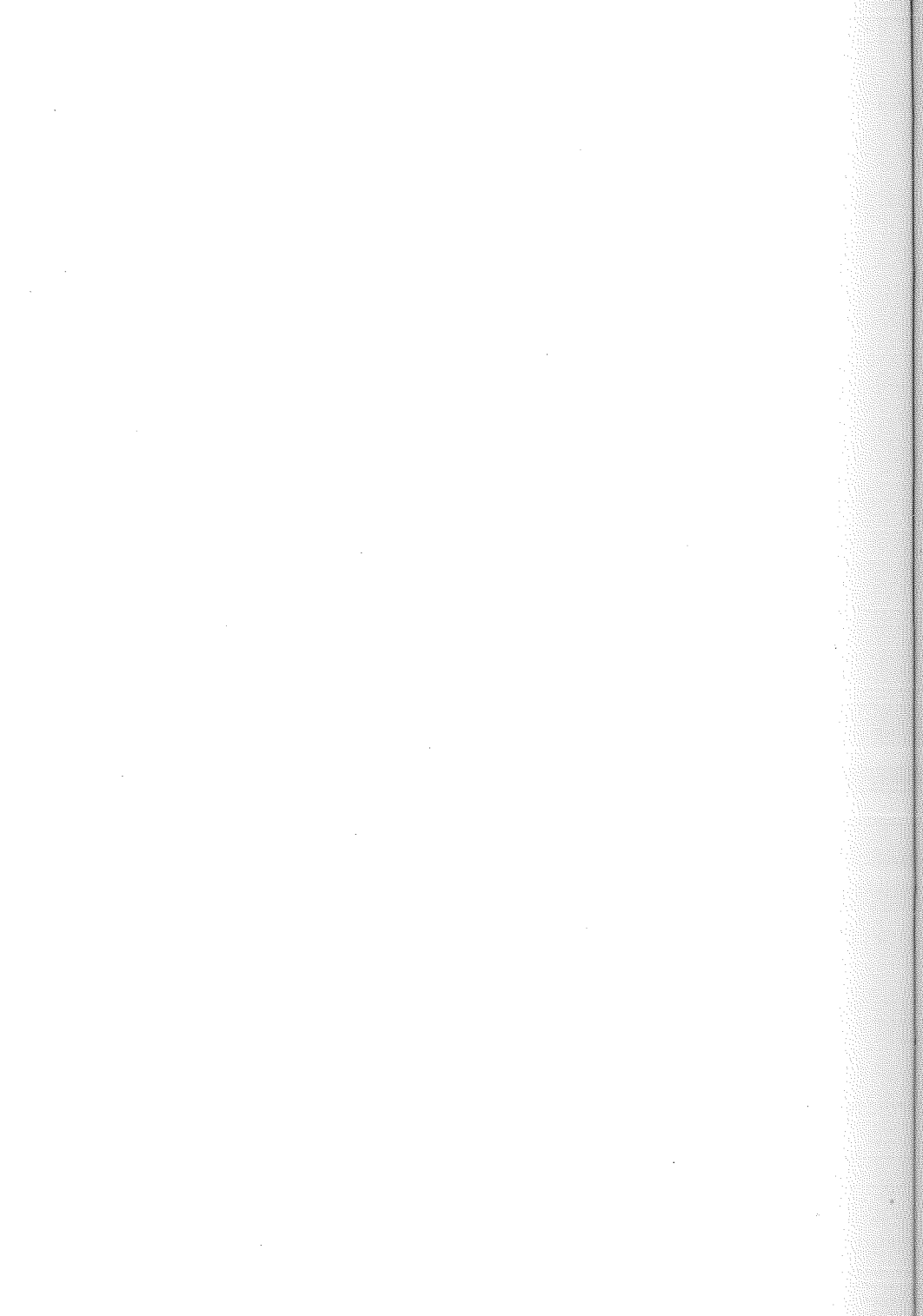
Los políticos cibaefios se equivocaron una vez más; pero los negociantes exportadores del mejor tabaco se frotaron las

manos con ufanía: el tabaco bajó de precio... y las ganancias para ellos fueron mayores.

En Santo Domingo algunos de los liberales del 55: Don Manuel María Gautier, Don Félix María Del Monte, etc., etc..., perdieron la fe en los ideales democráticos y hasta en la soberanía de la Nación, que sólo en pasajero espejismo creyeron advertir palpitando en Don Buenaventura Báez.

Los triunfadores, a espaldas de una revolución que no era originalmente suya, avivaron y precipitaron la anexión de Santo Domingo a la España de Isabel II, urdiendo y sumando pretextos.

Los integérrimos, unidos a algunos patriotas circunstanciales, desde Santomas y Curacao declararon a "El Libertador" Don Pedro Santana traidor a la Patria, y enarbolando la bandera de la Restauración de la Independencia de la República cayeron al lado de Francisco del Rosario Sánchez en el patíbulo de San Juan de la Maguana. Se cumplió el vaticinio de Benigno del Castillo. Los demás, los plurales, se desvanecieron sin dejar vestigio ni memoria.



EL CASO DE GABINO RICHIEZ¹

Una de las flechas impregnadas de veneno que *El Eco del Pueblo* le disparó a "El Libertador" Pedro Santana, el 7 de diciembre de 1856, salta de la página amarillenta turbándome de estupor. Rasga la telaraña de sombra que los años fueron tejiendo y, como relámpago en noche de tempestad, no alumbra, deslumbra y se apaga volviendo a compactarse la tiniebla. Repercute *El Eco del Pueblo*.

—Santana... "ha seguido paso a paso, para llevarlas a la tumba, todas las glorias militares y todas las entidades políticas, ¡ese hombre ante quien giran para su eterno tormento las sombras augustas!... (sigue lista de nombres) y de Gabino Richiez".

¿Qué tendría Gabino Richiez de "entidad política", y por qué lo incluyeron en "las glorias militares?" ¿El hecho de haber sido fusilado le daría el derecho a ser incluido en el santoral, junto a los que ascendieron al cadalso aureolados de martirio?" ¿Fue imaginario el delito, o injusta la pena atroz, en el caso de Richiez? Sobre tantas interrogaciones, prescindiendo de la sinrazón o del derecho que a Santana le pudiera asistir para imponer la pena capital, ante peligro inminente, valiéndose de la maquinaria de los Consejos de Guerra, flota, incoercible, lo que parece figura retórica y que adquirió importancia trastornadora; explica el misterio de ultratumba que en la infancia le produjo al comentarista penosísimo sufrimiento:

—"Giran las sombras augustas"... de los muertos. Esta es la clave.

1. En la primera serie se titulaba "Gabino Richiez". Fue reescrito y ampliado.

Dos viejos moradores de Enriquillo y una hermana materna de un nuevo Gabino Richiez, en 1941, le explicaron al inquisidor el inicio de aquel suceso mal borrado por el tiempo. El desleal Carlos Potraso en 1855 trató de sonsacar a Gabino Richiez para ganar ascenso y afirmar el mando sumándose a los invasores, súbditos del Emperador Faustino Soulouque, creyendo su éxito seguro.

Era su convicción. Richiez superior en grado militar al Jefe del Puesto Cantonal de Petit-Trou (Enriquillo), pero sin mando, disentía con meneo de cabeza y quizás sospechando que le estaban tendiendo un lazo.

—Carlos, mide lo que dices y piensa en lo que te vas a meter. Conmigo no cuentas. El enemigo es Haití, y antes que pasarme, prefiero que Santana me fusile.

—En tu cabeza dará el golpe —advirtió Potraso retirándose con intención de volver con guardias a aprehender a Richiez y callarlo para siempre.

Richiez se anticipó y armándose salió precipitadamente hacia Barahona. Detrás de él voló un anónimo que llegó a Azua avisándole al Presidente de la República en campaña que Richiez tramaba un plan siniestro en favor de Haití. “El Libertador” no era hombre de perder tiempo entreteniéndose en averiguar lo exacto o injusto de aquel anónimo, ni enredarse en sutiles Considerandos cuando Soulouque avanzaba. Un fusilado más, si era inocente, podría posteriormente pellizcarle la conciencia a otro, a él no, que a su juicio cualquier sospechoso muerto dejaba de ser peligroso en la retaguardia de los combatientes dominicanos. Además, los Richiez y él dejaron de ser amigos desde hacía tiempo a causa de reses que pasaron los linderos de hatos cercanos.

En el Archivo General de la Nación no se encuentra, hasta hoy, el proceso formado contra Gabino Richiez; pero en el Libro número 4, Sección de Guerra, se conserva copia de un oficio escrito bajo la autoridad del Ministro de la Guerra, que debió llevar su firma y de la lectura de su texto se coligen vacilaciones y duda. Dice así:

“22 de diciembre de 1855.

“Al general Libertador Presidente de la Rep. Azua. He recibido dos comunicaciones del 19 y 20 de los corrien-

tes. En la María Luisa vino Gabino Richiez y Fruto de la Paz, quienes se hallan en la cárcel privados de toda comunicación. Pero para someterlos a un consejo necesitamos que nos mande el expediente que se haya formado hasta ahora, es decir, las declaraciones. El 19 de Marzo sale esta noche con las tropas, Dios guarde”, etc.

El General Abad Alfau no se distinguía precisamente como hombre de ánimo blanda; pero rehusaba asumir la responsabilidad de fusilar a Richiez y a F. de la Paz sin los testimonios que probaran sus culpas, lo cual no implica que los creyera limpios del crimen de que los acusaban. Abad, el Ministro de Guerra y Marina entonces, no parece que fuera manejable.

Don José Gabriel García —varón prudente y severo historiador— se limitó a escribir al respecto:... “cuando por sospechas más o menos fundadas de connivencia con el enemigo habían sido fusilados Gabino Richiez y otros dominicanos”. Agrega párrafos del número en que el semanario *La Acusación* instigaba al pueblo a pedir justicia y reparación contra Santana, a raíz de derrumbarlo la matrícula de Segovia: “por haber pedido desde Azua a Gabino Richiez para juzgarlo allí por su mandato y remitirlo luego a Barahona para que fuera fusilado”—. Y añade *La Acusación*: “haber fusilado a Gabino Richiez, sin más prueba que una simple y anónima esquela, con la crueldad de hacerlo conducir a Barahona para que fuera ejecutado en presencia de su familia”.

En presencia de su familia... Aquí se enlaza la parte que al comentarista de ahora le tocó del fusilamiento.

Doña Teresa Sánchez, la viuda del condenado, era alta de cuerpo, abundante de carne, de tez trigueña, rostro bello y carácter apacible. Decían que había nacido sietemesina, chiquitica. Con el decurso del tiempo la consoló Andrés Oviedo. (Oviedo blanco de raza). No parecía que el viejo Andrés hubiese sido joven jamás. Trabajador, honesto, grave, demasiado serio. Hablaba poco. Llegaba a la aldea al toque de oración, montado en mulo de carga, y se iba a sus labores rústicas antes de amanecer el día siguiente. Andaba encorvado y referían que en una pelea le cayeron dos y le dieron tantos machetazos que fue necesario remendarle el cuerpo por varias partes... “pero no

gritó". Eso de no gritar, soportando tantas heridas, para los niños significaba inequívoca valentía.

La señora Teresa Sánchez tuvo varios hijos y el mayor no era de apellido Oviedo: se llamaba Gabino Richiez. Ignoro qué haría de malo, siendo Comisario de Policía, ni por qué una noche hablaba de él con mi madre una vecina complaciéndose en describir pormenorizadamente el suplicio del primer Richiez. Hablaba con saña, como para satisfacer un oscuro sentimiento, acaso de tirria por alguna multa. Yo tendría seis o siete años y oía con los ojos dilatados, presenciando el fusilamiento, sobresaltado de espanto. En el relato la esposa del reo imploraba, gritando despavorida, desmelenada. Richiez se erguía, tieso, ante el piquete de ejecución. Voz estridente y seca mandó ¡fuego! y sonó la descarga. El condenado cayó mirando de frente, con la vista fija en los ejecutores. Avanzó uno y le dio el tiro de gracia. ¡Y Gabino Richiez no acabó de morir! La relatora describía el instante fatídico con reiterado ensañamiento. Mi madre besó la cruz formada con índice y pulgar diestros y no sé de qué labios salió un Dios le perdone... mientras continuó la implacable relatora:

—“Anda y andaré errante y no quiere entrar en el Infierno. Así seguirá hasta que al Diablo se le acabe la paciencia”.

La escena se reprodujo horas más tarde. Gabino Richiez —el Comisario de Policía— mandaba el piquete ejecutor y yo era el condenado a muerte. Paseándose con faz torva, se detuvo de pronto y ordenó ¡fuego!, con estridente voz, y yo caí acribillado a balazos, derramando chorros de sangre por las heridas y dando gritos. Encendieron luz y mi madre rompió a llorar porque me creyó atacado de alferecía. El día siguiente anduve huraño y nervioso y no me atreví a decir la causa por miedo a que se realizara la tremenda pesadilla. “Lombrices”... diagnosticó el curandero, obligándome a tragar aceite de ricino mezclado con apazote. Jamás he olvidado por completo ni el remedio ni aquella noche de espanto en que fui “alter ego” de Gabino Richiez y por cuyo momento tenebroso quedé convertido en pertinaz contrario a la pena de muerte.

No es raro que una de las flechas impregnadas de veneno que dispararon contra el General Pedro Santana rasgue el manto de sombra de un pretérito difícil de esclarecer, después de un siglo, y motive el más absurdo capítulo de *Viejas memorias*.

DOS JUAN CONTRERAS

Juan Contreras se llamaron dos próceres de la Independencia de la República Dominicana y subsiste el nombre de uno en las crónicas de Santo Domingo. Benévola fortuna le donó al predilecto maneras señoriales, apostura gallarda y popular nombradía. Lo aupó haciéndole sobresalir entre varones adiestrados en guerrear continuo. Y para granjearle afectos y amistades en la sociedad capitaleña, inclinó a que se enamorara de él a una hembra bella, culta y de buena casa: hija de Don Manuel María Valencia, que le fue adicta con amor devoto.

Su fortuna, en vez de infligirle heridas en luchas cruentas, le pagaba con entorchados los esfuerzos a Juan Contreras, elevándolo y distinguiéndolo en hechos de armas que le ganaron la atención, la estimación y la confianza del General y Presidente de la República Pedro Santana, mandatario difícil de satisfacer. No se infló de vanidad, ni se empinaba sobre los grados y cargos públicos, para que lo vieran: siempre daba la impresión de que le sobraban merecimientos, y ni la envidia, de colmillos venenosos, murmuraba en contra de Juan Contreras. Decían que sus progenitores eran de Bayaguana, terratenientes de pro. Detalle.

Su fortuna —¡Fortuna, diosa inconstante!— le jugó a Juan Contreras desgraciada burla en la Batalla de Santomé; pero ni siquiera así se opacó la bien ganada reputación del militar excelente.

¿Fue Juan Contreras entusiasta seguidor del Presidente Santana en la decisión de anexas la República a la España de Isabel Segunda? Parece que no. Cuando Francisco del Rosario

Sánchez apremiaba a los republicanos desterrados, que en Curacao integraron la Junta Revolucionaria prestigiada por José María Cabral, Pina, Damián Báez... el General Juan Contreras fue seleccionado por ellos y encargado como adalid para organizar y dirigir la campaña de la restauración de la Independencia Nacional, "abarcando desde el Ozama hasta Higüey". Ya era tiempo de que el prestigioso y querido general mirara a los conciudadanos desde la cumbre, correspondiendo, pagando parte de la simpatía con que la pluralidad lo había reverenciado.

Pero... ¡Fatídico "pero" el de la trastornada y sorprendente historia dominicana! La amistad que lo ligó a Pedro Santana, la lealtad mal entendida al antiguo jefe de armas y la disciplina y obediencia del militar al Presidente de la Nación, torcieron el recto sentido del deber superior y se desvirtuó el papel que Juan Contreras estaba llamado a representar. Enceguecido por subordinación, pisó en falso y resbaló pendiente abajo, contribuyendo a que la República se eclipsara temporalmente entrando en el cono de sombra de la anexión a la corona de España. Luchó a regañadientes por causa que no creía la mejor, hasta caer en Maluco abatido por Olegario Tenares, que entró en la Guerra de la Restauración con ímpetu de huracán y, quizás, con similar discernimiento al que un huracán; antes de transcurrir un lustro, ignorando que su triunfo increíble le obligaba a respetar su gloria, con sello gomígrafo y tres punticos masónicos firmaba en San Francisco de Macorís el Acta de la Anexión a los Estados Unidos de América.

El copioso haz de méritos del General Juan Contreras le había hecho absorber ajena gloria y todavía hoy, después de un siglo de su muerte, ha seguido siendo solo y único a juicio precipitado de cronistas de periódicos de Santo Domingo.

Un hombre, otro hombre ejemplarísimo, en aquel tiempo le dio a la Patria reposo, bienes materiales, familia, ejemplo. Desde los días iniciales de las luchas por la independencia, peleaba a las órdenes de Antonio Duvergé en la vanguardia fronteriza. Por necesidad, por deber y patriótico fervor, no podía eludir entrar en combate ni escaramuzas. Su casa, su familia e intereses estaban situados en el vecindario de la frontera, por donde fatalmente irrumpían las invasiones, o perturbaban de continuo, acechando, los enemigos. Cuando ésos venían en oleajes destructores, le era forzoso correr a

batirlos. Cuando rondaban preparando asalto, celadas y merodeos, le era obligación vivir alerta para espantarlos a machetazos. Y este hombre, que peleó para la Independencia de la República más que todos los que no fueron de la municipalidad de Las Matas de Farfán, de la antigua Neiba, o de Dajabón, héroes de olvidada fama, por desventaja para su reputación se llamaba Juan Contreras, aunque firmaba Juan "de" Contreras.

No le valió distinguirse en la guerra: sus hechos de armas contra los invasores no fueron anotados; sus "hojas de servicios" viniendo de tan lejos se marchitaron en el camino, antes de llegar a la capital de la República, o aquí, sin darse cuenta, las pasarían al haber de su eminente tocayo.

¿A qué demonio burlón se le ocurriría que bautizaran con ese nombre a un rayano, a un héroe de la frontera, para anularlo? Pero ¿él no había nacido primero que el otro? ¡Si cuando el voltario Toussaint Louverture, negro semidiós, demostraba que la libertad de los esclavos se gana degollando colonos: amos y capataces, el nuestro, uno de nuestros futuros libertadores, ya estaba naciendo!

Un día, a mediados del año 1849, llegaron a Las Matas de Farfán, baluarte y Cuartel General de las tropas del Sur, el benemérito General Francisco Sosa, el Brigadier Remigio del Castillo, varón culto del grupo de los Trinitarios, y el Teniente Coronel Melchor Cabral, el viejo. Francisco Sosa adquirió buena letra, de notario; Cabral escribía bien: tenía "don de pluma". Era hermano de José María y resultó ser progenitor prolífico de intelectuales.

Los tres militares de pluma y machete se desmontaron en el Cuartel General averiguando y comprobando si eran sabidas las traiciones del Brigadier Valentín Alcántara y si le habrían caído salpicaduras y sospechas de su conducta al integérrimo General de División Antonio Duvergé, jefe del Sur de la frontera, gobernador y jefe político de la provincia de Azua, con sede en San Juan de la Maguana. La provincia se dilataba entonces desde San José de Ocoa hasta el Pedernales y desde ese río hasta el centro del territorio. El general Juan Contreras, el capitaleño, Comandante de Armas de la común de Azua cuando invadió Su Majestad el Emperador Soulouque en 1849, cumplió la orden ingrata de aprehender a Duvergé y, engrillado, embarcarlo en goleta vigilado por el Almirante Cambiaso.

Aunque obedientes a férrea disciplina militar, los oficiales del ejército del Sur, que comparecieron a jurar sus declaraciones ante los tres comisionados, estaban habituados a arriesgar la vida en prolongada guerra: fueron casi todos de admirable temple, enteros y de espíritu libre en sus testimonios. Eran valientes y creían en Dios. No juraban falsedad ni acomodaban sus declaraciones a las circunstancias. Los astutos, resbalosos y evasivos Santiago y Fruto de Olio fueron escasos en el ejército del Sur.

Interrogan los generales, desfilan próceres y el secretario escribe, fija los testimonios en papel de excelente calidad, para que sean perdurables. De repente suena y sorprende un nombre seguido de un apellido reputado:

—“Mi nombre es Juan de Contreras... ¿Edad?... como de cincuenta años. Coronel del Ejército. Encargado del Puesto de Sabana Mula con residencia en dicho lugar”.

En esas tres líneas está el drama, la abolición de la gloria de un guerrero que debería ser orgullo de una región entonces remota.

—“Puedo decir con respecto al General Duvergé —afirma respondiendo a otra pregunta— que de un tiempo a esta parte había fijado su residencia en San Juan. Sin embargo, él venía con frecuencia al Cuartel General a dar sus órdenes y siempre estaba presente en las salidas sobre el campo enemigo”. “En cuanto al general Alcántara”...

La conducta del Brigadier Alcántara, que el declarante reveló, sin adjetivo injurioso se queda sucia. No sabía Juan de Contreras “*de positivo*” que Alcántara guardara inteligencia secreta con los haitianos. “Él ha dado lugar a todos para que lo conceptuasen, o muy cobarde, o de abrigar algún intento perverso a favor de los haitianos”. “El clamor público lo acusa, y (yo) mismo lo sospecho”.

* *

*

A continuación de la Batalla de Santomé, (diciembre de 1855) José María Cabral y Eusebio Puello le ordenaron a Melchor Cabral, el viejo, al Coronel Romualdo Cordero y a los generales Aniceto Martínez y... Juan Contreras, que persiguieran a los enemigos, que iban huyendo, hasta obligarlos a cruzar

la frontera. Santana y su política de cancillería prohibieron que nuestros guerreros se internaran en territorio haitiano. El informador de la orden excluyó el "de" y el nombre del rayano Contreras quedó sin el enlace con el apellido.

A continuación de ver matar a tantos seres humanos, no era falta grave eliminar una preposición, un "de", y menos de un residente en Sabana Mula; pero es sensible, y el haber escrito precipitadamente ha originado confusión y mengua de un prestigio muy bien ganado.

Si durante un lustro (1844-1849) el militar de Sabana Mula se batió frecuentemente a las órdenes de Duvergé y ya en 1849 había ganado grado de coronel, no es dislate suponer que seis años después hubiese ascendido a general.

Más de un motivo inclinan a esclarecer, a rectificar y a distinguir a cuál de los Contreras le dieron la orden de acosar a los haitianos que fugaron al final de la batalla:

1º) Juan Contreras, el capitaleño, era General en Jefe al comienzo de la Batalla de Santomé. Se difundió y no se ha desmentido, que mientras descendía de la cabalgadura ordenándole a un artillero nervioso corregir la puntería de un cañón, el estruendo del cañonazo espantó al fogoso caballo que corrió hacia el frente enemigo arrastrando al caballero. Subalternos alertas alcanzaron y atajaron el animal y salvaron al jefe, retirándolo necesariamente de la acción, de la pelea. El percanche expuso a pique de perderse la batalla, que acabaron José María Cabral y Eusebio Puello imponiéndole remate favorable;

2º) Si el General en Jefe, descalabrado, no quedó en condición de seguir dirigiendo la batalla, parece improbable que en seguida del triunfo estuvieran en condiciones físicas de correr en persecución de los enemigos, y todavía parece más improbable que un general en jefe, sin degradarlo, recibiera órdenes de los que no fueron superiores suyos;

3º) Los designados para el acoso de los vencidos que trataban de escapar, fueron escogidos entre competentes guerreros, conocedores de la región fronteriza, que conocían prácticamente los sitios, caminos, atajos y veredas. Aniceto Martínez, aunque natural de San Cristóbal, residía en La Jagua, en cuyo lugar se aclimató y tenía esposa, y durante años estuvo en campaña recorriendo diferentes puntos cercanos de la frontera. Melchor Cabral fue pagador del ejército del Sur y anduvo

Aunque obedientes a férrea disciplina militar, los oficiales del ejército del Sur, que comparecieron a jurar sus declaraciones ante los tres comisionados, estaban habituados a arriesgar la vida en prolongada guerra: fueron casi todos de admirable temple, enteros y de espíritu libre en sus testimonios. Eran valientes y creían en Dios. No juraban falsedad ni acomodaban sus declaraciones a las circunstancias. Los astutos, resbalosos y evasivos Santiago y Fruto de Olio fueron escasos en el ejército del Sur.

Interrogan los generales, desfilan próceres y el secretario escribe, fija los testimonios en papel de excelente calidad, para que sean perdurables. De repente suena y sorprende un nombre seguido de un apellido reputado:

—“Mi nombre es Juan de Contreras... ¿Edad?... como de cincuenta años. Coronel del Ejército. Encargado del Puesto de Sabana Mula con residencia en dicho lugar”.

En esas tres líneas está el drama, la abolición de la gloria de un guerrero que debería ser orgullo de una región entonces remota.

—“*Puedo decir* con respecto al General Duvergé —afirma respondiendo a otra pregunta— que de un tiempo a esta parte había fijado su residencia en San Juan. Sin embargo, él venía con frecuencia al Cuartel General a dar sus órdenes y siempre estaba presente en las salidas sobre el campo enemigo”. “En cuanto al general Alcántara”...

La conducta del Brigadier Alcántara, que el declarante reveló, sin adjetivo injurioso se queda sucia. No sabía Juan de Contreras “*de positivo*” que Alcántara guardara inteligencia secreta con los haitianos. “Él ha dado lugar a todos para que lo conceptuasen, o muy cobarde, o de abrigar algún intento perverso a favor de los haitianos”. “El clamor público lo acusa, y (yo) mismo lo sospecho”.

* *

*

A continuación de la Batalla de Santomé, (diciembre de 1855) José María Cabral y Eusebio Puello le ordenaron a Melchor Cabral, el viejo, al Coronel Romualdo Cordero y a los generales Aniceto Martínez y... Juan Contreras, que persiguieran a los enemigos, que iban huyendo, hasta obligarlos a cruzar

la frontera. Santana y su política de cancillería prohibieron que nuestros guerreros se internaran en territorio haitiano. El informador de la orden excluyó el "de" y el nombre del rayano Contreras quedó sin el enlace con el apellido.

A continuación de ver matar a tantos seres humanos, no era falta grave eliminar una preposición, un "de", y menos de un residente en Sabana Mula; pero es sensible, y el haber escrito precipitadamente ha originado confusión y mengua de un prestigio muy bien ganado.

Si durante un lustro (1844-1849) el militar de Sabana Mula se batió frecuentemente a las órdenes de Duvergé y ya en 1849 había ganado grado de coronel, no es dislate suponer que seis años después hubiese ascendido a general.

Más de un motivo inclinan a esclarecer, a rectificar y a distinguir a cuál de los Contreras le dieron la orden de acosar a los haitianos que fugaron al final de la batalla:

1º) Juan Contreras, el capitaleño, era General en Jefe al comienzo de la Batalla de Santomé. Se difundió y no se ha desmentido, que mientras descendía de la cabalgadura ordenándole a un artillero nervioso corregir la puntería de un cañón, el estruendo del cañonazo espantó al fogoso caballo que corrió hacia el frente enemigo arrastrando al caballero. Subalternos alertas alcanzaron y atajaron el animal y salvaron al jefe, retirándolo necesariamente de la acción, de la pelea. El percance expuso a pique de perderse la batalla, que acabaron José María Cabral y Eusebio Puello imponiéndole remate favorable;

2º) Si el General en Jefe, descalabrado, no quedó en condición de seguir dirigiendo la batalla, parece improbable que en seguida del triunfo estuvieran en condiciones físicas de correr en persecución de los enemigos, y todavía parece más improbable que un general en jefe, sin degradarlo, recibiera órdenes de los que no fueron superiores suyos;

3º) Los designados para el acoso de los vencidos que trataban de escapar, fueron escogidos entre competentes guerreros, conocedores de la región fronteriza, que conocían prácticamente los sitios, caminos, atajos y veredas. Aniceto Martínez, aunque natural de San Cristóbal, residía en La Jagua, en cuyo lugar se aclimató y tenía esposa, y durante años estuvo en campaña recorriendo diferentes puntos cercanos de la frontera. Melchor Cabral fue pagador del ejército del Sur y anduvo

periódicamente visitando los puestos cantonales, para pagar raciones, cuando Florentino tenía a su cargo la jefatura de la frontera (1849-1854), Juan de Contreras era el jefe del puesto avanzado de Sabana Mula. El coronel Romualdo Cordero... Cuando el autor del presente capítulo estuvo investigando y anotando nombres y acciones de libertadores en campos del Sur, no supo de dónde era ni en dónde residía este coronel, sino que era... "ni flaco ni gordo; pero vigoroso, calmoso, amulatado y no aficionado a suprimir prisioneros".

—"Usted me ha ordenado" —le escribió a uno de los dos principales dirigentes triunfantes en Santomé— "que no le mande más haitianos vivos"... "Mándeme su mejor disposición para saber qué hago con éstos".

Es permisible suponer que la orden de referencia fue verbal. El coronel la quería escrita y maliciaba que no se la mandarían escrita.

Un rasgo que revela cómo se conducían y qué precarios eran los recursos materiales de que disponían los que afirmaron la independencia, de que han disfrutado las subsiguientes generaciones: a los perseguidores les tasaron con parquedad excesiva las provisiones y se infiere que Don Melchor era de estómago delicado. Él y los de su pelotón se vieron en necesidad de comer sancocho de tajadas de mangos verdes y carne de vaca. Antes de pasar horas, repentinas y agudas punzadas y malestar creciente le entorpecían el acoso. Subordinó, con voluntad férrea, los dolores que le atarazaban estómago e intestinos y persiguió a los enemigos hasta morir él de disentería.¹

Conocedor de aquellos guerreros de calidad insuperable, Pedro Florentino se atrevió a decir que el soldado dominicano es el mejor del mundo.

* *

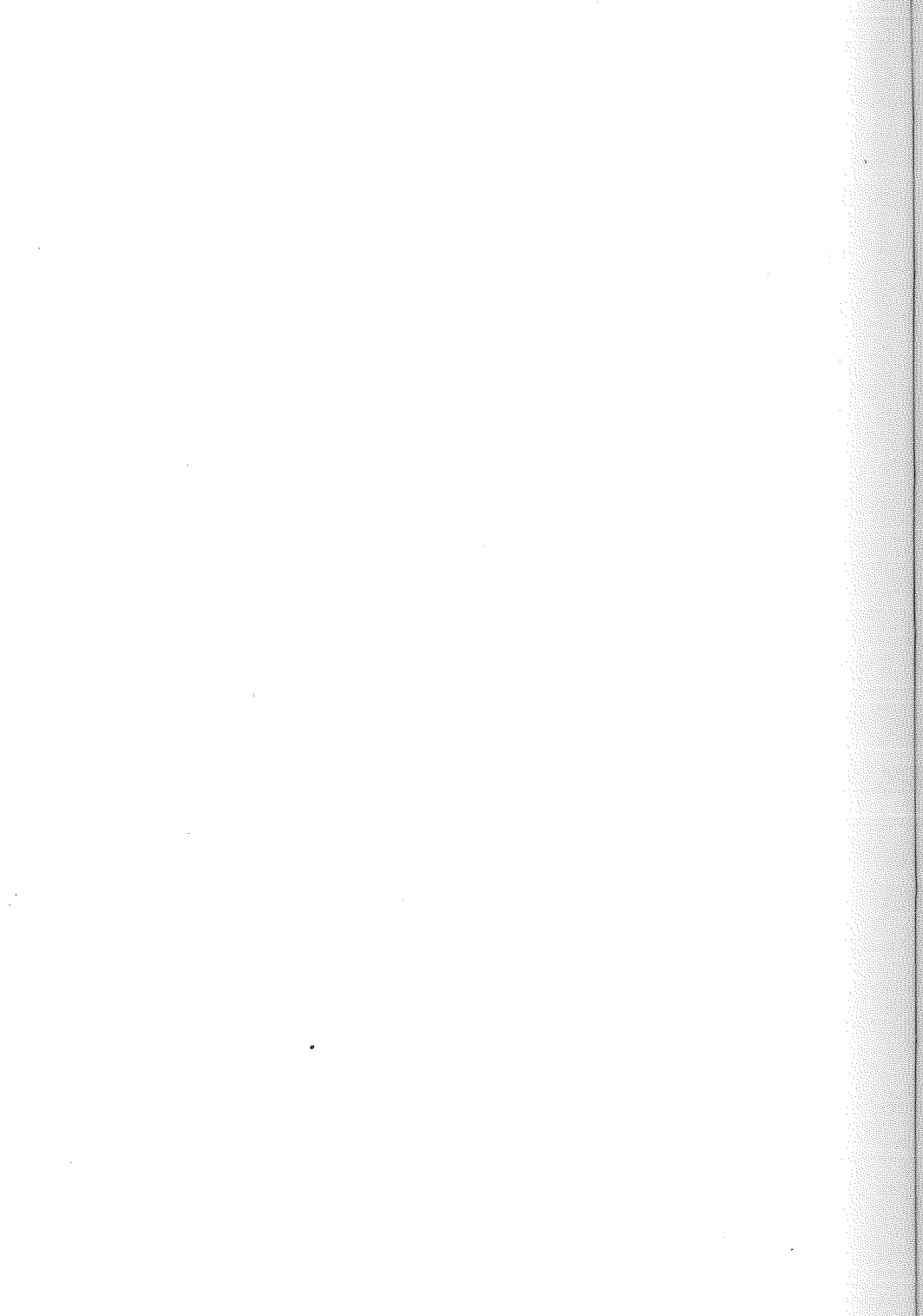
*

¡Cuántas serían "las hojas de servicio" de Juan de Contreras, que viniendo de Sabana Mula se marchitaron en el camino sin

1. Dato copiado del Archivo General de la Nación, por el Dr. don Porfirio Dantes Castillo.

llegar a Santo Domingo! Desconocido de gobernantes, confundido de nombre, cuánto sería el derroche de su valor, cuántos los hijos muertos en oscuros asaltos y cuántos sus callados sufrimientos, hasta ascender a general, para caer al fin en sepulcro sin epitafio, despojado, ¡borrado!

No importan derrotas y victorias fugaces, que se olvidaron, ni desvanecida gloria. No importan los sacrificios mayores de Duarte, de Sánchez y su calvario, cuando se redimen pueblos y la patria subsiste... enseña Juan de Contreras.



VERA EFIGIE

Más que el vivir, vale un momento.

Max Henríquez Ureña.

Ojos redondos, frente elevada, negra cabellera, barba roja, labio superior rasurado...

—¿Cuál sería el momento culminante en la vida del General Don Pedro Valverde y Lara? Se habituó a urdir intriga y a conspirar, desde temprano. Intrigó y conspiró contra “la una e indivisible” y desde 1844 se inició como guerrero, para romperla. Sutil maestro de conspiradores fue él contra el dominio de Doña Isabel Segunda, *Reina por la Gracia de Dios*, hasta ver restaurada la República. Y, finalmente, sin perder la buena maña, tenaz, intrigó, conspiró y peleó en *la Guerra de los Seis Años* evitando la anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos de América.

Desdichas, afrentosas caídas y empinadas esperanzas, ha sido y es la existencia de la República Dominicana. El que no lo entiende así carece de discernimiento. Don Pedro lo aprendió, y sobresaltado de vicisitud luchó persistentemente como prototipo del *dominicano libre*. Libre entre dominicanos no ha significado libertad, sino independencia, insumisión a cualquier dominación extranjera. Perro flaco, pero libre de tramojo, aunque sea de oro.

Vida abundante en riesgos sorteados con astucia o por voltaria fortuna, fue la de Don Pedro Valverde y Lara; pero ¿cuál sería su momento más impresionante?

El Bahoruco, abrupto y oscurecido de bruma, surge batiéndose con el mar. Su estupenda mole se enfrenta a los huracanes, y los acosa. Enormes peñascales minados por torrentes y sacudidos por terremotos se desprenden rodando de la eminencia. Desde tiempo sin historia están cayendo sobre las olas, que retroceden y plañen. Por ahí se quejan los elementos con un gemir de ocultos dolores. Aunque Don Pedro está acostumbrado a ver de frente al Presidente Pedro Santana, mandón restricto sólo al tratar de darle forma de legalidad al crimen, el asombro ante el Bahoruco no le permite ahora sustraerse a la contemplación de la imponente cordillera pugnando con el Caribe. ¿Qué había sido la reciente batalla de Santomé comparada con esta lucha?

Va a cumplir orden presidencial: va a barrer a los haitianos posesionados del Puesto Cantonal de *Petit-Trou*. Escogió y obtuvo que fueran sus auxiliares el azuano Coronel Matías de Vargas y el higüeyano Antonio de Aza, de quienes nadie supo averiguar si eran humanos o demonios, cuando entraban en los combates. En el Cuartel General aconsejaron los ignorantes que fueran por tierra. Locura. En tan extraños lugares, sin posible atrecho, veinte sargentos adiestrados le impiden el paso a quinientos veteranos.

El piloto y un práctico señalan y mientan ríos, estribaciones y desprendimientos: *El Derrumbao... La Pipa Calimete... El Nizaíto...* Pero él sigue con las pupilas fijas en *El Coronel*, tremendo desde la base. Ingrato vaho escapa de las bodegas de los navíos en donde los hombres de armas van hacinados. Luminarias escalonadas alumbran en los parajes que los bucaneros distinguieron con apodos bárbaros. La cresta rojiza del *Musundí* parece teñida de sangre. A su lado, en abra estrecha, vela el Puesto Cantonal de *Petit-Trou* entregado al enemigo por el traidor Carlos Potraso. La aurora asoma dorando el velamen de las naves. ¿En qué mástil, ahorcados, se podrán mecer más cómodamente los traidores a la República? —medita. La nariz, recta y noble, con el peligro cercano está más impertinente; bajo la cabellera negra la barba aparenta estar untada de tuna madura y los ojos más redondos y enigmáticos.

¡El Can!... Blanca llanura, salitral blanco, verdes manglares, soledad triste y... jejenes. Saltan a tierra. Dos caminos vecinales parten de aquí o aquí afluyen. Nueve kilómetros lo unen al *Riosito (Petit-Trou)* y noventa y uno a la frontera, al Pedernales. Don Pedro husmea y se le aguza el mirar. Tras repentino latido de corneta, redoble de tambor y descargas de fusilería, irrumpen los enemigos. A espaldas la fangosa bahía y a diestra y siniestra el laberinto de los manglares. Imposible maniobrar ni retirarse: vencer o morir peleando. Se multiplicaron las estruendosas descargas y comenzaron a quejarse y a pedir agua los heridos y los moribundos. Huelgan detalles. Vencieron los nativos. Este fue el Combate de El Can.

—¿Cuál sería, cuál, es el momento más interesante en la vida de Don Pedro Valverde y Lara? Por intrigar y conspirar se lo llevaron una vez a Port-au-Prince sin darle tiempo a reunir siquiera quince pesos, con que valerse. Penuria. Para estrangular la esperanza de los confinados alardea el Presidente Rivière.

—“Si los dominicanos desconocen el lenguaje de la persuasión, mi moderación se transformará en una severidad que asombrará al universo”.

Perro que ladra no muerde... murmurarían los separatistas.

Un mulato adinerado desea que su hija, estudiosa adolescente, aprenda a hablar español. Anuncia que quiere un profesor competente. Pagará bien. Es cierto que *la necesidad tiene cara de hereje*. Don Pedro acude, es recibido cortésmente y lo someten a inquisición: —¿Sabe Ud. enseñar buen español?— Meneo afirmativo de cabeza responde. —¿Pero... lo sabe enseñar gramaticalmente?— El interrogado, arisco, deja el asiento y coge el sombrero para retirarse, exclamando:

—¡Santo Dios!... ¡Ya esto es lo último! ¡Atreverse a dudar si Don Pedro Valverde y Lara sabe de sustantivos, gerundios y participios!

No es paciente; no parece un profesor; pero sin duda es gente de alta calidad —juzga el padre de familia, comprensivo y bondadoso.

La gramática parda de don Pedro, practicada entonces con finura y discreción, satisfizo al padre y encantó a la adolescente. Su magistratura duró poco. Regresaron los confinados ¿Anécdota? ¿Comento?

* *

*

A raíz de la batalla de Las Carreras Pedro Santana sublevó el ejército del Sur y marchó, asediando a Santo Domingo en donde su amigo, don Pedro, desde el fuerte San Antón¹ le disparó cañonazos tratándolo igual que a un vulgar rebelde. Triunfó Santana. Una semana después... la clásica *voz empañada*, el eminente "díceres": que los dos tocayos comieron juntos... ¡Como si nada hubiera pasado!

Afirmó su nombradía, escaló altas posiciones públicas; fue afable gobernador, buen legislador. Pasaron años borrascosos hasta el 1861. Encariñado con la anexión de Santo Domingo a España, lo creían, mientras él andaba urdiendo intrigas y conspirando. Lo denunciaron, lo apresaron y engrillaron en la Torre del Homenaje. En una mazmorra esperaba la deportación o la muerte, cuando su amigo Pedro Santana vino del Seibo y otra vez le dio pruebas de afecto, pidiéndole al Capitán General Don Carlos de Vargas Machuca que le entregara el prisionero. Se lo entregaron y los dos viejos amigos se fueron al campamento de Guanuma.

¿Qué hacía Don Pedro Valverde y Lara, cómo correspondió al beneficio cuando el Marqués de las Carreras dirigía lucha mortal contra los criollos, contra la Patria?... Gándara injuria:

—Ese General Valverde, *intrigante y quisquilloso*, nos pagó su libertad instigando a los reclutas, que desertaron por pelotones.

Va engrillado para España a purgar travesuras en el presidio de Santa Catalina. Sus ojos, de mirar duro, escudriñan barruntando males. Reza de noche; pero su altivez republicana no permite que sospechen en él asomo de compungimiento. Luego de desembarcar en la Península se enteró de uno de tantos milagros de su Virgen de la Altagracia: el reaccionario Narváez, "El Espadón Narváez", más juicioso que O'Donnell y sus liberales, reconoce el error de la anexión, costosa en dinero y vidas, y le pone fin a aquella porfiada guerra de Santo Domingo.

1. J.G. García, *Historia de Santo Domingo*, T. 3, pág. 37, 3ª edición.

* *

*

Regresó el General Valverde y Lara y al lado del General José María Cabral vuelve a ser hombre de gobierno. Tres años después los *baecistas* lo internaron por conspirador en la Torre del Homenaje. Lo engrillaron. El grillete le escalda y rae vieja cicatriz sobre la espinilla. No se queja. Piensa: —*Aquí no me han traído a gozar...* y cruje dientes y muelas. Un carcelero de estropajosa lengua pasa la diaria revista. —¿Fulano de tal?... Presente. —¿Pedro Valverde? —Don Pedro Valverde y Lara, —interrumpe el nombrado... Sonríe y enmienda el Cancerberero: —¿Don Pedro Valverde y Lara? —Presente. Continúa la estropajosa lengua: —¿*Albencí Binete?* —Y Lara, pretende uno responder. —¡Atrevido!, ni en los Valverde ni en los Lara han nacido negros, —ataja imperativamente el general.

* *

*

Nuestros heroicos libertadores no tuvieron descanso en sus afanes por defender la autonomía de la República ni comedimiento al proferir palabras, hirientes como puñales. Eran así y así debemos amarlos.

El benemérito General Gregorio Luperón cuenta en sus *Notas autobiográficas* que el General Pedro Valverde y Lara fue un subalterno suyo y que... lo traicionó.

¡Santo Dios! el General Valverde y Lara, el que había tenido como segundo en el Combate de *El Can* al tremendo Matías de Vargas, ¡subalterno de un joven! ¿En qué instante?

Cuando los grilletes con que el baecismo pretendió domesticar a Don Pedro le encalabrinaron los nervios raspándole las cicatrices que los españoles le dejaron en las canillas, como recuerdo de los bravos días de la guerra de la Restauración, el Presidente Buenaventura Báez, para aliviarle la pena o sumarle penalidades, lo sacó de la Torre del Homenaje y lo mandó al destierro. Ya Luperón acompañado de varios antibaecistas,

desde aquellas islas de alimentos parcos tramaba las correrías asombrosas del vapor *Telégrafo*. Por allá se encontraron el mulato excesivo de valentía, absoluto de mando, jactancioso sin freno y suelto de lengua, y el veterano “quisquilloso” e intolerante, que ni engrillado en la cárcel, ni en peores vicisitudes, disimulaba su altiva jerarquía de guerrero veterano ni sus prejuicios de animal de pura raza. Ni Pedro Santana le había hecho encrespar el moño. En el destierro los acercó momentáneamente la inequívoca virtud antianexionista y pronto los separaron los disímiles caracteres. Idéntica finalidad e igual amor a la Patria independiente; pero no podían andar juntos. “No ligaban”.

—El General Pedro Valverde y Lara iba de Santomas a Samaná en una goleta “a prestar sus servicios a Luperón”... —dicen las *Notas autobiográficas*. Por manso que fuera el viejo marino, en travesía de varias noches, mientras el peligroso pasajero dormía los tripulantes se hubieran encargado de tirarlo al mar. Conjetura lógica.

¿Lógica? ¿Qué lógica? Además del proverbial “todo puede ser”, en la política hay tantas lógicas como verdades posibles en la pregunta de Pilatos. Pero, sobre todo, sería irreverencia empañar con sombra de duda una de las más pintorescas y sabrosas anécdotas relativas a dos brillantes y venerables nacionalistas de la historia dominicana.

* *
*

Tras serie de trastornos y tragos amargos, desembarcaron a Don Pedro en Puerto Alejandro, playa de la gran Bahía de Neiba. Sin tregua se internó en la manigua, a luchar, a batirse en la *Guerra de los Seis Años* para evitar que le regalaran el territorio dominicano a los Estados Unidos de América. Nunca estaba quieto Valverde y Lara, sino en la cárcel. Conspirar y pelear fue su destino.

El 28 de agosto (1869) doscientos libertadores deficientemente armados defienden el baluarte de San Juan de la Maguana. Bajo lluvias torrenciales ataca Juan de Jesús Salcedo, brioso, bruto y feroz. Ala envolvente de su ejército avanza hacia

barrancal del río, creciendo con los aguaceros. Ahí está parapetado el General Valverde, carente ya de municiones.

Relata el Brigadier Silverio Ríos, aquel refugiado en el baecismo cuando fusilaron a Duvergé, maestro de guerreros en la frontera Sur. Ríos está preso, cuidado por el General Valverde. Aproxímanse los atacantes y el ruido del aguacero se confunde con las descargas de la fusilería de los enemigos. Entonces... el General Valverde "me invitaba a tomar una sopa de gallina". Le dije que se retirara a tiempo, "que hacía mal en descuidarse, porque el jefe que avanzaba sobre nuestro flanco era experimentado y práctico".

Don Pedro fija los ojos redondos y duros en el que se atreve a darle consejo y dice:

—No olvide que usted es mi prisionero, Brigadier Ríos. No trate de congraciarse conmigo.

—“El río estaba crecido de una manera imposible de ponderarse” —continúa Ríos—. “Confiado en mi fuerza y experiencia me arrojé a él”. “Desviado del verdadero paso”, fusil en mano y “agobiado por el peso de una maleta hizo él lo mismo”. “Batido por la corriente y arrastrado bajo las jabillas rendidas por el río, el General Valverde se ahogó allí, a mi presencia, sin que me fuese posible hacer nada para salvarlo”.

Silverio Ríos, liberado por los de su partido, agregó poniendo punto final, como si echara un puñado de tierra sobre el difunto:

—“Si se descubre falsedad en mi relato estoy dispuesto a sufrir las consecuencias”.²

Pues Señor... maleta al hombro y fusil en mano, dos días después resucitó el General Don Pedro Valverde y Lara en Las Matas de Farfán. No mintió el Brigadier Ríos: la realidad se burló de lo evidente.

* *

*

Antes de que Juan de Jesús cosechara al licenciado Julián Belisario Curiel y a varios más, a todos los que él y Valentín

2. El *Boletín Oficial*, Santo Domingo, 19 de febrero de 1869.

Báez fusilaron sin pestañear amarrándolos de la empalizada del cementerio de Azua, se había Don Pedro desvanecido, cuando lo alcanzaron a ver en Port-au-Prince por donde andaba en misión diplomática de sus compañeros revolucionarios.

* *

*

Un aspirante a bachiller recién llegado de la lejana aldea de Enriquillo (del Puesto Cantonal de Petit-Trou), tarde ya, salía de la Escuela Central porfiando errores con un condiscípulo. Al cruzar la plazoleta Duarte, de repente se vio ante un anciano impresionante, acomodado en una butaca. Pulcro el vestido blanco, blanco el empobrecido cabello, sobre el blanco chaleco los dedos de sus manos juntas formaban cruces. Tranquilo. Miraba abstraído hacia el viejo convento de los dominicos... Sereno y grave, parecía pronto a convertirse en mármol monumento.

—¿Quién es? —le preguntó el aldeano al condiscípulo.

—Es Don Pedro, uno de los próceres que nos alabó anteayer, don Federico...³

Más que respetuoso, con reverencia muda, al pasar el adolescente se quitó el sombrero ante aquel sobreviviente de los grandes libertadores de la República. Admiraba ver que tanta vicisitud, tanta altivez y tanta gloria cupieran en un sillón antiguo.

Desde aquel día han transcurrido más de 67 años borrando pasiones y acontecimientos, y aún persiste la interrogación:

—¿Cuál sería, cuál es, el momento más interesante en la vida del General Don Pedro Valverde y Lara?

26 de diciembre de 1966

3. Don Federico Henríquez y Carvajal.

UN BINOMIO ADVERSATIVO

Santo Domingo,
7 de octubre de 1956

Señor Don Rafael Herrera,
Jefe de Redacción de
El Caribe, Ciudad.

Distinguido escritor y amigo:

He vuelto la mirada atrás y releído importantes documentos, con ánimo de complacerlo a usted respondiendo a la encuesta abierta en *El Caribe* acerca del General Don Pedro Santana, "figura discutida con apasionamiento tanto por sus detractores como por aquéllos que han tomado a su cargo la defensa". Presumen en *El Caribe* que "el paso de los años" y "diligentes investigaciones históricas... permiten que se produzca un juicio más sereno acerca de la personalidad del General Santana". "Este diario pide juicios acerca de la actuación militar y política del General Santana y su influencia en la historia patria".

En el vecindario de la encuesta se proyecta "el binomio (Duarte-Santana)" y dizque "los que escribieron en contra son adocenados".

Es presumible suponer que pedir una revisión de juicios y colocar entre detractores a tantos y tan importantes personajes, que expresaron opiniones adversas a la conducta del General Santana, no establece inicial criterio.

Los méritos de aquel gran militar culminan en la *Batalla de las Carreras* dirigida por él, y no recuerdo que nadie le niegue en cuanto a ese triunfo las alabanzas. Al político y al mandatario le censuraron y censuran la inflexibilidad de sus Consejos de Guerra, valido de los cuales maltrató o mató a cuantos pudo de los que se le opusieron y él juzgó sus enemigos; y todavía hoy se recuerda con sobresalto el fusilamiento de María Trinidad Sánchez y otros más, como celebración del primer aniversario de la Independencia de la República; el del prócer Gabino Puello y de Joaquín Puello, “el héroe de Estrelleta”, el de Gabino Richiez, con verbal orden de que la ejecución fuera presenciada por esposa e hijo, y el de Antonio Duvergé, considerado por muchos como antemural de los dominicanos durante un lustro en la frontera del Sur. El exterminio de Francisco del Rosario Sánchez, herido de gravedad, y del brillante orador y jurisconsulto Benigno del Castillo y 18 próceres más, no deben correr por cuenta de él, sino de España: cuando se efectuó aquella matanza ya él era español. Sus anteriores acciones sí quedaron circunscritas en el marco de la política interna; fueron el resultado de su manera de mandar, o gobernar, y cada cual las apreciará según los dictados de su conciencia, sin olvidar tiempo, motivos y circunstancias.

Cuando se estudia el caso de un Pedro Santana extranje-rizante, indefectiblemente se ha de pensar en los que la encuesta de *El Caribe* coloca entre detractores. El primero que se distingue incitando al país a repudiar la anexión de la República a la Corona de España, meses antes de su realización (enero de 1861) es Francisco del Rosario Sánchez. Fue oportuno alerta. Alumbra y ahora no permite alegar que el General Santana procedió por ignorancia. Él era el Presidente de la República. Ante el Altar de la Patria y con el brazo extendido sobre los Santos Evangelios, había jurado defender la independencia de la República y, cuando olvidado de su juramento la estaba entregando a una potencia extraña, Sánchez protesta y lo califica de traidor. El calificativo se reiteró bajo las firmas del mismo Sánchez y José María Cabral, y se ilustró con el exterminio de Sánchez y 19 compañeros en “el Calvario” de San Juan de la Maguana.

El gobierno de la nación en armas confirma (Decreto No.773) —25 de diciembre de 1863— que “El General Pedro Santana se

ha hecho culpable del crimen de alta traición, enajenando en favor de la Corona de Castilla la República Dominicana contra el texto expreso de la Ley Fundamental"; pone fuera de la ley al General Pedro Santana y ordena: "el jefe de tropa que lo apresare lo hará pasar por las armas". Al pie del catégorico documento están las firmas del Vicepresidente de la República Benigno Filomeno de Rojas, de Ramón Mella, Ulises F. Espaillat, Máximo Grullón y otros defensores de la Independencia. Conciuerdan con Sánchez y los firmantes del decreto, substancialmente, nuestros principales restauradores; pero se anularon los testimonios de Félix María Del Monte y Manuel María Gautier por su ulterior afán, costoso en dinero y sangre, de anexarnos a los Estados Unidos de América; y no sé si ha dejado de ser válido el de Pedro Fco. Bonó, expresado en terso y razonado estilo.

Para juzgar al General Santana no parece que se deban mantener los juicios de los españoles que en parte contribuyeron a la anexión, ni el de los civiles que la aplaudieron y menos el de los que pelearon por imponerla. La opinión de Gándara contra Santana es la de un violento odiador. Serrano es cómplice que lo recomienda para que se le otorgue un título nobiliario y cuando lo conoce personalmente y cunde la protesta en nuestro país, recapacita, comprende que se desvanecen con la ganancia fácil las ambiciones de gloria, se arrepiente y entonces ve un monstruo en el Marqués de las Carreras y lo cree tan malo que ni se atreve a escribir todo lo que piensa y ha sabido de él. Hasta comisiona a uno de su confianza para que vaya, con carta en mano, y lo describa ante Isabel II. El testimonio de los grandes nuestros, el de don José G. García, observador, historiador y prócer, sí es de calidad imponderable.

Quedan, imperturbables, en su ganado reposo los ilustres muertos. Averigüemos en qué lógica y nuevos descubrimientos podría apoyarse la conjetura de que la República se le regaló a España por un respetable sentido de hispanidad y amor a las viejas y arraigadas tradiciones.

Desde antes de proclamarse la Independencia de la República se habían formado aquí dos tendencias, divergentes en principios y concurrentes en la finalidad de separarnos de Haití. Sánchez señala la discrepancia en célebre carta a Duarte urgiendo que busque medios para que los *trinitarios* se antici-

pen en la acción a los *afrancesados*. Santana perteneció a este último grupo, al cual se incorporó pronto. Con el respaldo del General Santana triunfan los francesados y expulsan del país "a perpetuidad" a los trinitarios. Desde antes de formar gobierno gestionan públicamente el protectorado de Francia. Como afrancesado le escribe desde Baní el General Santana a Bobadilla en mayo de 1844 para que active en ese sentido las diligencias. Don Tomás Bobadilla es un vocero de su primera administración cuando ante la Asamblea Constituyente de San Cristóbal declara que "Duarte, lejos de haber servido a su país, jamás había hecho otra cosa que comprometer la seguridad y las libertades públicas". El designio se mantiene y renueva en 1854 (Misión a Francia del Ministro de Rs. Exteriores Pedro Eugenio Pelletier). Por mandato del Presidente Santana Pelletier "reiterará al Gobierno de S. M. Imperial" (un Bonaparte) "los sentimientos que el General Santana ha tenido siempre a favor de Francia y pondrá en su conocimiento que estos sentimientos quedan siempre los mismos".

Pueden desestimarse, por aleatorios, la inclinación a la Gran Bretaña y el coqueteo con los Estados Unidos de América, que acaso fuera ardid de gobernante para conseguir recursos y sortear dificultades políticas.

Aunque la hispanofilia dominicana se mantuvo viva a lo largo de los años, es en 1856 cuando España interviene claramente en nuestras intrigas (Matrícula de Segovia) en pugna con el General Santana a quien consigue apartar del mando de la Nación. Pero según el documento que encontró en Roma el activo y afortunado investigador don Emilio Rodríguez Demorizi, todavía el 24 de octubre de 1859 (última administración de Santana) se le manifiesta al señor Cónsul de S. Majestad Sarda la intención que tenía el gobierno de "pedir el protectorado de esta República al gobierno de Su Majestad Sarda", (v. E. R. Demorizi: *Relaciones dominicoespañolas*, pág. 301, Edit. Montalvo, 1955).

El partido gobernante, en continuo desvanecimiento de fe en la Independencia de la República y sin consulta plebiscitaria, realiza la anexión a España mediante oficiales pronunciamientos. Desvirtuado el sentido de hispanidad como causa verdadera, queda por comprobar si es buena la afirmación del miedo a Haití, de que el temor de que Haití nos venciera y anulara la Independencia de la República fue la causa verdadera.

Para amansar al haitiano y obligarlo a que se estuviera quieto mirándonos desde el lado allá de la frontera, contrató nuestro gobierno (primera administración de Buenaventura Báez) coroneles y capitanes de la escuela de Saint-Cyr que vinieran a instruir a los oficiales en la técnica militar francesa. La legendaria valentía del guerrillero dominicano, hasta entonces práctica, adquirió así pericia tal que para atajar la última invasión de Soulouque y erradicar sus ambiciones nuestros generales discurrieron escoger y escogieron las sabanas de Santomé, Sabanalarga y Jácuba y los claros llanos de Cambronal, en donde se libraron las batallas definitivas y materialmente fueron diezmados los ejércitos de Haití. Hasta entonces, con las excepciones de la batalla de Estrelleta, dirigida con pericia por Joaquín Puello, y el combate de Beler, comandado por el técnico Pelletier, que estudió milicia en Francia, nuestros sagaces guerreros se batían y ganaban a la defensiva, aprovechando obstáculos naturales, lo cual en vez de restar confirma el relieve de su carácter. Carecían de oficiales competentes que con rápida comprensión y eficacia ejecutaran sus órdenes. La Fuente y el Rodeo, el caserío de Azua y la ciudad de Santiago de los Caballeros (1844); los cerros de El Número y los cascajales del río Ocoa, en Las Carreras, ilustran y ponen en alto el buen juicio de nuestros generales y permiten imaginar que no fiaron a la casualidad la suerte de los ejércitos y el destino de la República.

Cuando las invasiones de 1855 y 1856, ¿en qué combate, en qué encuentro no fue el haitiano vencido?... Bueno.. que anulado el Emperador Soulouque, encumbrado en la presidencia haitiana el General Geffrard y convenida la tregua, el desacreditado Valentín Alcántara de trastienda ayudaba a Domingo Ramírez y a Luciano Morillo a urdir conspiraciones. Pretender que se acepte esa írrita versión como una causa justificativa y suficiente de la anexión a España, implica un desprecio absoluto al sentido común de los dominicanos.

Gándara viene, pelea, se admira, y llega a la exaltación ponderando la destreza de los oficiales que se batían a sus órdenes en la campaña del Sur: "son bravos hasta la temeridad, incansables en la faena, vigilantes, sobrios... aquellos hombres constituían los ojos de mi división. Por ellos salía yo incólume de situaciones intrincadas: fueron mi mapa seguro y exacto...

eran antorcha y escudo". Se explica por qué el mismo Gándara, cuando intenta invadir al Cibao desde Montecristi, fracasa frente a la pericia dominicana. Fracasas escogidos guerreros españoles queriendo invadir desde Puerto Plata, y fracasan Santana y ellos forcejeando en la pretensión de avanzar desde Guanuma. Se sostenían los españoles en lugares cercanos al mar, favorecidos por numerosos barcos de guerra y disponiendo de recursos de que los criollos carecían. Sería ignorancia y ligereza aceptar que fuimos entregados a España por miedo de que el vencido Haití, inferior al imperio español, nos anulara.

Traición... Error... no importa el calificativo: el hecho no ha cambiado su elocuencia. La guerra por restaurar la soberanía de la República —guerra civil feroz en guerra de independencia— fue más costosa en vidas y de peores consecuencias que las luchas por separarnos de Haití. El incendio de Santiago de los Caballeros, ciudad entonces la más importante de la nación, la destrucción parcial de Puerto Plata, de Baní y de Barahona, ruina de los cultivos y de la ganadería que constituían la naciente riqueza dominicana, muerte o manquera de los jóvenes más aptos y de halagüeño porvenir, orfandad numerosa y el éxodo de varones principales yéndose a España y Cuba con sus familias, pesan y pesarán más que los prestigios de un militar".

El motivo de la anexión podrá expresarse y ser sujeto de interpretaciones; pero ni juicio de misericordia ni ánimo blando, sin universal ceguera, alcanzarán a trastornar valores fundamentales. El General Santana murió marqués, murió siendo extranjero, y un extranjero no puede substituir a Sánchez, que fue el primero en la restauración de la República Dominicana.

Su atto. amigo,

SÓCRATES NOLASCO

PIRATAS, CORSARIOS Y... SUCESORES¹

I

RENÉ DU GUAY-TROUIN²

La Edad Media —¡sombras y luminarias!— quedaba atrás. Sobrevino el Renacimiento y con el Renacimiento el hallazgo del Nuevo Mundo. Creció la Tierra, abundaron los milagros y se multiplicaron, agigantaron y ennoblecieron los piratas. Francia, Gran Bretaña y Holanda protegieron a sus bandoleros de mar, sobresalientes; volviéndolos armipotentes los lanzaron contra España y Portugal y pillaron y entenebrecieron nuestras Antillas Mayores. Aduenáronse de las islas pequeñas y los islotes del Caribe, que pasaron a ser bastiones y sitios de observación de sus piratas. Los más bravos y afortunados salteadores marinos atracaron y desvalijaron escuadrillas mercantes, que transportaban tesoros, y en un decir Jesús se vieron fabulosamente enriquecidos. "El palo mayor del navío de Stertobeker, que habían fabricado hueco, quedó relleno de barras de oro". Engréidos, dejaron de ser piratas y se hicieron llamar Armadores Particulares.

1. En este trabajo se fusionan dos de la primera serie titulados "Los precursores", que contenía: "Eustaquio el monje", "El caballero Bart", "El caballero de San Luis" y, como parte de "Los descendientes": "El bucanero", "El marotero" y "Colonia contra marotas".

2. En la primera serie titulado "El caballero de San Luis". Fue reescrito.

Durante las guerras de Carlos V y Francisco I, corsarios y piratas oteaban los horizontes en las rutas de las Azores y San Vicente al acecho de los galeones. Así pudo la flotilla de Jean Angó atrapar "la nave en que Hernán Cortés le rendía informes a su Emperador de la conquista de México".

Jean de Fleury "se encontró" un galeón cargado de riqueza que, naturalmente, hizo propiedad suya, antes de hundir el navío. En otro abordaje (1520) ganó dos quintales de perlas, tres cofres llenos de lingotes de oro además de artículos ordinarios pero valiosos. "Cada uno de sus marineros recibió un sobresueldo de siete libras de oro y algunos cueros de vacas". La parte del león pasó a Su Majestad el Rey de Francia. En subsiguiente ocasión alcanzó el galardón merecido: navegantes vascos lo capturaron y cuentan que aunque él les ofreció 30,000 ducados de rescate, ellos, orgullosos, desestimaron la oferta prefiriendo llevárselo de regalo a Carlos V, por cuya voluntad soberana fue colgado en la cercaña de Toledo.

Los gobiernos beneficiados legislaron sobre negocio de tanto rendimiento. Crearon compañías por acciones; el corsario de fortuna fue admitido en tiempo de guerra en la marina oficial y se investió de autoridad a uno del almirantazgo para distribuir las presas. El cargo fue retribuido en Francia con 42,000 ducados al año.

Según Henri Maló (académico de la marina de Francia), Portugal no era manso ni blandito, ni trataba con misericordia a corsarios y "armadores particulares". A uno de los más distinguidos, a quien lograron capturar con su barco y tripulantes, le apretaron gradualmente el cuello con lazada corredi-za, adornada de clavos, hasta que se le brotaron los ojos y se le amorató la lengua. Minutos después obsequiaron con su cuerpo a los tiburones. A los oficiales y tripulantes los encerraron en la bodega de la propia nave que hundieron a cañonazos.

Pero aquellos fueron percances del fructífero negocio. Los Armadores Particulares tampoco trataban con generosidad a sus prisioneros. Un bravo capitán, que no carecía de buen humor, se acostumbró a darles a los que acababa de desvalijar un tratamiento curioso. Solía recortarles las orejas y la nariz y les pedía cortésmente que estornudaran... Luego, para evitarles hemorragia y economizarles dolores "les cortaba el hilo de la vida". Forma rara de divertir a los tripulantes de su nave.

Piratas hubo tan valientes como endiablados y tan endiablados como creyentes en Dios. A uno de nacimiento francés, rivales holandeses lo alcanzaron en alta mar, le desmantelaron y agujerearon el barco a cañonazos y cuando se vio perdido decidió darle fuego a la santabárbara, tras breve arenga:

—“¡Amigos: si alguno de ustedes escapare y retornare a Dunquerque, dígale a los compatriotas que hemos prodigado nuestra sangre por la causa de Dios y la del Rey!”

Por la causa de Dios y la del Rey...

El más famoso de los creyentes en Dios y en el negocio de la piratería ancló, de paso, en la playa de Santo Domingo para proveerse de carne y agua y seguir viaje hacia Río de Janeiro. ¿Quién era ese malhechor, y por qué a pesar de sus innumerables atracos y malas mañas, en lugar de ser repugnante como Drake, vuelve a la memoria inspirando injustificable y recóndita simpatía?

René Du Guay-Trouin, de Saint Maló, nació de cristianos viejos y se dijo que sus padres pensaron destinarlo al servicio de la Santa Madre Iglesia. Tenía talento, apostura señorial, alma vehemente y palabra persuasiva. Varios de los que se acercaron a él supusieron que estaba señalado para muy alto destino. Adolescente, empezó en Renne a estudiar Teología y humanidades, sobresaliendo por el fervor devoto, la extrema facilidad de comprensión y por una curiosidad intelectual que le mantenía la atención despierta y ávida. Renne fue pronto estrecha para él y pasó a Caén a ampliar el conocimiento de la Teología y la Filosofía. En su mente se iluminaban, vívidas, las palabras de los apóstoles y se resolvían, simplificados, los más oscuros problemas de los casuistas.

Pero aquella curiosidad, a veces lancinante, de su espíritu, tenía un hueco por donde solía asomar, aleteando, la aventura. Un deseo de extrañas cosas le excitaba entonces quemándole la carne, que ya en él reclamaba sus derechos.

Por más que argumenten y la desdeñen, la vida ordinaria tiene sus encantos y nadie lo sabe como el que se siente empujado por otros a renunciar ellos; pues ni ayunos ni penitencias espantan fácilmente al Diablo cuando se arrima perturbando con sus tentaciones. A un discreto lector del gran Pascal no le sería difícil resolver ajenos casos de conciencia, analizándolos y reduciéndolos a ínfimas proporciones. La Triade per-

turbadora —Mundo, Demonio, Carne— es una, como es una la Divina Trinidad. El Mundo es la Carne, el Demonio es la Carne, y el Demonio, el Mundo y la Carne es la mujer, en donde atisba y adonde llama la Bestia. Esa unidad, insignificante cuando se analiza en otro, cobra ímpetu que avasalla en la propia persona; y en un estudiante hay noches en que Satanás, vuelto apetitos, aúlla y muerde como una perra. En vano lo alertaba San Agustín, uno de los más sabios arrepentidos:

—“Hazte sordo a las voces inmundas de la concupiscencia, que así quedará enteramente amortiguada”.

René Du Guay-Trouin creyó que de una sola vez dejaría saciado al Maligno y que severa penitencia borraría en seguida la huella del único pecado. Lo pensó, lo creyó y corrió hacia París para salir del trance.

*“Al borde del camino, recostado,
como gusano que germina en lodo,
juntó la negra angustia del pecado
con la divina aspiración al Todo”.*

Llegó a París, visitó casa de regocijo, bebió del buen vino, asistió a casas de juegos de azar, tomó parte en juego de esgrima y se sintió esgrimista. Cuando regresaba a Caén tenía: “Triste de ciencia antigua la sonrisa”... y Luzbel anduvo a su lado.

En lugar de saciarse con la prueba concedida, la capacidad para el placer le creció a René con el ejercicio. Nuevas incursiones a París. Juegos de amor, de licor y de esgrima. Los padres, con asombro que causaba pena, no sólo vieron defraudadas las propias esperanzas, sino que llegaron a comprender que el muchacho era un extraviado, “un cabeza perdida” sin posible salvación. Así, el ex-futuro Cardenal, o siquiera ex-futuro Arzobispo, con sorpresa de sí mismo fue encontrando menos interés en la lectura de *La Ciudad de Dios* y la *Suma Teológica* que en las aventuras de piratas y corsarios. El mar ofrecía galeones españoles y portugueses repletos de piedras preciosas y lingotes de oro con que los valientes podrían engalanar a las bellas cortesanas.

Du Guay-Trouin vio que París se estaba volviendo monótona y pequeña como una aldea para sus apetitos y ambiciones y vislumbró que la vida del corsario era más emocionante que la de la Iglesia, y vio, asimismo, que el mar es más instructivo que la Sorbona. Sugestionó a negociantes y armadores. Consiguió barcos, recursos y armas. Embarcó:

*"Su bajel, en el claro de la luna,
navegaba impulsado por la brisa
sobre ocultos caminos de fortuna...
jera el cielo cristal, canto y sonrisa!"*

De pronto soplaron vientos y arreciaron vientos vendavales. En vez de galones repletos de oro encontró un mar encolerizado. Naufragó. Lo apresaron los ingleses, que no estaban dispuestos a compartir las ventajas de la piratería ni con Francia ni con nadie. Logró evadirse. Reembarcó. Combatió, ganó dinero en afortunados atracos, y tanto llamó la atención con repetidas hazañas que el Rey Sol le envió de regalo una espada de honor. Envalentonado, desembarcó cerca de Vigo y tuvo entonces una victoria pírrica. Los gallegos le mataron un hermano de un balazo en el estómago. Sus hechos de armas se sucedían sin descanso. Dio combate a una flotilla bien armada, y venció. Otra victoria pírrica, en la que perdió la mitad de su gente. En premio de aquella acción, muy comentada, el Rey lo ascendió al grado de Capitán de Fragata y le asignó una pensión de mil libras que... no le pagaron nunca. Pero en atención a nuevos triunfos ruidosos el Monarca se dignó armarlo Caballero de San Luis; y aquel día, en presencia de curiosos cortesanos, lo recibió en el Palacio real y tuvo la real complacencia de ordenarle que narrara una de sus famosas hazañas. El continente arrogante y gentil del corsario impresionaba gratamente, y su palabra culta, cálida y persuasiva, se animaba y sugestionaba. Subió de tono y expresó con fuego:

—Entonces yo le ordené a *La Gloria* seguirme.

Luis XIV, dándole doble sentido al nombre de la nave, le interrumpió: —Ella os ha sido fiel...

La frase halagadora del Rey Sol, fúlgida como diamante granado, quedó prendida en el Corsario y no se apaga todavía.

Du Guay-Trouin volvió al mar y sus atracos victoriosos se repitieron. Hasta entonces en la Francia no hubo corsario tan brillante como él (ni aun Jean Bart) ni de vida tan rica de aventuras fascinadoras. Nuevas ganancias afluían a su nave capitana; oro y más oro, que él derrochaba y distribuía entre los suyos con dadivosidad digna de Alejandro Magno. Su nombre era admirado y amado en toda Francia y execrado en las naciones extrañas. De repente enfermó y pronto quedó arruinado. No hubo prestamista que se arriesgara a sufragar el boato a que se había acostumbrado. Meditativo, triste momentáneamente, llegó a pensar que se había equivocado en la elección de género de vida, y que sería preferible, si no la enmienda total, aislada tregua de recogimiento. ¡Capricho de enfermo!

Entonces fue cuando llegó a París y se propagó la noticia, con dolientes comentarios para algunos, del descalabro de Duclerc. El valeroso y osado Duclerc pretendió tomar y pillar la ciudad de Río Janeiro, en donde lo capturaron y lo conservaban arrastrando cadena y convertido en mofa. Con él se perdieron cinco barcos y setecientos hombres de presa, que lo acompañaron.

Bostezó y se despezó el león, apenas convaleciente. Nuevos deseos apuntaron en su voluntad, se precisaron, crecieron y le atarazaban con vehemencia igual que las tentaciones al antiguo estudiante de Caén. Reanimado, trabajó, persuadió a usureros, a varios nobles y hasta el tesoro de la corona se convirtió en accionista, y tras esfuerzo extraordinario Du Guay-Trouin se lanzó de nuevo al mar mandando 17 barcos armados de 738 cañones, y con 3,500 soldados y 5,864 marinos y filibusteros a su servicio. Emprendió el derrotero de la espléndida y lejana Río Janeiro. La escuadra hizo escala en La Tortuga y en el occidente de Santo Domingo, en cuyas sabanas el corsario hizo matar y desollar docenas de vacas "sin estampa" y enroló andrajosos y piojosos bucaneros. Desde aquí, abastecido de carne y agua, prosiguió viaje.

Pero las autoridades portuguesas habían reforzado la defensa de los puertos del Brasil desde la aventura de Duclerc. La empresa se le ponía de difícil realización a Du Guay-Trouin. La bahía de Río Janeiro estaba militarmente fortificada sobre los puntos dominantes y desde la entrada quedaban los barcos

sometidos al fuego cruzado de emplazadas baterías. El corsario, después de horas de cañonear, asaltó un cayo, emplazó cañones bajo el fuego de los defensores, tomó los barcos mercantes que se abrigan en la bahía, echó a tierra 2,200 soldados y 700 marinos y el 13 de julio de 1711 se realizó el milagro. La ciudad quedó rodeada y comenzó el pillaje. El 19, a continuación de seis días de combatir y robar, se adueñó de la ciudad abandonada. Muchos habitantes huyeron llevándose sus joyas. Entonces él le prendió fuego a varios almacenes, y comprendiendo que no podría conservar plaza de tanta importancia entró en negociaciones con el gobernador, poniéndole precio a la ciudad bajo amenaza de reducirla a ceniza. Como muestra de lo que sería capaz de hacer, incendió las casas de los alrededores. El gobernador le daba larga a las negociaciones en espera de refuerzos; pero el Caballero de San Luis, más ducho, lo atacó y obligó a rendirse.

Río Janeiro valía, a juicio del culto René Du Guay-Trouin, 610,000 ducados, 500 cajas de azúcar y las reses y demás provisiones necesarias para el regreso. La mayor suma, cuanto él había cogido y hecho propiedad suya, no entraba en cuenta. Le pagaron. En prueba de sus adormecidas inclinaciones religiosas, el corsario les devolvió a los sacerdotes los vasos y ornamentos sagrados y cuanto pertenecía a la Iglesia. A bordo ya, distribuyó escrupulosamente paga y gratificación según los méritos de sus obedientes malhechores, y el día 13 de diciembre de 1711, satisfecho, se alejó de la bahía maravillosa. Cuando regresaba a Francia fue sorprendido por un huracán y lo venció, como a los portugueses. Ancló en Brest con una ganancia neta de 25 millones de pesos fuertes.

Luis XIV lo ascendió a Jefe de Escuadra y dispuso que en lo sucesivo le pagaran 2,000 libras de renta, que Du Guay-Trouin, con su natural esplendidez, transfirió a su segundo de correías, que le había sido legal.

Las ajadas y discretas cortesanas se dignificaban con las ganancias y solían retirarse a la vida honesta. René Du Guay-Trouin se sentía... "intrínsecamente bueno", aunque parece que el maligno lo visitaba con demasiada frecuencia.

Entre los dos más grandes bandoleros de mar que desembarcaron en nuestra Isla, ningún dominicano podría ser justo si intentara establecer un paralelo pesando y contrapesando sus

fechorías. Francis Drake ahorcó a dos de los sacerdotes que enseñaban a rezar a nuestras tatarabuelas, profanó templos, se llevó órganos y se robó hasta la Custodia de la Catedral Primada del Nuevo Mundo. René Du Guay-Trouin hizo desollar unas cuantas docenas de vacas sin estampas y se llevó los cueros. Rezaba. En la hora postrera tuvo algo así como arrepentimiento y confesó sus culpas chiquitas.

Su última hazaña fue la de cumplir el mandato de su Rey purgando el Mar Mediterráneo que infestaban los piratas de Túnez. Porque las dos honorabilísimas potencias (Francia y la Gran Bretaña) gordas y ennoblecidas merced a sus corsarios ilustres, decidieron acabar y acabaron con la piratería.

René Du Guay-Trouin fue valeroso y afortunado, derrochador y dadivoso. Realizó innumerables abordajes, saqueos de ciudades y combates, y dejó famoso nombre. Murió en París "cristianamente" y su cuerpo fue inhumado en la Capilla de la Virgen, en la Iglesia de San Roque. Averiguar en dónde se encuentra su alma y en qué paila del Infierno la acabarán de tostar, es oscura cuestión teológica que acaso sabrán esclarecer los más doctos europeos; pero que al comentarista de hoy no le interesa.

II

EL BUCANERO

Cuando el señor Oexmelin y sus compañeros accidentales se acercaron a la isla de Santo Domingo buscando esfera de acción más amplia para sus aptitudes, rehuyeron el contacto de los españoles que solían dispensarles acogida ingrata a "los del negocio". Fue entonces cuando conoció los lugares que Don Antonio de Ossorio, el gobernador asolador de ciudades que el rey le dio para su gobierno, había dejado vacíos de gente y a la buena de Dios, y que se iban repoblando de asociados extraños. Oexmelin observaba y hasta mínimos detalles se le imprimieron en la memoria. Si anclaron en una bahía del Sur, o en

Gonaives, no importa. La región en donde los bovinos y los cerdos pastaban y se multiplicaban orejanos y salvajes, ha perdido su interés. Interesa apenas el bosquejo agreste de una vida que se fue transformando con el tiempo hasta quedar abolida. Y el cuadro lo bocetó el mismo Oexmelin orlado de gracia acentuada con sutil temblor artístico y podría ser incluido en la literatura costumbrista o en la pintura moderna antes de que pasen de moda.

“Vi venir hacia la nave —dice— un bote tripulado por media docena de hombres cuyo aspecto y atavío me sobrecogieron de asombro. En los franceses que estaban a bordo y que, ellos también, veían a esa clase de individuos por primera vez, no era menor la sorpresa. Tenían por todo traje corta chaqueta de tela y un calzón que les llegaba a medio muslo. Este vestuario estaba literalmente curtido de sangre; curtido por el sol tenían el rostro. Erizados los cabellos tenían unos y, los otros, tejidos en crinejas. La barba larga y enmarañada; pendiente al cinto un estuche de piel de caimán con cuatro cuchillos y una bayoneta. Tocábanse con raída copa de sombrero, a modo de alto casquete, cuyas alas habían desaparecido salvo en la parte del frente donde se conservaban aún en forma de visera. Se presentaban ofreciendo tres puercos cimarrones a trueque de aguardiente. ¡Estos eran los Bucaneros!”...

El bosquejo es admirable y de las letras clásicas sólo el Señor Monipodio, la estupenda agua-fuerte de Cervantes, le supera. Porque Cervantes trazó al hombre y Oexmelin se entretuvo sobre todo en el vestido. “Estos eran los Bucaneros”...

Estaban dotados de un valor ejercitado en todo riesgo y eran de energía indomable. Tenían increíble audacia y eran de dureza sobrehumana.

Los filibusteros (clase inmediata superior, más “distinguida”) de costumbre se presentaban con análogo indumento; pero se desquitaban vistiendo con suntuosidad a expensa de los prisioneros, de quienes se imponían como herederos forzosos: tan pronto como los degollaban y arrojaban a las olas les rendían homenaje de admiración al buen gusto que tuvieron, apropiándose sus vestuarios.

Don José Gabriel García les dedicó páginas interesantes a los Filibusteros y a los Bucaneros. Pero García fue escritor de moral severa que miraba con antipatía de español genuino a

todos los bandoleros. Fue un hidalgo historiador, "se situó en español", y se limitó a considerar las consecuencias funestas que aquéllos tuvieron para Santo Domingo. No precisó el carácter menos individualista y trotamares del Bucanero, europeo rápidamente adaptado a la antigua naturaleza antillana.

El Bucanero no vino en busca de riqueza. En su tierra de nacimiento había sido el inadaptado de bajo fondo, el descalificado por el desprecio público: por eso se enroló como tripulante de corsarios y piratas. Dejó en su país lejano el respeto al derecho escrito, el medroso y huraño sentimiento que le imponía barrera entre la miseria propia y la propiedad eternamente ajena. Tuvo noticias de un Nuevo Mundo, virgen para su hambre refrenada y nunca satisfecha; y cuando llega y se ve semidesnudo y sin traba en la isla de encantamiento en cuyos bosques y sabanetas pastan las reses abundantes y sin pastores, le apunta, informe, un abstruso sentido de comunista. Ventea rebaños, asalta y toma lo necesario: no destruye, como el Filibustero. A veces equivoca la puntería y en vez de la vaca mata al dueño. Se esconde... Ronda, vuelve al rebaño y se aleja pocas veces de los sitios a los cuales se va adaptando, ama, y queda finalmente siendo dueño o esclavizado. Se deja conquistar temporalmente por los piratas del mar, sus antiguos superiores, gente de ideas malas y de mala índole y los sigue y acompaña en correrías por Cartagena de Indias, de donde sale cargado de botín. Se bate, por ellos, en Puerto Cabello, y en Honduras, y en Panamá, y en Veracruz. Por ellos y para ellos saquea La Habana dejándola sin cosa que sirva de provecho para los piratas y corsarios que llegarán más tarde. Por tres ocasiones, en el término de treinta años, acompañará a arruinar a Santiago de Cuba... Pero en tales acciones derrocha el valor propio y la sangre ajena con el deleite y la inconsciencia del vagabundo. Tras la cadena de las ruidosas aventuras, retorna a la vida anterior de cazador furtivo y de semidesnudo asador de carne, sin alejarse mucho del mar por donde vino de la Europa lejana con la que sueña, tratando de verla de día más allá de los fingidos límites del horizonte y de noche entre el humo, saturado de grasa, que exhala el fogón enorme.

Cuando Du Rosset y Bertrand D'Ogerón vienen y sortean mujeres, cada cual toma la que le toca en suerte y se satisface, sin escrúpulos morales, con la hembra reclutada en lupanares (porque no hay esfera inferior al de su antigua condición de paria) y se acostumbra a la compañera de igual modo que a las

andanzas bajo el pabellón de árboles sombríos y sobre múcaras y guazabarales.

Ama el fogón, adonde siempre vuelve; ama el hogar, elige predio cerca de él y junto a él acaba procreando vástagos, miembros de las futuras sociedades del Nuevo Mundo. Junto al fogón tiende la hamaca tejida de hojas de palmera, de cabuya, de jagüey. Recuerda, narra lo que ha vivido, recorre con la memoria panoramas y acontecimientos. Él conoció y acompañó hasta la opulenta Río Janeiro al extraordinario y dadivoso René Du Guay-Trouin, que rezaba ante la Cruz y castigaba el sacrilegio de pillar iglesias y despojar a los sacerdotes. Él oyó mentar a Francis Drake, hediondo a azufre, que pillaba altares y ahorcó a dos santos dominicos. Él conoció a Alejandro Brazo de Hierro y a Casard, y a Pedro Constante, y al terrible Laurent de Graf, y Henri Morgan, el más duro y criminal de todos los hombres. Montaubán el Valeroso, Pedro Picard, Van Dorn, Dampier, fueron sus temporales capitanes. Francisco Nau... ¡Ah Nau, Nau! El olonés fue para ellos el más completo y amado de los jefes, porque siendo pirata integral fue un perfecto bucanero. ¡Cuántas historias revividas en los relatos al calor del fuego, ante los ojos atónitos de la hembra y de los chiquillos vestidos con harapos y taparrabos!

El Bucanero ama el fogón, centro de sus correrías, adonde siempre retorna. Al poco tiempo de libre vida antillana, transcurridos tres o cuatro lustros, ¿qué queda del europeo en el bucanero? Según la perspicaz mirada de Oexmelin, raído sombrero de alas ausentes, chaqueta corta, roto pantalón que se atreve a bajar a medio muslo, dos cuchillos y una lanza dentro de estuche de cuero de caimán dominicano. Y él, y todo en él, curtido en sangre de la tierra, de la patria definitiva.

III

EL MAROTERO

Cuando el General Pedro Santana se alzó con el Ejército del Sur en 1849 y desconoció y descartó del "poder" al Presidente

de la República, llenando provisionalmente el sillón vacío con Don Buenaventura Báez, Báez y Santana tenían similar concepto de la independencia: eran sólo "separatistas" y se habían acercado y conformado en comunidad de sentimientos e intereses inmediatos. La proyección hacia Francia, de la nacionalidad naciente, en ambos venía siendo manifiesta y su enemistad a los "filorios" (independentistas cabales) era ostensible y exenta de repliegues. Joaquín Puello y Manuel Jimenes fueron hábilmente segregados, aprovechados para borrar al grupo hostil. Al primero, demasiado impresionante, lo suprimieron sin pérdida de tiempo, y el día que el segundo pretendió reaccionar desde el poder ilusorio y darle amplitud a la política doméstica, quedó señalado como enemigo principal y sus horas fueron contadas. La oportunidad de erradicarlo la brindó el Emperador Faustino dejándose derrotar en El Número y Las Carreras.

Báez no tuvo, en aquel benigno ensayo de gobierno, otros amigos que no fueran los de Pedro Santana para ocupar los empleos públicos, y su cautela se preocupó en no dejar intersticio por donde los rivales aguaitaran ni la malicia entrara a dividir lo que se había unido en maridaje. Duarte, Sánchez y otros "traidores" quedaban en el destierro perpetuo (entonces se desterraba a perpetuidad) y al principio ni el más sutil intrigante podía vislumbrar la separación de tan agradables compañeros.

En la política interna y la finalidad de la exterior el acuerdo en apariencia era perfecto; pero en la manera de tratar a los amigos y de hacerle la guerra al enemigo, en el *modus faciendi*, pronto se notaron divergencias que se fueron acentuando hasta acabar siendo en cada uno esencial criterio de gobierno. Se podría decir, sin riesgo de equivocarse, que Báez y "El Libertador" tuvieron frente a Haití diferente política de cancillería.

Don Pedro Santana nunca dejó de ser el Señor descendiente de antiguo propietario español nacido en Hincha, desplazado hacia el Este y enemigo incondicional del habitante de Occidente; no importa que éste fuese hijo de africano o europeo: en cualquier aspecto que presentara sospechaba en él hábitos del viejo Bucanero, en mayor o menor grado era usurpador astuto o descarado ladrón; y él, Pedro Santana, en todo momento, en la dirección del gobierno o en su hato, seguía siendo un antiguo propietario de La Española.

Sería erróneo aceptar que Santana buscó el apoyo de Francia y quiso durante un tiempo ser afrancesado para que se importaran los "derechos del hombre", ni que impuso la anexión de la República a España por amor a sus instituciones y a las virtudes de la raza. Vale la pena insistir, aunque parezca fatigoso. Paralelo al designio de conservar parte del poder, o todo el poder que había adquirido, él sentía odio inconfeso, recóndito, hereditario, al habitante del oeste. No al negro, ni al mulato de habla extraña sino a los que heredaron al antiguo Bucanero, usurpador de tierras y ladrón de reses. Su guerra de independencia fue guerra de Separación, la guerra del hacendado español al Filibustero disfrazado o degenerado en el *Marotero*; y esa guerra debería fatalmente terminar dentro de los límites de Aranjuez. La misma Hinch, en donde mecieron su hamaca durante la niñez, no le interesaba tanto: su ideal de separación habría sido una línea Maginot señalando la frontera erizada de cañones. Ninguno de los grandes generales, bajo su mando, se atrevió a penetrar en el territorio que los españoles le cedieron al enemigo. Ni Joaquín Puello, ni Antonio Duvergé, ni José María Cabral y Eusebio Puello en seguida de Santomé, se atrevieron a quebrantar la consigna; ni Juan Luis Franco Bidó y Valerio, ni José Hungría, ni Pedro Florentino osaron pasar la raya fronteriza después de destruir en Sabanalarga y Jácuba al ejército invasor.

Aquella política inalterada, de justa y legítima defensa, no era ingrata a los representantes extranjeros y acabó alcanzando sus más francas simpatías. Pero si los representantes acreditados en el país en nombre de sus gobiernos le hubiesen brindado apoyo a "El Libertador" para que fuera a su vez conquistador de Haití, indudablemente hubiese declinado el apoyo con incontenible repugnancia.

Buenaventura Báez pensaba y sentía de otra manera. Tan pronto como se vio en la Presidencia de la República y tuvo oportunidad, declaró:

... "la guerra defensiva le ha inspirado al haitiano una falsa idea de nuestra fuerza y le da la inmensa ventaja de escoger el momento y el sitio de las hostilidades. Se puede ir a buscarlo y hacerle sentir el peso de la guerra en sus personas y propiedades".

Báez habló y concretó en hechos sus palabras. Se preparó para la defensa del territorio nacional; pero no se limitó a repeler las agresiones: le envió la guerra al enemigo. En toda la

costa Sur, desde Anse a Pitre a Marigot, Jacmel, Aquín, y hasta las aguas de Aux Cayes, flotó, retadora, la bandera dominicana. Los oficiales se acrecentaron en valentía y fueron respetados por su actividad y atrevimiento. El hecho más ostensible fue la incursión capitaneada por Juan Carlos Fagalde; pero el contagioso valor, la conciencia de la propia fuerza, se distingue mejor en la nota con que Pedro Florentino le exigió al enemigo que desocupara los puestos de Cacimán "en el perentorio término de 12 horas, o prepárese al combate"... El jefe haitiano reconoció la conciencia de esa fuerza y suplicó que le concedieran 24 horas para obedecer y obedeció.

La guerra de independencia adquirió nueva fisonomía y en Occidente reapareció el antiguo Bucanero con un seudónimo extraño: el "Marotero". El 17 de septiembre (1850) fue instruido el Jefe del Sur de la Frontera:

—*"Su nota ofl. del 8 del cte. por la que hace saber que los haitianos no cesan en su marotas sobre territorio dominicano a pesar del armisticio que le fue comunicado a V"... "en esa virtud yo le ordeno a V. no solamente la mayor vigilancia sino lo que es más, estar en todo a la recíproca"*.

La importancia militar que revistió la severa orden, pauta de la conducta que debería seguir el Jefe de la Frontera en la guerra de represalia, fue de efecto transitorio y terminó tan pronto como el Gral. Pedro Santana volvió a la dirección de la política. Lo que trasciende aún con interés primordial es la amenaza constante, más pertinaz y peor que la guerra, la que resucita en el hijo del Bucanero: el merodeador, (el *Marotero*).

Del antiguo pirata brotaron como del más pernicioso tronco genealógico, el Corsario, el Filibustero, el Bucanero, terribles plagas que irrumpieron en Santo Domingo, lo pillaron, desquiciaron, e inficionaron fatalizándolo para siempre; y, para remate de males, con la Independencia de la República apareció su postrer vástago; el *Marotero*.

El Bucanero saltó de su barco a La Tortuga y de La Tortuga a los lugares que despoblaron la estupidez y la maldad de Don

Antonio Ossorio. Desde ahí asaltó rebaños, ocupó zona más vasta y apeló y obtuvo el apoyo de su rey.

Una fuerza de expansión, de agresión a veces disimulada y siempre trastornadora, para el juicio del Buenaventura Báez de la primera época, no se podía atajar ni destruir con una guerra a la defensiva. La voluntad dirigente del enemigo andaba y andará en el "Marotero" como en el Corsario; el engendro era y es, más que el ladrón y usurpador que odió el Gral. Pedro Santana, el agente explorador que tienta los puntos vulnerables, advierte la debilidad, y precede a las invasiones violentas y a la que detrás de él se desliza subrepticamente y abre fondos situándose en el nacimiento de los arroyos con sus hembras paridoras.

Santana fue inflexible en ese aspecto de su política. Dio órdenes, dictó circulares y amenazó con castigos severísimos a los que pasaran al país vecino, y a los oficiales que permitieran el paso de la frontera. En mayo de 1854 el Ministro de la Guerra Pedro Eugenio Pelletier precisó la voluntad presidencial en oficio dirigido al Coronel Santiago Suero:

—“No es de hoy que este Ministerio tiene comunicadas órdenes estrictas para prohibir que nuestros soldados se internen a hacer daño en el territorio enemigo, y no obstante que lo ha reiterado multitud de veces no ha sido posible llenar el objeto del Gobierno”. “Debe esforzarse en hacer cumplir las órdenes porque de lo contrario los cargos recaerían sobre V. y este Ministerio lo vería con pena”.

En agosto del mismo año reitera el Señor Ministro:

—“Tenga bien entendido que en caso de que los haitianos intenten salir de su límite, ya en calidad de patrullas o ya de maroteros, los hará V. batir y rechazar hasta hacerlos entrar en el punto en que tuvieron establecida su primera guardia avanzada”.

La guerra de represalias había terminado para siempre.

IV

COLONIZACIÓN CONTRA MAROTA

Perplejo quedaría el Coronel Santiago Suero frente a la amenaza del Ministro de la Guerra, Gral. Pedro Eugenio Pelletier:

“Debe esforzarse en hacer cumplir las órdenes, porque de lo contrario los cargos se volverán contra V. y este Ministerio lo vería con pena” (mayo, 1854).

La pena, oficial y de estilo, le enseñaba a Suero del lado zurdo la destitución y el calabozo del castigo, y del otro dejaba entrever un enjambre de merodeadores haitianos entretenidos en vaciar de reses los pastos y sabanas; reses en que se cifraba la riqueza de una región de ganaderos, cuando la crianza bajo cerca aún creían que era innecesaria.

“En caso de que los haitianos intenten salir de sus límites, en calidad de patrullas o de maroteros, V. los hará batir y rechazar sin pasar la línea fronteriza”.

Órdenes, así, sujetas a una moral de limpieza irreprochable, en tiempo de guerra se le podían ocurrir a un Presidente y ganadero del Este; pero tenía que ser más que ingrata, trastornadora, para los habitantes del Sur. La actitud del Jefe del Gobierno tendía a fortalecer el buen nombre de la nacionalidad, presentándolo a los representantes extranjeros como país de familias pacíficas y honestas, y haciendo recaer en el enemigo la responsabilidad de una guerra de agresiones que se aceptaba con sus deplorables consecuencias.

El criterio de Buenaventura Báez, hombre del Sur, era “estar en todo a la recíproca”, y mantenía tenso el nervio de los guerreros, propendiendo a defender la riqueza única de la región, y hacía que el grito de nuestros pastores y ganaderos se repitiera en Haití con plañir de escarmentados. Frente al Báez de la primera época no podría el Gobierno haitiano vivir complacido por los efectos destructores de su agente explorador y sembrador de estragos: el Marotero.

Pero la orden de Buenaventura Báez fue de transitorio efecto y ni ella ni el espantar al ladrón que ha de volver, de Pedro Santana, sin más juez ni tribunal que la conciencia de cónsules

mediadores, servían de atajo al Marotero, ni eran remedio contra sus daños. Haití superpoblaba su territorio y el excedente humano seguía en trasiego constante hacia el Este, situándose y echando raíces permanentes en lugares despoblados. Se repetía, con más tesón y menor escándalo, el procedimiento del Bucanero. El problema pudo ser expuesto y controvertido en el Este y en el centro de la República, como cuestión académica, de lucimiento; pero la sangre continuó chorreando en la región fronteriza.

Después de la Guerra de la Restauración se creó el "Jefe de Línea", incoloro y flojísimo sucedáneo del Jefe de la Frontera; y la que fue temida y respetada autoridad de un Duvergé, un Tito Salcedo, un Pelletier, un Pedro Florentino, un Cabral, un Valerio, un Eusebio Puello, descendió a ser un tímido y desvaído cobrador de precario sueldo. Pasaba con el rifle en árganas y sin escolta, y cuando se encontraba con el cazador furtivo, con el Marotero, sesteaba en su Can² y comía junto con él carne robada que de consigna aceptaba y tenía como silvestre. Luego continuaba su recorrido legal, mientras el merodeador se habituaba, transportaba familia y acababa como su antecesor el Bucanero, reclamando derecho de posesión del terreno ocupado.

¿Cuántos choques sangrientos se registraron? Espanta retrotraerlos a la memoria.

En los tiempos del Presidente Ulises Heureaux diversos sitios de montería de la lejana Enriquillo iban siendo ocupados, cultivados, y habituándose a la bandera extraña. Cuando Ramón Cáceres mandó al General Victoria que fuera con tropas al Pedernales, ya *Cazurdo*, *Grandbuá* y otros lugares estaban ocupados y bautizados con bárbaros nombres. Por entonces los choques sangrientos se sucedían con intermitencia de calentura terciaria; pero el mayor despojo, aparejado de castigo popular, ocurrió durante el Gobierno del Gral. Horacio Vásquez. Por consejo y plan del secretario de Agricultura Don Rafael Espaillet, Vásquez se apartó del criterio de Báez, del de Pedro Santana y de la indolencia de los otros Presidentes de la República y combatió el mal con un remedio moderno: *Colonias contra Marota*.

Los haitianos de *Anse a Pitre* vieron llegar a la ribera Este del Pedernales a un grupo de colonizadores que fabricaban casas,

2. Can: *Paradero* o *sestadero*.

parcelaban terreno y trazaban y cavaban zanjas de regadío. El paso hacia *Bucán-Polo* (zona haitianizada de cultivo situada a unos 16 kilómetros más acá de la frontera) y las monterías de *Mare a Chate*, y las pesqueras de *Cueva-Ambá* y la Beata, quedarían en lo sucesivo interceptados... Cundió la alarma del lado allá y le denunciaron al norteamericano, custodio entonces de Haití, que los dominicanos estaban construyendo fortalezas en la frontera. Los custodios fueron sin perder tiempo, se pararon en medio de la aldea naciente, observaron, y sin preguntar y sin que les informaran el superior de ellos valuó y dijo el costo de la obra con un acierto pasmoso. No preguntaron por el fortín o los fuertes denunciados, ni se detuvieron a considerar el valor patriótico de la aldea; pero contrapesaron el trabajo material y le pusieron exacto precio con ojo de habilísimo capataz. ¡Qué gente! Pidieron whisky, les dieron ron, bebieron y se alejaron con ancho andar de marineros.

Días después la naciente colonia se llenaba de rumores, de quejas y en seguida de voces cargadas de interjecciones. Las vacas de los criadores dominicanos mermaban y desaparecían de una manera alarmante. Las pérdidas aumentaban cada día, y ni los escasos miembros del ejército, ni los mayores, ni los criadores, veían ladrones, ni rastros, ni encontraban a quien culpar, 20, 30, 80, 125, 140 vacas y una mula de paso fino desaparecieron. Se hacía difícil admitir la realidad: que tantas reses pasaran la frontera arreadas, sin ser vistas. El suboficial del Ejército, celoso de su honor militar, recorría sabanetas, campos y veredas, sin reposo. En vano.

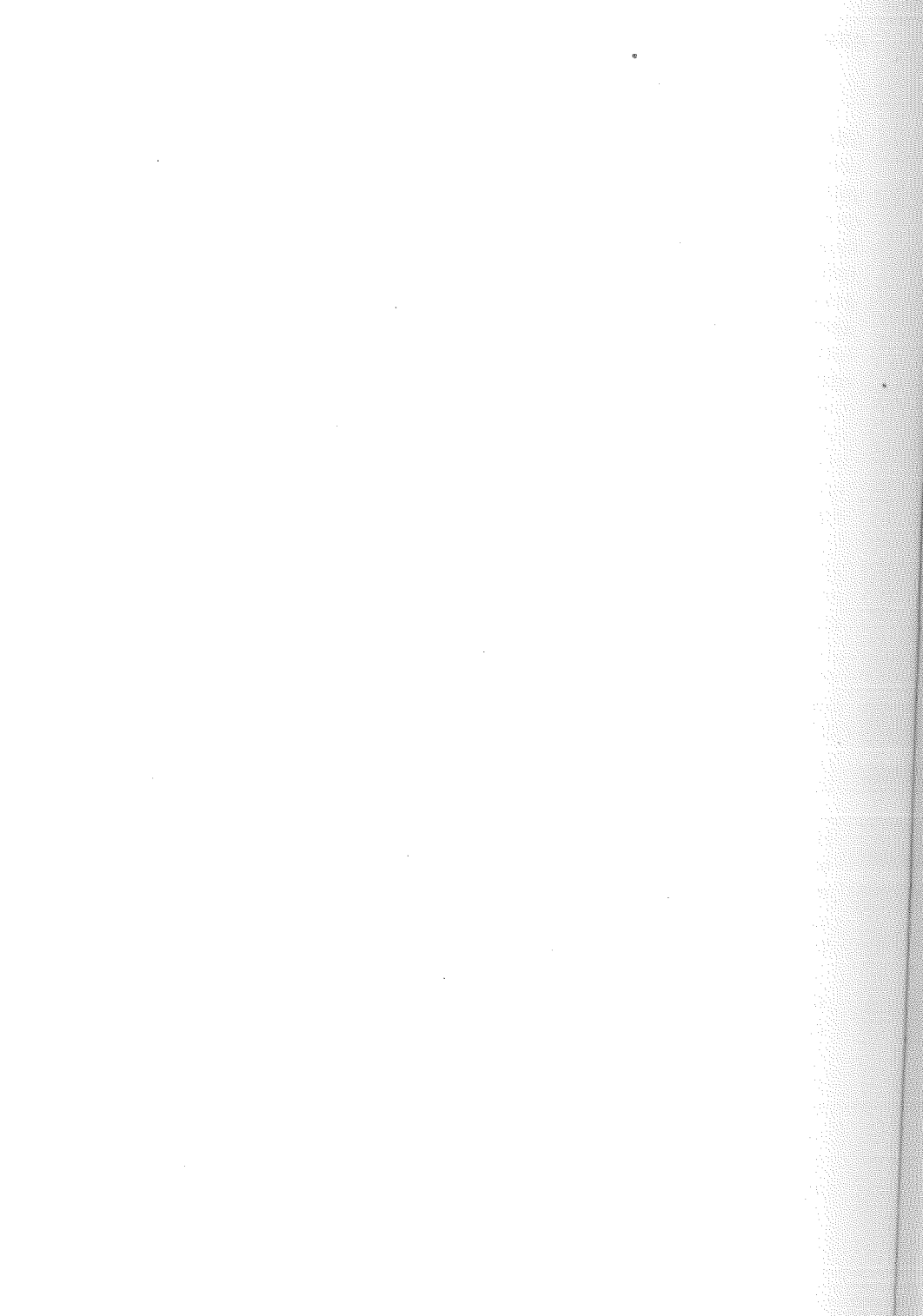
Un día se sobresaltaron los colonizadores al propalarse noticia espeluznante. A ocho o seis kilómetros del nuevo cacerío, tres o cuatro cuerpos aparecieron decapitados. Los cuerpos, sin cabeza, no tenían nombres. Tras ardua investigación y minuciosa búsqueda, las cabezas fueron encontradas en profundo "pociman". Fueron convictos y llevados a prisión preventiva dos mansos ganaderos y un mayoral, de esos que no rompen plato... Familias de Duvergé, que se habían inscrito para colonos, rehusaban ir al Pedernales y algunos que ya habían llegado se preparaban a desertar. El encargado de colonizar el sector Sur de la Frontera, Sócrates Nolasco, supuso que se espantaban ante el macabro hecho. Pasó la Sierra del Bahoruco, llegó a Duvergé, consultó con el venerable Don

Saturnino Moquete y reunió a varios de los más importantes vecinos de la municipalidad. Les habló del esfuerzo nacional, a punto de realizarse, del castigo que caería sobre los culpables que lo trababan tratando de entorpecerlo. Hubo instante en que se imaginó cercano a la elocuencia, cuando los varones de influjo movían la cabeza como asintiendo con gesto mudo. ¡Ese gesto mudo del hombre del Sur que parece aprobar cuando ni aprueba ni desaprueba! El orador se entusiasmaba. Cuando terminó, mientras esperaba aplausos, el más autorizado de los oyentes dijo con frialdad glacial:

—“Usted ofrece casas, terneras, cabras, gallinas y tierra, en nombre del Gobierno, como dádiva, para nuestra gente, que es honrada; y el Gobierno consiente y aprueba que se roben nuestras vacas y se pone de parte de los ladrones cuando el pueblo los castiga. En vez de ofrecer, ¿no sería mejor una garantía adecuada de los animales que poseemos? Pregúntele al Gobierno si tres o cuatro cabezas de haitianos valen 140 vacas y una mula, y dígale que será seguro el éxito de la colonización cuando liberte y proteja a los que han hecho respetar lo suyo”...

Hablaba Fuente Ovejuna solidarizada con la justicia primitiva. El remedio moderno, la colonización, estaba a punto de ser derrotado por el hijo del Bucanero: el Marotero. Los colonos no huían ante el horror de cuerpos descabezados, si no ante el nuevo sentido de la justicia. Urgía discurrir hasta hallar medida salvadora.

...A los prisioneros se les puso en libertad, “por insuficiencia de prueba”, y la Colonia Pedernales se ha convertido en cabecera de provincia. Amén.



DOS APODOS SOBRE UN NOMBRE

Noche de consternación fue la del 24 de noviembre de 1858 para el Cachón de Hato Viejo. Lo fue de espanto para el vecindario de Barahona y de perplejidad y repulsión, seguidas de secretos, para el General Tomás Bobadilla hijo, Comandante de Armas de la Plaza y primer mantenedor del orden público.

Machete al cinto y trabuco en mano, Quirí brotó del monte y se atravesó a caballo en el camino de Barahona a Rincón. No se sabe quién llegó a Rincón (Cabral), a prima noche y, de puerta en puerta, fue difundiendo la noticia. Los familiares y amigos de Quirí, armados, salieron de las viviendas negando el hecho afrentoso y empezaron a rodear al Liberata, buscando apoyo. Crecía la trulla, y en la sombra sonó resueltamente:

—Quirí no e' sombre d' eso.

—¡Quirí sí es hombre d' eso!... ¡Y de cualquier cosa, cuando sea mala! —paró el coronel Ángel Félix, agregando una interjección—. Y váyanse al infierno. ¡Dizque estas mojíngas venir ahora a enseñarme quién es Quirí!

Arruó, se alejó y se dispersó el humano enjambre.

* *

*

Pero, ¿quién es Quirí?... Ángel Félix —coronel de la Independencia y general de la Restauración— tenía dos parientes

cercanos, de un solo nombre: Manuel Félix. En la aldea de Rincón, para diferenciarlos, a uno lo llamaron Quirí desde la infancia, y al otro lo apodaron Cabuya, porque tenía los cabellos de un rubio claro que se irritaron y se fueron endureciendo hasta convertirse en pasa rojiza; y al fin de cuentas los del lugar sustituyeron el nombre con los apodos. En las peleas contra el haitiano y después contra los españoles, Cabuya ascendió a teniente, a capitán, a coronel o a teniente coronel. Quirí...

Cuando Ángel Félix recibió la orden que le envió Pedro Santana a fines de 1855, de ir a enfrentarse a los haitianos que invadían por el atajo de Polo, reunió y revistó a los nuestros entre los arroyos La Isabela y Cachón Pipo. Allí, a la sombra de mangos y barías gigantes y de gigantes "higueras", el *Liberata* agrupaba hombres y seleccionaba oficiales que los mandaran. Tantos a las órdenes de Manuel Díaz; tantos a las de Antonio Blas; tantos a las de Luciel Batista; tantos a las de Cabuya; tantos a... Con cara torva, Quirí se acercó y se plantó ante el superior reclamando mando.

Alto, enjuto, rígido y duro como una barra de acero, Ángel Félix lo miraba queriéndole fulminar; pero el fulgor de sus ojos se le fue apagando: se dominó y domó a Quirí, porque lo necesitaba.

—Junto a mí es tu puesto, por lo que ocurra... —decían que dijo. Y para que no imaginaran que la disciplina militar tiene complacencia con los atrevidos, agregó de modo que oyeran todos—: ¡Cállate! ¡Quítate de ahí! ¡Y no seas tan bruto!

La anécdota puede ser cierta, o falsa. A Ángel Liberata la imaginación popular le ha inventado cuentos. La verdad es que Quirí fue una vez más arrojado en los primeros choques, resistente y tenaz en el curso del combate, y de ferocidad tan implacable en la persecución que por donde pasaba él no se vio ni a un haitiano prisionero ni quedó herido que no fuera rematado. Pero aunque su valentía no era inferior a la crueldad, a Quirí no le daba Ángel Félix mando.

En la vida ordinaria seguía siendo un pequeño propietario, cuidadoso de lo suyo, respetuoso de lo ajeno, y como desde que lo bautizaron se olvidó de ir a la Iglesia la devoción que le debía a Dios la puso en el Presidente Santana. Así, religión tuvo. Al transcurrir el tiempo, no se sabe si a consecuencia de algún golpe que le dieron en la cabeza en uno de los combates, se fue

endiablado, y vino a ser gruñón, berrinchoso y siempre temido. Y, a última hora, para aumentar diabluras o crecer en malignidad, se atravesó a caballo en el camino real.

A Barahona había llegado de compras Andrea Florián en compañía de una hermana y de Policá Garó; Policá se llamaba Policarpo, era francés o hijo de francés, y de una prudencia imponderable. Las señoritas Andrea y Juana Florián eran mulatas de buen porte y de igual gracia y bizarría; pero la Andrea tenía arrogancia y un fluido magnético que, aun sin ella quererlo, iba irradiando la tentación y encendiendo la pasión en los hombres, cuando pasaba. En Barahona la piropeaban y a Quirí se le llenó el ojo, aunque no intentó acercársele, porque la muchacha era casta, imponente y respetable como la bandera de un ejército. Andrea y Juana anduvieron de tienda en tienda discutiendo precios y por la tarde compraron y salieron en compañía de Policá de regreso a su lugar. Iban contentas y comentando, cuando en Palmarito, de repente, Quirí saltó del monte y trabuco en mano y machete al cinto, le declaró a Andrea un "amor" caliente y desenfrenado. Le ordenó que se apareara de su montura y lo siguiera. Policá quedó helado y se le cuajó en la boca la palabra.

—Amigo, échese a un lado y no se meta en lo que no le importa —rugió Quirí— q' esta joven y yo tenemo un compromiso... y se va conmigo.

—Dios me libre de faltarle a usted, jefe Quirí, tartamudeó Policá.

Andrea y la hermana arreararon pretendiendo escapar; pero las burras en que montaban cayeron reventadas a lomo de machete, y la hembra arrogante y casta era arrastrada hacia el tupido bosque. La hermana Juana dando voces le pedía a Policá que interviniera; pero "él más bien ayudaba" con su actitud aconsejándoles prudencia. Al ver que su hermana, forcejeando, iba arrastrada y la cimbraban a cintarazos persuasivos, Juana se abalanzó contra el forzador; pero herida en la mano diestra por el machete de Quirí, impotente se paró a gritar socorro, aullando su desamparo.

El tigre, Quirí y el gato, no han practicado el amor con caricias, arrullando como el palomo. Poco después reapareció Andrea gimiendo y Policá les cedió a las muchachas su caballo y continuaron marcha. Él siguió a pie. Las dos burras quedaron muertas.

Así contaron el suceso durante lustros en Barahona y sus dependencias. Pero lo que es de un rojo escarlata en las lejanas aldeas suele presentarse teñido de un rosa pálido en la capital de la República. Ángel Félix veía mal parada la reputación de su familia y la fama de su tribu; sometió a Quirí y se lo entregó a las autoridades. Pero se sobreentiende que Bobadilla le hizo saber que “toda vez” que entre Andrea y Quirí mediaba un compromiso verbal de amor... que el enamorado aún después de lo ocurrido no se negaba a cumplir; y puesto que la herida de Juana fue involuntaria y los verdugones amaratados que él mismo (Bobadilla) constató en las espaldas de Andrea fueron roces de vara y no planazos de machete, golpes y heridas leves a juicio de los peritos; y teniendo en cuenta los servicios a la Patria del veterano Quirí... la causa pasaría a Santo Domingo, y ahí, con una buena recomendación que se le escribiría a don Francisco Xavier Abreu (suegro de Bobadilla y hombre de influjo en la sociedad y en el Presidente Santana) y contando con los oficios de Don Carlos Nouel (cuñado de Bobadilla y abogado de nombradía) desde que “el asunto” se conociera en los tribunales de Santo Domingo sería comprendido en los casos de simple policía y la reputación de los Félix quedaría limpia de supuesta mancha.

Pero las cosas fueron más lejos de lo que presumía el General Bobadilla. Policá Garó, cuya mujer era familiar de Candelaria Ferreras, la esposa de Ángel Liberata, juró y perjuró: dijo en Barahona y desdijo en Santo Domingo. Elías Ramírez, uno de quien murmuraban por allá que era epiléptico, y el oficial de infantería José Altagracia Cuello: ¡el Mamá Sinda, alto, seco, bruno, asmático y fusilador! y el capitán Francisco Carvajal, (tío de los Henríquez y Carvajal), aquel Pancho Catalina: ancho de pecho, huesudo, forzado, valiente y bruto, que llegó a viejo paseando su haraganería reumática... declararon en descargo, ¡Como si hubiesen presenciado el caso!

El abogado Félix Marcano (padre de Félix y Luis Marcano) se encargó de representar a la querellante y la acusación adquirió lengua y cobró bríos en el Tribunal de Primera Instancia. Cargos. Alegatos. Réplicas y Contrarréplicas. Carlos Nouel tuvo elocuencia tan conmovedora que después de oírle ponderar “los sinsabores sufridos por Quirí y lo suficientemente compurgada (de) su pena”... a los que estaban presentes debió

entrarles ganas de salir llorando. Tuvo el aplomo de terminar pidiendo la absolución "del prevenido". Francisco del Rosario Sánchez, su compañero en la defensa, rechazó los argumentos de Marcano arguyendo "en perfecta armonía con Carlos Nouel". Se suspendió la audiencia y el 6 de abril (1859) la reanudaron.

Ya en 1846, cuando el Ministro de Justicia e Instrucción Pública Don Manuel María Valencia sometió al Tribunalado un proyecto de ley de enseñanza, excluyeron a las niñas... "siendo los varones los que un día han de ocupar los destinos de la Patria".

"La mujer es botín del vencedor"... escribió un filósofo alemán que se volvió loco. A Quirí, que no sabía leer, le hubiera gustado síntesis tan luminosa y saber como habían pensado nuestros legisladores. Él se había sentido guerrero vencedor y en Andrea Florián creyó encontrar su botín satisfactorio.

El matón de haitianos y forzador de doncella, en salón imponente y lejos de las selvas familiares estaba cohibido, obligado a estarse quieto y a someterse a lo que resolvieran unos hombres desarmados, jueces ante cuyo criterio de justicia hasta Francisco del Rosario Sánchez se inclinaba reconociendo que también ellos eran copartícipes en la fundación de la República.

Aquellos jueces establecieron normas, fijaron precedentes claros y justos que los nuevos acaso no sabrían igualar. No permitieron que el baldón cayera sobre la reputación de un capitán valeroso, ni que fuera a quedar con sospecha de mancilla el casto honor de una mujer: que sin soldados eficaces no se ganan guerras aunque sean de independencia, y sin hembras de virtud ni se forman hogares buenos ni se cosechan guerreros que no se conviertan en amenaza contra los asociados. A un profano de hoy le parecería difícil resolver "a satisfacción de las partes" el hecho que se ventilaba y que embrollaban y oscurecían los juriconsultos con intrincadas razones y argumentos. Las influencias amagaban desde afuera y, presente, clavado de pies y manos, atento, miraba el Dios de justicia a quien nadie engaña.

Así, después de varios Visto, algunos Oídos, y de cinco Considerando, los buenos jueces condenaron a Quirí a 25 días de arresto, que había cumplido mientras anduvo en libertad bajo fianza prestada por el poderoso Don Francisco Xavier

Abreu. Item: —al pago de las dos burras.. que él no mató a lomo de sable ni a garrotazos, sino que murieron envenenadas por taquito o malayerba... Item: —al pago de cien pesos a favor de la querellante, por los daños que le ocasionó “el prevenido con su inconsiderado hecho”... obligándola a venir dos veces a la capital y a incurrir en gastos. Item: —“el prevenido queda obligado a pagar los demás gastos del proceso”.

Ni en la acusación ni en los alegatos de la defensa, ni en los considerando el machete de Quirí salió del cinto: llegó sólo a media vaina e hirió a Juana cuando ella trataba de arrebatarlo. El trabuco no fue mentado. En el fallo se dejó constancia de algo que asombra. Ni la sombra protectora de Bobadilla ni el alegato de Carlos Nouel tenían fuerza de convicción bastante para volver a la joven ofendida a su prístina pureza; pero los varones del Tribunal, sabios, graves y convincentes, sintiendo el hálito que derrama Dios sobre el espíritu de los jueces en el instante de hacer justicia, fijaron para que brille y se perpetúe en el fondo de la sentencia:

...Y que la joven Andrea Florián *“ha conservado toda la integridad de su honradez, reputación y virginidad material, cuyas cualidades la rehabilitan al número de las otras niñas de su estado”*.¹

¡En este país si han pasado cosas!

1. Archivo General de la Nación, Registro No. 26. Folios 21, 22, 23 y 24.

LOS ASESINOS DE "EL LIBERATA"¹

I

Niegan en Barahona que fue grande el General Ángel Félix. Grande fue; grande el papel que representó, grande y triste el desamparo, el infortunio que ponderó sobre él en sus momentos postreros.

A muchos interrogué. Hablaron unos con desdén de los rasgos culminantes del guerrero, otros con tirria "por su negro proceder". ¡Negro han imaginado el espíritu pertinaz que mantuvo erectos a tantos individuos de paja y barro, animándolos, insuflándoles vigorosa voluntad para la resistencia del Sur contra el dominio de España!

El criollo suele ser caprichoso, malicioso; carente de rectitud moral y haragán de pensamiento. Repite insultos y loas, y aunque sospeche injusticias y ficciones se apeg a la leyenda y prescinde del hecho que obliga al trabajo de discurrir y suele ocasionar contrariedades. Cuando cesó la *Guerra de la Restauración* cantaron en Barahona y Azua:

*Se fueron los españoles...
¡Cosa buena nunca dura!*

1. En la primera serie se titulaba "Muerte del general Ángel Félix". Fue modificado casi en su totalidad.

Con gente así hizo Ángel Félix la guerra. Luego se produjo un fenómeno curioso: los "santanistas", los que anexaron el país y se batieron para imponer la colonia, andaban atizando las pasiones mal apagadas de los restauradores de la República, cuya unión durante el *Gobierno Provisorio* se mantuvo por necesidad en los campos de batalla, frente al común enemigo. Con espanto vieron que Buenaventura Báez se acercaba al poder presidencial que le estaban facilitando. Intrigaron y dividieron. Pronto segregaron a José María Cabral, antiguamente "baecista", y a otros libertadores. Escudado tras los patriotas, sumándose a los azules resucitó el santanismo. El adversario se empapó de rojo. No es fácil de comprender cómo se juntaron tantos buenos en un bando y tantos malos en el otro; pero en cada rojo supusieron un criminal y cada azul fue mirado como bueno. Báez, ex-Mariscal de Campo español, se adueñó del poder público y los azules de la virtud. Aquel secretario de Gándara que difamaba pocos años antes a los libertadores desde el *Diario de la Marina*, de La Habana, y que gestionó que el Presidente Geffrard dejara de ser colaborador disimulado de los restauradores de la Independencia de la República, fue declarado azul de tan buena clase que el más prestigioso gobierno de los azules (el presidido por Espaillat) lo escogió para dirigir la Cartera de Relaciones Exteriores. La selección reafirma el convencimiento de que Don Ulises F. Espaillat, probo en grado superlativo, periodista expositor de ideas avanzadas y principios puros, era ciudadano tan benigno que a fuerza de su bondad creía desvanecer en otros recientes errores contra la Patria. No cabe suponer que tenía débil memoria, sino que la excesiva bondad del gobernante suele opacar la previsión política. Las virtudes acrisoladas de Espaillat parece que no le permitían ser Presidente hispanoamericano, y menos de una nación paupérrima y conturbada, como Santo Domingo. Era superior al medio.

La selección del culto anexionista, secretario del brutal Gándara y Navarro, para cargo asaz delicado como el de la Cartera de Relaciones Exteriores, no parecía afortunado acierto, cuando andaban vivos con sus pasiones los restauradores de la Independencia, que en gran mayoría fueron baecistas. Casi parecía autorizar protesta, en una sociedad que ya tenía la insurrección como eficaz forma de protesta. No se puede olvi-

dar, ni transcurrido un siglo, que el baecismo, partido de oposición, creció en la manigua contra la anexión de Santo Domingo a España. En 1876 (gobierno de Espaillat) aunque separados por apetencia de mando, los líderes civiles y militares del baecismo estaban ahí, apasionados y vigilantes. Bastaba un toque de corneta y un pretexto cualquiera para despertar su furia. ¿Cómo se explican tantas ocurrencias raras?

Un Señor de pro, fundador principal de honorabilísima familia, brillante capitán separatista distinguido en la sangrienta Batalla de Sabanalarga (1856), presidente de la sublevación que derrocó al Presidente Buenaventura Báez (1858); general porfiado por afianzar en Santo Domingo el dominio colonial de Isabel II, “la más bondadosa de las reinas” (1863), no era un ignaro... Sabía lo que estaba haciendo. Acaso para que olvidaran este “equivocado contratiempo”, o quizás por circunstancial conveniencia de los políticos, o para mayor honra de una comarca, a la provincia arrocera de Mao la bautizaron con su apellido.

El impetuoso General Bartolo Mejía, en unión de Francisco Caba y otros patriotas, acosó y destrozó la retaguardia de Pierrot y Morisset cuando el ejército haitiano se retiraba luego de la Batalla del 30 de Marzo (1844). Mejía era de Mao y ferviente nacionalista. Por conspirar contra la anexión de Santo Domingo a España, desde antes del *Grito de Capotillo* estuvo a punto de ser fusilado por los españoles. Las oraciones elevadas a Jesús del Gran Poder por las hembras de su familia, lo salvaron de la muerte. Así comentaron, agradecidas, tan cristianísimas señoras.

—“Puede ser que así sea —murmuró él— aunque algo debieron contribuir a eso las onzas de oro que le pagué al abogado”...

Lección de varón práctico: un general experimentado reza, pero ayuda al Ser Supremo a hacer milagro.

Ya viejo, el pertinaz nacionalista amparó y ocultó en su casa de campo a un guerrero derrotado por los que trataban de imponer a sangre y fuego la anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos de América. Fue engrillado por tan grave falta y condenado a la pena capital, pronto a ser fusilado por el Delegado Manuel Altagracia Cáceres, mandatario tardío para el arrepentimiento, incomprensible, irreverente y duro. Intervino a la carrera el Vice-Presidente Francisco A. Gómez some-

tiendo el caso al Presidente Buenaventura Báez. Báez, que conocía la grandeza del estupendo delincuente, anuló el bárbaro despropósito dictando la absolución con decreto memorable. No todo ha sido tiniebla en la vida dominicana.

El anciano maeño, integérrimo y sin duda socarrón, si por milagro se incorporara como Lázaro saliendo de su sepulcro y alcanzara a ver su amada región elevada a la categoría de provincia y con apellido de familia distinguidísima, quizás rezongaría:

—Los legisladores de Santo Domingo bautizan sin rezar el Credo. ¡Ya esos desdichados ni creen en Dios!

No parece necesario mencionar a los guerreros que sobresalieron batiéndose valientemente contra la anexión de la República a España y que valientemente lucharon queriendo anexarla a los Estados Unidos de América. Para que nadie se atreva a decir que aquellos conciudadanos fueron patriotas con tachas, sus familiares y amigos influyentes consiguieron que sus nombres perduren en distintas municipalidades.

En nación sin historia escrita, ni siquiera se puede presumir si algún tataranieta de los investigadores de hoy se atreverá a proponer que rectifiquen y arrojen a insondable furnia tantos fardos de injusticias, leyendas y extravagancias. Un día el autor de estas líneas pretendió rendirle tributo a un restaurador: al vencedor de aquel General Domingo Lazala, bravo y malísimo, presidente que fue del Tribunal de Guerra que condenó a Francisco del Rosario Sánchez y a 19 patriotas más a morir en el patíbulo en San Juan de la Maguana. Horrendo genocidio. El barahonero Antonio Blas, ajusticiador de Lazala, debía ser azul, pensó el comentarista. Luego de escudriñar consultando a viejos sobrevivientes de los tormentosos días de la *Guerra de los Seis Años* quedó sorprendido cuando lo convencieron de que... murió rojo Antonio Cuello, hijo de Blas. Los progenitores del averiguador fueron azules. Las pasiones hereditarias tuercen el juicio.

Si los casos referidos son desgraciados cabe desdicha mayor y que viene de más lejos: la del que murió sin etiqueta de bandería, sin teñirse de azul ni rojo, desprendido de Santana sin llegar a ser baecista. Don Benigno F. de Rojas, mentor de restauradores y sabio restaurador, adversario de Báez y de Santana, apenas está readquiriendo su grandeza al salir del

Purgatorio. En hondo escalón del Purgatorio espera la reparación a que es acreedor Pedro Eugenio Pelletier y, presumiblemente, en peldaño más profundo del inmerecido Purgatorio, Ángel Félix, "El Liberata", suspira y aguarda póstuma recompensa.

II

¿Cuál era el origen, cuál la ascendencia, del General Ángel Félix? En Santo Domingo el libertador que tiene padre carece de abuelo. ¿Sería nieto, o nieto de algún hermano, de aquel de apellido Félix que se atrevió a apuntar la pretensión de que Sánchez Ramírez proclamara la independencia de la mínima familia dominicana en los días de la Reconquista? No es fácil de comprobar. Lo indudable es que Ángel Félix fue partidario del Presidente Santana. Santanista era un su hermano mayor; lo eran sus parientes cercanos Manuel Félix, alias Cabuya y el malhechor alias Quirí. Santanistas fueron todos los de su tribu. En diciembre de 1855 fue el primer oficial dominicano que venció a los invasores en el camino de Polo, antes de las batallas de Santomé y Cambronal, disciplinado obedeció al Presidente Santana y, como José Durán en Jarabacoa, alzó en Barahona la bandera de España para inmediatamente arrepentirse.

¿Cómo se desvanecieron la desafección y desconfianza de bandería entre este hombre suspicaz y el General Pedro Florentino, el detractor amargo de Santana y del gobierno de la Colonia? Florentino era dueño de alambique y la mayor parte de la materia prima (como ahora dicen) para producir el aguardiente se extraía en los trapiches de Rincón (Cabral) y Ángel Félix era dueño de cañaverales y trapiche. Entre Príamo, que lloraba a Héctor, y Aquiles, el matador, promedió Hermes, el de sandalias aladas, y fueron posibles los funerales del que había sido "semejante a un Dios". Promedió Hermes entre Ángel Félix y Florentino, borró la malquerencia de partidos y se comunicó en el Sur la brasa que culminaría en hoguera regional de la Restauración. Conos de azúcar cristalizado le iban de

regalo a Candelaria Ferreras desde San Juan de la Maguana... para el café del coronel. Miel de caña iba en arria de mulos y burros... para el alambique del General. Y entre el pilón de azúcar y el melado de caña la intriga patriótica enardecía. Nadie pudo prever, ni aun los ariscos enemigos de la Independencia de la República, que tanto dulce, refino y sin refinar, originaría tantos sacrificios, tantas desventuras, tanto fruto de ingratitud y tanto descrédito para los defensores de la nación.

Pasaron días, y cuando repercutió en la vasta municipalidad de Neiba *El Grito de Capotillo* las familias conservadoras vieron con sobresalto rotos los vínculos de los Félix con "el Libertador" Pedro Santana. Los prudentes de espíritu declararon traidor al "mal agradecido", al apóstata del santanismo. La difamación quizás murió de parto, porque Ángel Félix era de mano recia; pero el maligno engendro alienta y todavía desacredita.

No tuvo Ángel Félix lengua que lo defendiera. Se había separado de Santana, y los Félix y los Báez vivieron, viven y vivirán en Rincón (Cabral) "como perro y gato", aunque el nombre de Santana se desvaneció en aquel lugar.

La bandera de la Restauración de la Independencia de la República (1863) en el Sur se enarboló sin caudillo. Igual que de Las Matas de Farfán, las montoneras salían del Valle de Neiba, las adiestraban en Azua y llegaron hasta el Haina henchidas de contagiada fe. Fracasaron las tentativas de reacción en la que pasó a ser provincia de Barahona, porque las brujas de "El Liberata" velaban y no dormían. Al principio el confinamiento a Santiago de los Caballeros era el máximo castigo; el dilatado y sangriento combate del Guanabacoa de Paya y el desastre de Sabana-Cruz, en donde los de Gándara atraparon y machetearon a dos pelotones de patriotas sin daño de los matadores, se impusieron la retirada y, consecuentemente, la represalia.

Dos barcos de guerra amanecieron en la ancha Bahía de Neiba. Dos emisarios, dos espías y agitadores, los precedieron por tierra: un abanderado y un artillero. Los capturaron en el abrupto y fragoso camino de El Curro. Llevaban instrucciones para que los adictos a la Corona actuaran facilitando doble invasión, por mar y tierra. Cuando Ángel Félix, llamado a la carrera, llegó de Neiba ya los vapores el León y el Isabel la

Católica se enseñoreaban en la bahía y se acercaban al desembarcadero cañoneando. Desde la orilla respondía cañón inofensivo manejado por artillero bisoño. "El Liberata" se estiraba la barba de macho cabrío y los ojos le fosforecieron con chispas siniestras.

—Uno de los "espiones" atrapados ayer es artillero... —le apuntó el hijo Simeón. El Isabel la Católica y el León continuaban el cañoneo. El General rugió: —"¡No quiero abanderado de España! ¡Afusilen a ese traidor!"

No fue desobedecido. La mano ruda seguía estirando la áspera barba; pero la voz se tornó suave, casi meliflua, al dirigirse al artillero:

—Pariente... (Nicolás Ramón, el artillero, y el general tenían parentesco lejano) usted le puede hacer falta a su compañero... le dijo; pero en pago de un cañonazo a cualquiera de esos dos barcos yo le perdono la vida.

Un silencio mortal fue la respuesta. El compañero del fusilado, a quien le podría "estar haciendo falta"... se movió como un autómatas, acercándose al cañón. Corrigió la puntería, tronó a poco el ansiado disparo y, como una bala y otra más dieron en el Isabel la Católica, el artillero se ganó la vida y se convirtió en patriota.

Alejáronse los navíos y corrió la nueva de que a "El Liberata" lo respetaban hasta los barcos de guerra.

Nuevos peligros lo llamaron a otra parte. Gándara y Puello avanzaban con tres mil hombres. Corría a su encuentro cuando al pasar por el Cachón de Hato Viejo un pelotón de revolucionarios no se había desayunado porque el negro Piesal se negaba a "servirle a la causa" dando un puerco que tenía en pocilga con intención de vendérselo a "los blancos"... le ordenó a Quirí que degollara a Piesal y al cerdo, y prosiguió la marcha. Peleó contra los invasores en el Paso del Yaque, en las Cabezadas de las Marías, en Neiba, en los salitrales de La Madre del Muerto, en Las Salinas y en Rincón, donde el Capellán de la tropa española pidió que incendiaran la ermita en cuya pila bautizaron "al Angelito Liberata".

Escasearon las municiones, obstruidos estaban ya los caminos entre Azua y Barahona y en los poblados del Sur flotaba triunfante el pabellón de España. Gándara proponía paz, ofrecía dinero y empleos, que Ángel Félix repugnaba y rechazaba.

En el Agua de Papito y en la Sabaneta de Caballero libró el jefe restaurador los últimos combates. Los cadáveres quedaron insepultos en la sabaneta "en tierra de nadie", y no pocos fueron pasto de perros y cerdos.

Se acabaron las municiones, los cantones se desbarataron, se dispersaron las montoneras y los héroes desaparecieron. El tizón, arma final, encumbró llamas en Barahona sin respetar ni la Iglesia:

—"Para que se alojen en el infierno"... —vociferó Ángel Félix.

Se acabaron las municiones y terminaron los heroísmos. Ángel Félix fue declarado traidor, asesino, ladrón, incendiario y "hereje".

¡Hereje! ¡Qué insulto que le dolía! Ascendió y cruzó la cordillera del Bahoruco, en ruta hacia la frontera. El antiguo vencedor de los haitianos en el sendero de Polo, iba por el sendero de Polo a refugiarse en la frontera de Haití. ¿Sería un acto de traición? La vereda, fragosísima desde *Bucán-Carangana* hasta el Pedernales, fue Vía de Amargura. Cada piedra tiene por allá punta y filo de puñal. Ramas de espinas le desgarraban vestido y piel, bosque de cruces ponderaban sobre su cuerpo, agobiándole el espíritu. No tenía bolsa de qué sacar ni un centavo, ni alforja de qué cenar, ni amigo a quién apelar. Soplo de dispersión barrió a los suyos y, de todo lo pasado, sólo retenía sable al cinto, fusil al hombro y sobre las huellas perro fiel.

Una tarde regresaba hacia el rancherío de el Hato, yendo desde *Bucán Polo*, estribación de la Sierra maternal adonde fue a despedir mensajero escrutando latidos de reacción propicia para continuar la guerra. La hemorragia solar empurpuraba el poniente.

Leguas de región inhóspita agobian al que anda por ahí a pie, aunque no sea acosado por la derrota, y solamente el sentido de un deber superior sacude y alienta al hombre. Al pisar la confluencia de los caminos de travesía de Las Damas de Neiba y del Puesto Cantonal de *Petit-Trou*, dos tenebrosos servidores de la Corona de España, de emboscada en el manglar, lo abatieron a balazos. Cuando lo vieron caído quedó uno en guardia y el otro se acercó y lo meneó dándole con el pie, por si fuera menester gastar una bala más y rematarlo.

¡Le dieron con el pie al libertador, al enhiesto, al altivo Ángel Liberata! Se eclipsaron desde entonces entenebrecidos de afren-

tosa mengua, y todavía después de un siglo abochorna mencionar sus nombres.

Rato más tarde, tres monteros leales a la República que iban del lado de *Trou-Nicolá* hacia el rancherío del Hato, encontraron el cuerpo tendido allí. Consternados, se inclinaron palpándolo respetuosamente. Vivía aún.

—General, semo de usté: semo suyo... ¿quién se atrevió a hacer esta barbaridá tan grande? —le preguntaron ansiosos.

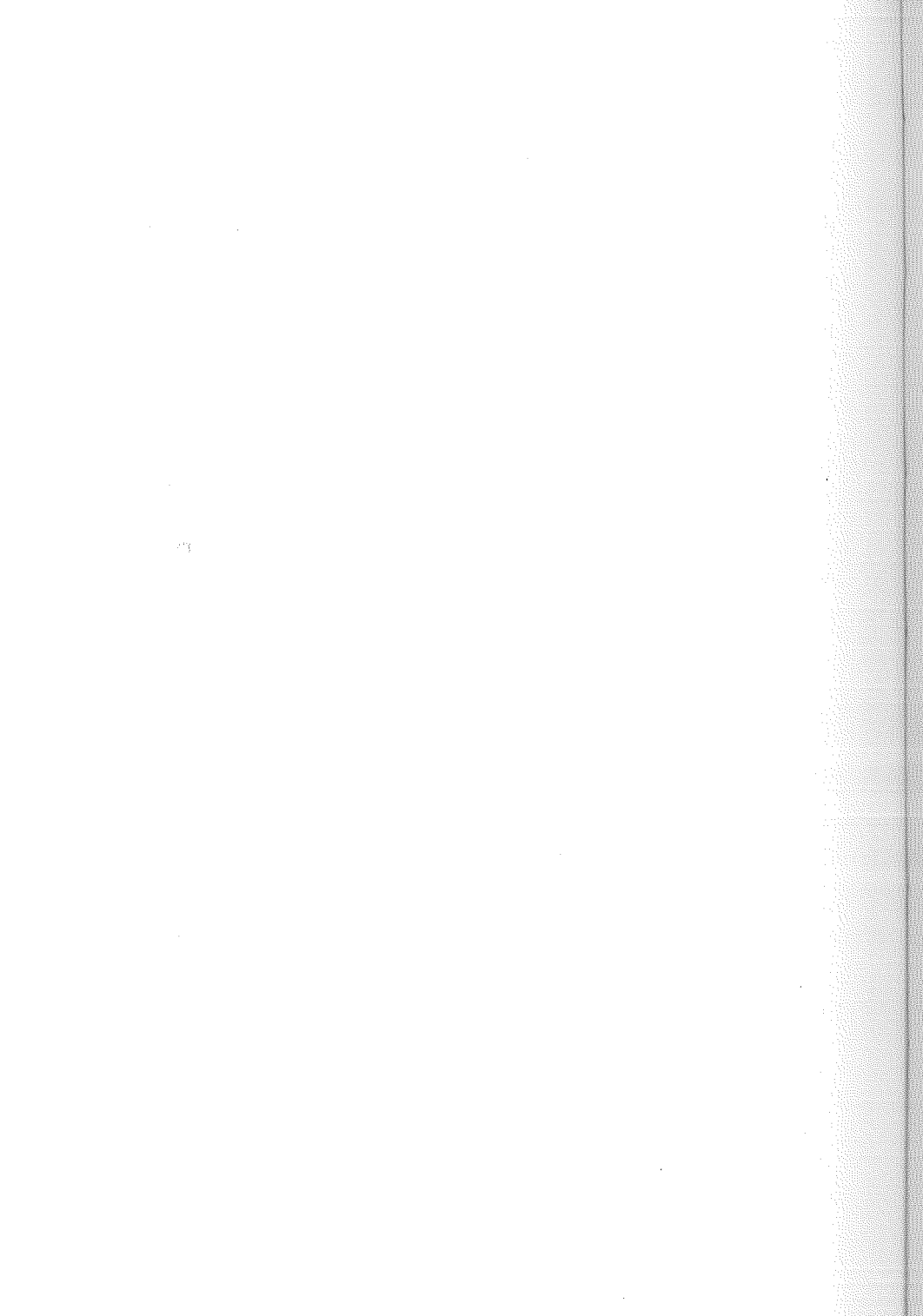
—Pedro Mártir y Remigio Carrasco son los asesinos... —respondió precisamente.

Ya otros se habían encargado de ir, rondar, entrar, registrar la mísera vivienda, trizar la hamaca y una muda de ropa y... no hubo papel escrito que no desapareciera. Desdeñaron adueñarse de una botonadura y gemelos de plata marcados con las iniciales A.F.

—¿Quiénes fueron esos? Barruntaron que su acción era tan vil que desaparecieron quedando en perpetua sombra.²

6 de marzo de 1968.

2. El autor de este capítulo, escrito para el periódico *La Nación*, de Santo Domingo y publicado en 1940, es natural de Enriquillo (antiguo Puesto Cantonal de Petit-Trou) y fue oficialmente el encargado de colonizar el sector sur de la frontera. Recorrió entonces 19 veces, y ya conocía, los sitios y senderos que menciona. Trechos de aquellos caminos y parajes fueron desechados y confundidos por carretera todavía hoy inconclusa. Indagó para precisar detalles de la muerte del General Ángel Félix, uno de nuestros desdichados libertadores, recurriendo a personas sobrevivientes, que lo conocieron. En Enriquillo las honestas ancianas Matilde Moreta, viuda de Miguel Sánchez y Teresa La Paix, viuda de Mateo Gómez y familiar del General Félix, detallaron el suceso; pero se obstinaron en callar los nombres de los autores del crimen. En Paraíso lo calló igualmente el inteligentísimo y venerado don Francisco Leger. ¿Por qué?... Uno de los autores del hecho tenía y tiene numerosos e importantes familiares en la provincia de Barahona. En la ciudad de Barahona, finalmente, el nonagenario General Rafael Matos, alias Falé, más que revelar confirmó los nombres, e ilustró y aconsejó al averiguador que consultara, para más detalles, con don Eugenio Carrasco (otro nonagenario de buena memoria) sobrino de Remigio Carrasco. Don Fulgencio (alias viejo Carrasco) agregó detalles y comentó: "La Teresa, pariente cercana del General Félix y Matilde lo saben; y Francisco sabe, saben tanto o casi como yo de aquel hecho sensacional. Callan por tontera. No se dan cuenta de que por caso tan lejano nadie se hace censor ni partidario, ni tiene que ir a declarar en los tribunales. Si Pedro y Remigio hubieran rematado al general nunca se hubiera sabido los que fueron autores".



LA PASÁ DE LEGER

A mil quinientos metros del villorio de Los Patos, yendo hacia El Caletón, cresta berroqueña embiste al mar, y el mar, cuando le irrita el viento, la azota con furia para detenerla. De Enriquillo a Paraíso era pasaje forzoso, que ahora desechan. El jinete excitaba la cabalgadura y corría esquivando el embate de la ola. Nombran a tan bravo sitio "La Pasá de Leger" y en la infancia, pasando por ahí, me dijeron la causa de ese nombre. Era cosa de bandidos, de un General Leger, y de asesinatos. El viento y el mar bramaban truncando la lección de historia, y no se podía percibir distintamente si el general aquel era un jefe de bandoleros (de esos que pueblan la cabeza de los niños) que acechaban detrás del peñascal y asesinaban a los caminantes, ni si los bandoleros lo asesinaron a él en la temible pasada, ni si se trataba de un jefe haitiano, o de un valiente defensor de la República. Con el nombre del personaje se mezclaron las palabras guerra... mañeses... independencia.

Los escolares, cuando le enseñan la historia nacional, se satisfacen con los nombres de Duarte, Santana, Sánchez, Duvergé y otros héroes preferentes. Aprenden la letra sin análisis, "para pasar de curso", y forman juicios caprichosos, con la arbitrariedad y la injusticia que aún conservan de la niñez. Las acciones del buen General Leger no despertaron en mi ánimo un interés especial en la escuela, cuando lo veía pasar en las páginas escritas por Don José Gabriel García con otros libertadores, batiéndose para crear la autonomía de la República.

¿Cómo era físicamente el General Leger? Era hombre de alta estatura, de contextura recia y erguida, oscuro, pardo color, pero muy suavizado por la fina piel. Tenía las facciones regulares, el cabello bueno, y con sólo acercarse a él y verlo se comprendía que era hombre de mando. Inspiraba respeto.

En 1937 me encontré con el General Leger en un infolio del Archivo General de la Nación, mientras averiguaba qué ramificaciones tuvo la insurrección que Pedro Eugenio Pelletier se proponía capitanear y que fue de tan funesta consecuencia, de tanto duelo para la Patria.

En el Archivo General de la Nación acaso se pueda notar el origen de la rivalidad política que culminó en doble tragedia y en el bautismo del peñascal bravío. Ya en 1855 José Leger era coronel y tenía a su cargo la comandancia de Barahona, cuando descubrieron la trama de la revolución que comenzaría en los cuarteles de Santo Domingo y que reprimieron los subalternos del Presidente Santana. El Gobierno alertó a los jefes regionales. Leger presumió que José Báez (hermano del ex-Presidente Buenaventura Báez) y el capitán apodado Santo Domingo, hijo del General Florentino, eran los encargados de secundar la sublevación en el departamento que tenía a su cargo. Dio orden asaz severa, o quizás si mal interpretada y ejecutada con premura, para aprehenderlos y el capitán fue exterminado en el instante de la captura. José Báez escapó y se mantuvo oculto hasta quedar convencido del fracaso de la conspiración. Carlos, Valentín y Damián Báez fueron remitidos desde Azua, o por vía de Azua, e internados en la Torre del Homenaje, según consta en las copias de los oficios números 55 y 75 conservados en el Archivo G. de la Nación, sección de guerra, año 1855. En el primero, dirigido por el Ministro de la Guerra al jefe político de Azua, se avisa la llegada de los prisioneros y no se dice si los capturaron en aquella población o en Barahona, que entonces era municipalidad dependiente de Azua. El texto del segundo documento, escrito para el mismo destinatario, dice:

—“Por su oficio del 12 de los corrientes, número 41, he recibido el sumario de todos los cómplices de Barahona, como igualmente la nota que al efecto le dirigió el Comandante de Armas de la común. Dios guarde, etc.”.

La circunstancia infeliz (“la casualidad”) de la muerte del hijo del General Florentino y la de Félix Tapia, o la necesidad de capturar a José Báez, a Rudescindo Ramírez y a Ciprián Matos, o el deseo de hacerle al Presidente Santana revelaciones confidenciales, o más de uno de esos motivos, preocuparon al Coronel Leger, quien solicitó licencia para pasar a la ciudad asiento del superior gobierno. Se la concedieron, y quedó el comandante José María Sánchez encargado de la plaza. Pero todavía el 24 de abril, después del regreso de Leger a Barahona, le escribió el Ministro de la Guerra:

—“*Este ministerio tiene a bien encargarle el mayor celo y vigilancia en ese Puesto Militar bajo su mando, a fin de ver si se capturan los insurrectos y mantener el orden y la tranquilidad pública*”.

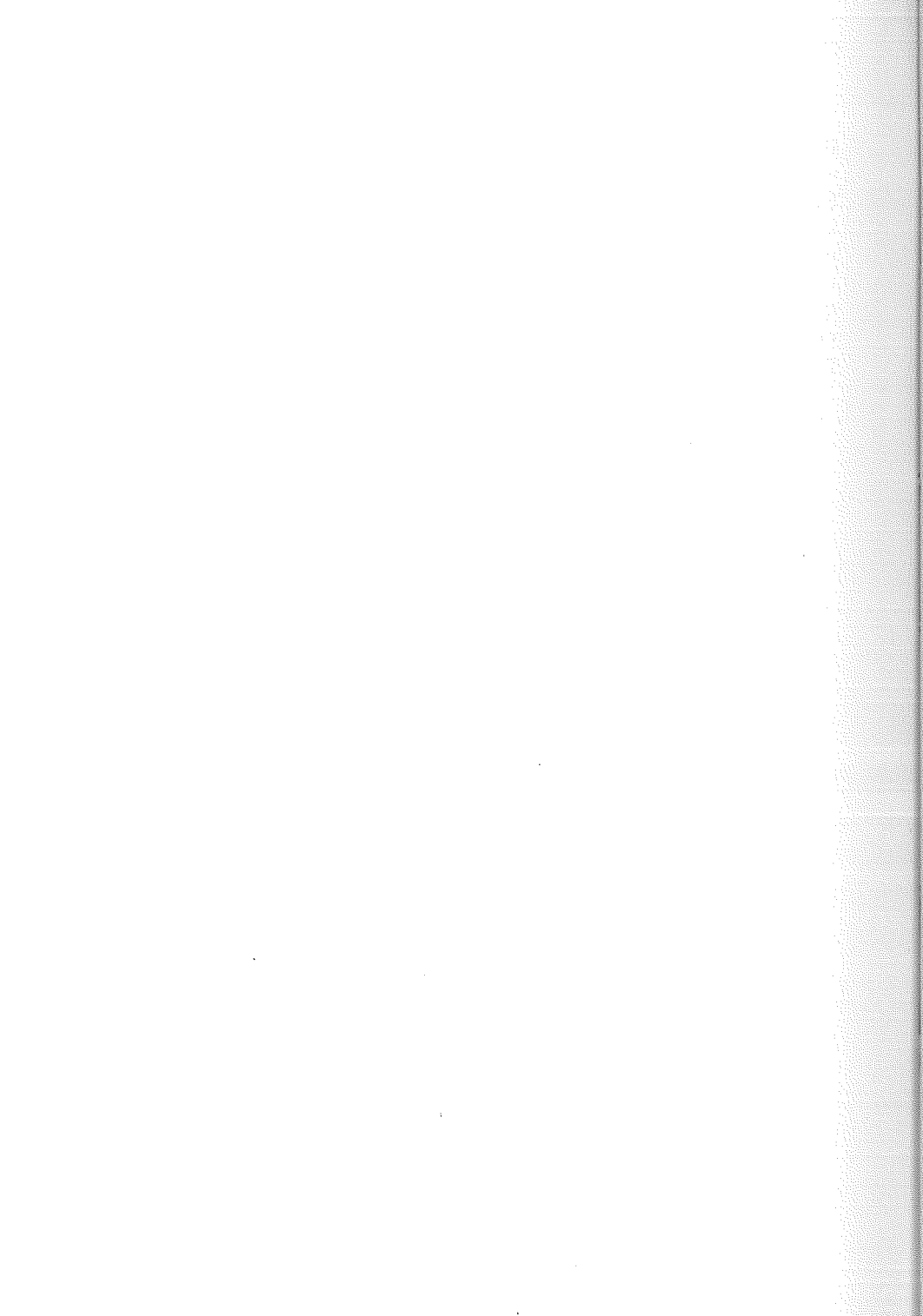
Pasó aquel año angustioso y se vivieron otros más ingratos para el Sur, región de tragedias. En 1856 Buenaventura Báez ocupó la Presidencia de la República por segunda vez; lo derrocaron a balazos en 1858 y Pedro Santana volvió al poder para seguir siendo el dirigente de la nación. El grande hombre se había achicado en el amor del pueblo: miedo causaba, y ahora parece que a él no le desagradaba jugar con el sobresalto de sus adversarios. Espantó a Matías de Vargas, guerrero altivo, en el Palacio Nacional y este azuano corrió hacia el Sur buscando el apoyo de los suyos. En su condición de hombre de mando y disciplinado *santanista*, el Coronel Leger tuvo el infortunio de presidir el Consejo de Guerra que en Azua conoció de la causa seguida contra Matías de Vargas —quien había asaltado al Comandante de esa plaza dándole muerte en la acción— Isidoro Carrasco, Manuel Pérez, Estanislao de Vargas, M. José Mercedes, Antonio Ciprián, Ricardo Garabito, Esteban García, Agustín Blanco, Manuel Félix, Calixto Alcántara, Juan Luis de Vargas y otros presuntos conspiradores (1859) fueron condenados a muerte y ejecutados. Los tenidos como sospechosos fueron encarcelados o confinados en otro lugar. El escarmiento causó dolor y terror.

Es posible que un suceso tan lamentado por los del Sur ahondara aún más el odio de partido entre Leger y José Báez, que se disputaban el predominio de Barahona con tanta pasión que la enemistad de bandería se confundió con implacable tirria. Pero el fusilamiento en masa y cuando se apartó de Barahona pierde su interés en relación con *La Pasá de Leger*, con los bandidos y con los asesinatos.

Ignoro cómo dieron a conocer los periódicos de la época el caso de *La Pasá de Leger*. En Enriquillo y Paraíso lo referían con precisión, aunque han olvidado la fecha. Volvió Buenaventura Báez a ocupar la Presidencia de la República y Leger creyó prudente no permanecer en Barahona mientras José Báez tuviera a su hermano gobernando. Anunciaron la llegada del rival y Leger abandonó el sitio diciendo que iba hacia Neiba en busca de un dinero que le debían. Los intrigantes de cada bando arrojaron brasas sobre las sospechas malas que cada uno tenía del otro. Leger creyó que José Báez llegaba con el propósito de matarlo. El fingido viaje a Neiba fue descartado. Rodeó el poblado de Barahona y emprendió el camino de Petit-Trou (Enriquillo), después de dictar terrible providencia. José Báez, a su vez, le ordenó a un grupo de amigos, encabezados por Julián Chana, que salieran en persecución del rival. Le obedecieron; pero se pensó que sería difícil darle alcance. Por desgracia Leger se detuvo en Paraíso, en la casa de su hermano Ángel y los perseguidores se le adelantaron. En Los Patos tuvieron evidencia de que el General Leger había quedado atrás y escogieron el fiero sitio por donde ineludiblemente tendría que pasar. Ocultos tras el peñascal lo esperaron. Cuando el general llegó espoleando su cabalgadura para evitar el embate de la ola, siete balazos, disparados *a quemarropa*, lo derribaron. Ahí lo dejaron por muerto, entre el peñasco y el mar, y el sitio fue bautizado con el nombre de *La Pasá de Leger*.

Seres piadosos cargaron el cuerpo y se lo llevaron cautelosamente, más bien con la intención de sepultarlo en campo disimulado que con esperanza de salvarle la vida. Curó, por maravilla; pero la generalidad creyó que había muerto, y todavía, cuando apareció peleando contra la causa de Buenaventura Báez en la *Guerra de los Seis Años*, negaban que en verdad estuviera vivo. Fue entonces, durante esa penosa y larga campaña, cuando realmente murió. No se podría asegurar si José

Báez dio orden de captura o muerte contra Leger, ni si efectivamente Leger dictó a parciales suyos la acción que realizaron. Son cosas confusas y oscuras. Pero el General Leger cayó con siete heridas de bala en el pasaje que hasta ahora lleva su nombre, y el día siguiente, cuando los perseguidores regresaban a Barahona, quedaron sorprendidos al oír gritería lamentosa que conmovía a los pobladores: para el cementerio iban con el cadáver de José Báez, del campeón a quien, la noche antes, dos parciales de Leger asesinaron *a la pica*.



¡SANTIAGO DE LOS CABALLEROS!

Orgullo de los dominicanos ha sido y es Santiago de los Caballeros. No del mezquino que restringe el amor nacional a la visual y la visión al recinto donde le oyeron gritar su nacimiento. El que no se explique de pronto en qué fundaron aquel muerto y ese que ha de morir su vanagloria, si sobresaltado se escudriñó alguna vez tratando de moderar su porción de vanidad (hueco que Dios pone en cada humano) deténgase un momento a averiguar el porqué de un orgullo que para muchos se afinca sólo en el sonoro nombre; nombre que es santa síntesis en que *lo tuyo y lo mío* borrarón lindes y se fundieron en una colectividad de ejemplarísima Arcadia.

En un país que ha sido discutida tierra de conquista, atormentado y tormentoso, nulo de riquezas acumuladas, pobre de sabios y fecundo de guerreros, cada región ha tenido su Beler, su Jácuba y Sabanalarga en donde las sufridas muchedumbres se volvieron soporte o pedestal de uno, de dos, o de cuatro nombres. Ni Valerio, el del machete tremendo y la cabeza dura, ni Juan Luis, el que dirigió la más cruenta batalla que las Antillas han librado por la libertad, justifican nuestro orgullo. No arranca, no es admisible que arranque, de hidalgos remotos, de quienes los años y la polilla se comieron apellidos y memoria. ¿Y en dónde está la obra del sabio, ubre fecunda de bienes? Nuestros grandes no legaron textos, lienzos, mármoles, ni honorables monumentos.

Inexplicada y grata ansiedad, recóndito deseo de acciones grandes, un irradiante fervor de antigüedad proyectando el

alma hacia el futuro, se siente al llegar a Santiago de los Caballeros. Fluye en el perpetuo río, se expande y sube de valles y de hondonadas, llena paisajes, juega en el aire y posee y embruja y enaltece, un sentimiento de solidaridad y fuerza, de fe en la ciudad, de fe en la dignidad humana, de fe en el hombre, que no inspiran otros sitios.

Hay un momento de la historia dominicana en que el hombre del Sur se siente huérfano de Patria, tiene luto en el alma y anda oprimido escondiendo las penas, la disconformidad y la vergüenza. Es cuando el oriental y el capitalaño mienten blancura, lustran la blancura de los abuelos, buscan pensiones y Facultad, procuran condecoraciones y Cruces de San Fernando para su agonizante ciudadanía y Collares que los sujeten con brillo a la corona de España. Apuntan, entonces, los más honrosos días de Santiago de los Caballeros. Se abre el paréntesis de agosto a diciembre de 1863, que es uno de los puntales de su gloria.

* *

*

No rigen ya en Santiago de los Caballeros sus brillantes capitanes. Se extiende desde el centro, donde el Rucillo atalaya al mundo, hasta el mar de Puerto Plata y las aguas del Dajabón: que todavía los políticos no la han convertido en mosaico mediterráneo. Ni Valerio, ni Hungría, ni Valverde, ni Juan Luis, vueltos de espaldas, la conmueven ni sugestionan. Los incendios, la emboscada, la falta de regla para combatir, el derroche excesivo de vidas y riquezas, los choques innecesarios y las sangrientas demasías, nacen de ahí; son posibles por la ausencia de los que antes la dirigieron: porque la dirección militar quedó abolida.

Sobre el estruendo de las montoneras, del relincho de los caballos y las voces de los infantes impreparados, vibra un clamor de heroísmo. Héroe es el pueblo: heroína es la ciudad ilustre. No mandan Gaspar Polanco, ni Gregorio Luperón, ni los Tolentinos: ¡ni aun Salcedo manda! Obedecen. Tintos en sangre caminan. Sangre y barro y agua de lluvia chorrean hasta

los talones; pero sus botas no ensucian: estampan huellas de luz.

Pautan, encauzan fuerzas, orientan y humanizan la guerra, los grandes ciudadanos: Rojas, Espaillat, Grullón. Un día viene Gaspar Polanco del lado de Puerto Plata, sangriento de laureles. Aquéllos están reunidos en la casa de Doña Antonia Batista. Llega él, valerosísimo y brutísimo, se inclina sombrero en mano y en el saludo da expresión al sentimiento común:

—“¡Buenos días, Gobierno”...

Rige la inteligencia exenta de malicia: rige Rojas. Lo demás vendrá después. Si él se agría y la exagerada frente se le va llenando de arrugas y frunce el ceño y todo lo registra y se entromete en todo hasta parecer intolerable (atrabiliario, murmura Rodríguez Objío en sus papeles), es porque el Gregorio Luperón, desmedido y torrentoso, no cabe en la disciplina; y a éste y a Polanco y a Pimentel y a cada militar, las victorias le van irguiendo y endureciendo el espinazo, le inflan el pecho, le ponen el cuello rígido, y la fantasía los enloquece. Ya Don Pedro Francisco Bonó, manso de bondad y sabiduría, horrorizado de ver la causa santa maculada con el crimen, sacudirá las sandalias y se alejará de la urbe llevándose sus penates.

Pero el alma de la Patria —la que alumbró desde la cabeza de Duarte y prendió en el pueblo y fue posible por la inteligencia, la que los bárbaros y los especuladores echaron a perder— ha readquirido cuerpo y fisonomía; ha vuelto a ser la obra del pueblo y de la inteligencia, por Santiago de los Caballeros.

En la inteligencia y en la masa de Santiago está la Restauración de la República, como Dios está en el Verbo. No es, aunque el error lo ha pretendido, que en el Este y en el Sur no lucharan por la libertad y fueran por ella al sacrificio.

* *

*

Que sobre los fundamentos vivos y recios se levanten las columnas y florezcan frisos y capiteles; que aquellos militares, los que no hubieran sido grandes si no triunfaran y fueron grandes porque triunfaron, realzados sobre la ciudad, se vuel-

van a atribuir todas las glorias. El que sabe leer comprende a Rojas:

—*“siendo la revolución dominicana exclusivamente de las masas...”*

—*“las pruebas nada equívocas de la voluntad general...”*

—*“deben persuadirse de que a un pueblo que ha gozado la libertad no es posible sojuzgársele sin el exterminio de sus hombres”...*

En los decretos de Don Benigno Filomeno de Rojas habla Santiago de los Caballeros. Se expresa, afirma y confirma con enfática elocuencia, en documentos primordiales. En la inteligencia de la ciudad están los fundamentos de la República, democrática, del pueblo y por el pueblo, frente al derecho de adquisición “Por la Gracia de Dios” con que Pedro Santana y el Capitán General exterminan queriendo imponer a Isabel II^a.

...Orgullo de los dominicanos ha sido y es Santiago de los Caballeros.

1° de marzo de 1940

CÓMO ACABÓ DOMINGO LAZALA¹

—*“Era de estatura regular, Domingo Lazala. Bien plantado, valiente, trigueño, bueno de cara y, en el mando, fuerte. Azotaba a los prisioneros”...*

*Pintura oral del viejo prócer
Rafael Matos, apodado “Falé”.*

Hundido en sombra, fiado a la memoria de sobreviviente, quedó un episodio que debería ser claro, preciso y conocido de los dominicanos. ¿Por qué desidia tan asombrosa?

Del crimen, del gran crimen, se dejó constancia para que las generaciones sucesivas, desconcertadas, comprendieran hasta qué extremo descendieron nuestros antepasados en sus extravíos. Se procedió “en nombre de la ley”; aunque los victimados fueron Francisco del Rosario Sánchez y 19 subalternos, pronto la fuerza y la ley escrita escudaron al mandatario, a los jueces y a los verdugos. ¿Pero cómo reprobó el país tragedia tan espantosa? ¿Y qué se sabe del final del Presidente de aquel Consejo de Guerra?

La Guerra de la Restauración de la Independencia de la República, iniciada tan desastrosamente, multiplicó poco después las acciones tremendas, y tanta sangre vieron correr y tantos delitos se cometieron, que a la sociedad se le embotó el

1. En la primera serie se titulaba "Muere Domingo Lazala".

don de censura; y cuando la conciencia nacional emergió de aquel cataclismo de horrores, vio cómo algunos testaferros del crimen, favorecidos por la fortuna, ganaron ínfulas, readquirieron mando, y que uno de ellos fue ascendiendo hasta encumbrarse en la primera magistratura del Estado.

No se va a andar ahora con una escala moral midiendo arrepentimiento, averiguando si las penitencias y las buenas acciones posteriores superaron a cada porción de culpas. Si era pobre la moral pública, o se repitió el milagro de San Pablo, lo dirán algún día los historiadores.

No se trata hoy del teniente Wenceslao Figuereo, ni del pelotón de ejecutores: se trata del Presidente del Tribunal Militar, del General Domingo Lazala. El juez, en el instante de juzgar, recibe o debería recibir un hálito de Dios. Blasfema quien se interroga si Domingo Lazala recibió en San Juan de la Maguana venia de la divinidad para condenar a muerte a los libertadores. Actuó de espaldas a Dios. La conciencia unánime, semejante al ojo de la leyenda bíblica, tenía el deber de seguirlo, de perseguirlo hasta el término de su vida fiscalizando sus ostensibles y disimuladas acciones.

¿Qué testimonios escritos han quedado del General Domingo Lazala después de la matanza de San Juan? ¿Qué se sabe de las acciones posteriores de ese hombre? Mandaba la antigua Neiba, y los de la región renegaron de su memoria. Niegan que naciera en Neiba. De lejos han querido que fuese: de La Vega, o del Infierno. Don Manuel Ubaldo Gómez, docto en asuntos de historia patria, en carta particular lo acosa, rechaza que fuera natural de La Vega. Dice que era de la provincia de Santiago, posiblemente de la sección de Puñal. En la noche que iniciaron la Guerra de la Restauración en el Sur, lo asaltó y capturó el Coronel Francisco Moreno en Las Matas de Farfán, en donde Lazala mandaba militarmente, y Pedro Florentino lo remitió prisionero al Cibao bajo custodia del Secretario Marco Antonio Cabral: "para que allá lo corrija y haga recto el ejemplo de los buenos".

Si Lazala fingió o no corrección, o si igual que José del Carmen Reinoso sufrió el patriótico contagio, es cosa que no se ha escrito. Pero se puede leer en folio guardado en el Archivo G. de la Nación que el Gobierno Provisional se extrañó al recibirlo y se infiere que hubiese acogido con menos repugnancia la

noticia del fusilamiento que al maligno prisionero. Después, Lazala fue enviado al sur acompañando a Juan de Jesús Salcedo y antes del asesinato del General Pedro Florentino se escurrió y quedó "traspapelado". ¿Cómo actuó al lado de Salcedo y, a continuación, junto al restaurador Manuel María Castillo?

Manuel Rodríguez Objío anotó que José María Cabral anduvo, hasta luego de morir el General Pedro Santana, "acompañado por escaso cortejo" y que "mucho después fue que Comas y otros se presentaron a cooperar". Agrega: "andaba rodeado de espías y de traidores".

No se tiene conocimiento público de cuándo comenzaron las buenas acciones del General Domingo Lazala. Sobresalió en la batalla de La Canela a las órdenes de José María Cabral; pero se ignora qué otros méritos lo rehabilitaron en la campaña del Sur, y qué otros nexos políticos lo acercaron a Cabral cuando los santanistas reaparecieron transformados en azules.

En días preliminares a la anexión a España, Santana lo nombró Comandante de Armas de Neiba y en fecha imprecisa lo trasladó a la municipalidad de Guerra para que exterminara a los ladrones. Parece que había muchos. De ahí volvió a la comandancia de Neiba. Después de la Guerra de la Restauración reapareció mandando el importante y vasto departamento, ya a punto de ser un feudo suyo. Los neiberos no le tenían cariño; pero a él le gustaba Neiba.

Las fechas, los sucesos y sus causas se volvieron confusos durante aquel tiempo calamitoso; pero el nonagenario General Rafael Matos, "Falé", y otros ancianos le explicaron al investigador cómo terminó Lazala, y se comprende que su fin no fue sólo castigo impuesto por el antiguo crimen judicial, sino que además lo atizó regional orgullo: no querían ser mandados por un hombre "así".

Antonio Cuello, varón jovial y popularísimo, fue el contendor último de Lazala. Lo llamaban Antonio Blas. Era de ojos grandes protegidos de pestañas largas, de mediana estatura, indio de color, de facciones y por la cabellera lacia. Se distinguió entre los valientes a las órdenes de Ángel Félix *el Liberata* en el combate de "los Jimenes", camino de Polo, acción preliminar a la Batalla de Santomé que puso remate en el Sur a las invasiones de Haití. Por entonces era capitán de infantería y lo ascendieron a comandante (Mayor). Sus actividades revolucionarias

lo realzaron junto a Simeón, hijo mayor del General Ángel Félix, cuando sublevaron a Barahona contra la anexión de la República a España. Luperón publicó en sus Apuntes que “el ciudadano Antonio Blas pronunció Barahona”. Sin duda era un ciudadano, pero curtido en las guerras por la Independencia. Desde Neiba lo mandaron a Azua y San Cristóbal frente a una columna de restauradores, subordinándose al General Aniceto Martínez, quien viendo su destreza militar y voluntad activa le tuvo estimación y afecto. En presencia de injusticia perdía su jovialidad natural y el comedimiento. En el Guanal de Paya los de Gándara le dieron un balazo en el pecho y durante meses quedó fuera de servicio. El nombramiento de Eugenio Comas para gobernador de Azua lo hizo protestar; pero el de Lazala para mandar en la región de Neiba, que abarcaba entonces a Barahona, lo puso frenético. Se zafó de lengua. No supo o no quiso comprender que la política tiene sus exigencias y profirió que los de Barahona derramaron su sangre para salvar la nación y no para que se la entregaran a los traidores y “excomulgados”; que por qué, si en el mundo se acabaron los hombres buenos, de una vez no llamaban a Buceta para que lo gobernara... Añadió improperios por el estilo.

La concepción que Antonio Blas tenía del mundo parece que se limitaba a lo que vino a ser provincia de Barahona, en donde estaba su residencia, y su idea de la excomuni3n no era perfecta. Acaso entonces no pasaba de irritado desahogo. A Lazala y a Comas no los habían excomulgado: los nombraron a uno gobernador de Azua y al otro jefe de Neiba.

El General Domingo Lazala, informado, intentó aplacar “por las buenas” al joven adversario. No lo consiguió. Apeló a treta de mala ley y le tendió hábil celada. Rompió la red, Antonio Blas, y escapó herido. “A son de bando” Lazala lo declaró forajido y, en secreto, ofreció darle dinero al que lo cazara: no lo cazaron.

No se precisa si había comenzado ya la guerra de los seis años, cuando Lazala fue de Neiba a Barahona seguido de dos pelotones de militares. La cárcel se llenó de prisioneros y azotaron a varios de los prisioneros. Hizo explosi3n la cólera de Antonio Blas y vociferó desde Pesquería, aldea de su nacimiento, que las maldades de Lazala iban a tener fin, “o ya en Barahona no habrá hombres”...

Media entre Barahona y Neiba una llanura de 66 kilómetros por el camino más corto. Lazala salió de Barahona, de regreso a Neiba, con 66 ó 70 soldados, llevando a Regla Carvajal como segundo. En los Blanquizales dejaron el camino que pasa por el Cachón de Hato Viejo —Rincón— Las Salinas, prefiriendo el derrotero del Hatico. Al pasar la bifurcación, la entrada de la sabaneta de Caballero, sonó bronco toque de fotuto, como de alerta, contestado por distante ulular del primitivo instrumento. A pocos kilómetros, entre La Joya y el paso de Habanero, esperaban los adversarios. El lugar, si bien se examina, no les favorecía. El terreno va en declive y Antonio Blas, al frente de su meznada, ocupaba la parte baja, con el caudaloso Yaque del Sur a la izquierda y un guazabara a la derecha. El choque fue sorpresivo, sangriento y breve.

¿Cómo se explica que un general veterano, con fuerza más numerosa, fuera vencido fácilmente en sitio que le favorecía? ¿La sorpresa?...

—“Las maldades del General Lazala van a tener fin, o ya en Barahona no habrá hombres”.

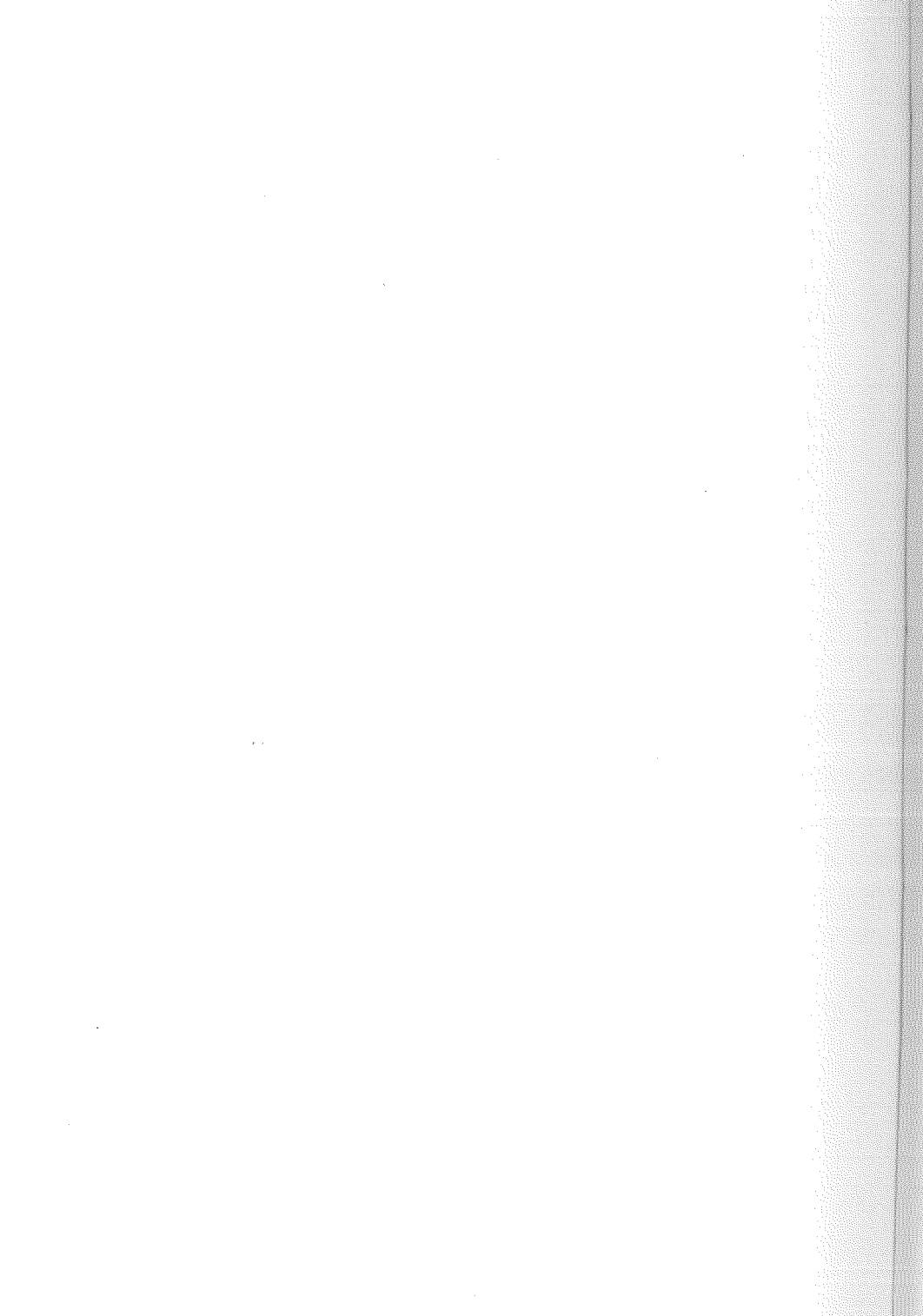
El veterano subestimó la capacidad militar del joven enemigo y desdeñó el consejo de los prudentes. Casi todos los seguidores de Lazala lo abandonaron al comienzo de la refriega. Los leales cayeron a su lado y él quedó a merced de su contrario, al que en su fuero interno despreciaba.

Tres versiones cuentan del final de Domingo Lazala. La una refiere que él, cuando se vio herido y desamparado, perdido, se abrazó de José María Cuello (Blusa), sobrino predilecto de Antonio Blas, tratando de salvar la vida y que, así le cortaron una mano y lo machetearon hasta matarlo. Cuenta la segunda que el mismo Antonio Blas le disparó “a quemarropa” y que, en seguida del tiro de gracia, le cercenaron la cabeza y echaron el cuerpo al río. La versión menos generalizada informa que Antonio Blas, acezando con respiración fatigosa a causa de la antigua herida en el pecho, avanzaba ordenando a voces:

—“¡Cuidado con el General! ¡Nadie le toque! ¡Respeten al General!”

Pero que Misiji, Chungo, Minené y Mariano Pérez, no le obedecieron.

Así, en combate oscuro a orilla de Yaque del Sur, castigaron a Domingo Lazala.



LA MUERTE DE ANTONIO BLAS

Antonio Blas libró el combate de Habanero, procedió contra el General Domingo Lazala y lo venció, por cuenta propia. No fue plena conciencia actuante, el hombre consciente en absoluto de su misión, sino escogido instrumento de castigo, fuerza oscura del azar encaminada al bien. La reflexión y la razón política le hablarían después, aunque no con el imperio y la claridad que el caso merecía. Apenas comprender y duele confesar que ni el actor entendió en todo su alcance el papel que estaba desempeñando, ni los auxiliares, ni los amigos, ni en la región de Barahona, comprendieron la importancia histórica que tuvo el gran acontecimiento.

Cuenta uno de los familiares, sin embargo, que Antonio Blas hacía análisis de aquel hecho culminante de su vida, en recuento de memorias, y que se sintió en paz de conciencia. Esto autoriza más la creencia de que actuó y analizó el momento con alcance corto, pensando tan sólo en Dios y en la salvación del alma. Fue casi un héroe, Antonio Blas. Sentía la llama, rezaba, tenía el ímpetu del vuelo; pero le faltaron plumas a las alas de su oración. Es lástima que la misión del comentarista no sea completar, "recrear" hombres y modificar a gusto lo pasado.

En sus reflexiones vio Antonio Blas que no debía acusarse y que nadie podría acusarlo por la muerte, en buena lid, del General Domingo Lazala, y que no era cosa de preocuparse por los demás que lo acompañaron y también murieron abarcados en el castigo. Vio, además, y comprendió que esa justa acción de guerra concordaba con los intereses del "baecismo" regional

y lo inclinaban a ligarse con los grupos que asomaban ya, armados y sin juicio, sumisos a Valentín Báez y a su consejero *Rubí* Ramírez, con la etiqueta de "rojos". Se sentía rodar, fatalmente, cuesta abajo, hacia el *baecismo*. Había reprochado a voces que los "santanistas" (Lazala, Comas y otros "excomulgados") hallaran cabida y sitio de honor entre los libertadores de la República y que tantos más, amparados por el General Cabral, estuvieran redimidos de sus lacerías antipatrióticas. Y él, a su vez, caía en Buenaventura Báez, ¡el ex-mariscal de Campo de Isabel II!

* *

*

La reacción contra el nuevo orden se inició y propagaba en el Sur rápidamente, ganando prosélitos y terreno. En Bánica, en Las Matas de Farfán, en San Juan de la Maguana, desconocieron la autoridad de Báez y su gobierno y se subordinaron a Cabral. Emisarios, transmitiéndole voces conocidas de compañeros, reclamaban a Antonio Blas. Andrés Ogando le pedía, le suplicaba, que se uniera a "la causa de la Independencia, de la decencia y la justicia". Aniceto Martínez (su General "Anicete") uno de sus mejores jefes en la guerra contra la sumisión a España, le indicaba "la línea del deber" y desde lejos le daba órdenes y consejos, como si ya estuvieran juntos. Ambos lo alertaban, afeándole que se estuviera enredando con Báez, ¡cuando ya estaba enredado!

Rodaba pendiente abajo. Perdía salud y, según testimonio familiar, su habitual buen humor se había perdido. Nunca lo entusiasmó el General Cabral; pero a Andrés Ogando y Aniceto Martínez se sentía vinculado por vicisitudes, por inolvidables padecimientos.

Los Báez, sutiles, contándolo ya entre sus adeptos, traducían como si fueran vacilaciones las cavilaciones que le trabajaban el ánimo enfermo. Le enviaron el grado de general (él sólo era coronel) y Valentín le encomendó "la defensa y el orden de Barahona", mandándole con el nombramiento, además, un mulo de paso fino que le entregó personalmente Rudescindo

Ramírez, *Rubí*, el zorro de más astucia que ha nacido en el Sur de Santo Domingo. Este leguleyo le hizo saber, con suavidad paternal digna de un eclesiástico, que los Báez lo estimaban a él, Antonio Blas, en lo que valía. Le hacía vislumbrar una brillante carrera y le daba a conocer, en íntima confianza, cosas que parecían secretos de Estado... Las noticias del combate de Habanero, por ejemplo, en que perdió la vida Domingo Lazala, mal interpretadas, llegaron con graves críticas hasta el Gobierno que lo cubría con el manto de la política. Alguien opinó en el palacio, según *Rubí*, que el asunto debía ser considerado como caso particular para que de una vez se acabaran las habladurías... ¡Pero cuándo iba Ventura a desconsiderar a un joven de tanto mérito!...

La insurrección crecía. Ya Andrés Ogando mandaba en Neiba. Dos columnas de sus tropas ocuparon Las Salinas y, detrás de la noticia, *Mandé*, desamparado de su gente, llegó a Barahona huyéndole a Benito Ogando que amaneció en Rincón. En vez de las frases de compañerismo, con que antes lo reclamaban, ahora emplazaban a Antonio Blas con un lenguaje nuevo.

Las amenazas de Benito Ogando, las peticiones de ayuda de *Mandé* (Juan Andrés Amador) que igual que Antonio Blas fue herido en el combate del Guanal de Paya, pusieron en movimiento la mesnada de éste y fijaron su destino. Esa mesnada, acrecentada con adeptos al gobierno, salió de Barahona y cayó de noche, en asalto, sobre Rincón con empuje torrencial. Los de Benito Ogando huyeron. *Mandé* reocupó su puesto y la divisa incolora de Antonio Blas se enseñó en El Peñón, en Fundación, en Pesquería, en Los Jaquimeyes, y regresó a Barahona con tinta rojo-escarlata. *Rubí* se alejó hacia Azua satisfecho.

En la *Guerra de los Seis Años* los triunfos y los reveses eran aleatorios. Los primeros no daban seguridad de dominio, ni alegría duradera, ni certidumbre de victoria definitiva; y las pesadumbres por las derrotas eran también transitorias. Todo lo circunstante se descomponía y readquiría forma sorprendente en aquel cambiante oleaje; y sólo se mantuvo firme la protesta contra la nueva tentativa de anexión. ¡Interminable y más que doloroso batallar! Causó esa campaña más estrago en la riqueza del Sur y un influjo más deletéreo en la moral de los combatientes, que la lucha sangrienta y destructora por la restauración de la República contra el dominio de España. Los

hombres se curtieron en la matanza y algunos se endurecieron hasta quedar empedernidos de alma. No favorecía la reputación de Antonio Blas terciar en la ruinosa contienda, con la divisa de rojo.

Antes de que los del gobierno tomaran adecuada providencia, Andrés Ogando se presentó y reocupó Rincón mandando quinientos hombres de tropa. Desde allí amenazaba a Barahona, en donde nadie estaba tranquilo. De repente lo vieron cambiar de propósito. Dejó el lugar ocupado por 200 hombres, en señal de posesión y dijeron que se retiraba de regreso a Neiba. Lo vieron alejarse alegre y los de su tropa cantaban estrepitosamente. A medianoche retornaron y se escondieron en los bohíos e inmediaciones.

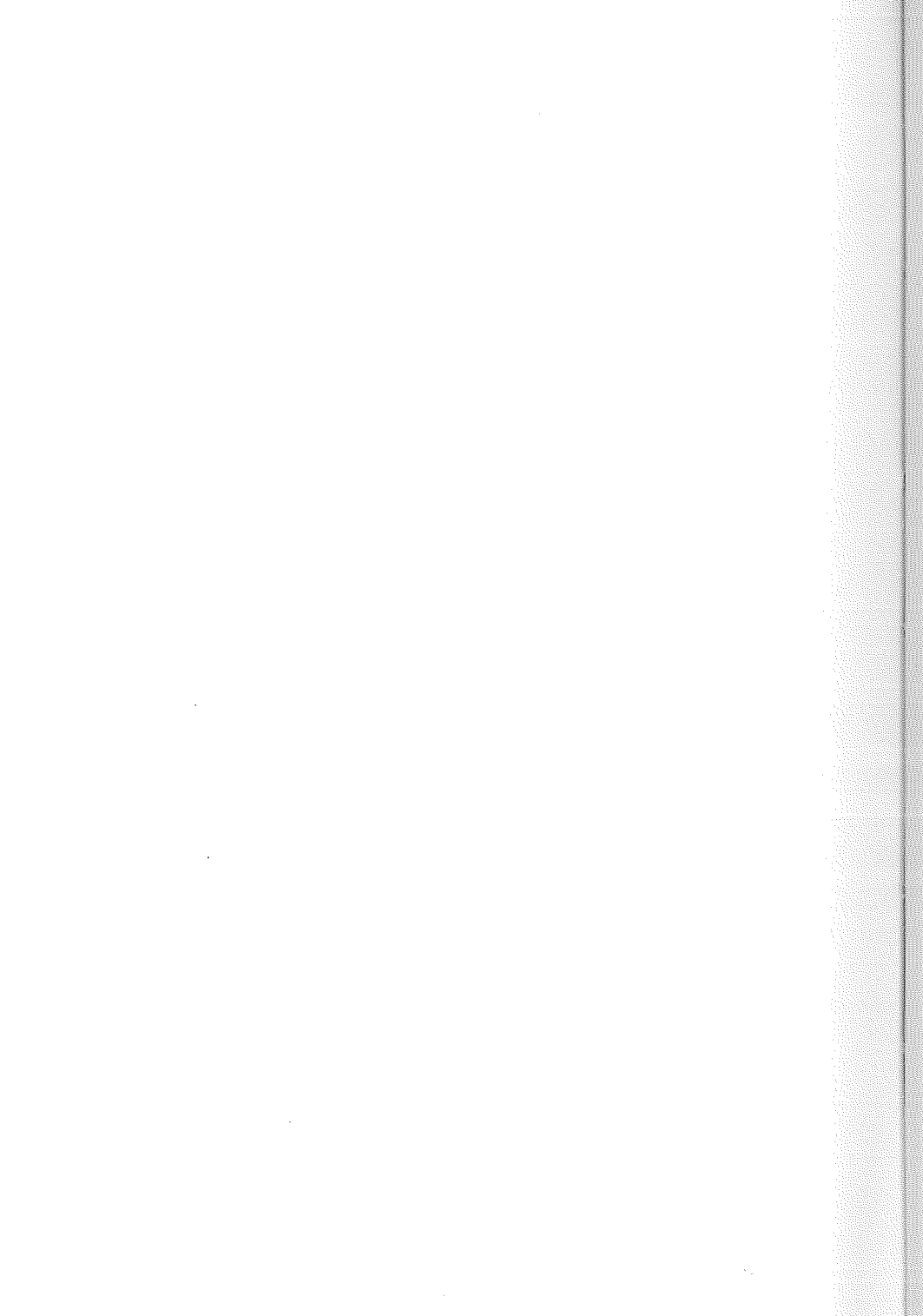
El antiguo Rincón (ahora Cabral) es municipio céntrico de la provincia de Barahona y los azules porfiaron con pertinacia durante los seis años de guerra por la posesión del sitio: acaso por suponerle estratégica importancia, o quizás porque ahí nació Buenaventura Báez y tenía familiares. La villa está situada entre arroyos y ríos. De norte a sur la protegen el Yaque del Sur y "El Caño", caudal que se desprende del río y va a sustentar y enriquecer el lago. Por este y sur discurren los arroyos La Peñuela y El Uvero. De sur a oeste corren los riachuelos La Isabela y Cachón Pipo; y por el Noroeste se extiende el lago o laguna de Rincón hasta *Cristoba*, antiguo rancharío de Las Salinas de Neiba.

Antonio Blas organizó otra vez a los suyos para desalojar la guarnición insurrecta que, según le avisaron, sumaba doscientos hombres. Volvió a Rincón y atacó la villa con su acostumbrado arrojo. Llegó hasta el centro y entonces se dio cuenta de que había caído en una trampa. Estaba rodeado, atrapado por los azules. De los bohíos, de patios y traspatios, de los corrales, de todas partes le disparaba la fusilería enemiga. Literalmente fusilaban a los suyos. Se batió en imposible retirada y derrochando valentía pudo retroceder hasta el Uvero. Quinientos hombres de guerra, dirigidos por Andrés Ogando, le estrecharon al grito de ¡Ríndete! ¡Date! Lo hirieron en un brazo y siguió la pelea. Un balazo en la cadera lo abatió y los suyos continuaron el combate desigual, escudando y tratando de salvar al jefe. Desangrándose, él oía la voz conocida de Andrés Ogando prohibiendo que remataran a los heridos. Alcanzó a ver a Regla

Carvajal, sobresaliente por la estatura, dando órdenes en la refriega. Sangraban las dos heridas. A su lado vio entre brumas a varios de los subalternos caídos, y cómo unos cuantos, escudándolo todavía, aunque heridos, seguían batiéndose como buenos. Pensó en la vida de estos valientes y, tratando de incorporarse, hizo esfuerzos y voceó:

—¡Regla Carvajal, a ti me rindo!

Días después la mano torpe del curandero Barrientos lo curaba en Barahona, para donde Ogando autorizó que lo trasladaran. Le lastimaron la herida del brazo y sangró de modo tan abundante que por la herida se le escapó el alma. Enjambres de alaridos salieron del aposento, rasgando el aire. Los hombres quedaron sobrecogidos por estupor instantáneo, y las mujeres y los niños, en cada hogar, prorrumpieron en un vasto clamor de desamparo.



ROJOS Y AZULES

Los rojos salieron de Azua y el 4 de junio de 1871 atacaron y tomaron la villa de San Juan de la Maguana, baluarte de los azules. Estos huyeron dejando sus muertos, en cuyo número los vencedores encontraron al haitiano General Fleury, que se había sumado a los opositores de la anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos de América, aportando dos cañoncitos y municiones cedidas por el gobierno del vecino Estado. Valentín Báez hizo enterrar los muertos y le envió los cañoncitos al ministro de la guerra, quien los hizo exhibir en la vieja ciudad capital de Santo Domingo para mayor realce de la victoria.

El *Boletín Oficial* número 174 salió eructando satisfacción y ardiente literatura política contra José María Cabral y sus seguidores. Ponían de manifiesto la falta de patriotismo de los enemigos. El hombre que había entregado a Salnave, el jefe de híbridas tropas en la raya fronteriza, no tenía moral limpia, ni conciencia, ni defensa posible en donde hubiera *Pechos honrados*. Y cuando él y sus parciales cayeran vencidos (porque tendrían que ser vencidos) ni él ni ellos obtendrían perdón ni en la tierra ni en el infierno.

No se reproduce en las precedentes líneas la letra exacta ni palabras entre comillas; pero sí la índole y la virulencia del ataque. ¿Quién fue el autor del artículo? El letrado don Damián Báez B., conservó el escrito junto a otros viejos documentos. Él supuso que el autor fue Don Félix María Del Monte. Sería un Del Monte de malos días: menos elegante de pluma, menos artista, aunque de igual violencia de expresión. ¿Por qué no

pensar en Don Manuel María Gautier, Ministro entonces de Relaciones Exteriores, o en el poeta Don Javier Angulo Guridi, que también compartía la labor de injuriar con sus compañeros de gobierno? El autor de *Iguaniona* era entonces miembro de la Corte Suprema de injusticias. A ningún caudillo, en el poder, le faltan hombres de letra y eran no pocos los defensores del baecismo. Cualquiera que fuese el autor, ha muerto; y no se trata de reprochar, ni de contradecir, ni de aprobar sus puntos de vista. El rojo y el azul son colores que ya no tiñen.

¿Podrían ahora “los varones de pechos honrados” censurarle a Cabral que utilizara los recursos a su alcance para combatir a su poderoso adversario, a quien favorecía Ulises Grant? Una revolución de independencia de la Patria está impulsada por ideal supremo, y ese ideal se sustenta con pasiones bravas que en los combates crecen y avanzan como torbellino arrastrando suma de bienes y hasta de males. Lo siniestro será que el vendaval se lleve lo bueno y deje lo malo, después del triunfo.

El gobierno de *los seis años* estuvo informado de la conducta de sus opositores y el *Boletín Oficial* se encargaba de publicar cuanto les fuera desfavorable, y de provecho para los gobernantes. No veía ni tenía en cuenta el comportamiento de sus partidarios.

—“Tomás Bobadilla, hijo, es general haitiano y como tal manda la artillería de Jacmel. ¡Desgraciado! Ha podido sobrevivir al patriotismo de su mocedad”... publicaron.

¿Por qué murió en San Juan de la Maguana el haitiano General Fleury? ¿Por qué el Gral. dominicano Tomás Bobadilla hijo asumió el papel de artillero en la ciudad de Jacmel?

La conducta de Bobadilla y la de Fleury podría explicarse de otra manera, manera que ignoraban intencionalmente los escritores del *Boletín Oficial*. Tropas rojas (baecistas) pasaron la frontera por la desembocadura del Pedernales, para auxiliar y sostener a Silvain Salnave en la presidencia de Haití, porque era aliado de Báez. Aquellas tropas iban comandadas por los rojos Jerónimo del Rosario y Tomás Cristo (Tomás Lané). Iban

secundados por los oficiales Juan de la Rosa Arache y uno de apellido Troncoso, y otros menos calificados; pero todos se deberían subordinar al jefe haitiano, sostenedor de Salnave, que sitiaba a los sublevados en la ciudad de Jacmel. La columna roja llegó sin oposición al caserío de *Anse a Pitre*, en donde el rojo Duperón (apodado Cadé Blanco) con la reprobación de sus superiores degolló al General Toussaint Boyer, a quien calificaron de protector de los azules que se habían refugiado en ese lugar fronterizo. Fue el bautismo de sangre. La columna baecista, auxiliar del Gobierno de Haití, trepó el *Cachote*, descendió del otro lado, atacó la pedregosa *Grand-Gosier*: la ocupó. Avanzó sobre *Saltrou* y atacó: la tomó. Prosiguió en arrollador avance hacia *Marigot*, llegó y, tras una sola descarga de fusilería, entró en la débil plaza. Carlos Potraso, aquel Comandante de Armas del Puesto Cantonal de *Petit-Trou* que traicionó a Santana luego de intrigar y hacer fusilar a Gabino Richiez, pasándose a las fuerzas de Soulouque en 1855, era el principal defensor del lugar. Cuando ya *Marigot* estaba perdido, él pretendió utilizar para los suyos, o inutilizar para los adversarios, un cañón con que defendía la plaza. Quedó muerto al pie de la artillería y los demás partidarios de Nisage huyeron y se refugiaron en *Jacmel*, en donde ya improvisaban defensa bajo el mando del General Hilley Rabel y de su hijo Numas, nisagistas de relieve. En la *Rivière Salé* libraron combate. Después de hora de tenaz pelea, las fuerzas revolucionarias se replegaron y Jerónimo del Rosario y los suyos avanzaron, presionándolos. Se impuso asedio a la plaza. El repliegue estuvo a punto de convertirse en derrota. Al empuje rojo cedían las defensas de la ciudad. Mediante maniobra ordenada por Rosario, penetraron en Jacmel y se reanudó el combate en las calles; pero el General Rabel era hombre de pericia y valentía. El jefe rojo quiso explotar el momento psicológico y dio orden para que su retaguardia, mandada por Tomás Cristo, lo reforzara. Uno o dos disparos de cañón, disparados por el Gral. dominicano Tomás Bobadilla hijo, fueron sin duda eficaces. Vaciló Tomás Cristo en acudir y un instante pareció turbarse el ánimo de Rosario, del extraordinario jefe invasor, ante el dilema de mantener la ganancia, con riesgo, o retroceder para continuar el asedio.

Un niño de doce años, hijo de un teniente azul dominicano, desde un mirador contemplaba "a prudencial distancia" la

pelea. Para sus ojos deslumbrados de admiración, Jerónimo, el jefe rojo, era un verdadero artista: le parecía un héroe de cuento de hadas. No combatía, expuesto a perder la vida: tomaba parte en juego, en una función de arte. Todos los movimientos de aquel hombre, de lejos, eran admirables, cautivadores, para el niño. Tronó otro disparo de cañón, reaccionaron los defensores. De repente se meció el cuerpo de Jerónimo y cayó desplomado en los umbrales de la victoria. Un núcleo de la vanguardia hasta entonces triunfante intentó retirarse cargando el muerto; pero el contraataque de los que poco antes parecían a punto de ser vencidos fue subitáneo. Los de Rabel le quitaron el cadáver. El cuerpo, decapitado, fue tirado a un *pocimán* de las inmediaciones y la cabeza, alzada en una pértiga, fue paseada por las calles de la ciudad.

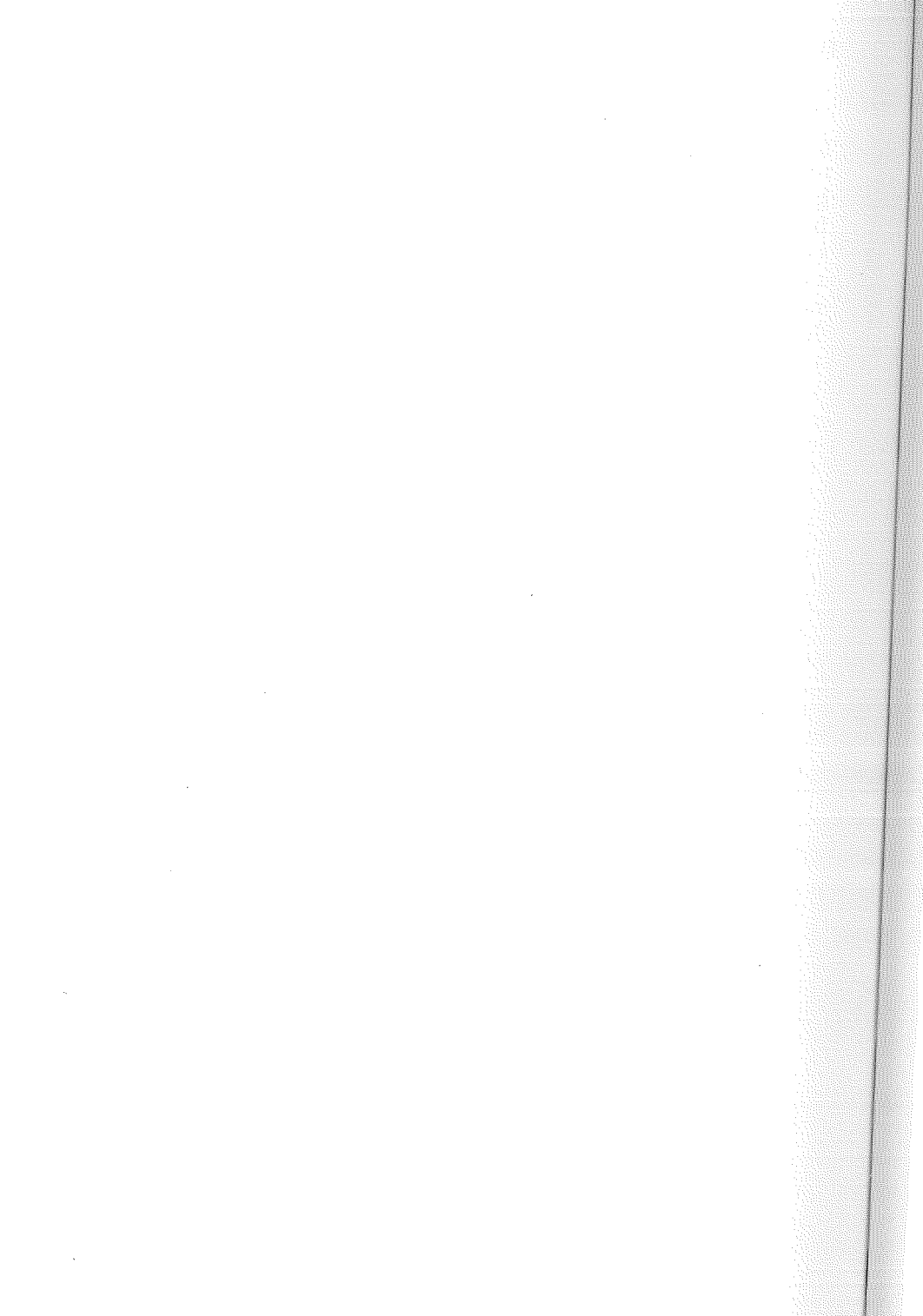
Tomás Cristo y otros partidarios de Salnave mantuvieron el asedio; pero la muerte de Rosario causó enfriamiento en el ánimo de los sitiadores.

No era Tomás Cristo un General de la capacidad militar de Jerónimo del Rosario, ni tan querido de los subalternos. Cabía en el hueco formado por la desaparición del superior, y aún quedaban vanos, portillos y ranuras que no se podían tapar con cualquier rojo. No obstante, el sustituto quiso ganar en uno o dos días, con alarde de valor, las ínfulas que el muerto había adquirido durante años de batallar con fortuna. Tomás Cristo embistió con tanto ímpetu que rompió las defensas exteriores y penetró hasta el centro; pero ya la moral de los defensores era firme. Resistieron en su baluarte, y cuando los sitiadores empezaron a ceder, Cristo quedó envuelto y capturado.

A Tomás Cristo (Lané) lo fusilaron en las afueras de *Jacmel*, o en *Marigot*. Su cuerpo fue semisepulto. Lo enterraron de cabeza, en un hoyo. Una pierna del cadáver quedó afuera, amarrada por el talón y suspensa por tirante cuerda, cuyo extremo ataron en resistente ramo de árbol. Quedó como si lo hubiesen lanzado de lo alto y el Sur de Haití no tuviera suficiente tierra para cubrirlo, o se negara a cubrirlo totalmente, o como si una voluntad poderosa lo halara desde arriba para desenterrarlo.

El niño azul, hijo del Teniente Pedro Nolasco ayudante del General Bobadilla en la defensa de *Jacmel*, sin concepto cabal de los sucesos amaba por igual a los combatientes: negros,

mulatos, blancos, azules, rojos. Vivió más de 84 años. Se nombraba Eliardo Sánchez Nolasco y en la lejana Enriquillo hizo las veces de un patriarca. La cualidad ostensible de su vida fue la simpatía para los humanos todos. Él dictó el presente capítulo que explica por qué Tomás Bobadilla hijo fue accidental artillero en *Jacmel*, y por qué el haitiano General Fleury murió defendiendo la causa de los azules en San Juan de la Maguana.



BAILE EN EL CAMBRONAL

Justo Segura (un habitante del Puesto cantonal de Petit-Trou, Enriquillo) tocaba el violín de una manera alarmante. En la juventud fue músico *de oído*, y aunque de vez en cuando creía serlo todavía, tuvo el buen juicio de enfundar el instrumento y volverse agricultor, pescador, cazador y hasta carpintero: hacía catres. Una tarde le oí tocar y él y el violín me parecieron deplorables; pero el artista que tenía agazapado en el alma se le despertó aquel día y se hinchaba de regocijada vanagloria a medida que aumentaba el número de oyentes. Se figuraba que lo estaban admirando. Apretó las clavijas, el brazo le cobró ímpetu, el arco se irritó contra las cuerdas y, con el lamento agrio de gato familiar cuando le pisan el rabo, se reventó la prima.

Fortuna fue. Mientras preparaba cuerda nueva tarareó la pieza que estaba tocando, dijo la letra y explicó la historia. Se trataba de un aire que estuvo de moda en *la Guerra de los Seis Años*, memorable porque en El Cambronal los rojos asaltaron a los azules cuando lo estaban bailando.

Aquellos tiempos de sobresaltos, de espada o machete al cinto y fusil al hombro, según Justo Segura eran heroicos y pasaron y se olvidaron ya "como los fósforos de peine". Entonces *el hombre de manteca floja no encontraba mujer que lo quisiera... aseguró Segura.*

Los guerreros subordinados a José María Cabral y a Andrés Ogando, los azules, tenían sobrenombre de ladrones: cacos (con acento en la ó, para haitianizarlos) y a los baecistas despectivamente los apodaban "sandolios". Los azules no anda-

ban bien vestidos... y se alimentaban como podían, haciendo de su propiedad cuanto comestible encontraban. ¡Y a pesar de eso eran popularmente los preferidos!

Los militares del Poder Ejecutivo, los rojos, dejaban huellas de terror en las aldeas azules por donde pasaban. Mataban y se comían cerdos y cabras. Lugares hubo en donde desjarretaron vacas de ordeño, les sacaron los filetes y las dejaron ahí para los perros. A los gallos y las gallinas los amarraban de patas y se los llevaban colgando. Llegaron a infundir pavor tan grande que las familias pacíficas se internaban de la selva, huyendo de ellos como de la peste al anuncio de... ¡por ahí vienen ellos!

Un día avisaron la llegada de Memé Cáceres a Paraíso y 16 kilómetros más allá, en la aldea de Enriquillo, quedaron solamente los tuñecos. Cuando le oyeron hablar supieron que había ido con la finalidad de infundirles confianza a los pacíficos y prometerles perdón oficial a los revoltosos que juraran someterse; pero las mujeres de la región desafortunaron los catres, hicieron líos y paquetes y se internaron en la manigua. Si Llinito, Baúl y Solito eran "así", ¡qué podían esperar de un jefe de ellos! Cáceres disimuló la contrariedad y el asombro y se alejó de esos lugares.

Casi parece increíble que un pueblo tan miserable soportara tantos padecimientos por no aceptar los beneficios de la anexión de la República a la grande y generosa democracia norteamericana, que se les ofrecía gratuitamente.

Aquellos eran los tiempos que el violinista Justo Segura calificaba de heroicos. La vida en Barahona, Rincón, La Descubierta, Las Damas de Neiba y en la misma Neiba era más difícil. Pero bailaban. Las mujeres llevaban sus sillas. Bailaban una noche en El Cambronal. La víspera, en un encuentro feliz, Marcos Adón y su guerrilla derrotaron a los rojos y los fueron persiguiendo hasta perderlos de vista. A medianoche, en celebración de triunfos sucesivos, bailaban y cantaban:

*Zumba la canilla,
zúmbala pa'llá...
que Cecilia tiene...
¡trailará, lará!*

De repente tronaron descargas de fusilería y el grito de ¡Viva Bai, C!... Los músicos en un "sálvese quien pueda", se desperdigaron entre guazabarales y bayahondas, y de los bailarines y los mirones quedaron una docena de muertos y dos docenas de heridos.

Hasta aquí el relato de Segura. Un mocetón compañero mío, desconfiado, alertó respecto a la veracidad de semejante episodio. Segura era pescador y cazador, y la imaginación de pescadores y cazadores está llena de aventuras maravillosas.

Del cuento sería falsa la parte trágica, —podría pensarse—. Pero la porción de más importancia, la sociológica, la que comprende el ambiente, lo vivido entonces, estaba confirmada por sucesos y testigos numerosos. Sin embargo, la mentira y la verdad, luchando, perduraron en la memoria y acabé por preguntarme si el relato de Segura no sería más útil, para el que quiera darse cuenta de aquel pasado borrascoso, que el recuento de uno de tantos combates anotados en la Historia, cuyo interés se apagó con la pasión de los partidarios y combatientes. Un buen novelista, ¡qué novela escribiría! ¡cuánta vida sabría insuflarles si le bosquejaban ambiente y sucesos de nuestro tiempo viejo!

La Historia dominicana, escrita en partes, no debería seguir siendo sarcófago, urna mortuoria en donde se van depositando restos, apuntes de sucesos sobresalientes, que tan sólo han de merecer la curiosidad de investigadores y eruditos de polilla y traza, que se satisfacen con la letra de un pasado muerto. El novelista, el dramaturgo, el músico, el pintor, los capaces de retrotraer y reanimar lo que se ha ido, deben aprovechar cuanto a su juicio parezca importante. Nuestra cultura no tiene memorias, o las tiene pobres: carece de sabiduría, es importación de observaciones de extraño origen y no riqueza de superpuestos aluviones nuestros. Fuimos indígenas con prehistoria desvanecida, no hemos reconstruido la rica herencia colonial, no conservamos, o no tuvimos, donativo alguno de la breve dominación francesa, y mucho de las luchas por la Independencia de la República anda por ahí incompleto, trastornado, o mixtificado.

Ahora, en un número del *Boletín Oficial* que guardaba el Licenciado Damián Báez B., publicado el 24 de septiembre de 1870, bajo grande titular resucita el relato de Segura:

“En Neiba dirán ahora que el que conspira no debe bailar, después de la sorpresa que los nuestros dieron a los bailarines cacos en Cambronal, por lo cual danzantes... músicos, instrumentos... todo formó una masa confusa sorprendidos por una ronda que el General Delegado tuvo la idea de enviarse a pasearse por la comuna de Neiba, avisado de que Adón estaba queriendo hacer algunos prosélitos. Resultado de la sorpresa: 8 muertos, 3 heridos y varias armas y bagajes en poder de los nuestros. Se dice que Adón y un hermano salieron heridos de esta refriega”.

Exageraba: no mentía Justo Segura.

ASESINATO DE ANDRÉS OGANDO

PARTE DE GUERRA

I

República Dominicana
Delegación de la Provincia de Azua

Azua, 9 de octubre de 1872

“Ciudadano: —La ronda que por mi oficio del día 3 del corriente anuncié a S.E. había despachado sobre Neyba el día 1° al mando del Coronel Joaquín Campo ha regresado hoy. El parte que me da dicho coronel es el siguiente:

“El domingo, 6, después de haber espiado al enemigo, teníamos el propósito de atacarlo cerca de Cambronal, pero creímos más conveniente aguardar al siguiente día para imponernos mejor donde se hallaba su mayor punto de reunión. En efecto, el lunes siguiente nuestros espías descubrieron que su cantón principal se hallaba en el mismo Cambronal y que el jefe que los mandaba era Andrés Ogando. A las once del mismo día llegamos al punto donde se hallaba acampado y dispuse atacarlo de frente. A la primera descarga la confusión cundió dentro de los cacos y como estábamos sobre ellos, los cargamos al arma blanca, carga que no resistieron mucho, huyendo con algunos heridos quedando en el campo tres muertos que reconocimos ser el cabecilla Andrés

Ogando, Anselmo González (uno de los asesinos del General Lowenski Lamarche) y Manuel Henríquez, Secretario del mencionado Ogando. De nuestra parte sólo tuvimos un oficial levemente herido, el Comandante Juan Amador". "Además los nuestros cogieron al enemigo dos caballos ensillados, tres revólveres, un trabuco y la correspondencia de Ogando y Henríquez que remito a V.E. para que el Gobierno se imponga de ella".

Con la ronda que tan dignamente se ha comportado vino de Neyba un oficial llamado Eleuterio Reyes que se pasó a nuestras filas...

Todo lo que tengo el honor de comunicar a V.E. para conocimiento del Gobierno.

Dios y Libertad. —V. Ramírez Báez.

Excelentísimo Señor Ministro de Guerra y Marina.

(Copiado del Boletín Oficial No. 239, 12 de octubre de 1872).

II

Un hecho no está definitivamente establecido por la simple razón de ser registrado.

Herodoto.

Un día de la segunda quincena del mes de marzo del año 1872, en Consejo de Gobierno estudiaban en Santo Domingo cómo detener, o en parte disimular, el desprestigio económico de la administración pública.

Aunque la miseria del país era consecuencia de la devastadora guerra de la Restauración de la Independencia de la República, el ministro menos respetuoso del qué dirán o más realista, repitió un lugar común:

—“Sin género de duda —dijo— los que están impidiendo que los capitalistas extranjeros establezcan negocios en la nación y ni dejan que el gobierno ahorre

siquiera un real, son los malvados del Sur" (los insurrectos).

¿Lugar común? La malicia no es tontería sino inteligencia dañada.

—“Con dos balas —añadió— disparadas con buena puntería, termina eso... Una, contra la cabeza de José María y, la otra, contra el cabeza de los Ogando. El Luperón y el Pimentel no cuentan, ya están vencidos”.

El Presidente Buenaventura Báez frunció el ceño y con ese gesto bastó para rechazar el innoble procedimiento.

Por ignorada vía, en dos semanas la noticia le llegó a Cabral y en menos de cuatro días la supo el gobernador de la conturbada provincia de Azua, V. Báez, a cuyo lado estuvo habitualmente Rubí Ramírez, ducho en artimañas políticas. El gobernador no alcanzaba a explicarse “por qué a Ventura le parecía mala una idea práctica y útil”.

El General José María Cabral tomó el asunto en serio y, sin perder tiempo, mediante mensajero leal y discreto que anduvo de San Juan de la Maguana a Neiba con rapidez y sigilo, alertó al General Andrés Ogando. Ogando le secreteó el aviso a los principales guerreros que militaban a sus órdenes. Dispusieron evacuar el poblado de Neiba pretextando que los soldados y hasta oficiales, descuidaban el cumplimiento del deber militar entretenidos con las mujeres. Cambiaron el centro de las operaciones a El Cambronal. Al anochecer, los superiores recorrían los puestos, observaban si faltaba alguien y desaparecían hasta el alba del día siguiente.

A principio del mes de abril de 1872, yendo Benito Ogando de Rincón a Neiba, el eficaz Carlos Justo de Vargas (Solito) en compañía de Llinito y Baúl, lo mató *a la pica*. En La Descubierta el General Cabral logró escapar de una celada.

La insinuación de aquel ministro, en Consejo de Gobierno, se estaba haciendo sentir en múltiples trampas. Los regimientos antes mandados por veteranos como el ex-triunviro Federico de Jesús García y el Gral. Juan de Jesús Salcedo, ahora se fragmentaban en reducidos grupos a cuyo frente ponían un oficial

experimentado y conocedor de caminos y veredas de atrecho. Contra una revolución de guerrilleros, el Delegado del Gobierno dividía en el Sur sus tropas en pelotones o piquetes que iban, sin freno inmediato, perdiendo la fisonomía oficial y asaltaban, pillaban y mataban, como bandoleros.

El *Boletín Oficial*, escrito con tornavoz por los poetas Don Félix María Del Monte y Don Javier Angulo Guridi, fue entonces de influencia deletérea. Oficiales distinguidos por su arrojo en los combates contra Haití y la España de Isabel Segunda: el Coronel J. C. de Vargas, los Comandantes A. Chanlatte, Juan Andrés Amador y otros, halagados con alabanzas y sonoras loas en letra de molde, siempre que cumplían órdenes vituperables, torcieron la rectitud de una reputación familiar y acabaron convertidos en terror de las comarcas. Aniceto Chanlatte, hijo de uno que fue diputado al Congreso Nacional y en la ancianidad respetado Juez de Paz en San Juan de la Maguana, cambió el nombre con que lo bautizaron por un Baúl que rebose de acciones horrendas. Juan Andrés Amador, agraciado y popular, heroico en el Guanal de Paya batiéndose contra la anexión a España, con energía igual se batía en favor de la anexión del país a Estados Unidos de América. De él, Mandé, hijo de Julián Gómez, de aquel elegante y mujeriego *Julián Chana* comandante de los ocho que fulminaron al General José Leger y lo dejaron con siete balazos abatido a orillas del mar, no había que esperar que fuera benigno. Eliminar a adversarios de frente o en emboscada le vino por herencia de su padre natural. ¡Pero Justo Carlos de Vargas! Decir Vargas, en el Sur, era significar defensa de la Patria, valentía, altivez y honor sin sombra de mancha, desde que el coronel de la guardia personal del General Duvergé, Martín de Vargas, sobresalió peleando en la frontera de Haití. No fue de calidad inferior, aunque violento en su proverbial bravura, el otro, Matías de Vargas. ¡Y Justo Carlos despreció ese patrimonio envidiable prefiriendo ser un feroz! Se burló de la ascendencia ilustre enseñando a degollar por el sobaco. Reducido a Solito, con hacerse mentar, no más, difundía el pavor en las familias honestas. El *Boletín Oficial* se encargaba de transformar los harapos en vestidos de caballero.

El temido Coronel Solito ganó mando autónomo, subordinado solamente al Gobernador Valentín Báez. Su grupo, reducido con frecuencia a seis o siete seguidores entresacados del famoso

Batallón Ligero, casi nunca y sólo por necesidad, ascendió a veces a veinte y cinco hombres. A Solito le adulaban los de igual rango, los subalternos le obedecían a ciegas, y no se recuerda que él le reprochara a ninguno de los suyos la ejecución de un crimen.

La revolución antianexionista, estacionaria al principio intencionalmente, se batía ahora a la defensiva y la situación a cada instante se volvía difícil para los azules. El Delegado comenzó a poner trampas para suprimir cabezas.

1º “*La señora Genara Fragoso pasa a esa común (a Neiba) confinada, por complicidad con el enemigo*”.

2º “*La Comisión Militar ha condenado y hecho ejecutar a Juan Benjamén (¿Benjamín?) Toribio Caduco y Bili Valdés*” —le escribió el General Cabral a su Lugarteniente Andrés Ogando el 7 de septiembre de 1872— “*Si no hubiera podido descubrir esto, creo que habría resultado peor que cuando Domingo Ramírez*”... y “*esto se hubiera acabado*”.

3º “*La Junta de Gobierno (el de la revolución) ha decretado en su sesión de ayer que se restablezca la comisión Militar con funciones más amplias en sus atribuciones*”. “*El Gobierno ha tenido a bien escogerlo a usted (a Manuel Henríquez y Carvajal) para desempeñar el empleo de Suplente Acusador en los casos en que el titular Gral. Rafael Rodríguez no pueda por incompetencia o por otra circunstancia, fiscalizar una causa*”.

“*Al depositar el Gobierno su confianza en Ud. ha tenido bien presentes sus cualidades de buen patriota, de hombre de honor y de individuo de conciencia, al mismo tiempo que de energía y rectitud*”.

(fdo.) Andrés Ogando.

Cuando pensaron que no era caro pagar una onza de oro (diez y seis pesos fuerte) por la cabeza de Andrés Ogando, el corazón previsor de su esposa dictaba dos cartas conmovedoras:

—“*Mi muy querido Andrés: —Mañana temprano saldrá Víctor para Las Matas y llevará el caballito rucio*

para que Luciano¹ te lo envíe, como también una muda de ropa completa". "Llevo una vida muy tranquila al contemplarte en Neiba. Allí han sido víctimas más de uno de tus hermanos y veo un peligro que te amenaza. Tu buen juicio y mejor deseo te hacen obrar de ese modo. Pero, yo te hago presente que tú eres el deseado en todas partes y que eres igualmente necesario en esta línea... la que más directamente te corresponde. Aquí están todos los Ogando, y donde se halla tu familia, que te quiere tener cerca. No creas que hablo por mí sola: lo hago por todos, y sobre todo por tu madre, que aún no ha acabado de enjugar una vez sus lágrimas cuando otra y otra desgracia viene a hacerlas correr de nuevo". "No teniendo otra cosa te mando un dulcito dentro de la ropa". "Tus hijos te piden la bendición. Tuya, Petrona".

Cachimán, 28 de abril -1872

Carta final: —Septiembre 21, -1872.

—"Mi querido Andrés: —Ayer tuve el gusto de recibir tu carta del 15 del presente en que me participas la ronda que vas a hacer por el otro lado del río" (Yaque del Sur). "Siempre te he recomendado al favor de Dios, pero ahora las oraciones de tus hijas y las mías serán más fervientes, y continuas. ¡Que la misericordia divina te defienda y conserve para bien y dicha nuestra; y que te dé acierto para tu satisfacción y gloria!"

.....

—"No he podido pedir para ti la bendición de Mamita Catalina² por que se halla por HINCHA al lado de Juanica... que dio a luz una hembra³. "Tuya, Petrona".

1. General Luciano Morillo, muerto poco después de la fecha de esa carta al lado de un hijo. Cuando efectuó el Presidente B. Báez su viaje al Sur al frente de 10,000 hombres.

2. Mamá Catalina: la madre de los Ogando.

3. Alude al nacimiento de Rosa Heureaux, hija del entonces Coronel Ulises Heureaux, la que vendría a ser esposa del Sr. Camilo Suero, nieto del General Santiago Suero.

Por su pronta disposición para hacer mandados, el ladino Eleuterio Reyes, alias La Chiva, se había ganado la simpatía de sus superiores. La noche del 5 de octubre le tocaba prestar servicio de centinela en sitio avanzado, "la centinela perdía", de verdadera confianza. A última hora lo mandarían a otra parte y hasta el día siguiente en la noche no prestó el servicio indicado. Se entendió maliciosamente con el enemigo, vendiéndose por una onza de oro. Cuando se apartó a secretar con el Coronel anexionista Joaquín Campo, apareció Solito en el lugar de la cita acompañado de Mandé, Baúl, Llinito y otro más, con quienes andaba en misión que él solo sabía. Apareció inesperadamente y asumió la dirección. Solito estimó que era excesivo el número de hombres para asunto tan delicado y entre él y Campo decidieron que más de la mitad retrocedieran a situarse cerca de El Peñón a otear desde un recodo del camino de travesía que iba de Rincón a Neiba, y convinieron que otros se escalonaran protegiendo el regreso. Eleuterio Reyes, luego de secretar con Solito y Joaquín Campo, fue guiando la cuadrilla, reducida a diez hombres. Eludiendo centinelas, sin tropiezo los llevó al bohío en donde estaban durmiendo Andrés Ogando, Anselmo González y Manuel Henríquez y Carvajal.

Ogando daba el ejemplo de dormir en el suelo, sobre esterilla de enea. Nadie podría quejarse de que él no echara sobre sí en las peleas y hasta en dormir lo más duro. De los tres, al que le permitían el lujo de dormir en hamaca era a Manuel Henríquez.

Solito situó al Capitán José Dolores Matos, reputado cazador, con Mamá Sinda (José Altagracia Cuello) a la vera del patio delantero, listos a disparar. Joaquín Campo entró en el bohío con tres degolladores, y Solito, Baúl, Llinito y Mandé quedaron ante la puerta única. Serían las once de la noche. Dos golpes sordos y el amortiguado ruido de un cuerpo que se incorpora, lucha y cae desplomado, despertaron a Manuel Henríquez que, sin armas, saltó de la hamaca queriendo escapar. Joven de treinta y dos años, recio de cuerpo, desnudo de la cintura arriba y sudoroso por el calor, forcejeaba, se zafaba de los que lo trataban de sujetar para degollarlo. Una puñalada dirigida a él hirió a Mandé.

—¡Suéltalo!... ¡Tírenle, José Dolores!" —ordenó Solito.

Dos balazos tumbaron a Manuel Henríquez. Cayó y rodó por un declive, sangrando por heridas, boca y nariz. Ogando y González, apuñalados y rematados, ya estaban exánimes.

—“*El monstruo de ingratitud*”... “*el negociador de municiones con Haití*”... “*ese acaba de morder el polvo, devoradas las entrañas por siete balas vengadoras*” —*ilustraba desbordante de júbilo el Boletín Oficial.*

Las siete heridas eran de cuchillo o puñal. Muy cerca estaba el Cuartel General de los Azules y Eleuterio Reyes había prevenido a los degolladores que no sería prudente utilizar arma de fuego. Tras los disparos contra Manuel Henríquez:

—“Vamonós qu’ están ahí mismo” —urgió el vende-gente.

Sin premura aparente, Joaquín Campo hizo registrar el dormitorio y recoger las armas de los acribillados. Silueta cogió el maletín de los papeles, se los pasó a Campo, y se retiraron en orden.

Ni la columna improvisada (de 200 hombres) que al mando del General Fidel Rodríguez Urdaneta y el oficial Blas Zorrilla corrió en su persecución hasta pasar al Hatico, ni la que intentando atajarlos pasó por Fondo Negro y cruzó el Yaque del Sur llegando hasta Quita-Coraza, pudieron encontrar rastro de los degolladores...desvanecidos como sombras.

* *

*

Así murió Andrés Ogando, el formidable lugarteniente de José María Cabral en la Guerra de los Seis Años: la tercer guerra por la Independencia de la República. Él se había adiestrado y endurecido durante más de 14 años en las luchas contra Haití a las órdenes de Duvergé, Florentino, Suero, Puello y, finalmente, a las de José María Cabral. Conspiró contra la anexión, ya consumada, a la Corona de España: lo delataron y fue apresado y encarcelado en Baní, de donde pudo escapar, incorporándose

luego al servicio de la Patria. El gobierno de Buenaventura Báez lo mantuvo en la posición de Jefe Comunal en el baluarte contra Haití de Las Matas de Farfán y ahí mandaba hasta que Cabral lo convenció de que el propósito de la anexión del país a los E.U. de América estaba a punto de consumarse. Renunció el cargo y se alzó con las armas que tenía en su poder, para defensa de la República. Por esto el Gobierno y los voceros de la nueva anexión lo declararon ladrón y traidor: "latro-faccioso", e implícitamente quedó condenado a muerte.

Andrés Ogando era de mediana estatura, musculoso, despierto, sufrido en la adversidad, tesonero y sereno en los combates, respetuoso y suave en tratando con la gente, y de un don de jovial simpatía que conquistaba. Más que amante de la libertad fue un fanático de la Independencia de los dominicanos.

.....

"Sin embargo —publicaron en el Boletín Oficial— como todo va compensado en el mundo, es de sentir que hombres-fieras, cargados de relatos y crímenes, tengan la maléfica influencia de arrastrar al abismo a jóvenes de ideas exaltadas que deslumbrados por un falso patriotismo"... "sirven con la hacienda y la vida a la desgraciada y turbulenta causa de los Cabrales, Pimenteles y Luperones, lugartenientes a sueldo del Gobierno de Haití"... "el Gobierno tiene que deplorar desgracias trascendentales por la pérdida de individuos que debían ser la esperanza de sus familias: culpa es de aquellos que obstinadamente ciegos de pasión no pensaron en las consecuencias de una guerra incalificable que jamás ha provocado el gobierno"... "cuando el Gobierno, cansado de oír declararle la guerra a muerte por todas ocasiones, dijo al aceptarla: la guerra es... la guerra, comprendió lo tremenda de esa frase y no ocultó que a ocasiones tendría que envolver su cabeza en el manto, para ocultar su emoción, al modo que el Cónsul Junio Bruto esquivó ver el hacha del lictor caer sobre la cabeza de sus hijos!!!"

Cierra, triplicado, el doloroso signo de exclamación, como tres lágrimas.

Por encima de la diatriba, en el *Boletín Oficial* queda el reconocimiento honorador de los jóvenes que “servían con hacienda y vida” para evitar, como evitaron, que la independencia dominicana se borrara de las naciones libres cayendo en la vergüenza colonial.

* *

*

¿En qué se apoya el comentarista de hoy para pretender alterar la creencia en un testimonio escrito hace 96 años? ¿Y por qué se ha de creer en la rectificación y no en lo anteriormente escrito?

El documento, un documento histórico, se debe tomar en consideración aunque a veces sirva tan sólo de punto inicial para que el investigador escudriñe hasta comprobar si los hechos que aparecen descritos son verdaderos. “La verdad es lo que es”... pero no siempre ha sido como han dicho que es.

No tendría existencia el que estas líneas escribe si Manuel Henríquez y Carvajal hubiese muerto en aquella noche siniestra a consecuencia de las dos heridas que le infirieron. Fue a morir en Cabo Haitiano 27 años más tarde (marzo de 1899).

Treinta y tres años después del hecho terrible (1905) el General Don Fidel Rodríguez Urdaneta le explicó pormenorizadamente el suceso al que escribe, de quien era padrino de confirmación. En 1927, en Duvergé, me relató el caso sin discrepar ni en detalle de la relación del Gral. Rodríguez Urdaneta, el prócer y venerado patriarca del lugar, Don Saturnino Moquete. Otro caso, apasionante, en que él arriesgó su vida por salvar la de Manuel Henríquez, su compañero de armas en la guerra de los seis años, reveló entonces. Me causó impresión profunda. Y cuando semanas después se lo referí a Don Federico Henríquez y Carvajal:

—¡Pero Saturnino vive todavía! —exclamó interrumpiéndome, y tomó la palabra confirmando lo que ya él sabía por confianza de su hermano mayor, y subrayando que Don Saturnino Moquete era considerado por la familia como uno de los más consecuentes y probados amigos.

Falta un testimonio complementario, dicho en forma ruda y brutal, pero no menos convincente: el del Comandante Carlos de la Rosa, alias Cajó.

Cuando el Presidente Ulises Heureaux nombró al Sr. Carlos de la Rosa Jefe Comunal de Enriquillo, luego que mataron a la pica al General Joaquín Campo, Gobernador de Azua, y de ocurrir el suicidio del Gral. José Dolores Matos, Gobernador de Barahona, quizás si para mortificar al nuevo Jefe Comunal trataron de resucitar allá la letra de un cantar acusador:

*¡Ay...cajó!
cójánmelo vivo,
pa que me declare
los güesos del chivo...*

Pero Don Carlos de la Rosa, Cajó, era frío, de buenos modales y se gloriaba de haber sido "azul de bolita". No se iba a mortificar por... "simplezas". Parecía culto, Cajó, y apenas sabía leer.

El ayudante de Plaza y el banilejo Javier Saldaña, mi maestro de escuela, le preguntaron:

—Comandante, y ¿cuándo fue eso?

—“Cuando abortó en el Sur la revolución contra el gobierno de Báez, el último, —contestó—. Lo que hizo fracasar el movimiento fue el *asesinamiento* de Carlos Báez. Ni el Gral. Pablo Mamá, ni los de San Juan y Las Matas, ni nadie, iba a meterse en una revolución que empezaba con tamaña mancha. Lo mío no. Carlos Báez era un hombre de bien. Eleuterio era un perdido, un malo y un peligroso. No me van ahora a comparar a un hombre con una porquería. El yerro de mi parte fue adelantarme yéndome al monte; pero mi conciencia no me acusa”.

—Comandante, lo que yo quisiera saber —precisó el maestro— es por qué y cómo fue lo de la Chiva.

—“Bueno, pues ahora va, —respondió—. Yo era de Andrés Ogando y Anselmo González y me agradaba el buen trato de Fidel Rodríguez y Manuel Henríquez. Antes de caer el gobierno de Báez, el corto, agrupé a unos cuantos, formé un piquete y me

fui al monte a hacer la guerra entre Neiba y mi pueblo natal (Las Damas). Ya en la manigua, cuando ... "que por ahí viene Eleuterio Reyes, *La Chiva*... Cayó en nuestro poder. A unanimidad los de mi piquete querían fusilar al traidor. Me opuse, que ese castigo no era el que le convenía. Lo sometí a interrogatorio apretándolo hasta que dijera la parte que él tomó en la muerte del General Andrés, y el maldito parecía mudo: ni con la amenaza de caparlo quería *cantar*. Hice que lo encueraran y lo arrastraran y nada. Entonces lo hice liar de pies y manos sin dejarle más meneos que los del cuello, y seguía callado. Lo sembré en un hoyo, a la intemperie, sentado, dejándole la cabeza afuera que le empapamos de miel de abeja. A pocos pasos, en la sombra, los míos prepararon fogón para la comida. De las once a la una del día, el sol, más ardiente en Neiba y Las Damas que en cualquier otro sitio, recalentaba la tierra. Hormigas, abejas y avispas le erizaron la cabeza a Eleuterio, *La Chiva*, que empezó a berrear pidiendo que lo acabaran de matar pronto. Se apiadaron los míos, yo no. Al fin *cantó de plano*. *Asegún* el maldito iba cantando me iban creciendo las ganas de matarlo tantas veces como el número de bandidos que ejecutaron aquel *asesinamiento*. Lo sacaron del hoyo, lo desataron y ordené entonces que, con la misma soga, lo colgaran de la rama de una baitoa. Ahí quedó con la lengua afuera".

No es ligereza pensar que el Comandante Don Carlos de la Rosa era vengativo y, en sus pasiones políticas, casi tan implacable como el jurisconsulto, orador y poeta Don Félix María Del Monte.

EL GENERAL MARIANO RODRÍGUEZ OBJÍO

Trazos firmes, escuetos, cortos, voluntariosos, mencionan a hombres de presa: Pedro Santana, Don Pedro Valverde y Lara, José María Cabral, Pedro Florentino; aglomeran y compactan acontecimientos en filas apretadas que apenas permiten vuelo a la imaginación y a veces casi ni se comprenden.

Son los apuntes de Mariano Rodríguez Objío, los del hermano menor, los del guerrero. Los hechos indicados por él, no hablan con la elocuencia que les da el otro: poeta y prosista de expresión vivaz. Se iluminan y amplifican con occidua y refleja luz de ajenos relatos. No hablan de momentos de paz, hasta el final: motivos de armas, guerra, de los cuales trasciende una vida tesonera formada por líneas rectas y encauzada por amores imperiosos: el amor a "la República, independiente y soberana", el amor a la "libertad civil completa".

Para llegar, para alcanzar sus fines, andará desde los 16 años de edad con el fusil al hombro y la pluma en la mochila. Cuando descansa de una trabajará con el otro.

Sobre las cenizas se levanta Compostela de Azua, y ¡ya los haitianos vuelven! Muchedumbre de gente de guerra se mueve alrededor de un hombre alto y recio, de cuello de toro, mirada dura, gestos bruscos, barbas terribles, órdenes breves. "*General Cabral*", —dicen que dijo— "*el enemigo no deberá beber del río San Juan*". El alertado, grave y habitualmente silencioso como una mole de piedra, oye y sabe que debe triunfar.

La madre, la viuda Doña Bernarda Objío, abre la modesta tienda, se persigna y reza. El hijo escapa de su lado y camina

envidioso entre seibanos de media lengua (“¡heimano!”) y de machetes largos; mientras Pedro Santana lo observa todo, hasta que lo distingue a él, de estatura corta, en el disciplinado y humano hormiguero. Lo llaman, lo examinan y... lo declaran de provecho. De provecho están las reses que arrear hacia el matadero y el muchacho que puede cargar el fusil y reclutan para la guerra.

Desde aquel día, por encima de todos los hombres coloca él a Pedro Santana, que le señala carrera. Militaré entre los suyos. A las órdenes del Gral. Casimiro Félix “sirve”, escribe y se le va abriendo el ojo hasta comprender lo que es un buen secretario. Este general de la Independencia es parco cuando está de buen humor. En los días malos gruñe monosílabos y “unjúu”... y con unjúu dice que sí y dice que no. El secretario interpreta y sabe lo que conviene escribir. Del general Félix pasa al Coronel Leger, y de Leger al banilejo Cheri Victoria, y de Victoria al astuto General Don Pedro Valverde y Lara. Con un maestro así, como Don Pedro, Mariano Rodríguez Objío se vuelve un lince. Para él será desde entonces inconcebible el parte que le dirigió a un superior el oficial Romualdo Cordero al final de la Batalla de Santomé:

—“Usted me dijo que no le mande más haitianos vivos... mándeme su mejor disposición para saber qué hago con estos”.

No necesitaré que le expliquen por qué en la Batalla de Santomé dejaron los enemigos 695 muertos y millares en Sabanalarga y Jácuba y en ambas ocasiones callan las bajas dominicanas. Sin que le sugieran, comprenderé por qué el gran Juan Luis Bidó afirma, con aplomo que todavía desconcierta, después de la sangrienta jornada:

—“Aunque parezca increíble sólo tuvimos 25 bajas... muchas de ellas son de heridas leves”.

Nadie es cobarde cuando entra en combate seguro de que los enemigos no matan. Después de esas lecciones, aunque los

españoles en las campañas de la Restauración publiquen al final de cada choque: —“De nuestra parte sin novedad”, a Mariano Rodríguez Objío les parecerá un modelo gastado.

Para Objío Santana está por encima de todos los hombres, porque es “el Libertador”. Hay que obedecerle y obedecer sus disposiciones hasta el día que lo ve amanecer siendo español. Entonces, más que la razón, el instinto lo separa y pone en el camino recto. El hermano mayor, el poeta, se va para el extranjero y él se vuelve a la provincia de Azua. Ahí encuentra al tío materno, al bondadoso *Teyeye*, más español que un peninsular y esperando la condecoración que le regalará Isabel II. Se aparta de él y busca lugar donde nadie lo aconseje. En Las Matas de Farfán fija temporal residencia. Negocia, medita y oye lo que se dice... Por Haití invadieron, y Sánchez y 19 subalternos, y un traidor fueron fusilados en el cementerio de San Juan de la Maguana por ser insumisos a la Corona. Babilonia de dolores abruma los corazones, ¡y es forzoso callar! Por ahí dizque se juntan y secretean Pedro Florentino y Aniceto Martínez, de contrarias banderías políticas, con el coronel Francisco Moreno. Con voz sorda murmuran y en voz alta hablan de la terrible sequía que enflaquece hasta las cabras. “Que en Neiba se sublevaron y aprehendieron a los sublevados”: no hablan de eso. ¿Quién divulga las noticias? “Que se alzaron en San Francisco de Macorís y en Moca y, para ejemplo, exterminaron a los sublevados”. ¿Quién anda transmitiendo las noticias? “Las malas nuevas circulan solas”... El Coronel Francisco Moreno, “el Cico mentado”, que procura y halaga al jovencito Objío, ha caído enfermo y “está grave de muerte”. Ahora que se va a morir le ven todas sus virtudes... “Quebró el alambique del General Florentino y éste, exigente, manda agentes cobradores por todas partes”... Ahora llueve... “Hijo, ¡qué tiempo!”. Empeora la situación y el General Aniceto Martínez anda por la frontera vendiendo sus intereses porque se irá del lugar. ¡Dura vida la del Sur de Santo Domingo!

De repente el moribundo Francisco Moreno salta del catre, se yergue y pronuncia la plaza contra el dominio de España. Calientes y numerosas noticias se publican a son de bando. Santiago de los Caballeros, la provincia de La Vega, el Cibao entero está en armas contra los españoles. Traidor el que no obedezca. ¡Traidor y reo de muerte el que traicione a la República!

El Cercado, Sabana-Mula, Rincón, Las Damas, se sublevaron; Barahona y Neyba y San Juan de la Maguana se sublevaron también. Mariano Rodríguez Objío tiene al hombro su fusil y la pluma en la mochila y no descansa, porque es la mano derecha, el ayudante y el secretario del Coronel Francisco Moreno. Como los hechos, los hombres se multiplican; aquéllos y éstos, y todos se incorporan a los de Pedro Florentino y a él, Mariano R. Objío, lo ascienden a oficial y en el Estado Mayor es secretario-ayudante: escribe y pelea.

Los realistas enseñaron las espaldas. La ola invasora avanza desde las aldeas y poblaciones fronterizas, cruza el río Mijo, trepa la colina de Viajama y a pesar del revés sufrido en el Jura, se dilata, rodea la ciudad de Azua, abarca la región de El Maniel, se extiende sobre Baní, pasa de San Cristóbal, y desde las orillas del Haina amenaza barrer de españolizados y españoles la capital de Santo Domingo. *“La insurrección del Sur va engrosando a medida que el apuro crece”*... —lamenta Gándara.

El centro de las operaciones (General en Jefe y Estado Mayor) se fijó en la ciudad de Azua. Las montoneras, carentes aún de la más rudimentaria disciplina, cayeron como devastadora plaga de langostas sobre las modestas mercancías de contrarios y de amigos, y no hubo tela ni barra de jabón que no gastaran, ni burro ni árganas que no aprovecharan, batatal que no arrasaran, ni oveja ni cabra que no se comieran. En pago, los secretarios entregaban vales que todavía no se han cobrado.

Mariano Rodríguez Objío y sus superiores del “Estado Mayor”, trabajan de día como instructores y de noche como secretarios. Reciben y tratan de entrenar voluntarios que, a la carrera, despachan hacia Baní y San Cristóbal, desde donde Aniceto Martínez reclama tropas. Muchos de los “voluntarios” son devotos santanistas y se escurren, se desvanecen en los caminos. El 29 de octubre “pasan por las armas” a un desertor, en presencia de una columna de soldados que van a salir de ruta, y el General Florentino improvisa una arenga encomiando el entusiasmo, el fervor patriótico con que los hombres del Sur abrazan la causa de la República...

El prestigio de Pedro Santana, avasallador en la región, hacía vacilar los ánimos. Hasta Las Matas de Farfán, baluarte de la Restauración en el Sur, instigada por traidores, estaba

reaccionando. De entre probados leales Mariano R. Objío fue escogido y seleccionado para ir a tranquilizar la lejana municipalidad. Él contaba la edad de 23 años y la selección revela el concepto en que ya se le tenía. La misión era espinosa. Aniceto Martínez, Pedro Florentino, Francisco Moreno y Juan Rondón eran *materos* por adopción o nacimiento. No debía proceder con mano dura ni parecer blando. Fue, actuó y regresó como pacificador.

“El General Florentino no quería moverse de Azua”, dicen testimonios hostiles. Órdenes que le dirige el Gobierno desde Santiago, el 27 de octubre de 1863, expresan:

—“La pronta marcha de Ud. sobre San Cristóbal es de toda necesidad, no tan sólo por lo importante que es desalojar al enemigo de allí cuanto que la presencia de Ud. allí acabaría instantáneamente ambiciones desmedidas que si con tiempo no se apagan proporcionarían a la República días de amargura. El Gobierno ha conferido, a Ud. solo, el mando superior de todas las fuerzas del Sud: ninguna otra disposición se ha dado en contra. El Gral. Luperón, que se titula en su correspondencia General en Jefe de operaciones del Sud y del Este, no tiene ningún derecho a ese título; se le dio orden de que marchara al Sud a ponerse a las órdenes de Ud. El Sr. Pedro A. Casimiro, se titula también Jefe de Operaciones, y entre el cual y Luperón ha habido una escandalosa desavenencia en Baní con mengua y detrimento de nuestra gloriosa Causa Nacional. Ya verá Ud. cuánto urge que se presente allí y que asumiendo el mando superior que le ha conferido el Gobierno, corresponda a la confianza que ha depositado en Ud. poniendo orden en aquel ejército”.

El General en Jefe cumplió la orden, a pesar de comprender que los recursos, municiones, etc., eran insuficientes y de que las montoneras carecían de entrenamiento y disciplina.

Las montoneras forman gigantescas olas, y las olas baten con ímpetu la playa, revientan arrollando obstáculos, y retroceden

confundiéndose en el elemento que les diera impulso. Gándara salió de su refugio de Santo Domingo, reforzado, con tres mil hombres de tropas llegadas de Cuba y Puerto Rico, y valiéndose de la pericia del Gral. Eusebio Puello, que más que un subalterno en la campaña del Sur fue un superior, marchó de nuevo contra los libertadores.

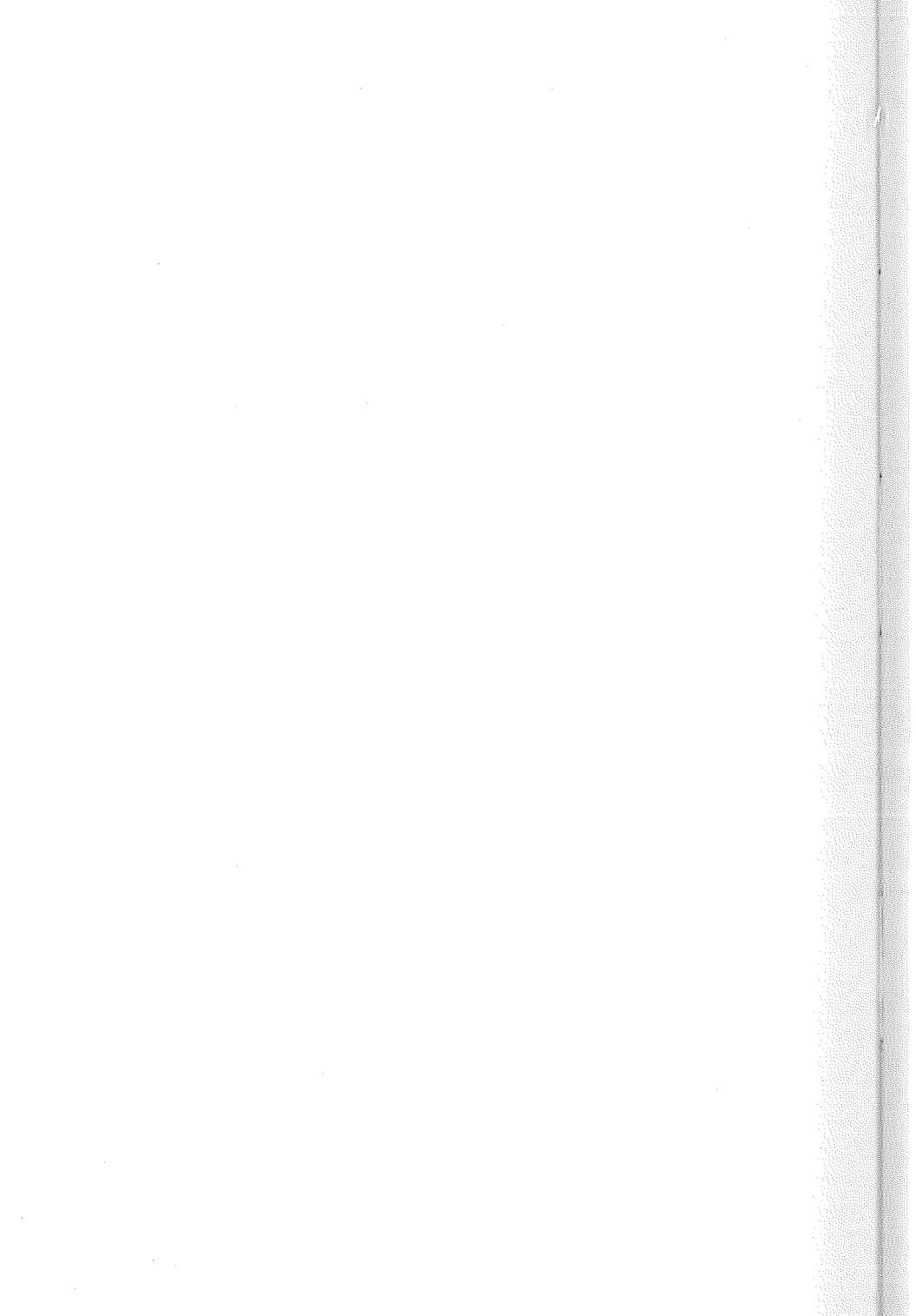
Mariano Rodríguez Objío no habla de lo que se pierde. Su deber es pelear, y escribir... cuando se gana... Van a ocupar mejores posiciones, si retroceden. La naturaleza se ha vuelto inclemente. Desde el Viajama la viruela va causando estragos; se acabaron las provisiones y, según Don José Donato Andújar (otro de los secretarios) hubo día en que se alimentaron con mangos verdes hervidos. Torrenciales aguaceros caen sobre los hambreados y los violentos y "por doquiera estábamos rodeados de espías y de traidores".

Y aquellos hombres espectros, reducidos a decenas, disputan el terreno, asaltan, desaparecen y vuelven al ataque más terribles. Florentino le entrega el mando a Juan de Jesús Salcedo, retirándose a la frontera en donde es asesinado. Mariano R. Objío entiende y cumple su deber: se subordina a Juan de Jesús. Después se batirá a las órdenes del Gral. Manuel María Castillo y finalmente a las del Gral. José María Cabral. En sus apuntes no escribió palabra de odio; pero muchas de respeto. Que expresen otras abominaciones contra Florentino y Juan de Jesús Salcedo; que imprima denuestos el grande y "humano" Gregorio Luperón contra Cabral. Esa será cuestión de ellos. Para Mariano, el primero nunca deja de ser "el Benemérito General Pedro Florentino"; Juan de Jesús, muy respetado (a pesar de la enemistad entre azules y rojos) y el Jefe por antonomasia: "el Benemérito General José María Cabral".

Un recuento de servicios, grados, cargos públicos (desde Comandante de Armas de San Juan de la Maguana hasta Diputado al Congreso Nacional en más de un período) anota Mariano R. Objío: pero por encima de todo, a manera del galardón más elevado, conservó la carta en que el Gral. Cabral le distingue como hombre que sirvió a la patria con desinterés ejemplar durante aquellos tiempos en que tantas reputaciones naufragaron.

El hermano mayor, poeta, prosista brillante y hombre de mundo... saltó del destierro a coronel, de coronel a ministro, de

ministro a gobernador, y del patíbulo a la gloria. Mariano R. Objío ascendió peldaño a peldaño, grado tras grado, en lucha ruda y tenaz. Fue un restaurador de acción. José María Cabral dejó constancia del valor heroico con que se batió en La Canela. Durante la *Guerra de los Seis Años* fue *azul* luchando contra la anexión del país a los EE.UU. de América. Transcurre el tiempo y su memoria venerable, sin mácula, es digna de que se le tributen honores. Como férvido homenaje al tenaz luchador por la libertad y al hombre bueno, con la reverencia y la admiración del último recluta, pongo mi firma bajo su nombre.



LUPERÓN Y SU PALABRA FAVORITA

Hace lustros que "glauco", el adjetivo glauco, no suena en Santo Domingo. Antes estuvo de moda. Los poetas jóvenes y los escritores de prosa rítmica y poemitas en prosa, los "decadentes", le descubrieron atenuada elocuencia de sordina y un encanto embrujador que ninguna otra palabra del idioma alcanzaba entonces a expresar ni a dar aproximada idea. En el crepúsculo antillano se diluían glaucos matices, rítmicos y glaucos arpegios se percibían en el canto de los pájaros, glaucas eran las algas, glauco el mar en las ensenadas, glaucos los remansos de los ríos. Estudiantes de mirar azucarado advirtieron, con arrobo, glaucas ojerías en sus enamoradas. Rimbaud, diferenciando las vocales por imaginario color individual, sugirió glaucos absurdos.

Para el pueblo semiculto la palabra dicha con gracioso desenfado, o arrojada con pasión desde la tribuna pública, consigue expresar, más que una idea, sentimientos colectivos. Estos sentimientos, que latían en el ambiente, se prenden en la palabra propicia, que dura en las muchedumbres como el refrán en la gente de la aldea y en la de los barrios bajos; se impone y vive con persistencia asombrosa. En las contiendas electorales se repite, representando, reproduciendo imágenes, emociones y hasta los odios del partido político que la provocaron; y cuando pasan los días de enardecimiento acaba sonando hueca, costra vacía, y pasa al olvido o va a sepultarse en el cementerio común del diccionario, sin que nadie se dé cuenta de la desaparición temporal o definitiva.

Ningún individuo opaco, de carácter tímido o írrito, podría insuflarle vida a un adjetivo, "ponerlo a vivir" por recursos de artificio. El adjetivo que se ha de imponer irrumpe rebosado del creador, con vida propia, independiente del mismo que lo pronuncia, a quien le viene a ser tan ajeno como cualquiera otro del idioma. Así, no parece que el periodista Rafael Vidal y Torres se diera cuenta de que le estaba dando vida a una palabra en 1930, en los días del derrocamiento del Presidente Horacio Vásquez. Amenazando y caliente saltó de su pluma el calificativo "responsable", tieso de capacidad viril. Responsable, de uso vulgar entre dominicanos, inmediatamente adquirió atributos de macho superior, liberándose del deber de rendir cuenta ante el Juez de Paz o el Jefe de la Policía, y cada cual se creyó hechor y juez de sí mismo. Por entonces no hubo irresponsable ni sinservir que, poniendo la mirada torva, no lo hiciera suyo. Por virtud de esa palabra muchos vinieron a ser en la República Dominicana "responsables". En el periódico, en el parque, en la gallera, sonó y amenazó durante años la antojadiza criatura.

A veces el fenómeno es inverso. La palabra tiene vida vagabunda, anda mostrenca y se hace familiar de una persona de relieve, que al fin la adopta y acaba siendo su padre indiscutible. Ejemplo inequívoco lo proporciona el calificativo *perverso* en Gregorio Luperón.

Gregorio Luperón, General, Libertador, Caudillo civil y militar, indoblegable nacionalista e historiador de pluma ajena, podría ocupar sitio en un canto de la *Ilíada*. Él era, con las excepciones del Padre Bartolomé de Las Casas y del periodista y tribuno Eugenio Deschamps, el más recio forjador de improprios que ha tenido Santo Domingo. En Luperón, igual que en el inolvidable dominico, las injurias se multiplican y, como en Deschamps, andan pareadas. Parecen hermanas siamesas. El Presidente José Antonio Salcedo es, según Luperón, "ese presidente alborota-pueblos", y Buenaventura Báez no es más que "un malhechor de Estado". El vituperio le sale de la lengua desmesurado y corriendo, sin posible freno.

Deschamps se expresaba como un vengador, después de ser herido en Ponce por un asesino a sueldo; pintaba en caricatura que él quería grabar en la mente del lector para mantener palpitante el afrentoso sanbenito. Al General Ulises Heureaux

no lo veía pardo, ni negro, sino “embadurnado de hollín”; no le distinguía, desde el destierro, dimensiones de tirano: era “presidente con mandil de carnicero”. El General Horacio Vásquez, a juicio suyo, usurpó el poder público en 1902 y luego se encontraba en la Presidencia de la República, incómodo, “como pie de júbano en zapato que le aprieta”. En todos sus ataques periodísticos asoma la caricatura.

En Luperón, como en Las Casas, el concepto rebasa las proporciones naturales —Luperón era incapaz de limitarse a medida: injuria y el insulto pierde la exactitud y su fondo de justicia—; pero las razones quedan expuestas con pasión tan agresiva que al fin de cuentas la justicia es lo de menos. Las razones de Luperón fueron incubadas en el dolor, con ingente amor de Patria, y cuando saltan en la lucha están mezcladas de impureza, hinchadas, deformadas monstruosamente.

El “deiforme” Aquiles, despojado arbitrariamente de la hembra que le tocó en reparto como premio a su valor sobrehumano, increpa a Agamenón Atrida, el rey de reyes, voceándole: “impúdico”, “cara de perro”. Aquiles no se cuidaba de ser exacto: desahogaba su cólera de justicia. Agamenón no tenía cara de perro.

Pero cualquier aspecto del gran nacionalista y restaurador dominicano merece amoroso y cuidadoso examen y ahora sólo se trata de su palabra favorita, del adjetivo “perverso”, que adoptó, se naturalizó en su léxico y que no puedo leer sin que acuda instantáneamente, el mismo prócer a la memoria.

¿Desde cuándo se encariñó Luperón con ese tremendo calificativo? Andaba por ahí desde que en marzo de 1844 el haitiano Presidente Hérard se lo mandó al Brigadier Morisset escrito contra los dominicanos sublevados. Gándara vino después, lo cogió y se lo aplicó a los restauradores. Luperón lo encontró envejecido, lo remozó y usó y abusó de él como de látigo, de machete y de fusil, para batir a los adversarios. Lo singularizó, lo pluralizó y lo disparó a su acomodo.

Perversas eran las maquinaciones de sus contrarios, perversas las intenciones, perversos todos sus enemigos.

José Antonio Salcedo, Pepillo, era un perverso: “Luperón era víctima de las perversas maquinaciones de Salcedo”. Luperón “no podía comprender que hubiera hombres perversos que se ocuparan en tramar planes siniestros”. La palabra suele adqui-

rir grandeza abstracta: "La verdad y la justicia se abren paso al través de los subterfugios de los perversos". "Ninguno tiene derecho de asesinar a su madre (la Patria) por más perversa que ella sea". El General de la Gándara y Navarro era un perverso: "actuó con perverso estudio". Puede un hombre ser honrado (honorable) y a la vez perverso en el juicio de Gregorio Luperón. Honrado era el General José María Cabral, juzgado en hora de reposo y, en rato de indignación, era "egoísta, inepto, traidor y perverso... aunque también era idiota". Perverso, idiota y honorable son defectos y cualidad discordantes que plasman un fenómeno curioso. Perverso era Buenaventura Báez, "con toda la perversidad de su conciencia". Manuel María Gautier era "tan presuntuoso como perverso". No recuerdo si el triunviro Federico de Jesús García le mereció a Luperón el duro calificativo de perverso; pero el General Pimentel, para quien tiene elogios en ocasiones, era un perverso; sabía que Pimentel era ambicioso, "pero no lo creía un estúpido y perverso". "El General Pedro Florentino era un perverso y un *baecista* intransigente". Nótese que para Luperón el perverso no es tan vituperable como el *baecista*.

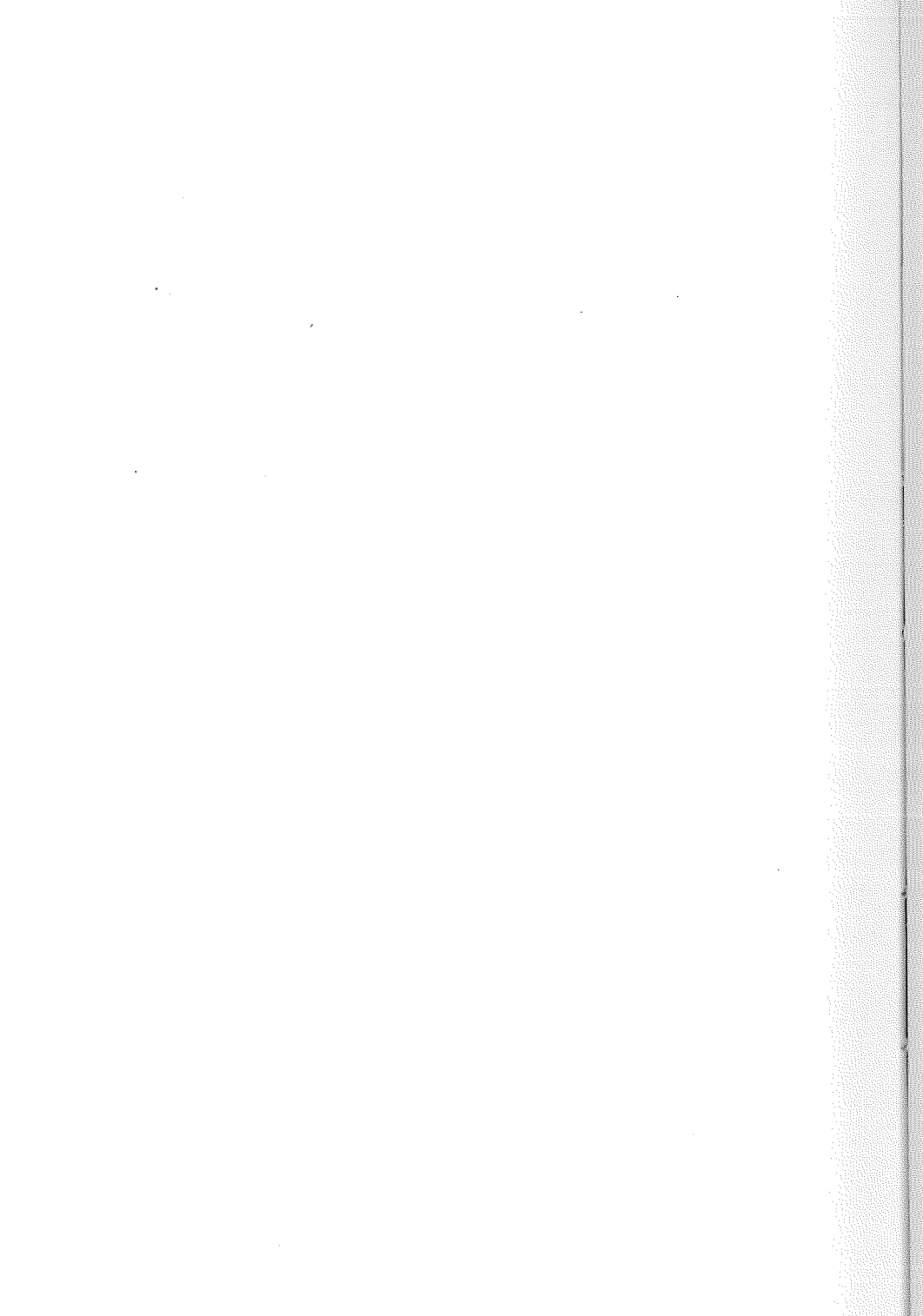
La palabra, el adjetivo horrendo, se conserva para ser aplicado los que alcanzaron alta jerarquía pero no fue aplicado a cualquier acreedor al desprecio del gran nacionalista. Wenceslao Figuerero, por ejemplo, merece los más bajos calificativos y es hasta *baecista*; pero no alcanza a ser un perverso. "Es valiente, españolizado, cabralista, *baecista*, buen vividor, pastelero, opresor, arbitrario, hipócrita y cruel", y con todo eso no consigue alcanzar el grado de perverso.

Las Casas dice que Oviedo era "embaidor, hipócrita, inhumano, blasfemo y mentiroso".

La grandeza de Las Casas no se niega, aunque a juicio de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, es "grandeza rígida y angulosa, más de hombre de acción que de pensamiento". "Sus ideas eran pocas y aferradas a su espíritu con tenacidad de clavos; violenta y aspérrima su condición, irascible y colérico su temperamento; intolerable y rudo su fanatismo de escuela; hiperbólico e intemperante su lenguaje, mezcla de pedantería escolástica y de brutales injurias".

Algo del Padre Las Casas tuvo el General Luperón, el dominicano que vivió momentos de encendida cólera, con insaciable

sed de justicia. Cuando sentía la necesidad de desahogarse, como Aquiles, las razones se le hipertrofiaban y se le volvían deformes y monstruosas; las imágenes se le descomponían y, según su estado de ánimo, los principales adversarios le parecían "perversos". Un día se le apareció la muerte, la perversa eterna, y se apagó aquel faro irradiante de nacionalismo, cuyo amoroso recuerdo debe servir de previsor alerta en momentos de peligro para la República Dominicana.



HUNGRÍA PIERDE LAS VIRTUDES

Al General José Hungría se le acabaron las virtudes inmediatamente después de discutir con el Presidente Don Buenaventura Báez, en la casa de gobierno. Su reputación sufrió un ataque mortal, de angina de pecho o de fulminante apoplejía. Horas antes era el Ministro de la Guerra: esto es, el hombre de la confianza, el jefe de los valientes, la capacidad militar más ostensible del baecismo, la seriedad, la probidad y las virtudes encarnadas en un benemérito ciudadano. Y bastó una acalorada discrepancia con el "Gran Ciudadano, Jefe de la Regeneración y Presidente de la República", para que lo relevante en Hungría se achatara, anulara y desvaneciera. Le escribió a un amigo en quien fiaba expresándole duda confidencial sobre la conveniencia y el éxito de la anexión del país a los Estados Unidos de América, y la carta (¿interceptada?) fue entregada a Báez. Cosas del Diablo.

En la discusión el Gral. Hungría dejó de ser baecista. En rebozo de irritación se destiñó del *rojo* que en él fue adquisición tardía y en sus compañeros de la víspera era indeleble: les brotaba de la sangre... y, ¡se le acabaron las virtudes!

Luego de la discusión con su Excelencia, saliendo de la casa del Presidente reflexionó, cambió del rumbo habitual, caminó y días después pasó los umbrales del consulado de Su Majestad Británica, por cuya bandera quedó protegido. Entonces fue cuando sus correligionarios y compañeros de gobierno se dieron cuenta de que el General José Hungría era un hombre desprestigiado, calumniador, mentiroso, inepto, "desambrido", ladrón de méritos y cobarde ribeteado de traidor.

¡Cobarde el héroe de Macabón! Inepto aquel coronel a quien, por sus cualidades extraordinarias, seleccionaron y sobreimpusieron como jefe de generales para mandar el ala izquierda en la Batalla de Sabanalarga, la más sangrienta que se ha librado en las Antillas. ¡Cobarde José Hungría! Valga la repetición: cuando el dominicano injuria carece de exactitud; es un extraviado por la pasión, no un notario que registra documento. Para los periodistas del gobierno, “cuatrero era Luperón” y José María Cabral, el héroe de Santomé, un cobarde: “el hombre de las invasiones y las frecuentes fugas”... El Gral. José Hungría podría seguir siendo tan valiente y honorable como antes de la discusión; pero al enojar a los partidarios del gobierno, separándose de Báez, era el más bajo y cobarde de todos los hombres, a juicio de los que horas antes lo reverenciaban.

El veterano General Dionisio Troncoso, rojo enterizo, vio y comprendió de súbito lo que no se habría atrevido a imaginar siquiera:

—“Las provincias, arruinadas por el desgobierno de Cabral y escandalizadas de los robos de Luperón y otros perversos de aquella camarilla, clamaban por la venida de Báez y le aguardaban como al Mesías que debía redimirles de aquella barbarie y servidumbre. No acierto a comprender la conducta del General Hungría, que mientras más se examina más asombra. Fue aceptado en el puesto de Jove Barrientos, el héroe y mártir de Guayacanes. A la cabeza del gobierno provisional, con cuyo carácter entró en la capital, el Gran Ciudadano le nombró Ministro de Guerra y Marina y... no estaba satisfecho con tantas distinciones y generosidades. Varias veces había oído decantar al General Hungría que se moría de hambre, porque el gobierno jamás le había pagado un mes de su haber, como Ministro, viéndose obligado hasta a vender los gemelos de sus puños para llenar sus necesidades”. “Ha debido ser el primero en trazar el ejemplo de la moderación y el desinterés”.

El General Manuel Altagracia Cáceres, Delegado del Gobierno en el Cibao, vino de su región y se expresó con menos comedimiento que el veterano Troncoso:

—“Ni acción, ni influencia ni ejecución alguna tuvo el General Hungría, y así lo afirmo sin exageración. No oyó silbar una bala ni quemó una sola ceba. Su puesto fue siempre la retaguardia. ¿Cuáles eran los amigos políticos que se le unieron al Gral. Hungría? —pregunta Memé Cáceres—. No tenía amigos... El escudo de su impopularidad fue el baecismo. Los baecistas no se unieron a él, ellos lo aceptaban. ¿Se batió alguna vez el Gral. Hungría? —sigue preguntando Cáceres—. No se batió... En Hato del Medio llegó a la acción cuando el enemigo iba en derrota. En Esperanza se derrotó sin entrar en acción. En Esperanza le dio un dolor misterioso al General Hungría”...

“Basta con lo dicho para que se sepa cuán equivocado se halla el General Hungría sobre su propio mérito. Sentiría que el público llegara a creer que no me valgo de la desgracia que el mismo general se ha proporcionado buscando hacerse interesante, presentándose como mártir”...

El General Francisco Antonio Gómez, Vice-Presidente de la República, igual que Manuel Altagracia Cáceres vino del Cibao en el término de la distancia y habló con el aplomo que cuadraba a un grande de la República, rojo purpúreo:

—“La noticia de un acontecimiento vergonzosamente célebre y raro al mismo tiempo, llegó a mí con la celeridad más extraña: esa noticia era el asilo del Gral. Hungría en el Consulado Británico, y su dimisión del destino de Ministro de Guerra y Marina. Esos hechos deplorables, cumplidos con notable escándalo, no admiten posible remedio. El Gral. Hungría, hoyando la verdad histórica y trastornando los acontecimientos, usurpa en su beneficio ajenas glorias y, como si no fuera bastante, calumnia el valor triunfante”.

El Vice-Presidente Gómez y los generales Cáceres y Troncoso escribían con la misma pluma y tenían idéntico estilo, cálido, armonioso, elegante y diestro en la expresión de la diatriba. En la abundancia y perfección de calificativos injuriosos se confundían con el diestro prosista y poeta Don Félix María Del Monte, Ministro y vocero del Gobierno. Es lástima que esos tres generales no publicaran libros. Gómez columbró, según puede deducirse de los hechos precitados, más allá de una calumnia: en término perceptible, “bastardas y criminales aspiraciones”. ¿Osaría el general asilado, con “bastardas aspiraciones”, pretender igualarse al “Regenerador” de la Patria poniendo sus miras en la presidencia de la República hambrienta, sustituyendo al fundador de un partido político formidable? Agrega el Vice-Presidente:

—“El General Hungría, como hombre de detalle en lo material, como voto en el “Consejo de los generales”, prestó servicios; pero no combatió jamás con el enemigo ni tuvo ocasión de probar el alcance de su rifle. No desplegó conocimiento estratégico, ni pericia militar, ni práctica rutinaria, ni valor común”.

Sobre el caudal de ataques demoledores, expresados por Gómez, Cáceres y Troncoso, flota el interés de consolar al “Gran Ciudadano, Jefe de la Regeneración Nacional”, Don Buenaventura Báez, de una pérdida difícilmente reparable, como la del Gral. Hungría. Además, palpita en los desahogos disimulado temor de que pudieran sospechar que los vínculos políticos y privados de los declarantes y de otros prominentes cibaños no quedaron rotos y sin remiendo posible con el prestigioso Ministro desertor.

¿Pero qué motivó la renuncia del Señor Ministro de la Guerra? ¿En qué discreparon él y su presidente llegando hasta discutir con palabras avinagradas? Los adversarios del baecismo murmuraron que Hungría no estaba de acuerdo en persistir en que los dominicanos pasaran a ser colonos de una nación de

origen e idioma extraños. Él era blanco de ojos azules; pero español, orgulloso de su raza. Entonces, ¿por qué firmó el Decreto invitando al pueblo de Santo Domingo a hacerse colono norteamericano, para arrepentirse y verse obligado a asilarse en setiembre del mismo año?

El Presidente Ulises Grant había pedido en 1869 la ratificación del Tratado de la anexión de Santo Domingo, sin éxito. Antes del rechazo del Senado de EE.UU. de América, en New York, en el Instituto Cooper celebraron un *meeting* en el cual pronunciaron entusiastas discursos anexionistas. Luego del rechazo, hasta España, *vuelta perro del hortelano*, reprobaba la anexión en periódico editado en Cuba.

Báez no procedió subrepticia y maliciosamente, como el General Santana, para enajenar el país: él fue (no es delicado emplear la palabra cínico) franco para llevar a cabo la deshonra nacional. En la última Memoria que rindió el Ministro Hungría, en seguida de llamar "latro-guerreros" a los que a mano armada protestaban en el Sur del territorio; a Cabral, precisamente, "faccioso de profesión" y a Luperón "jefe de pandilla de piratas albergados en un vapor", mencionó "el desinteresado servicio que le vienen prestando (al gobierno) los vapores de guerra y avisos de la Gran República norteamericana". Hungría fue sin duda tardío para arrepentirse... Pero se arrepintió de una manera ruidosa.

En los ataques de Hungría a Cabral, Andrés Ogando y Luperón, igual que en los improperios escritos por Gómez, Cáceres y Troncoso contra Hungría, hiere la pluma con elocuencia semejante a la de Don Félix María Del Monte. Los tres generales son cautelosos en el disimulo de la causa de la ruptura. Gómez dijo, sin embargo, que Hungría incurrió en "crimen de lesa verdad al decirle al Senado que él no había sido nunca Ministro, puesto que se le había negado participación; "de la causa que lo llevó al consulado británico nada diré, porque no me toca hacerlo". El Gral. Dionisio Troncoso supuso que el Gral. Hungría había "perdido la fe"...

El Gral. José Hungría no se mordió la lengua. Desde el consulado británico le echó en cara a los orgullosos y jactanciosos rojos algo de lo mucho que le debían. Al "Gran Ciudadano", a los generales prominentes, en la exposición al Senado les disparó flecha de Partos:

—*“Estalló una revolución en Montecristi que las fuerzas del Gobierno de Cabral aniquilaron, costando la vida de Barrientos. Los otros generales trataban de salvar sus vidas... para bien de la Patria”.*

En tan crítico momento llegó él, José Hungría. A tal noticia:

—*“Todos sus amigos políticos (no los del baecismo) se le unieron y de ahí, sintiéndose fuerte para vencer, tuvo la suerte de que la Divina Providencia le dejara conducir la revolución hasta los muros de la capital”.*

¡Casi no necesitó a los baecistas... el General Hungría!

En la última flecha disparada por los Partos estaba el mayor peligro. En las palabras finales de Hungría hubo veneno suficiente para enfermar de furia y despecho a todos los rojos.

¡QUÉ DE TUS GLORIAS FUE!...

“El General de División Don Buenaventura Báez, Gran Ciudadano, Jefe de la Restauración Nacional y Presidente de la República Dominicana”, declaró abiertos los comicios por Decreto del 16 de febrero de 1870, para que los varones de edad cumplida concurrieran a expresar “categóricamente la voluntad de unirse a la Gran República de los Estados Unidos de América”. Ya en noviembre de 1869, representantes de las dos naciones interesadas habían apreciado los beneficios mutuos de la anexión, concretándolos en convenio preliminar.

El Poder Ejecutivo dio el apresurado decreto, para el plebiscito, “a fin de que nadie ponga jamás en duda la legalidad intrínseca del acto”, y haciendo pensar que el país pasaría a ser un Estado de la Unión, no una colonia, sin que opusieran reparos los miembros del Senado de los Estados Unidos. Allí no pensaban de idéntica manera.

El principal vocero del Gobierno Dominicano, el que en el *argot* de la política actual se diría Ministro de Propaganda, fue Don Félix María Del Monte, buen poeta, escritor de prosa vívida, orador de verbo ardiente, jurisconsulto afamado, alma de claros entusiasmos, carne encendida de pasiones y político de un hervor patriótico trastornado en la plenitud de su carrera. Contra el dominio de Haití estuvo al lado de Juan Pablo Duarte, y entonces, nadie fue más autóctono que él. Frente a España siguió idealmente a Francisco del Rosario Sánchez hasta el Calvario de San Juan de la Maguana, y nadie expresó

más recóndito amor patrio ni tuvo voces más doloridas que él. Desde la exclamación elocuente y fina:

*¡Qué de tus glorias fue, mustia heredera
del infortunio!....*

hasta el designio popular:

*Para ser siervo en la tierra
vale más meterse a muerto,*

dio expresión a los más puros y radicales sentimientos nacionalistas. Seis años después era el vocero de la anexión de la Patria a los Estados Unidos de América. La elocuencia, en la cual vaciaba él casi toda el alma, enronquecía como bordón de instrumento destemplado.

¿Qué explicación, de apariencia circunspecta, podría dársele al cambio que hizo a Del Monte mantenedor del propósito frustrado? La guerra civil, larga y destructora, reaparecía culminando en todo género de males. Tendía a ser incurable, cual lisiado de nacimiento. La fortuna de particulares, restañada apenas después de incesante batallar durante 17 años con Haití, fue aniquilada por españoles y dominicanos en la devastadora guerra de la Restauración de la República, y sus restos, sus débiles troncos retoñando a medias, eran promesa insegura como la vida. La penuria del Gobierno, sobresaltado por las invasiones esporádicas de Luperón, de continuo amenazado por Pimentel desde la frontera noroeste, y constantemente combatido por Andrés Ogando y José María Cabral, el guerrillero más diestro y tenaz, (si exceptúan a Máximo Gómez) que ha tenido la nación, se manifestó por causa de la separación del General José Hungría, Ministro de Guerra y Marina. El General Dionisio Troncoso reveló esa miserable realidad envuelta en injurias al amigo y correligionario de la víspera, al decirle públicamente que se quejaba de que "no le habían pagado ni un mes de sus haberes habiéndose obligado a vender los gemelos

de sus puños para llenar sus necesidades”, que se quejaba en vez de “dar ejemplo de moderación y desinterés”. Confirmó la amarga y vergonzosa verdad el Ministro de Hacienda publicandole nota detallada de cuanto al Gral. Hungría se le había dado a cuenta de los sueldos atrasados. En la lista aparecen multiplicadas las libras de carne y el número de panes que el Ministro de la Guerra se comió, y hasta el *gas* (petróleo) y las velas de esperma que alumbraron sus penalidades; pero no anotaron ni un centavo en moneda efectiva... Y si al Ministro de la Guerra no le podían pagar sueldo, es lógico deducir que los demás empleados públicos estaban soportando las más duras privaciones.

La anexión prometía el descalabro de Cabral, Luperón y sus secuaces, monedas de oro para pagar los sueldos acumulados y los corrientes y, sobre todo, paz, la paz que parecía estarse perdiendo para siempre. El propósito fatídico del remedio, de la anexión, visto así, *de peralto*, se sustentaba sobre esperanzas económicas.

Para convencer de los beneficios de la anexión de la Patria al mismo pueblo que le había cercenado la cabeza a un general representativo del Imperio de Bonaparte, luego de destruirle las tropas en batalla fulminante; para convencer de las excelencias de ser colono *yankee*, por más que abultaran las ventajas, a los que seis años antes prefirieron reducir ciudades a ceniza, batiéndose contra el dominio de España, la progenitora, por vivir independientes, se necesitaba un orador que tuviera la palabra abrumadora de Emilio Castelar y la autoridad de los antiguos profetas.

Don Félix María Del Monte no era un Castelar ni un Isaías; pero tanteó la ponderosa carga. En el *Boletín Oficial* fue el vocero sin descanso de la repugnada causa. En varios números se enumeraban y le enseñaban al pueblo dominicano los beneficios de formar parte de “la poderosa unidad” y “el desarrollo súbito, instantáneo, imponderable”, que el país iba a adquirir; y “la influencia, el poder, y la fuerza, con los cuales no se podría soñar jamás, a no ser en medio del desorden cerebral de un delirio”. Se iba a “asegurar la paz, el progreso, la consideración general y todos los beneficios que resultan de la tranquilidad, del orden y del trabajo”. Santo Domingo ganaría “libertad, derechos, ciencia, artes, felicidad”.... Era “ley de civilización

humana: hombres, pueblos, humanidad, ¿qué cosas son sino máquinas al servicio de la Providencia?"

Y Neiba, y San Juan de la Maguana, y Las Matas de Farfán, no querían entender eso ni aceptar tantas ventajas. Y jóvenes de familias capitaleñas, de las más distinguidas, se iban al Sur a repudiar la anexión bajo la autoridad de Cabral y a las órdenes de Andrés Ogando, calificado de "latro-faccioso". Desde la línea fronteriza del Noroeste embestían, rechazando la anexión, Pedro A. Pimentel, Gregorio Luperón y otros seguidores, sobrados de patriotismo y carentes de recursos.

Paralelo a la propaganda pro-anexionista derramaba el *Boletín Oficial* raudal de injurias contra los que protestaban desde la manigua. El 18 de febrero de 1870, grupos del baecismo, "ciudadanos de aquellos que piensan con su cabeza y tienen que perder", recorrieron las calles principales de Santo Domingo precedidos de la banda de música, conduciendo la bandera nacional y la norteamericana, "dando vivas a la República modelo"¹.

El 27 de Febrero de 1870 fue celebrado "con muestras de regocijo público". Don Félix María Del Monte pronunció un extraño discurso, asegurando:

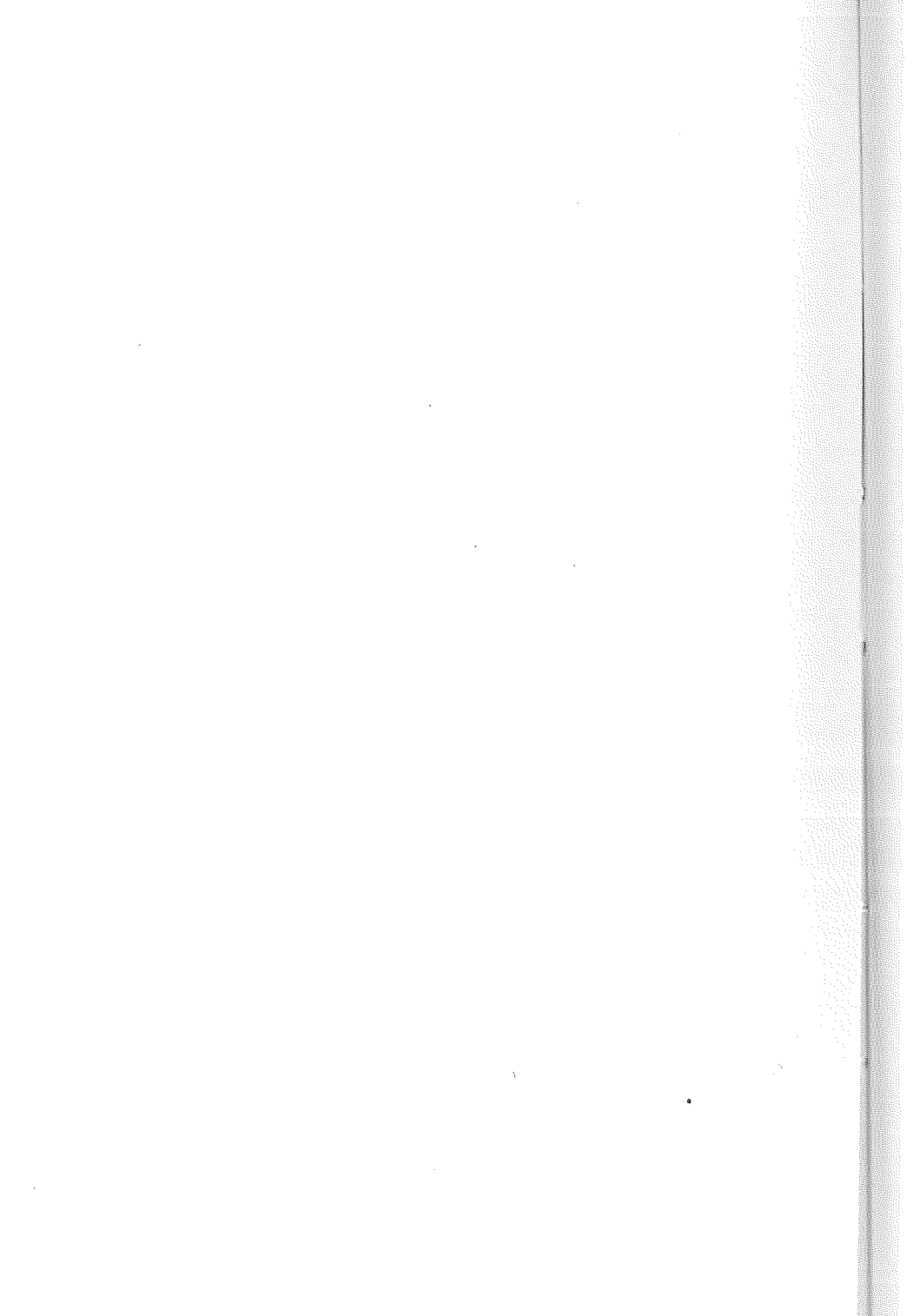
*"El 27 de Febrero será eternamente el más noble y grandioso pensamiento de nuestra Patria, y la unión de la Gran República Norteamericana la continuación de ese pensamiento, ampliado, mejorado, enaltecido, depurado de utopía". "La Patria de Febrero va a ceñirse el manto de púrpura que visten sus hermanos los demás Estados federados. Los falsos profetas, que antes maldecían, exclamarán con Balaam: ¡cuán hermosas son tus tiendas, Israel! ¡Cuán generosa y feliz vuestra administración, oh, vosotros, los que en vez de dejar perecer a la Amazona del Yaque y del Ozama buscasteis dignamente hermanos poderosos!"*².

1. Subrayado en el original.

2. Archivo del Lic. Damián Báez B.

Los gobernadores de provincias dieron gritos jubilosos de consigna:

“¡Viva la Unión Americana! ¡Viva el 27 de Febrero!” Pero en la vieja Santo Domingo tuvo el Comandante de Armas José Caminero que encargarse de vociferarlos, porque el gobernador Damián Báez, hurafío y prudente, cada día se estaba sintiendo más criollo.



LA ENTREGA DE SALNAVE¹

Entre Enriquillo y Cabral se levanta la Cordillera del Bahoruco obstruyendo el comercio de la gente. Vereda angosta, trilla de indios, regateaba el paso en los tiempos de sequía y a trechos quedaba ciega en los períodos lluviosos. En viniendo se asciende con insensible avance, hasta el pie de Las Dos Palmas, loma eminente. Se trepa, desde ahí, con trabajoso faldeo. De pronto, en brusca recurva, se alcanza a ver detrás una llanura que no tiene fin. Ante la visión inmensa al escotero joven se le infla el pecho y se le ensancha y fortalece el ánimo. Sigue la ascensión difícil hasta dominar el *Maniel Viejo*, encrepado espinazo de un ramal altísimo de la sierra. Se anda sobre breve llano y a poco, en desguindada violenta, se baja por la *Trepá Colorá* a *los Arroyos de Polo*, y al abra de *Polo*, en donde los árboles tenían ficticio grosor, gordura que exageraban verdinegras adherencias: costra de lama, yedras y parasitarias. Calaban la humedad y el frío, hasta llegar a *El Puerto*, y no había refugio, finca, ni vivienda de monteros. Ahora el terreno se cubre de cafetales.

Por ahí venía Silvain Salnave con su columna, con su tropa. Anduvo de Pedernales a Sansón por árida tierra, por sendero de castigo, apartando guazábaras y cactus agresivos, y el *Tivisí* que desgarrar vestido y piel. Pisó sobre múcaras agrias, puntigudas, que raen y destruyen el calzado del hombre y la pata del bruto. Pasó bajo sol tórrido, del calor que agobia a frío de

1. Ampliado en la segunda serie.

cumbre. Martín Saco le hizo creer, por error o por designio avieso, que el Puesto Cantonal de *Petit-Trou* (Enriquillo) estaba defendido por *azules* y que Rincón (Cabral) era en aquellos días *tierra de nadie*. El Presidente Salnave mandó al *rojo* Antonio Tejeda (uno de Yaguata que venía en su escolta) a llevarle aviso a Valentín Báez, gobernador de Azua, para que facilitara el tránsito, y se dejó guiar por tan extraños lugares; pero en Rincón estaban Benito y Andrés Ogando y en vez de alertar a Valentín Báez se previno a los adversarios. Tejeda, su mujer Juana y hasta el niño de diez años, Victoriano, que iban con él, fueron registrados, examinados y, finalmente, en el ruedo del pantalón le descubrieron la carta-aviso de Salnave. Tejeda fue enviado a Las Salinas de Neiba, sometido a un Consejo de Guerra y fusilado. El Gral. Vidal Guitó salió inmediatamente con cien hombres armados hacia el abra de *Polo* a cerrar el paso. Detrás de Vidal y otros de sus seguidores.

"La entrega de Salnave" perdió con el tiempo el interés periodístico, el calor de lo inmediato, que aún en los días de Miguel Ángel Garrido y Marco Antonio Cabral apasionaba. Ha entrado en académico reposo. Ningún peligro de suscitar controversias priva el examen y sólo el miedo de provocar bostezos cohibe al comentarista.

El haitiano General Saintonge fue compañero del Presidente Salnave en *vía crucis* que recorrieron, aunque no llegó al Calvario. Escapó y trazó relato, sudando angustia y punzado de dolores que le parieron injurias y tremendos anatemas. Los jefes *rojos*, dominicanos, tradujeron bien el precioso documento, firmado por él, y lo publicaron en el *Boletín Oficial* No. 102 para hacerlo perdurable.

Saintonge explica en substancia: 1° Salnave evacuó Port-au-Prince y llegó hasta Jimaní con 1,500 hombres de armas, a los cuales se agregaron hembras familiares. Desde Jimaní le escribió al jefe revolucionario que mandaba en Neiba "pidiéndole libre acceso" para pasar con su tropa a la ciudad capital de Santo Domingo. 2° No tuvo pronto respuesta; recapacitó y retrocedió hasta *Saltrou* con el propósito de reaccionar, robusteciendo su columna con la tropa mixta (de haitianos y dominicanos) que asediaron a Jacmel, dirigida al principio por Jerónimo del Rosario y finalmente comandada por el *rojo* Tomás Cristo y generales de Haití. 3° En la cercanía de *Marigot*

tuvo información de que sus parciales habían sido vencidos y Tomás Cristo capturado y fusilado: volvía atrás y los de Nisage lo alcanzaron y derrotaron en *Anse a Pitre*. 4º) Cruzó el Pedernales, por la desembocadura, con su columna reducida a no más de 1,000 a 1,200 hombres, y emprendió el estrecho, tortuoso y ríspido camino de *Petit-Trou* (Enriquillo); pero en llegando a la Sabana de Sansón torció rumbo y anduvo cruzando cerros y sitios de montería hasta llegar al abra de *Polo*, en donde lo atajaron los bandidos de José María Cabral, contra los cuales peleó forcejeando por abrirse paso. La lucha duró parte de la noche del 7 de enero de 1870, continuó con intermitencias el día 8, se reanudó por la noche de ese día y el 9, después de matar a Vidal Guitó y de perder generales, oficiales y soldados suyos, herido en un brazo, Salnave se rindió, o cayó prisionero. 5º) Fue conducido a Las Salinas de Neiba en donde quedó a merced del jefe de *los bandidos dominicanos*.

Hasta ahí el relato de Saintonge. Marco Antonio Cabral explica que a Salnave lo atajaron y, combatiendo, lo capturaron los *azules* (no habla de bandidos) perdiendo la revolución al General Vidal, que al principio los dirigía; pero olvidó anotar cuántos oficiales y soldados dominicanos quedaron muertos o fueron heridos.

Los *azules* y los *rojos*, los *cacós* y los *sandolios*, tuvieron notable capacidad para decir y escribir injurias.

* *
*

José María Cabral, en la guerra por la libertad de la Isla, era aliado y amigo de Nisage, vencedor en Haití; y Nisage, a continuación de su triunfo, pasaba a ser el protector de la revolución dominicana, consciente de que contrariaba a los presidentes Ulises Grant y Buenaventura Báez en su propósito de anexar el territorio dominicano a los Estados Unidos de América. Salnave era el enemigo manifiesto de los dominicanos que mantenían la protesta armada, opuestos a la anexión: era el aliado de Báez. Una columna de guerreros baecistas pasó la frontera en victoriosa marcha desde el Pedernales hasta Jacmel,

para ayudar a sostener a Salnave en la presidencia de Haití. Él no llegó a Las Salinas de Neiba como refugiado político, solicitando amparo, ni fue conducido ante el gobernante de un Estado. Primero cruzó la frontera "pidiendo libre acceso" para pasar con 1,500 hombres armados a Santo Domingo, por entre revolucionarios. Como medida preliminar, no dejó ni entregó las armas, ni licenció la tropa que le era adicta y le obedecía, sino porfiaba por llegar adonde su aliado para volver al desquite. Luego de retroceder en busca de sus partidarios que en Jacmel comandaba Tomás Cristo, no reapareció precedido por bandera blanca: vino detrás del emisario que le envió al gobernador rojo de Azua solicitando que le facilitara el tránsito. Seguía siendo el enemigo de la Independencia de la República Dominicana, el aliado del Presidente Buenaventura Báez cuando éste se afanaba por imponer la anexión. Pugnó por abrirse paso matando a hombres de guerra, defensores de nuestra soberanía, que obstruían el camino, y exponiendo a los suyos a la muerte. Tras la rota de *Polo*, si era libertado, la Independencia de la República Dominicana se perdería pasando a ser colonia de los Estados Unidos de América, porque el Presidente Nisage cesaría de favorecer la causa de la justicia y se volvería indiferente, o un secreto adversario, convencido del peligro a que Haití quedaba expuesto desde que en Santo Domingo gobernara una gran potencia. No tenía José María Cabral recursos para prescindir de la cooperación del presidente de Haití, ni protegida mansión, ni fuerza bastante para guardar al derrocado presidente que contaba con el apoyo de los mandatarios del gobierno anexionista, que era su aliado, y con partidarios en Haití, vecinos de la frontera. Hasta el mismo terreno que pisaba Cabral se perdía y lo recuperaban alternativamente en fatal guerra de manigua. Como jefe de una revolución, en guerra de Independencia, tenía por ley y finalidad supremas la salvación de la soberanía dominicana y erradicar de la Isla el daño nuestro que conllevaba, en germen, amenaza grave contra la integridad de Haití. No había jurado Cabral respetar tratados y leyes, y hasta podría abrigar intento de revolucionar el pacto fundamental de la República. *El caso Salnave* se ensanchaba en ley no escrita, en problema de conciencia; pero como problema de conciencia se redujo y concretó en un dilema de negras extremidades: la pérdida de la soberanía de la Isla, o el

desprestigio, para los extraños al conflicto, del general en Jefe de la Revolución. Pero el General en Jefe era José María Cabral, el héroe de *Santomé*, el héroe de *La Canela*. Llamó, reunió, consultó y oyó el parecer de sus compañeros en el ideal, y sobre el concepto común de reputación quedó situada la independencia de la República. Entregó a Silvain Salnave. Entregarlo no implicaba petición de que lo mataran. La resolución de su muerte correspondió a Haití y discutir el lastimoso episodio ocurrido más allá de la frontera es temeridad que no cabe en un capítulo.

* *
*

No es demasía reiterar para esclarecer. Con motivo de la captura de Salnave, en Las Salinas de Neiba se reunieron prominentes revolucionarios, antianexionistas, y se dictaminó sobre su entrega a los aliados en Haití triunfantes. Estuvieron presentes:

—*Francisco Gregorio Billini, Juan Ramón Fiallo, Simón Brea Tejeda, Ildefonso Henríquez y Carvajal... los generales y coroneles Pedro Valverde y Lara, Manuel María Castillo, Marcos Adón, Anselmo González, Manuel Henríquez y Carvajal, Fidel Rodríguez Urdaneta, Blas Zorrilla, Luis Felipe Dujaric... y, haciendo ponderar en los ánimos la muerte del Gral. Vidal Guitó y de oficiales y soldados caídos en el abra de Polo, los generales Andrés y Benito Ogando....*

que aportaron el mayor número de combatientes, hasta morir ellos mismos en una de las más difíciles guerras de liberación. Si hubo opinión discrepante en aquel jurado de hombres libres, y armados, ninguno de los sobrevivientes lo escribió nunca. Por votación, única, decidieron la entrega del que fue un mandatario sin clara idea de la soberanía de Haití ni de Santo Domingo.

Los miembros integrantes de aquel Consejo de Guerra se encontraron ante el riesgo inminente de perderse la independencia dominicana y frente al mandatario que estuvo a punto de menoscabar la soberanía de Haití con el propósito de arrendarle a un imperio joven y ávido *La Mole Saint Nicolá*.

Sutileza extemporánea sería interpretar ahora si menoscabo de soberanía envuelve traba, temporal o definitiva, de la soberanía.

La elasticidad que adquirió el terreno circunscrito a una carbonera, dilatada por la apetencia del adquiridor al arrendamiento de la gran bahía de Samaná, y de la bahía a la anexión del territorio nacional, la aprendió Cabral con espanto desde que tuvo que saltar atrás al llegar al borde del precipicio. La expansión, yendo de Samaná o viniendo de *La Mole*, fatalmente abarcaría a la isla entera. Lección inolvidable que hizo escribir a Don Ulises F. Esparillat:

—“*Las esperanzas que las pequeñas nacionalidades pudieron haber concebido de lógica protección... se frustraron, advirtiéndonos dolorosamente que... debíamos en adelante vivir llenos de zozobras, por la política invasora de la gran República*”.

José María Cabral actuó como presidente de aquel Jurado o Tribunal de Guerra. Si en la memoria de las últimas generaciones no se ha desvanecido el fundamento moral rebosante en la Proclama del austero iluminador de conciencias, primer colaborador de Francisco del Rosario Sánchez en los aciagos días preliminares de la Restauración, deben presumir que si la entrega de Salnave sólo hubiese dependido de él, sin vacilación tendría que prevalecer su *indolegable y vasto sentido de la independencia patria* sobre un sentimiento de clemencia común.

José María Cabral no vino al mundo a ser Juez ordinario: era un libertador. El libertador viene a *prender fuego en la tierra, ¡y qué ha de querer, sino que arda!*

DON VICENTE BALBÁS CAPÓ

Forma de la esclavitud tiene el agradecimiento. Quien de verdad agradece favor recibido es deudor que no acaba de pagar. Por eso saber olvidar constituye la virtud cardinal de los políticos...

Tales palabras, oscura expresión de un sentimiento turbio y dolorido, pretendían condensar un reproche a la indiferencia con que en Santo Domingo acogieron la noticia de la muerte de Don Vicente Balbás Capó, el pasional combatiente que puso su periódico y su inteligencia al servicio de la República Dominicana cuando ésta quedó sojuzgada en 1916.

Los Estados Unidos daban pasos preliminares para lanzarse a la guerra contra los Imperios Centrales. Actos de su previsión fueron medidas en apariencia contradictorias: ocupar militarmente la isla de Santo Domingo y halagar y callar a los *puertorriqueños*, liberalizando su *Status* colonial, tendían a idéntico fin. Se promulgaron leyes de emergencia, de interpretación elástica, contra los defensores tibios, contra aquellos delincentes que en un día arruinaban una empresa de millonarios y originaron, le dieron patente internacional, y pusieron de moda la palabra *sabotaje*, y contra todo el que de modo alguno trabara la acción de los Estados Unidos.

Don Vicente Balbás Capó fue, posiblemente, el primero de los que en el exterior se preocuparon por la suerte de la República Dominicana cuando iba a entrar en aquel penoso cono de sombras. Desde que en Puerto Rico se supo de la célebre *Nota de Noviembre*, aún sin haber sido publicada, Don

Vicente Balbás Capó comprendió todo el peligro y él y José de Diego promovieron una reunión secreta para estudiar en qué forma podrían ellos socorrer a los dominicanos. Pero desde la presentación de la referida Nota a la declaración de la Ocupación Militar transcurrió un año; se enfrió De Diego, agobiado de padecimientos, y la atención universal, esclavizada por la guerra europea no se cuidaba de las vicisitudes del pueblo dominicano.

Mientras tanto Balbás, erigido adalid de la raza, se obstinaba en divulgar nuestro infortunio desde las columnas del viejo *Heraldo*, que escribía él solo, costeaba él solo y hacía circular por todos los países de habla castellana. No se amedrentó, ni vaciló siquiera, al pensar en los riesgos a que exponía sus intereses, ni el peligro a que él mismo se exponía adhiriéndose de manera tan fogosa a la causa de Santo Domingo, que en su concepto era causa de raza y de alta justicia humana.

Una de aquellas leyes de emergencia prohibía que se utilizara el correo para hacer circular en la isla de Puerto Rico y en los Estados de la unión norteamericana cartas y papeles impresos cuya lectura se pudiera considerar hostil en forma alguna a la causa de los Estados Unidos de América. Don Vicente Balbás Capó compró uno o más automóviles "de segunda mano" y hacía que su periódico circulara desde Fajardo hasta Cabo Rojo. Ignoro cómo salía de la isla; pero circulaba en España, en Filipinas, y en cada una de las repúblicas hispano-americanas. Otra ley prohibía que se tuviera comercio con el enemigo. Balbás no era germanófilo y creo que sus simpatías se inclinaban a Francia; aunque aquella simpatía o inclinación era de penumbra, vaga, distante, platónica. La hubiera expuesto en términos corteses en los salones de una Academia... pero no era su causa, no era la que lo inflamaba. Promulgó el Gobierno la *Ley Johnes*, que extendía, aunque limitadamente, la ciudadanía de los Estados Unidos de América a los "Ciudadanos de Puerto Rico con derecho a la protección de los Estados Unidos". El isleño que no estuviera conforme con la nueva ciudadanía debía renunciar notarialmente a ella. Balbás renunció y quedó sin ciudadanía: ni española, ni puertorriqueña, ni norteamericana. Se llamó "paria de la raza" y *El Herald* creció en virulencia tal que metía miedo. Don Eugenio Carlos de Hostos, todavía oficial del ejército de los Estados Unidos, me aconsejó que no

publicara en *El Herald* ni le diera a publicar a Balbás nada relativo a la causa dominicana. Me permití insinuarle al viejo periodista que suavizara, que atenuara el diapasón de sus escritos. Se atusó el largo mostacho que usaba a la borgoñona y me dijo socarronamente:

—No, amigo mío, *los Estados Unidos no saben con quién se han mentido...*

Se habían *metido con él*. La causa dominicana pasó a un plano secundario. Entonces, cuando le dedicaban una columna en *El Herald* era para acrecentar las llamas del incendio en que él ardía y quería que ardiera el adversario. Un día lo hicieron comparecer ante la Corte Federal, —todavía coexistente con los tribunales naturales de Puerto Rico— y se le formó proceso bajo acusación de que estaba *comerciendo con el enemigo...* Yo no salía de mi asombro. ¡Cómo! ¿Don Vicente Balbás Capó era germanófilo, sostenía negocios con los alemanes? El licenciado Nemesio R. Canales, inteligentísimo jurisconsulto y mi fraternal amigo, me ilustró: —don Vicente Balbás Capó no es germanófilo y puede ser más francés que el mismísimo Clemenceau, dijo; pero según la corte Federal que sufrimos en esta isla está comerciando con el enemigo desde que se opone a que su hijo se aliste como soldado para servirle a la causa de la libertad...

Objeté: pero recuerde que Balbás y su hijo declinaron en renuncia pública aceptar la ciudadanía americana y, en justa lógica, no están obligados a defender la nación a que no pertenecen.

—Ese no será el criterio del juez que entiende en la causa —repuso Canales— y a Balbás no lo salva del presidio ni María Santísima...

Don Vicente Balbás Capó fue juzgado y condenado a cumplir... no recuerdo cuántos años de presidio en Atlanta, y a pagar cinco u ocho mil pesos de multa. Presenció el acto. El Señor Juez clavaba *su mirada azul* en el procesado y sonreía de una manera irritante mientras le hacía conocer el fallo, y Don Vicente Balbás Capó sonreía a su vez, sostenía la insidiosa mirada y se atusaba el largo bigote borgoñón. El abogado prestó fianza y apeló de la sentencia al tribunal de Boston. Balbás se paró frente a un gran mapa del territorio norteamericano y tenía fija la mirada en el lugar a donde iría a purgar sus

delitos, cuando el Señor Juez que lo acababa de condenar se le acercó y le preguntó con voz dulce:

—Mr. Balbás, ¿busca el presidio de Atlanta?...

—Sí, señor Juez, le respondió sonreído, y creo que allá no me irá mal...

En libertad bajo fianza, mientras esperaba el curso de la apelación, se aisló en su hogar vigilado por agentes de la policía secreta. En Europa los alemanes se mantenían a la ofensiva, y en la bella y pacífica isla se veía en Balbás a un enemigo. Afloráronse los vínculos de sus amistades. En su casa señorial de Santurce, tan frecuentada antes, había quedado solo. En el penoso aislamiento el corpulento y viril adalid se entretenía en escribir las bases de vasta asociación que él se proponía fundar y que trabajaría por la independencia de Puerto Rico, la desocupación de Santo Domingo y la unión de las grandes Antillas. Un día fui a verlo y, como su soledad me pareció muy contagiosa, di expresión a un sentimiento de pena. Debajo de sus bigotes se esbozó una sonrisa y la sonrisa se encendió en jovial ironía.

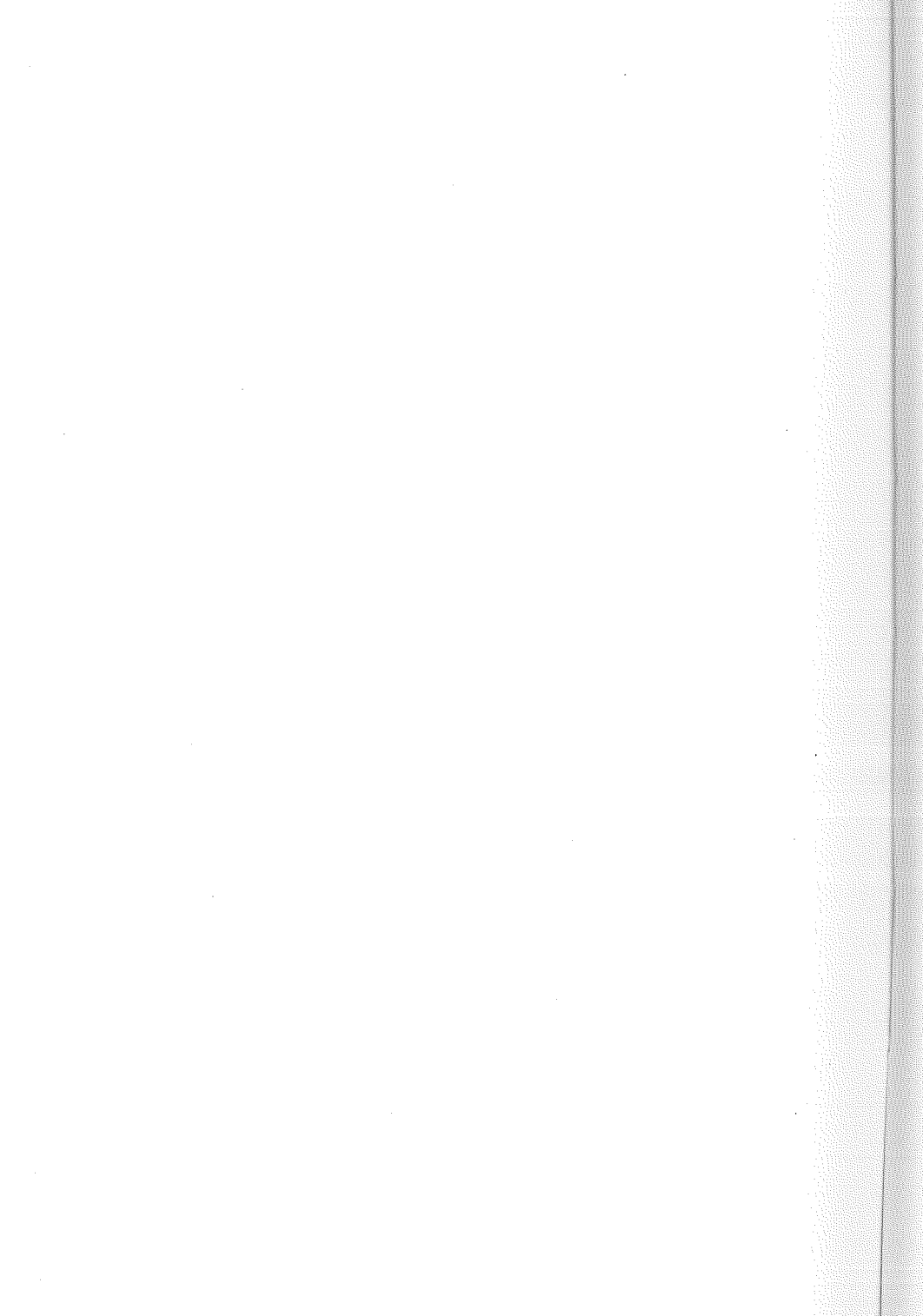
—“Oh, amigo! —exclamó—. El cañón de Cofresí, que tengo en la puerta apuntando contra los enemigos de la raza, va acabando por asustar a los amigos”....

La asociación que proyectaba no realizó el fin soñado y se deshizo cautelosamente; pero él cumplió los deberes que se impuso para con Santo Domingo. Tan pronto se inició en Cuba la colecta de fondos para que el Dr. Henríquez y Carvajal fuera a Versalles a explicar el caso dominicano, de espontáneo modo encabezó Balbás la suscripción y fue el colaborador más eficaz en Puerto Rico.

Don Vicente Balbás Capó era (de 1916 a 1920) como los últimos mamuts hace diez y ocho mil años: ejemplar sobreviviente de una especie que iba a desaparecer. Alto, rubio, recio, testarudo; polemista de voluntad indoblegable, periodista de combate más que expositor de ideas, tenía más de un español de la conquista de América y de un Capitán de los tercios de Flandes, que de un antillano desperdigado por las derrotas que sufrió España en Cavite y en Santiago de Cuba. Escribía versos que ni lo honraban ni lo deshonraban. Había sido Diputado a Cortes. En Madrid y en San Juan de Puerto Rico tuvo desafíos y se batió en varias ocasiones a espada y a florete, y parece que no podía exponer razones sino en tono de polémica.

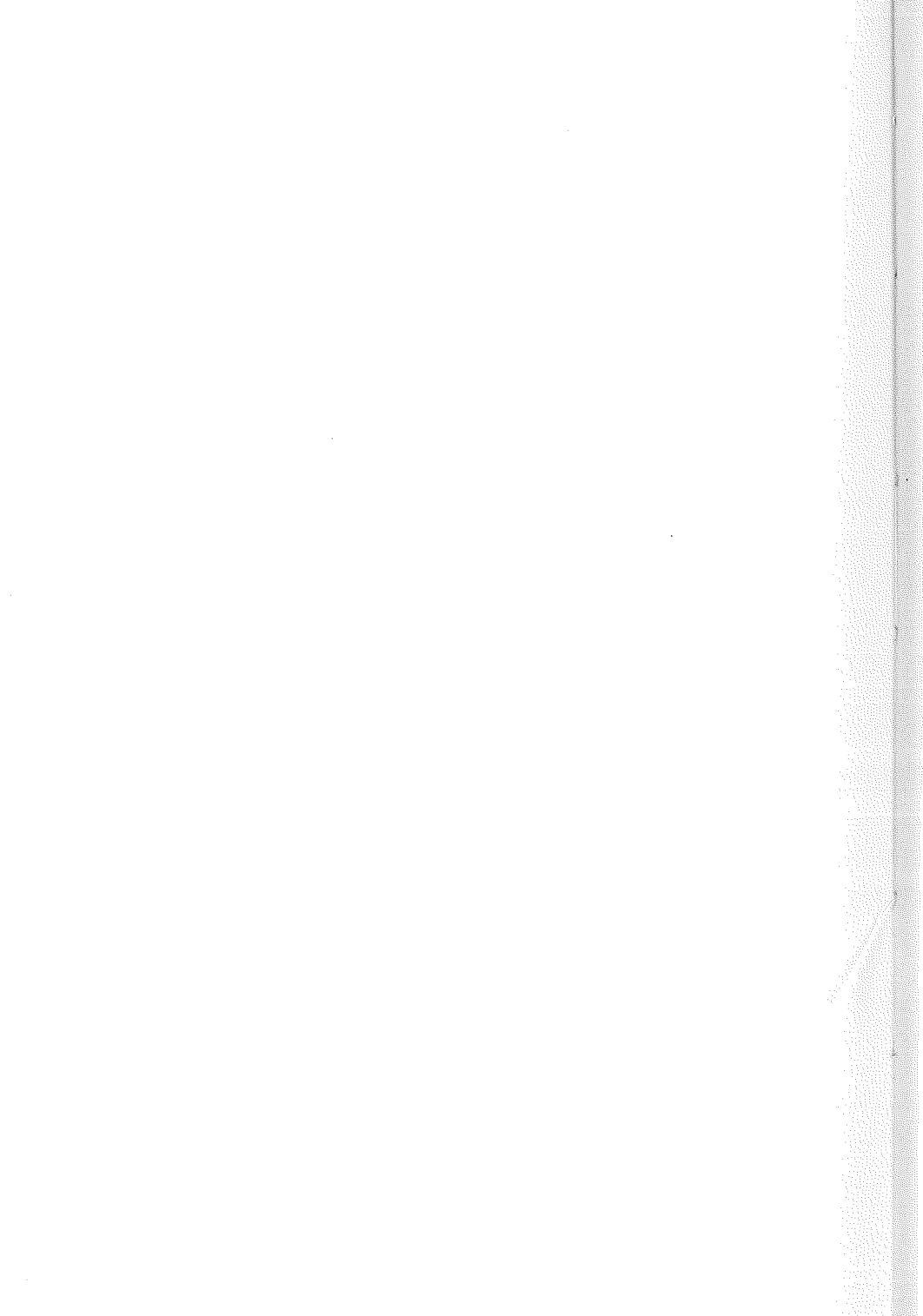
Emigrante, sin Patria, rumbo a Europa lo vieron salir de la isla vecina. Creo que la vieja Madre Patria lo acogió como a hijo bueno: y él, que no admitió la ciudadanía de los Estados Unidos de América, por consecuencia racial se decidió a ser súbdito de Su Majestad el rey de España.

Se rindió, por fin, a la muerte el invencible campeón, iluminado por sus bravos ideales, indiferente al agradecimiento del pueblo dominicano que él quiso ver libre. Pasa el tiempo, y se envejecen los hombres, las pasiones y los recuerdos. Murió el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, y morirán cuantos supieron de los sacrificios de Don Vicente Balbás Capó por la última restauración de la República Dominicana. Ni una calle, ni un camino, ni una escuela hacen recordar su nombre.



COMENTARIOS A LA HISTORIA DE JEAN PRICE-MARS¹

1. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1955.



En ocasión de cumplir y celebrar Haití 150 años de independencia se encargó de escribir su historia un publicista de esclarecido nombre: el Dr. Jean Price-Mars.

La nombradía, la fama merecida de un escritor, incita siempre la curiosidad de los aficionados a leer, a conocer su última obra. La última del reputado y pulcro estilista antillano está siendo centro de comentarios verbales entre extranjeros y quizás más de uno la reservará para consultas: por los numerosos documentos que contiene y, sobre todo, por el prestigio de la firma que la respalda. Para los dominicanos, naturalmente, reviste interés más significativo.

La historia, cualquier historia, aunque la enmarquen en el concepto más reducido, será cuando menos el relato de los sucesos dignos de memoria de una vida, de una familia, o de una sociedad humana. A veces la ensanchan y abarca el mundo. La de Monsieur Price-Mars fue planeada y llevada a término con ambicioso designio. Comprende (y se intitula así) *La República de Haití y la República Dominicana*. Es un estudio de los orígenes y formación de los dos pueblos, de las luchas de ambos por la independencia y de la necesidad vital que durante un período tormentoso forzó a Haití a imponer su hegemonía en la unión de los dos pueblos, de idiomas y tradiciones distintas, y de las causas adversativas que separan a las dos familias residentes en una isla. Con percepción y preocupación agudas, el autor se excede, rebasa el ámbito en que comprende sucesos pretéritos: mira a su modo el

presente y se sobresalta al escrutar con grima las sombras de lo porvenir.

Haití ha tenido hombres cultísimos, que se preocuparon a tiempo por dejarles un legado a los sustitutos, a los que a su vez pudieran ser orientadores de subsiguientes generaciones. Así se ha formado en su seno una élite, de conciencia adulta. Sobresalientes en esa rama del saber, fueron los señores Beaubrun Ardouin y Tomás H. Madiou, consultados en Santo Domingo. Ahora se empina en el vértice del triángulo el Dr. Price-Mars, con dos volúmenes ejemplares, escritos con sostenido nervio, léxico rico y palabras cálidas y emocionantes que sólo dejan la síntesis para encender ironías: facultad magnífica, que punza al lector y lo mantiene atento, con la intención de que pueda apreciar mejor el valor de los documentos (alguno hasta hoy no revelado) insertos en esta historia. En todos los capítulos abundan reflexiones muy sugerentes, y aun los asuntos ya conocidos impresionan como si fueran nuevos, levantados ahora por la autoridad, análisis penetrante, juicio firme y rigurosa disciplina científica del autor.

Por su índole y trascendencia, por los asuntos de cancillería contenidos en los dos volúmenes, por la templanza y corrección formal que lo harán duradero y hasta por la fecha escogida para lanzarlo a la publicidad, se sobreentiende que este libro no se entregó a imprimir sin previo examen y aprobación de los gobernantes de turno en el vecino Estado. Por esto alcanza primordial interés para los dominicanos. Ninguna consideración ni sentimiento extraños deben desviar al lector de aquí del título de la obra: es una historia tanto de Haití como de la República Dominicana. Ilustra y mantiene vivo el recuerdo de cómo los haitianos han creído que es necesidad vital de su desarrollo y existir libre, extender y mantener su dominio sobre el territorio entero de la isla marcando las fronteras con los límites del circundante mar, bajo un lema preciso y atizados por sí mismos y para ellos con el *slogan* de: *una e indivisible*.

En Haití la historia escrita por el Dr. Price-Mars podrá servir de texto en determinados institutos, preferentemente en los de enseñanza militar. A los mismos dominicanos les enseña cuánto le somos a ellos deudores por ayudarnos en cruentos días de vicisitudes. Y aunque de pronto al lector sereno le parezca contradictorio y hasta increíble, en sentencia final entraña un

sentido de apelación, de denuncia ante los pueblos de América, presentando a la República Dominicana como sujeto de discriminación racial, de fatal e incorregible prejuicio que viene evitando la convivencia del *buen vecino*, armónica y duradera.

En su precioso conjunto, detalles así, pequeñas espinas, lastiman la simpatía que del lado allá de la frontera deben tenernos y hacen que se empañe momentáneamente nuestra general admiración al eminente Monsieur Price-Mars, y tienden a aflojar el apego que un crecido tanto por ciento de los que en Santo Domingo sienten por los haitianos buenos.

Aplaudir lo que se levanta y aparta de lo vulgar del lado de allá de la raya fronteriza, es deber de quien no anda listado de envidia, y contribuye a fortificar afecto.

¿Cuáles son los capítulos que emocionan más y más entusiasmo y aprobación inequívoca despiertan en la historia escrita por el Dr. Price-Mars? ¿Cuáles fueron las causas profundas, y las aparentes, opuestas a que la unión de los dos pueblos fuera perpetua? ¿Qué ideas y augurios afirman y excitan a universal repudio?

Quizás si en la manera de enfocar motivos y de exponer razones no siempre estén los dominicanos acordes con el eminente historiador de Haití.

* *

*

Cuando Jean Jacques Dessalines asombraba al mundo con el heroísmo de sus legionarios y luego de humillar a Rochambeau proclamaba que los límites de la nación que estaba fundando confinaban con el mar, se dignó recibir en audiencia a contados representantes de la familia dominicana. Fueron o irían a él ansiosos por averiguar si la libertad y la igualdad haitianas podrían extenderse a los habitantes “de la parte del Este, (dueños) de una herencia espiritual apreciable por la persistencia de la lengua, de sus costumbres y de sus tradiciones”.¹

En aquellos días azarosos un gobernador, representante de Napoleón I, incitaba a los dominicanos a cazar negros rebeldes

1. Jean Price-Mars: *La República de Haití y la República Dominicana*.

y a capturar a los de ambos sexos que no pasaran de la edad de catorce años.

Los capturados serían propiedad del capturador. Hembras y machos, mulatos y negros indistintamente, deberían ser obligados a trabajar persuadidos a latigazos, o vendidos en subasta para la exportación.

Dessalines, de ánimo grande, oyó a los dominicanos y se inclinaba a admitir bajo su protección a los que “por movimiento espontáneo del corazón” se alinearan bajo su obediencia, “se subordinaran a él, que sabría darles pruebas de su solicitud paternal”. Pero... “un sacerdote fanático” insufló y atizó la rabia en los que ya el gobernador Ferrand había “destilado el veneno de la mentira y la calumnia”. Y esos, “seducidos por insinuaciones pérfidas, osan ultrajar mis bondades”.²

—“¡Españoles! (dominicanos) —clamaba Jean Jacques Dessalines— reflexionad. En el pretil del precipicio abierto a vuestros pies, ¿os salvará ese sacerdote energúmeno, cuando, con el hierro y el tizón en la mano, yo os persiga hasta vuestros últimos reductos? ¡Ah!, sin duda sus rezos, sus muecas y sus reliquias, no podrán detenerme en mi carrera”.

—“¡Españoles! (dominicanos): a vosotros me dirijo, únicamente porque querría salvaros; a vosotros, que no existiréis sino en cuanto mi clemencia se digne preservaros”.

.....

“En una palabra: vosotros sabéis lo que yo puedo, vosotros sabéis a lo que yo me atrevo: pensad en vuestra salvación”.

En cuanto al representante de Bonaparte, “oficial tan vano como impotente”, y al “grupo de bandidos que él comanda, pronto serán sepultados bajo los escombros de vuestra capital”³.

El representante de Bonaparte era “tan vano como impotente”, y Dessalines, cuando provocaban su furor y le negaban a él y a los suyos el derecho a vivir libres, se volvía tremendo.

Aquellos dominicanos habían llegado hasta el jefe de Haití ansiando explorar en qué condiciones podrían sobrevivir en la tierra de sus mayores, en caso de sumarse y seguir a los funda-

2. Ibid.

3. Ibid.

dores de la nación nueva compartiendo sus azares y esperanzas. Tavares, agente de Dessalines, y alguno más, estaban ya decididos. Los demás, luego de ver y conocer al dirigente de Haití, armado en guerra, creyeron entender el significado de la proclama henchida de amenazas y regresaron a sus hogares turbados de compungimiento, con el convencimiento de que la igualdad y la libertad para los autóctonos del Este de la Isla implicaban sumisión incondicional, completa. Si trataban de huir del francés caerían bajo el yugo de los libertos.

Dessalines era un intuitivo, admirable como guerrero, pero no hay que levantarle el falso testimonio, después de siglo y medio, de que tuviera los modales finos y la previsión de un L'Ouverture. Los geniales no abundan. Miró a los dominicanos, pocos y desarmados, con el orgullo desbordado en su proclama de libertador y conquistador: no le éramos necesarios. Tenía a sus órdenes 50,000 hombres fanatizados. En su mente y en la voluntad ya expresa, el territorio de Haití confinaba con el mar. La voluntad, encendida en su proclama, alcanzó a convertirse en ley y hasta en principio básico de un nuevo Estado, aunque en el terreno material el principio se viera restringido en una porción de la isla. A sus pretensiones se oponía un representante de Bonaparte, dueño aún de las dos terceras partes del territorio. Con feroz atrevimiento y en nombre de su monarca, seguía Ferrand sosteniendo el derecho de propiedad de los franceses sobre los guerreros sublevados.

Entre los fieros males de una guerra a muerte, los nativos ajenos a los intereses y las pasiones en pugna se veían forzados a decidirse por uno o el otro bando, sin beneficio y en el término perentorio de 16 días señalados en ultimátum. Y algo peor: mientras los franceses les pervertían la conciencia sobornándolos con el cebo de abominable cacería de alzados, que pasarían a ser pertenencia del cazador, el jefe de los haitianos les exigía sumisión total, papel de siervos de los libertos, y el pago de quinientos duros. La fatalidad tiene caprichos.

Lleno de confianza en la justicia porque luchaban los de su raza y engreído de poder y valentía, lanzó Dessalines a sus guerreros a tomar posesión de un territorio dos veces mayor que el libertado. Marcharon él por el Sur y su lugarteniente Enrique Cristóbal por el Noroeste con su ímpetu acostumbrado; y cuando en el sitio de Viajama el Coronel Viet intentó

atajar el avance del primero oponiendo 800 ó 1,000 franceses, los trituró el jefe haitiano igual que si se tratara de un simulacro de ensayo. Venció una vez más a los franceses, capturó a Viet y lo maltrató de palabra llamándole "¡colono!" —dicterio grave— y ultrajándole con azotes. Uno de los soldados del vencedor, que en África había pertenecido a una tribu de antropófagos, le abrió el pecho al prisionero y le arrancó el corazón, que se comió crudo. Este episodio, aunque justo poco benigno, lo narra y reprueba en el primer tomo de su historia de Haití Monsieur Tomás H. Madiou, con frase dura. El Dr. Price-Mars, en obra de extensión menor, no se entretuvo en detalles.

Pero ¿y el jactancioso gobernador bonapartista, que provocó el furor de Haití? Pues... no se atrevió a ir al encuentro del invasor. Quedaron los franceses circunscritos, cercados, acorralados; pero se mantuvieron firmes las murallas de la ciudad *Primada del Nuevo Mundo*, que el airado libertador amenazaba destruir sepultando en sus escombros a los adversarios.

A pesar de su valentía ejemplar, del gran interés y de la voluntad manifiesta, circunstancias imprevistas decidieron al jefe de los haitianos a levantar el asedio. La retirada fue sorprendente por lo inesperada. Él se tuvo entonces que satisfacer con castigar con la muerte a un grupo de prisioneros nativos que tenía en rehén y con "desjarretar" a unos inútiles que se cansaron en la retirada. Cuentan que Petión, de menor fogosidad, por clemencia de alma se ingenió de modo que logró salvar a los que tenía bajo su cuidado. Cristóbal, que no carecía de buena memoria y regresaba al Guarico pasando por el Cibao, se acordó de aquel "sacerdote fanático" que figura en la célebre proclama de Dessalines insuflando rabia en sus feligreses. En plena misa entró a degüello en la iglesia de Moca, imaginando acaso que ningún momento es más adecuado que aquel en que se oye misa para que las almas se remonten a Dios limpias de posibles culpas. Cristóbal tenía ocurrencias, y sería de mal gusto dolerse hoy de pormenores, si no se tiene en cuenta que en los dominicanos mataba él simbólicamente a los franceses, luchando por una causa tan grande como es la igualdad de las razas y la libertad del hombre. Carecíamos de personalidad definida: éramos algo así como testaferos.

* *

*

Don José Gabriel García, el Lic. Don Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, Fray Cipriano de Utrera y algunos historiógrafos más, han escrito de un varón extraordinario: alumbran y nos lo hacen comprender. Si es hazaña imponderable destruir guerreros de reputación mundial en una sola jornada y barrer en dos tercios de la isla, para siempre jamás, el poderío de Francia, enmendando de una vez el yerro del rey español que dispuso de sus súbditos "como de un hato de bestias", dándolos a extraños dueños, ningún isleño de aquel tiempo borrascoso es más digno de alabanza que don Juan Sánchez Ramírez de Arellano. Porque si los hechos valen y la historia es cierta, no realizaron los haitianos la hazaña de expulsar a los franceses de dos terceras partes de la isla, ni todos sus mandatarios creyeron que las naciones todas fueran sus enemigas. Ni Cristóbal ni Petión tuvieron vocación para hacer cumplir el sueño de Dessalines. La necesidad de la *una e indivisible* quedó escrita en los papeles.

A Juan Sánchez Ramírez de Arellano le cupo en suerte expulsar del territorio completo a los inmisericordes enemigos de Haití, sin que esta vez los haitianos derramaran su sangre. Y si el Presidente Petión y el Rey Enrique I le vendieron municiones, no debió ser sin el entendimiento de que España respetaría, como respetó, el hecho cumplido. El territorio occidental, siglos antes cedido a Luis XIV de Francia, pasó a ser admitida ganancia y patrimonio de los fundadores de una nación nueva, basada en la igualdad de razas. La independencia de Haití, por la parte del Este, quedó segura. Así, si la memoria retrotrae y examina aquellos acontecimientos emocionantes, se ha de llegar a la conclusión de que mucho le debe la independencia de Haití a aquel notario estupendo que a la vez que nos reintegraba en nuestro idioma, costumbres y tradiciones, en gran parte ayudó a libertar a los haitianos de la amenaza de esclavitud en una guerra que no podía darse por terminada mientras ondeara la bandera de Francia sobre el territorio de la Antilla. Es el primer y más grande aporte en el intercambio de los beneficios y parece raro que el último historiador de Haití mencione cuidadosamente los hechos que nos obli-

gan a gratitud para su patria, sin darle el valor merecido a un avance de tan alto precio, aunque anulara la pretensión de los que desde el gobierno de Port-au-Prince alegaron posteriormente presunto derecho de sucesores de Francia sobre la parte del Este.

Hubo otro acontecimiento que para los mismos de Santo Domingo se está volviendo asunto de controversia: la Independencia Efímera. Elogian unos y los otros no acaban de comprender la conducta del Dr. José Núñez de Cáceres. Precipitado de ánimo, ardoroso de temperamento, sabio de letras, y acaso carente de ponderación de juicio este hombre *jugó a libertador* la suerte de la familia dominicana y, contra lo presumido por él, en vez de libertar facilitó cadena para los suyos. Lo tienen algunos como primer fundador de la República, otros lo miran como a un infeliz, digno de compasión por sus elevadas aspiraciones de consecuencias funestas, que anda en los libros, periódicos y boletines, convertido en imagen del remordimiento. Lo evidente es que a este forjador de un sueño de independencia y al General J. P. Boyer, que pasó por el mundo ignorando la dignidad ajena, les deben los habitantes de la isla muchos años de un guerrear continuo, la destrucción de la riqueza en uno y otro lado y que nuestro suelo se transformara en un vasto estadio de matanzas sucesivas. Sin Núñez y Boyer, ni Rivière ni Soulouque serían nombres de pesadilla y aun los episodios de nuestra guerra por la restauración no existirían ni como producto de la mente de un Julio Verne. Excusen al de aquí, tomando en consideración el propósito que tuvo, los que escriban nuestra historia con menos crítica que piedad, y perdonen los haitianos a Boyer, si el sentimiento de vanagloria por haber pisado el orgullo dominicano y trastornado el porvenir inmediato, compensa las derrotas de *Santiago*, *El Número* y *Las Carreras*, sus muertos y nuestros muertos en *Santomé* y *Cambronal* y las hecatombes de haitianos en *Jácuba* y *Sabanalarga*.⁴ Matanzas, estancamiento de la cultura en ambos países, miseria común y una secuela de resentimientos localizados en unos cuantos, es el balance que le debemos a esos dos

4. En la Historia del Dr. Price Mars se enseña que la batalla de Las Carreras la perdió el ejército de Haití por un toque de corneta no ordenado por los jefes... (1849). Tampoco perdieron la batalla de Santomé (1855) por impericia del Emperador Soulouque, ni debido al efuerzo de los dominicanos, sino por causa de una orden de repliegue que no emanó de Soulouque... ¡Fantástico!

hombres. Borraron sin asomo de previsión lo que iniciaron Petión y Sánchez Ramírez. Por Boyer los límites de Haití sí confinaron con el mar temporalmente y se empuñaron de temporales.

M. Price-Mars argumenta justificando a Boyer, y se regodea. Supone que realizaba el sueño de "los padres de la patria" y tacha por "insignificantes y banales" las censuras que los dominicanos opusieron, como protesta. El criterio que rige su historia suele fluctuar de tal manera que en ocasiones parece contradictorio, como si en momento de exponer algunas cuestiones un consejero oficial se le apareciera sugiriéndole interpolar ideas.

En Haití y la República Dominicana la ocupación entera de la isla en 1822, por el Presidente J. P. Boyer encabezando un numeroso ejército, pasó a ser materia de discusión; y cuando ya hoy por la frialdad de su vejez parecía punto académico, en la historia de M. Price-Mars se anima con calor de cosa viva. Mientras historiadores y juristas dominicanos alegan que aquel mandatario fue un invasor, que se apresuró a sacar provecho de la independencia frágil y efímera salida prematuramente de la cabeza del Dr. Núñez de Cáceres, los de Haití abroquelan sus argumentos con cartas que guardan en los anaqueles de su cancillería y estriban la causa en el deseo manifiesto de los firmantes de esos papeles: nombres de vecinos entusiastas, de distintas poblaciones del Este, que le imploraban a Boyer que viniera a favorecerlos con su paternal gobierno.

No todas esas cartas deben ser consideradas espurias, ni todas están calzadas con firmas de nombradía, ni es de creerse fácilmente que desde varios lugares lejanos, separados por montes y ríos, mal comunicados entre sí y sin habituales relaciones con Port-au-Prince, por veredas y caminos vecinales salieran agentes de suplicantes, emisarios de ignaros padres de familia extraños a la política, a implorarle a un presidente extranjero que extendiera sobre ellos y sus coterráneos los beneficios de su gobierno. Pero las cartas están ahí. No es de admitir sin examen que un general endurecido por la guerra fuera fácil de conmover sin interés superior por semejantes extraños; y es admisible pensar que quizás no fuera él tan ingenuo para no tomar providencia contra posible reclamación de los representantes de Su Majestad Católica, proveyéndose a

tiempo de documentos que le sirvieran de base para argumentar contra cualquiera demanda. Las cartas están ahí. La letra escrita tiene su valor, sin duda. Vale como principio, punto de partida sujeto a estudio para aclarar con buena lógica el hecho que se preste a controversia. Vuelve a la memoria aquella apollada advertencia de Herodoto.

—“Un hecho no está definitivamente establecido por la simple razón de ser registrado”.

¿Desde cuándo se sabe públicamente de la existencia de esos papeles y desde qué fecha los políticos de Haití vienen haciendo valer su autenticidad? Nacerían unos durante aquellos inseguros días en que Núñez y López de Medrano pretendieron crear una república adscrita a la Gran Colombia, y no pretenderemos ahora que los suplicantes registraran sus firmas ante notario. Las cartas en cuestión, las que pueden ser ciertas, se concibieron, se redactaron y se mandaron subrepticamente, como fruto de pecado. Otras se crearían más tarde, bajo el influjo y por mandato de Boyer. Muchos en Haití escribieron que él era un déspota. Se supo de las cartas cuando Don Felipe Dávila Fernández de Castro, por orden del gobierno español y contra el parecer de cubanos propietarios, de esclavos —temerosos de que desde Haití se los instigaran a revolverse— planteó ante el gobierno de Port-au-Prince una reclamación para que regresáramos al gobierno de España. Flojo requerimiento, sin resultado beneficioso. Los esclavistas de Cuba trataban la acción tímida y tardía, y ésta, lejos de intimidar a Boyer y hacerle rectificar pareció infundirle fuerzas en su pretensión, revisitiéndose de validez el hecho cumplido. Se fue Fernández de Castro, defraudado, y una vez más quedó el desvalido Santo Domingo solo con Dios en un cerrado eclipse de su destino.

El historiador M. Price-Mars cree en la autenticidad de todos esos papeles, provechosos un día, cuando los utilizó Boyer para sostener razones. Ante la historia no aparentan calidad igual; pero el Dr. Price-Mars condena que “sociólogos y políticos dominicanos los interpreten ahora de acuerdo con sus pasiones incorregibles”. Incorregibles. Porque este hombre de ciencia, prosista de claro estilo, no siempre conserva la ecuanimidad que se requiere como virtud del historiador al enjuiciar a hombres e intereses que no son los de su patria. Se calienta. No perdona el criterio ajeno si no se conforma con su criterio, para

lo cual sería preciso ser uno tan sabio como él y tan haitiano como él. En lugar de serenarse y estudiar la razón adversa, prefiere a veces ocurrir al calificativo duro. A Don Emiliano Tejera, que era escritor ejemplar y hombre estudioso y honesto, aunque tan susceptible de apasionamiento como cualquier historiador de Haití, le clava esta tanderilla: —“Petulante”... ¡Ay si ese muerto por un milagro tuviera voz qué diálogo, qué duelo de prosas buenas se entablaría!

Al referirse a aquellos sucesos y documentos, repitiendo los argumentos de su paisano Beaubrun Ardouin, que los de allá aceptan y los de aquí refutan, pierde puntos, se opaca la clarividencia del ilustre historiador de Haití, o se vuelve demasiado haitiano el ilustre historiador. El título de su obra pierde el original sentido y se convierte en *La República de Haití contra la República Dominicana*. Si el padre de su patria proclamó que los límites de Haití confinaban con el mar, ¿por qué no acepta con valentía que el Presidente Boyer fue invasor, que actuó cumpliendo el designio de su antecesor? Astuto como buen materialista, frente al enviado de España revistió de autoridad cartas que podrían ser falsas o auténticas. ¿Pero dónde y cuándo a la súplica particular y solapada de unos cuantos vecinos se le ha atribuido virtud legal de unánime plebiscito? ¿Y por qué el gobierno de Geffrard, con opuesta lógica en su extensa exposición a los representantes de Inglaterra y Francia acreditados en Haití, le negó validez a la anexión de Santo Domingo a España, llevada a cabo por el presidente de una nación respaldada por un partido? Y si a pesar de esto las cartas suplicatorias de unos vecinos carentes de reputación tienen alcance tan alto para el Dr. Price-Mars, ¿por qué repudia las que el Cónsul Levasseur le sometió a la Cancillería de Francia, en las cuales aparecen firmas de haitianos de significación pública suplicando que el francés volviera a liberar a los negros del yugo interno de los mulatos? Actitud digna de aplauso es declarar nulo cuanto lastime injustamente el prestigio de un pueblo; pero no parece tan plausible cuando se retuerce, exprime y declara válido lo que de igual modo deslustra el de los vecinos. ¡Contrario juicio sobre papeles tan parecidos!

Dormido estuvo el ideal de la *una e indivisible* durante el mando del Presidente Petión y el del Rey Enrique I, y parece que

no había despertado aún cuando Boyer entró al gobierno, pues, según afirma M. Price-Mars, el astuto general no vino como invasor, en cumplimiento del ambicioso ideal: vino porque unos dominicanos le pidieron que viniera a gobernarlos. Lo que no parece bastante claro es si el Presidente Rivière invadió reclamando espacio vital para su raza, consecuente con el principio de Dessalines, o como heredero y continuador del mandatario a quien acababan de derrocar. Lo evidente es que no le tenía al dominicano mucho cariño. Desde San Juan de la Maguana le escribió al brigadier Morisset declarando a los dominicanos “perversos” y prometiendo exterminarlos:

—“Si en contra de lo que espero —dice su carta del 16 de marzo de 1844— los dominicanos desconocen el lenguaje de la persuasión, que emplearé en todas las circunstancias, será entonces cuando mi moderación se transformará en una severidad que asombrará al universo y le asegurará a Haití una paz profunda y duradera”.

Si esta carta no fue escrita con soberbia igual a la que ostenta la proclama de Dessalines, no se puede negar que demuestra truculencia muy parecida a la del francés Ferrand, representante oficial del Emperador Bonaparte, cuando ordena la cacería de los libertos alzados.

La conducta del invasor Pierrot fue menos violenta ante Santiago de los Caballeros. De momento aceptó el principio de convivencia armónica entre los vecinos, y entonces el historiador Monsieur Price-Mars reprueba esa conducta argumentando, como es de ley, que un militar en campaña carece de autoridad tan excesiva. Asalta Pierrot el poder, como soldado de fortuna, desempolva la memoria de Dessalines, años antes asesinado por los suyos, le rinde los honores que le eran debidos, olvida el convenio verbal celebrado ante Santiago de los Caballeros y se declara adalid de la indivisibilidad de la isla. Entonces... Pues entonces al historiador Price-Mars le halaga la nueva actitud del anciano militar, aunque en el segundo tomo de su historia da espaldas a ese criterio y aboga por la convivencia armónica, sincero y permanente anhelo que los dominica-

nos han mantenido durante más de un siglo de invasiones y sobresaltos.

Por ser auténtico hombre de ciencia, el Dr. Price-Mars tiene fe en las estadísticas y siente un respeto profundo por la etnología; y a pesar de ser prudente y reflexivo historiador de un país muchas veces calumniado, con el candor del sabio le da absoluto crédito a lo escrito por los que en tiempo lejano contribuyeron a crear la leyenda negra contra España y sus provincias ultramarinas. Señala *"la calidad y el valor de las primeras olas de gente introducidas en la Hispaniola, que constituyó los primeros asientos de su población: condenados de derecho común, vagabundos, y haraganes de toda laya de quienes Castilla se sentía feliz al desembarazarse"*.

Por sentimiento de misericordia emanado de su bondad, cree justo igualmente anotar que, además de "esos rebaños mal reputados", cuando la colonia se desarrollaba llegaron muestras de algunas familias de valimiento, de noble estirpe, que formaron un islote de honorabilidad que contrastaba con el resto".

Algo es algo. Por milagro o suerte, sobre las familias que poblaron la ciudad *Primada del Nuevo Mundo* y la de Santiago de los Caballeros, hay más de un libro y múltiples testimonios de testigos presenciales.

Dignos del mayor respeto son los escritores que lustran y enaltecen su patrimonio; grandes son los que crearon patria haciendo recursos del propio esfuerzo; grandes y admirables, a pesar de su ferocidad, los fundadores de Haití. Con gente vendida en lotes y sometida a crudelísima servidumbre, formaron un pueblo orgulloso y libre que supo arrebatarse el látigo a su opresor y demostrar a tizón y sangre que la calidad humana no consiste en el color de la piel. Antes que los españoles, los dominicanos, los rusos y los ingleses, le probó el haitiano al mundo que era un mito lo invencible de Bonaparte. Superaron a Espartaco, el más célebre de sus maestros.

Pero el heroísmo de los que desde nivel tan mísero se elevaron a la mayor altura a que se podía aspirar disponiendo de recursos tan limitados, no apaga el recuerdo de que antes de que en el Occidente de la isla una raza tan sufrida como luchadora impusiera su señorío, desembarcaron, merodearon, procrearon y se multiplicaron hombres y mujeres de la raza

blanca, cuya condición social no inspira respeto ni miramiento. Como Boyer se aprovechó de la imprevisión de Núñez de Cáceres, aquéllos se habían beneficiado del error de Don Antonio de Ossorio. Despobló ese gobernador nuestro las villas y villorrios del Occidente y pronto se llenaron los campos de bucaneros.

Los desheredados de bajo fondo, los exhombres de aquella época, vinieron a robar reses en las sabanas y campos deshabitados. Los "beneficiaban", asando carne y vendiendo cueros. Era otra forma rara de comunismo y un nuevo descubrimiento. Todo lo que pudieron robar, reses y tierra, lo hicieron suyo. Pronto quedaron protegidos por el Rey Sol y cobijados por la bandera de Francia. Poco después les llevaron hembras recogidas en Marsella y en París, en casas de comercio indigno que por pudor no se precisa, y les fueron adjudicadas en sorteo a los bucaneros. Los núcleos de esas familias, en tráfico consentido compraron luego gente traída de Africa y explotaron en seguida a infelices de ignara condición, pero indudablemente preferibles a ellos. A los párvulos se les da noticia en las escuelas públicas de excesos tan deplorables, y se recuerda ahora el caso triste no más pensando en lectores de pocas luces, no en el ilustre historiador de Haití, aunque es raro que él confunda a los descalificados que fueron los bucaneros con los pobladores de la primera ciudad del Nuevo Mundo y haya creído pertinente citar y darle su autoridad a una afirmación tan lastimosa.

Los dominicanos, que no saben qué es eso de "la sangre azul", aceptarán con agrado que la de un Toussaint L'Ouverture, aunque no se la analizara, se comprenda entre las puras; pero por elásticas que puedan ser su conciencia, simplicidad e ingratitud, jamás descenderán hasta admitir que las hembras repartidas por Bertrand D'Ogeron entre bucaneros, madres de los verdugos de los esclavos importados de África, aparezcan ahora siendo iguales a Doña María de Toledo, a las damas de la corte española, que la acompañaron y aquí vivieron, y a las que después de ellas fueron llegando: a las esposas de los oidores, a las madres de las Mosquera, Ponce de León, Bastidas, la Rodríguez Romera, Doña Eufrasina de Pasamonte, Doña Isabel de Bazán, Doña María de Arana, Doña Leonor de Ovando... Teoría resplandeciente de varones de insignes nombres discutir por la memoria, cuando se piensa en los primeros poblado-

res de la ciudad *Primada del Nuevo Mundo*. Cortesanos como Nicuesa, señores de capa y espada, capitanes que salían de aquí a conquistar imperios y a cogerse el más grande de los océanos amansándolo a cintarazos y haciendo flotar sobre sus olas el estandarte de España. Navegantes, médicos, naturalistas, astrónomos, profesores, poetas, cronistas, varones renacentistas, erasmistas, teólogos eminentes, obispos y arzobispos sabios, chantres y sochantres, sacerdotes, confesores de la familia real entonces de más influjo en el mundo, y predicadores santos que se consumían ardiendo de amor al prójimo. Y porque de todo ha de haber en la viña del Señor, también vinieron algunos pillos... Aquí se oyó tronar por primera vez la protesta contra la explotación del hombre por el hombre, precedente vuelto doctrina por uno de los grandes humanistas de Salamanca, voz precursora de las de los convencionales buenos que siglos después despertarán a Haití. Porque (y nunca se repetirá bastante) los hijos de la conquistadora España son los primeros en la avanzada de los que enseñan que la posesión no legítima, ni a lo largo del tiempo, no da derecho sobre el territorio mal adquirido.

El autor de *La República de Haití y la República Dominicana* se atiene a la etnología y cuidadosamente copia números de estadísticas para convencer de la cantidad exigua de ejemplares de la raza blanca existente en este país y no deja de parecer curioso que un hombre libre de prejuicios se esmere en hurgar buscando lacras y preocupación de origen para llegar a conclusiones siniestras: "demostrar el drama psicológico (de) un conflicto... que (le) parece irreductible", que ya determinó los acontecimientos del ciclo de nuestras guerras (1844-1859). De un lado, "los haitianos cuyas cuatro quintas partes vinieron de África" y de este otro lado "habitantes que en su conjunto se creen pertenecer a la raza conquistadora que ha sometido al globo a su dominio". Porque "el dominicano, en una exaltación de *bovarysismo* colectivo, cree pertenecer a la raza blanca".

Mezclas y cruzamientos se efectuaron, se efectúan y efectuarán en la familia dominicana; pero la tradición, nuestra cepa, se mantiene firme y en ésta y el idioma y en las costumbres estriban los "blancos de la tierra" que mentó Green y cita con sorna el ilustre Monsieur Price-Mars, hombre estudioso de la etnología, capacitado para negar, como niega y es cierto, la pureza de las razas humanas.

Pero, ¿cómo, si el Dr. Price-Mars se sitúa por encima del engreído y vano prejuicio de casta persiste en él hasta que la idea se le convierte en mal recurrente”, en verdadero complejo? En dondequiera que el prejuicio asome debe ser censurable, y no es más deplorable el del blanco contra el negro que el del negro contra el blanco. En uno es peyorativo, despreciativo, en otro puede ser roña, odio disimulado. Pero si en la realidad el sentimiento que el Dr. Price-Mars supone en el dominicano, y lo denuncia, es caso bien observado por él, ¿por qué entonces adopta la tesis que expuso en sus *Estudios de la Historia de Haití* Beaubrun Ardouin, de que los dominicanos le pidieron al Presidente Boyer que viniera a gobernarlos? ¡Qué prejuicio hereditario, qué discriminación racial sería el de padres de familia que le imploran a un jefe haitiano que venga a favorecer con su paternal gobierno a los blancos de la tierra?

Después de augurar un futuro sombrío en las relaciones de los dos pueblos —de Haití y la República Dominicana— el Dr. Price-Mars se acuerda de Jesucristo, cita a San Pablo y dice que no quisiera ser profeta de males. Pero agrega:

“para una sincera conciliación sería preciso que (los dominicanos) se decidieran a renunciar a las doctrinas de superioridad de razas y castas”, etc. “Fuera de estas contingencias no hay perspectiva sino para la destrucción de una comunidad por la otra”... “como a Casandra el horizonte me parece ensombrecido por nubes preñadas de tempestades”.

¡Y este hombre influyente en su nación, capaz por presunciones de aconsejar una guerra preventiva, fue el Ministro de Relaciones Exteriores y Embajador en Santo Domingo de un país pegado al nuestro! ¿Qué guerra de Troya padecemos en esta isla? ¡Oh aquel Embajador Don Félix Magloire —el inolvidable Monsieur Magloire— cuyo retiro dejó entre nosotros un vacío tan sensible que parece que no se llenará nunca! Pero Señor, ¿por qué el Dr. Price-Mars antes de prever remedio en el exterminio no lo encuentra fácilmente en que cada cual se quede pacíficamente en su territorio?

Por prejuicio cree M. Price-Mars amenazado nuestro común porvenir y nos denuncia ante el mundo en un patético augurio. Lamentarse es denunciar. ¿Y cuál sociedad o conglomerado humano se vio libre de prejuicio? De diferencias sociales y resquemores existentes entre haitianos, mulatos y negros, llena él páginas de su obra, y nadie pretenderá que allá exterminen unos a otros.

—“*La dominación de los pequeños mulatos era más odiosa aún a los (negros) oprimidos que la de los blancos... ha existido entre ellos y los negros inveterado odio de familia*”.

El historiador alude al momento de la caída de Boyer y a las matanzas de mulatos ordenadas por Soulouque. ¿Se evidencian prejuicios, pronunciados, así, en la parte nuestra de la isla?

Desde la fundación de *La Trinitaria*, nido en que incubaron la independencia de Santo Domingo, anularon nuestros abuelos aquella simiente mala. Duarte y Sánchez, los más brillantes, uno era rubio y mulato el otro; y fue un orgullo batirse en Estrelleta a las órdenes de Joaquín Puello y ser su amigo. La clave del fenómeno consiste en que aquí el negro se torna extrafronterizo. No improviso concepto. En prueba de esta afirmación copio de un capítulo de mi libro *Viejas memorias*, publicado en 1941:

—“*El blanco, el mulato y aun el liberto de la antevíspera, asumieron actitud de blancos el 28 de febrero de 1844, la actitud loable se volvió formal y nacional criterio y se ha confirmado por herencia en sucesivas generaciones hasta constituir, por costumbre y por derecho, mental unidad de raza. No hubo, no hay y no habrá diferencias ni categorías de raza en la República Dominicana, nación de blancos*”.

Blanco significa aquí pacífica bandera de preservación. El negro dominicano es mentalmente blanco, y los haitianos, por

fenómeno psicológico, tan pronto como llegan y se adaptan a lo nuestro, fraternizan y para ellos igualmente sólo son negros los residentes más allá de la raya fronteriza. Nuestro presidente Ulises Heureaux, hijo de negro haitiano y nieto de liberta de Santomás, quería que inmigraran blancos de Islas Canarias.

Al precio de ayudarlos a combatir las invasiones, los dominicanos borrarón todos los prejuicios: porque la Línea de Aranjuez nunca se pandeó hacia Haití. Para darse cuenta de una actitud que en el fondo entraña ansias de vivir independiente, ¿de qué sirven, qué prueban la etnología y las estadísticas en que se nos hace figurar tintos de colores varios? ¿De qué valen números y deducciones etnológicas que jamás han servido para evitar la destrucción de la riqueza por invasores pertinaces y persistentes amenazas de un exterminio total?

Hay en la historia escrita por el doctor Price-Mars —¡historia que según el título es también nuestra!— puntos ingratos que se deben esclarecer, si hemos de encariñarnos con el título de la obra. Jamás aceptaremos los dominicanos la afirmación con que él se ha familiarizado, de que “por singular ironía de las cosas Haití es un pueblo detestado en las orillas del Ozama”. Odiadores habrá aquí de los de allá, como los habrá allá de los de aquí, lo cual no autoriza a abarcar a los dominicanos todos ni a todos los haitianos en idéntico sentimiento.

Otro punto, que sin duda aclarará quien esté documentado sobre el motivo, es el de quién fue el autor de la carta de los dominicanos a la Reina Doña Isabel II de España. El bellissimo documento salió de mano nuestra. M. Price-Mars cree que un haitiano lo escribió y que en nuestro país no se ha publicado. Olvidó, o no había llegado a su conocimiento, que está inserto en *Apuntes históricos* del General Gregorio Luperón. No recuerdo si algún dominicano de significación lo ha comentado después de Don José G. García dilucidar sus cláusulas en el Tomo 3ro., Capítulo X, páginas 531-532, de la 3a. edición (1919) de su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*.

Parece raro que el autor de una *Historia de la República de Haití y de la República Dominicana* no tomara en consideración lo escrito por un autor tan reputado como Don José G. García.

García ilustra, además, que la Carta del Gobierno Provisorio, escrita a Su Majestad la Reina de España el 3 de enero de 1865, llegó a Madrid cuando ya el gabinete que sustituyó al que realizara

la anexión había sometido a la aprobación de las Cortes (Cámaras legislativas) el 7 de enero del mismo año, la ley que ordenaba la desocupación o abandono de Santo Domingo. García reproduce las consideraciones explícitas en esa ley que sustenta inequívoco sentido de equidad y reafirma el superior principio de la Cancillería de España de respetar el derecho de la Independencia de las Repúblicas de América desprendidas de la Monarquía.

No existiendo aún comunicación cablegráfica entre la Isla de Santo Domingo y la Península Ibérica, la carta fechada el 3 de enero de 1865 no pudo llegar a su destino antes del 7 de enero del mismo año, cuando ya se había resuelto la salida del ejército español que batallaba por mantener la anexión de la República Dominicana. Pero el hecho de que la carta llegara tardíamente no le resta diligente magnanimidad al mediador ni mengua el deber de gratitud de los dominicanos al Presidente Geffrard.

El Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, ministro que fue de relaciones exteriores de la República Dominicana (1899-1902), presidente de la República en 1916, ministro acreditado por dos ocasiones ante el Gobierno de Port-au-Prince y que antes había residido durante años en Cabo Haitiano, en donde tuvo amigos eminentes como el general Leconte más tarde presidente de su país, creía que la carta fue redactada por Don Benigno Filomeno de Rojas.

¿De quién hubo la noticia? Su compadre y amigo íntimo Don Maximiliano Grullón, fue hijo del General Grullón, miembro prominente del gobierno establecido en Santiago durante la guerra de la restauración. Don Maximiliano era ya adulto cuando esa guerra. Según le oí al Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, cuando se trató de redactar la carta se pensó primero en Pujols, luego en Bonó y finalmente convinieron en que la escribiera Rojas. Era Rojas varón de autoridad, sabio jurisconsulto; pero no manso. Pondría en el escrito el nervio de su carácter. La redacción fue aceptada sin reparo por aquellos hombres hirvientes de pasiones, en días de guerra, y así fue el documento remitido al mediador. Y cuando el Presidente de Haití leyó ese escrito:

—“¡Pero Dios mío —exclamó— esos desgraciados se han vuelto locos! ¡Se figuran que son potencia, cuando le escriben así a una reina de España!”

En Port-au-Prince modificaron párrafos, suavizaron la parte brava y la carta fue devuelta al gobierno provisional del Cibao

con la advertencia categórica de que si no la firmaban así el Presidente Geffrard retiraría su mediación. El gobierno dominicano bajó la cabeza: sus hombres firmaron y otra vez mandaron el documento enmendado por sugestión del gobierno de Haití.

Elocuente y de alta ponderación espiritual, modelo en su género, es la carta destinada a Doña Isabel II. ¿Pero qué viene a ser un papel escrito, ni aun los artículos de guerra y la suma en metálico gastada en favor nuestro y que ahora aparece hipertrofiada, por gente de imaginación, e inserta en el libro del Dr. Price-Mars, si se comparan a la adhesión y el desvelo de Geffrard por la causa de la República Dominicana en guerra de libertad contra una potencia europea, en lo cual iban envueltos para Haití riesgos y preocupaciones inevitables?

Los capítulos dedicados por el Dr. Price-Mars a las luchas en el parlamento haitiano a continuación de la caída de Boyer, son sencillamente admirables. Los VIII y IX cubren la política de un momento fatídico en la vida de ambos Estados y no habrá un dominicano de conciencia que los lea sin emoción profunda. No conozco otro estudio tan documentado y apasionante de la guerra de los *sandolios* y los *cacós*, en Haití, y de los *rojos* y los *azules*, en Santo Domingo. El peligro de perderse la independencia de los dos pueblos nunca fue tan grave, y nunca tan torpe la alianza de los dos gobiernos, ni más acertado, vehemente y justiciero el acercamiento, el compañerismo, de sus adversarios. En nuestro Sur, asolado por sucesivas guerras, la oposición sostuvo una protesta armada que duró seis años, contra un gobierno empecinado en anexarnos a los Estados Unidos de América, anulando así lo alcanzado heroicamente por los restauradores de la autonomía de la república. Allí Salnave queriendo comprometer, mediante hipoteca a los mismos Estados Unidos, parte del territorio de Haití. ¡Y los dos gobiernos eran populares! Frente a ellos el gran Nisage Saget, crecido hasta alcanzar la talla de los fundadores de su patria; y aquí Cabral sembrando estragos en una región empobrecida asaz y de gente aterrorizada de un vivir peleando. Un ministro haitiano, que entendía su deber, defendiendo en Washington la independencia común. Y Grant atizando. Junto a Cabral el General Fleury muere dirigiendo en San Juan la artillería dominicana. El General Tomás Bobadilla hijo y el Teniente Pedro Nolasco y

Terrero defienden la artillería en Jacmel, peleando junto al General Hilley Rabel para evitar que la ciudad fuera tomada por los de Salnave reforzados por una columna de rojos comandada por los Generales Tomás Cristo y Jerónimo del Rosario. Los nombres de esos guerreros, ni el de Fleury, aparecen en la obra del Dr. Price Mars, se precisan ahora. Después... Salnave abriéndose paso en el abra de Polo para venir a fortalecer su causa con el auxilio de Báez, para volver al desquite. Tres días forcejeó avanzando a tiros desde *La Trepá Colorá* hasta acercarse a *El Puerto*, donde fue herido en un brazo y cayó prisionero después de matar al General Vidal, que lo atajaba. Luego... su entrega y el fusilamiento en Port-au-Prince sobre la ceniza aún caliente de los incendios. El historiador Price-Mars se abstiene de narrar y detallar los servicios nuestros, pero al final subraya: —“Por segunda vez en menos de diez años hemos defendido la integridad del territorio dominicano”.

Es verdad esa que nadie intentará discutir. Olvida y es igualmente cierto, que en Jacmel el General dominicano Tomás Bobadilla hijo le facilitó al General Hilley Rabel y a su hijo Numas Rabel las armas que en parte compró a crédito para la causa de los azules, y que el mismo Bobadilla y Pedro Nolasco se batieron en Jacmel defendiendo la integridad del territorio de Haití. Una de las causas del suicidio del General Bobadilla, en aquellos días, pudo ser el no poder pagar el armamento consumido defendiendo la plaza, la Independencia total de Haití.

Recuerda M. Price-Mars de igual modo los servicios prestados por Haití a los dominicanos que peleaban contra el dominio de España en 1863-1865. Un día, quizás no tarde, una calle, una escuela fronteriza o un camino le dirá a los caminantes y a los escolares el nombre de Nisage Saget. Y tal vez no sea un desvarío esperar que más tarde, en Port-au-Prince, en Gonaive o en el Cabo Haitiano, ante una estatua del bronce más duradero pregunten los transeúntes: —¿Quién era ese? y les responderán: —Juan Sánchez Ramírez de Arellano, el que defendiendo a los de su país reafirmó la independencia de los haitianos, eliminando la última amenaza de esclavitud sobre la isla.

No fueron, no han sido los haitianos susceptibles de persuasión durante más de un siglo, en sus relaciones con la República Dominicana. Amenazaron, invadieron y destruyeron, y volvieron

ron a invadir y destruir; y en días de paz avanzaron subrepticamente ocupando, cultivando y poblando y reclamando derecho de posesión sobre el terreno mal ocupado. Nunca quedaron satisfechos con las concesiones. Y, es penoso confesarlo: tan sólo se han detenido al ver colonias y escuelas multiplicadas en la frontera y, vigilante, al ejército en la linde final, convenida en 1935. De momento se figuran que son los menos fuertes y uno de sus grandes historiadores, obseso, clama y anuncia que en la isla será necesario que un pueblo destruya al otro, si los dominicanos no se curan de un prejuicio incorregible. ¡Médico peligroso, el que concibe que exterminar al paciente es el remedio único!

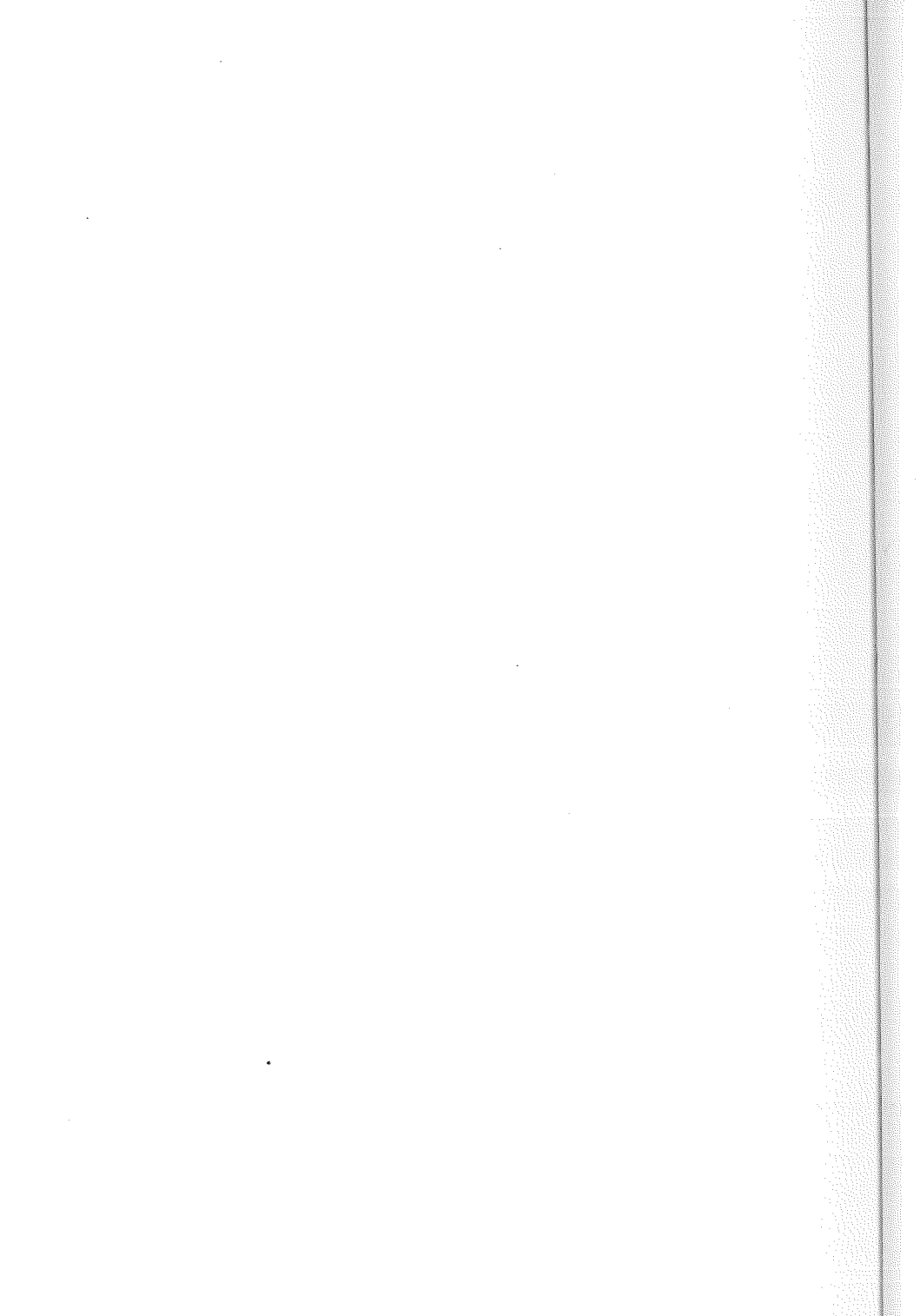
Enjambre de trabajadores: ingenieros, arquitectos, obreros, se afanan, destruyen, reconstruyen, crean, en esta pequeña nación estremecida. Escuelas, bancos, barrios enteros de improviso se levantan. Algo nuevo se emprende cada día. Ocupados y preocupados en revelar lo suyo en una etapa de vida nueva, ni los gobernantes ni los pueblos temen ni piensan en amenazas de destrucción, sino en tener amigos y cultivar su predio. La lógica más elemental le dice al observador que cesó el ciclo de aquellas guerras de vecinos, que ahora parecen absurdas. Cesó el pavor de las invasiones frecuentes y cesaron también las costosas movilizaciones de tropas improvisadas, para atajarlas: y han de tener fin los escritos que en la isla atizan desconfianza y odio. Porque los pueblos viven por el amor y ni los delirios de Casandra, ni los funestos augurios de Laocoonte, apagarán la plegaria de Jesús: ¡Paz!

1955.

JOSÉ MARÍA CABRAL Y LUNA

(EL GUERRERO)¹

1. Conferencia pronunciada en la Sociedad Amigos del País, en La Habana; en la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba; y en la ciudad de Barahona, República Dominicana. Editora Montalvo, Santo Domingo, 1963.



—Señores: El General Máximo Gómez mencionó al General José María Cabral llamándole su maestro. Las palabras de un libertador desaparecido, comentadas con fidelidad, en el discorrir del tiempo suelen adquirir interés histórico y volverse luminosas. Precisa dilucidar las palabras de los libertadores, porque la historia de una nación, y más si es de formación reciente, es capítulo de la familia humana que no se debe considerar concluso.

No creía Máximo Gómez que su ejemplar estrategia era ciencia infusa, venida con él al mundo o nacida en él como en tierra húmeda suelen brotar los hongos. Ciencia aprendida fue la del que algunos han considerado gran autodidacto; ciencia aprendida la de quien, con un rasgo de su modestia característica, se confesara discípulo, aunque el discípulo llegara a ser más famoso que su maestro.

El General Cabral fue mi maestro. Vale la pena comprobar el fundamento de estas palabras, para que los jóvenes conozcan quién era y cómo era José María Cabral; qué escuela tuvo, qué papel desempeñó luchando por la libertad y por qué causa apareció subordinado a él Máximo Gómez. Porque atenerse a la honrosa mención de nuestro adalid, sin conocer el teatro y las circunstancias de sus hazañas ni aludir siquiera al ideal de redención que sostuvo en la guerra y en la paz, a lo sumo si permitiría suponer que era uno de tantos conductores de tropas y matadores de hombres, de esos que abundaron en nuestra América.

Frente a los ideales de independencia y libertad completas del matemático y polígloto Juan Pablo Duarte y de su *alter-ego* Francisco del Rosario Sánchez, latinista y jurisconsulto, así como de Mella y otros, opusieron credo distintos individuos que no creían en la capacidad del pueblo dominicano para proclamar la independencia y mantenerse libre. De ahí brotó el cáncer de Santo Domingo. Aspiraban "los prudentes" a una simple separación de Haití y a obtener el protectorado de Francia. Si treinta años antes de *La Trinitaria* ese pueblo en la batalla de *Palohincado* había completado la destrucción del dominio francés sobre la isla, cuando Napoleón I todavía apretaba el puño confundiendo en un haz a haitianos y a dominicanos, era borrosa cuestión de la que no les convenía hacer memoria. Así, tan pronto como los idealistas, los desdeñados "filorios", proclamaron la República libre, independiente y soberana y su actitud se había generalizado y vuelto formal y nacional criterio, los reflexivos afrancesados se sumaron al movimiento triunfante y todos los dominicanos se aunaron en el esfuerzo, aunque no en la pureza del ideal. Por esto al término de la primera campaña "los prudentes" habían ya escogido un hombre de mando a quien ayudaron a imponerse sobre los que tuvieron suficiente dosis de locura para ser apóstoles. En seguida trataron de conseguir el protectorado de Francia, luego el de la Gran Bretaña, ¡hasta el del diminuto reino de Cerdeña!...² y finalmente el de la España de Isabel II y los Carlistas: el de cualquiera potencia que los mantuviera en el poder y al enemigo común, Haití, más allá de la raya fronteriza.

Duarte, Sánchez y sus compañeros fueron excluidos, declarados traidores a la Patria y condenados a destierro perpetuo. Del mando público se ocuparon unos; de los expedientes secretos y "delicados" cuidaron varones de probados conocimientos, entre los cuales anduvo urdiendo intrigas un cubano llamado José María Caminero, doctor en leyes y astucia. Al oído del militar preponderante, secreteándole consejos, se colocó un valiente natural de Venezuela, mentado Merced Marcano. La cita de nombres y origen no implica censura, sino recordar cómo los dominicanos, los puertorriqueños, los cubanos y los

2. Propósito de anexas Santo Domingo a Cerdeña. Investigación del historiador Lic. Don E. Rodríguez Demorizi.

venezolanos, saben juntarse para las empresas de libertad y de justicia y, a veces, para urdir diabluras. Los que estaban batiéndose en la frontera lejana no sabían de consejeros ni de sutiles combinaciones. Allá, grado a grado ascendió a General de División José María Cabral y Luna. A él lo educaron en Liverpool, en donde le enseñaron a nadar con elegancia, a hablar en correcto inglés y a expresarse en un francés sospechoso. Se acentuó su temperamento hermético y flemático; y ni los más atentos de sus familiares, ni los más adictos amigos y subalternos, pudieron advertir qué otros conocimientos adquirió en la Gran Bretaña. Su claro y permanente sentido de la libertad humana sin fronteras ni límite en el tiempo, cualidad la más noble y elevada de un guerrero, que él supo definir con luminoso laconismo:

*Es la causa del género humano, la causa evangélica,
¡la causa de Dios!...³*

no fue a aprenderlo en Europa. Lo llevó y lo trajo intacto; que está implícito en el principio de la indómita y santa rebeldía de los libertadores americanos y acaso ya germinaba en su espíritu cuando la abuela Doña Bernardina Méndez pretendía do-

3. PROCLAMA DEL GENERAL JOSÉ MARÍA CABRAL

—“Dios, Patria y Libertad —República Dominicana—

José María Cabral, General de División de los Ejércitos de la República”.

“Dominicanos:

—“La Patria Re los sacrificios y del heroísmo va a ser vendida como una esclava al extranjero, por el tirano que la ha atormentado desde la cuna.

“En la oscuridad de mi destierro he oído vuestra voz doliente e indignada, y conozco lo sublime de esa indignación y lo noble de vuestros intentos.

“Yo también soy de los vuestros y reclamo un puesto en vuestras filas.

“En otro tiempo esa Patria querida, que hoy se lleva al mercado, me cedió una espada de honor... Mi patriotismo era el único mérito, que he creído siempre tener, para merecerla: él me impone hoy el deber de desenvainarla en defensa de nuestra nacionalidad, ya que otros manchan la suya con el orín de la traición.

“Señaladme un puesto, un lugar cualquiera y al instante estaré con vosotros. Quiero ser de los primeros en combatir, en triunfar o perecer. Mi sangre es de la Patria. ¡Nunca con más gusto la derramaría por ella!

“Dominicanos: Constancia, valor, patriotismo. Conveceos de que es mil veces preferible morir en defensa de nuestra libertad que vivir esclavos en

mesticarlo con refunfuños de asombro: —*¡Este muchacho si tiene la cabeza dura!...*

Los políticos no tardaron en comprender que tenía natural don de mando, valor sereno, ideas liberales en “cabeza dura”, y notaron que ni él estimaba al Presidente Pedro Santana ni Santana le tenía afecto a él.

Durante el ciclo que abre el año 1844 y cierra el 1874 con el desvanecimiento de las tentativas de la anexión, Santo Domingo semeja incómodo escenario o telón cinematográfico donde los acontecimientos sensacionales y los heroísmos baldíos se suceden con tal frecuencia que apenas permiten que se les estudie aisladamente. Asombran la complejidad y la rapidez con que cambian las actitudes en cada vida. Pasan los hombres vinculados por amistades íntimas, tornadizas y fugaces; las agrupaciones políticas se acercan y se repelen a manera de conjunciones adversativas; no faltan, abundan los rasgos sobresalientes de inteligencia y de carácter; pero sin plan y con ausencia de las virtudes menores indispensables para la armo-

nuestros propios lares. ¡Qué importa la vida cuando se arrastra una cadena de oprobio!

“Yo sé que vosotros no necesitáis de lecciones; pero tened la vista al norte y al sud de nuestro hemisferio, volvedla a Europa y oiréis el estruendo de esos ejércitos de hombres libres que van completando la civilización de nuestro siglo... Que esos ejemplos os sirvan a no desalentaros en vuestros generosos esfuerzos. La causa de la libertad no es la causa de un pueblo, ni de un número de naciones: *¡es la causa del género humano, la causa evangélica, la causa de Dios!*

“¡Compatriotas! Unas páginas más de gloria; pero de gloria imperecedera. Que no se diga que el pueblo que diez y seis años ha luchado por su libertad, bastándose por sus sacrificios a sí mismo, deja arrebatarle esa libertad por un tiranuelo cuya traición es hija de la cobardía.

“¡Dominicanos! Una hora de entusiasmo salvará a la República; una hora de entusiasmo nos salvará de una vida de vergüenza, de oprobio y de remordimientos, y nos hará legar intacto a nuestros hijos el fruto de tres lustros de luchas y de gloria.

“¡A las armas! Remontémonos al 1844, confirmemos el grito heroico del 27 de Febrero, y escarmentemos para siempre a los traidores.”

José María Cabral

Diciembre 24 de 1860.—

Archivo del historiador Don José G. García.

(Copiado de la Revista *Clío*, órgano de la Academia de la Historia. Números 57-58, 1945).

nía; sin sentido gregario, que es virtud y les parecía defecto, y sin sentirse en el prójimo, en el adversario conciudadano, que es mandato evangélico al alcance de cualquiera.

El hombre de armas fue casi siempre individualista en Santo Domingo, cuando no especuló al amparo del poder; y, por lo exigua de la riqueza y la pequeñez del medio, desde ese poder (desde la dirección del gobierno) avasalló él a la sociedad de una manera alarmante. Así la avasalló el Presidente Pedro Santana; domador y matador de reses y de hombres, e instintivo organizador y conductor de tropas. Con él, sin él, a distancia de él, y en contra de él, la República Dominicana concentró su voluntad y pocos recursos para erradicar del territorio a los invasores empecinados: a los vecinos, y a España, y el subsiguiente propósito de anexión a los Estados Unidos de América.

¿Por qué los mandatarios de Santo Domingo, por qué los presidentes Pedro Santana y Buenaventura Báez y sus ministros, persistieron en la creencia de que el pueblo dominicano carecía de capacidad para constituirse en nación independiente?

No veían ellos riqueza pública ni suficientes familias importantes.

—Entonces, ¿qué se hicieron, a dónde se fueron a refugiar las familias de linaje?

Las primeras huyeron y se fueron a refugiar en Manzanillo y Bayamo, cuando el don Antonio de Ossorio, funesto y feroz, ordenó la devastación de las nacientes ciudades que practicaban comercio con los herejes y se enriquecían con el contrabando. Emigraron las pudientes cuando su Majestad Católica le donó a Francia el Este de la isla sin tener en cuenta la voluntad de sus habitantes, ni averiguar si el Dios de la *Revolución francesa* entendería las oraciones en castellano. Murieron numerosos hombres de valor, luego de gastar sus bienes para destruir, como destruyeron en *Palohincado*, a las tropas de Napoleón I y reconquistarse. Después, cuando el doctor Núñez de Cáceres proclamó la "Independencia Efímera", los previsores se alejaron para siempre y parte de los restantes fugaron cuando el mismo Núñez le entregó a Boyer las llaves de Santo Domingo.

No vieron riqueza a su alcance ni familias de valía, los afrancesados; y en su ceguera política comenzaron a desterrar a perpetuidad y a matar a los opositores: como si desterrar y matar sumaran riqueza y gente.

¿Cuándo, en qué momento de nuestra historia de estériles heroísmos, estubo Máximo Gómez subordinado a José María Cabral y Luna?

Durante la primera administración de Buenaventura Báez (1849-1853) coroneles y capitanes franceses instruidos en Saint-Cyr vinieron a enseñar a los militares dominicanos. En papeles del Archivo General de la Nación se encuentran los nombres. No parece que se limitaran a instruir reclutas en los cuarteles de la vieja Santo Domingo. En el Sur y en el Noroeste eran también necesarios. Desde Las Matas de Farfán, cuartel general y centro de operaciones escogido por Antonio Duvergé, permanentemente vigilaban dos regimientos y cien hombres adicionales. Primero estuvieron a las órdenes del austero Duvergé y luego a las de Pedro Florentino. Pero Duvergé, verdadero antemural de los dominicanos, creció de nombre, se hizo admirar y querer demasiado, y el Pedro Florentino se volvía insinuante, arrogante y prestigioso con los triunfos. En 1853 Santana encargó del mando, en sitio de tanto peligro, a oficiales de nombradía menor y más sumisos. Pero cuando al finalizar el año 1855 los ejércitos de Haití se concentraban amenazando invadir por el Sur de la frontera a las órdenes directas del Emperador Faustino I, se convino en palacio que el oficial encargado a la sazón de la vigilancia políticamente estaba enfermo. Enfermo fue declarado y subordinado en seguida a José María Cabral, nuevo general en jefe del Sur de la frontera. De uno de los regimientos que quedaron a sus órdenes formó parte el batallón de caballería integrado por banilejos, y en ese batallón figuraba Máximo Gómez.

En los combates y batallas librados en diciembre de 1855 y en enero de 1856, el ejército dominicano apareció lidiando con táctica diferente. Un ligero examen de los acontecimientos convence de que la misión francesa compuesta por los capitanes Medard Henry, Datoy François, Joseph Choleite, etc., rindió los servicios apetecidos con más eficacia que la del vidrioso Coronel Mandés.

No recibía el comandante lección directa de los instructores. Departía con ellos, y asistiendo como vigilante celoso de los subalternos, corregía las deficiencias propias y observaba qué oficiales captaban y aprendían mejor las enseñanzas. Por esto, cuando Soulouque invadió al frente de sus legiones, los domi-

nicanos no retrocedieron como antes buscando batirse en cerros, encrucijadas, poblados y ríos, ni recurrieron a su guerra de guerrillas, para defenderse. Escogieron en el Sur los claros de Cambronal y la Sabana de Santomé, para la lidia, y en la línea noroeste las de Sabanalarga y Jácuba.

No fue Cabral nombrado comandante en jefe para la campaña. Juan Pablo Contreras, un general de la vieja escuela, amigo íntimo del presidente de la República, fue el preferido. El ala izquierda la mandó otro amigo, también de la vieja escuela. El ojo abierto de Santana se opacó entonces por la amistad o la incomprensión. Del cuerpo o ala derecha encargó al jefe del Sur de la frontera. Combatían en la sabana de Santomé; y después de cuatro horas de pelea, el valeroso Juan Contreras descendió de su alto papel al de simple oficial de artillería. Perdió la serenidad un oficial, y dándose cuenta de los disparos ineficaces de la batería, se irritó y la perdió también Contreras. Echó pie a tierra y, envolviéndose en un brazo la jáquima de su caballo, al primer disparo (sin duda entonces certero) el brioso animal se espantó y corrió hacia el enemigo arrastrando y descalabrando al general en jefe, que a pesar de su valentía quedó fuera de combate. Ante la contingencia deplorable el comandante del ala izquierda creyó que lo menos grave era replegarse. Como lo pensó lo hacían él y su lugarteniente. Parece que el comandante de ese cuerpo de ejército comenzó a sentirse pacífico y creyó en la conveniencia de salvar su preciosa vida...

Empezó el repliegue. En el ala derecha el segundo de Cabral oyó o creyó oírle lanzar imprecación o juramento... "Yo no sé para cuándo se aplaza el deber de pegarse un tiro"... Y a continuación una interjección de mal gusto. Rara expresión en un señor de tanta compostura.

¡Cómo! Cabral, el flemático Cabral, el que invocaba para él y los suyos la protección de la Virgen de las Mercedes al entrar en cada combate, ¿tuvo el maligno deseo de que uno de los jefes y compañeros se suicidara? ¿Trataría él de suicidarse porque otros expusieran a perderse la batalla? ¿Y su Virgen de las Mercedes? Tuvo fe en ella; tuvo fe en sí mismo; tuvo fe en su compañero inmediato; tuvo fe en los oficiales subalternos; tuvo fe en el destino de la República. Asumió la dirección suprema; reaccionaban todos bajo su mando, y la batalla seguía curso

indeciso hasta que llegó y entró en acción el primer batallón de caballería a las órdenes de Juan Ciriaco Fafá. Reaccionaron y volvieron a combatir los del repliegue, y la posible derrota se volvió triunfo completo.

—Aprendí entonces cuánto influye una reserva, aunque sea pequeña, en el éxito de una batalla, cuando se aprovecha bien —dijo un día Máximo Gómez recordando aquella jornada.

Porque se distinguió en la memorable acción, a Gómez lo premiaron con un ascenso.

Vencidos, se retiraron los invasores llevándose sus heridos y dejando en la sabana y sus cercanías seiscientos noventicinco muertos. Contar y confesar el número de bajas dominicanas en guerra contra extranjeros, parece que entonces no se juzgaba decoroso. Eso... que lo cuenten los enemigos.

Meses después el Presidente Santana le salió huyendo a la matrícula de Segovia, que era huir de España... y entonces el Congreso Nacional le reconoció a José María Cabral y Luna sus merecimientos excepcionales. Con unánime aprobación fue declarado oficialmente *el héroe de Santomé* y premiado con una *espada de honor*.

* *

*

—*Los hombres no discriminan, y siempre están dispuestos a aceptar las tradiciones antiguas,* —escribió Tucídides.

Los dominicanos han escrito y repiten con ufanía que en Santomé el General Cabral venció en singular combate al Duque de Tiburón, cercenándole la cabeza de un machetazo. La leyenda, como producto de fantasía, se difundió y se colorea a medida que discurre el tiempo. No admite rectificación ni poda. Los crédulos no comprenden que si Cabral se entretiene matando a un Duque en singular combate, mengua su papel, se anula igual que los otros dirigentes y se pierde la batalla. El flemático Cabral ni se hinchó de vanagloria ni se entretuvo en rectificar leyenda. Pero un día, en campo de San Juan de la Maguana, lo rodeaban algunos oficiales suyos y ponderaban cómo le había él cercenado de un tajo la cabeza al Duque.

—No creo que valga la pena aclarar —dijo mientras una sonrisa rozó sus labios de piedra— que el Duque de Tiburón era un anciano valiente y digno de respeto. Me figuro que él no quería sobrevivir al ver a su Emperador huyendo, pues con reducida escolta se abalanzó contra nosotros. Hacia él corrieron varios de la caballería y cuando acudí para salvar al pundonoroso anciano, ya un oficial lo había abatido a machetazos.

* *
*

Y puesto que se trataba del hombre a quien Máximo Gómez distinguiera como su maestro, se debe hacer constar que la batalla de *Santomé* no puede señalarse sino como uno de los episodios culminantes de sus campañas de libertador.

Después que los haitianos fueron vencidos definitivamente en *Santomé* y en *Sabanalarga* y *Jácuba* y se descartó la posibilidad de futuras invasiones, el presidente Santana y sus adictos, los antes afrancesados, torcieron rumbo y creyeron propicio el momento para regalarle la República a la España de Isabel II^a. Comenzaron a podarla de opositores, y la entregaron. Santana tuvo un momento de buen humor y le escribió a “la más bondadosa de las reinas”:

“Le entrego este país limpio de abogados y periodistas”...
Una porción del Paraíso Terrenal.

El pueblo dominicano había ganado su independencia a pesar del persistente propósito anexionista de sus mandatarios. Habitado a su género de vida y obstinado en ser libre, no se podía conformar con que lo regalaran como en los días de la colonia.

Para efectuar la anexión inconsulta estorbaban Francisco del Rosario Sánchez, José María Cabral y Ramón Mella: los desterraron. Desde el destierro Sánchez y Cabral alertaban a compatriotas reputados. Y, respondiendo a su hirviente deseo, en Curazao se organizó la Junta Revolucionaria y desde allí informaron de los propósitos de liberación a Don José Desiderio Valverde, experto militar y ciudadano de social prestigio. Sin dar respuesta, Valverde se incorporó a los españoles y combatió

en favor de España. Instruyeron mediante cartas al benemérito General Fernando Valerio, y Valerio arrió en Guayubín el pabellón nacional y enarboló el extranjero. Juan Luis Bidó, el General en jefe de los vencedores en *Sabanalarga*, se comprometió a no pelear contra España; y José Hungría, el brillante vencedor de los haitianos en *Macabón* a batirse en favor de España. Le escribieron al Gral. Juan Contreras, con la esperanza de que él, por sus prestigios extraordinarios, conmoviera y levantaría el país “desde el Ozama hasta Higüey”, y Contreras se alistó a pelear por España, y peleó temerariamente hasta morir en *Maluco*. Le escribieron al Coronel José Valera y Álvarez y, o no recibió la carta, o rompió o escondió la carta, comparó y contrapesó fuerzas y se decidió por la ventaja, desempeñando luego papel de lo que ahora llaman “quinta columna”. Le escribieron al prestigioso Gral. Pedro Florentino, todavía entonces reputado “héroe de Jácuba”, exigiéndole el cumplimiento de su deber, y cuando llegó la carta ya él estaba confinado en lugar apartado de sus dominios. El que se amarga al enterarse de las numerosas contrariedades y sensibles deserciones no es capaz de medir la fortaleza de alma de un fundador de Patria.

Sánchez y Cabral no se amargaron. Invadieron y avanzaban por separado; y cuando la escuadra española amenazó bombardear a Port-au-Prince y el Presidente Geffrard se creyó obligado a impedir el *laisser-faire*, Cabral regresó al destierro y Sánchez fue vendido y sacrificado en San Juan con 19 subalternos y un traidor. Matanza horrenda —¡genocidio!— que en aquella fértil comarca es mal recurrente desde que Frey Nicolás de Ovando se distinguió exterminando a los indígenas que lo festejaban en la Maguana.

Los alzamientos en armas y los fusilamientos en masa se sucedieron con intermitencia hasta que se sublevaron en Capotillo y, sobre ceniza, se afirmó la República en Santiago de los Caballeros. Con designio de desvirtuar la propaganda española de que la guerra la hacían los negros de Santo Domingo con la finalidad de unirse a los haitianos, los principales ciudadanos del Cibao: Rojas, Espaillat, Grullón, Bonó, Curiel, y otros igualmente distinguidos, aconsejaron que el Presidente de la Nación fuera seleccionado. Seleccionaron al General José Antonio Salcedo: rubio, hacendado y reputado hombre de armas. Mandaron a José Durán al Sur a informar de la magnitud de los sucesos y, pronto, Florentino, Aniceto Martínez, Francisco

Moreno y Ángel Liberata Félix se sublevaron e impusieron en la región; y cuando sus montoneras, persiguiendo a los españoles derrotados, amenazaban entrar triunfantes en Santo Domingo, Florentino llamó a Cabral creyéndolo indispensable. Pero los mandatarios de la Colonia, vencidos en sucesivos combates, reclamaron carne fresca. Tres mil hombres más recibieron de Cuba y Puerto Rico, les agregaron veteranos retirados de otros frentes, los lanzaron contra el Sur, y se entenebreció otra vez la suerte de la República. Diezmadas y derrotadas las montoneras, se desataron las furias de Florentino en asoladora guerra de guerrillas. Desapareció él, y fracasaron sus sucesores provisionales impotentes para llenar hueco tan grande, hasta que José María Cabral logró llegar al Cibao y fue investido por el Gobierno del mando en la región arruinada.

Ruina. Ruina material y ruina de la fe. Con herencia de desastres, pisando escombros, Cabral debería crear recursos. Los creó. Paciente y ecuánime, fue reanimando y reagrupando patriotas, persuadiendo y subordinando adversarios y disciplinando montoneras hasta convertirlas en ejército regular. Infundió confianza, enseñando a perder escaramuzas y a ganar combates. Y, ¡por fin!, planeó, dirigió y ganó la batalla de *La Canela*.

¿Qué fue la batalla de *La Canela* y cuáles fueron sus consecuencias en la guerra por la Restauración de la República? No la han descrito los historiadores, ni la han ponderado los comentaristas, ni los maestros explicaron su significación, en las escuelas. Hasta el memorable acontecimiento Cabral se había limitado a hostilizar al enemigo con atrevimientos de guerrillero, tanteando por encontrar el flanco vulnerable en un lugar propicio. Un guerrillero más, tenido en menos por los comandantes realistas, engreídos, ensoberbecidos. "Llenos de orgullo y pasión"... dice el épico cantar de un poeta que peleó en la acción y se apagó sin nombre.

*"Y Cabral... (el fantasma que acometía y se desvanecía)
allí se plantó a peliá
lleno de gusto y de deseo... (Gusto, y deseo)*

.....

*El Godo y su parentela... (Los santaneros)...
 llenos de orgullo y pasión,
 murieron sin redención
 ardiendo, como en candela.
 ¡La Canela! ¡La Canela!
 Dilo tú: cuéntalo tú...
 Cuando en un Amén Jesú
 los jefe peninsulare
 le juyén por tierra y mare
 a la bandera e la Cru.*

Por *La Canela* se derrumbó en el Sur del país el predominio de España, y, definitivamente, quedó reafirmada la República en la difícil región, árida y vasta. Españoles y españolizados murieron muchos, huyeron pocos, y los rendidos sobrevivieron merced al sentido de misericordia de José María Cabral⁴. Que estaban ahí, con él, el bien plantado y atroz General Domingo Lazala y el tortuoso Eugenio Comas, queriendo ahora extremar el rigor en los vencidos para así dar prueba de lealtad nueva en su tardío arrepentimiento de *santaneros*. Por *La Canela* se perdieron las tropas de reemplazó y el convoy destinado a abastecerlas en lugares estratégicos. Por el sangriento descalabro el precavido General Eusebio Puello recogió los restos de sus batallones y corrió hacia Santo Domingo a juntarse con los destructores de la nacionalidad que sus hermanos y él habían contribuido a fundar mediante penalidades y sacrificios. El Cibao, hirviente de renovados y asombrosos heroísmos, se vio correspondido, por *La Canela*, y Cabral pudo llegar a Santo Domingo pisándole los calcañares al enemigo cuando se cum-

4. —Corbeta Santa Lucía—

Hemos practicado nuestro reconocimiento: los guías concedores de los caminos que V.E. nos remitió con un pliego de la misma fecha de nuestra salida, fueron a tierra; esta mañana los recogimos: traen buenas noticias en lo malo: dan por prisioneros a todos los soldasos faltos, pero se tienen la fortuna que el enemigo respeta sus vidas.

Tortuguero, 14 de Dic. 1864.

(fdo) Víctor Pérez

Al Exmo. Señor Comandante de la 2da. División de operaciones.

—Archivo del investigador Don César A. Herrera.

plía el mandato de Narváez y Gándara, atarazado, de resentimientos, se embarcaba.

Extendió la vista el héroe sobre el panorama nacional. Alcanzó a ver la naciente riqueza ganadera aniquilada, aldeas y ciudades en parte reducidas a ceniza, disminuida la población, y familias empavorecidas embarcándose hacia España, Cuba y Puerto Rico. Ponderó el lastimoso presente; miró al porvenir, y quiso aminorar el desastre con decreto de un perdón de imponderable alcance. Desde entonces, legalmente, ni España fue culpada ni en realidad reprobaron a los que, por error e incomprensión, pelearon por el dominio de España. Con ánimo grande borró las culpas. Manifiesta protección les ofreció a los españoles que se quisieran quedar; y, sin hablar de amnistía, armonía fraternal y paz les brindó a los compatriotas adversarios para que no se fueran. Consiguió así que el éxodo fuera de menor cuantía. Y cuando detrás de las rejas de las ventanas cantaban y suspiraban las que perdían novios que se embarcaron:

*"Se fueron los españoles...
¡Cosa buena nunca dura!"*

austero y frío, se ponía sordo: de eso no se daba cuenta.

Atenidos al magnánimo llamamiento y sintiéndose menos españolizados a medida que se acercaban a territorios de España, regresaron muchos. Y seguro de la adhesión de sus partidarios, regresó Don Buenaventura Báez, el culto, ex-afrancesado, ex-mariscal español, temporalmente liberal contra Santana y, en los escondrijos de la conciencia, inclinándose a imitar a Santana. ¡Tierra fatal la de Santo Domingo! El sembrador arroja al surco la semilla sana y en cambio del fruto que en justicia espera brotan ortigas, cambroneras y guazábaras.

Báez, experimentado hombre público, fue llamado al poder como el capaz de remediar los numerosos daños. Disconforme, lo derrocó Cabral; pero reocupó sin tardanza el mando, alentado por el Presidente Ulises Grant y con la ayuda de su aliado Silvain Salnave.

El antiguo adversario de Santana fue su imitador. Se empecinó en el propósito de la anexión; sino que ahora se proponían

anexar el desdichado país a los EE.UU. de América. Al pueblo se le hacía creer que su Patria pasaría a ser un Estado más de la Unión. Representantes de las partes interesadas abultaban los beneficios mutuos de la anexión, cuando Cabral, desterrado y vigilado, asomó y penetró en el Sur por la frontera, sosteniendo la independencia de la República. Y como en el Senado norteamericano hubo quienes repugnaban la falaz entrega, el Poder Ejecutivo de Santo Domingo promulgó un decreto invitando a los varones de edad cumplida a expresar "categóricamente la voluntad de unirse a la Gran República de los EE.UU. de América"... "a fin de que nadie ponga jamás en duda la legalidad intrínseca del acto".

En varios números del *Boletín Oficial* le detallaron al país menesteroso los beneficios de formar parte de "tan poderosa unidad" y "el desarrollo súbito, instantáneo, imponderable", que el país iba a adquirir... "y el poder y la fuerza, con los cuales no se podía soñar a no ser en medio del desorden cerebral de un delirio". "Es ley de civilización humana: hombres, pueblos, humanidad, ¿qué cosas son sino máquinas al servicio de la Providencia?"

No enmarañaban esta vez en la sombra, los mandatarios. El señor Presidente y sus ministros encendieron luces para desnudarse, y extremaron de tal manera el desenfado que el más ingenuo de los comentaristas confunde ahora aquel desenfado con el cinismo.

Al Dr. Juan Francisco Alfonseca, el primero que dio voto de repudio, lo montaron en un asno y, engrillado, lo remitieron para Azua a purgar pena de confinamiento.

Cabral llegó al Sur y le explicó al prestigioso veterano Andrés Ogando el nuevo peligro de perderse la República, si consentían que la entregaran a una gran nación de raza, costumbres y habla extrañas, que acababa de padecer guerra de estragos porque unos querían y otros no querían mantener a los negros en la esclavitud. Recapacitó y vacilaba Ogando, porque la región Sur estaba aún en situación lamentable por causa de la reciente Guerra de la Restauración. No había familia sin luto y carecían de dinero y armas; y en vez de las municiones que en cambalache por reses podría facilitar Haití, tendrían la hostilidad del Presidente Salnave que conspiraba contra su raza, como aliado de Báez, y trataba de halagar a Grant con miras de arrendar la *Mole Saint Nicolás*.

No les arredró el análisis. Hicieron propalar en campos y aldeas que si los dominicanos no se alzaban en armas manifestando su oposición, la Patria se perdería inevitablemente; que los blancos criollos serían colonos sumisos, esclavos los negros y los mulatos, y todos tendrían que hablar en un idioma de herejes.

Comenzó entonces *la Guerra de los Seis Años* (1868-1874), la guerra de los rojos y los azules que todavía confunden muchos con una más de internos antagonismos.

Meses después se alzó en Haití una agrupación de liberales contra Salnave y pronto se entendieron y auxiliaban los enemigos de la funesta alianza. La isla entera quedó inmersa en un mar de sangrientas calamidades.

Báez, resuelto a regalar la República, igual que Santana, en seguida de haber extendido la mano sobre los Santos Evangelios y jurado defenderla, declaró a Ogando traidor e hizo publicar en el *Boletín Oficial* un paralelo entre el héroe de Santomé y el que vendió a Jesucristo. Al final del paralelo preguntaba el gobierno y él mismo se contestaba:

—¿Es José María Cabral peor que Judas Iscariote?...

—“No lo sabemos”.

Y en dos idiomas, éste y sus seguidores fueron declarados ladrones (*cacós*), y combatidos a muerte.

Cabral y Andrés Ogando, carentes de recursos bastantes, se limitaron a hacer guerra de guerrilla, a aniquilar al gobierno sin exponer la causa nacional en una riesgosa invasión a la capital de Santo Domingo.

Los del Sur se turnaban en el servicio militar, la atención de sus ganados y el cultivo de los *conucos*. Mujeres hubo diestras en la industria de curtir, hacer zapatos y confeccionar cartuchos:

*Si fueres a Petit-Trou
no pases por Bahoruco:
la vieja Chepa Nonó...
¡hacedora de cartuchos!*

La copla, más que denuncia, es ahora una revelación. No permitía Silvain Salnave que de Haití pasara tela, hilo,

jabón, ni medicamento. Los heridos se curaban con maguey. Las viejas regulaban husos hilando algodón para zurcir harapos, y las mozas lavaban ropa con hojas de guayacán y de un arbusto llamado almendro de río.

Por atajos y veredas mandó Cabral correos al Cibao clamando que correspondieran al esfuerzo del Sur; pero en la fértil comarca estaban cansados de tantas guerras y se dedicaban al cultivo del tabaco, "porque con Báez en el poder el tabaco se vende a buen precio". El ex-Presidente Pimentel se sublevó allá y, en vez de secundarlo, lo combatieron, derrotaron y persiguieron hasta que se refugió en Haití. El General Manuel María Castillo y el Lic. Julián Belisario Curiel, maduros de conciencia republicana, por vías distintas y con séquito reducido tuvieron que irse de San Francisco de Macorís a guerrear en el Sur. Luperón, animoso como siempre, desembarcó y atacó en dos ocasiones por el Noroeste vociferando injurias, y tuvo que salir huyendo. El tabaco subía de precio...

El gobierno actuó sin descanso para destruir la rebelión que suministraba argumentos al senador Sumner y evitaba la anexión a E.U. de América. Millares de soldados a las órdenes del ex-triunviro García fueron a exterminar a los sublevados. García derrotó a Cabral y rápidamente entró en Neiba triunfante, luego de dispersar a los de Ogando. Engréido de pericia guerrera regresó a la capital y rendía informe, cuando detrás de él llegó un correo pidiendo refuerzos; porque Cabral había destruido las guarniciones que protegían Las Matas de Farfán y acababa de entrar victorioso en San Juan de la Maguana, mientras Ogando, a quien creían fugitivo en la montaña de Panzo, reocupó Neiba, aniquiló las tropas que defendían Rincón, y estaba amenazando a Barahona. Nuevas tropas marcharon contra el Sur, en cautelosos avances, mandadas ahora por el tremendo Juan de Jesús Salcedo, aquel que ya no usaba paraguas que no fuera rojo ni permitía a los subalternos que enarbolaran la bandera nacional sino con el rojo arriba. El 24 de agosto de 1869, cayó sobre San Juan con espantoso furor. Mató; persiguió a los fugitivos hasta Las Matas de Farfán. Los barrió de allí y acosó los restos hasta El Cercado, en donde el jurisconsulto Julián Belisario Curiel y otros fueron capturados y fusilados en Azua. El rojo vencedor de los azules regresó haciendo alarde de sus hazañas fulminantes. Los anexionistas

tocaron trompas, sonaron parches y batieron palmas; y cuando el *Boletín Oficial* publicaba noticias de la victoria decisiva, recibieron la increíble nueva de que Andrés Ogando había ocupado Las Salinas y Las Damas, y acababa de destruir en Neiba a los rojos sin que lograra escapar el joven General Lowenski Lamarche, flor del baecismo capitaleño, que los mandaba. Y cuando efectuaban en la catedral solemnes honras fúnebres, por el alma de Lamarche, otro correo apareció anunciando que el testarudo Cabral era dueño de Bánica, El Cercado, San Juan de la Maguana, y que sus exploradores ya estaban rondando en el vecindario de Azua. Entonces le ordenaron a Valentín Báez, valiente y fiero, que se encargara de ir en persona a erradicar el mal recurrente. Fue y venció a Ogando y a Cabral en todas partes.

Los soldados rojos mataron vacas de ordeño y después de arrancarles los cueros y los *filetes* las dejaron para los perros. Se desvaneció Cabral. Inutilizado por calentura lo imaginaban, cuando en maniobra insospechada invadió por el Noroeste. Lo derrotaron. Días después impuso su señorío en gran parte del Sur.

Un intermitente saltar de un sitio a otro, un batallar en sorpresivos desplazamientos, convencieron al gobierno de que en lugar de la riqueza esperada se confrontaba la ruina. Sin respaldo económico se ocurrió a un empréstito. Los millares de libras esterlinas, conseguidas en Londres, antes de llegar se desvanecieron con el agente mediador. La anexión del país, como lisonjero término de la miseria pública, se imposibilitaba por culpa de José María Cabral, cuando alcanzaron a ver el vapor *Telégrafo* costeano de Norte a Sur y Luperón reapareció perturbando con súbitos desembarcos. Sorpresa tal era de efecto semejante al mayor triunfo en un combate. Con beneplácito del gobierno norteamericano declararon pirata al barco y, como si no fuera bastante, en el *Boletín Oficial* llamaron a Luperón "cuatrero, hurtador, asesino, reincidente reo de peculado, *omni delincuente*". Pero el mulato tenía la lengua larga y en tierra extranjera proclamó que el Presidente de la República Dominicana era "un Malhechor de Estado".

Leva extraordinaria ordenó el gobierno, y al frente de diez mil hombres el "General de División don Buenaventura Báez, Gran Ciudadano, Jefe de la Regeneración Nacional", marchó contra José María Cabral y Luna. Divisiones y regimientos de la

anexión "a la brava", avanzaron entonces y en lo sucesivo avanzarían libres de riesgo; porque un centinela vendió al General Andrés Ogando en diez y seis pesos, y éste y el General Anselmo González fueron degollados a medianoche. El Jefe de Estado Mayor y Secretario de Ogando, Manuel Henríquez y Carvajal, quedó derribado con dos balazos y arrojado en un barranco. Así, lo que no habían podido lograr lanzando millares de hombres de armas a sucesivos combates, al mando de aguerridos capitanes, lo consiguieron con sólo una decena de selectos asesinos y el soborno de un miserable. Aunque los pueblos del Sur estaban endurecidos, esta desgracia enorme pesó en toda la gente de la región y no hubo lugar en donde los ánimos no cayeran en abatimiento. Casas principales de la capital de Santo Domingo cerraron sus puertas en demostración de aflicción y luto por la caída de uno de los grandes paladines de la independencia; y una vez más todas las ansias, las esperanzas todas, se volvieron hacia José María Cabral como al único salvador posible de la República.

Fue un paseo sobre campos devastados, el del Presidente. Ancianas enlutadas, hombres cojos o mancos y muchachas harapientas, lo veían pasar. Se detuvo a perorar ante aquellos desdichados en Las Matas de Farfán; ponderó los beneficios futuros de la anexión y ofreció su perdón para los guerrilleros invisibles. Cumplida su misión, para que se fuera pronto se abalanzó contra su ejército un pelotón de caballería al mando del viejo veterano Luciano Morillo. Éste y un hijo, y casi todo el pelotón, quedaron instantáneamente fulminados.

El Vice-Presidente Manuel Altagracia Cáceres iba por otro camino: faldeó la Sierra del Batoruco y llegó hasta la aldea de Paraíso ofreciendo garantía y paz. En los bohíos encontró solamente a los tuñecos. Apreció Cáceres la impresionante desolación y acaso desde entonces comenzó a discurrir lo que le correspondía hacer en su calidad de Vice-Presidente y Delegado del gobierno en el Cibao...

"El Gran Ciudadano" (Báez) regresó profundamente preocupado. En su región natal no lo querían; Cabral era incoercible y mientras se mantuviera en armas la anexión sería irrealizable.

El Vice-Presidente y Delegado, y el Gobernador de Puerto Plata se sublevaron y avanzaron sin encontrar resistencia, hasta entrar en Santo Domingo.

Así cayó Buenaventura Báez y para siempre jamás, se desvanecieron los afrancesados, los españolizados, y los americanizados, en la República Dominicana.

* *

*

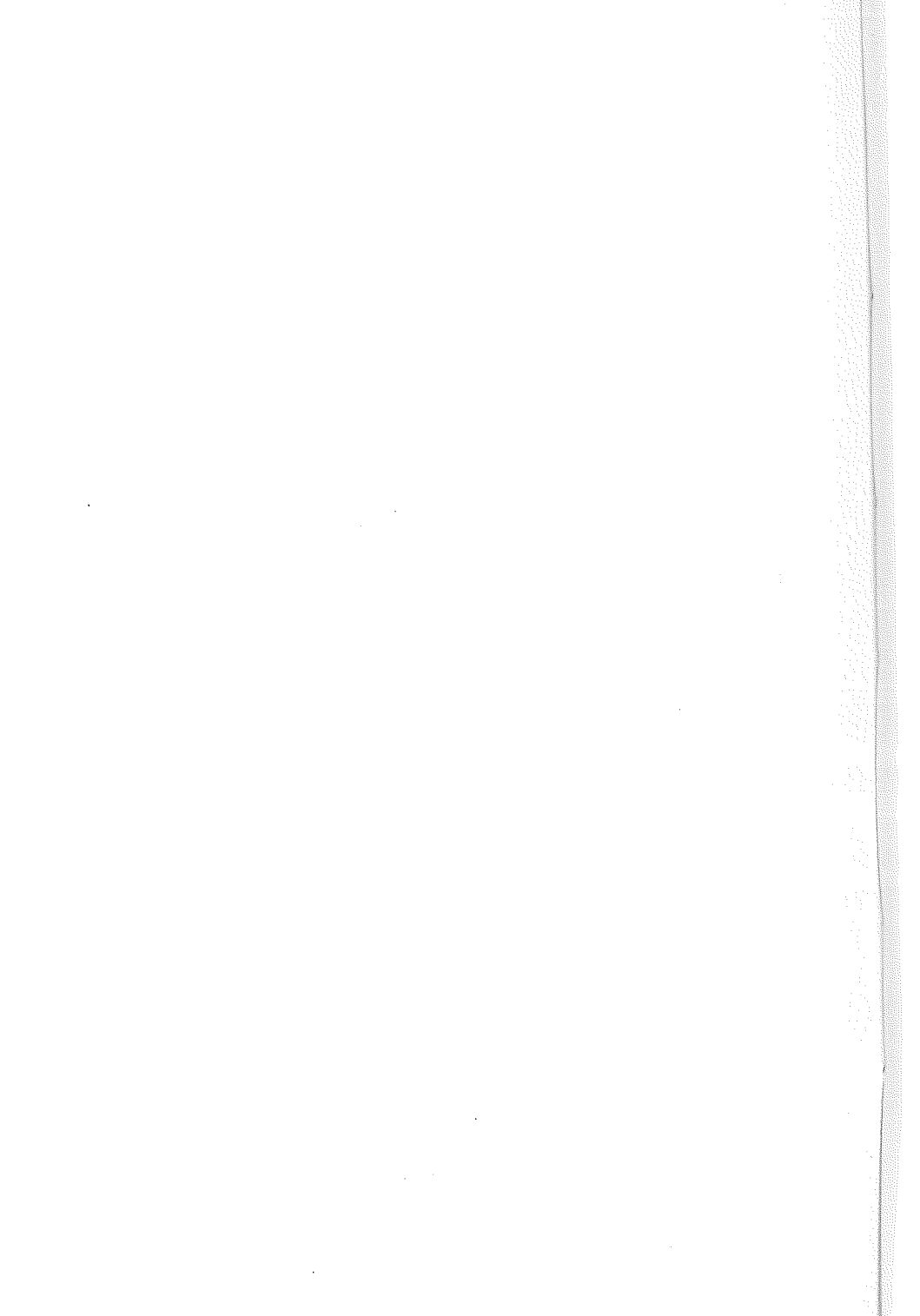
La Guerra de los Seis Años no debe ser considerada como una de nuestras contiendas civiles, sino la tercera guerra para sostener la independencia de Santo Domingo; y el mayor mérito de Cabral, como libertador, no debe limitarse a la victoria de *Santomé*, batalla campal en que vencieron al haitiano y humillaron al Emperador Soulouque; ni a *La Canela*, batalla complementaria de otros triunfos en una guerra de sangrientas alternativas en que intervenían los hombres más aptos de la nación. Su máximo heroísmo, su servicio patriótico más digno de alabanza, ha de señalarse en la protesta continua durante seis años de incesante combatir porque se salvara la República. Sus adversarios lo declararon *traidor, cobarde*, "el de las frecuentes fugas"... Pero él demostró que las guerras por la libertad no se ganan sólo con victoriosos combates. Las aparentes derrotas también suelen volverse triunfos.

Adalid vencedor en batallas definitivas, planeadas por él, e invencible y asombroso guerrillero cuando carecía de recursos suficientes, fue José María Cabral. "El de las frecuentes fugas"... vociferaban los adversarios; y fue el mismo de los contraataques y ataques sorpresivos y desconcertantes. Es difícil encontrar otro libertador de América tan paciente para leer injurias contra su reputación sin conmoverse ni contestarlas. Alto y seco, sobrio y frío, el Cabral de sus antepasados no vendría de Portugal, como han supuesto algunos, sino de un páramo de Castilla, o de la serena Córdoba. Su templanza era admirable y admirable su entereza en los padecimientos. Comía, puesto que vivía; pero en parquedad nadie le igualaba. Pensaba y hablaba, puesto que dirigía hombres; pero solía permanecer horas y horas en actitud silenciosa, interrumpida al fin por breve orden o monosílabo concreto. A veces parecía que se iba a convertir en pétreo monumento. Estudió en

Liverpool y se le precisó el temperamento flemático. Fue ascético, como ningún otro dominicano, nació para meditar en apartado cenobio, y por amor a los compatriotas intervino en tumultuosas contiendas, imponiéndose el deber de liberar a sus ciudadanos en tres guerras: *la guerra de la Independencia, la guerra de la Restauración y la guerra de los Seis Años*. Fue Presidente de la República, y cuando salió del Palacio nacional para ir al destierro, como era entonces de rigor, lo veían tan pobre que un varón caritativo prestó modesta suma de dinero para que pudiera resolver las que a los demás les parecieron necesidades inmediatas. Su existencia fue pararrayo de conflictos; y ante los problemas sin solución, de tragedia griega, que se le plantearon, sobre la propia reputación situó la vida independiente de la República.

Señores: he querido limitarme a trazar un perfil del libertador José María Cabral y Luna, el del guerrero.

OTRAS MEMORIAS



DESSALINES Y EL CARABINÉ

El 8 de marzo de 1805 llegó el emperador Jean Jacques Dessalines a Galá e impuso el asedio de la ciudad de Santo Domingo, con la expresa decisión de no reconocerle al imperio otros límites que los trazados por los mares, resuelto a posesionarse de la porción integrante de sus Estados, y a borrar en ellos los últimos vestigios del ídolo europeo (Bonaparte). Sus tropas sumaron hasta 30,000 hombres.

Antes había querido el gobernador Ferrand, con pobre idea de la realidad antillana, hacer sentir la autoridad de Napoleón I y, sin llegar a su destino, dictó, fechó y despachó en Santomas la orden que fue a provocar y a atizar la cólera de Haití. Los habitantes del Cibao y los del departamento del Ozama, quedaban facultados por la orden a perseguir a los revoltosos del Oeste, a matar a los viejos y a los adultos, ya incorregibles, y a apresar a los menores de quince años (machos y hembras) que serían botín y propiedad de los capturadores, quienes podrían utilizarlos en sus plantaciones o venderlos en subasta. Los comandantes Ruiz (de Azua) y Serapio (de Santiago de los Caballeros) legalizarían las transacciones. La mercancía sería exportable sólo por el puerto de Santo Domingo, pagándole al fisco el cinco por ciento del valor de cada venta.

El duelo de libertad o muerte, contra el derecho de esclavitud, se reanudó con la orden de Ferrand como pretexto o fundamento. Dessalines pasó el Artibonito seguido de Petion y de otros capitanes, luego de mandarle a Henrique Cristóbal sus instrucciones para que saliera con las tropas del Guarico a

encontrarlo en Santo Domingo. Las comunes de Hincha, Las Matas y Neiba, aterrorizadas, se le sometieron. Pasó de San Juan de la Maguana, cruzó el Yaque del Sur y pronto se enteró, por tres españoles capturados, de que 800 enemigos obedientes al comandante Viet lo esperaban atrincherados en un cerro. No se detuvo. Avanzó, los atacó, destruyó las defensas, venció y dispersó a los enemigos y capturó al comandante Viet, feroz matador de negros.

—“¿Cómo has podido imaginar —le preguntó el emperador— que a mis tropas se les cerraría el paso con trincheras, espinas y cañones, tú, colono, que debes conocernos?”

En presencia de Petion, de Boyer y de otros oficiales, Jean Jacques Dessalines le hizo dar a Viet una *pela de varitas* que le dejó sin aliento. Un zapador —que fue en África miembro de una tribu de antropófagos— le abrió el pecho, le arrancó el corazón y aún palpitante se lo comió con ostentosa gula. ¡Duros tiempos aquellos! Su Majestad Imperial no autorizaba tales actos; pero las ocupaciones múltiples y sus preocupaciones eran grandes y elevadas; y sus escrúpulos, cuando se trataba de castigar a los enemigos de la libertad, no iban muy lejos. Lejos estaba todavía Azua, en donde trataría de ver al comandante Ruiz, el vendegente. El comandante Ruiz, los azuanos todos, tocados de prudencia, dejaron la ciudad vacía dando pruebas de adhesión a los franceses con asombro de los guerreros de la libertad. El monarca ordenó que los trataran como a enemigos; las viviendas fueron reducidas a ceniza, y cuando el vencedor pasó por Baní esta heroica villa no tenía bicho viviente... Dos días después fue cuando el Emperador de ébano llegó a Galá y le puso sitio a “la más antigua ciudad del Nuevo Mundo”.

El general Cristóbal, obediente al superior, salió del Guarico y cayó como un ciclón sobre el Cibao. Batió en Santiago de los Caballeros a los franceses y a los españoles, hizo ejecutar a los heridos, y colgó en las galerías de las casas del tribunal a los notables: los nombrados Francisco Redondo, Francisco Escoto, José Rojas, José Núñez, Juan Curiel, Juan Núñez, Norberto Álvarez, Antonio Rodríguez, Blas Almonte y a unas cuantas etcéteras más que se habían refugiado en la santa iglesia. Como era hombre de grandes aspiraciones no provocó la justicia de su Santidad el Papa ni se expuso a una temida excomunió: el Padre Pablo Álvarez obtuvo de él el benigno castigo de ser

encerrado en un calabozo. Tabares, adicto a los invasores, se encargó de continuar el capítulo del castigo.

Las tropas del Guarico se unieron al emperador y todas sumaron treinta mil hombres. Ni los habitantes del departamento del Ozama ni los del Cibao tendrían el trabajo de ir hasta el occidente a perseguir y a capturar negros para sus plantaciones o venderlos en remate. En buen número los tenían al alcance de la mano. ¡El asunto era salir a cogerlos!

Salieron y volvieron a salir, y siempre regresaron huyendo y descalabrados.

Mientras Ferrand y los suyos fraternizaban con el hambre y todas las privaciones, los bravos del Emperador comían, bebían, y se entregaban a los placeres de la danza. La señorita Eufemia Daguilh, una de las queridas de Su Majestad (poseía muchas) vino a incorporársele en su campamento de Galá. "Era bella, llena de gracia y le daba impulso a todos los placeres". "Componía los aires que tocaban los músicos". El mismo Dessalines, gran bailaror, solía entregarse hasta el frenesí a cierta clase de placeres. Fue entonces, "en el Cuartel General de Galá, que el Carabiné tuvo origen; danza nacional que los haitianos han hecho tan graciosa y que nuestros oficiales ejecutaban con las carabinas colgando a las espaldas".¹

Cuando estaba Santo Domingo a punto de capitular apareció una escuadra francesa navegando con dirección a occidente. La lógica más elemental aconsejó a Su Majestad que levantara el sitio. Lo levantó y se encaminó hacia Haití en marcha forzada, el 28 de marzo a las 11 de la noche (1805).

Jean Jacques Dessalines no regresaba contento de los dominicanos. Él había adoptado la posición espiritual de ver y reconocer en cada nativo del Este a un descendiente y heredero de los indios. Bolívar, más tarde, adoptó idéntica posición pensando en los peruanos cuando libertó al Perú. Pero el Emperador, con pena propia y daño ajeno, modificó su criterio.

"Era natural presumir, dijo, que los indígenas españoles, estos descendientes de los desventurados indios inmolados a los apetitos y avaricia de los primeros

1. Tomás Madiou, *Histoire d'Haití*.

usurpadores de esta isla, aprovecharían con avidez la preciosa ocasión de sacrificarle sus tiranos a los manes de sus antepasados; pero esta especie de hombres, envilecida y degradada, prefiriendo a las dulzuras de una vida libre e independiente a los que la tiranicen, hizo causa común con los franceses”.²

El castigo, aplicado por el indignado Emperador y por los suyos a los envilecidos, fue severo. ¡No se acordó el Jefe, no se acordaron los subalternos, de que Tabares los estaba acompañando! Los franceses y los afrancesados fueron arreados como rebaños. A los mulos y a los prisioneros que la fatiga no dejaba caminar les cortaron patas y pies. Con algunos cansados fueron menos severos: les cortaron los “jarretes” nada más. El camino del Sur fue marcado con sangre y fuego; y Henrique Cristóbal, que regresaba por el Cibao, no podía permitir que nadie, ni aun el monarca a quien obedecía, lo aventajara en la tarea de suprimir blancos. Los actos del valiente, inteligente, elegante, extravagante y feroz lugarteniente de Dessalines, los narra y prueba Madiou con frases duras.

No le interesa al comentarista de hoy endosar las censuras del historiador haitiano, sino señalar un artículo excelente del botín que conquistaron: el carabiné. Monsieur Tomás Madiou fue un paciente y excelentísimo narrador de hechos y cosas, y no se le debe criticar porque a la vez no fuera músico. Una joven “llena de gracias” y desprovista de cultura verdadera, como la querida del Emperador Jean Jacques I, podría bailar bien y cantar con agradable voz; pero no podía crear un ritmo nuevo. Su temperamento de artista y sus oídos atentos a la melodía, serían capaces de crear un aire o de repetir, para el regio amante y los soldados del campamento de Galá, el aire oído a los dominicanos prisioneros y de éstos aprendido.

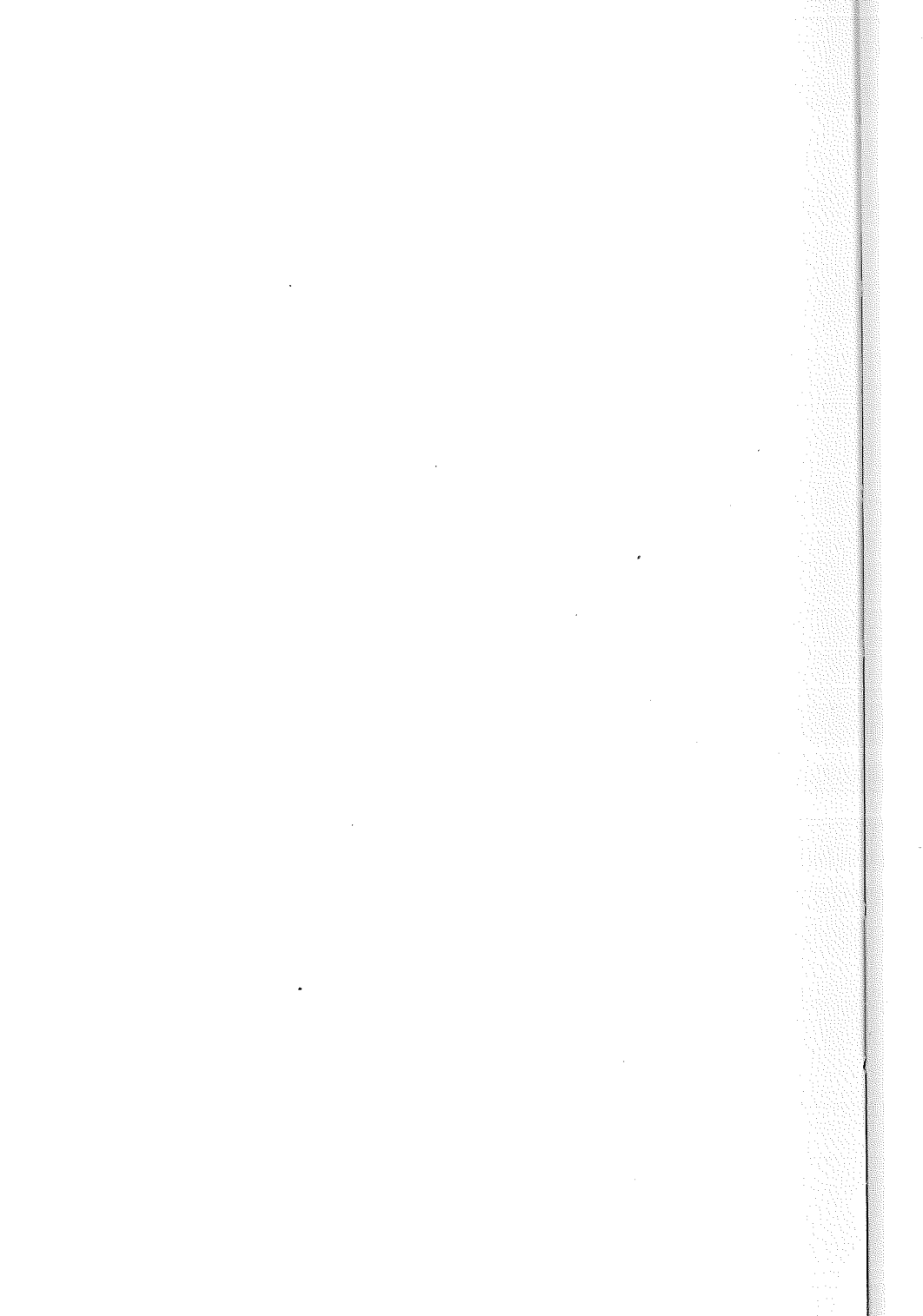
¿Qué es el carabiné? El nombre, sin disputa, fue haitiano desde el día que en Galá lo bautizaron; pero la forma rítmica es una de las varias modalidades de la danza hispanoantillana. El bailable empieza, como el minueto, llevando el caballero de mano a la mujer, bailan de frente acercándose y esquivándose,

2. *Ibid.*

se enlazan, bailan enlazados, vuelven a soltarse, cambian de pareja y siguen bailando y cambiando hasta volver a formarse la pareja inicial. El refrán se repite cuantas veces quieran prolongar la danza.

El carabiné fue inmediatamente incorporado a la vida artística de Haití. El Emperador lo bailó en el Guarico con frenético entusiasmo, mientras los concurrentes coreaban: "El Emperador vino a ver bailando a Culuta" ... (otra querida del monarca), mientras Cristóbal, grave y altivo, lanzaba miradas de reproche.

Reconocer a una modalidad rítmica cualquiera, y más a unailable, le ha dado nombre a una mujer, una sociedad, un pueblo, y establecer con precisión el momento, es gloria auténtica que nadie puede negar. Y el nombre, la gloria bautismal del carabiné, le pertenece a Haití, como el danzón a Cuba, el merengue a Santo Domingo y el tango a la República Argentina.



LA BATALLA DEL 19 DE MARZO

La República Dominicana adquirió fisonomía militar y fue un vasto campamento militar desde el día que Pedro Santana asumió la presidencia en 1844. No se explica que en un país de tal organización las numerosas batallas que se libraron para asegurar la independencia, con excepciones como la del 30 de marzo que dirigieron los extranjeros, se conozcan sólo de nombre. Los partes de guerra que tuvo don José Gabriel García el trabajo de copiar, conservar y publicar en folleto y que son clave para el estudio de las sangrientas jornadas y base para la Historia Militar que escribirán algún día, los conoce contado número de personas y escasean de tal manera que ya tienen el valor misterioso y el cariz místico de la ciencia en el Egipto de los Faraones. Ahora que el ejército nacional tiene oficiales de carrera, técnicos de las distintas armas, sería pertinente que una comisión seleccionada de entre sus miembros más capacitados, se encargara de estudiar sobre el terreno y con los *partes de guerra* a la vista, cada una de las batallas principales. Así se desvanecerían errores, la estatura de los antiguos generales revelaría sus dimensiones positivas, quedaría la historia depurada, los cadetes tendrían la mejor fuente de estudios prácticos y los maestros alcanzarían ideas claras para enseñar a los escolares. Labor igual realizaron el coronel Santana y el general Eleazar López Contreras en Venezuela y resultó provechoso para el ejército de aquel país y de realce y prestigio para sus propios nombres.

Un José María Cabral matando al Duque de Tiburón en singular combate cuando la batalla está indecisa; un Valera

partiendo en dos de un sablazo a un negro formidable; un Luperón ordenando fuego a gritos desde una mula, mientras lo rodean los enemigos; un Valerio mellando su machete en los cráneos que se abren como bangañas, son animales legendarios, pintorescos y feroces; pero se achican sin dar idea de su capacidad. Siempre parecerán inferiores a un Juan Luis Bidó, atento a las alternativas de la batalla, y a un Pedro Santana, sumando y organizando tropas en Azúa y atendiendo al desarrollo de los sucesos de Cambronal y Santomé, y al mismo Cabral planeando y ejecutando el combate de La Canela.

La obra de García es una historia general, y abarcando la amplitud de miras del autor aspectos diversos de la vida dominicana, no podía precisar asuntos que dejó para los especializados. Ella enseña que las disposiciones de guerra y providencias varias de gobierno, durante la primera campaña emanaron de la Junta formada por un grupo de ciudadanos que se distinguían por la inteligencia y por el arraigo social. La ausencia de Juan Pablo Duarte, el espíritu de transigencia, de sencillez y de bondad de Francisco del Rosario Sánchez, y acaso la necesidad de imprimirle carácter de universalidad al movimiento revolucionario, parece que le dieron al principio jerarquía igual a cada uno de los miembros de la Junta, privándola de dirección personalista. Su primer documento oficial (el dirigido a Etienne Desgrotte), puede ser considerado como un reto de guerra. Aparece firmado por mayoría de civiles y de un militar auténtico, aunque algunos de los primeros ganaron después, como la República, atributos militares. Firmó Sánchez en el lugar primero, seguido de Puello (J), Castillo, Bobadilla, Jimenes, Mella. El segundo documento oficial es la capitulación de Desgrotte, y la firma de Mella precede a la de Sánchez y a ésta siguen las de Puello, etc., etc.

La agrupación revolucionaria se formaliza luego y queda convertida en Junta Central Gubernativa bajo la presidencia de Tomás Bobadilla y Briones con Manuel Jimenes como Vicepresidente; y cuando Duarte regresa del destierro, ingresa en ella como uno de sus miembros, sin aparente alteración de autoridad.

Las disposiciones de la Junta ganaron pronto el endoso de la nación. La reconocieron en el Sur, en el Este y en el Cibao y le fueron sumisos todos los ciudadanos. Sumiso le fue Pedro Santana; y cuando amenazados de la primera invasión, la Junta lo mandó al Sur como conductor de tropas (General de División

y Comandante en Jefe del Ejército) se le investió de preeminencia militar sobre todos los demás.

¿Cómo procedió el improvisado General de División? ¿Qué ideas tenía él de las cuestiones y operaciones de la guerra? ¿Qué concepto tenía del civismo, del valor y de la moral de los dominicanos? ¿Qué fe tenía en la capacidad de la República para defenderse y subsistir independiente? ¿Cómo actuó él frente a los acontecimientos?

Pedro Santana escogió la ciudad de Azua para centro de sus operaciones y se situó allí en marzo de 1844. Azua no sólo era la población más importante del Sur, sino también la más estratégica. Tres caminos convergían a ella viniendo de Haití: el costeño, el que pasaba por Tábara, Neiba y llegaba a Soumatre (Lago del Fondo) y el que se ha modernizado y honrado con el nombre de *Carretera Sánchez*. A éstos se le agregaban los del inmediato mar.

Las acciones preliminares (las del Rodeo y Las Marías) libradas por Fernando Tavera, fueron simples escaramuzas y los partes de guerra en que se relataban, si los hubo, desaparecieron con el tiempo.

Retrocedieron las "débiles fuerzas" que servían de avanzadas en las comunes y regiones fronterizas, y las tropas del Presidente de Haití, en marcha fácil, aparecieron en el Jura detrás de Modesto Díaz (18 de marzo 1844). El 19 avanzaron cubriendo la mínima distancia que aún las separaba de la ciudad y en las afueras de Azua chocaron con las dominicanas.

Fue el primer contacto de importancia del ejército bisoño con el enemigo. El choque duró tres horas. (?) Se aproximaba la noche, según se ha dicho, y el Presidente Herard ordenó el repliegue de los suyos hacia el río Jura (distante tres o cuatro kilómetros de Azua). Pedro Santana, por su lado, ordenó una retirada general y durante la noche él y sus tropas emprendieron marcha hacia Sabana Buey y luego a Baní, situado a 57 kilómetros del lugar del combate.¹

1. ... El 19 "apareció la vanguardia haitiana". Se rompió el fuego y después de causarle 21 muertos "y muchos heridos", se replegó al Jura. Santana abandonó la ciudad durante la noche, retirándose a Sabana Buey y luego a Baní. Extractado de "Combate de Azua", descrito por el Dr. A. Llenas, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana en Haití.

Tal fue la acción de guerra que los dominicanos reputan como batalla victoriosa y le han dado nombre y apellido, aunque algunos dudan que Herard no se la anotara como triunfo.

Los historiadores, los escritores, los oradores, los maestros de escuela y sus discípulos, están absolutamente concordes sobre que aquella pelea debe llamarse "Batalla del 19 de Marzo" y aseguran que los dominicanos salieron vencedores. Es posible que esta verdad no tuviera la aprobación del presidente de Haití y no sea comprensible y esté al alcance de todas las inteligencias. Los dominicanos salieron "vencedores", para Baní favorecidos por el receso y las sombras de la noche y parece cierto que los haitianos tomaron posesión de Azua, puesto que antes de regresar a su país la ocuparon y redujeron a cenizas.

¿Qué dice el parte de guerra? La Junta Central Gubernativa no lo publicó. ¿Cómo preparó Santana el ejército bajo su mando para entrar en batalla? Se ignora. Fue clásico para los jefes dominicanos formar tres cuerpos para entrar en combate: ala izquierda, centro, y ala derecha. Al frente de cada cuerpo mandaba un jefe y a todos quedaba atento el superior. ¿Quién mandaba cada cuerpo el 19 de marzo? Forma de acaparar la gloria, cuando se triunfa, es enmudecer. Pero esta vez parece prudente no regateársela a Santana.

La Junta Central Gubernativa afirmó que el enemigo tuvo un gran número de muertos y de heridos y no hizo mención de las pérdidas de los patriotas. En carta del 16 de mayo habla Santana de "Remigio del Castillo y otros heridos y enfermos que tengo".

El verbo tener, el carácter de posesión con que el General Santana empieza a hablar de los ciudadanos, es de significación luminosa. Marca un punto sensible en la evolución de su gramática y exhala un tufo de poder que no podía dejar de percibir un olfato tan sutil como el de Don Tomás Bobadilla. El *tengo* le nació en Baní a raíz de saber que en Port-au-Prince había estallado una insurrección el tres de mayo. Herard se vio obligado a regresar precipitadamente con sus tropas. Tan feliz acontecimiento cambió la faz de los sucesos y le enseñó al General en Jefe lenguaje nuevo y revelador. Hasta entonces había venido siendo tímido y respetuoso de trato y creyendo

más en bobadilla que en sí mismo. Lo llamaba "dilecto amigo". "Compañero y amigo". Sentía el pecho repleto de cuestiones graves y Bobadilla era, además del dilecto amigo y compañero, su excelente confidente y confesor. "Sólo pudiendo tener una entrevista con usted podría desahogarme".

La obsesión del valor y de la fuerza del haitiano no le permitían sosiego espiritual al "vencedor" de la Batalla del 19 de Marzo. "Los haitianos atacan con vigor y se necesita gente para resistirlos". Para resistirlos. No habla de atacar sino de resistir. Ve visiones negras en infaustas perspectivas. "Los haitianos han atacado ayer El Maniel y... los supongo hoy posesionados de aquel punto".

No debieron ser tan fuertes, ni estaban en posesión de El Maniel: Antonio Duvergé los había rechazado. Pero el miedo de Pedro Santana crecía y le nublababa y perturbaba el ánimo y le multiplicaba los enemigos.

"Estoy asegurado, escribe, que en las fuerzas que los siguen hay una multitud de españoles (para su criterio eran haitianos los nativos de piel negra y españoles todos los de cutis claro); posesionados de seis pueblos españoles nos harán la guerra con los nuestros, en tanto que nosotros nos arruinamos, con nuestros trabajos paralizados y con la fatiga de un arte tan penoso como el de la guerra... inter más dure la lucha, más incierta tenemos la victoria." "Si no nos proporcionamos un socorro de ultramar... Ud. tiene la capacidad necesaria para juzgar todo lo que yo le quiero decir y para no hacerse ilusiones." Siguen lamentables etcéteras".

Tal era el ánimo del vencedor de la Batalla del 19 de Marzo. Se comprende por qué cuando Juan Pablo Duarte instaba y lo constreñía para que atacaran juntos al enemigo vacilante, él prefería la intriga del político a la acción peligrosa del guerrero. Pero como en la historia dominicana lo monstruoso y absurdo prevalece, la Junta Central Gubernativa no llamó a aquel derrotista y lo sometió a un Consejo de Guerra: llamó a otro, al que prescindiendo de Santana pedía órdenes para batir,

para derrotar al enemigo. No comprendió la Junta, no comprendió Bobadilla, que un hombre inteligente y sin ambiciones como Duarte era el más beneficioso, era el preferible para el país y hasta para las ambiciones e intereses personales de Bobadilla.

LOS ABUELOS Y EL INMIGRANTE

I

Entre los problemas que han preocupado más a los dominicanos, desde los días iniciales de la República, persiste con ansiedad colectiva el de aumentar la población del territorio con inmigrantes de raza blanca. El blanco, el mulato y aun el liberto de la antevíspera, asumieron actitud de blancos el 28 de febrero de 1844, la actitud loable se volvió formal y nacional criterio, y se ha ido transmitiendo por herencia en sucesivas generaciones hasta constituir, por costumbre y por derecho, mental unidad de raza. No hubo, no hay y no habrá diferencias ni categorías de raza en Santo Domingo, nación de blancos. Lo que se advierte es que los blancos no sobreabundan.

No es pujo de gracia ni paradoja. En esta nación de blancos, nacida en ruda lucha con el negro, siempre se sintió miedo recóndito de que al fin prevalezca la raza negra, paridora, sobria y batalladora. Es sentimiento íntimo que experimentan, preocupa, y callan.

Mientras los fundadores de la República y sus herederos procuraron y procuran blancos (canarios, mallorquinos, peninsulares y hasta noruegos) ofreciéndoles tierra y acogida fraternal, afluyó del exterior y se filtró por *la línea de Aranjuez*, pública o subrepticamente, el inmigrante espontáneo: el *cocolo*, el asiático y el haitiano; indeseables, hambrientos de pan, e inapetentes de grandes ideales.

La idea de aumentar la población fue atizada por sentimientos generosos y obstaculizada por dificultades económicas. ¿Qué se hizo, a dónde se fue a esconder la riqueza dominicana? Emigró en gran parte cuando España le donó a Francia el territorio, sin preocuparse de los habitantes; huyeron los restos cuando el doctor Núñez de Cáceres le entregó a Boyer las llaves de Santo Domingo en 1821; se incendiaron después los residuos en catorce años de guerra contra el haitiano; y cuando estaba renaciendo, a pesar de tan terribles penalidades, Pedro Santana y sus secuaces llamaron a la España de Isabel II y los varones principales, y las ciudades y hasta los campos, quedaron reducidos a ceniza para que prevaleciera la República. ¡Que nadie tenga por mengua nuestra miseria económica!...

Para detener la inmigración fraudulenta los legisladores dominicanos votaron leyes y reglamentos, verdaderos resúmenes de sabiduría, en los cuales quedó manifiesto el general deseo de que los amarillos y los negros no vinieran. Las restricciones y los obstáculos voluntarios se volvieron puertas y puertos y, como si los llamaran a voces, los negros y los asiáticos siguieron apareciendo. Así vieron los patricios, a la hora de morir, oscurecerse el destino de su tierra, multiplicado en escala descendente el *mulataje*, amenazadas las costumbres y hasta el limpio, noble y sonoro idioma de los mayores. Pensarían con amargura y espanto que, para que su patria no acabara siendo un Curacao en gran escala, los gobernantes que los sucedieran y las generaciones que sepulten a los gobernantes, tendrán que realizar portentosa obra de milagros.

Hace quince años que el Gobierno planeó la resolución del viejo problema. Se les ofreció a las familias seleccionadas y por seleccionar, que deberían radicarse en el país, viviendas cómodas, tierras saneadas, simientes, utensilios, facilidades para la transportación, por buenos caminos, de las cosechas y los productos. Trato y acogida amable, cimientos positivos para el inmigrante y para los suyos. La gran crisis financiera que sacudió a los Estados Unidos de América, en repercusión fatal lastimó la enclenque economía dominicana en 1929, obligando al Gobierno a posponer la realización del bello plan para intentarlo en prometedor futuro. Aparte de que el criollo fue siempre un fecundo productor de planes que se aplazan, se

desvirtúan y se desvanecen, no fue, entonces, falta de los dirigentes. Motivos hubo.

¿Cómo pensaron nuestros antecesores resolver el problema? En uno de los esbozos de más antigüedad que se conservan está explícita la forma. Publicaron el plan en *El Dominicano*, el 24 de julio de 1986; está firmado con una G. Los fundadores de la República trabajaban para los demás y no se preocupaban por fugaces glorias. El autor enfocó el problema y señaló remedio o solución disimulando el deseo de "superación racial"; pero haciendo ver concretas realidades. Por la virtud de sus letras, de su proyecto, saldría el ciudadano del Este convertido en hombre de arraigo, en el pequeño propietario por quien se enorgullece la democracia. El plan de 1924 es tan parecido al de 1846 como un loro a otro loro. Coinciden en cada una de sus cláusulas con tanta exactitud que no sería temeridad ni irreverencia suponer que don Rafael Espaillat leyó o tuvo noticias claras del antiguo documento. Puede admitirse, en primera instancia, que la coincidencia en sus partes esenciales se produjo por igual fervor patriótico. El proyecto de G tenía introducción rica de reflexiones que le facilitarían al legislador los vulgares *considerandos*, y a continuación se articulaban los principios que deberían pasar a ser ley.

"Llegados los inmigrantes al país encontrarán terrenos en que establecerse, utensilios y una suma (de dinero) que se les pasaría para proveer a su subsistencia por el tiempo que se juzgue suficiente, hasta que el fruto de su trabajo les proporcione los medios de existir. Pero no basta sólo esto para acudir a las necesidades anexas a la inmigración. Nadie mejor que nosotros tiene experiencia, por lo que sufrimos cuando emigramos al cederse esta Isla a Francia. La inmigración de los dominicanos encontró identidad de costumbres, y las mismas leyes e idioma, relaciones de consanguinidad, y habitábamos con nuestros correligionarios; mientras que para la inmigración que se desea todo es diferente, y debemos tener en consideración las adversidades y conflictos que pudieran experimentar, para prever con anticipación el alivio de sus males.

"En la distribución de terrenos deben destinárseles los más feraces y salubres y en los que encuentren más roce con los naturales que atiendan a sus urgencias domésticas. Lo contrario sería como un abandono que se hiciera de ellos y exponerlos a experimentar un mar de dificultades, privaciones y penas que los angustiarían.

.....
"Conviene más la inmigración parcial, que proporciona ventajas recíprocas y ofrece facilidades para proveer a los inmigrantes de todos los utensilios necesarios para la vida, y para ponerlos bajo una protección más firme por medio de Comisiones y Consejos de agricultura que se formarían en las provincias compuestas de vecinos escogidos, honrados e inteligentes, para que con celo patriótico se constituyan en mentores que cuiden de su existencia y bienestar. Serán tratados con distinguida deferencia, bien mantenidos, y asistidos en sus achaques, y consolados en las adversidades de la vida; y llegará tiempo en que enlazándose con los naturales formarán parte de la familia dominicana.

"Se les deben proporcionar alojamientos bien abrigados, secos y en buen estado, almacenes para depositar frutos, provisiones y utensilios", etc.

II

LOS ABUELOS Y EL INMIGRANTE

El proyecto o plan de G se prolonga, precisando principios morales y visiones de un lisonjero porvenir. Se siente palpitar un vasto y fraternal amor al hombre, al prójimo desconocido, desde el preámbulo hasta el final. Ilumina, e irradia simpatía tan viva que una vez más hace pensar en que las naciones chicas, las patrias débiles, son verdaderamente las comunidades fraternales. El hombre que nació "en grande", se sintió fuerte, y se vio desde la cuna protegido por asociaciones armipotentes, puede excluir y casi siempre excluye con limita-

ciones legales y prejuicios al extranjero, sin preocuparse del mandado de Jesús. Su concepto, su sentido de projiidad, el amor al prójimo, no es el del habitante de las naciones pequeñas. A lo sumo dormita borroso y se esfuma con las fronteras lejanas. Cuando se le despierta es en mezcla de asociados, para invadir o repeler en guerras internacionales. Su prójimo, aun después de veinte siglos del Nazareno, habita en el vecindario y ahí podría vivir hasta la muerte sin preocupar y sin preocuparse por saber quién es el otro. Cristo nació en Palestina y reencarnaría en Costa Rica y hasta en Andorra; pero jamás tendrá la ocurrencia de renacer en Berlín, ni en Tokio ni en New York, aunque por deberes de su oficio se traslade y aclimate en las grandes municipalidades.

No hay, sin embargo, que entregarse a desbordamientos de entusiasmo al saber ahora que el Dios de bondad vivió en nosotros, según el bello testimonio escrito de la fraternidad dominicana: el documento de 1846 no contenía ya la pureza, ni todo el desinterés que encendieron a Montesinos y a Córdoba, nuestros "divinales" dominicos. Al leerlo resalta, en una frase, el sentido primordial: "*Y llegará tiempo en que enlazándose (los inmigrantes) con los naturales formarán partes de la familia dominicana*". Tampoco se debe olvidar que lo escribieron cuando Antonio Duvergé estaba con un ejército peleando en las fronteras del Sur y que meses antes (diciembre de 1845) un almirante de Haití recibió orden de "combatir a los insurgentes hasta el exterminio". Falló el mandato tremendo. El buen Pelletier (francés dominicanísimo) capturó la flota enemiga encallada en La Posa del Diablo, y Pedro Santana y Manuel Jimenes *exultaron* e insultaron: -"La hora fatal del exterminio ha sonado para nuestros implacables enemigos"... "Tributemos al Dios Grande y Omnipotente, Protector y Caudillo de nuestros ejércitos y *exterminador* de nuestros adversarios, las humildes y rendidas gracias que son debidas".

Tal era el ambiente cuando G concibió y lanzó al público su Plan de Inmigración, elocuente y generoso.

Explicado el ambiente se comprenderá mejor por qué los dominicanos se despojaron de prejuicios raciales al agruparse, armarse y constituir a Santo Domingo en República, Libre, Independiente, y Soberana; y se vislumbra además por qué, en tácito y universal acuerdo, la declararon nación de blancos.

Blancos, igualmente, originarios de España, fueron sus blancos, sus negros y sus mulatos. De la apetencia de población, de la urgente necesidad inmigratoria, descartaron al negro extraño por claras y categóricas razones que silenciaron. No procuraron al asiático, no lo quisieron: porque el chino y el de Siria están bien en cualquiera patria donde le permitan trabajar en libertad. El europeo, en cambio, (que en Haití ha tenido durante un siglo prohibición legal de adquirir derecho de propiedad sobre la tierra) fue solicitado por la presunción de que, ideológicamente, estaría con nosotros en las horas conflictivas y ayudaría en todo momento a mantener intacta la raya fronteriza de separación; y si entre todos los extranjeros se ha preferido al español es porque se sobreentiende que inmigra trayendo la *línea de Aranjuez* en la cabeza.

Así, a costa de ayudarlo a sostener su prejuicio de separatismo, el dominicano borró todos los prejuicios. Por eso brindó hogares (hogar es lumbre fraternal) y hasta se dispuso desde el 28 de febrero de 1844, y todavía está dispuesto, a saltar por encima del derecho de propiedad sobre la tierra.

La virtud del Plan de Inmigración de 1846 consiste sobre todo en haber concretado un recóndito patriotismo arropándolo con vasta fraternidad cristiana. Eran así nuestros abuelos...

CRÓNICA DE ANTAÑO

El 18 de noviembre de 1855 se fusionaron La Filarmónica y La Progresista bajo el membrete común de *Unión y Confraternidad*. El doctor don Pedro Delgado y don Nouel Henríquez, miembros principales de cada una de las sociedades, denunciaban su inclinación masónica al escoger el nuevo nombre, o acaso ya fueran masones. Por la noche, aprovechando que era domingo, celebraron el acontecimiento con fiesta de rumbo, pechera dura, y cuello estirado. Para ella habían extendido sus invitaciones a ciertas autoridades, a personas distinguidas y al "Cuerpo Diplomático" (así apodaban entonces al conjunto de cónsules acreditados en la naciente República) y *El Dominicano* señaló en sus columnas, a los ocho días, que M. Schomburgk —cónsul de la Gran Bretaña— y el representante de Dinamarca, no se habían acercado. Los concurrentes de olfato fino acaso percibirían, flotando con los perfumes de moda, emanaciones de alcanfor y naftalina disimuladas en las solapas y los faldones de los fracs, y en los faralás de las basquinas de las matronas y las señoritas.

En los duros y trágicos días de la independencia, y sobre todo durante el año 55, se presenciaron más ejecuciones en el patíbulo que espectáculos de alegría; pero en los ecos de los clamores en que repercutían los bárbaros fusilamientos, y los lloros y alaridos en que remataban las noticias de los combates, como respuesta al quien vive del centinela, los cronistas registraron escapes de buen humor. A los bailes populares, a donde se entraba dejando "el luto atrás de la puerta", para embriagarse con los ritmos del maestro Alfonseca y cantar

*“El que no tiene mil pesos,
no baila... no baila... no baila...”*

solían responder, aunque en ocasiones raras, las familias principales con reuniones “de gran tono”, donde tocaban música europea, pronunciaban discursos graves, y se bailaba con el debido miramiento...

Durante el inevitable desequilibrio, causado por tantos años de guerra, se esbozaban ideas preñadas de promesas sobre “el equilibrio social” y se fundaban sociedades que eran copia o imitaciones de extranjeras. Escribían enalteciendo “el respeto a la ley”, mientras se revolucionaba precipitadamente la legislación; y se ponía a Inglaterra como ejemplo de “país industrializado”, cuando no se notaba tentativa de una sola industria, ni se vislumbraban medios con que establecerla. En la misma página de un semanario se encuentran el nombre del Emperador Faustino Soulouque y el de Pitágoras...

Santo Domingo sumaba y concentraba su gran voluntad y pocas fuerzas para expulsar a los enemigos y detenerlos más allá de la vieja línea de Aranjuez. El teatro, las reuniones culturales, cuanto es signo de civilización o concurre a darle apariencia de civilizada a una ciudad, a un país, se manifestaba tímida y esporádicamente: apenas se manifestaba. Lo accidental (la guerra) absorbía, y se advierte ahora que lo fundamental, lo sustantivo, era menos que adjetivo: era postizo y aleatorio. Causaría asombro encontrar la noticia de una disertación sobre algún tema ideológico, o académico, o sobre la misma guerra, considerada en elevado plano; pero se encuentran varias de fusilamientos en masa, actos que fueron verdaderas hecatombes, a los cuales se añaden fallos de los frecuentes Consejos de Guerra, cuyos sentenciados llegaban al borde de los sepulcros y de allí torcían rumbo y se iban para un “destierro perpetuo”. Es posible que algunos dominicanos no se sientan autorizados para alentar grandes alborozos cuando miran hacia lo porvenir; pero nada será tan precario y triste como nuestro pasado. Ninguna familia fue en América tan endeble y mísera al constituirse en Nación independiente, como la dominicana. La guerra no se planteó aquí como un problema para resolver cuestiones de libertad ni de economía nacional, sino

como el urgente dilema de crearse, de constituirse sin recursos o desaparecer en la absorción más funesta. De la miseria original nació la inconformidad y, después, para que amargue menos y no duela, se ha vivido de ficciones. Quizás arranque de ahí el miedo que el dominicano le tiene a su verdad histórica y el que se recree (se vuelva a crear) y se apegue con tanta pertinencia a la leyenda.

Consuela y levanta el ánimo distinguir entre noticias de tribulaciones la huella de un acto de inequívoca cultura y hasta espolvoreada (encima de las finísimas epidermis) con una buena dosis de pimienta.

La Sociedad Progresista y *La Filantrópica* se apresuraron a explicar sus tendencias bajo el nuevo nombre. Esta Convención tiene por objeto -dijeron- hacer más realizable cualquier plan de progreso, y los artículos que contiene respiran el sentimiento que los ha dictado". Para no fatigar al lector se economiza la reproducción de los discursos, pero se inserta copia de la crónica.

.....
 "Concluida que fueron estas operaciones... y firmada el acta al efecto del canje, los asistentes pasaron al salón de recreo conducidos por el Maestro de Ceremonia... en donde los aguardaba ya la orquesta compuesta de buenos maestros, y ésta dio principio por un famoso vals de Strauss, que ejecutaron con esquisito gusto. A este vals siguió el concierto de Rhode, en el que cada cual ejecutó la parte que le correspondía con mucha maestría. El Señor Fermín Bastida cantó a continuación la aria del Barbero de Sevilla, y los prolongados aplausos que obtuvo justificaron su elección para el desempeño de ese importante papel. Después de un pequeño intervalo se dio principio a la segunda parte del concierto por la aria de Lucía, que acompañado al piano cantó el Señor Arístides Bonelli, y los aplausos hicieron explosión... El Señor Agüero, violinista, llamó luego la atención de los espectadores con las variaciones de Bleriot en las que con sorpresa y admiración hizo escuchar las armónicas inspiraciones del célebre artista en cuya robustez,

acentuación y pasajes difíciles, se portó con una osadía, esactitud y refinamiento dignos del autor. Por última parte se ejecutó con el mismo éxito las variaciones del Carnaval de Venecia, en que los aplausos no menos furiosos... que en los anteriores premiaron los esfuerzos del hábil violinista”.

.....

En el fino polvo de pimienta se deslizan trozos y granos enteros.

“Algunos de nuestros conciudadanos han tratado de hacer irrisión de este acto. Verdaderos discípulos de Demócrito, han tratado de descubrir el ridículo en el carácter rigurosamente oficial que, dicen, se le ha dado al acto... Por no haber tomado aún esta especie de zumbona e injusta censura tal consistencia que merezca una impugnación sería no nos detendremos a traer mil ejemplos de países que están a una altura de civilización incomparablemente mayor que nosotros, y que en esta ocasión hemos imitado, aunque muy pálidamente, sin saberlo los mismos que rien del acto. Afortunadamente el pueblo dominicano, que no carece de instintos progresistas, da a las cosas que se hacen en este sentido su verdadero valor y pone a raya a la murmuración, que se ve en el caso de ejercitarse lo más sordamente para no caer ella misma en el ridículo que arroja a los demás”.

El rigor de la etiqueta, la elección de los personajes invitados, los discursos y las selecciones musicales, defraudarían a los que encontraron su frac averiado por la polilla; pero hasta la fosa borrada del indignado cronista va ahora nuestro agradecimiento, porque supo escribir sus impresiones sobre aquella amable fiesta que contrasta tanto con las crónicas sangrientas de la misma época.

EL COMBATE DE EL CAN

Después de las batallas de Santomé y Cambronal le ordenó el Presidente Santana a don Pedro Valverde y Lara que fuera a ocupar la plaza de Barahona, abandonada por la inexplicada fuga de Polanco, y a recuperar el Puesto Cantonal de Petit-Trou, entregado a los haitianos por el traidor Carlos Potraso. En vez de un parte de guerra relativo al combate de El Can, en que culminaron las diligencias, se conservan lo que en el argot militar se llamó o se llama carta de ruta, y noticia vaga del combate.

“Dispuso el general Santana que el coronel Don Pedro Valverde, a la cabeza de algunas fuerzas de Azua, Higüey y El Seibo, mandadas por Matías de Vargas, Antonio de Aza y otros oficiales, fuera a recuperar la plaza (de Barahona) con el auxilio de los buques de guerra que tenía bajo su mando el general (coronel) Cambiaso. Hecha la operación (ocupación de Barahona) continuó su marcha la columna en dirección a Riosito, y el 6 de enero de 1856 batió en El Can a fuerzas haitianas superiores en número que se presentaron amenazando aquellas comarcas. En esta ocasión tomó parte voluntariamente el jefe de la flotilla que con casualidad había bajado a tierra a conferenciar con el coronel Valverde”.

La primera parte del mandato podía ser ejecutada fácilmente, sin apartarse de la letra. Los haitianos no pretenderían

defender la plaza de Barahona, situada en el valle de Neiba, después de haber perdido la batalla de Cambronal en el mismo valle. Acaso no llegaron a ocupar la plaza.

La segunda parte, continuar la marcha por tierra desde Barahona hasta Enriquillo, parece muy improbable, y proteger la marcha de tropas desde el mar es más improbable todavía. Y es inverosímil que la flota llegara hasta Riosito y que Cambiaso bajara casualmente a tierra para encontrarse en el combate de El Can.

El camino de Barahona a Petit-Trou fue vereda que se volvía asaz fragosa desde el sitio de La Ciénaga. Desde ahí seguía tortuoso, estrecho y empinadísimo sendero lleno de barrancos, hasta trepar a El Coronel. Bajaban de la eminencia y se deslizaban por él los caminantes hasta la orilla del mar. Por un portillo, La Puertecita —abra entre pedregones colosales— se pasaba al Derrumbado, peñascal formado por enormes desprendimientos de la cresta del Bahoruco que más que dar paso lo obstruían. Del Derrumbado se llegaba a La Pipa, fortaleza natural donde diez hombres de armas, sin exponerse a riesgo, podían detener y destruir a un batallón. Ni El Coronel, ni el Derrumbado, ni La Pipa, ni las estribaciones que vomitan el torrente de Petibano, ni Calimete, daban camino para columnas que fueran a batir al enemigo; tampoco eran transitables los pasos de Grand-Gosier, y Musundí para tropas que trataran de recuperar el Puesto Cantonal de Petit-Trou.

El Puesto Cantonal de Petit-Trou estaba separado de la República por la cordillera del Bahoruco y unido a Haití por llanura vasta. Desde aquel lugar hasta el Pedernales iba trilla de primitivos, que suponían de cien kilómetros. Desde Sansón hasta Gina—Gosse, vecino de la frontera, se pisaba sobre bravo mucaral, ralo o de raquícos arbustos, en cuyas horquetas ponían piedras de marca los escoteros para no perderse y morir de sed en los rípidos lugares. Fuera de la yerba de sabanas y sabanetas, todo lo que alcanza la mirada es lamentable, triste, o agresivo en aquellos parajes de miseria. Tuna, guazábara, cacto, tivisí, mevoycontigo... Escasa es la planta que no tiene espinas, y hasta el blanco *almácigo* (el indio desnudo de otros países) suele tenerlas. Raro es el bejuco que no agarra y desgarrar. Agobia el sol; y sobre los mucarales, por donde pasa la trilla, muchas cabalgaduras se rinden con las pezuñas gastadas. No hubo lengua en el trayecto sin enjambre de osamentas.

Y ese infierno era delicia, y esa trilla era benigna comparados con la vereda costeña que separaba a Petit-Trou de la República. Desde que el cacique Enriquillo burló y venció a los españoles cuantas veces se aventuraron a ir a combatirlo, fue descartada en las guerras para tránsito de tropas. Por otra vereda, la que iba de Rincón a Polo, ascendía al Maniel Viejo y descendía a los sitios de Naranjal y que es ahora camino franco, se aventuraron los haitianos en dos ocasiones: cuando en 1856 los derrotó fácilmente Angelito Liberata (Ángel Félix), y cuando en la guerra civil de los seis años los soldados de Cabral atraparon, como a bestias en atajo, al Presidente Salnave y a los que le acompañaban huyendo en busca de refugio.

Hombre de ingenio sutil era don Pedro Valverde y Lara y no para que dispusieran de él y de su gente los enemigos. Por mar hubo de ir, por mar tuvo que ir necesariamente con su tropa.

No podía desembarcar en Riosito, estando Petit-Trou en poder de los haitianos. ¿Qué es Riosito? Riosito es el pobrísimo hilo de agua que parte en dos el poblado de Enriquillo y Enriquillo es el mismo Petit-Trou. No existe puerto al oriente del lugar donde desembarcar tropas que, dando facilísimo rodeo, se alejaran hasta El Can dejando al enemigo a nueve kilómetros detrás. De ser así lo hubieran exterminado en el hoyito (Petit-Trou), sin que hubiera podido escapar ni defenderse.

El Can es el antiguo puerto de Enriquillo, daba entrada a barcos de pequeño porte por "pasa" que ciegan hoy arborescencias marinas. Los barcos de gran calado cargaban en el antepuerto. Por allí embarcaban las maderas de los "cortes" de Cambiaso y, siéndole a éste familiar, allí fue a desembarcar a Valverde con su tropa que de una vez quedaban cortándole a los haitianos la retirada.

¿De cuántos batallones, de cuántos soldados, se componían las fuerzas de los enemigos?

—"Fuerzas superiores" —dice la noticia escrita.

Sólo de acuerdo con los traidores y en la confianza de que no serían hostilizados, invadieron los haitianos por región tan temerosa. La mayor parte desechó el camino costeño y continuó en marcha por la travesía de Polo para unirse a los que invadieron a Neiba y se batieron en Cambronal tratando de caer sobre Azua. ¿Cuántos hombres quedaron ocupando a Petit-

Trou? Se ignora. ¿Qué interés tenían en permanecer en sitio tan apartado?

Desde el Salado de Caimán hasta Sansón, las reses de los salineros, daderos (ahora de Duvergé), de los criadores del lugar, y de los dueños de "cortes", pastaban libres y se multiplicaban en comunidad, diferenciándolas con estampas y señales. Un trasiego de ganado, consentido "maroteo", establecieron el traidor Potraso y sus compañeros. Caballos, cerdos, vacas y hasta los toros de arrastre iban pasando las fronteras, o eran *beneficiados* y embarcados en Terre-Rouge y en Cueva-an-bas; cuando un día aparecieron frente a El Can las corbetas y las goletas echando a tierra a don Pedro Valverde y Lara y a los hombres bajo su mando.

Versiones tradicionales informan que los haitianos, rápidamente, salieron de Petit-Trou, tomaron las bocas de los caminos de El Can y atacaron a los dominicanos. Quedaron éstos de espaldas al mar, con manglares a la derecha, y a la izquierda con manglares y atolladeros.

Fueran iguales, superiores, o inferiores en número las tropas enemigas, su posición les favorecía y Valverde y sus compañeros apenas podían desplegarse y maniobrar. Recursos de la desesperación, debieron sacar; prodigios de valor debieron hacer para no ser arrojados al mar, enredados en el laberinto de los manglares, y no quedar atollados y prisioneros en los fangales. Pelearon y vencieron. Pero de este triunfo, mal ponderado y casi en total olvido, que pone en grado tan alto la pericia de don Pedro Valverde y Lara y el valor de los suyos, ¿qué girón de gloria, qué pluma de penacho nos toca a los de Enriquillo? Vagas memorias nos favorecen. Por fortuna todavía éramos azuanos. Azuanos, banilejos, higüeyanos y seibanos, fueron los vencedores. ¡Ojalá que no se hurge en papeles viejos, si ha de aparecer alguno de los del Puesto Cantonal de Petit-Trou acompañando en su "desliz" a Carlos Potraso!

LOS PRECURSORES

I

EUSTAQUIO "EL MONJE"¹

Eustaquio *el Monje*, senescal del Conde de Boulogne, Renaud de Dammartín, alentó apetitos impetuosos que no cabían en el condado ni toda Francia podía satisfacer cumplidamente. Los deseos violentos le emponzoñaban, retorcían, y oscurecían el alma, clavándosela con urgentes interrogaciones semejantes a mandatos. Un día se le embrollaron los números, juzgó que sería imprudente rendirle cuentas al Conde, creyó infecunda y estrecha la tierra, y se lanzó al océano.

El que anda en el mar vive de sobresaltos y maravillas; encuentra peces que vuelan, manatí de carne varia y femeniles primores, algas olorosas, tempestades, sardinas inofensivas, feroces e inocentes cachalotes; y, si tiene oídos sutiles, oye cantar las sirenas.

Eustaquio había observado que al mar le entran grandes ríos y no aumentan su caudal. Llegó a la conclusión lógica de que un tiburón más no alterarían su ritmo ancho y eterno, y entonces fue cuando decidió ser uno de ellos. Escogió, como entretenimiento fructífero y emocionante, el deporte de la piratería.

1. Este trabajo y el siguiente, aparecidos en la primera serie como parte de "Los precursores", fueron retirados en la segunda, razón por la que ahora los ofrecemos fuera de su primitiva organización.

Descolló pronto, y empenachó su nombre de tanta gloria que Juan Sin Tierra —el duro hermano de Ricardo Corazón de León— le dio el mando de una flota, ascendiéndolo a corsario. La fortuna no le fue impropicia: se posesionó de islas y fue dueño y señor del Canal de la Mancha, limitando el poder real de Inglaterra, que lo había favorecido; pero acrecentando el propio. La autoridad del rey Felipe Augusto no desconocía la suya y, puertas adentro, sospechaba de lo que era capaz. Así, cuando el legado de Su Santidad le pidió un salvoconducto para pasar a la Gran Bretaña, el discreto rey tuvo la augusta franqueza de decirle:

—Os lo daré con sumo gusto; pero si el azar os pone en manos de Eustaquio (que ahora está el servicio de mi hijo Luis...) no me imputéis el contratiempo.

Eustaquio *el Monje* no puede ser señalado como el padre de la piratería (antigua ya en los tiempos de Julio César); pero marca el más notorio puente de conjunción entre el auténtico pirata y el corsario, y pueden entroncarse en su afán de hacerse isleño para el asalto, en la imposición de la parte menor a la mayor: el filibustero, el bucanero, y sus numerosos derivados.

Desde que subordinó su autoridad a la de un Jefe de Estado, aunque transitoriamente y para engañar, quedó convertido en condottiere y brotaron de él, como de un ilustre tronco genealógico, tortuosas ramas de familias que tomaron por diversos rumbos, degradándose hasta descender al miserable bucanero, sarna de Santo Domingo, y elevándose otras hasta ennoblecerse capitaneando submarinos y *acorazados de bolsillo*, pasmos del universo por su destructora alevosía, con cuyo estrago los grandes conductores de naciones fuertes procuran apocar el poder y la vitalidad del enemigo.

A Eustaquio le jugaron una mala partida. Lo capturaron y le separaron el cuerpo de la cabeza. Pero la cabeza retoñó corriendo el tiempo y, más temible que la de la Hidra legendaria, se multiplicó causando asombro. Los del oficio meditaron, se organizaron, se aliaron, y constituyeron tan respetable poder que los monarcas al principio se hicieron de *la vista gorda*, siguieron luego disimulando y tuvieron *oídos sordos* para tantas ruidosas acciones: más tarde las alentaron y favorecieron para aprovechar las flotas de esos valientes durante los tiempos de guerra en servicios paralelos a los de la marina legal. En días

de paz procedían por cuenta propia. Cuando regresaban triunfantes, obtenían alabanzas populares, parabienes oficiales, y cruces, condecoraciones, y espadas de honor que patentizaban la estimación de que se habían hecho dignos. A medida que crecieron en crueldades y en riqueza fueron alcanzando el tratamiento social más cuidadoso. En vez de *piratas a secas*, se les llamó con el eufónico título de "*Armadores Particulares*". El execrado calificativo se reservó para serle aplicado a los de naciones enemigas; de ahí que el Francisco Drake, bandolero de ingratisíma memoria para los dominicanos, sea el mismo Sir Francis Drake, gloriosísima figura en los anales de Gran Bretaña...

Severas leyes fueron escritas en las naciones perjudicadas y se les aplicaron de espaldas a la piedad, para exterminarlos. Todo capitán, todo tripulante de barco pirata, debía ser colgado en seguida de efectuarse la captura, sin forma alguna de proceso.

A la legislación de los amos de la tierra respondieron los del mar con un verdadero código que pautó deberes, castigos, derechos y recompensas. Para los enemigos se reservaban penas de variedad inagotable. El tripulante que desperdiciara cerveza, alimentos, pólvora o cualquiera munición de guerra, era tratado como traidor. La imaginación más fértil es ahora incapaz de concebir el castigo que se le imponía al que incurriera en falta grave. ¿Pero acaso las faltas, los delitos y los crímenes en que se incurre sobre la tierra no se reprueban y castigan? Los piratas, en cambio, se anticiparon a los parlamentos de las naciones más liberales y no se quedaron muy atrás de la Oficina Internacional del Trabajo, con reglamentos tan previsores y humanitarios que obligan a reconocer que ellos fueron los precursores en las leyes del Seguro para obreros. El capítulo de compensaciones estableció: por pérdida de un ojo, 100 escudos; por pérdida de los ojos, 600 escudos; por pérdida de la mano o brazo derecho, 200 escudos; de ambos brazos o manos, 600 escudos; de un dedo o una oreja, 100 escudos; pie o pierna, 200 escudos; ambos pies, 600 escudos; por llaga que incapacitara para seguir el trabajo, 200 escudos.

La lista se prolonga; pero de la parte citada se infiere que los filibusteros no fueron malos legisladores, y que los parlamentos más liberales y la Oficina Internacional del Trabajo no han hecho más que ampliar y perfeccionar su reglamento, prescindiendo de la pauta fundamental, que era el negocio.

* *

*

La Edad Media, sombras y fosforescencias, quedó atrás. Sobrevino el Renacimiento, y con el Renacimiento, el hallazgo del Nuevo Mundo. Creció la tierra, creció la piratería, y crecieron los milagros. Los valientes navegantes asaltaban y capturaban, a veces, escuadrillas mercantes enteras cargadas de tesoros, quedando en un momento fabulosamente enriquecidos. "El palo mayor de la nave de Stertobeker, que habían fabricado hueco, quedó relleno de barras de oro".

Durante la guerra de Carlos V y Francisco I, los corsarios oteaban los horizontes en las rutas de las Azores y San Vicente en espera de los galeones de España. Así pudo la flotilla de Juan Angó atrapar "la nave en que Hernán Cortés le rendía informes de la conquista de México al Emperador". Juan de Flery "encontró" un galeón cargado de riquezas que, naturalmente, hizo de su propiedad. En otro abordaje (1520) *ganó* cinco quintales de perlas, tres cofres llenos de lingotes de oro, además de artículos ordinarios, pero valiosos. "Cada uno de sus marineros recibió un sobresueldo de siete libras de oro y algunos cueros de vacas"... *La parte del león* le tocó a Su Majestad el Rey de Francia. En subsiguiente ocasión alcanzó ganancia definitiva. Los navegantes vascos lo capturaron, y aunque se cuenta como cierto que él ofreció 30,000 ducados de rescate, ellos declinaron la espléndida oferta y se lo llevaron de regalo a Carlos V, por cuya voluntad soberana fue colgado en las inmediaciones de Toledo.

Portugal (según Henri Maló, académico de la marina de Francia) no trataba con mejor caridad a los piratas. A uno de estos bravos capitanes, a quien lograron atrapar con su barco y todos los tripulantes, le apretaron gradualmente el cuello con lazada corrediza adornada de buenos clavos, hasta que se le brotaron los ojos y se le ennegreció la lengua. Minutos después obsequiaron con su cuerpo a los tiburones. A los oficiales y a los marineros los encerraron en la bodega de su propia nave que luego hundieron a cañonazos.

Pero aquellos fueron percances del magnífico deporte. El béisbol, el boxeo y otros de rápidos rendimientos, también tienen sus riesgos y descalabros y debe tenerse en cuenta que

los "*Armadores Particulares*" no se quedaron atrás en las represalias. Algunos se acostumbraron a darles a los prisioneros un trato que no dejaba de ser curioso. Solían cortarles las orejas y la nariz y les pedían cortésmente que estornudaran... Después, para evitarles hemorragias y sufrimientos, "les cortaban el hilo de la vida".

De los demás y los demás, como en las novelas de entrega, se tratará en el capítulo siguiente.

II

EL CABALLERO BART

Puso el gobierno de Holanda interés sumo en encontrar al Señor Juan Jacobo, o Jacobsen, que "espumaba" el Mar del Norte en el navío San Vicente con 180 tripulantes. Un día lo vieron pasar frente a Ostende navegando *viento en popa*, le fueron detrás con una escuadra, lo alcanzaron, lo rodearon, y le cayeron a cañonazos.

El nombre de la nave, *San Vicente*, proclama aún la fe que su dueño tenía en Dios y en "la buena causa". Cuando los perseguidores creían que Jacobsen se daría por vencido, le intimaron que se rindiera, y él y sus compañeros respondieron con andanadas, aceptando el desigual combate. El número de sus hombres se fue reduciendo de fatal manera. Cayeron 70, 100, 120, 140. Llegó la noche y en vez de amparar con la sombra apetecida, salió una luna hostil alumbrando, obstruidos, los derroteros. A las 13 horas de temeraria pelea el San Vicente estaba desmantelado y acribillado a cañonazos; pero su capitán no ordenaba arriar bandera. El número de sus hombres se redujo a 26, a 14, a 9, a 6. El gran marino comprendió que si la muerte lo seguía desdeñando era porque el demonio tenía el designio de entregarlo vivo. Recordó su pasado rico de victoriosos atracos, midió el porvenir que le esperaba, y vociferó estentóreamente:

"¡Amigos! ¡Si alguno de ustedes escapare y retornare a Dunquerque, dígame a los compatriotas que hemos prodigado nuestra sangre por la causa de Dios y la del Rey!"

¡Por la causa de Dios y la del Rey!... Enseguida ordenó ¡fuego a la santa-bárbara! y voló con los compañeros, vivos y muertos, y las tablas de su navío...

El terrible cuadro no corresponde a la guerra actual, sino al año 1662 y da noticias de él Henri Maló, miembro de la Academia de Marina de Francia.

Un grumete saltó al mar, escupido por la explosión, y escapó milagrosamente. Se llamaba Gaspar Bart, y fue tío y maestro de Juan Bart, uno de los corsarios más famosos de todos los tiempos.

Ya el pirata había dejado de ser el deportista de singular arrojo y fama indigna: se había convertido en corsario, y el corsario era la profesión más lucrativa de la época. Los reyes lo autorizaron, alentaron, y se legisló sobre negocio de tanto rendimiento. El buen corsario fue admitido en la marina oficial. Se invistió de autoridad a un oficial del almirantazgo para que interviniera en la distribución de las presas y el cargo alcanzó en Francia a ser retribuido con cuarenta y dos mil libras anuales. Se establecieron compañías por acciones que explotaron el lícito comercio, y de cada atraco *la parte del león* iba de modo correcto a engrosar el tesoro del Estado, y el Estado era el rey, Luis XIV.

Armadores, jueces, abogados, prestamistas o depositarios de valores para la empresa, impuestos, sueldos de oficiales de aduana y de otros numerosos personajes, enmarañaban y disminuían los beneficios; pero a pesar de todo la profesión seguía siendo buena y el negocio dejaba cuantiosos rendimientos.

Juan Bart fue corsario desde la edad de 16 años y poco después estaba condecorado por el rey Luis XIV de Francia. Él no merecía el calificativo de pirata que le dieron los enemigos de su rey, y se puede afirmar que fue el más auténtico corsario. Maravilló desde el principio de su carrera y pronto entró al servicio del monarca. Los grados se le gastaban antes que los vestidos y le quedaban pequeños. Fue subteniente, capitán de navío, jefe de escuadrilla, y, finalmente, comisionado como jefe de una escuadra para misión importantísima y riesgosa en el Mar Báltico.

Sobre la Francia fecunda se extendió (por las guerras y otras causas) hambre más peligrosa que las epidemias y que la vigente coalición de ingleses y holandeses, los enemigos de entonces. Los terrenos quedaron estériles, en barbecho, y de aldeas empobrecidas afluían a las ciudades teorías de campesinos hambrientos.

La escuadra de Juan Bart zarpó "con 362 cañones", una escuadra inglesa de catorce navíos y otra holandesa trataron de darle caza. Pero él derrotó a los enemigos batiéndolos por separado y siguió recto al mandato. Apresó una flota de más de treinta barcos cargados de trigo, los sumó a los suyos y regresó entrando en Dunquerque como el buen Dios de las cosechas.

De orden de Su Majestad se le hizo pasar a Versalles y su nombre sonó y fue bendecido por el pueblo desde Calais hasta Narbona y desde El Havre hasta Marsella. Luis XIV lo reclamó y recibió en audiencia, de gran gala, rodeado de altos y orgullosos cortesanos preparados para nueva y deslumbrante ceremonia. Los nobles vieron al gigantesco y rudo Juan Bart caer de hinojos ante el monarca y le oyeron prestar el solemne juramento de "vivir y morir e la religión Católica, Apostólica y Romana, fiel a su Rey, obedeciéndole y defendiendo su honor, sus derechos y su corona, jamás entrar al servicio de otro príncipe extraño, revelar cuanto supiera contrario a la persona de Su Majestad y del Estado, y obedecer los reglamentos, como bueno, discreto, y leal caballero".

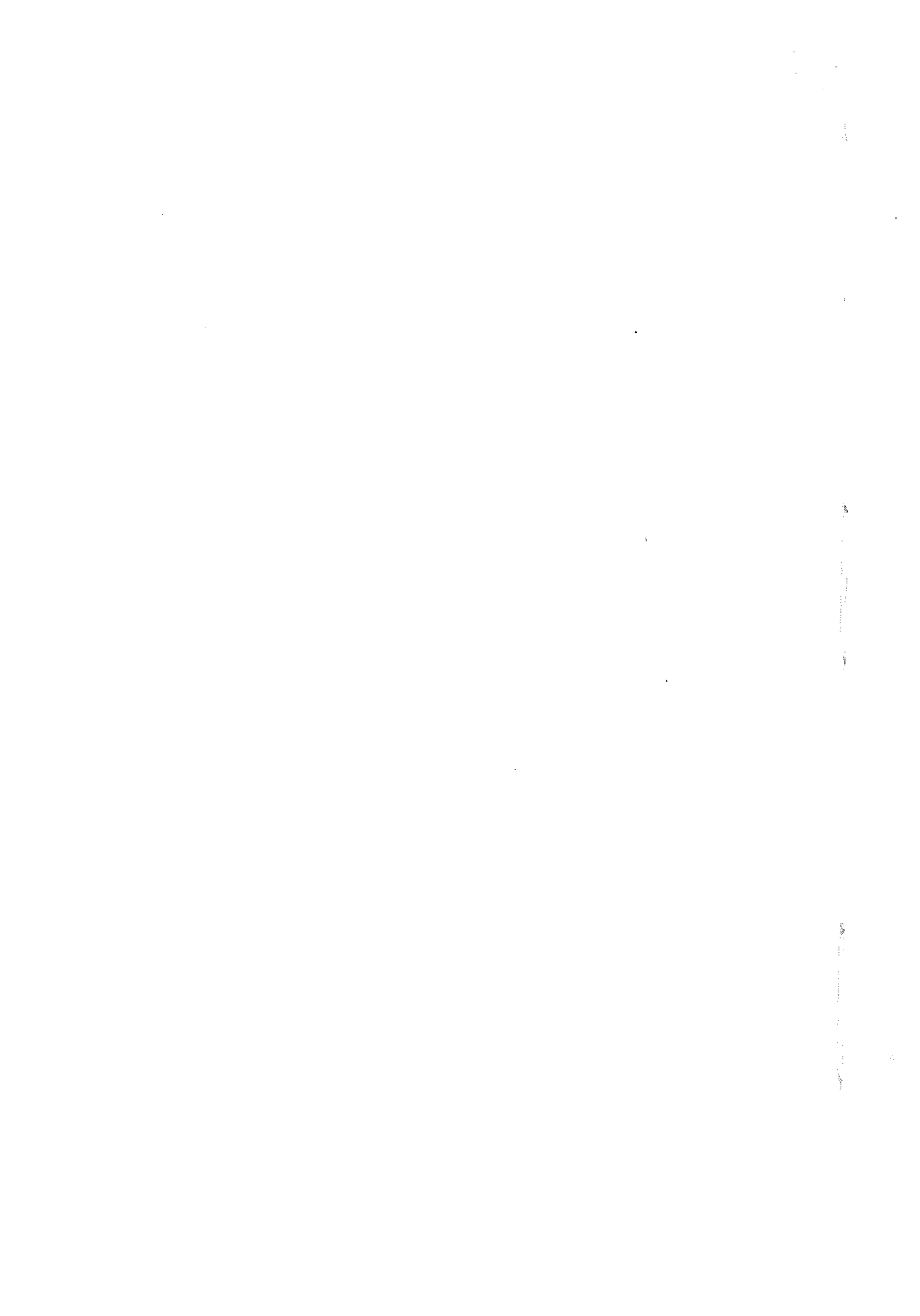
Enseguida le impuso el Rey, personalmente, la Cruz de Caballero de San Luis, orden que acababa de fundar.

Bart se lanzó de nuevo al mar con ímpetu de huracán. Navegaba hambriento de hazañas estupendas. Combatió contra los enemigos del rey y los venció y después de su batalla más emocionante, que libró en traje de gala y luciendo la Cruz de Caballero de San Luis, regresó convoyando 120 naves cargadas de trigo, arrebatadas a los enemigos.

El entusiasmo de Luis XIV fue tan grande como el de su pueblo. Hizo a Juan volver a palacio y le prohibió que firmara como de costumbre. Era noble por la gracia del Rey y en pago de las victorias. En lo sucesivo estaba obligado a firmar:

EL CABALLERO BART.

El Caballero Bart no murió como merecía, en sangrientísimo combate, ni en naufragio, ni decapitado, ni colgado en la antena de un navío de sus adversarios, sino víctima de una vulgar pleuresía. Le hicieron espléndidos funerales.



ESCARNIO SOBRE EL VENCIDO

Vencido el general Pedro Florentino en el combate de Azua por el general de la Gándara y Navarro, el núcleo final del ejército del Sur quedó fragmentado y sus partes en dispersión. Las órdenes y el plan dictados para el combate, que aquél juzgaba de éxito seguro, no llegaron hasta el general Aniceto Martínez ni al conocimiento del coronel Juan Rondón: porque el oficial encargado de llevarlos y entregarlos a los auxiliares dichos, discurrió y juzgó preferible obtener seguridad personal y rica paga, en cambio del precioso documento, antes que cumplir el deber que le imponía la República y continuar corriendo los riesgos de una azarosa contienda. Mensajero y mensaje fueron bienvenidos para La Gándara y la rota se produjo.

Los oficiales patriotas no comprendieron de pronto a qué se debió el desastre. Como siempre que se pierde una batalla, esa vez pensaron que la culpa era del jefe; les faltó la serenidad, y casi todos se fueron por diversos rumbos. Aniceto Martínez se retiró hacia el Cibao, acompañado de un grupo; Antonio Blas Cuello, herido y seguido de los suyos, tomó la ruta de Barahona; algunos buscaron los campos de San Cristóbal, y Juan Rondón, ignorante, valiente e impresionable, quedó roñoso, con el ánimo trabajado por sentimientos torcidos y confusos. Así, cuando el viejo general se retiró de Azua a San Juan de la Maguana seguido del *Estado Mayor* y de un grupo de leales y comenzó la destructora guerra de guerrillas, se había roto la unidad, afectado la disciplina, y principiaron a esfumarse la fe contagiosa

y "el temor y grandísimo respeto" que infundía Pedro Florentino... pero las *acciones fuertes* corrían hacia el haber del general en jefe del ejército del Sur. De los subalternos que estaban distantes, pocos fueron consecuentes y le siguieron adictos; y no deja de ser extraña y loable la conducta del general Ángel Liberata Félix, porque habiendo sido su adversario político, mantuvo la lealtad de su palabra, supo imponer su férrea autoridad en la antigua Neiba (Provincia de Barahona) y siguió actuando como si se diera cuenta cabal de que en aquella guerra los reveses tenían más repercusión que las victorias, y de que la anexión que se presentó al mundo robustecida y vestida con la unánime adhesión del pueblo a la Corona de España, no podría mantenerse y sobrevivir a la verdad que a la fuerza se estaba divulgando.

El general de la Gándara y Navarro era, sin duda, un valiente conductor de tropas; pero no era tan discreto ni veía tan lejos como suponían. Él no se limitó en el Sur a apaciguar los ánimos, ni a batir al nativo con simples éxitos de armas, porque más que un militar parecía un enfermo, un maniático de la intriga y la política. Encontró en la pobre región un *santanismo* ciego, feroz y numeroso; y lo explotó tácticamente por tres medios a su alcance: *derramó* el oro y lo hizo circular de una manera abundante y trastornadora, hasta comprando gente; asoló plantíos, consintió que incendiaran hogares, y encauzó sobre el general enemigo, e hizo propalar en todo el país y en el extranjero, una ofensiva de vituperios relativos a actos de crueldad que produjeron un escándalo inaudito. En Florentino se desacreditaba la causa de la República. El periódico más importante de La Habana publicó, entre otros actos denigrantes, este episodio pintoresco. Un soldado español, caballero en una mula, fue capturado en una pelea: lo llevaron ante Florentino, a quien le compró la libertad por el precio de la mula y una moneda de oro... Noticias de hechos así se publicaban y aceptaban sin discernimiento. Ahora no se ve la necesidad que tenía Florentino de vender la libertad de un hombre por una mula y una pieza de oro, oro que tomaría para sí el soldado capturador, y mula que estaba ya en poder del comando como presa de guerra. La cabalgadura de un prisionero es de cualquiera, menos de él, y él mismo deja de pertenecerse: carece de albedrío para tratar libremente. Si tal español existió en carne, huesos,

pellejo y espíritu, y si fue cierta la captura, la liberación se debió indudablemente a un sentimiento de generosidad mal correspondida.

Acallaban los hechos crueles de los invasores, se echaron a volar y se multiplicaron en propagandas las acciones de Florentino, los principios que él defendía quedaron convertidos en bandera de escándalo y horrores, y su nombre fue arrojado a la vergüenza pública. Y, por un fenómeno curioso, para los extraños al conflicto Pedro Florentino no sólo fue la bandera nacional teñida de sangre: fue, también, el gran divulgador de la resistencia de la República. El escándalo internacional ganó presillas y pasó a ser nuestro general más distinguido, el más temido de la Corona de España y uno de los que más contribuyeron a su victoria.

La noticia de la muerte del viejo general fue acogida con oficial regocijo en Santo Domingo, se dio a conocer en periódico semanal con mentira chocarrera, y en la *Gaceta Oficial* se pregonó Edicto para que el difunto se presentara (tres meses después de haber sido asesinado y de saberse la noticia) "personalmente a dar sus descargos y defensas". El documento oficial dice así:

"Hallándose ausentes de esta plaza los individuos Cabecilla Pedro Florentino, Capitán faccioso Clemente Guzmán, Oficial faccioso Agustín Pérez, hermano de la mujer de Florentino (María Pérez), Secretario del pueblo de las Matas Don Joaquín Urdaneta, Alcalde y Comandante de Armas del pueblo de las Matas Don Rafael Aquino, Comandante de Armas faccioso de Azua Nicolás Jesús Méndez, y Comandante de Armas que fue de San José de Ocoa Don Vicente Casado; a quienes estoy procesando, el primero por los hechos criminales y vandálicos que cometió y tuvieron lugar en la provincia de Azua, durante el periodo que estuvo sometida a este rebelde; y a los demás cómplices en los mismos delitos; y usando de la jurisdicción que las Reales ordenanzas conceden en estos casos a los Gefes y Oficiales del Ejército, por el presente llamo cito, y empleo por primer edicto y pregon al Cabecilla Pedro Florentino, Capitán

faccioso Clemente Guzmán, Oficial faccioso Agustín Pérez, hermano de la mujer de Florentino (María Pérez)¹, Secretario del pueblo de las Matas D. Joaquín Urdaneta, Alcalde y Comandante de Armas del mencionado pueblo Don Rafael Aquino, Comandante de Armas faccioso de Azua Nicolás Jesús Méndez, y Comandante de Armas que fue de San José de Ocoa Don Vicente Casado; señalándose la Fortaleza del cuartel de esta plaza, donde deberán presentarse personalmente dentro del término de un mes que se cuenta desde el de la fecha, a dar sus descargos, y defensa, y de no comparecer en el referido plazo, se seguirá la causa y sentenciará en rebeldía por el delito que se le sigue, sin más llamarles ni emplazarles por ser así la voluntad de S. M. -Santo Domingo, 1º de junio de 1864. -El Secretario, Celestino Soler. -El Fiscal, Carmelo Martínez, Santo Domingo Junio 4 de 1864.- Publíquese en la Gaceta Oficial D. O. de S. O., El Coronel Segundo Jefe de E. M., General F. Sánchez”.

1. María Pérez no era la esposa del general Pedro Florentino. La última amante (públicamente) se llamó María Pérez.

EL DERROTERO DE SALNAVE

Méritos grandes tiene el luminoso alegato que Marco Antonio Cabral escribió para ilustrar a los dominicanos sobre el momento grimoso en que el héroe de Santomé puso al ex-presidente Salnave, vencido, en manos de los que lo derrocaron y perseguían. La arrogancia y la pasión del animal de combate, la elocuencia del tribuno, la frase de espada al cinto, espuelas bravas, amplio ropaje y alto coturno, y un señorío natural que andaba pisando cimas sin espantarse del rayo, cuanto significa primor literario (que fue riqueza adquirida por el hombre), y devoción a la justicia (que era don inherente de su alma) se salvaron en el preciso documento.

Cuando se quiera saber la historia de aquel momento sombrío no se podrá prescindir del testimonio de Marco A. Cabral, y las nuevas generaciones harán bien en consultarlo para comprender en toda su amplitud el carácter, la ideología y parte de las vicisitudes de la Guerra de los Seis Años. Él fijó el ambiente, el compañerismo de los adversarios criollos con los bandos que en Haití rivalizaban por la conquista del gobierno, y explicó de modo claro el riesgo de que la nueva anexión de Santo Domingo se consumara, o de que se enajenara, para mantener activa la protesta, de los recursos que el vencedor de Salnave le siguiera suministrando a José María Cabral.

Éstas son, en síntesis, las ideas de Marco Antonio Cabral; pero él escribió en tono de polémica, con elegante retórica, con la sonoridad de frase que distinguió a los oradores de su tiempo. Cabral escribía bien; pero no se olvidaba de que era orador cuando escribía.

La Guerra de *los Seis Años* no debe ser considerada como una de nuestras contiendas civiles, de esas que tuvieron la finalidad de ganar el poder, si no como otra guerra para mantener la independencia amenazada de nuevo. El mayor mérito de José María Cabral, como libertador, no debe buscarse en Santomé (victoria que acaso podrían los demás ganar sin su concurso) ni en La Canela (episodio complementario de una campaña de sangrientas alternativas en que intervenía todo el país), sino en la protesta continua, sostenida durante seis años de peleas, para que por una vez tercera se salvara la República.

Las guerras de independencia no se ganan sólo por victoriosas batallas: las derrotas también se vuelven triunfos. La entrega de Salnave fue un escándalo, una derrota concurrente al triunfo definitivo.

Hay un punto de error, mínimo error que no altera la doctrina, en el alegato. El autor aceptó como fidedigno el testimonio de un amigo para indicar el derrotero que siguió Silvain Salnave, y afirma que la captura se efectuó en La Canela, sitio de Jimaní, dependencia de Las Damas de Neiba (Duvergé). Los habitantes viejos de Enriquillo y de Rincón (Cabral) saben que a Salnave lo capturaron en el abra de Polo, antes de él subir a "El Puerto". Túmulos de piedras sueltas marcaron durante lustros el lugar de la caída, en donde crecieron árboles de tupida fronda. Pero el testimonio de valor y autoridad lo publicó un general haitiano, de los del cortejo de Salnave, en el *Boletín Oficial* No. 102, del 5 de febrero de 1870. Su relato traza la trayectoria y conserva el dolor de los vencidos, las injurias de los adversarios y la pimienta literaria con que los *azules*, los *rojos*, los *cacós*, y los *sandolios*, se acariciaron... Dice así:

"Después de la explosión del Palacio Nacional de Port-au-Prince, causada por el bombardeo del buque 'Terror', el Presidente Salnave se dirigió a Turgeau, a casa del señor Basset, Cónsul General de los Estados Unidos de Norteamérica, donde sólo se detuvo instantes para recomendarle su familia. De allí fue a establecer su Cuartel General en Petionville. La columna constaba de 1,500 hombres, incluso 53 generales y oficiales. El 20 de noviembre (a las cuatro de la mañana) salió con ánimo de dirigirse a Santo Domingo. Pernoctó en Fond

Parisien y continuó su marcha a Jimaní. Desde allí le hizo escribir al jefe de Neiba, pidiéndole libre acceso por el lugar con objeto de dirigirse al Gobierno dominicano, sin mezclarse en las contiendas civiles del país. El 23, echando de menos la respuesta e inducido por alguno de sus generales, mudó de itinerario: retrocedió, pasó por El Limón rumbo a Fondverretes, a donde llegó a las 9 p. m. A influjo de malos consejeros permaneció tres días en aquel punto, del que se apartó el 28 a las 10 de la mañana, dirigiéndose a Saltrou para reunir la división de Tomás Cristo. Llegó el 29; pero supo que dicho General estaba prisionero y que lo habían conducido a Marigot. El 30 contramarchó para Grand-Grosier de donde salió el mismo día viajando toda la noche, llegando a Anse a Pitre a las 4 de la mañana. La mañana amaneció tranquila: pero a la 1 de la tarde, a pesar de que el Presidente había ordenado emprender la marcha, los soldados se ocupaban aún de disponer el rancho. Se anunció la llegada de una columna despachada de Port-au-Prince en persecución nuestra. Antes de que los soldados tuviesen tiempo de armarse se oyó la fusilería enemiga. Débil fue la resistencia. La poca tropa del Presidente acometida de improviso, resistió con poca energía, de lo que resultó una dispersión general, un ¡sálvese el que pueda! El enemigo se apoderó de casi todas nuestras cabalgaduras, de nuestras bestias de carga, y la mayor parte de nuestras municiones, haciéndose a la vez muchos prisioneros. La derrota fue grande. Al siguiente día -2 de enero- encontramos a un hombre que se comprometió a guiarnos hasta Azua pasando por lomas y senderos poco transitables. Viajamos trepando cerros escarpados y experimentando las más duras privaciones. Al fin logramos llegar a la Sabana de Sansón. El 6 por la mañana continuamos marcha, siempre al través de cerros, y el 7 (12 a. m.) principiarnos a sufrir el fuego de una banda de miserables mercenarios que el General Cabral había despachado en persecución nuestra, para desvalijarnos, creyéndonos poseedores de grandes valores. La resistencia fue terrible, y habiéndose retirado los bandidos como a las 6 de la tarde, pudimos

pasar la noche en el lugar llamado Polo. El 8 emprendimos marcha desde las 5 de la mañana, con tranquilidad; pero a las 8 engrosó a los bandidos de la víspera un centenar de hombres que les envió su infame jefe. Durante la noche nos atacaron nuevamente. Nuestros soldados, aunque fatigados y débiles, se defendieron con valor. El Presidente Salnave, a pesar de estar ya herido, no perdió la sangre fría que lo caracterizaba en el supremo peligro. Me ordenó dijese a los soldados que bajasen del cerro en que estábamos, procurando ganar el camino a fin de que pudiesen defenderse mejor. Se ejecutó la orden; pero desgraciadamente los bandidos, mandados por un tal Vidal, nos habían cerrado ya el camino en el punto llamado Las Naranjas. ¡Allí principió la imponderable carnicería! Perdimos 23 generales, 5 mujeres de las que habían seguido a sus esposos, 3 niños de 6 y 8 años y numerosos soldados. Agotadas las municiones y conceptuando inútil la resistencia, depusimos las armas a las 3 de la tarde. El Presidente Salnave cayó prisionero como igualmente los que habían sobrevivido a tan horrible carnicería.

“Los bandidos de Cabral, después de posesionarse de nuestras armas, nos robaron cuanto nos quedaba en materia de alhajas y de dinero, quitándonos por último hasta el calzado, y el sombrero, y el reloj, y la cadena. Nos condujeron a Las Salinas donde Cabral fingió tratarnos con alguna consideración; pero la historia arrastrará a ese infame dentro del fango, y su nombre quedará entregado a la execración de las naciones civilizadas.

Hallándome prisionero en Las Salinas, con la ayuda de dos nobles dominicanos cuyos nombres callaré siempre, logré evadirme de la prisión y llegar a las guardias avanzadas del General Buenaventura Báez, Presidente de la República Dominicana, etc. etc. El General Valentín Báez, hermano y delegado del Presidente, me distinguió con todas las consideraciones”, etc. etc.

J. N. SAINTONGE,

*General de División de Haití,
refugiado en la ciudad de Azua.*

ÍNDICE



EL GENERAL PEDRO FLORENTINO Y UN MOMENTO DE LA RESTAURACIÓN

Introducción	9
Florilegio	15
I	17
II	19
III	32
IV	38
V	44
VI	46
VII	51
VIII	53
IX	57
X	61
Síntesis	71

APÉNDICE

Nota No. 1.- Discurso del general Marcos Antonio Cabral	79
Nota No. 2.- El lugar de nacimiento	80
Nota No. 3.- Origen del apellido	81
Nota No. 4.- Las mujeres del general Florentino	81
Nota No. 5.- Los hijos del general Florentino	82
Nota No. 6.- La firma	83
Nota No. 7.- Florentino platero	84

Nota No. 8.- Florentino dueño de alambique	84
Nota No. 9.- El presunto beodo.....	84
Nota No. 10.- El escritor Don B. Souza, Máximo Gómez y Pedro Florentino	86
Notas Nos. 11 y 12.- General Luperón, Rodríguez Objío y Pedro Florentino	93
Nota No. 13.- Acta de Beler o cartel de desafío	108
Nota No. 14.- Alocuciones del general Pedro Florentino ..	110
Nota No. 15.- Cuadros de fusilamientos A y B	115
Nota No. 16.- Testimonio del señor Salomón Moreta	115
Nota No. 17.-Testimonio del general Matos Falé.....	116
Nota No. 18.- Testimonio del señor Rosendo Prevost	117
Nota No. 19.- Testimonio del señor Telésforo Cuevas	119
Nota No. 20.- Testimonio de doña María Josefa Sánchez Vda. Mesa	120
Nota No. 21.- Testimonio del señor J. M. G. Bidó	122
Nota No. 22.- Testimonio del señor San Julián Despradel	123
Nota No. 23.- Oficios del Archivo Nacional	125
Nota No: 24.- Extracto del Libro 4. -Registro de actas. -Gobierno Provisorio. 1863.....	141
Nota No. 25.- El ultimátum. Pedro Florentino ordena: el enemigo obedece.....	146

ANEXOS

Weyler... ¡Valeriano Weyler!	151
Recapitulación	155
De "El Calvario", "El Cerro de las Bóvedas" y otros sepulcros.....	157
Procesos de Pedro Florentino	
I.-¡\$50 de albricias!	163
II.-No es culpable	167
III.-El defensor de Pedro Florentino	171
IV.-Sánchez y Pedro Florentino	176
Procesos y fusilamiento de Antonio Duvergé.....	181

VIEJAS MEMORIAS

Preliminar	193
------------------	-----

Don Agustín Franco de Medina	195
Retazos de la Batalla del 19 de Marzo	203
Imbert describe la Batalla del 30 de Marzo	209
Francia en la Independencia	215
Dios en las guerras de la independencia	225
Blancos legales	237
Fagalde y la guerra de represalia	245
Pelletier y la confusión de origen	253
El fusilamiento de Duvergé y los liberales del 55	265
La revolución del 57. Complicaciones: anexión y consecuencias	271
El caso de Gabino Richiez	279
Dos Juan Contreras	283
Vera efigie	291
Un binomio adversativo	299
Piratas, corsarios y... sucesores	305
Dos apodos sobre un nombre	325
Los asesinos de "El Liberata"	331
La Pasá de Leger	341
¡Santiago de los Caballeros!	347
Cómo acabó Domingo Lazala	351
La muerte de Antonio Blas	357
Rojos y azules	363
Baile en El Cambronal	369
Asesinato de Andrés Ogando	373
El general Mariano Rodríguez Objío	385
Luperón y su palabra favorita	393
Hungría pierde las virtudes	399
¡Qué de tus glorias fue!	405
La entrega de Salnave	411
Don Vicente Balbás Capó	417

COMENTARIOS A LA HISTORIA DE JEAN PRICE-MARS	423
---	-----

JOSÉ MARÍA CABRAL Y LUNA (EL GUERRERO)	447
--	-----

OTRAS MEMORIAS

Dessalines y el carabiné	471
--------------------------------	-----

La Batalla del 19 de Marzo	477
Los abuelos y el inmigrante	483
Crónica de antaño	489
El combate de El Can	493
Los precursores	
I. Eustaquio el monje	497
II. El caballero Bart	501
Escarnio sobre el vencido	505
El derrotero de Salnave	509

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS.

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:
Diario (enero-agosto de 1921).

- Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.- Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco
Obras completas
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco
Obras completas
2.- Ensayos históricos.

De próxima aparición:

- Vol. XX.- Sócrates Nolasco
Obras completas
3.- Ensayos literarios.

Este libro se terminó de imprimir
el día 3 de noviembre de 1994
en los Talleres Gráficos de
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana